

UNA NOVELA DE "LA CULTURA"

IAIN M. BANKS

MATERIA



Lectulandia

En uno de los mundos más célebres de una galaxia llena de prodigios se produce un crimen en plena guerra. Para un hombre significa una huida desesperada y la búsqueda de la única persona (o quizá sean dos) que podría limpiar su nombre. Para su hermano significa una vida bajo la amenaza constante de la traición y el asesinato. Y para la hermana de ambos, incluso sin saber toda la verdad, significa el regreso a un lugar que creía haber abandonado para siempre. El problema radica en que la hermana no es lo que en otro tiempo había sido: ha cambiado tanto ya nadie la reconocería y se ha convertido en agente de la sección de Circunstancias Especiales de la Cultura, encargada de realizar intervenciones de alto nivel en civilizaciones de toda la galaxia.

Lectulandia

Iain M. Banks

Materia

ePUB v1.1

Superpollo 29.11.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Matter
Traducción: Marta García Martínez
Primera edición: © 2008 by Iain M. Banks
ISBN: 978-8498005905
La Factoría de Ideas

Para Adèle

Muchas gracias a todos los que me ayudaron: Adèle, Les, Mic, Simon, Tim, Roger,
Gary, Lara y Dave le Taxi

Prólogo

Una brisa ligera producía un sonido seco en unos arbustos cercanos. Levantaba delicados velos de polvo de algunas zonas arenosas cercanas y agitaba un mechón de cabello oscuro en la frente de la mujer sentada en la silla plegable de madera y lona que había encaramado, no del todo nivelada, a un pedazo de roca desnuda cerca del borde de una cumbre baja que se asomaba a los matorros y la arena del desierto. A lo lejos, temblando entre la calima, se veía la línea recta de la carretera. Unos cuantos árboles escuálidos, pocos superaban la altura de dos hombres juntos, marcaban el curso de la polvorienta autopista. Algo más lejos, decenas de kilómetros más allá de la carretera, una línea de montañas oscuras e irregulares rielaban bajo el aire asfixiante.

Para muchos humanos era una mujer alta, delgada y bien tonificada. Tenía el pelo corto, liso y oscuro y la piel era del color de un ágata pálida. No había nadie de su especie concreta a varios miles de años luz a la redonda, aunque si lo hubiera habido, quizá habría dicho que estaba en ese momento concreto de la vida a medio camino entre la juventud y el comienzo de la madurez. Habrían pensado, sin embargo, que era un tanto baja y corpulenta. Iba vestida con un par de pantalones anchos y sueltos y una americana fina y fresca, ambas prendas del mismo tono que la arena. Lucía un amplio sombrero negro que la protegía del sol de últimas horas de la mañana, que surgía como un punto áspero y blanco en lo más alto de aquel cielo sin nubes de color verde pálido. Se llevó un par de prismáticos muy viejos y gastados a los ojos oscuros como la noche y enfocó el punto en el que la carretera del desierto se encontraba con el horizonte en el oeste. Tenía una mesa plegable a la derecha, con un vaso y una botella de agua helada. Debajo de la mesa había una mochila pequeña. Estiró la mano libre y cogió el vaso para tomar unos sorbos de agua sin dejar de mirar por los antiguos gemelos.

–Están como a una hora de distancia –dijo la máquina que flotaba a su izquierda. La máquina parecía una maleta destartada de metal. Se movió un poco en el aire, rotó y se ladeó como si mirara desde abajo a la mujer sentada–. Y además –continuó–, tampoco vas a ver mucho con esa pieza de museo.

La mujer volvió a dejar el vaso en la mesa y bajó los prismáticos.

–Eran de mi padre –dijo.

–No me digas. –El dron emitió un sonido que podría haber pasado por un suspiro.

A un par de metros de la mujer, una pantalla cobró vida con un parpadeo y llenó la mitad de su campo de visión. Mostraba, desde un punto a unos cien metros por encima y delante de la vanguardia, un ejército de hombres (algunos a caballo, la mayor parte a pie) que marchaba por otra sección de la autopista del desierto, todos

levantando un polvo que se iba acumulando en el aire y se alejaba poco a poco hacia el sudeste. El sol se reflejaba en los filos de las lanzas y picas alzadas. Sobre ellos ondeaban estandartes, banderas y gallardetes. El ejército llenaba la carretera a lo largo de un par de kilómetros por detrás de los hombres montados que iban en cabeza. Cerraban la marcha carretas de equipaje, carros cerrados y abiertos, catapultas y trabuquetes con ruedas y una amplia variedad de pesadas máquinas de asedio de madera, todas arrastradas por animales de color oscuro y aspecto poderoso cuyos lomos sudorosos se alzaban por encima de los hombres que caminaban a su lado.

La mujer chasqueó la lengua.

–Quita eso.

–Sí, señora –dijo la máquina. La pantalla se desvaneció.

La mujer volvió a mirar por los prismáticos y en esa ocasión utilizó ambas manos.

–Ya veo el polvo que levantan –anunció–. Y otro par que ha salido en misión de reconocimiento, creo.

–Asombroso –dijo el dron.

La mujer dejó los gemelos en la mesa, se bajó el ala del sombrero hasta los ojos y se acomodó en la silla plegable, se cruzó de brazos y estiró las botas cruzadas por los tobillos.

–Me voy a echar una siestecita –le dijo al dron desde debajo del sombrero–. Despiértame cuando llegue la hora.

–Eso, tú ponte cómoda –le dijo el dron.

–*Mmm.*

Turminder Xuss (dron de ataque) observó a la mujer, Djan Seriy Anaplian, durante unos minutos, vigiló su respiración, cada vez más lenta, y su estado muscular, que también se iba relajando poco a poco, hasta que se convenció de que estaba dormida de verdad.

–Dulces sueños, princesa –dijo en voz baja. El dron revisó sus palabras de inmediato, pero fue totalmente incapaz de determinar si un observador imparcial habría podido detectar algún rastro de sarcasmo en ellas.

La máquina comprobó la media docena de misiles de reconocimiento y misiles cuchillo secundarios que había desplegado poco antes y utilizó los sensores de las armas para vigilar el avance del todavía lejano ejército que se iba acercando poco a poco, observó también las patrullas pequeñas y los individuos que había enviado el ejército por delante en misión de reconocimiento.

El dron observó durante un rato los movimientos del ejército. Desde cierta perspectiva parecía un único y gran organismo que se iba abriendo camino centímetro a centímetro, como una amenaza por el desierto leonado; algo segmentado, vacilante (había partes que se detenían sin razón aparente durante largos minutos antes de ponerse en marcha otra vez, de modo que parecía arrastrarse en lugar de fluir en

masa) pero decidido, resuelto sin duda a avanzar a cualquier precio. Y todos de camino a la guerra, pensó el dron con amargura, dispuestos a conquistar, quemar, saquear, violar y asolar. Con qué hosca diligencia se dedicaban los humanos a la destrucción.

Una media hora más tarde, cuando la cabeza del ejército comenzaba a vislumbrarse entre la calima de la autopista del desierto, a un par de kilómetros al oeste, un único explorador a caballo llegó por la cima de la cresta, directamente hacia donde el dron vigilaba y la mujer dormía. El hombre no parecía haberse percatado del campo de camuflaje que rodeaba su pequeño campamento, pero a menos que cambiase de rumbo iba a darse de cabeza con ellos.

El dron emitió un pequeño chasquido, muy parecido al que había hecho la mujer poco antes, y le dijo al misil cuchillo más cercano que asustara a la montura. La forma, fina como un lápiz, se lanzó como una flecha, totalmente invisible, y pinchó a la bestia en un flanco, de modo que el animal chilló y se sacudió hasta que estuvo a punto de tirar a su jinete, después se desvió por la pequeña cuesta de la cresta que llevaba a la carretera.

El explorador gritó y maldijo a su animal, tiró de las riendas e hizo girar el amplio morro de su montura hacia la cresta, a cierta distancia de la mujer y el dron. Después se alejaron galopando y dejaron un fino rastro de polvo flotando en el aire casi inmóvil.

Djan Seriy Anaplian se removió, se incorporó un poco y miró desde debajo del sombrero.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó adormilada.

–Nada. Vuelve a dormir.

–*Hmm*. –La mujer se relajó otra vez y un minuto después roncaba casi sin ruido.

El dron la despertó cuando ya tenían prácticamente encima la cabeza del ejército. La máquina señaló con un gesto el cuerpo de hombres y animales que tenían a un kilómetro de distancia mientras Anaplian seguía bostezando y estirándose.

–Ya tenemos a los chicos aquí –le dijo la máquina.

–Sí, señor, aquí están. –Anaplian levantó los prismáticos y enfocó el frente del ejército, donde un grupo de hombres cabalgaba a lomos de unos animales especialmente altos, enjaezados con brillantes colores. Esos hombres lucían yelmos con altos penachos y sus bruñidas armaduras resplandecían bajo el sol brillante—. Están como para un desfile –dijo Anaplian—. Es como si esperaran tropezarse por aquí con alguien al que tuvieran que impresionar.

–¿Con Dios? –sugirió el dron.

La mujer se quedó callada un momento.

–*Hmm* –dijo al fin. Dejó los gemelos y miró al dron—. ¿Vamos?

–Cuando tú quieras.

Anaplian volvió a mirar al ejército y respiró hondo.

–Muy bien. Allá vamos.

El dron hizo un pequeño movimiento y se hundió como si asintiera. Después se abrió una pequeña escotilla en su costado. Un cilindro de unos cuatro centímetros de ancho y veinticinco de largo, con la forma de una especie de cuchillo cónico, rodó lentamente por el aire y luego salió disparado sin apenas alejarse del suelo y acelerando a toda velocidad hacia la parte posterior de la columna de hombres, animales y máquinas. Dejó un rastro de polvo por un momento antes de ajustar la altitud. Anaplian perdió de vista la forma camuflada casi de inmediato.

El aura del dron, invisible hasta ese momento, brilló con un tono rosado durante un segundo o dos.

–Esto –dijo– debería ser divertido.

La mujer lo miró, no muy convencida.

–No va a haber ningún error esta vez, ¿verdad?

–Desde luego que no –dijo la máquina con tono seco–. ¿Quieres verlo? –le preguntó–. Me refiero a verlo bien, no a través de esos antiguos gemelos de opereta.

Anaplian miró a la máquina con los ojos entrecerrados antes de contestar sin prisas.

–Está bien.

La pantalla cobró vida con un parpadeo, pero esa vez a un lado para que Anaplian todavía pudiera ver a simple vista al lejano ejército. La perspectiva de la pantalla se situó a cierta distancia detrás de la gran columna y mucho más baja que antes. Un rastro de polvo cruzó la pantalla.

–Es la cámara del misil de reconocimiento que los sigue –dijo Turminder Xuss. Al lado de la primera apareció otra pantalla–. Esta es del misil cuchillo en sí. –La cámara del misil cuchillo registró la maquinita que pasaba a toda velocidad junto al ejército en un borrón de hombres, uniformes y armas y después mostró las formas altas de las carretas y las máquinas de guerra y asedio antes de hacer un giro brusco tras pasar la cola del ejército. El veloz misil se inclinó y tomó posiciones a un kilómetro de la retaguardia del ejército y más o menos a un metro de la carretera. Había aminorado la velocidad, que había pasado de casi supersónica a algo parecido a la de un pájaro muy rápido. Se acercaba a toda prisa a la parte posterior de la columna.

–Voy a sincronizar el de reconocimiento con el cuchillo para que lo siga por detrás –dijo el dron. En pocos momentos la base plana y circular del misil cuchillo aparecía como un punto en el centro de la imagen del misil de reconocimiento y después se expandió hasta que dio la impresión de que la pequeña máquina estaba a solo un metro de la más grande–. ¡Allá van los alabeos! –dijo Xuss, y parecía emocionado–. ¿Los ves?

Dos puntas de flecha, una a cada lado, se desprendieron del cuerpo principal del misil cuchillo, se separaron un poco y desaparecieron. Los monofilamentos que todavía unían cada uno de los pequeños alabeos al misil cuchillo eran invisibles. La imagen cambió cuando el misil de reconocimiento se retrasó un poco y subió para mostrar casi todo el ejército que tenía delante.

–Haré que el cuchillo les dé un zumbido a los cables –dijo el dron.

–¿Qué significa eso?

–Los hace vibrar de modo que cuando los monofilamentos atraviesen lo que sea, será como si lo rebanara un hacha de guerra increíblemente afilada en lugar de la cuchilla más cortante del mundo –dijo el dron con tono servicial.

La pantalla que mostraba lo que veía el misil de reconocimiento descubrió un árbol a unos cien metros por detrás del último carro que pasaba rodando. El árbol se sacudió y las tres cuartas partes superiores se deslizaron en un ángulo agudo por el tocón inclinado que era el cuarto inferior antes de caer al polvo.

–Se ha llevado un buen golpe –dijo el dron, que volvió a brillar por un instante con un tono rosado, parecía divertido. Los carros y las máquinas de asedio llenaron la imagen procedente del misil cuchillo–. En realidad, el primer trozo es el más complicado...

Los techos de tela de los carromatos cubiertos se alzaron en el aire como pájaros recién liberados; las argollas tensadas de madera (rebanadas de un golpe) se soltaron de repente. Las gigantescas y sólidas ruedas de las catapultas, los trabuquetes y las máquinas de asedio se desprendieron al siguiente giro y las grandes estructuras de madera se detuvieron en seco, las mitades superiores de algunas, también traspasadas, se adelantaron con la sacudida. Trozos de cuerda, gruesos como brazos, apenas un momento antes tensos y apretados, sólidos como rocas, estallaron como muelles recién liberados y después aletearon como simples cordeles. El misil de reconocimiento se coló entre las máquinas caídas y destrozadas; los hombres que viajaban dentro y alrededor de las carretas y las máquinas de asedio comenzaban ya a reaccionar. El misil cuchillo continuó precipitándose hacia los soldados de infantería que tenía justo delante. Se zambulló entre la masa de lanzas, picas, mástiles de gallardetes, estandartes y banderas y los segó, convirtiéndolos en un revoltijo de madera rebanada, filos al aire y aleteos de banderas.

Anaplian vislumbró un par de hombres acuchillados o ensartados por las puntas de las picas que caían.

–Va a haber unas cuantas bajas, es inevitable –murmuró el dron.

–Es inevitable –dijo la mujer.

El misil cuchillo captaba imágenes de rostros confusos, los hombres se giraban al oír los gritos de los de atrás. El misil estaba a medio segundo de la retaguardia de las monturas y más o menos al nivel de los cuellos de los jinetes cuando el dron envió

una señal.

–¿Estás segura de que no podemos...?

–Del todo –respondió Anaplian que insertó un suspiro en lo que era un intercambio totalmente no verbal–. Cíñete al plan.

La maquina se elevó alrededor de medio metro y salió disparada por encima de los jinetes, atrapó los penachos de los yelmos y rebanó los chillones adornos como una cosecha de tallos multicolores. Saltó por encima de la cabeza de la columna y dejó a su paso un rastro de consternación y aleteos de plumas. Después pasó zumbando rumbo al cielo. El misil de reconocimiento que lo seguía registró los alabeos de monofilamentos, que volvieron a encajarse en el cuerpo del misil cuchillo, después giró, se elevó y frenó un poco para observar de nuevo la totalidad del ejército.

A Anaplian le pareció que ora una escena de lo más satisfactoria: caos, indignación y confusión por todas partes. Y sonrió. Un acontecimiento que sedaba en tan escasas ocasiones que Turminder Xuss grabó el momento.

Las pantallas que flotaban en el aire desaparecieron. Apareció entonces el misil cuchillo y se metió en la escotilla que se había abierto en un costado del dron.

Anaplian contempló la planicie y la carretera con el ejército detenido.

–¿Muchas bajas? –preguntó mientras se desvanecía la sonrisa que había lucido.

–Unas dieciséis –le respondió el dron–. Alrededor de la mitad resultarán con toda probabilidad fatales con el tiempo.

La mujer asintió sin dejar de observar la lejana columna de hombres y máquinas.

–Qué se le va a hacer.

–Sí, bueno –asintió Turminder Xuss. El misil de reconocimiento regresó flotando también junto al dron y también se introdujo en él a través de un panel lateral–. Con todo –dijo el dron–, debería haber habido más.

–¿Tú crees?

–Sí. Deberías haberme permitido llevar a cabo una decapitación como es debido.

–No –dijo Anaplian.

–Solo los nobles –dijo el dron–. Los tíos esos de delante. A los que se les ocurrieron esos planes de guerra tan estupendos.

–No –dijo la mujer otra vez, y después se levantó de la silla, se giró y la plegó. La sostuvo con una mano y con la otra cogió los viejos prismáticos de la mesa–. ¿Viene el módulo?

–Ahí arriba –le contestó el dron, que no tardó en rodear a la mujer, recogió la mesa plegable y guardó el vaso y la botella de agua en la mochila del suelo–. ¿Solo esos dos duques tan bordes? ¿Y el rey?

Anaplian se sujetó el sombrero y levantó la cabeza para mirar al cielo, entrecerró un momento los ojos bajo el sol hasta que sus pupilas se acostumbraron.

–No.

–Espero que no sea por algún tipo de sentimentalismo familiar transferido –dijo el dron con cierta indignación solo fingida a medias.

–No –le contestó la mujer mientras observaba la forma del módulo, que rielaba en el aire a unos metros de ellos.

Turminder Xuss se acercó al módulo cuando se abrió la puerta de atrás.

–¿Y vas a dejar de decirme que no todo el tiempo?

Anaplian lo miró con cara inexpresiva.

»Da igual –dijo el dron con un suspiro. Después le indicó con un gesto la puerta abierta del módulo–. Tú primero.

Primera parte: el expedicionario

1. La fábrica

Aquel sitio tenía que ser una especie de antigua fábrica, un taller o algo así. Había grandes ruedas dentadas de metal medio enterradas en los suelos de madera o colgando de ejes gigantes de la red de vigas de hierro que tenía encima. Se veían correas de lona ensartadas por los espacios oscuros que conectaban ruedas lisas más pequeñas y toda una serie de máquinas largas y complicadas que le pareció que quizá tuvieran algo que ver con telares o tejedoras. Todo estaba lleno de polvo y suciedad. Y sin embargo, en otro tiempo había sido uno de esos sitios modernos, ¡una fábrica nada menos! Con qué rapidez se desmoronaban las cosas y se hacían inútiles.

En circunstancias normales él jamás se habría planteado siquiera acercarse a un sitio tan mugriento. Se le ocurrió que quizá ni siquiera fuera seguro, aunque no hubiera ninguna máquina en marcha; una parte de una pared de caballete se había derrumbado, los ladrillos se habían caído, los tablones se habían partido y las vigas colgaban deslavazadas del techo. No sabía si eran daños antiguos, producto del deterioro y la falta de mantenimiento o algo que hubiera ocurrido ese mismo día, durante la batalla. Aunque al final a él le había dado igual lo que era ese sitio o lo que hubiera sido; era un rincón en el que meterse, un lugar en el que esconderse.

Bueno, en el que reagruparse, recuperarse y serenarse. Eso le daba más lustre. *No estoy huyendo, se dijo, solo estoy preparando una retirada estratégica, o como se quiera llamar.*

Fuera, la estrella rodante Pentrl había superado el horizonte minutos antes y comenzaba a oscurecer poco a poco. Por una brecha del muro se podían ver destellos esporádicos y oír el estruendo de la artillería, el estallido atronador y crujiente de los proyectiles que caían incómodamente cerca y el traqueteo cortante y continuo del fuego de las armas ligeras. Se preguntó cómo iría la batalla. Se suponía que estaban ganando, pero era todo muy confuso. Que él supiera, lo mismo estaban a punto de conseguir una victoria absoluta como de sufrir una derrota total.

Él no entendía eso de la guerra, y tras haberla experimentado de primera mano, no tenía ni idea cómo se las arreglaba la gente para no perder la cabeza en plena batalla. Se oyó una gran explosión por allí cerca que hizo temblar todo el edificio; él gimió, se agachó y se metió todavía más en la esquina oscura que había encontrado en el primer piso, y después se cubrió la cabeza con la gruesa capa que llevaba. Se oyó lanzar un ruidito débil y patético y se odió por ello. Al respirar bajo la capa percibió un ligero olor a sangre seca y heces y también se odió por ello.

Era Ferbin otz Aelsh-Hausk'r, príncipe de la casa de los Hausk, hijo del rey Hausk el Conquistador. Y si bien era digno hijo de su padre, a él no lo habían educado para que fuera como su progenitor. Su padre disfrutaba con la guerra, las batallas y las

disputas, se había pasado toda su vida aumentando la influencia de su trono y su pueblo, siempre de forma agresiva y siempre en nombre del Dios del Mundo y con el ojo puesto en la historia. El rey había educado a su hijo mayor para que fuera como él, pero a ese hijo lo habían matado los mismos con los que se estaban enfrentando, quizá por última vez, ese mismo día. El segundo hijo, Ferbin, había sido educado en el arte no de la guerra, sino de la diplomacia; se suponía que su lugar natural estaba en la corte, no en la plaza de armas, los duelos de esgrima o el campo de tiro, y mucho menos en el campo de batalla.

Su padre siempre lo había sabido y, si bien nunca había estado tan orgulloso de Ferbin como lo había estado de Elime, su asesinado primogénito, había aceptado que el talento de Ferbin (podría llamarse incluso vocación, había pensado este más de una vez) se encontraba en el arte de la política, no del ejército. Era, en cualquier caso, lo que su padre había querido. El rey ansiaba la llegada de una época en la que las hazañas bélicas que él había tenido que llevar a cabo para alcanzar esa nueva era se vieran como la tosca necesidad que en realidad habían sido; el rey había querido que al menos uno de sus hijos encajara con facilidad en una época venidera de paz, prosperidad y contento, donde el giro de una frase bonita tendría un efecto más certero que el volteo de una espada.

No era culpa suya, se dijo Ferbin, no estar hecho para la guerra. Y desde luego no era culpa suya que, al darse cuenta de que podría estar a punto de morir en cualquier momento, hubiera tenido un ataque de pánico un rato antes. Y tampoco era ningún descrédito haber perdido el control de sus intestinos cuando había visto al tal Yilim (que era mayor, o general, o algo así) borrado del mapa por un cañonazo. Dios bendito, el tipo estaba hablando con él cuando así, sin más... ¡había desaparecido! ¡Cortado por la mitad!

Su pequeño grupo había subido a caballo a una colina baja para ver mejor la batalla. Cosa que, ya en primer lugar, era una pequeña locura, había pensado Ferbin en su momento; cómo se les ocurría exponerse a los observadores enemigos y por tanto a un riesgo mayor de ser alcanzados por un proyectil de artillería aleatorio. Ya para empezar, esa misma mañana, en las carpas exteriores de los establos reales, el príncipe había elegido como montura un mersicor de guerra especialmente excepcional: un animal de color blanco puro con un aspecto arrogante y elevado en el que le pareció que quedaría bien. Y solo para descubrir que la elección de montura del general mayor Yilim se inclinaba en la misma dirección, porque él también montaba un caballo de guerra parecido. Ahora que lo pensaba (¡ah, cuantas veces había tenido motivos para usar esa frase u otra parecida al comienzo de alguna explicación tras otra vergüenza más!) Ferbin se preguntó hasta qué punto era inteligente subir a una cumbre expuesta con unos animales tan llamativos.

Había querido decir algo, pero después había decidido que no sabía lo suficiente

sobre los procedimientos a seguir en tales asuntos como para dar su opinión con libertad, y además, no había querido parecer un cobarde. Quizá el mayor general o el general mayor Yilim se había sentido insultado porque lo habían dejado fuera de la primera línea y le habían pedido en su lugar que cuidara de Ferbin, que lo mantuviera lo bastante cerca de la acción como para que luego pudiera afirmar que había estado en la batalla pero no tan cerca como para correr el riesgo de tener que implicarse en la lucha de verdad.

Desde la loma, una vez que llegaron arriba, podían ver todo el campo de batalla, desde la gran torre que se veía a lo lejos hasta las tierras bajas que se extendían desde el cilindro de varios kilómetros de anchura y subían hacia la posición que ocupaban ellos en el primer pliegue de colinas bajas que llevaban la carretera hasta el propio Pours. La capital de los sarlos se encontraba tras ellos, apenas visible bajo la bruma de la calima, a solo un día a caballo.

Se encontraban en el antiguo condado de Xilisk y aquellos eran los viejos campos de juego de Ferbin y sus hermanos, tierras despobladas mucho tiempo atrás y convertidas en parques reales y terrenos de caza, llenas de aldeas demasiado grandes y bosques espesos. Pero en esos instantes, por todas partes, aquella geografía arrugada y hendida destellaba con el fuego de un sinfín de miles de armas y la propia tierra parecía moverse y fluir allí donde maniobraban las concentraciones de tropas y las flotas de maquinaria de guerra; grandes columnas inclinadas de vapor y humo se alzaban al aire sobre todo ello y arrojaban gigantescas sombras acuñadas por el terreno.

De vez en cuando, bajo las brumas elevadas y las nubes bajas, se movían por encima de la gran batalla unos puntos, pequeñas formas aladas. Eran los caudes y los lyges (las magníficas y venerables bestias de guerra del cielo) que buscaban la artillería y llevaban información y mensajes de un sitio a otro. Ninguna parecía sufrir el asalto de nubes de aves menores, así que lo más probable es que todas fueran de las suyas. Escasos recursos, sin embargo, comparados con aquellos días de la antigüedad cuando había bandadas, escuadrones, nubes enteras de aquellas grandes bestias que se enfrentaban en las batallas de los antiguos. Bueno, eso si se podían creer los viejos relatos y las pinturas de aquella época. Ferbin sospechaba que eran exageraciones, y su hermanastro menor, Oramen, que afirmaba estudiar tales asuntos, había dicho que por supuesto que eran exageraciones, aunque, siendo como era Oramen, solo después de sacudir la cabeza ante la ignorancia de Ferbin.

Choubris Holse, su criado, estaba a su izquierda, en la loma, revolviendo en una alforja y murmurando algo de que había que enviar a buscar más provisiones a la aldea más cercana que habían dejado atrás. El mayor (o general) Yilim estaba a su derecha, lanzándole una perorata sobre la inminente campaña en el siguiente nivel, algo sobre que había que llevar la lucha hasta sus enemigos, en su propio terreno.

Ferbin había hecho caso omiso de su criado y se había vuelto hacia Yilim por pura cortesía. Y entonces, en plena frase, con una especie de carga estruendosa, el anciano oficial (grueso, de rostro un tanto rubicundo y con tendencia a resollar al reírse) había desaparecido, así, sin más. Las piernas y la parte inferior del torso todavía permanecían en la silla, pero el resto de su persona había quedado arrancado y estaba esparcido por el terreno; la mitad parecía haberse arrojado sobre Ferbin y haberlo cubierto de sangre y trocitos de cuerpo grasientos e irreconocibles. Ferbin se había quedado mirando los restos aún sentados sobre el caballo mientras se limpiaba parte de la sangre de la cara, y había sentido arcadas con el hedor y la sensación cálida y humeante de todo aquello. El almuerzo le había abandonado el vientre por la boca como si algo lo persiguiera, después había tosido y se había limpiado la cara con una mano cubierta de sangre.

–Joder, qué mierda –había oído decir a Choubris Holse con la voz quebrada.

La montura de Yilim (el mersicor de guerra, alto y pálido, al que Yilim se había dirigido con más amabilidad que a cualquiera de sus hombres), como si de repente se diera cuenta de lo que acababa de pasar, chilló, se encabritó y salió huyendo tras tirar lo que quedaba del cuerpo de su jinete destrozado al suelo. Otro proyectil o bala o lo que fueran aquellos trastos espeluznantes cayó cerca y derribó a otros dos miembros del grupo, convertidos en una maraña chillona de hombres y animales. Ferbin se dio cuenta de que su sirviente también había desaparecido: su montura se había caído y se habían derrumbado sobre él. Choubris Holse aullaba de miedo y dolor, atrapado bajo el animal.

–¡Señor! –le gritó uno de los suboficiales, plantado de repente delante de él, mientras le daba la vuelta a su montura–. ¡Fuera! ¡Alejaos de aquí!

El príncipe seguía limpiándose la sangre de la cara.

Se dio cuenta de que se había ensuciado los calzones. Azuzó a su caballo y siguió al joven hasta que el oficial y su montura desaparecieron entre una rociada repentina de tierra negra. El aire parecía haberse llenado de chillidos y fuego ensordecedor, cegador. Ferbin se oyó gimotear. Se apretó contra la montura, rodeó con los brazos el cuello del caballo, cerró los ojos y dejó que el galope del animal se abriera camino, que saltara o rodeara como quisiera los obstáculos que pudiera encontrarse, sin atreverse a levantar la cabeza o mirar por dónde iban. Aquella cabalgada discordante, vertiginosa y aterradora había parecido durar una eternidad y se había oído gimotear otra vez.

Pero al fin el jadeante y esforzado mersicor comenzó a frenar.

Ferbin abrió los ojos y vio que se encontraban en una pista oscura y boscosa junto a un pequeño río; el estruendo y los destellos se oían por todas partes, pero sonaban un poco más lejos que antes. Había algo ardiendo arroyo arriba, como si se estuvieran quemando los árboles que sobresalían. Bajo la luz de últimas horas de la tarde surgió

un edificio alto y medio en ruinas y la exhausta y jadeante montura frenó todavía un poco más. El príncipe lo detuvo junto al edificio y desmontó. Ferbin soltó las riendas y el animal, sobresaltado por otra ruidosa explosión, salió gimiendo y trotando por la pista. El príncipe quizá lo hubiera perseguido si no hubiera tenido los pantalones llenos de excrementos.

En lugar de eso, entró anadeando en el edificio por una puerta medio abierta y con los goznes combados en busca de agua y algún sitio para asearse. Su criado habría sabido qué hacer. Choubris Holse lo habría lavado en un santiamén, con murmullos y quejas constantes, pero con eficiencia y sin un solo comentario malicioso. Ferbin se dio cuenta de que, encima, estaba desarmado. El mersicor se había largado con su rifle y su espada de gala. Por si eso fuera poco, la pistola que le había dado su padre, y que él había jurado que jamás dejaría su lado mientras se librara la guerra, tampoco estaba en su funda.

Encontró un poco de agua y unos trapos de otra era y se limpió lo mejor que pudo. Todavía tenía su petaca, aunque estaba vacía. La llenó en un largo canal de agua corriente y profunda abierto en el suelo y se enjuagó la boca antes de beber. Intentó ver su reflejo en la oscura corriente de agua pero no lo consiguió. Metió las manos en el canal, se pasó los dedos por el largo cabello rubio y después se lavó la cara. Después de todo, había que mantener las apariencias. De los tres hijos del rey Hausk, él siempre había sido el que más se parecía a su padre: alto, rubio y atractivo, con un porte orgulloso y varonil (o eso decía la gente, al parecer; él no se molestaba mucho con esas cosas).

La batalla siguió librándose con fiereza más allá del oscuro y abandonado edificio cuando la luz de Pentrl se desvaneció del cielo. El príncipe se dio cuenta de que era incapaz de dejar de temblar. Todavía olía a sangre y mierda. Era inconcebible que alguien lo encontrara así. ¡Y el ruido! Le habían dicho que la batalla sería rápida y que ganarían con facilidad, pero seguían luchando. Quizá estuvieran perdiendo. En ese caso quizá fuera mejor que se escondiera. Si a su padre lo habían matado en la lucha, se suponía que el nuevo rey tenía que ser él. Era una responsabilidad demasiado grande, no podía arriesgarse a dejarse ver hasta saber que habían ganado. Buscó un lugar en el piso de arriba para acostarse e intentó dormir un poco, pero no pudo. Lo único que veía era al general Yilim estallando en mil pedazos justo delante de él y los trocitos de carne que volaban hacia él. Tuvo otra arcada y después bebió un poco de la petaca.

Solo con echarse allí, y después sentarse, con la capa bien ceñida a su alrededor, empezó a sentirse un poco mejor. Todo iría bien, se dijo. Se tomaría un momento lejos de todo, solo un momento o dos, para concentrarse y tranquilizarse. Después vería cómo iban las cosas. Habrían ganado y su padre seguiría vivo. Él no estaba listo para ser rey. Le gustaba ser príncipe. Ser príncipe era divertido, ser rey parecía un

trabajo duro. Además, su padre siempre les había dado la gran impresión a todos los que le habían conocido de que era un hombre capaz de vivir para siempre.

Ferbin debió de adormecerse. Abajo se oyó un ruido, un clamor, voces. En su estado de nervios y todavía medio dormido, le pareció reconocer alguna. Sufrió un ataque de pánico instantáneo al pensar que podían descubrirlo, que podía capturarlo el enemigo o que podían avergonzarlo delante de las tropas de su padre. ¡Qué bajo había caído en tan poco tiempo! ¡Mira que tenerle un miedo mortal a su propio bando, tanto como al enemigo! Unos pies embutidos en acero subieron con estrépito los escalones. ¡Lo iban a descubrir!

–No hay nadie en los pisos de arriba –dijo una voz.

–Bien. Ahí. Echadlo ahí. Doctor... –(Dijeron algo que Ferbin no entendió. Todavía estaba asimilando el hecho de haber podido pasar desapercibido mientras dormía)–. Bueno, debéis hacer lo que podáis. ¡Bleye! ¡Tohonlo! Coged los caballos e id a buscar ayuda como ya he dicho.

–Señor.

–En seguida.

–Sacerdote: asistidlo.

–El eminente, señor...

–Estará con nosotros en su debido momento, estoy seguro. De momento, la responsabilidad os corresponde a vos.

–Por supuesto, señor.

–El resto, fuera. Dejadnos espacio para respirar aquí.

Conocía aquella voz. Estaba seguro. El hombre que daba las órdenes parecía (de hecho, tenía que ser) Tyl Loesp.

Mertis tyl Loesp era el amigo más íntimo de su padre y su consejero de confianza. ¿Qué estaba pasando? Había mucho movimiento. Los faroles del piso de abajo arrojaban sombras sobre el techo oscuro del piso de Ferbin. Cambió de postura y se inclinó sobre un resquicio de luz que procedía del suelo, donde una amplia correa de lona, que descendía de una rueda gigantesca que tenía encima, desaparecía entre los tablones rumbo a algún tipo de maquinaria que había en la planta baja. Al moverse, Ferbin pudo asomarse a la ranura del suelo para ver qué estaba pasando abajo.

¡Dios bendito del Mundo, era su padre!

El rey Hausk yacía, con el rostro demacrado y los ojos cerrados, en una amplia puerta de madera que descansaba sobre unos caballetes improvisados que le habían puesto debajo. Tenía la armadura perforada y combada sobre el lado izquierdo del pecho y la sangre se filtraba por una bandera o estandarte que habían utilizado para vendarlo. Parecía muerto, o quizá moribundo.

Ferbin sintió que se le abrían todavía más los ojos.

El doctor Gillews, el médico real, abrió a toda prisa maletines y pequeños

botiquines. Un ayudante se afanaba a su lado. Un sacerdote que Ferbin reconoció pero cuyo nombre no sabía permanecía junto a la cabecera de su padre con las túnicas blancas manchadas de sangre o barro. Estaba leyendo algún pasaje de una obra sagrada. Mertis tyl Loesp (alto y un poco encorvado, todavía ataviado con la armadura, el yelmo sujeto con una mano y el cabello blanco enmarañado y apelmazado) se paseaba de un sitio a otro, con la armadura resplandeciendo bajo la luz de los faroles. Los únicos presentes, que él pudiera ver, eran un par de caballeros de pie junto a la puerta, con los rifles listos en las manos. No estaba en el mejor ángulo posible para ver nada más que el pecho del caballero alto de la derecha, pero Ferbin reconoció al otro, al que podía verle la cara: Bower, Brower o algo así.

Pensó que debería revelar su presencia. Debería avisarlos de que estaba allí. Quizá estuviera a punto de convertirse en rey, después de todo. Sería aberrante, incluso perverso, no hacerles saber que estaba allí.

De todos modos iba a esperar un momento más. Sentía una especie de corazonada, se dijo, y una corazonada parecida lo había avisado de que no subiera a la loma esa tarde, y había estado en lo cierto.

Los ojos de su padre se abrieron con un parpadeo. El rey hizo una mueca de dolor y movió un brazo hacia el costado herido. El médico miró a su ayudante, que fue a sujetar la mano del rey, quizá para consolarlo, pero desde luego para evitar que sondeara la herida. El médico se reunió con su ayudante empuñando tijeras y nubes. Cortó la tela y apartó la armadura.

–Mertis –dijo el rey con tono débil, sin hacer caso del médico y estirando la otra mano. Su voz, por lo general tan severa y firme, parecía la de un niño.

–Aquí –dijo Tyl Loesp mientras acudía al lado del rey y le cogía la mano.

–¿Es la victoria nuestra, Mertis?

El otro hombre miró a los presentes en la fábrica.

–La victoria es nuestra, señor –dijo después–. La batalla está ganada. Los deldeynos se han rendido y han preguntado cuáles son nuestros términos. Han puesto solo como condición que cese la masacre y que se les trate con honor. Cosa que hemos permitido, hasta ahora. El Noveno y todo lo que contiene se abre ante nosotros.

El rey sonrió. Ferbin sintió un gran alivio. Al parecer las cosas habían ido bien. Suponía que había llegado el momento de hacer su entrada. Respiró hondo antes de hablar, antes de avisarlos de que estaba allí.

–¿Y Ferbin? –preguntó el rey. Ferbin se detuvo en seco. ¿Por qué preguntaba por él?

–Muerto –dijo Tyl Loesp. A Ferbin le pareció que lo decía sin demasiado dolor o piedad. Casi con entusiasmo, podría haber pensado un tipo menos comprensivo que él.

–¿Muerto? –se lamentó su padre y Ferbin sintió que se le humedecían los ojos. Había llegado el momento. Tenía que avisar a su padre que su hijo mayor superviviente seguía vivo, aunque oliera a mierda.

–Sí –dijo Tyl Loesp al tiempo que se inclinaba sobre el rey–. A ese mocosito presumido, estúpido y malcriado lo reventaron en mil pedazos en la cresta de Cherien poco después del mediodía. Una triste pérdida para sus sastres, joyeros y acreedores, me atrevería a decir. En cuanto a la trascendencia real de tal pérdida, bueno...

–¿Loesp? ¿Pero qué...? –dijo el rey después de balbucear algo incomprensible.

–Aquí todos pensamos lo mismo, ¿no es cierto? –dijo Tyl Loesp sin inmutarse, sin hacer mucho caso del rey (¡sin hacer caso del rey!) y mirando a todos los presentes.

Un coro de murmullos bajos ofreció lo que debía de ser un asentimiento.

»Vos no, sacerdote, pero da igual –le dijo Tyl Loesp al clérigo–. Continúa con la lectura si tenéis la bondad. –El sacerdote hizo lo que le mandaban con los ojos muy abiertos. El ayudante del médico se quedó mirando al rey y después alzó los ojos hacia el médico, que le devolvió la mirada.

–¡Loesp! –exclamó el rey, que había recuperado parte de su antigua autoridad–. ¿Qué significa este insulto? ¿Y encima insultas a mi hijo muerto? ¿Qué monstruosidad de...?

–Oh, cállate ya. –Tyl Loesp dejó el yelmo a sus pies y se inclinó un poco más, apoyó las mejillas en los nudillos y posó los codos protegidos por la cota de malla en el pecho del rey, todavía cubierto por la armadura; una falta de respeto sin precedentes que a Ferbin le pareció casi más escandalosa que todo lo que había oído hasta entonces. El rey hizo una mueca y resolló un poco. A Ferbin le pareció oír algo que burbujeaba. El médico había terminado de exponer la herida del costado del rey.

»Significa que ese cabroncete miedica está muerto, viejo cretino. –Tyl Loesp se dirigía a su único amo y señor como si fuese un simple mendigo–. Y, si por algún milagro no lo está, no tardará en estarlo. Al jovencito creo que lo mantendré con vida de momento, en mi calidad de regente. Aunque me temo que el pobre, callado y estudioso Oramen quizá no viva lo suficiente para ascender al trono. Dicen que al chico le interesan las matemáticas. A mí no (salvo, como a ti, por el papel que desempeña la trayectoria en la caída de un disparo), sin embargo yo calcularía que sus posibilidades de llegar a ver su próximo cumpleaños, y por tanto su mayoría de edad, van menguando por momentos a medida que se acerca el acontecimiento.

–¿Qué? –jadeó el rey, al que le costaba respirar–. ¡Loesp! Loesp por piedad...

–No –dijo Loesp, apoyándose todavía más en la curva de color rojo sangre de la armadura y haciendo que el rey gimiese–. Nada de piedad, mi querido, viejo y lerdo guerrero. Ya has hecho tu parte, has ganado tu guerra. Eso es monumento y epitafio suficiente, tu momento ha llegado a su fin. Pero nada de piedad, señor, de eso nada.

Voy a ordenar que todos los prisioneros hechos hoy sean pasados a cuchillo con toda celeridad y que el Noveno sea invadido con la mayor severidad, de modo que alcantarillas y ríos (cielos, hasta los molinos de agua, por lo que a mí respecta) corran rojos de sangre, y me atrevería incluso a decir que los chillidos serán terribles. Y todo en tu nombre, mi valiente príncipe. En venganza. Y también por los idiotas de tus hijos, si quieres. –Tyl Loesp acercó mucho su cara a la del rey y le gritó:– ¡Se acabó el juego, viejo zoquete! ¡Que fue siempre más grande de lo que nunca imaginaste! – Después se apoyó otra vez en el pecho del rey para incorporarse, con lo que el hombre postrado volvió a gemir. Tyl Loesp le hizo un gesto con la cabeza al médico, que, tras tragar saliva de forma más que visible, estiró la mano con un instrumento de metal y lo metió en la herida que tenía en el costado el monarca, que se estremeció y chilló.

–¡Traidores, traidores malnacidos! –gimió el rey cuando el médico dio un paso atrás con el instrumento chorreando sangre y el rostro ceniciento–. ¿Es que nadie va a ayudarme? ¡Malnacidos! ¡Asesináis a vuestro rey!

Tyl Loesp sacudió la cabeza y se quedó mirando primero al rey, que se retorcía, y después al médico.

–Ejercéis vuestro oficio demasiado bien, médico. –El futuro regente rodeó al rey, que agitó sin fuerzas los brazos para alejarlo, y se colocó al otro lado del monarca. Cuando Tyl Loesp pasó a su lado, el sacerdote estiró una mano y se aferró a la manga del noble. Tyl Loesp bajó los ojos y miró con calma la mano que se había posado en su antebrazo.

–Señor, esto es demasiado, no... no está bien –dijo el sacerdote con voz ronca.

Tyl Loesp lo miró a los ojos y después volvió a mirar la mano que lo agarraba hasta que el clérigo lo soltó.

–Te apartas de tus atribuciones, don Murmullos –le dijo Tyl Loesp–. Vuelve a tu lectura. –El sacerdote tragó saliva y volvió a bajar los ojos hacia el libro. Sus labios comenzaron a moverse una vez más, aunque de su boca no salía sonido alguno.

Tyl Loesp rodeó la puerta roto y apartó al médico de un empujón, hasta que quedó al otro lado del rey. Se agachó un poco e inspeccionó el costado real.

–Una herida mortal sin duda, mi señor –dijo sacudiendo la cabeza–. Deberíais haber aceptado las pociones mágicas que os ofreció nuestro amigo Hyrlis. Yo lo habría hecho. –Hundió una mano en el costado del rey y el brazo desapareció casi hasta el codo. El rey chilló de dolor.

» Vaya –dijo Tyl Loesp–, pero si está aquí mismo el corazón de todo. –Gruñó, retorció y tiró de algo dentro del pecho del hombre. El rey lanzó un último grito, arqueó la espalda y después se derrumbó. El cuerpo se sacudió unas cuantas veces más y brotó de sus labios algún sonido, pero nada inteligible, y pronto ellos también quedaron quietos.

Ferbin se quedó mirando al suelo. Se sentía incapaz de reaccionar, inmovilizado, como una criatura atrapada en el hielo o solidificada en un horno. Nada de lo que había visto, oído o sabido jamás lo había preparado para aquello. Nada.

Se oyó un estallido penetrante y el sacerdote cayó como un saco lleno de rocas. Tyl Loesp bajó la pistola. La mano que la sostenía chorreaba sangre.

El médico se aclaró la garganta y se alejó un poco de su ayudante.

–Ah, el chico también –le dijo a Tyl Loesp sin mirar al muchacho. Después acudió la cabeza y se encogió de hombros–. Estoy seguro que trabajaba para la gente del rey además de para nosotros.

–¡Maestro! ¡Yo...! –fue lo único que el joven tuvo tiempo de decir antes de que Tyl Loesp le disparara también, primero en la barriga, lo que lo hizo doblarse, y después en la cabeza. El médico parecía convencido de que Tyl Loesp estaba a punto de pegarle a él también un tiro, pero el noble se limitó a sonreírle y después se volvió hacia los dos caballeros que seguían en la puerta. Se inclinó, cogió una toalla de la cintura del ayudante asesinado, se limpió las manos y la pistola con ella y después enjugó un poco de sangre que le había caído en el brazo y la manga antes de mirar a los demás.

–Era lo que había que hacer, como todos sabemos –les dijo. Miró con asco el cuerpo del rey, como un cirujano podría mirar a un paciente que había tenido el atrevimiento de morírsele en las manos–. Los reyes son por lo común los primeros en hablar, y con cierto detalle, del destino global y de la necesidad de cumplir propósitos más grandes que nosotros mismos –dijo sin dejar de limpiarse y enjugar la sangre–. Así que vamos a dar por oída toda esa retórica pomposa, ¿de acuerdo? Nos quedamos solo con esto: el rey ha muerto de sus heridas, sufridas de la forma más honorable posible, pero no sin antes jurar venganza cruenta contra sus enemigos. El presumido del príncipe heredero está muerto y el más joven está a mi cargo. Estos dos de aquí han sido víctimas de un francotirador. Y vamos a quemar esta antigualla de sitio solo por si acaso. Venga, vamos, nos aguardan magníficos trofeos.

El noble tiró la toalla ensangrentada en la cara del ayudante caído y después se dirigió a los demás con una sonrisa alentadora.

–Creo que aquí hemos terminado.

2. El palacio

Oramen estaba en una sala redonda del ala sombreada del palacio real de Pourl cuando llegaron a decirle que su padre y su hermano mayor estaban muertos y que él, con el tiempo, sería el rey. A Oramen siempre le había gustado esa habitación porque sus paredes describían un círculo casi perfecto y, si te colocabas justo en el centro, podías oír el eco de tu propia voz, que resonaba en la circunferencia de la cámara de un modo de lo más singular e interesante.

Levantó la vista de sus papeles y miró al conde sin aliento que había irrumpido en la sala y le había dado la noticia. El nombre del conde era Droffo, de Shilda, si Oramen no se equivocaba. Entretanto, un par de criados de palacio se apretujaban en la puerta, tras el noble, también respirando con dificultad y bastante colorados. Oramen se apoyó en el respaldo de la silla y notó que en el exterior había oscurecido. Un criado debía de haber encendido las lámparas de la sala.

–¿Muertos? –dijo–. ¿Los dos? ¿Estáis seguro?

–Si han de creerse todos los informes, señor. De la jefatura del ejército y del propio Tyl Loesp. El rey está de... El cuerpo del rey está de regreso en un armón de artillería, señor –le dijo Droffo–. Señor, lo siento. Se dice que al pobre Ferbin lo partió por la mitad un proyectil. Lo siento mucho, señor, mucho más de lo que puedo expresar con palabras. Ambos se han ido.

Oramen asintió con aire pensativo.

–¿Pero no soy el rey?

El conde, que a Oramen le pareció que iba vestido en parte para la corte y en parte para la guerra, pareció confuso por un momento.

–No, señor. No hasta vuestro próximo cumpleaños. Tyl Loesp será el que gobierne en vuestro nombre. Tal y como yo lo entiendo.

–Ya veo.

Oramen respiró hondo un par de veces. Bueno, la verdad era que no se había preparado para esa eventualidad. No estaba muy seguro de qué pensar. Miró a Droffo.

–¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cuál es mi deber?

Cosa que también pareció desconcertar al bueno del conde solo por un instante.

–Señor –dijo–, podríais salir a caballo a recibir el féretro del rey.

Oramen asintió.

–Cierto, podría ir.

–No hay peligro, señor; la batalla está ganada.

–Sí –dijo Oramen–, por supuesto. –Se levantó y miró tras Droffo, a uno de los criados–. Puisil. El coche de vapor, si tienes la bondad.

–Tarda un rato en cargarse de vapor –dijo Puisil–. Señor.

–Entonces no te demores más –le contestó Oramen con toda la razón. El sirviente se dio la vuelta para irse justo cuando apareció Fanthile, el secretario de palacio.

–Un momento –le dijo Fanthile al criado, haciendo que Puisil dudara y que su mirada vacilara entre el joven príncipe y el anciano secretario de palacio.

»Un caballo de guerra quizá fuera una elección más conveniente, señor –le dijo Fanthile a Oramen. Después sonrió y saludó con una inclinación a Droffo, que le devolvió al anciano el saludo con la cabeza. Fanthile se estaba quedando calvo y tenía la cara muy arrugada, pero seguía siendo alto y alzaba su delgado cuerpo con orgullo.

–¿Vos creéis? –dijo Oramen–. El coche será más rápido, seguro.

–La montura sería más inmediata, señor –dijo Fanthile–. Y más apropiada. Sobre una montura se está más a la vista del público y el pueblo necesitará veros.

Oramen se planteó decir que también podía levantarse en el asiento trasero del coche de vapor de su padre. Pero también vio el sentido que tenía lo que le proponían.

»Además –continuó Fanthile al ver que el príncipe dudaba y decidido a insistir–, es posible que la carretera esté atestada. Una montura puede colarse entre los espacios libres...

–Sí, por supuesto –dijo Oramen–. Muy bien. Puisil, si tienes la bondad.

–Señor. –El criado se fue.

Oramen suspiró y colocó sus papeles en una caja. Había empleado la mayor parte del día trabajando en una forma novedosa de anotación musical. Lo habían mantenido, junto con el resto de la familia, en los sótanos del palacio durante las primeras horas de la mañana, porque se esperaba que en un principio los deldeynos se precipitaran desde la cercana torre, y por si las cosas se ponían mal y tenían que huir a través de los túneles subterráneos que los llevarían a una flota de vehículos de vapor que los aguardaban, ya listos, en los límites más bajos de la ciudad; pero después les habían permitido salir cuando, tal y como se preveía, habían recibido al enemigo con tal fuerza y preparación que los deldeynos no habían tardado en dejar de ser una amenaza para la ciudad y habían tenido que centrar su atención en su propia supervivencia.

A media mañana lo habían persuadido para que subiera a la balastrada de un tejado con Shir Rocasse, su tutor, para contemplar los empinados terrenos del palacio y los límites superiores de la ciudad encaramada a la colina y también la torre Xiliskine y el campo de batalla que (según afirmaban los informes telegráficos) la rodeaba casi por completo.

Pero no había mucho que ver. Hasta el cielo parecía casi desprovisto de acción alguna. Las grandes bandadas de batalla de caudes y lyges que en la antigüedad llenaban el aire y hacían que las batallas de antaño parecieran tan románticas apenas se veían ya; habían quedado consignados (reducidos) a patrullas de reconocimiento, a

llevar mensajes, a detectar puestos de artillería y a hacer pequeñas incursiones que eran poco más que actos de bandidaje. Allí, en el Octavo, se consideraba que tales bestias de guerra voladoras no tenían ningún papel significativo que desempeñar en los campos de batalla modernos, gracias sobre todo a la maquinaria y las consiguientes tácticas que había introducido el propio rey Hausk.

Se había rumoreado que los deldeynos tenían máquinas voladoras impulsadas por vapor, pero si estas habían hecho acto de presencia, debía de haber sido en un número muy pequeño o no debían de haber tenido un efecto obvio. Oramen se había quedado un poco decepcionado, aunque se lo pensó dos veces antes de decirle nada a su anciano tutor, que era tan patriota, consciente de su raza y devoto del Dios del Mundo como se podría desear. Después bajaron del tejado para lo que se suponía que debían de ser sus clases.

Shir Rocasse estaba a punto de retirarse, pero de todos modos se había dado cuenta durante el último año corto de que ya tenía muy poco que enseñarle a Oramen, a menos que fuera algo de memoria y sacado directamente de algún libro. En los últimos tiempos el príncipe prefería utilizar la biblioteca del palacio sin mediador alguno, aunque seguía escuchando los consejos del anciano erudito y no solo por cuestiones sentimentales. Había dejado a Rocasse en la biblioteca, inmerso en una serie polvorienta de pergaminos y se había dirigido a la sala redonda, donde era mucho menos probable que lo molestasen. Bueno, al menos hasta ese momento.

–¡Oramen! –Renneque entró corriendo, pasó a toda velocidad junto a Droffo y Fanthile y se lanzó a sus pies entre un torbellino de ropa rasgada—. ¡Acabo de enterarme! ¡No puede ser verdad! –Renneque, lady Silbe, rodeó con los brazos los pies Oramen y los abrazó con fuerza. Levantó la cabeza, con el joven rostro lívido por las lágrimas y el dolor y el cabello castaño derramándose por los hombros—. Decidme que no lo es. ¿Por favor? Los dos no. ¡No el rey y Ferbin también! Los dos no. Los dos no. ¡Por lo que más queráis, los dos no!

Oramen se inclinó con suavidad y levantó un poco a la mujer hasta que quedó arrodillada delante de él, con los ojos muy abiertos, las cejas alzadas y la mandíbula en movimiento. Siempre le había parecido una joven bastante atractiva y había envidiado a su hermano mayor, pero en ese momento pensó que estaba hasta fea con semejante exceso de dolor. Las manos femeninas, privadas del evidente consuelo de los pies del príncipe, se aferraban a un símbolo pequeño y orondo del mundo que le colgaba del cuello con una fina cadena que no dejaba de retorcer un momento entre los dedos; la filigrana de las conchas diminutas del interior del revestimiento esférico exterior se revolvía y deslizaba de un sitio para otro, ajustándose de forma continua.

Oramen se sintió de repente bastante maduro, mayor incluso.

–Vamos, Renneque –dijo cogiéndole las manos y dándole unas palmaditas—. Todos tenemos que morir.

La joven gimió y volvió a arrojarse al suelo.

–Señora –dijo Fanthile, cuya voz era amable pero avergonzada, mientras se inclinaba hacia ella, después se volvió y vio aparecer en la puerta a Mallarh, una de las damas de la corte (que también estaba llorosa y angustiada). Mallarh, que quizá duplicaba la edad de Renneque y tenía el rostro cubierto de cicatrices diminutas, producto de una infección infantil, se mordió el labio cuando vio a la joven noble sollozando en el suelo de madera—. Por favor –le dijo Fanthile a Mallarh al tiempo que le señalaba a Renneque.

Mallarh convenció a Renneque para que se levantara y después saliera con ella.

–Y bien, señor... –dijo Fanthile antes de volverse y ver a Harne, lady Aelsh, la actual consorte del rey y madre de Ferbin, de pie en la puerta, con los ojos enrojecidos, el cabello rubio enmarañado y despeinado pero con la ropa intacta, la expresión decidida y el porte firme. Fanthile suspiró—. Señora... –empezó a decir.

–Solo confirmádmelo, Fanthile –dijo la dama—. ¿Es cierto? ¿Los dos? ¿Los míos? Fanthile miró al suelo un momento.

–Sí, mi señora. Ambos han fallecido. El rey con toda certeza, el príncipe según todos los indicios.

Lady Aelsh pareció hundirse un poco, después se alzó con lentitud. Asintió y por un momento pareció que iba a irse pero después se detuvo y miró a Oramen. Este la miró directamente a la cara y se levantó sin dejar de sostener la mirada de la dama.

Aunque ambos habían intentado ocultarlo, su mutua antipatía no era ningún secreto en palacio. La del joven, motivada por el destierro de su madre para favorecer a Harne, mientras que la de la dama se asumía por lo general que la provocaba la simple existencia de Oramen. Con todo, este quería decir que lo sentía, quería decirle (al menos cuando lo pensó más tarde, con más claridad y lógica) que sentía su doble pérdida, que era una elevación del estatus de Oramen inesperada y en absoluto deseada y que ella no sufriría ningún menoscabo de rango por nada que fuera a hacer Oramen, o no hacer, durante la inminente regencia o su subsiguiente ascenso al trono. Pero la expresión de la mujer parecía prohibirle pronunciar palabra alguna y quizá incluso lo desafiaba a encontrar algo que pudiera decirse y a lo que ella no pudiera poner algún tipo de objeción.

Oramen luchó contra aquella sensación durante varios minutos, le parecía que era mejor decir algo en lugar de parecer que la insultaba con su silencio pero terminó rindiéndose. Había un dicho: «La sabiduría es silencio». Al final se limitó a saludar a la dama con una inclinación de la cabeza sin decir nada. Presintió casi más que vio que la mujer de su padre se daba la vuelta y se iba.

Oramen volvió a levantar la cabeza. Bueno, al menos con eso ya había terminado.

–Venid, señor –dijo Fanthile tendiéndole el brazo—. Yo os acompañaré.

–¿Os parece que voy bien así? –preguntó Oramen. Iba vestido de modo más que

informal, con unos pantalones y una simple camisa.

–Poneos una de vuestras mejores capas, señor –le sugirió Fanthile. El anciano miró sin pestañear al joven príncipe, que dudaba y palmeaba los papeles en los que había estado trabajando como si no estuviera muy seguro si debía llevárselos con él o no–. Debéis de estar consternado, señor –dijo con naturalidad el secretario de palacio.

Oramen asintió.

–Así es –dijo dando unos golpecitos en los papeles. La hoja de arriba no tenía nada que ver con la notación musical. Como príncipe que era, a Oramen le habían enseñado, por supuesto, las costumbres de los alienígenas que existían fuera de su nivel natal y más allá del propio Sursamen y, en un momento dado de ocio, había estado garabateando su nombre y luego había intentado expresarlo como lo harían esos alienígenas:

Oramen lin Blisk-Hausk'r yun Poursl, yun Dich.

Oramen-hombre, príncipe (3/2), Poursl, 8/Su.

Humano Oramen, príncipe de Poursl, casa de Hausk, dominio de Sarl, del Octavo, Sursamen.

Meseriphine-Sursamen/8sa Oramen lin Blisk-Hausk'r dam Poursl.

Volvió a ordenar las páginas, cogió un pisapapeles y lo colocó encima.

–Sí, eso es, debo de estarlo, ¿verdad?

Parecía que solo el hecho de subirse a lomos de un mersicor se había convertido en una tarea mucho más complicada de lo que nunca había sido. Oramen apenas se había entretenido tras oír la noticia, pero incluso así, para cuando llegó al patio de caballos iluminado por los faroles ya se había organizado un alboroto considerable.

Acompañado, («azuzado» habría sido quizá un término más apropiado) por Fanthile, Oramen se había detenido en sus apartamentos para recoger una voluminosa capa de montar, había soportado que Fanthile le pasara un peine por el cabello castaño rojizo y después lo habían precipitado por las escaleras rumbo al patio, cuidándose mucho de saludar con la cabeza a los varios rostros serios y manos que se retorcían con los que se encontró de camino. Solo lo habían detenido una vez, el embajador oct.

El embajador parecía una especie de cangrejo gigante. Su cuerpo erecto y ovoide (más o menos del tamaño de un torso infantil) era de un color azul profundo y estaba cubierto de diminutas excrecencias de color verde brillante que o bien eran pinchos muy finos o pelos muy gruesos. Sus miembros, compuestos por tres segmentos

(cuatro que colgaban como piernas y cuatro que parecían hacer la función de brazos), eran de un color rojo casi incandescente y cada uno terminaba en unas pequeñas pinzas dobles que eran del mismo color azul que el cuerpo. Los miembros sobresalían, no de modo totalmente simétrico, en forma de «z» quebrada con cuatro tocones negros que por alguna razón a Oramen siempre le recordaban a las bocas de unos cañones carnosos.

Por la parte posterior y por los lados sostenía a la criatura un armazón de metal espejado con unas adiciones más voluminosas por detrás que parecían albergar el medio que utilizaba para flotar en el aire sin ruido y que de vez en cuando dejaba escapar pequeñas cantidades de un líquido de aroma extraño. Una serie de tubos conectaban otro cilindro con lo que se suponía que era la cara, que se encontraba en medio del cuerpo e iba cubierta con una especie de máscara a través de la que en ocasiones se podían ver unas burbujitas diminutas. El cuerpo entero del embajador relucía, y cuando se miraba con mucha atención (y Oramen lo había hecho), te dabas cuenta que había una membrana muy fina de líquido que parecía envolver cada parte, con la posible excepción de los pelitos verdes y las pinzas azules. La misión diplomática oct tenía su hogar en un antiguo salón de baile del ala soleada del palacio y estaba, al parecer, completamente llena de agua.

El embajador y los dos oct que lo acompañaban, uno un poco más pequeño y el otro un poco más grande que el embajador, se acercaron flotando por las baldosas del pasillo cuando Oramen y Fanthile llegaron al último giro de las escaleras. Fanthile se detuvo cuando vio a las criaturas y Oramen decidió no llevarle la contraria. Entonces oyó suspirar al secretario de palacio.

–Oramen-hombre, príncipe –dijo el embajador Kiu-en-Pourl. Su voz era como el crujido de las hojas secas, o como una pequeña hoguera que comienza a prenderse–. Aquel que dio lo que a vos ha de darse de la vida ha dejado ya de ser, como nuestros ancestros, los benditos involucra, que han dejado ya de ser, son para nosotros. El dolor ha de experimentarse, y con él las emociones afines, y muchas. Yo bien soy incapaz de compartir, ser. No obstante. Y paciencia os recomiendo. Uno ha de suponer. Es probable, también, que la ascensión tenga lugar. Cumplirse debe. La energía se transfiere, como herencia, y eso compartimos. Vos, nosotros. Como si a modo de presión, en los conductos sutiles nosotros no nos defendemos bien.

Oramen se quedó mirando a la criatura y se preguntó qué se suponía que tenía que parecerle aquel montón de aparentes tonterías. En su experiencia, los pronunciamientos tangenciales del embajador podían llegar a alcanzar una especie de sentido retorcido si se reflexionaba sobre ellos el tiempo suficiente (preferiblemente después de escribirlos), pero lo cierto era que en ese momento él no tenía tiempo para todo aquello.

–Gracias por vuestras amables palabras –le soltó de buenas a primeras, después

asintió y se retiró hacia las escaleras.

El embajador se apartó unos milímetros y dejó un charco diminuto de humedad brillando en los azulejos.

—Que se os guarde. Id a aquello a lo que vais. Llevad aquello que yo os daría. Conocimiento de la afinidad. Oct, los herederos, descienden de los velo, heredan. Vos, heredáis. También, es pena.

—Con vuestro permiso, señor —le dijo Fanthile al embajador y después tanto él como Oramen se inclinaron, se volvieron y bajaron con estrépito el último tramo de escaleras, rumbo a la planta baja.

El alboroto en el patio de caballos procedía sobre todo de todo un vociferante aquelarre de duques, condes y caballeros que se disputaban a gritos quién debía acompañar al príncipe regente en el corto viaje que estaba a punto de emprender para ir a recibir el cuerpo del rey que regresaba.

Oramen se quedó atrás, entre las sombras, con los brazos cruzados, esperando a que le llevaran su montura. Dio un paso atrás y metió el pie en un montón de estiércol cerca del alto muro posterior del patio, chasqueó los labios y se sacudió parte de la mierda de la bota al tiempo que intentaba quitarse el resto raspándose en el muro. El montón de estiércol todavía humeaba. Se preguntó si se podría saber qué tipo de animal había dejado el zurullo por su apariencia y consistencia. Lo más probable, se imaginó.

Miró directamente al cielo. Allí, todavía visible sobre los faroles que iluminaban el patio de caballos desde los muros que lo cerraban, una línea roja sin brillo marcaba el curso de enfriamiento grabado por la estrella rodante Pentrl, oculta muchas horas atrás y a muchos días de regresar. Miró después hacia el polo cercano, por donde saldría a continuación Domity, pero aquella era una noche relativamente larga y todavía faltaban horas para el primeralba de la estrella rodante. Creyó ver por un instante una insinuación de la torre Keande-yiine, que se perdía en la oscuridad que envolvía el cielo (el límite inferior de la Xiliskine, aunque se encontraba más cerca, estaba oculto por una de las altas torres del palacio) pero no estaba seguro. Xiliskine. O 213torre52. Ese era el nombre que sus mentores, los oct, le daban. Suponía que él debería preferir el término Xiliskine.

Volvió a mirar al patio. Cuántos nobles. Había creído que estarían todos luchando contra los deldeynos. Claro que ya hacía mucho tiempo que su padre había distinguido con toda claridad entre aquellos nobles que aportaban elegancia y una cualidad emoliente a la corte y aquellos que eran capaces de librar con éxito una guerra moderna. Las tropas reclutadas, magníficas y variopintas, encabezadas por sus señores, todavía tenían su lugar, pero el nuevo ejército estaba formado por militares profesionales y también por milicias bien entrenadas, todas ellas bajo el mando de capitanes, mayores, coroneles y generales, no caballeros, señores, condes y duques.

Oramen distinguió también entre la mezcla a unos cuantos sacerdotes de alto rango y varios parlamentarios que insistían en que los incluyeran. El príncipe se había imaginado, ingenuo de él, cabalgando solo o con uno o dos escoltas. Pero al parecer iba a tener que ponerse a la cabeza de un pequeño ejército.

A Oramen le habían aconsejado que no tuviera nada que ver con la batalla que estaba teniendo lugar en las llanuras ese día y, de todos modos, a él tampoco le interesaba demasiado, dado que Werreber, uno de los generales más imponentes de su padre, les había asegurado a todos con toda certeza apenas la noche anterior que la lucha se decantaría a su favor. En cierto sentido era una pena. Apenas un par de años antes, a Oramen le había fascinado la maquinaria de la guerra y todo el cuidadoso despliegue de fuerzas que implicaba. El intenso orden numérico de su planificación y la funcionalidad extrema de su cruel funcionamiento lo habrían consumido.

Pero por alguna razón, desde aquellos tiempos había perdido interés por todo lo marcial. Le parecía que el ejército, incluso mientras se afanaba para garantizarla, era profundamente adverso a la era moderna que estaba contribuyendo a crear. La guerra en sí se estaba convirtiendo en un proceso pasado de moda y anticuado. Poco eficiente, antieconómica, destructiva de una forma intrínseca, la guerra no desempeñaría ningún papel en aquel futuro pragmático y resplandeciente que preveían las mentes más brillantes del reino.

Solo personas como su padre lamentarían la desaparición de la guerra. Él la celebraría.

–Mi príncipe –murmuró una voz a su lado.

Oramen se dio la vuelta.

–¡Tove! –dijo mientras le daba al otro joven una palmada en la espalda. Tove Lomma había sido su mejor amigo casi desde la más tierna infancia. Se había convertido en oficial del ejército y lucía el uniforme de los cuerpos de aviación–. ¡Estás aquí! ¡Pensé que estarías luchando! ¡Cuánto me alegro de verte!

–En los últimos días me han destinado a una de las torres de lyges, con un escuadrón de esas bestias. Armamento ligero. Por si se producía un ataque aéreo. Escuchad. –Posó una mano en el brazo de Oramen–. Es terrible lo de vuestro padre y Ferbin. Las estrellas llorarían, Oramen. No sé qué decir. Todos los hombres del cuerpo de aviación... Bueno, queremos que sepáis que estamos a vuestras órdenes.

–Más bien a las de Loesp.

–Es vuestro paladín en esto, Oramen. Os servirá bien, estoy seguro.

–Yo también.

–Pero vuestro padre; nuestro querido rey, todo nuestro... –A Tove se le quebró la voz. El joven sacudió la cabeza y apartó la mirada mientras se mordía el labio y sorbía por la nariz.

Oramen tuvo la sensación de que tenía que consolar a su viejo amigo.

–Bueno, murió feliz, me imagino –dijo–. En plena batalla, y victorioso, como hubiera deseado. Como habríamos deseado todos. En fin. –El príncipe le echó un vistazo rápido al tumulto del patio. Los nobles contendientes parecían estar reuniéndose en una especie de orden pero seguía sin haber señal alguna del caballo de guerra que había solicitado. Al final habría sido más rápido si hubiera pedido el coche de vapor–. Es un golpe muy duro –continuó. Tove seguía sin mirarlo–. Lo echaré de menos. Lo extrañaré... bueno, muchísimo. Como es obvio. –Tove volvió a mirarlo. Oramen esbozó una amplia sonrisa y parpadeó varias veces–. Si te digo la verdad, creo que soy como una bestia medio atontada, sigo en pie y caminando pero bizco y sin saber qué hacer. Todavía espero despertarme en cualquier momento. Lo haría ahora mismo si estuviera en mi mano.

Cuando Tove lo volvió a mirar le brillaban los ojos.

–He oído que cuando las tropas se enteraron de que su amado rey había muerto, cayeron sobre los prisioneros y los mataron a todos.

–Espero que no –dijo Oramen–. Esa no era la política de mi padre.

–¡Lo mataron, Oramen! ¡Bestias inmundas! Ojalá hubiera estado allí yo también para vengarme como los demás.

–Bueno, no estábamos ninguno de los dos. Esperemos que lo que se haya hecho en nuestro nombre solo pueda honrarnos.

Tove asintió poco a poco y apretó el brazo de Oramen una vez más.

–Debéis ser fuerte, Oramen –dijo.

Oramen miró a su viejo amigo. Así que fuerte. Aquello era lo más soso que le había dicho Tove jamás. Era obvio que la muerte tenía un efecto extraño sobre la gente.

»Bueno –dijo Tove con una sonrisa pícaro y vacilante–, ¿hemos de llamaros ya "mi señor", "majestad" o algo así?

–Todavía no... –empezó a decir Oramen antes de que un conde se lo llevara y unos duques lo ayudaran a montar.

En la carretera de Xilisk, cerca del pequeño pueblo de Evingreath, el cortejo que trasladaba el cuerpo del rey Nerieth Hausk de regreso a su capital se encontró con la procesión no mucho menor que encabezaba el príncipe Oramen. En cuanto vio al príncipe regente, iluminado por faroles de viaje que siseaban en la noche y las primeras y lentas luces de la estrella rodante Domity, a la que todavía le quedaban unas horas para salir, Mertis tyl Loesp, que todo el mundo sabía que había sido como una tercera mano para el rey durante casi toda su vida, desmontó y tras acercarse con pasos pesados al corcel del príncipe, hincó una rodilla en la carretera embarrada e inclinó la cabeza, de modo que su cabello plateado (encrespado y de punta tras los tirones provocados por el dolor) y su rostro apesadumbrado (todavía oscurecido por

el humo de la pólvora y manchado de lágrimas calientes e incesantes) quedaron al mismo nivel que el pie del príncipe, metido todavía en el estribo. Después alzó la cabeza y dijo las siguientes palabras.

–Señor, nuestro amado dueño y señor, el rey, que era vuestro padre y mi amigo, y era amigo y padre de todo su pueblo, regresa triunfante a su trono, pero también muerto. Nuestra victoria ha sido grande y absoluta, y los beneficios y nuevas ventajas inconmensurables. Solo nuestra pérdida excede tal vasto logro pero lo hace en una proporción que está más allá de cualquier cálculo. Junto a tan odioso precio, a pesar de toda su furiosa gloria, nuestro triunfo de las últimas horas ahora nos parece insignificante. Vuestro padre ha sido razón suficiente para ambas, gloria y aflicción: una no se habría alcanzado sin su liderazgo sin igual y su firme determinación, la otra la invocó su muerte, prematura, inoportuna e inmerecida.

»Y así, ha caído sobre mí y es mi gran privilegio, si bien infinitamente inesperado, gobernar durante el corto intervalo entre este, el más odioso de los días, y el glorioso advenimiento de vuestra ascensión al trono. Os lo suplico, señor, creedme que todo lo que haga en vuestro nombre, mi señor, será por vos y el pueblo de Sarl y siempre en nombre del Dios del Mundo. Vuestro padre no esperaría menos, y en esta causa, tan grande para nosotros, quizá podría empezar a agradecer en alguna medida el honor que me hizo. Os respeto a vos como lo respeté a él, señor, de forma absoluta, con todo mi ser, con todos mis pensamientos y acciones, ahora y durante el tiempo que sea mi obligación hacerlo.

»He perdido hoy al mejor amigo que un hombre ha tenido jamás, señor, una luz auténtica, una estrella constante cuya fijeza eclipsaba, superaba a cualquier simple lámpara celestial. El pueblo de Sarl ha perdido al mejor comandante que ha conocido jamás, un nombre digno de aclamarse a lo largo de las eras hasta el fin de los tiempos y cuyo eco resonaría con tanta fuerza como el de cualquier héroe de la más remota antigüedad entre las estrellas invisibles. Jamás podremos esperar alcanzar una décima parte de la grandeza que tenía él, pero yo me consuelo solo con esto: los verdaderamente grandes son fuertes más allá de la propia muerte, mi señor, y, al igual que el rayo de luz y calor que antes de apagarse deja a su paso una gran estrella una vez que se ha oscurecido su auténtico brillo, queda ahora un legado de poder y sabiduría en el que podremos hallar nuevas fuerzas y con cuyo albor magnificará nuestra propia y escasa asignación de fortaleza y fuerza de voluntad.

»Señor, si parece que me expreso con poca elegancia o sin el debido respeto que debería mostrarle a vuestro rango y persona, perdonadme. Mis ojos están cegados, mis oídos impedidos y mi boca entumecida por todo lo que ha tenido lugar hoy. Ganar más de lo que creíamos posible y perder luego una infinidad más que eso habría destrozado a cualquier hombre, salvo a esta alma sin igual que es nuestra triste y aborrecible obligación traer ante vos.

Tyl Loesp se quedó callado. Oramen sabía que se esperaba de él que dijera algo. Durante la última media hora había estado haciendo todo lo posible por hacer caso omiso del cotorreo de los duques, después de que Fanthile se hubiera abierto camino por un instante entre la masa de cuerpos, tanto humanos como animales, que lo rodeaban para advertirle que quizá tuviera que dar un discurso. El secretario de palacio apenas había tenido tiempo para transmitirle aquel pequeño consejo antes de que lo apartaran a él y a su montura y lo sacaran de en medio con un par de empujones, de regreso al lugar que era obvio que los más espléndidos de los nobles pensaban que le correspondía, entre la nobleza menor, los parlamentarios de rostro adusto y los sacerdotes que gimoteaban como se esperaba de ellos. Desde entonces, Oramen había estado intentando pensar en algo adecuado. ¿Pero qué se suponía que tenía que decir, o hacer?

El príncipe miró a los varios y resplandecientes nobles que lo rodeaban, todos los cuales, a juzgar por sus graves asentimientos y murmullos casi exagerados, parecían aprobar con todas sus fuerzas el discurso de Mertis tyl Loesp. Oramen se giró un momento en la silla para mirar a Fanthile (que se había quedado más retrasado todavía entre la masa de nobles menores, sacerdotes y representantes) que le hacía señas, con sacudidas de la cabeza y gestos frenéticos de la mano, para que desmontara.

Y eso hizo el príncipe. A su alrededor ya se había reunido una pequeña multitud de hombres a pie y ciudadanos, era de suponer que procedentes del campo y el pueblo cercano, que llenaban la amplia vía y se empujaban para situarse en las orillas de la carretera. El creciente primeralba que anunciaba el amanecer bajo un cielo de nubes dispersas dibujaba la silueta de varios aldeanos que se habían subido a los árboles cercanos para ver mejor. Oramen seguía sin tener idea de lo que debía decir, aunque de repente pensó el magnífico tema para un cuadro que sería aquella escena. Oramen cogió a Tyl Loesp de la mano y le indicó que se levantara.

–Gracias por todo lo que habéis dicho y hecho, mi querido Tyl Loesp –le dijo al caballero. El príncipe era muy consciente del contraste que había entre los dos: él, el delgado príncipe que apenas había dejado atrás las ropas de la infancia y vestido bajo la capa apartada como si estuviera a punto de irse a la cama, y el otro, el poderoso guerrero conquistador, todavía con su armadura de batalla (salpicada aquí y allá por las señales de la guerra), un hombre que le triplicaba la edad y apenas más joven o menos impresionante que el recién fallecido rey.

Jadeante, con la mirada severa y todavía con el olor a sangre y humo pegado al cuerpo, luciendo todas las señales del combate mortal y un dolor insoportable, Tyl Loesp destacaba sobre el joven príncipe como una torre. El drama de la escena no le pasaba desapercibido a Oramen. Ese sí que sería un gran cuadro, pensó, sobre todo pintado por uno de los viejos maestros, digamos Dilucherre o Sordic. Quizá incluso

Omoulldeo. Y casi en ese mismo instante Oramen supo lo que iba a hacer: iba a robar.

No de un cuadro, por supuesto, sino de una obra de teatro. Había suficientes tragedias antiguas con escenas parecidas y discursos adecuados para recibir a una docena de padres muertos y unos cuantos más esforzados combatientes. El surtido era más abrumador que el momento que debía aliviar. Oramen recordaría, elegiría, editaría, uniría e improvisaría lo que hiciera falta para salvar la situación.

–Este es en verdad nuestro día más triste –dijo Oramen levantando primero la voz y después la cabeza–. Si alguna de vuestras energías pudiera devolvernos a nuestro padre, sé que las dedicaríais a esa causa sin escatimar ninguna. Ese vigor se consagrará en su lugar a defender los intereses de todo nuestro pueblo. Nos traéis dolor y alegría al mismo tiempo, mi buen Tyl Loesp, pero a pesar de toda la aflicción que sentimos ahora y a pesar de todo el tiempo que desde ahora debemos dedicar, como es de justicia, a llorar a nuestro incomparable caído, la satisfacción de esta gran victoria seguirá brillando en todo su esplendor cuando se hayan observado los ritos debidos; no me cabe duda de que mi padre así lo habría querido.

»La suma de su más que gloriosa vida ya era causa de una celebración ferviente mucho antes del gran triunfo de este día y el peso del resultado se ha hecho incluso más majestuoso gracias a las hazañas de todos los que lucharon por él ante la torre Xiliskine. –En ese momento Oramen miró por un momento a su alrededor, a las personas allí reunidas, e intentó alzar todavía un poco más la voz–. Mi padre se llevó a un hijo a la guerra en este día y dejó otro, yo, en casa. He perdido a ambos, padre y hermano, así como a mi rey y su querido y legítimo heredero. Me eclipsan en la muerte como hicieron en vida y Mertis tyl Loesp, aunque no carece de responsabilidades añadidas, debe ocupar su lugar en mi nombre. Y debo decir que no se me ocurre nadie más adecuado para cumplir tamaña tarea. –Oramen señaló con un gesto al guerrero de rostro lúgubre que tenía delante, después respiró hondo y siguió dirigiéndose a la multitud reunida:– Sé que no soy quién para compartir la gloria de este día (creo que mis hombros juveniles se quebrarían bajo solo una pequeña parte de tal carga) pero me siento orgulloso de unirme a todo el pueblo de Sarl para celebrar y honrar las grandes hazañas realizadas y presentar todos mis respetos al que nos enseñó a celebrar, nos alentó a honrar y ejemplificó el respeto para todos.

Eso provocó vítores que se alzaron sin orden ni concierto y después con fuerza creciente en las gargantas de la congregación de súbditos reunidos a su alrededor. Oramen oyó escudos sacudidos por espadas, puños embutidos en cotas de malla que golpeaban petos de armaduras y, como un comentario moderno sobre semejante florida antigüedad, el crujido seco de varias armas de fuego ligeras, salvas disparadas al aire como una lluvia de granizo al revés.

Mertis tyl Loesp, que había mantenido una expresión pétrea durante toda la respuesta de Oramen, pareció sorprendido (incluso alarmado) por un breve instante al final de la elocución, pero tan fugaz impresión (que podría con toda facilidad haber sido provocada por la luz incierta que arrojaban los faroles de viaje y el fulgor débil de una estrella menor cuya alba todavía no había llegado) fue casi tan efímera que apenas si se pudo captar y por tanto era fácilmente desechable.

—¿Me permitís ver a mi padre, señor? —preguntó Oramen. Notó que el corazón le latía con fuerza y le faltaba el aliento; con todo, hizo lo que pudo por mantener un porte sereno y digno, como supuso que se esperaba de él. No obstante, si alguien esperaba que gimiera, chillara y se tirara de los pelos cuando viera el cuerpo, su improvisado público iba a quedar decepcionado.

—Está aquí, señor —dijo Tyl Loesp indicando el largo carruaje que tenía a su espalda y del que tiraban unos hefter.

Se acercaron al carruaje, y la multitud de hombres, la mayor parte armados y muchos de ellos con expresiones de gran aflicción, se apartaron para dejarles paso. Oramen vio la forma alta y enjuta del general Werreber, el que solo la noche anterior les había informado en el palacio sobre la batalla, y al eminente Chasque, el sumo sacerdote. Ambos lo saludaron con un gesto de la cabeza. Werreber parecía viejo, cansado y de algún modo (a pesar de su altura) encogido dentro del arrugado uniforme. El general asintió y después bajó la mirada. Chasque, resplandeciente con unas suntuosas vestiduras encima de una reluciente armadura, esbozaba esa especie de semisonrisa alentadora y tensa que esboza a veces la gente cuando quiere decirte que seas valiente o fuerte.

Treparon a la tarima donde yacía el padre de Oramen. Acompañaban el cuerpo un par de sacerdotes con las vestiduras rasgadas como requería la ocasión, e iluminaba la escena desde arriba una única lámpara de viaje que siseaba y chisporroteaba y arrojaba una luz blanca y cáustica sobre las andas. El rostro de su padre tenía un aspecto ceniciento, inmóvil y un tanto demacrado, como si estuviera reflexionando (los ojos cerrados, la mandíbula rígida) sobre algún problema abrumador. Una sábana plateada y bordada con hilo de oro cubría el cuerpo del cuello para abajo.

Oramen se quedó mirándolo un rato.

—En vida —dijo al fin— fue su elección que los hechos hablaran por él. En la muerte, debo permanecer tan mudo como todas las empresas que no llegó a realizar. — Después le dio unas palmadas a Tyl Loesp en el brazo—. Me sentaré aquí, con él, mientras regresamos a la ciudad. —El príncipe miró tras el armón. En la parte posterior habían atado un mersicor, un gran caballo de guerra, sin armadura aunque con todas las galas del soberano y con la silla vacía—. ¿Es ese...? —empezó a decir, después carraspeó con un alarde—. Esa es la montura de mi padre —dijo al fin.

—Así es —le confirmó Tyl Loesp.

–¿Y el de mi hermano?

–No se ha hallado, señor.

–Que aten mi montura también a la parte trasera del carruaje, tras la de mi padre.

Fue a sentarse a la cabecera de su padre y después, al imaginarse la cara de Fanthile, pensó que quizá eso no se considerara muy apropiado y se colocó a los pies de las andas.

Se quedó allí sentado, en el borde posterior del carruaje, con las piernas cruzadas y la mirada baja mientras los dos mersicor trotaban justo detrás con el aliento humeando entre las brumas crecientes del aire. Toda aquella columna conjunta de hombres, animales y carretas hizo el resto del viaje hasta la ciudad en un silencio roto solo por el crujido de ruedas y ejes, el chasquido de un látigo y el bufido y el ruido de los cascos de los animales. Las brumas matinales ocultaron la estrella naciente del nuevo día casi hasta que llegaron a las murallas de la propia Pourl y después se fueron abriendo poco a poco para convertirse en un cielo encapotado que ocultaba la parte alta de la ciudad y el palacio.

En los accesos a la Puerta de Polo Cercano, donde había surgido desde el nacimiento de Oramen un conglomerado de pequeñas fábricas y lo que a todos los efectos era un pueblo nuevo, el sol temporal brilló solo durante un breve espacio de tiempo y después desapareció de nuevo tras las nubes.

3. El templete

Choubris encontró a su amo en el octavo de los distintos sitios donde pensó que podría estar, lugar que era, por supuesto, una ubicación de lo más significativa y propicia en la que descubrir a alguien o algo que una persona estuviera buscando. También era el último lugar que conocía y en el que podía mirar con algún propósito más allá de un simple vagabundeo sin rumbo; de hecho, con eso en mente, lo había dejado para la tarde del segundo día, que dedicaba a buscar en lugares concretos con la esperanza de que aquel fuera al fin el lugar donde había ido a parar Ferbin.

El templete parecía un pequeño castillo encaramado a un acantilado bajo que se asomaba a una curva del río Feyrla. En realidad no era más que un círculo de muros hueco por dentro y con unas almenas. Se había construido ya en ruinas, por así decirlo, para mejorar la vista que se tenía desde un pabellón de caza situado valle abajo. Choubris Holse sabía que allí habían jugado los hijos del rey mientras su padre (en uno de los infrecuentes períodos que había pasado en casa durante las varias guerras de unidad) iba de caza.

Choubris ató su rowel junto a la única puerta baja de la ruina y lo dejó paciando ruidosamente el musgo de los muros. El mersicor que seguía la estela del rowel, y al que había traído por si encontraba a su amo sin montura, mordisqueaba con delicadeza unas flores. Holse prefería los rowel a los mersicor, eran menos asustadizos y más trabajadores. Supuso que podría haber cogido una bestia voladora, pero en esas confiaba todavía menos. Se esperaba de los sirvientes reales de cierto rango que supieran volar y Holse había sufrido el periodo de instrucción (y a los instructores, que no le habían ocultado que, en su opinión, semejante honor se desperdiciaba en alguien tan basto como él) pero no había disfrutado de las lecciones.

Una búsqueda como es debido, como tantas otras cosas, se realizaba mejor a pie, en tierra firme. Precipitarse por los cielos con todo su boato estaba muy bien y desde luego daba la impresión de superioridad e inspección señorial que se pretendía crear, pero lo que hacía en realidad era darte la oportunidad de perderte todos los detalles de una vez, en lugar de uno por uno, que era lo que le correspondía a la gente decente.

Además, y por regla general (una regla fija y estricta, como ya hacía tiempo que había descubierto Choubris) era la gente que tenía que hacer funcionar las cosas en el suelo la que terminaba pagando por ese tipo de juicios precipitados y generalizadores. Un principio que parecía aplicarse a peces gordos de cualquier distinción, ya fuera su gordura literal o metafórica.

—¿Señor? —llamó el criado al entrar en el círculo hueco de piedras. Su voz despertó un eco. La mampostería estaba mal acabada, peor por dentro que por fuera. El nivel inferior de aberturas (demasiado anchas para cualquier fortificación real)

ofrecía unas vistas agradables de colinas y bosque. La torre Xiliskine se alzaba pálida e inmensa a lo lejos y desaparecía más allá de las nubes, entre los cielos. Penachos de humo y jirones de vapor se esparcían por el paisaje como tallos que se hubieran dejado tras la cosecha, todos inclinados y alejándose del viento que los empujaba.

Se adentró cojeando un poco más en el templete. Todavía le dolía la pierna izquierda después de que le hubiera caído encima el día antes aquel cabeza de chorlito de mersicor. Se estaba haciendo demasiado viejo para tanta correría; entraba ya en la mediana edad y su cuerpo comenzaba a redondearse y adquirir un aire distinguido (o a echar barriga y canas por todas partes según la opinión algo menos compasiva de su mujer). Le dolía el costado entero, cada costilla, cuando respiraba hondo o intentaba reír. Aunque tampoco era que hubieran abundado las risas.

Choubris había visto muchas señales de la batalla mientras recorría a caballo la zona: yermos enteros de campos levantados y bosques destrozados, la tierra lacerada con una auténtica viruela de cráteres; sotos y bosques de matorrales completos todavía en llamas, el humo que tapaba el cielo, otros incendios apenas agotados o apagados horas antes que dejaban inmensos rastros negros de terreno asolado y humaredas con jirones que se filtraban por todas partes; los restos de máquinas de guerra aplastadas que yacían mutiladas como enormes insectos rotos, con las rodadas desenrolladas tras ellas, unas cuantas todavía perdiendo vapor; algunos grandes animales de batalla muertos, tirados en el suelo, encogidos y abandonados: uoxantchos, chunseles y osseyis, además de un par de especies que Choubris no reconoció.

Había visto hatajos de tropas heridas que caminaban en fila o a cuestras de carros y carretas, grupos de soldados que pasaban como rayos a lomos de mersicor, dándose aires; unos cuantos hombres volando en caudes, cruzándose con lentitud, bajando en picado y girando para registrar el terreno en busca de algún enemigo superviviente o algún caído perdido, o bien volando en línea recta a toda velocidad si llevaban mensajes. Había pasado junto a ingenieros que manipulaban o reparaban líneas telegráficas y tres veces se había salido de carreteras y pistas para dejar el camino libre a los vehículos de vapor que siseaban, escupían y vomitaban humo al pasar. Había palmeado el cuello y consolado a la vieja rowel, aunque la bestia tampoco parecía demasiado molesta.

También se había encontrado con numerosos destacamentos que abrían fosas para los enemigos muertos, de los que parecía haber un gran número. Los deldeynos, o al menos eso le parecía a Holse, eran muy similares a la gente normal. Quizá un poco más oscuros, aunque eso podría ser efecto de la propia muerte.

Se había detenido a charlar con cualquiera que quisiera a dedicarle un momento, por lo general sin reparar en el rango, en parte para preguntar por nobles desaparecidos a lomos de caballos de guerra blancos pero sobre todo porque, como

estaba dispuesto a admitir, le encantaba darle a la lengua. Tomó un poco de raíz de crile con el capitán de una compañía, compartió una pipa de ungue con un sargento de otra y le agradeció a un teniente de intendencia el regalo de una botella de vino peleón. La mayor parte de los soldados estaban más que dispuestos a hablar del papel que habían desempeñado en la batalla, aunque no todos. Los hombres de los enterramientos en masa, en concreto, tendían a ser más taciturnos, incluso hoscos. Holse oyó unas cuantas cosas interesantes, como no puede ocurrirle de otro modo a cualquier tipo que participe de buena gana en una conversación relajada.

–¿Príncipe? –exclamó en voz más alta y su voz resonó en las toscas piedras del templete–. ¿Señor? ¿Estáis ahí? –Frunció el ceño y sacudió la cabeza bajo la cima abierta de la torre vacía–. ¿Ferbin? –gritó después.

No debería llamar a su amo por su nombre de pila; claro que también daba la sensación de que el príncipe no estaba allí y siempre le hacía ilusión dirigirse así a su amo. Tal y como sostenía Choubris, insultar de una forma tan rotunda a tus superiores a sus espaldas era uno de los mayores incentivos del ser inferior. Además, el príncipe le había dicho más de una vez y de dos que podía usar el término más familiar, aunque semejante licencia solo se ofrecía cuando Ferbin estaba completamente borracho. La oferta nunca se renovaba en estado sobrio así que Choubris siempre se lo pensaba mejor cuando lo asaltaba la tentación de hacer uso del privilegio.

El príncipe no estaba allí. Quizá no estaba por ninguna parte, por lo menos vivo. Quizá aquel idiota ramplón se había hecho sin querer con el estatus de héroe de guerra al salir disparado y agarrado al cuello de la bestia como un niño aterrorizado rumbo adonde quiera que su estúpida montura hubiera querido llevarle, y solo para que le disparara uno de los dos bandos o para despeñarse por un precipicio. Conociendo a Ferbin, lo más seguro era que se le hubiera ocurrido levantar la cabeza justo cuando pasaba a toda velocidad bajo una enorme rama.

Choubris lanzó un suspiro. Pues se había acabado la historia. No quedaba ningún sitio obvio en el que mirar. Podía vagar todo lo que quisiera por el gran campo de batalla fingiendo que buscaba a su amo perdido, podía meterse en las tiendas de evaluación médica, pasearse por los hospitales de campaña y rondar las pilas de las morgues, pero, a menos que el Dios del Mundo se tomase un más que improbable interés personal en su búsqueda, jamás encontraría al tipo. A ese ritmo iba a verse obligado a regresar con su mujer y sus hijos, en el campo de batalla más reducido aunque poco menos salvaje que era el apartamento que ocupaban en el cuartel del palacio.

¿Y quién lo iba a aceptar después? Había perdido un príncipe (si se quería mirar de un modo poco caritativo el asunto y él conocía a gente de sobra más que dispuesta a hacerlo); ¿qué posibilidades tenía de llegar a servir otra vez a alguien de cierta categoría con semejante historial contra él? El rey estaba muerto y Tyl Loesp estaba

al mando, al menos hasta que el joven príncipe cumpliera la mayoría de edad. A Choubris le daba en la nariz que había muchas cosas (cosas que les habían parecido resueltas, cómodas y agradablemente normales a las personas trabajadoras, respetables y honestas) que iban a cambiar de allí en adelante. Y las posibilidades de que un tipo que había quedado demostrado que había perdido a un príncipe consiguiera mejorar sus circunstancias bajo cualquier régimen no podían ser muy buenas. Choubris sacudió la cabeza y suspiró para sí.

–Pero qué desastre –murmuró y después se dio la vuelta para irse.

–¿Choubris? ¿Eres tú?

El criado se dio la vuelta otra vez.

–¿Hola? –dijo sin ver de dónde había salido la voz. Una sensación repentina en la barriga le informó, para cierta sorpresa suya, que, después de todo, debía de sentir cierto grado de afecto sincero por el príncipe Ferbin. O quizá solo era que se alegraba de no ser, de hecho, de los que iban perdiendo príncipes por ahí.

Hubo un movimiento en uno de los muros, en la base de una de las imprácticas y amplias ventanas del segundo piso; un hombre que salía arrastrándose de una fisura de una basta cantería casi oculta por una maraña crujiente de enredaderas. Choubris ni siquiera había advertido el escondite. Ferbin terminó de emerger, se arrastró hasta el borde del alféizar de la ventana, se frotó los ojos y miró a su criado.

–¡Choubris! –dijo en una especie de susurro chillón. Después miró a su alrededor, como si tuviera miedo–. ¡Eres tú! ¡Demos gracias a Dios!

–Yo ya lo he hecho, señor. Y vos podríais darme las gracias a mí, por ser tan diligente en la búsqueda.

–¿Hay alguien contigo? –siseó el príncipe.

–Solo la mencionada deidad, señor, si se ha de creer a los más insistentes de los sacerdotes.

Ferbin, que estaba muy desaliñado y tampoco parecía haber dormido demasiado, volvió a mirar por todo el lugar.

–¿Nadie más?

–Una vieja aunque fiable rowel, mi señor. Y en cuanto a vos...

–¡Choubris! ¡Corro un peligro mortal!

Choubris se rascó detrás de una oreja.

–Ya. Con todo respeto, señor, quizá no seáis consciente, pero el caso es que ganamos la batalla.

–¡Eso ya lo sé, Choubris! ¡No soy idiota!

Choubris frunció el ceño, pero no dijo nada.

»¿Estás absolutamente seguro de que no hay nadie más por ahí?

Choubris volvió a mirar la pequeña puerta y después miró al cielo.

–Bueno, hay montones de personas por ahí, señor; la mitad del Gran Ejército está

recogiendo o lamiéndose las heridas después de nuestra famosa victoria. –Choubris estaba empezando a caer en la cuenta de que quizá le tocara a él la peliaguda tarea de contarle al príncipe que su padre estaba muerto. Lo que significaba, por supuesto, que Ferbin era a todos los efectos el rey, pero Choubris sabía que cierta gente podía ser un poco rara cuando se trataba de todo el asunto ese de las buenas y las malas noticias—. Estoy solo, señor –le dijo a Ferbin—. No sé qué más decirles. Quizá fuera mejor que os bajarais de ahí.

–¡Sí! No puedo quedarme aquí para siempre. –La caída era fácil de salvar de un salto, pero Ferbin prefirió darse la vuelta e ir bajando al suelo de tierra del templo. Choubris suspiró y se acercó al muro para ayudarlo—. Choubris, ¿tienes algo de comer o beber? –preguntó Ferbin—. ¡Estoy muerto de hambre y sed!

–Vino, agua, pan y carne salada, señor –dijo Choubris mientras formaba un estribo con las manos y apoyaba la espalda en la pared—. Mis alforjas son como las de un comerciante ambulante.

Ferbin apoyó un pie en las manos de su criado y solo por los pelos evitó dejarlo marcado con la espuela.

–¿Vino? ¿Qué clase de vino?

–Bastante fuerte, señor. Más que este sitio. –Choubris recogió el peso del príncipe con las manos ahuecadas y gimió de dolor cuando lo bajó al suelo.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Ferbin cuando se encontró en el suelo. Parecía asustado, con el rostro ceniciento de preocupación o por alguna conmoción o algo parecido. Tenía la ropa mugrienta y el largo cabello rubio estaba enmarañado y apelmazado. Además olía a humo. Choubris jamás lo había visto tan afligido. Y encima se movía como encogido. Choubris estaba acostumbrado a levantar la cabeza para mirar a su príncipe, pero en ese momento estaban al mismo nivel.

–No, señor, no estoy bien. Con la confusión, una bestia se me cayó encima ayer.

–¡Por supuesto! Sí, lo vi. Rápido, vamos a escondernos aquí abajo.

Ferbin tiró de Choubris y lo llevó a un lado, junto a un alto arbusto.

–No, espera; ve a buscarme algo de comer y beber. Si ves a alguien, ¡no le digas que estoy aquí!

–Señor –dijo Choubris, que había decidido seguirle la corriente de momento. Seguramente lo único que necesitaba era llenar un poco la barriga.

Cuando los traidores y regicidas se dispusieron a quemar el viejo edificio tras haber sacado los cuerpos de los asesinados y sus propias personas al exterior, Ferbin empezó a buscar una salida.

Se sentía aturdido, anonadado, medio muerto él también. Su visión parecía haberse encogido o bien sus ojos eran incapaces de moverse como era debido en las órbitas, porque al parecer solo podía mirar hacia delante. Sus oídos parecían pensar

que se encontraba cerca de una gran catarata o en una torre alta en medio de una tormenta porque oía un terrible rugido a su alrededor que sabía que en realidad no estaba allí, como si el Dios del Mundo, incluso el propio mundo, estuviese encogiéndose de horror ante la maldad de lo que se había perpetrado en aquella horrenda ruina.

Ferbin había esperado ver a los leales al rey entrar corriendo en cuanto oyeron los disparos que mataron al sacerdote y al joven médico, pero no llegó nadie. Aparecieron otros pero parecían tranquilos e indiferentes y solo se limitaron a ayudar a mover los cuerpos y traer unas astillas y aceite para prender el fuego. Le pareció que allí solo había traidores, revelar su presencia sería morir como los demás.

Se había alejado arrastrándose, mareado y débil por la conmoción de todo lo ocurrido, apenas capaz de ponerse en pie. Subió al siguiente piso por los escalones de la pared trasera del edificio cuando encendieron abajo los fuegos. El humo subió a toda velocidad, en un principio gris y luego volviéndose negro, un humo que llenó los espacios ya ensombrecidos de la antigua fábrica con una oscuridad todavía mayor que lo asfixiaba. Al principio, la mayor parte del humo se dirigió al gran agujero que había en la pared de caballete, pero luego se espesó a su alrededor y le irritó la nariz y la garganta. Si los crujidos y rugidos de abajo no hubieran hecho tanto ruido, Ferbin habría temido que lo oyeran desde fuera cuando se puso a toser y a escupir. Buscó alguna ventana en el lado del edificio al que se había arrastrado y trepado, pero no vio nada.

Encontró más escalones que lo llevaron más arriba, a lo que debía de ser el ático del edificio, y tanteó el muro con los dedos, tosiendo cada vez que respiraba hasta que encontró lo que parecía una ventana. Tiró de la contraventana, empujó un cristal ya roto y la ventana cedió. El humo se precipitó al exterior a su alrededor. Ferbin sacó la cabeza y tomó una bocanada de aire fresco y limpio.

¡Pero estaba demasiado alto! Incluso aunque no hubiera nadie a ese lado que pudiera verlo, jamás saldría ileso de la caída. Miró al exterior y metió la cabeza por debajo de la corriente de humo y calor que salía a su alrededor. Esperaba ver un camino o un patio cuatro pisos más abajo, pero en lugar de eso se pinchó con un espino pegajoso por la lluvia. Tanteó un poco más y cerró la mano sobre un puñado de tierra mojada. Bajo las vagas últimas luces rojas de un sol que se había ocultado mucho tiempo atrás vio que estaba, por increíble que pareciera, de nuevo en la planta baja. El edificio estaba situado junto a la orilla de un río, una orilla tan escarpada que un lado estaba a cuatro pisos de altura mientras que el otro, apretado contra el lado escarpado del valle, estaba a apenas uno.

Salió como pudo, todavía tosiendo, y se alejó arrastrándose por el barro aglutinado y mojado por la lluvia, después esperó bajo unos arbustos cercanos mientras se quemaba el edificio abandonado.

–Con el debido respeto y demás, señor, pero ¿os habéis vuelto loco?

–Choubris, te lo juro por el Dios del Mundo, por el cadáver de mi padre muerto, que es tal y como te lo he contado.

Choubris Holse había notado poco antes, mientras su amo trasegaba vino de la botella levantada y arrancaba trozos de pan con los dientes (parecía que en cuanto te llevabas la mesa, los modales desaparecían con ella) que el príncipe Ferbin estaba desarmado mientras que él, por supuesto, todavía tenía su leal navaja en el cinturón, por no mencionar una pistola del ejército que le habían dado un par de días antes y que al parecer se había olvidado de devolver y que llevaba metida por la cinturilla del pantalón, junto a los riñones. Y por no mencionar tampoco (él pocas veces lo hacía) un cuchillo de emergencia pequeño pero extraordinariamente afilado que siempre llevaba enfundado en una bota y que le daba mucha tranquilidad. Unos hechos que, a su parecer, acababan de pasar de tener un interés apenas pasajero a tener una importancia moderada, ya que daba la sensación de que estaba tratando con un loco que sufría de extraños delirios.

Ferbin posó la botella en el sucio y dejó que el mendrugo de pan le cayera en el regazo mientras apoyaba la cabeza en el muro de las ruinas, como si quisiera mirar al cielo a través del follaje del arbusto bajo el que había insistido que se escondieran antes de estar dispuesto a romper su ayuno.

–¡Ni siquiera tú me crees! –exclamó, desesperado. Escondió la cabeza en las manos y lloró.

Choubris se quedó desconcertado. Jamás había visto al príncipe llorar así, por lo menos sobrio (todo el mundo sabía que al beber aumentaba la presión hidrográfica dentro de un cuerpo y se expulsaban los fluidos relevantes por todos los orificios corporales disponibles, así que eso no contaba).

Intentó consolar a su amo de algún modo. Quizá lo había entendido mal. Intentaría aclarar el tema.

–Señor, ¿me estáis diciendo de verdad –empezó a decir, y después él también miró a su alrededor como si temiera que alguien lo oyera– que Tyl Loesp, el mejor amigo de vuestro padre, el guante de la mano real, el filo de su espada y todo eso, asesinó a vuestro padre? –Holse pronunció la palabra con un susurro.

Ferbin lo miró con una expresión de tal furia desesperada y consternación que Choubris sintió que se encogía al verlo.

–¡Hundió un puño mugriento en el pecho de mi padre y le arrancó la vida del corazón, que hasta entonces palpitaba! –dijo Ferbin, su voz sonaba como nunca lo había hecho: todo jadeos, dura y salvaje. Aspiró una bocanada de aire entrecortada, terrible, como si cada átomo de oxígeno vacilara en su boca antes de que lo lanzaran aullando hacia los pulmones–. Lo vi con tanta claridad como te veo a ti ahora,

Choubris. –Sacudió la cabeza, se le llenaron los ojos de lágrimas y dibujó con los labios una mueca de desprecio–. Y si intentando pensar que no ocurrió, si intentando convencerme de que de algún modo estaba en un error, o drogado, o sufriendo alucinaciones, o soñando, pudiera convertirlo en realidad, entonces por Dios que lo haría, abrazaría la oportunidad con los dos brazos, las dos piernas y un beso. ¡Un millón de veces preferiría estar totalmente loco y haberme imaginado lo que vi que saber que mi único trastorno es el dolor de haber visto lo que sí tuvo lugar! –La última frase se la rugió a su criado a la cara mientras con una mano se aferraba al cuello de la camisa de Choubris.

Choubris se llevó una mano a la espalda, en parte para apoyarse y no caerse de espaldas y en parte para tener a mano la pistola del ejército. Entonces, el rostro de su amo se relajó y el príncipe pareció derrumbarse. Apoyó las manos en los hombros de Choubris y dejó caer la cabeza sobre el pecho de su criado con un gemido.

–¡Oh, Choubris! Si tú no me crees, ¿quién lo hará?

Choubris sintió en el pecho el calor de la cara del príncipe y una humedad que se extendía por su camisa. Levantó la mano para darle a su amo unas palmaditas en la cabeza, pero eso se parecía demasiado a lo que se haría con una mujer o un niño así que volvió a dejar caer la mano. Estaba pasmado, ni siquiera en sus momentos de embriaguez más estridentes o autocompasivos el príncipe se había mostrado tan conmovido, tan afectado, tan angustiado por nada; ni por la muerte de su hermano mayor, ni tras perder una de sus monturas más queridas en una apuesta, ni tras darse cuenta de que su padre lo consideraba un imbécil y un gandul, nunca se había puesto así.

–Señor –dijo Choubris al tiempo que cogía al príncipe por los hombros y lo enderezaba otra vez–. Esto es demasiado para que pueda absorberlo de una sola sentada. Yo también preferiría pensar que mi querido amo está loco que entretener la posibilidad de que lo que dice es verdad, pues si es así, por Dios que estamos todos a medio camino de la locura y los propios cielos podrían caer sobre nosotros en cualquier momento y no provocarían mayor desastre o incredulidad. –Ferbin se estaba mordiendo los dos labios temblorosos a la vez, como un niño que intentara no llorar. Choubris estiró una mano y le dio unas palmaditas a una de las del príncipe–. Permitidme deciros lo que he oído, rumores varios pero consistentes en boca de una amplia variedad de tipos militares tan fornidos como candorosos, y lo que he visto también en un boletín del ejército: lo que sería la versión oficial y autorizada, si queréis. Quizá al oírlo lleguéis a un compromiso en vuestra pobre cabeza con la fiebre que os posee.

Ferbin se rió con amargura, volvió a echar atrás la cabeza y sollozó, aunque parecía sonreír. Se llevó la botella de vino a los labios y después la dejó caer al suelo desnudo.

–Pásame el agua; rezaré para que algún canalla muerto arroyo arriba la haya contaminado, así podré envenenarme por la boca mientras tú viertes el mismo veneno en mis oídos. ¡Eso sí que sería un buen trabajo!

Choubris carraspeó un momento para ocultar su asombro. Eso sí que no tenía precedentes: Ferbin dejando una botella sin terminar. Que algo lo había vuelto loco era obvio.

–Bueno, señor. Dicen que el rey murió de su herida, un disparo de un cañón de pequeño calibre en el costado derecho.

–Hasta el momento aciertan la mitad. La herida la tenía a la derecha.

–Tuvo una muerte fácil, aunque solemne, y con testigos, a apenas una hora de aquí, en una vieja fábrica que después ardió.

–Por su culpa. La quemaron ellos. –Ferbin sorbió por la nariz y se limpió con una manga–. Y casi me queman a mí. –Sacudió la cabeza–. A veces pienso que ojalá lo hubieran hecho –terminó aunque sus palabras chocaron con las de Choubris.

–Su muerte fue presenciada por Tyl Loesp, el eminente Chasque, el general...

–¿Qué? –protestó Ferbin, enfadado–. ¡Chasque no estaba allí! ¡Un humilde sacerdote ambulante fue todo lo que tuvo, y hasta a él lo mató Tyl Loesp! ¡Le voló los sesos!

–Y también los doctores Gillews, Tareah y...

–Gillews –lo interrumpió Ferbin–. Solo Gillews, salvo por su ayudante, otra víctima de la pistola de Tyl Loesp.

–También el general, disculpadme, ahora mariscal de campo, Werreber y varios de sus...

–¡Todo mentira! ¡Una mentira tras otra! ¡Esos no estaban allí!

–Se dice que estaban, señor. Y que el rey ordenó que se matara a todos los deldeynos capturados. Aunque, he de admitir una diferencia, otros dicen que las propias tropas se embarcaron en esa lamentable empresa al enterarse de la muerte de vuestro padre, inmersos en un frenesí de venganza letal. Reconozco que en eso no parecen coincidir todas las versiones todavía.

–Y cuando coincidan, será para mayor provecho de Tyl Loesp y sus inmundos cómplices. –Ferbin sacudió la cabeza–. Mi padre no ordenó semejante crimen. Eso no le honra. Lo han hecho para minar su reputación incluso antes de que le den sepultura. Mentiras, Choubris. Mentiras. –El príncipe volvió a sacudir la cabeza–. Todo mentiras.

–El ejército entero cree que es verdad, señor. Al igual que el palacio, diría yo, y todos los que saben leer o tienen oídos en Pours y por toda esta tierra, hasta donde el cable, las bestias o cualquier otra forma inferior de llevar mensajes pueda llevar la noticia.

–Con todo –dijo Ferbin con amargura–, incluso si yo fuera el único que sabe lo

que ocurrió, sigo sabiéndolo.

Choubris se rascó tras una oreja.

–Si el mundo entero piensa otra cosa, señor, ¿os parece que decir lo contrario es prudente?

Ferbin miró a su criado con una franqueza inquietante.

–¿Y qué querrías tú que hiciera, Choubris?

–¿Eh? Bueno, pues... ¡señor, volved conmigo a palacio y seréis el rey!

–¿Y que no me peguen un tiro por impostor?

–¿Impostor, señor?

–Ilumíname, ¿cuál es mi estatus según esa versión oficial de las cosas?

–Bueno, sí, tenéis razón en que se os ha considerado muerto, pero... seguro que... en cuanto vean vuestra persona...

–¿No me matarían en el mismo instante en que me echaran la vista encima?

–¿Por qué os iban a matar?

–¡Porque no sé nada de quién participa y quién no en esta traición! Aquellos que vi al morir mi padre, sí, culpables como el propio pecado. ¿Los otros? ¿Chasque? ¿Werreber? ¿Lo sabían? ¿Afirmaron haber estado presentes en esa muerte ficticia y tranquila para contribuir a sostener las circunstancias que les presentaron aquellos que habían llevado a cabo el crimen? ¿No sospechan nada? ¿Sospechan algo? ¿Todo? ¿Formaban parte de todo desde el comienzo, todos y cada uno de ellos? Tyl Loesp es culpable y nadie más cerca de mi padre que él. ¿Quién más no podría ser culpable? Dime, ¿no has oído que advertían contra la presencia de espías, francotiradores, saboteadores y guerrillas?

–Algunas advertencias hay, señor.

–¿Había alguna orden de especial severidad que hayas oído referida a aquellos que aparecieran de repente en el perímetro del campo de batalla aparentando autoridad?

–Bueno, justo en las últimas horas, sí, señor, pero...

–Lo que significa que me apresarán y luego me dispararán. Por la espalda, sin duda, para poder decir que estaba intentando escapar. ¿O crees que ese tipo de cosas nunca pasan, en el ejército o en la milicia?

–Es que...

–Y si consiguiera llegar hasta el palacio, sucedería lo mismo, ¿Cuánto tiempo conseguiría sobrevivir? ¿Lo bastante para contar la verdad delante de un quorum suficiente como para triunfar? Me parece que no. ¿Lo suficiente como para desafiar a Tyl Loesp o enfrentarme a ese desgraciado? ¿Más allá de toda duda razonable? Desde el más allá, diría yo. –El príncipe sacudió la cabeza–. No, lo he pensado mucho a lo largo de este último día y veo con bastante claridad los méritos de los caminos opuestos que se me ofrecen, pero también sé lo que me dicta el instinto, y en el

pasado este ha demostrado ser digno de toda confianza. –Eso era verdad, el instinto de Ferbin siempre le había dictado que huyera de los problemas o conflictos en potencia (pendencias, acreedores, padres coléricos de hijas deshonradas) y ya fuera para huir del refugio de una oscura mancebía, un pabellón de caza convenientemente distante o incluso el propio palacio, aquella intuición siempre había demostrado estar en lo cierto.

–En cualquier caso, señor, no podéis ocultaros aquí para siempre.

–Lo sé. Y además no soy de los que pueden entrar en ningún tipo de discusión con los Tyl Loesp de este mundo. Sé que me superan en astucia y recurren fácilmente a la brutalidad.

–Bueno, bien sabe Dios que yo no soy tampoco de esos, señor.

–Debo huir, Choubris.

–¿Huir, señor?

–Oh, sí, huir. Huir lejos, muy lejos y buscar santuario o encontrar un paladín en una de las dos personas a las que nunca imaginé que tendría que molestar para pedirles un favor tan degradante. Supongo que debería estar agradecido por tener alguna alternativa, o quizá solo dos posibilidades.

–¿Y cuáles serían, señor?

–Primero debemos llegar a una torre por la que podamos viajar, tengo una idea para obtener los documentos necesarios –dijo Ferbin casi como si hablara para sí–. Después haremos que nos transporten a la superficie y tomaremos una nave que nos lleve a las estrellas, a Xide Hyrlis, que comanda ahora a los nariscenos y que quizá acepte nuestra causa por amor a mi padre muerto y si él no puede, entonces al menos quizá nos indique la ruta... hasta Djan –le dijo Ferbin a Holse con lo que parecía un cansancio repentino–. La hija de Anaplia. A la que criaron para que fuera digna de casarse con un príncipe y después se encontró entregada a ese imperio alienígena mestizo que se hace llamar la Cultura.

4. En tránsito

Ualtifuhl, el gran zamerín de Sursamen-Nariscene a cargo de todos los intereses nariscenos del planeta y su sistema solar y por tanto (según los términos del mando que ostentaban los nariscenos bajo los auspicios del Consejo General Galáctico) lo más parecido a un gobernante general de ambos territorios que se podía ser, acababa de comenzar el largo viaje al 3044 Gran Desove de la Imperecedera Reina del remoto planeta natal de su especie cuando se encontró con la directora general de la misión estratégica de Morthanveld en el Espinazo Huliano Terciario al hacer una visita de cortesía a la modesta pero, por supuesto, influyente embajada que tenía Morthanveld en Sursamen, en el Tercer Centro de Tránsito Ecuatorial, muy por encima de la superficie oscura de Sursamen, salpicada de agujeros de color azul verdoso.

Los nariscenos eran insectiles. El zamerín tenía seis miembros y el cuerpo cubierto de queratina. Este, oscuro y dividido en cinco segmentos, de algo menos de metro y medio de longitud (sin contar los pedúnculos y con las mandíbulas retraídas) estaba tachonado de joyas injertadas, venas de metales preciosos incrustadas, aparatos sensoriales adicionales, numerosos holoproyectores diminutos que exhibían las muchas medallas, honores, distinciones y condecoraciones que se le habían concedido a lo largo de los años y unas cuantas armas ligeras, en su mayoría de ceremonia.

El gran zamerín iba acompañado por un séquito de miembros de su especie, todos ellos ataviados con galas bastante menos impresionantes y algo más pequeños que él. Eran, asimismo, y si esa es la palabra adecuada, asexuados. Tendían a moverse por los espacios cavernosos y repletos de redes del centro de tránsito en formación de punta de flecha, con el gran zamerín a la cabeza.

Los morthanveld eran criaturas acuáticas espiniformes. La directora general era una esfera de aspecto lechoso de un metro aproximadamente de diámetro, rodeada de cientos de protuberancias espinosas de varios grosores en un amplio espectro de colores pastel. Las púas estaban en su mayoría enrolladas o aplastadas contra el cuerpo en ese momento, lo que le daba un aspecto compacto y aerodinámico. Portaba su entorno con ella en un rebozo reluciente de color azul plateado cuyas membranas y campos contenían su propia pequeña muestra de fluidos oceánicos. Lucía unas cuantas torques en las púas así como pulseras y anillos. La acompañaba un trío de ayudantes más fornidos que cargaban con tanto equipo que parecía que llevaban armadura.

El centro de tránsito era un entorno de microgravedad ligeramente presurizado con una suave mezcla tibia de oxígeno y nitrógeno; las redes de hebras de soporte vital que lo infestaban estaban codificadas por color, aroma, textura y varios

marcadores más que convertían su presencia en obvia para aquellos que pudieran necesitar su uso. Identificabas la hebra adecuada en la red y te conectabas a ella para recibir lo que necesitaras para sobrevivir: oxígeno, cloro, agua salada o lo que fuera. El sistema no podía acomodar a todas las formas de vida conocidas sin pedirles que se protegieran con un traje o una máscara, pero representaba el mejor compromiso que los constructores nariscenos habían estado dispuestos a aceptar.

–¡Directora general Shoum! ¡Amiga mía! ¡Me alegro mucho de que nuestros caminos hayan podido cruzarse! –El idioma del gran zamerín consistía en chasquidos de mandíbula y, de vez en cuando, feromonas dirigidas. La directora general entendía el narisceno bastante bien sin ayudas artificiales, pero de todos modos contaba con un anillo de traducción conectado a su sistema neuronal para asegurarse de lo que se decía. El gran zamerín, por el contrario, como la mayor parte de los nariscenos, evitaba los idiomas alienígenas tanto por principios como por conveniencia y, por eso, dependía por completo de sus propias unidades de traducción para entender la respuesta de la directora general.

–Gran zamerín, siempre es un placer.

Se intercambiaron chorros formales de aromas y moléculas de agua empaquetadas. Los miembros de sus respectivos séquitos reunieron con todo cuidado los saludos, tanto por cortesía como para poder archivarlos sin problemas.

–Utli –dijo la directora general Shoum, que prefirió recurrir al tuteo mientras se acercaba flotando al narisceno. Después le tendió una púa manipula.

El gran zamerín chasqueó las mandíbulas, encantado, y cogió el miembro que le ofrecían con la pata delantera. Tras eso giró la cabeza y se dirigió a sus ayudantes.

–Id a divertirlos, niños. –Los roció con una pequeña nube de su aroma, mezclado para indicar confianza y afecto. Un fulgor de color en las púas de Shoum le dio instrucciones parecidas a su escolta. Después puso sus torques de comunicación en modo de privacidad aunque con una posibilidad de interrupción de nivel medio.

Los dos funcionarios se alejaron flotando sin prisas a través de la red de hebras de soporte medioambiental rumbo a una gigantesca ventana redonda que se asomaba a la superficie del planeta.

–¿Te encuentro bien? –preguntó Shoum.

–¡Extraordinariamente! –respondió el gran zamerín–. Nos llena de deleite que nos inviten a asistir al Gran Desove de nuestra querida Reina Imperecedera.

–Es maravilloso. ¿Competís por los derechos de cópula?

–¿Nosotros? ¿Yo? ¿Competir por los derechos de cópula? –Las mandíbulas del gran zamerín chasquearon tan rápido que casi zumbaron para indicar hilaridad–. ¡Por favor! ¡No! Las especificaciones preferentes... –(«¡fallo, perdón!» indicó el traductor y después se apresuró a continuar)–, el diferencial de genotipo preferente solicitado por el Colegio Procreativo Imperial se alejaba mucho de nuestras tendencias. No creo

que nuestra familia haya presentado siquiera una oferta. Y, de todos modos, en esta ocasión ha habido un plazo de entrega más que generoso; si hubiéramos tenido posibilidades habríamos criado algún espécimen bien cachas especialmente para nuestra querida reina. No, no; lo que es un honor es poder ser testigo del acontecimiento.

–Y el afortunado padre muere, según tengo entendido.

–¡Por supuesto! Eso sí que es una distinción. –Según iban flotando se iban acercando a un gran ojo de buey situado en la parte inferior del centro de tránsito que mostraba Sursamen en toda su oscura gloria. El gran zamerín erizó las antenas como si se hubiera quedado maravillado con la vista, cosa que no era el caso–. Disfrutamos de tales privilegios en otro tiempo –dijo y el traductor, si no los propios procesos de Shoum, percibieron una nota de tristeza entre el orgullo. Utli señaló una de sus pequeñas holochucherías–. ¿Ves esto? Indica que nuestra familia contribuyó con un padre de la especie en algún momento de las últimas treinta y seis generaciones biológicas. Sin embargo, eso fue hace treinta y seis generaciones biológicas y por desgracia, a no ser que haya un milagro, voy a perder esta condecoración en menos de un año estándar, cuando la próxima generación salga de los huevos.

–Siempre queda la esperanza.

–Esperanza es lo único que queda. El tenor de los tiempos se aleja del modo de ser de mi familia. Nos alejan con viento de cola. Otros aromas superan a los nuestros. –El traductor indicó una imagen imperfecta.

–¿Y estás obligado a asistir?

La cabeza de Utli hizo un gesto de resignación.

–Técnicamente hablando, sí. Aceptamos la invitación bajo pena de muerte pero en realidad es solo por guardar las apariencias. –El zamerín hizo una pausa–. No es que no se lleve a cabo, que se lleva. Pero en tales ocasiones se utiliza por lo general como excusa. Políticas cortesananas, un horror. –El gran zamerín se echó a reír.

–¿Estarás fuera mucho tiempo? –preguntó Shoum cuando llegaron a la gran ventana. Todavía iban amablemente cogidos de los miembros.

–Un año estándar o algo así. Será mejor que me quede por la corte un tiempo, no vaya a ser que olviden quienes somos. Hay que dejar que el aroma de la familia tenga tiempo de posarse, ¿sabes? También me voy a tomar un permiso consecutivo para visitar las viejas guaridas familiares. Unas fronteras que hay que volver a trazar, quizá un peón advenedizo o dos que haya que derrotar y devorar.

–Parece un viaje azaroso.

–¡Aburridísimo! Solo lo del Desove es capaz de arrastrarnos de regreso.

–Supongo que es una experiencia que solo se vive una vez en la vida.

–¡Sobre todo para el padre! ¡Ja, ja!

–Bueno, estoy segura de que se te echará de menos.

–Yo también. Unos parientes míos muy aburridos y competentes estarán a cargo de todo durante nuestra ausencia: el clan Girgetioni. Digo aburridos y competentes, eso quizá los halague. Mi familia siempre ha sido de la firme opinión que si es imprescindible que abandones tus responsabilidades durante un tiempo, siempre hay que asegurarse de dejar a cargo unos sustitutos que garanticen que a tu regreso la bienvenida será tan sincera como entusiasta. Ja, ja. –Los pedúnculos oculares de Utlí se contonearon como si los agitara un fuerte viento para indicar buen humor–. Pero no es más que una broma. El clan Girgetioni es un orgullo para la especie nariscena. Yo mismo he colocado en persona a mi sobrino menos incompetente en el puesto de zamerín interino. Tengo una confianza casi absoluta tanto en él como en ellos.

–¿Y cómo van las cosas? –preguntó Shoum–. En Sursamen, quiero decir.

–Tranquilas.

–¿Solo «tranquilas»? –preguntó Shoum, divertida.

–En general. Hace siglos que no sabemos ni pío, ni una sola molécula, del Dios bestia del sótano.

–Siempre es tranquilizador.

–Muy tranquilizador –asintió Utlí–. Oh, la horrenda saga del Tercer nivel, el proceso del Comité de Uso Futuro, sigue coleando como un ruido de fondo cósmico aunque al menos al ruido puede que lo barra de la faz del universo algún cataclismo futuro o gran acontecimiento concluyente, mientras que el susodicho comité es muy plausible que continúe actuando durante mucho, mucho más tiempo y redefine el significado del término «A perpetuidad» para cualquier entidad que tenga la espeluznante desgracia de seguir por ahí en ese momento. –La forma del gran zamerín y los aromas que expulsó indicaban exasperación–. Los asoleados siguen deseando que sea suyo, las cumuloformas siguen afirmando que ya hace mucho tiempo que se les prometió a ellas. Cada bando ha llegado a despreciar al otro con todas sus fuerzas aunque apostaríamos la vida que ni una sexta parte de lo que hemos llegado a despreciarlos nosotros a los dos.

»Los nadadores del N12, quizá inspirados por las burlas que están causando las cumuloformas y los asoleados con su disputa, han emitido un rastro de aromas a todos los vientos con respecto a la vaga posibilidad de que algún día, quizá, si no nos importara mucho, si nadie más pusiera ninguna objeción, quizá podrían asumir el control del Catorce.

»Los vesiculares del... –Utlí hizo una pausa mientras lo comprobaba en otro sitio– Once anunciaron hace algún tiempo que deseaban emigrar, en masa, a Jilunce, que se encuentra por alguna parte del Pellizco Kuertile y que, según alegan, es un mundo ancestral suyo. Pero eso fue hace unas docenas de días y no hemos sabido nada más desde entonces. Un capricho pasajero, seguramente. O un arte. Confunden ese tipo de términos. Y a nosotros también nos confunden. Puede que sea deliberado. Es posible

que por culpa de una asociación demasiado larga con los oct, que son muy aficionados al pensamiento lateral pero al parecer incapaces de cualquier cosa que no sea la expresión también lateral. Si se diera un premio a la especie galáctica menos traducible, los oct ganarían cada ciclo, aunque, por supuesto, sus discursos de aceptación serían un auténtico galimatías. ¿Qué más? –La actitud de Utli indicaba resignación y diversión, después volvió a expresar exasperación mezclada con enfado.

»Ah, sí, hablando de los oct, que se hacen llamar los herederos; se las han arreglado para contrariar a los aultridia (especie con mala fama, etcétera) gracias a alguna embriagada maquinación u otra. Escuchamos sus demandas antes de irnos, pero todo parece de una trivialidad lamentable. Guerras tribales entre los nativos de unos niveles residuales cúspide. Es muy posible que los oct hayan estado interfiriendo; mi maldición ha sido tener que regir el único mundo en el que los oct parecen incapaces de dejar estar las cosas, ya sea por las buenas, las malas, o por simple indiferencia. Sin embargo, dado que en realidad no parecen haber transferido ningún tipo de tecnología a los bárbaros protegidos en cuestión, carecemos de excusa inmediata para intervenir. Es de una pesadez inefable. Esas criaturas (y me refiero a los oct y a esos odiosos retorcifomes) no quisieron prestar atención a nuestros primeros intentos de mediación y, con franqueza, estábamos demasiado absortos en nuestros preparativos de viaje para tener la paciencia de persistir. Una tormenta en una saca de huevas. Si quieres olisquear un poco el problema, no hay ningún inconveniente. Quizá a ti sí que te escuchen. Pero permíteme enfatizar el «quizá». Prepárate para desplegar todas tus tendencias masoquistas.

La directora general permitió que un baño de buen humor se extendiera por todo su cuerpo.

–Dime, entonces, ¿vas a echar de menos Sursamen?

–Como si perdiera uno de mis miembros –asintió el gran zamerín. Después apuntó con los pedúnculos oculares al ojo de buey. Las dos criaturas contemplaron el planeta durante unos momentos antes de que el narisceno volviera a hablar–. ¿Y tú? ¿Tú y tu familia, grupo, lo que sea... todos bien?

–Todos bien.

–¿Y te vas a quedar mucho tiempo aquí?

–Todo el que pueda sin ofender más de lo debido a la embajada que tenemos aquí –respondió la directora general–. No hago más que decirles que simplemente disfruto de mis visitas a Sursamen pero creo que piensan que tengo algún motivo ulterior y parece que se inclinan por cierta determinación por mi parte por encontrar algún problema con su conducta. –La criatura indicó buen humor y después formalidad–. Es una visita de cortesía, nada más, Utli. Sin embargo, tengo desde luego la intención de encontrar las excusas que sean necesarias para quedarme más tiempo del mínimo

imprescindible, solo para disfrutar de este maravilloso lugar.

–Quizá se nos podría convencer para admitir que tiene su propio tipo de belleza manchada, enterrada en lo más profundo –dijo Utli de mala gana, con una pequeña nube de fragancia que indicaba afecto cauto.

La directora general morthanveld Shoum, hija libre de Meast, nido de Zuevelous, dominio de T'leish, de Gavantille Primo, Pliyr, contempló aquel mundo poderoso, oscuro en su mayoría y un tanto misterioso que llenaba el paisaje bajo el centro de tránsito.

Sursamen era un mundo concha.

Mundo concha. Un nombre que incluso a aquellas alturas provocaba un cosquilleo en lo más profundo de la directora general.

–Sursamen, mundo concha aritmético que orbita alrededor de la estrella Meseriphine en el Espinazo Huliano Terciario. –Todavía podía ver los glifos que ondulaban por la superficie de su esterilla de enseñanza escolar.

Había trabajado muy duro para llegar allí, había dedicado su vida (a través del estudio, la aplicación, la diligencia y un uso nada desdeñable de la psicología aplicada) a convertir Sursamen en una parte importante de su existencia. En cierto sentido, cualquier mundo concha habría servido, pero aquel era el lugar con el que se había iniciado el hechizo y por eso para ella tenía un significado que iba más allá de sí mismo. Por irónico que fuera, la misma fuerza de aquel impulso de convertirse de algún modo en parte del destino de Sursamen había hecho que se excediera en su objetivo. Su ambición la había llevado demasiado lejos, hasta el punto que debía encargarse de supervisar los intereses de los morthanveld dentro de todo el largo sistema fluvial de estrellas que se llamaba el Espinazo Huliano Terciario en lugar de limitarse al sistema meseriphino que contenía la enigmática maravilla que era Sursamen, con lo que había terminado por pasar menos tiempo allí del que ella habría considerado ideal.

El fulgor verde apagado del cráter Gazan-g'ya iluminó su cuerpo y el del gran zamerín, la suave luz iba creciendo poco a poco a medida que Sursamen giraba e iba presentando una extensión mayor de la inmensa superficie cubierta de cráteres a los rayos de la estrella Meseriphine.

Sursamen coleccionaba adjetivos del mismo modo que los planetas normales coleccionaban lunas. Era aritmético, era moteado, era disputado, era multihabitado, era seguro desde hacía multimillones de años y estaba divinizado.

Los propios mundos concha habían ido acumulando nombres alternativos a lo largo de los eones: mundos escudo, mundos huecos, mundos mecánicos, mundos velo. Mundos asesinos.

Los mundos concha habían sido construidos por una especie llamada los involucra, o los velo, hacía casi un billón de años. Todos ellos orbitaban alrededor de

soles estables de serie principal, a distancias diferentes de su estrella según la disposición de los planetas naturales del sistema, aunque por lo general se encontraban a una distancia de entre doscientos y quinientos millones de kilómetros. Tras un largo desuso y por la falta de mantenimiento, se habían ido alejando junto con sus estrellas de las posiciones que se les había asignado tanto tiempo atrás. En un primer momento había habido unos cuatro mil mundos concha. Cuatro mil noventa y seis era el número exacto que se solía dar, ya que era un múltiplo de dos y por tanto (y según el acuerdo general, que no universal) era una cifra tan redonda como se podía ser. Aunque nadie lo sabía con certeza. No se podía preguntar a los constructores, los involucra, ya que habían desaparecido menos de un millón de años después de haber terminado el último de los mundos concha.

Aquellos colosales planetas artificiales habían sido colocados a intervalos regulares por las afueras de la galaxia y formaban una red salpicada de planetas alrededor del gran remolino de estrellas. Desde entonces, casi un millón de años de giros gravitatorios los habían repartido se podía decir que al azar por todos los cielos. Algunos se habían visto expulsados de la galaxia por completo mientras que otros se habían acercado más al centro, algunos para quedarse allí y otros para verse lanzados de nuevo al exterior. A otros se los habían tragado los agujeros negros, pero, si se utilizaba un mapa estelar dinámico decente, se podía introducir la actual posición de los que todavía existían, retroceder ochocientos millones de años y ver dónde habían comenzado.

Esa cifra de cuatro mil y pico planetas se había reducido a poco más de mil doscientos, sobre todo porque una especie llamada *iln* se había pasado varios millones de años destruyendo los mundos concha allá donde podían encontrarlos y nadie había podido o querido impedirselo. La razón exacta nadie la sabía con seguridad y, una vez más, los *iln* tampoco estaban por allí para preguntárselo, ellos también habían desaparecido de la escena galáctica y el único monumento que había perdurado era una serie de nubes inmensas de escombros que se iban expandiendo poco a poco y que estaban repartidas por toda la galaxia además de (allí donde la devastación no había llegado a completarse) unos cuantos mundos concha que habían quedado destrozados y se habían derrumbado convertidos en restos repletos de púas y fracturas, cascarones comprimidos y encogidos de lo que en otro tiempo habían sido.

Los mundos concha eran en su mayor parte huecos. Cada uno tenía un núcleo metálico sólido de mil cuatrocientos kilómetros de diámetro. Sobre él, una sucesión concéntrica de conchas esféricas, sostenidas por más de un millón de torres gigantescas y ligeramente ahusadas y nunca de menos de mil cuatrocientos metros de diámetro, se iban sucediendo hasta la superficie definitiva. Hasta el material del que estaban hechos había seguido siendo un enigma (al menos para muchas de las civilizaciones involucradas de la galaxia) durante más de un millón de millones de

años hasta que se averiguaron cuáles eran todas sus propiedades. Pero desde el principio había sido obvio que era muy resistente y completamente opaco a todo tipo de radiación.

En un mundo concha aritmético, los niveles se encontraban a intervalos regulares de mil cuatrocientos kilómetros. Los mundos concha exponenciales o graduales tenían más niveles cerca del núcleo y menos en la parte exterior, a medida que la distancia entre cada concha sucesiva iba aumentando según una proporción basada en logaritmos, una proporción de muchas entre las que se podía elegir. Los mundos concha aritméticos contenían de forma invariable quince superficies interiores y tenían un diámetro externo de cuarenta y cinco mil kilómetros. Los mundos concha graduales, que formaban alrededor del doce por ciento de la población superviviente, variaban. La clase más grande tenía casi ochenta mil kilómetros de anchura.

Habían sido máquinas. De hecho, todos ellos habían formado parte de un mismo mecanismo gigantesco. Su oquedad se había llenado, o quizá iba a llenarse (además, nadie podía tener la certeza de que se había llegado a hacer en realidad) de una especie de superfluido exótico que convertía cada uno de ellos en un gigantesco proyector de campo con el objetivo, cuando estuvieran todos funcionando en concierto, de arrojar un campo o escudo de fuerza alrededor de toda la galaxia.

También se desconocía la razón precisa que había hecho pensar que aquello era necesario o incluso deseable, aunque las especulaciones sobre el asunto habían preocupado a estudiosos y expertos a lo largo de los eones.

Una vez desaparecidos los constructores originales, el pueblo que había atacado los mundos al parecer evaporado también y tras comprobarse asimismo la ausencia de aquel fabuloso superfluido, lo que dejaba aquellos inmensos espacios internos conectados por medio de las torres que los sostenían (también huecas en su mayor parte, aunque contenían redes retorcidas de material de refuerzo estructural y estaban perforadas por portales de varios tamaños que daban acceso a cada uno de los niveles), no había costado nada que una variedad de especies emprendedoras entendiera que un mundo concha abandonado podía convertirse en un hábitat casi invulnerable y listo para usar después de unas cuantas modificaciones relativamente menores.

Se podían bombear o trasladar gases y fluidos (sobre todo agua) para llenar todos o algunos de los espacios existentes entre los niveles, y también se podían moldear «estrellas» interiores artificiales que se podían colgar de los techos de cada nivel a modo de lámparas gigantescas. Varias especies aventureras se pusieron a explorar los mundos concha que tenían más cerca y casi de inmediato se encontraron con el problema que iba a acosar, frustrar y retrasar el desarrollo de los mundos de un modo muy profundo durante los siguientes millones de años y, de manera intermitente, también después: los mundos concha podían ser letales.

Seguía sin estar claro si los mecanismos de defensa que no dejaban de matar a los exploradores y destruir sus naves los habían dejado allí los constructores originales de los mundos o los que al parecer habían dedicado toda su existencia a la tarea de destruir aquellos magníficos artefactos, pero ya hubieran sido los velo o los iln (o como ya habían convenido todos, los dos) los que habían dejado a su paso aquel letal legado, el factor principal que limitaba el uso de los mundos concha como espacios habitables no era más que la dificultad para convertirlos en espacios seguros.

Fueron muchos los que murieron desarrollando las técnicas que permitirían garantizar la seguridad en un mundo concha, y por lo general cada civilización rival tenía que aprender de cero esas mismas lecciones porque el poder y la influencia que lograba un grupo capaz de explotar con éxito un mundo concha significaba que esas técnicas se convertían en secretos guardados con fiereza. Para solucionarlo había hecho falta que apareciera una civilización llamada altruista (exasperada y horrorizada ante semejante desperdicio egoísta de vida), que desarrolló algunas de las técnicas, robó otras y después las retransmitió todas a los demás.

Por supuesto, eso les había granjeado el vilipendio de todos por semejante comportamiento, tan poco deportivo. No obstante, sus acciones y su postura habían disfrutado con el tiempo de la ratificación e incluso del reconocimiento de varios cuerpos galácticos. La Cultura, aunque muy alejada en el tiempo de ese pueblo sublimado muchos eones atrás, siempre había afirmado disfrutar de cierta afinidad con ellos, aunque fuera por seguir su ejemplo.

Las civilizaciones que se especializaron en convertir en entornos seguros a los mundos concha y que, de hecho, se apropiaron de parte de su interior se conocieron como conductores. Lo excepcional de Sursamen era que dos especies, los oct (que afirmaban descender directamente de los ya desaparecidos involucra y que también se hacían llamar los herederos) y los aultridia (una especie con una procedencia que podría considerarse mal comprendida) habían llegado al mismo tiempo y habían empezado a trabajar en el planeta. También había sido excepcional el hecho de que ninguna de las especies hubiese llegado jamás a imponerse del todo en el consiguiente conflicto que, y fue el único aspecto positivo de la disputa, al menos permaneció localizado en Sursamen. Con el tiempo, la situación dentro del mundo se formalizó cuando el recién formado Consejo General Galáctico concedió a las dos especies custodia protectora compartida de las torres de acceso de Sursamen, aunque, y eso era importante, sin ninguna cláusula que estipulara que las dos especies no podían competir por una mayor influencia en el futuro.

A los nariscenos se les otorgaron todos los derechos de ocupación de la superficie del planeta y el control global del mundo, con lo que se formalizaba la reivindicación que siempre habían sostenido, aunque incluso ellos tuvieron que inclinarse en última instancia ante los morthanveld, en cuyo espacio de influencia se encontraba el

sistema y el mundo.

Y así se había colonizado Sursamen, convirtiéndolo en un mundo habitado y dado que lo habitaron una amplia variedad de especies, se hizo con el prefijo múltiple. Se sellaron los agujeros de las torres que sostenían el mundo y que podrían haber dejado pasar gases o líquidos a los niveles inferiores. Algunos se sellaron de forma permanente y otros con complejos de compuertas que permitían la entrada y salida seguras al tiempo que se instalaron mecanismos de transporte dentro de las grandes torres huecas para permitir el movimiento entre los varios niveles y para subir y bajar entre la superficie y estos. A lo largo de los muchos millones de años de ocupación del planeta se había movido material gaseoso, líquido y sólido, y los oct y los aultridia habían importado seres, pueblos, especies, grupos de especies y ecosistemas enteros, por lo general por alguna consideración u otra, a veces en nombre de los pueblos en cuestión y con más frecuencia a petición de otros.

Se habían instalado estrellas interiores; eran fuentes de energía termonucleares, como soles diminutos pero con la útil distinción de ser antigravitatorios, de modo que se apretaban contra el techo de cualquier nivel dado. Se subdividían entre estrellas fijas y estrellas rodantes, las primeras inmóviles y las segundas capaces de moverse por los cielos a lo largo de rutas predeterminadas y según un calendario fijo, aunque a veces (cuando había muchas y de diferentes periodicidades) complicado.

También continuaron las muertes. Mucho después de que un mundo concha dado pareciera haber sido desarmado y pareciera haberse garantizado su seguridad, podían despertar sistemas de defensa ocultos siglos, milenios y decieones antes, lo que daba como resultado gigamuertes, teramuertes, auténticos genocidios de civilizaciones enteras y casi extinciones absolutas cuando se caían las estrellas interiores, se inundaban niveles desde arriba o bien se secaban (con frecuencia con el resultado de que los océanos se encontraban con las estrellas interiores y provocaban nubes de plasma y vapor excesivamente caliente), las atmósferas se veían infestadas de patógenos desconocidos de amplio espectro que afectaban a todas las especies o se convertían de modo inexorable en entornos venenosos por culpa de mecanismos invisibles que nadie podía detener, o bien unos estallidos intensos de radiación gamma emanaban de la estructura del propio suelo/techo e inundaban niveles individuales o el mundo entero.

Esos eran los acontecimientos que les daban el nombre de mundos asesinos. En ese punto la directora general Shoum contempló la cara oscura salpicada de color de Sursamen; hacía casi cuatro millones de años que los mundos concha no provocaban ninguna muerte en masa así que el término mundo asesino había caído en desuso ya hacía mucho tiempo, salvo entre aquellas culturas con memorias excepcionales.

No obstante, en una escala lo bastante magnífica la morbilidad de cualquier tipo de hábitat se podía juzgar grosso modo por la proporción de los que se habían

convertido con el tiempo en planetas de los muertos dra'azon. Los planetas de los muertos eran monumentos conservados y vedados, monumentos a la matanza y destrucción globales que estaban supervisados (y por lo general mantenidos en un estado prístino, tal y como se había encontrado tras la catástrofe) por los dra'azon, una de las civilizaciones de ancianos semisublimados más solitarias de la comunidad galáctica y que tenían atributos y poderes lo bastante parecidos a los divinos como para que la distinción fuera irrelevante. De los cuatro mil y pico mundos concha que habían existido en un primer momento y de los mil trescientos treinta y dos que se conservaban de forma inequívoca (ciento diez en estado de ruina), ochenta y seis eran planetas de los muertos. Cosa que casi todos estaban de acuerdo en que era una proporción alarmantemente alta, si se pensaba bien.

Incluso algunos de los mundos concha que carecían del mórbido interés de los dra'azon tenían una especie de investidura semidivina. Había una especie llamada los aeronatauros tensilos xinthianos, un pueblo de un mundo aéreo de enorme antigüedad y (según la leyenda) que en otro tiempo habían ostentado un poder enorme. Eran la segunda o tercera especie aérea más grande de la galaxia y por razones que solo ellos conocían, a veces uno se instalaba en solitario en el núcleo mecánico de un mundo concha. Aunque en otro tiempo habían estado muy extendidos y habían sido algo común, los xinthianos se habían convertido en una especie rara y se les consideraba evolutiva, dominante y permanentemente seniles (en el implacable lenguaje de la taxonomía galáctica), al menos aquellos que se molestaban siquiera en interesarse por semejantes anacronismos.

Desde que casi todo el mundo tenía memoria, casi todos los xinthianos se habían reunido en un solo lugar, una cadena de mundos aéreos que rodeaban la estrella Chone en el Chorro Yattliano Menor. Solo de una docena más o menos se podía decir que vivían en otro sitio y al parecer todos se encontraban en los núcleos de mundos concha concretos. Se suponía que esos xinthianos se habían exiliado tras cometer algún tipo de transgresión o bien que eran ermitaños que ansiaban la soledad. También en este caso suposiciones era lo único que podía hacer la gente ya que, si bien los xinthianos, al contrario que los ya desaparecidos velo o iln, todavía estaban presentes para poder preguntarles, eran una especie, incluso para lo que solían ser las culturas taciturnas de la galaxia, de lo más poco comunicativa.

De ahí la parte divina de la descripción global de Sursamen: había un aeronatauro tensil xinthiano en su núcleo al que algunos de los habitantes del mundo llamaban el Dios del Mundo.

De forma invariable dentro de estos grandes mundos y a veces en el exterior, las conchas estaban adornadas por aspas inmensas, espirales, cumbres, protuberancias y cuencas del mismo material que componía tanto los niveles en sí como las torres que los sostenían. Allí donde aparecían tales estructuras en la superficie de un mundo

concha, los elementos con forma de cuenca se habían llenado en general con una mezcla de atmósferas, océanos y terreno apropiado para el alojamiento de una o más de las muchas especies involucradas. Los ejemplos menos profundos de estos elementos (llamados de un modo un tanto perverso cráteres) se habían cubierto, los más profundos por lo general no.

Sursamen era un ejemplo de uno de esos mundos concha moteados. La mayor parte de su superficie era lisa, de color gris oscuro y polvoriento, todo ello resultado de estar ligeramente cubierta con casi todo un eón de impactos de escombros después de que cuerpos sistémicos y galácticos de composiciones, tamaños y velocidades relativas variadas hubieran impactado contra su piel implacable y adamantina. Alrededor del quince por ciento de su concha exterior estaba salpicado de las cuencas abiertas y cubiertas que la gente llamaba cráteres y era la luz reflejada de color azul verdoso de uno de esos cráteres, el Gazan-g'ya, la que atravesaba el ojo de buey del centro de tránsito e iluminaba con suavidad los cuerpos del gran zamerín y la directora general.

–Tú siempre te alegras de venir a ver Sursamen o algún otro mundo concha, ¿verdad? –le preguntó Utli a Shoum.

–Por supuesto –dijo la morthanveld al tiempo que se giraba un poco hacia él.

–Mientras que para mí –dijo el gran zamerín apartándose del paisaje– es solo el deber lo que me mantiene aquí. Para mí siempre es un alivio dejar este sitio. –Se oyó un gorjeo diminuto y uno de sus pedúnculos oculares se movió por un instante para mirar lo que parecía ser una joya incrustada en su tórax–. Cosa que según nos informan ocurrirá en breve, nuestra nave está lista.

Las torques de comunicación de Shoum cobraron vida para decirle lo mismo y después regresaron a su engaste privado.

–¿Un alivio? ¿De veras? –preguntó la directora general mientras regresaban flotando por la red hacia sus respectivos séquitos y las rampas de atraque que daban acceso a las naves.

–Jamás entenderemos por qué para ti no lo es, Shoum. Estos siguen siendo lugares muy peligrosos.

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que un mundo concha se volvió contra sus habitantes, Utli.

–Ah, pero con todo; los intervalos, mi querida directora general.

El gran zamerín se refería a la distribución de extinciones en masa inducidas por los mundos concha a lo largo del tiempo. Una vez trazada, insinuaban solo una agonía lenta de tales y titánicos instintos asesinos, no un final definitivo. La forma del gráfico de los ataques se aproximaba al cero pero lo hacía con una curva que implicaba que todavía podían producirse una o dos más, seguramente en algún momento de los siguientes miles de años. En caso, por supuesto, de que así fuera el

modo en que funcionaban las cosas. La amenaza implícita de cataclismos futuros podría ser también el resultado de una coincidencia y nada más.

–Bueno, entonces –dijo Shoum– y para decirlo en plata, esperemos que no ocurra durante nuestro ejercicio o, si ocurre, que no ocurra en Sursamen.

–Es solo una cuestión de tiempo –le dijo el gran zamerín con tono lúgubre–. Estos trastos se convierten en asesinos o desaparecen. Y cualquiera sabrá por qué.

–Sin embargo, Utli –dijo la directora general indicando cierta malicia– ¿no te parece hasta romántico, incluso en cierto sentido tranquilizador, que todavía haya tales misterios e imponderables en estos refinados y cultivados tiempos?

–No –dijo el gran zamerín con mucho énfasis al tiempo que expulsaba una emisión llamada «Dudando de la cordura del compañero» con apenas un exiguo rastro de buen humor.

–¿Ni siquiera de forma abstracta?

–Ni siquiera de forma abstracta.

–Oh, bueno. Con todo, yo no me preocuparía mucho si fuera tú –le dijo Shoum a Utaltifuhl cuando se acercaron a sus sirvientes–. Sospecho que Sursamen seguirá aquí cuando regreses.

–¿Crees que su desaparición es poco probable? –dijo Utli, que en ese momento expresaba una seriedad burlona.

–Es una posibilidad casi desaparecida –dijo Shoum, pero el chiste no se tradujo.

–Eso crees. Por supuesto. Sin embargo, nos ha parecido que tan maravillosa y divertida es la vida que llevamos que nos amenaza siempre un desastre de proporciones iguales aunque contrarias. Cuanto más alta se construye la torre, más tentador se convierte el objetivo para el destino.

–Bueno, al menos tú vas a abandonar tu torre durante todo un año. Espero que vuestro viaje a casa sea gratificante y estaré deseando contar con el placer de veros otra vez, gran zamerín.

–Y yo de veros a vos, directora general –le dijo Utaltifuhl antes de llevar a cabo el más respetuoso y delicado de los mordisquitos formales en la púa manipula que había extendido la directora general. Shoum se ruborizó, como era de esperar.

Ambos habían llegado junto a sus respectivos séquitos y junto a una ventana gigante que se asomaba al otro lado del centro de tránsito, a una pequeña flota de naves amarradas. Utaltifuhl miró a la nave estelar y expresó incertidumbre.

–*Hmm* –dijo–. Un viaje interestelar nunca carece de riesgos tampoco.

5. La plataforma

Djan Seriy Anaplian, que había nacido princesa de la casa de Hausk, una dinastía de una especie panhumana de amplio espectro que últimamente residía en el nivel medio del mundo concha de Sursamen y cuyo segundo nombre significaba en esencia «digna de casarse con un príncipe», se encontraba sola en un alto acantilado que se asomaba a un desierto de color óxido en lo más profundo del continente de Lalance, en el planeta Prasadal. Un fuerte viento azotaba el largo abrigo que llevaba y tiraba de sus ropas. Seguía luciendo el sombrero oscuro de ala ancha y las ráfagas de viento se apropiaban y tiraban del rígido material como si quisieran arrancárselo de la cabeza. No era muy probable que el sombrero, sujeto por unas cintas bien atadas, se soltase pero eso significaba que el viento hacía que la cabeza se le agitase, asintiese y se sacudiese como si tuviera perlesía. El viento transportaba polvo y arena en pequeñas ráfagas secas que azotaban el suelo del desierto y se enroscaban por el borde desigual del acantilado, azuzándole las mejillas por donde le quedaban expuestas entre el pañuelo que le cubría la boca y la nariz y las gafas que le protegían los ojos.

Anaplian se llevó una mano enguantada a las gafas y se las quitó solo una milésima de segundo para que saliera un poco de humedad de la base de la montura. El escaso líquido le corrió por las mejillas y dejó algún rastro que no tardó en secarse con la fuerza polvorienta del aire. La mujer respiró hondo a través del pañuelo que la protegía cuando las nubes de polvo se separaron como una bruma seca y le permitieron ver sin obstáculos la lejana ciudad y las fuerzas que habían estado sitiándola.

La ciudad estaba ardiendo. Unas máquinas de asedio más altas que sus propias torres apuntaban los muros como soportes ortopédicos gigantes. El desierto que rodeaba la ciudad, oscurecido hasta hacía muy poco por el ejército sitiador, comenzaba a despejarse al entrar en masa los atacantes en la afligida ciudad, dejando la arena expuesta del color de la sangre seca. El humo intentaba elevarse de las ruinas de los edificios destrozados en grandes haces enroscados de oscuridad, pero la fuerza del vendaval los derribaba, los aplastaba y se los llevaba en remolinos de los varios incendios, después se hundía y regresaba al desierto para alzarse otra vez al encontrarse con el acantilado de modo que subía ondeando por encima de la cabeza de Anaplian en una nube irregular y veloz.

La fuerza del viento aumentó. En la llanura se estaba formando un muro de polvo entre la antigua princesa y la ciudad a medida que la mitad del desierto parecía elevarse en el aire, un muro que empañaba y hacía desaparecer poco a poco el paisaje y después destacaba por unos instantes la silueta de una serie de afloramientos

rocosos hasta que ellos también quedaban barridos por el borde de la tormenta de polvo que avanzaba sobre ellos. Anaplian se dio la vuelta y se retiró un poco hacia donde se encontraba un artilugio que parecía un cruce entre un esqueleto y una escultura. El aparato estaba posado sobre las cuatro patas en la roca expuesta. La mujer se recogió el abrigo a su alrededor y se subió de espaldas a los pies de la extraña máquina. La silla de viaje cobró vida al instante, se alzó con un movimiento fluido y se adaptó al cuerpo de la mujer; unas abrazaderas le rodearon los tobillos, los muslos, la cintura, el cuello y la parte superior de los brazos y el artilugio la abrazó con su fina forma como un amante. Anaplian cogió el control que surgió junto a su mano, lo levantó y echó a volar por los cielos con la máquina, después empujó el mando y salió disparada por la tormenta de polvo y humo hacia la afligida ciudad.

La mujer se alzó a través de la calima y salió al aire limpio al ir cogiendo velocidad, al principio dejó desconectados los campos y permitió que la estela la zarandeara; el viento hacía chasquear los faldones del abrigo como látigos y la obligaba a plegarse el ala del sombrero. Después conectó el campo aerodinámico y viajó en una burbuja de aire tranquilo con forma de delta hacia la ciudad.

Bajó un poco y redujo la velocidad al pasar por encima de las murallas, después volvió a desconectar el campo aerodinámico. Voló entre columnas de humo retorcidas por el viento y observó las fuerzas de asedio que se colaban en todos los espacios de la ciudad, vio a los defensores que se retiraban y a los habitantes que huían, observó las flechas que volaban y unas últimas rocas y barriles encendidos que aterrizaban en los límites superiores de la ciudad. Olió el humo y escuchó el choque de espadas y el crujido y el estrépito de los incendios, el rumor sordo de la mampostería que caía, el ulular de los gritos de batalla y las trompetas de guerra de los invasores victoriosos y los gemidos y gritos de los derrotados. Vio unas cuantas figuras diminutas que la señalaban y un par de flechas que se arqueaban hacia ella y volvían a caer. Se vio empujada hacia un lado y casi creyó que le habían dado por la violencia del movimiento cuando la silla de viaje esquivó un barril encendido que pasó junto a ella con un gran rugido y el hedor a aceite quemado. El barril dibujó un arco hacia el suelo y se estrelló contra el tejado de un templo de la ciudad alta, salpicándolo todo de llamas.

Anaplian volvió a conectar toda la panoplia de campos que la ocultaban a ella y a la máquina y la envolvió de nuevo la burbuja inmóvil de aire protegido. Se dirigía al centro de la ciudad, rumbo a lo que suponía que sería la ciudadela y el palacio, pero luego cambió de opinión y giró hacia un lado de la ciudad, al nivel de las calles centrales, para observar la entrada general de invasores y la retirada caótica de defensores y civiles sin dejar de intentar observar también las luchas menores de grupos pequeños e individuos.

Al final se posó en el tejado plano, rodeado de un murete bajo, de un edificio

modesto donde se estaba produciendo una violación y donde una criatura se había acurrucado en una esquina. Los cuatro soldados que esperaban su turno la miraron con expresión molesta cuando Anaplian pareció surgir de la nada al bajarse de la silla de viaje. Los ceños se estaban empezando a convertir en sonrisas de admiración, si bien bastante desagradables, cuando la antigua princesa sacó un arma lustrosa de tamaño considerable de una pistolera que llevaba al hombro y, con una lúgubre sonrisa ella también, se dedicó a abrir agujeros del tamaño de una cabeza en cada uno de los cuatro torsos. Los primeros tres hombres salieron volando de espaldas y cayeron a la calle en medio de espumosas detonaciones de sangre y tejidos. El cuarto tuvo tiempo de reaccionar y (cuando se agachó y empezó a apartarse de un salto) se puso en marcha una diminuta parte de las conexiones de combate de Anaplian; la mujer giró el arma más rápido de lo que su mente podría haber ordenado la acción conscientemente y al mismo tiempo se comunicó con el arma en sí para ajustar el patrón de emisión y el haz de rayos. El cuarto soldado reventó en un largo y resbaladizo torrente de tripas que se deslizó por todo el tejado. Una especie de jadeo burbujeante se le escapó de los labios al morir.

El hombre que estaba violando a la mujer había levantado la cabeza y miraba a Anaplian con la boca abierta. La agente dio unos cuantos pasos para rodearlo y poder hacer un disparo limpio sin poner en peligro a la mujer y después le reventó la cabeza. Tras lo cual miró a la criatura, que había clavado los ojos en el soldado muerto y en la forma que yacía bajo aquel cuerpo que chorreaba sangre entre espasmos. Anaplian hizo lo que esperaba que fuera un movimiento tranquilizador con la mano.

—Espera ahí —dijo en lo que debería ser el idioma de la criatura. Apartó el cuerpo del soldado de la mujer de una patada, pero esta ya estaba muerta. Los soldados le habían metido un trapo en la boca, quizá para evitar que gritara y la mujer se había asfixiado con él.

Djan Seriy Anaplian bajó la cabeza un momento y maldijo a gran velocidad en una amplia selección de idiomas, al menos uno de los cuales tenía su hogar a muchos miles de años luz de distancia, y después se volvió de nuevo hacia la criatura. Era un niño. Tenía los ojos muy abiertos y la cara sucia manchada de lágrimas. Estaba desnudo salvo por una tela y Anaplian se preguntó si él iba a ser el siguiente, o solo estaba destinado a ser lanzado del tejado. Quizá lo hubieran dejado vivo. Quizá no habían tenido intención de matar a la mujer.

Anaplian tenía la sensación de que debería estar temblando. No cabía duda de que sin las conexiones de combate lo estaría. Activó la glándula «calma rápida» para que mitigara la conmoción interna.

Guardó la pistola, aunque era probable que ni siquiera entonces el niño entendiera que se trataba de un arma, y se acercó a él. Anaplian se puso en cuclillas y se agachó

cuando llegó junto al niño. Intentó parecer amable y alentadora, pero no sabía qué decir. El ruido de unos pasos que corrían resonó en la escalera abierta que había en la otra esquina del tejado.

La agente levantó al niño por las axilas. El pequeño no se resistió, aunque intentó mantener las piernas levantadas y los brazos alrededor de las rodillas con la misma forma de bola que tenía cuando Anaplian lo había visto por primera vez. Era muy ligero y olía a sudor y orina. La agente le dio la vuelta y lo apretó contra su pecho al subirse a la silla de viaje. Esta se cerró otra vez a su alrededor y le ofreció el mando de control al tiempo que sus componentes se deslizaban y chasqueaban para sujetarlos a ella y al niño.

Por los escalones llegó con un gran estrépito un soldado que empuñaba una ballesta. Anaplian sacó la pistola y lo amenazó con ella cuando el soldado la apuntó con su arma, pero después la agente sacudió la cabeza.

–Bah, que te follen –dijo por lo bajo, le dio un papirotazo a los controles y salió zumbando por el aire sin dejar de sujetar al niño. La flecha emitió un ruido sordo cuando rebotó en el círculo inferior del campo protector de la máquina.

–Y, exactamente, ¿qué piensas hacer con él? –preguntó el dron Turminder Xuss.

Se encontraban en un alto peñasco ventoso de roca al menos tan lejos de la otra atalaya de Anaplian, el acantilado, como este había estado de la ciudad. Al niño (se llamaba Toark) le habían dicho que no se acercara al borde de la gran columna de roca, pero de todos modos estaba bajo la vigilancia de un misil de reconocimiento. Además, Turminder Xuss le había dado al pequeño su misil cuchillo más antiguo y menos capaz para que jugara con él porque el arma estaba articulada. Los achaparrados segmentos viraban y giraban en las manos del niño. El chiquillo emitía gorjeos y sonidos encantados. Hasta el momento, el misil cuchillo había sufrido las manipulaciones sin queja alguna.

–No tengo ni idea –admitió Anaplian.

–¿Liberarlo en plena naturaleza? –sugirió el dron–. ¿Enviarlo de regreso a la ciudad?

–No –dijo Anaplian con un suspiro–. No hace más que preguntar cuándo va a despertar su mamá –añadió la agente con apenas un susurro.

–Has introducido un proyecto de aprendiz en Circunstancias Especiales por iniciativa propia –sugirió el dron.

Anaplian no le hizo ningún caso.

–Buscaremos un lugar seguro para dejarlo, le encontraremos una familia que pueda hacerse cargo de él –le dijo a la máquina. Estaba agachada con el abrigo extendido a su alrededor.

–Deberías haberlo dejado donde estaba –dijo el dron por encima del fuerte viento.

Había bajado el tono de voz y hablaba más despacio, como si intentara parecer razonable en lugar de sarcástico.

–Lo sé. Pero en aquel momento no me parecía una opción.

–Tu silla de viaje me ha dicho que, ¿cómo lo diría? Que apareciste ante los atacantes y defensores de la ciudad como una especie de ángel perturbado aunque más bien inútil antes de lanzarte en picado y llevarte al pequeño Toark.

Anaplian miró furioso a la silla de viaje, aunque aquella maquina, obediente pero totalmente estúpida, no hubiera tenido más alternativa que ceder sus memorias al dron cuando se las habían pedido.

–¿Y tú qué haces aquí, si se puede saber? –le preguntó a Xuss.

Había pedido que ese día la dejaran sola para contemplar la caída de la ciudad. Había sido culpa suya, después de todo. Por culpa de las medidas que había tomado ella y que, de hecho, había ayudado a planear y si bien no era en absoluto lo más deseable, el saqueo de la ciudad era un riesgo que ella, entre otros, había juzgado que merecía la pena aceptar. Se podía demostrar que no era lo peor que podría haber ocurrido, pero seguía siendo una abominación, una atrocidad, y ella había intervenido. Eso era suficiente para que tuviera la sensación de que no podía limitarse a ignorarlo, que tenía que dar testimonio de aquel horror. La próxima vez (si había una próxima vez, si no la echaban por sus acciones irracionales y excesivamente sentimentales) consideraría el potencial de una masacre con muchísima más atención.

–Han solicitado nuestra presencia –dijo la máquina–. Tenemos que ir a la *Quonber*. Nos aguarda Jerle Batra. –Los campos del dron destellaron con un color azul gélido–. He traído el módulo.

Anaplian lo miró confundida.

–Qué rápido.

–No es para darte unos cuantos golpes en los dedos por alterar la guerra o rescatar adorables niñitos abandonados. La citación precede a tales excentricidades.

–¿Batra quiere verme en persona? –Anaplian frunció el ceño.

–Lo sé. No es propio de ese hombre. –La máquina se inclinó a derecha e izquierda en su equivalente de un encogimiento de hombros–. O lo que sea.

Anaplian se levantó y se limpió el polvo de las manos.

–Vamos entonces.

Después llamó al niño, que seguía intentando descomponer el misil cuchillo, que a su vez seguía soportándolo sin quejas. El módulo apareció con una luz trémula al borde del acantilado.

–¿Sabes lo que significa su nombre? –preguntó el dron cuando el niño se acercó caminando con timidez hacia ellos.

–No –dijo la mujer, que levantó la cabeza un poco. Le había parecido percibir la insinuación de un olor a quemado a lo lejos.

–Toark –dijo el dron cuando el niño llegó a su altura y le devolvió con mucha educación el misil cuchillo–. En lo que llaman la lengua antigua...

–¿Señora, cuándo despierta mi madre? –preguntó el pequeño.

Anaplian esbozó lo que estaba segura que era una sonrisa no demasiado convincente.

–No sé decirte –admitió. Le tendió una mano al pequeño para guiarlo al interior suavemente iluminado del módulo.

–Significa «afortunado» –terminó el dron.

El módulo alejó su trayectoria de los vientos cálidos del desierto y atravesó los gases cada vez más escasos para adentrarse en el espacio y después volver a hundirse en la atmósfera a medio mundo de distancia antes de que Toark hubiera terminado de maravillarse de lo limpio que había quedado, y qué rápido. Anaplian le había dicho que se quedara muy quieto, cerrara los ojos y no hiciera caso de ningún cosquilleo, después le había dejado caer un gel limpiador sobre la cabeza. La sustancia lo ciñó entero, se desenrolló como un líquido y lo hizo retorcerse un poco cuando se formaron un par de círculos más pequeños alrededor de sus dedos para volver rodando hasta las axilas y seguir bajando. La agente le había limpiado el pequeño taparrabos con otro chorro pero el niño no quiso ponérselo y en su lugar escogió una especie de camisa suelta de una holopantalla. Se quedó impresionado cuando la prenda apareció de inmediato en un cajón.

Entretanto, la mujer y el dron discutían sobre hasta qué punto se debía aplicar el principio de la vista gorda al vuelo ilícito que había hecho sobre la ciudad. Anaplian no estaba todavía del todo segura del nivel al que las mentes que supervisaban ese tipo de misiones se limitaban a darle un objetivo y la dejaban ocuparse de él. Ella seguía en las últimas etapas de su adiestramiento así que todavía dirigían bastante su comportamiento, su estrategia y tácticas estaban más restringidas y se les daba menos rienda libre a sus iniciativas que a las de los operativos más experimentados y hábiles del arte, en último caso oscuro, de la interferencia siempre bien intencionada, a veces arriesgada y solo en escasas ocasiones catastrófica, en los asuntos de otras civilizaciones.

Estuvieron de acuerdo en que el dron no iba a ofrecer ningún tipo de información u opinión. Al final todo saldría a la luz (al final siempre salía todo), pero para entonces, con un poco de suerte, no parecería tan importante. Parte del adiestramiento de un agente de Circunstancias Especiales era aprender que a) se suponía que había que saltarse las reglas a veces, b) cómo había que saltárselas y c) cómo evitar las consecuencias, ya se consiguiera el resultado deseado o no.

Aterrizaron en la plataforma *Quonber*, una losa plana con hangares y unidades de alojamiento que parecía un crucero pequeño y aplastado, si bien perfectamente

disimulado por un camucampo. Flotaba con suavidad en el aire cálido justo por encima de la altitud a la que se deslizaban unas nubes algodonosas cuyas sombras salpicaban la superficie del océano de color verde pálido que había un par de miles de metros más abajo. Justo debajo de la plataforma se encontraban las lagunas saladas de una isla deshabitada cerca del ecuador del planeta.

La plataforma daba cobijo a otros once miembros del personal de Circunstancias Especiales, todos encargados de intentar alterar el desarrollo de las varias especies de Prasadal. El planeta se salía de lo corriente porque tenía cinco especies inteligentes expansionistas agresivas muy diferentes y todas estaban llegando a la etapa civilizada al mismo tiempo. En todos los anales de la historia, cada vez que ocurría aquello sin que alguna influencia exterior interviniera en el asunto, al menos tres y por lo general cuatro de las especies rivales eran destruidas sin más por el grupo victorioso. Las simulaciones de la Cultura, muy detalladas y, según se alegaba, extremadamente fiables, confirmaban que así era como funcionaban las cosas entre la media de las especies agresivas, a menos que se interfiriese.

Cuando llegó al módulo, todo el mundo estaba en tierra firme o bien muy ocupado, así que no vieron a nadie más mientras uno de los drones esclavos de la *Quonber* los acompañaba por la cubierta lateral abierta hacia la parte posterior de la plataforma. Toark miraba con los ojos como platos la caída que llevaba a las lagunas saladas del planeta.

—¿No deberías al menos esconder al chico? —sugirió el dron.

—¿Qué sentido tendría? —le preguntó Anaplian.

El dron esclavo los acompañó hasta la presencia del supervisor y mentor de Anaplian, Jerle Batra, que estaba tomando el aire en el amplio balcón que se curvaba alrededor de la parte posterior de la tercera cubierta del módulo.

Jerle Batra había nacido varón. Se había cambiado de sexo, como era habitual en la Cultura, durante un tiempo y había tenido un hijo. Más tarde, por razones que no comentó con nadie, había pasado un tiempo en el almacén; había pasado un milenio y algo más en un sopor sin sueños, en lo más parecido a la muerte que conocía la Cultura y de la que todavía era posible despertar.

Y cuando había despertado y había seguido sintiendo el dolor de ser humano en forma humana había hecho que transfirieran su cerebro y sistema nervioso central de forma secuencial a una amplia variedad de formas diferentes para terminar, de momento al menos, con el cuerpo que en ese momento habitaba y que había conservado por lo menos unos cien años, y desde luego durante la década que hacía que Anaplian lo conocía. Era un aciculado, su forma era parecida a la de un arbusto.

Su cerebro, todavía humano, además de los sistemas de soporte vital biológicos pero no humanos que lo acompañaban, estaba albergado en una pequeña vaina central de la que surgían dieciséis gruesos miembros. Estos se ramificaban a toda velocidad y

volvían a ramificarse para formar miembros cada vez más pequeños, manípulos y pendúnculos sensoriales, los más delicados de los cuales eran del grosor de un cabello. En su estado normal y diario parecía un arbusto pequeño, esférico y sin raíces hecho de tubos y cables. Comprimido, era poco más grande que el casco de uno de esos antiguos trajes espaciales humanos. Extendido por completo, podía estirarse veinte metros en cualquier dirección, lo que le proporcionaba lo que a él le gustaba llamar un alto grado de contorsión. Siempre había venerado, en todas sus formas, el orden, la eficiencia y la alta capacidad, y en su forma aciculada sentía que había hallado algo que encarnaba esos valores.

El estado aciculado no era el más alejado que se podía alcanzar de lo que la Cultura consideraba el estado básico humano. Otros ex humanos que de forma superficial se parecían mucho a Jerle Batra habían hecho que se transcribiera toda su conciencia del substrato biológico que era su cerebro a una forma pura no biológica, de modo que, por lo general, un aciculado de ese tipo tendría toda su inteligencia y ser distribuido por toda su estructura física en lugar de tener un eje central. Su factor de contorsión podría salirse de las gráficas en comparación con el de Batra.

Otras personas habían asumido las formas de casi cualquier cosa móvil imaginable, desde lo relativamente normal (peces, aves y otros animales que respiraban oxígeno) pasando por lo más exótico a través de formas de vida alienígena (una vez más, incluyendo aquellos que en circunstancias normales no tenían por costumbre contener una mente consciente) hasta lo verdaderamente inusual, por ejemplo tomando la forma del fluido de refrigeración y circulación de una vela de simiente mayéutica tuerielliana o la voluta de esporas de un crucero de campo estelar. Estas dos últimas formas, sin embargo, eran extremas y unidireccionales. Había toda una categoría de enmiendas que eran difíciles de hacer e imposibles de deshacer. Nada que pudiera transcribirse en su sano juicio había regresado de algo parecido a un crucero de campo estelar a un cerebro humano.

Unos cuantos excéntricos de verdad habían incluso tomado la forma de drones y misiles cuchillo, aunque por lo general eso se consideraba un tanto insultante tanto para las máquinas como para los humanos.

–Djan Seriy Anaplian –dijo Batra con una voz muy humana–. Buen día. Oh, ¿debo felicitarla?

–Este es Toark –dijo Anaplian–. No es mío.

–Así que no lo es. Ya me parecía que me habría enterado.

Anaplian le echó un vistazo al dron.

–Estoy segura de que lo sabría.

–Y Handrataler Turminder Xuss. Buen día a ti también.

–Encantado, como siempre –murmuró el dron.

–Turminder, esto, en un principio, no te concierne. ¿Podrías excusarnos a Djan

Seriy y a mí? Quizá podrías entretener a nuestro joven amigo.

–Me estoy convirtiendo en todo un niño. Mis habilidades aumentan con cada hora que pasa así que voy a aguzarlas.

El dron salió con el niño del balcón. Anaplian levantó la cabeza y miró la masa sobresaliente de la cubierta de alojamiento, se quitó el sombrero, lo tiró en un asiento suspendido y ella se dejó caer en otro. Una bandeja de bebidas se acercó flotando.

Batra se deslizó hacia ella, un arbusto esquelético y grisáceo de una cabeza de altura.

–Aquí está usted como en casa –aseveró.

Anaplian sospechó que le estaban dando una suave reprimenda. ¿Se había mostrado demasiado informal al tirar el sombrero y derrumbarse en el sillón? Quizá Batra la estaba riñendo por no mostrarle suficiente respeto. Era su superior, hasta el punto que aquella civilización, que por voluntad propia carecía de jerarquía, entendía la idea de superioridad e inferioridad. Podría haberla echado de CE si hubiera querido (o, como mínimo, haberla obligado a comenzar otra vez todo el proceso), pero no solía mostrarse tan susceptible con los asuntos del protocolo.

–No está mal –dijo Anaplian.

Batra cruzó la cubierta flotando y se acomodó en otro de los sillones que colgaban del techo y se posó en él como una especie de bola rizada vagamente metálica. A parte del lado que miraba a Anaplian le había dado la forma de una especie de cara simulada de modo que los sensores visuales estaban donde deberían estar los ojos y su voz salía de donde habría estado una boca humana. Era desconcertante. Anaplian pensó que la habría alarmado mucho menos ver hablar a una especie de bola rizada.

–Tengo entendido que los acontecimientos no han terminado tan bien como podrían haberlo hecho en la situación zelay-nuertotisa.

–Hace un año inutilizamos e hicimos regresar a un ejército que iba de camino a saquear una ciudad –dijo Anaplian con tono cansado–. Hoy, los aspirantes a atacantes se convirtieron en atacados. La tendencia más progresista, como diríamos nosotros, debería prevalecer a partir de ahora. Aunque hay un precio. –La mujer frunció los labios por un instante–. Parte del cual acabo de presenciar.

–He visto algo de eso. –La imagen de la cara sugerida por la masa de zarcillos acerados de Batra expresó un ceño fruncido, después cerró los ojos para indicar de modo formal que estaba revisando los datos procedentes de otro sitio. Anaplian se preguntó si estaba mirando unas vistas generales del asedio y saqueo de la ciudad o algo que incluía su injustificada excursión con la silla de viaje.

Batra abrió otra vez los ojos.

–El hecho de saber que cosas mucho peores ocurren allí donde no hacemos nada y que siempre ha sido así, desde mucho antes de que llegáramos, y que cosas mucho

peores podrían ocurrir si acaso no hiciéramos nada, parece carecer casi de importancia cuando hemos de enfrentarnos a la horripilante realidad de una agresión que no hemos llegado a evitar. Y mucho más cuando hemos intervenido para permitirla o incluso posibilitarla. –Parecía sinceramente afectado. Anaplian, que sentía una suspicacia innata hacia los humanos básicos, cien por cien naturales y carentes por completo de cualquier tipo de enmienda, se preguntó si Batra, (aquella extraña criatura de dos mil años y alienígena muchas veces que todavía se consideraba «hombre») estaba expresando una emoción genuina o solo actuaba. La agente se lo preguntó solo por un instante, ya hacía mucho tiempo que había comprendido que el ejercicio no tenía ningún sentido.

–Bueno –dijo entonces–, ya está hecho.

–Y mucho más que queda por hacer –dijo Batra.

–Eso también se hará –dijo Anaplian, que empezaba a perder la paciencia. No tenía mucha, y le habían dicho que eso era un defecto–. Me imagino –añadió.

El arbusto metálico rodó un poco hacia atrás y el rostro de su superficie pareció asentir.

–Djan Seriy, tengo una noticia –dijo Batra.

Hubo algo en el modo que tuvo de decir aquello la criatura que hizo que Anaplian se echara a temblar.

–¿De veras? –dijo mientras sentía que se encerraba en sí misma y se encogía.

–Djan Seriy, debo decirle que su padre está muerto y que su hermano Ferbin quizá también haya fallecido. Lo siento. Tanto por la noticia en sí como por ser yo el que ha de transmitírsela.

Anaplian se echó hacia atrás en el sillón y levantó los pies de modo que quedó casi encerrada en el hueco del sillón suspendido, que se mecía con suavidad. Respiró hondo y se estiró con movimientos deliberados.

–Bueno –dijo–. Bueno. –Apartó los ojos.

Era, por supuesto, algo para lo que había intentado prepararse. Su padre era guerrero. Había vivido guerras y batallas toda su vida adulta y por lo general encabezaba el frente. También era político, aunque ese era un oficio que había tenido que prepararse para desempeñar bien en lugar de adoptarlo de forma totalmente natural y sobresalir en él. Anaplian siempre había sabido que era muy probable que muriera antes de que se lo llevara la senectud. Durante todo el primer año, cuando se había ido a vivir entre aquel extraño pueblo que se hacía llamar la Cultura, casi había esperado oír que estaba muerto y que se solicitaba que regresara para el funeral.

Poco a poco, a medida que pasaban los años, había dejado de preocuparse por ello. Y también poco a poco había empezado a creer que incluso cuando se enterase de que estaba muerto, significaría relativamente poco para ella.

Había que estudiar mucha historia antes de poder convertirte en parte del

Contacto e incluso más antes de que te permitieran unirse a Circunstancias Especiales. Cuanto más había aprendido de las maneras en las que las sociedades y las civilizaciones tendían a desarrollarse y cuantos más ejemplos de otros grandes líderes le presentaban, menos respeto, en muchos sentidos, sentía por su padre.

Se había dado cuenta de que no era más que otro hombre fuerte en una de esas sociedades, en una de esas etapas, en las que era más fácil ser el hombre fuerte que ser valiente de verdad. El poder, la furia, la fuerza decisiva, la disposición de castigar, cuánto le habían gustado a su padre tales términos e ideas, qué superficiales empezaban a parecer cuando los veías utilizados una y otra vez a lo largo de siglos y milenios por mil especies diferentes.

«Así es como funciona el poder, así se imponen la fuerza y la autoridad, así se convence a los pueblos para que se comporten de modos que, objetivamente hablando, no se corresponden con sus mejores intereses, esto es lo que necesitas para hacer que la gente lo crea, este es el papel que desempeña la distribución desigual de la escasez, en este momento concreto y esto, y lo otro...»

Esas eran las lecciones con las que se criaba cualquiera que hubiera nacido en la Cultura y que aceptaban como algo tan natural y obvio como el progreso de una estrella por la Secuencia Principal o la propia evolución. Para alguien como ella, que llegaba de fuera, con una serie de supuestos adquiridos en una sociedad que era tan profundamente diferente como francamente inferior, tal conciencia llegaba en un periodo de tiempo mucho más comprimido y con la fuerza de un golpe.

Y Ferbin quizá también muerto. Eso sí que no se lo esperaba. Habían bromeado antes de que Anaplian se fuera que quizá él muriera antes que su padre, de un navajazo en una partida de cartas o a manos de un marido cornudo, pero eso había sido del tipo de cosas que se decían por superstición, para inocular el futuro con la cepa debilitada de un infortunio.

Pobre Ferbin, que jamás había querido ser rey.

–¿Necesita tiempo para llorar? –preguntó Batra.

–No –dijo Anaplian sacudiendo la cabeza con fiereza.

–¿Está segura?

–Del todo –dijo–. Mi padre, ¿murió en una batalla?

–Eso parece. No en el campo de batalla, sino de sus heridas, poco después, antes de que pudiera recibir atención médica especializada.

–Él habría preferido morir en el campo en sí –le dijo a Batra–. Debió de odiar tener que conformarse con el segundo plato. –Se encontró con que estaba llorando un poco y sonriendo a la vez–. ¿Cuándo ocurrió? –preguntó.

–Hace once días. –Batra se erizó un poco–. Hasta las noticias de tanta importancia tardan en salir de un mundo concha.

–Supongo –dijo Anaplian con expresión pensativa–. ¿Y Ferbin?

–Desaparecido, en el mismo campo de batalla.

Anaplian sabía a qué se refería. La inmensa mayoría de los que se consideraban desaparecidos en batalla o bien nunca volvían a aparecer o aparecían muertos. ¿Y qué estaba haciendo Ferbin cerca de una batalla, para empezar?

–¿Sabe dónde? –preguntó–. Con exactitud, ¿en qué provincia remota fue?

–Cerca de la torre Xiliskine.

Anaplian se lo quedó mirando.

–¿Qué?

–Cerca de la torre Xiliskine –repitió Batra–. A la vista de Pours. Es la capital, ¿no?

–Sí –dijo Anaplian. De repente se le había secado la boca. Dios bendito, entonces todo había caído. Todo se había derrumbado y desaparecido. La antigua princesa sintió un dolor que apenas comprendió.

»Así que fue una especie de... Discúlpeme. –Se aclaró la garganta–. ¿En ese caso lo que ocurrió fue que se resistieron hasta el final?

¿Y por qué no se había enterado ella? ¿Por qué no le había dicho nadie que las cosas habían llegado a un punto tan desesperado? ¿Temían que intentara regresar y utilizar sus recién adquiridas habilidades y poderes para interceder? ¿Les preocupaba que intentara unirse a la refriega, era eso? ¿Cómo habían podido?

–Bueno, Djan Seriy –dijo Batra–; si bien me han informado sobre el asunto, no puedo afirmar tener acceso inmediato a una base de datos especializada. Sin embargo, según tengo entendido fue el resultado de lo que se esperaba que fuera un ataque sorpresa por parte de los deldeynos.

–¿Qué? ¿Desde dónde atacaron? –dijo Anaplian, que ni siquiera pretendía ocultar su inquietud.

–Desde esa misma torre Xiliskine.

–Pero no hay forma de salir de... –empezó a decir la agente, después se llevó una mano a la boca, frunció los labios y el ceño y se quedó mirando el suelo–. Deben de haber abierto un nuevo... –dijo, más para sí que dirigiéndose a Batra. Entonces levantó la cabeza–. ¿Así que ahora la Xiliskine está controlada por los aultridia o...?

–En primer lugar permítame asegurarle que, por lo que yo he sabido, ni Pours ni el pueblo de su padre están bajo amenaza alguna. Son los deldeynos los que se enfrentan al desastre.

El ceño de Anaplian se profundizó al tiempo que el resto de su cuerpo mostraba señales de relajación.

–¿Y cómo es eso?

–Su padre había completado a todos los efectos sus guerras de unidad, como él las había llamado.

–¿De veras? –La antigua princesa sintió una oleada de alivio y unas ganas

perversas de reírse—. Vaya, ha estado muy ocupado.

—Al parecer los deldeynos habían asumido que ellos iban a ser su siguiente objetivo. Por tanto, prepararon lo que esperaban que fuera un ataque sorpresa decisivo y preventivo contra la capital de su padre tras haber sido convencidos por... ¿los oct? ¿los herederos?

—Sinónimos. —Anaplian volvió a agitar una mano—. Da igual.

—De que ellos, los oct, trasladarían a las fuerzas deldeynas en secreto adonde se abriría un nuevo portal en la torre Xiliskine a través del que podrían efectuar el ataque para tomar la ciudad. No fue más que un ardid, un ardid del que formaba parte el pueblo sarlo. Las fuerzas de su padre estaban esperando a los deldeynos y los destruyeron.

Anaplian parecía confusa.

—¿Por qué querían engañar los oct a los deldeynos?

—Parece que eso sigue siendo motivo de conjeturas.

—¿Y los aultridia?

—La otra especie conductora. En el pasado apoyaron a los deldeynos. Se cree que se están planteando acciones militares y diplomáticas contra los oct.

—*Hmm*. ¿Entonces por qué...? —Anaplian sacudió la cabeza una vez más—. ¿Qué está pasando por esos pagos? —preguntó. Una vez más, Jerle Batra sospechó que la pregunta no estaba dirigida en realidad a él, así que la dejó continuar—. Así que Ferbin está al mando, no, claro que no, lo más probable es que también esté muerto. ¿Oramen, entonces? —preguntó la agente, que parecía preocupada y escéptica a la vez.

—No, a su hermano menor se le ha considerado demasiado joven para heredar todo el poder de su padre de forma inmediata. Un hombre llamado Mertis tyl Loesp es el regente hasta el próximo cumpleaños de su hermano.

—Tyl Loesp —dijo Anaplian con tono pensativo. Después asintió—. Al menos todavía sigue por allí. Debería hacerlo bien.

—Su hermano menor no correrá ningún peligro, ¿verdad?

—¿Peligro?

La cara fingida de Batra configuró una débil sonrisa.

—Ha llegado a mis oídos que, al igual que a las madrastras malvadas, a los regentes ambiciosos no suele gustarles mucho abandonar sus puestos. Quizá solo sea en los cuentos de hadas.

—No —dijo Anaplian con lo que parecía alivio y se secó los ojos—. Tyl Loesp ha sido el mejor amigo de mi padre desde que eran niños. Siempre ha sido leal y siempre ha fusionado sus ambiciones con las de mi padre. Dios sabe que eran bastante grandiosas para dos. Lo bastante grandiosas para todo un ejército. —Anaplian apartó la mirada, el aire brillante y tropical de aquel lugar que ya casi había llegado a considerar su hogar en los últimos dos años le pareció tan remoto como cuando había

llegado por primera vez a la Cultura—. ¿Aunque qué sé yo? Han pasado quince años.

Se preguntó cuánto habría cambiado Ferbin en ese tiempo, y Oramen. Tenía la fuerte sospecha de que su padre apenas habría cambiado; desde que ella lo conocía siempre había sido el mismo individuo totalmente centrado, intimidante, de vez en cuando sentimental y en muy raras ocasiones tierno. Totalmente centrado pero siempre con un ojo puesto en la historia, en su legado.

¿Lo había llegado a conocer alguna vez? La mayor parte del tiempo ni siquiera había estado allí para que lo conociera, siempre luchando en sus lejanas guerras. Pero incluso cuando regresaba a Pours, a su palacio, con sus concubinas y sus hijos, siempre le habían interesado más los tres varones, sobre todo Elime, el mayor y con mucho el más parecido a él en carácter. Ser la segunda en edad, su sexo y las circunstancias de su nacimiento habían hecho que la única hija del rey fuera hasta el último momento la última en sus afectos.

—¿Quiere que la deje, Djan Seriy? —preguntó Batra.

—¿*Hmm?* —Anaplian volvió a mirarlo.

—Me pareció que quizá necesitara un momento a solas. ¿O necesita hablar? Ambas cosas...

—Necesito que me hable usted —le dijo la agente a él—. ¿Cuál es ahora la situación?

—¿En lo que se llama el Octavo? Estable. Se llora al rey con todo el debido...

—¿Se le ha enterrado?

—Así estaba programado, hace siete días. La información que tengo es de hace unos ocho o nueve días.

—Ya veo. Perdona. Continúa.

—Se celebra también la gran victoria. Continúan a buen ritmo los preparativos para la invasión de los deldeynos. Según todos los indicios, se espera que la invasión tenga lugar dentro de diez o veinte días. Los oct han sido censurados por sus mentores nariscenos, aunque ellos han culpado a todos los demás por lo ocurrido, incluyendo a elementos de su propio pueblo. Los aultridia han amenazado, como ya he dicho, con represalias. Los nariscenos están intentando mantener la paz. Los morthanveld hasta el momento no se han implicado, aunque se les ha mantenido informados.

Anaplian se pellizcó el labio inferior con los dedos y respiró hondo antes de hablar.

—¿Cuánto tiempo me llevaría regresar a Sursamen?

—Un momento, por favor —dijo Batra, que se quedó callado por unos segundos mientras Anaplian suponía que consultaba los calendarios de las rutas de redes enteras de naves lejanas. La agente tuvo tiempo de preguntarse por qué su mentor no había memorizado ya, o al menos por qué no había accedido a esa información, y si esa vacilación quizá deliberada implicaba una crítica a su pupila por plantearse

siquiera abandonar su puesto.

–Entre ciento treinta y ciento sesenta días –le dijo Batra–. La incertidumbre la provoca el cambio al espacio morthanveld.

El espacio morthanveld. Los morthanveld eran la especie involucrada de más alto nivel alrededor de Sursamen. Como parte de su adiestramiento, Anaplian había estudiado, y tal y como requería la ocasión, se había quedado asombrada con el mapa tridimensional entero de todas las variadas especies que habitaban la galaxia y que se habían extendido lo bastante lejos de sus hogares natales como para descubrir que no estaban solos en absoluto.

El mapa estelar estándar que detallaba la influencia de los jugadores más viajados era fabulosamente complejo, y eso que solo mostraba las civilizaciones más importantes. Las que solo tenían a su nombre unos cuantos sistemas solares en realidad ni aparecían, ni siquiera cuando el mapa holográfico llenaba todo el campo de visión. Con grandes coincidencias generales, con frecuentes y profundas interconexiones, sujeto a lentos movimientos y sometido a cambios continuos y graduales y muy de vez en cuando a cambios bastante repentinos, el resultado parecía algo realizado por un loco suelto en una fábrica de pintura.

Los morthanveld dominaban gigantescas regiones del espacio, de las cuales una bolsa diminuta resultaba que incluía la estrella alrededor de la que orbitaba el planeta natal de Anaplian. Habían estado allí, o extendiéndose poco a poco en esa dirección, mucho antes de que comenzara a existir la Cultura y ya hacía mucho tiempo que las dos civilizaciones se habían instalado en una coexistencia cómoda y pacífica, si bien era cierto que los morthanveld esperaban que todos los asuntos salvo los más urgentes que cruzaran su esfera de influencia se llevaran a cabo utilizando sus naves.

Tras haberse inmerso en la política, geografía, tecnología y mitología de Prasadad durante más de dos intensos y agotadores años, y tras haber cerrado los ojos casi por completo a los acontecimientos exteriores durante el mismo periodo de tiempo, Anaplian se dio cuenta de que casi había olvidado que la Cultura no formaba la totalidad de la comunidad galáctica, que era, de hecho, solo una parte relativamente pequeña, aunque fuera una parte poderosa, desafiante y muy extendida.

–¿Se me excusaría aquí? –le preguntó a Batra.

–Djan Seriy –dijo el arbusto metálico y por primera vez se movió algo que no era la supuesta cara, expandió los costados en un gesto que se parecía mucho al de un ser humano abriendo los brazos–, tiene usted libertad de acción. No hay nada que le impida salir de aquí salvo usted misma. Puede irse en cualquier momento.

–¿Pero me recibirán de nuevo en su seno? ¿Seguiría teniendo un sitio en CE si decidiera regresar a casa? ¿Podría volver aquí, a Prasadad?

–No soy yo el que toma la decisión final sobre nada de eso.

La criatura se estaba mostrando evasiva. Él tendría algo que decir, aunque la

decisión definitiva quizá la tomase alguna diminuta camarilla de mentes nave extendidas por toda la Cultura y hasta el último rincón de la galaxia.

Anaplian arqueó una ceja.

–Puede hacer una suposición.

–A CE me imagino que sí. ¿Aquí? Solo puedo suponer. ¿Cuánto tiempo cree que estaría fuera?

–No lo sé –admitió Anaplian.

–Y nosotros tampoco. Es poco probable que emprenda el viaje de regreso a los pocos días de llegar. Podría estar fuera un año estándar, en total. Quizá más tiempo, ¿quién puede decirlo? Tendríamos que sustituirla aquí.

Había un cierto margen en aquel sistema, por supuesto. Sus colegas podían suplirla, al menos durante un tiempo. Sobre todo Leeb Scoperin, que sabía lo que había estado haciendo Anaplian en su parte del planeta y parecía comprender de forma natural los objetivos y técnicas de la antigua princesa, lo que le permitiría hacerse cargo de su papel con las menores turbulencias posibles; además era uno de los que estaban adiestrando aun ayudante, así que la carga global que recaería sobre él no sería tan gravosa. Pero un acuerdo así no serviría a largo plazo. Que hubiera un poco de margen era una cosa, pero dejar que la gente se sintiera inútil durante periodos prolongados de tiempo no tenía sentido y era una pérdida de recursos, así que la plataforma tampoco contaba con un exceso de personal para las tareas que tenían entre manos. Batra tenía razón, tendrían que sustituirla.

–Podría darme una nave –dijo Anaplian. De ese modo podría ir y volver más rápido.

–Ah –dijo Batra–. Eso es un tanto problemático. –Que era una de sus varias maneras de decir que no.

En aquellos momentos, la Cultura estaba teniendo un cuidado especial de no ofender a los morthanveld. La razón era oficialmente discutible, aunque se habían dado unas cuantas sugerencias interesantes, y una en concreto se había convertido, por defecto, en la explicación oficial.

Anaplian suspiró.

–Entiendo.

O podía quedarse en la Cultura, sin más. ¿Qué podía hacer ella, después de todo, si volvía a casa? ¿Vengar a su padre? Esa no era la obligación de una hija, por lo menos desde la perspectiva de los sarlos y, de todos modos, al parecer los deldeynos iban a sufrir una venganza más que suficiente mucho antes de que ella pudiera llegar allí. Y, además, su padre habría sido el agresor en todo aquello, no tenía la menor duda de que el ataque preventivo que habían lanzado los deldeynos no era más que eso, un intento de evitar que los sarlos, al mando del rey Hausk, los invadieran.

Quizá solo empeoraría una situación ya de por sí bastante mala si regresaba. Las

cosas ya estarían bastante alborotadas sin que ella, encima, apareciera de repente. Llevaba fuera demasiado tiempo, pensó. La gente se habría olvidado de ella y todo habría cambiado. Además, era una mujer. Después de quince años de vivir en la Cultura, a veces le costaba recordar lo misógina que había sido su sociedad natal. Podría volver e intentar influir en las cosas y solo para que se rieran de ella, se burlaran y no le hicieran ningún caso. Oramen era listo aunque todavía muy joven. Todo le iría bien, ¿verdad? Tyl Loesp sabría cuidar de él.

Se podría decir que su deber estaba en la Cultura. Ese era el desafío que había aceptado, lo que tenía que hacer, lo que se esperaba que terminase. Sabía que podía influir en el curso de la historia de Prasadal. Quizá no siempre fuera como ella desearía y podría derramarse mucha sangre, pero de su influencia no cabía duda y sabía que se le daba bien lo que hacía. En el Octavo (y el Noveno, dado que a los deldeynos se les había obligado a entrar en el asunto), quizá no pudiera influir en nada o solo hacer daño.

No la estaban adiestrando para eso.

Su padre la había enviado a la Cultura como pago, si se quería decirlo de forma brutal. Estaba allí por culpa de una deuda de honor. No la habían enviado lejos de Sursamen como una especie de seguro, ni se asumía que la iban a instruir mejor y que regresaría convertida en una novia más adecuada incluso para algún príncipe extranjero, para cimentar una alianza o dejar bien atada la conquista de una provincia remota. Su deber, a perpetuidad, era servir a la Cultura para saldar la deuda por la ayuda que esa civilización (a través del hombre llamado Xide Hyrlis) le había proporcionado a su padre y al pueblo sarlo. El rey Hausk había dejado muy claro que no esperaba volver a ver jamás a su única hija.

Bueno, en eso había tenido razón.

Cuando se había sugerido el trato, Anaplian se había debatido entre el orgullo de que le pidieran que desempeñara un papel tan importante y la angustia de experimentar un rechazo incluso más definitivo y absoluto que todos los demás rechazos que su padre la había hecho sufrir. Al mismo tiempo la había recorrido una especie de triunfo que era más fuerte todavía que cualquier otro sentimiento.

¡Al fin! Al fin podría librarse de aquel estúpido y atrasado lugar, al fin podría realizarse como deseaba, no como exigían su padre y aquella sociedad que temía y degradaba a las mujeres. Estaba aceptando una obligación que quizá se pasara el resto de su vida cumpliendo, pero era una obligación que la llevaría muy lejos del Octavo, lejos de los sarlos y de las constricciones de la vida que poco a poco se había ido dando cuenta (con una desesperación creciente a lo largo de su primera juventud) que de otro modo se habría esperado que llevara. Aún tendría que dedicar su vida al servicio de una sociedad, pero serviría en lugares lejanos y exóticos, estaría al servicio de una causa mayor y quizá incluso le exigieran de verdad un poco de

acción, no solo los requisitos necesarios para complacer a un hombre y producir una camada de principitos.

Su padre había pensado que los representantes de la Cultura eran unos idiotas afeminados por interesarse más por ella que por sus hermanos cuando había insistido en enviar a uno de sus hijos a servirlos. Incluso el respeto que sentía por Xide Hyrlis se había resentido cuando él también había sugerido que la que debería ir era la pequeña Djan, y Anaplian no conocía a nadie, salvo quizá Tyl Loesp, del que su padre hubiera tenido tan alta opinión como de Hyrlis.

Su padre apenas había fingido sentir que hubieran elegido a su molesta, descontenta y descartada hija en lugar de a uno de sus preciosos hijos varones. Si, por supuesto, ella deseaba ir; los representantes de la Cultura dejaron muy claro que no tenían deseo alguno de coaccionarla para que entrara a su servicio. Como es natural, en cuanto lo habían solicitado a la joven no le había quedado ninguna alternativa (su padre estaba convencido de que le habían ofrecido un trato que era una auténtica ganga y había precipitado la partida de su hija antes de que la Cultura recuperara el sentido común y cambiara de opinión) pero eso había sido precisamente lo que la princesa habría elegido de todos modos.

Había fingido. Había fingido (delante de su padre y del resto de la corte) reticencia a la hora de partir rumbo a la Cultura, del mismo modo que de una joven a la que han escogido como novia se espera que finja reticencia a la hora de partir rumbo a su nuevo hogar, junto a su marido; esperaba que la gente de la Cultura viera que no era más que una pose para guardar las apariencias y no decepcionar a nadie. Así había sido y ella se había ido con ellos sin mirar atrás cuando había llegado la hora. Y no lo había lamentado ni un solo momento.

Había habido momentos, y habían sido muchos, en los que había echado de menos su casa y a sus hermanos, incluso a su padre, épocas en las que se había dormido llorando muchas noches seguidas, pero ni una vez, ni siquiera por un instante, había pensado que quizá hubiera cometido un error en su elección.

Así que su obligación estaba con la Cultura. Lo había dicho su padre. La Cultura (Circunstancias Especiales, nada menos) lo asumía así y contaba con que ella se quedara allí. En el Octavo nadie esperaba su regreso. Y si volvía, seguramente no habría nada útil que ella pudiera hacer.

Pero ¿cuál era su obligación? ¿Qué era la obligación?

Tenía que ir, lo notaba en los huesos.

Se había quedado callada solo unos momentos. Hizo algo que solo hacía de muy mala gana: conectó con su encaje neuronal y, a través de él, con la inmensa, vivida y abrumadora metaexistencia que era la versión de CE del dataverso de la Cultura.

Delante de ella se abrió al instante un portal clamoroso y fantasmagórico que parpadeó a su alrededor. Enfrentándose a Anaplian, impregnándola en ese alucinante

y aparentemente inmóvil segundo de tiempo, había una colección de informaciones que utilizaban todos los sentidos disponibles y enmendados en casi todos los campos; ese torbellino apenas comprensible de sobrecarga sensorial se presentó en un principio como una especie de esfera tácita que la rodeaba, junto con la extraña pero más que convincente sensación de que se podía ver cada parte de la esfera al mismo tiempo y en más colores de los que incluso poseía el ojo aumentado. La superficie que primero se apreciaba de este inmenso globo que todo lo abarcaba no era tan fina como el tejido, pero parecía conectarse con sentidos que tenía en lo más profundo de su ser cuando aquella colosal pero intrigante simulación inundó lo que parecía cada fragmento de su persona. Pensabas a través de una aparente infinidad de membranas más, cada una con su propia armonía sensorial, como una lente que se ajustara para enfocar diferentes profundidades dentro del campo de visión.

Se daba por hecho que ese frenesí perceptivo era lo más parecido que un ser humano, o algo similar a un ser humano, podía llegar a sentir para saber lo que era ser una mente. Solo la cortesía evitaba que la mayor parte de las mentes señalaran que esa era una versión drásticamente embrutecida, salvajemente reducida e infinitamente inferior, muy por debajo del nivel del parvulario, de lo que ellos experimentaban durante cada uno de los momentos de su existencia.

Incluso sin pensar de forma consciente en ello, Anaplian estaba allí con una representación diagramática y repleta de datos de esa sección de la galaxia. Las estrellas se mostraban como puntos exagerados de su verdadero color, sus sistemas solares insinuados en focos profundos de escalas de logaritmos y su sabor civilizado definido por grupos de notas musicales (la influencia de la Cultura iba marcada por una secuencia de acordes construida a partir de escalas matemáticas de tonos puros que subían y bajaban de forma incesante). Una transparencia mostraba los calendarios de los rumbos de todas las naves relevantes y ya se había trazado para ella una selección de rutas con códigos de colores según la velocidad; el grosor de las hebras representaba el tamaño de la nave y la certeza del rumbo previsto la mostraba la intensidad del tono, con la comodidad y la flexibilidad general caracterizadas por grupos de olores. Los patrones de las hebras (que hacían que parecieran trenzadas, como sogas) indicaban a quién pertenecían las naves.

A lo que se enfrentó Anaplian fue a círculos y elipses en su mayoría. Unas cuantas formas suplementarias más complicadas dibujaron unos garabatos por la escena allí donde las naves preveían describir rumbos más excéntricos entre las estrellas a lo largo de las siguientes decenas o centenas de días estándar.

Se formó otra línea, al parecer de forma espontánea, en la transparencia, una línea recta casi perfecta que le mostraba lo rápido que la unidad disponible más cercana de la flota de Piquetes Muy Rápidos de la Cultura podía llevarla a casa. El vuelo en sí era de algo más de doce días, aunque a la nave le llevaría casi el mismo tiempo

acercarse a Prasadal para recogerla. Otras naves podrían haber hecho el viaje en menos tiempo incluso, aunque estaban demasiado lejos. Había cierto margen de incertidumbre favorable en la proyección, se aplicaba solo a los navíos de la Cultura que en ese momento hacían saber su paradero. Era muy posible que alguna otra nave de la flota de los Activos Rápidos que en ese momento no se estuviera molestando en hacer circular su ubicación estuviera incluso más cerca y respondiera de forma positiva a la petición que se emitiera.

Pero eso no iba a ocurrir, Batra se lo había dejado muy claro. Anaplian borró la transparencia ofensiva. Tendría que tomar la ruta prescrita y dejar que la pasaran como un testigo de una nave a otra. Parecía complicado.

En su encaje neuronal ya se habían producido una buena cantidad de procesamientos inteligentes para predecir lo que quería ver en realidad antes de que ella misma lo supiese y (por fabuloso, práctico e impresionante que fuera, técnicamente hablando) era ese aspecto del uso del encaje lo que más inquietaba a Anaplian y hacía que redujera su aplicación al mínimo imprescindible. Al final, ni siquiera tuvo que pedir ningún dato concreto para comprobar las cifras puras: había una ruta bastante obvia que pasaba por un garabato enmarañado y que llevaba de Prasadal a Sursamen y era cierto que le llevaría al menos ciento veintinueve días y pico si partía en menos de dos días y suponiendo que en el espacio morthanveld las cosas fueran de forma tan fortuita como cabía esperar. Mucho parecía depender de si la Gran Nave morthanveld *Inspiración, fusión, punto final* decidía pasar por el mundo nido Syaung-un de camino de un macizo globular a otro.

Estaba a punto de desconectar cuando un pensamiento apenas formado sobre lo que eran en realidad una Gran Nave morthanveld y un mundo nido comenzó a florecer y tomar forma, convertido en toda una jerarquía de explicaciones cada vez más complicadas a medida que el encaje se precipitaba a recuperar y presentar la información relevante con todo el entusiasmo desesperado de un niño sobreexcitado al que se le hubiera pedido que tocara algo en una fiesta. Anaplian lo apagó con una especie de portazo interno y lo desconectó otra vez con la sensación habitual de alivio y cierta culpabilidad. El último vestigio de la presencia del encaje le informó de que su corazón estaba terminando de completar el latido que comenzaba cuando se había conectado.

Era como cuando despertaban, aunque de un mundo soñado donde todo era más detallado, vivido, espléndido e incluso plausible que la realidad, no menos. Esa era otra razón para que no le gustara utilizar el encaje. Anaplian se preguntó por un instante cómo se comparaba la normalidad de Jerle Batra con la suya.

–Lo siento. Creo que tengo que irme –le dijo.

–¿Cree, Djan Seriy? –preguntó Batra, que parecía triste.

–Me voy –respondió la agente–. Debo hacerlo.

–Entiendo. –El hombre que parecía un arbusto pequeño y rizado parecía disculparse–. Habrá un precio, Djan Seriy.

–Lo sé.

6. La euridicía

Ferbin otz Aelsh-Hausk'r y su criado Choubris Holse viajaban por un camino mal mantenido que, a través de un bosque de árboles nube, llevaba a la euridicía Hicturean-Anjrinh. Habían decidido viajar durante la larga noche media de la estrella rodante Guime, que aparecía como un fulgor rojo y hosco que se extendía como un cardenal rosado por el horizonte de polo lejano. Solo se habían salido del camino dos veces hasta el momento, una para evitar a una tropa de ichteuen montados y otra cuando había aparecido a lo lejos un camión de vapor. El príncipe ya no se parecía en nada a sí mismo. Holse le había cortado el pelo al cero y el vello facial le estaba creciendo a toda prisa (más oscuro que su pelo, casi castaño, cosa que le molestaba de una forma desproporcionada); también se había quitado todos los anillos y demás joyas reales e iba vestido con ropa que Holse había obtenido en el campo de batalla.

—¿De un cadáver? —había balbuceado Ferbin mientras se miraba con los ojos muy abiertos. A Holse se le había ocurrido informar al príncipe de la procedencia de su nuevo traje de paisano solo después de ponérselo.

—Un cadáver sin ninguna herida obvia, señor —le había asegurado Holse con tono razonable—. Solo un poco de sangre en los oídos y la nariz. Y además llevaba muerto sus buenos dos o tres días, así que con toda seguridad cualquier pulga que pudiera haber ya se habría muerto de frío y largado con viento fresco. Y permítame añadir que era un caballero. Un asentista del ejército, si no me equivoco.

—Eso no es un caballero —le había dicho Ferbin a su criado con tono paciente—. Eso es un mercader. —Se había tirado de las mangas, había estirado las manos y sacudido la cabeza.

Si había alguna actividad aérea (poco probable con aquella oscuridad), no la vieron. En cualquier caso, nadie se abalanzó sobre ellos desde el aire para inspeccionar su paso cansino, Holse a lomos de su rowel y Ferbin en el mersicor que su criado había llevado cuatro días antes al templete que se asomaba al río. Holse había sacado un par de bolas de raíz de crile de una alforja para que los mantuvieran despiertos durante la cabalgada y las iban masticando mientras charlaban. Le daba a su conversación lo que a Holse le parecía un aire bastante cómico, como de boca llena, aunque optó por no mencionárselo a Ferbin.

—Choubris Holse, es tu deber acompañarme allá donde yo fuere.

—Permitidme disentir, señor.

—No hay disensión posible. El deber es el deber y el tuyo es para conmigo.

—Dentro de los límites del reino y según las normas de la ley del rey, no os lo discutiría, señor. Es el deber más allá de esos límites lo que quizá se me ocurriría cuestionar.

–¡Holse! ¡Eres un criado! ¡Yo soy un príncipe! Más prudente sería que hicieras lo que se te manda, diablos, incluso aunque fuera yo un humilde gentilhomme sin más propiedad que un fuerte desvencijado, un jamelgo pulgoso y demasiados hijos a su cargo. Como criado de un príncipe (y el príncipe de mayor rango, debería añadir) de la casa real de Hausk... –Ferbin se interrumpió con la voz ahogada de asombro e indignación al toparse con semejante obstinación en un simple sirviente–. ¡Mi padre te habría hecho azotar por esto, Holse, te lo juro! ¡O algo peor! ¡Maldita sea, hombre, soy el rey!

–Señor, ahora estoy con vos y es mi intención permanecer con vos hasta que arribemos a la academia y de ahí hasta el medio de transporte que podáis hallar más allá del que os puedan recomendar. Hasta ese punto y momento permaneceré a vuestro lado, fiel como siempre.

–¡Y así tienes que quedarte, diablos! ¡Ir allá donde yo fuere!

–Señor, habéis de disculparme, pero mi lealtad (en el fondo y tras toda reducción, por así decirlo) es para con el trono más que para con vuestra inestimable persona. Una vez que vos abandonéis los límites más remotos de las conquistas de vuestro padre, a mi entender estoy obligado a regresar a la sede de la autoridad (que yo diría que se encuentra en el palacio real de Pours, si todos los demás asuntos guardan el debido equilibrio) para allí recibir nuevas instrucciones de, bueno, de quien fuere...

–¡Holse! ¿Es que eres abogado?

–¡El buen Dios me libre, señor!

–Entonces cállate. Tu deber es quedarte conmigo. Y se acabó, no hay más que hablar.

–Mi deber, si me disculpáis, señor, es para con el rey.

–¡Pero es que yo soy el rey! ¿No llevas cuatro días enteros diciéndome que soy el legítimo heredero del trono?

–Señor, perdonad mi franqueza, pero sois un rey sin corona que en estos momentos se aleja con la mayor determinación de su trono.

–¡Sí! ¡Sí, para salvar mi vida! Para buscar ayuda y poder así regresar a reclamar ese trono, si el Dios del Mundo me lo permite. Y señalaría que al hacerlo no hago más que seguir los más insignes precedentes. ¿Acaso el Dios del Mundo no encuentra aquí, en el núcleo de nuestro bendito mundo, un santuario que le permite huir de sus inquietudes? ¿Acaso el propio pueblo sarlo no huyó de la persecución de su mundo natal y escapó aquí, a nuestro querido Sursamen?

–Con todo, señor. Para ser rey hay que cumplir con ciertas expectativas y una es avisar a la gente de que se está vivo.

–¿No me digas? Vaya, vaya –dijo Ferbin, que había decidido ser desdeñoso y sarcástico–. ¿Y me dices eso ahora? ¿Y qué más, se podría preguntar?

–Bueno, señor, para actuar de un modo digno de un rey con respecto a la asunción

de las riendas del poder, disputándolas si necesario fuera en lugar de permitir que cayeran en...

–¡Choubris Holse, no querrás darme clases a mí sobre el oficio de rey o sobre mis obligaciones y responsabilidades reales!

–Desde luego que no, señor. Estoy totalmente de acuerdo. Las lecciones son competencia de esos monjes escolásticos hacia los que nos dirigimos. No es algo que os vaya a discutir, señor.

La rowel de Holse roncó como si asintiera. A aquellos animales los habían criado para caminar por la noche y, literalmente, podían caminar dormidos, aunque necesitaban algún que otro empujón para que no se salieran del camino.

–¡Yo decido cuál es mi deber, Holse, no tú! ¡Y mi deber es no permitir que me asesinen aquellos que ya han matado a un rey y no vacilarían en añadir otro, es decir a mí, a su marcador!

Holse levantó la cabeza y miró la inmensidad casi impía de la torre Hicturean, que se alzaba a su izquierda como el destino. El tallo que sostenía el cielo estaba rodeado de laderas cubiertas de hierba y bosques, y su pendiente iba aumentando según se acercaban al borde superior, donde, apilado contra la superficie lisa y misteriosa de la torre, el suelo y el follaje rompían como una ola verde y oscura contra la inmensa redondez pálida del tronco, que refulgía bajo la suave luz roja como el hueso de algún dios muerto mucho tiempo atrás.

Holse se aclaró la garganta.

–Esos documentos en cuya búsqueda vamos, señor. No funcionan en el otro sentido, ¿verdad?

–¿En el otro sentido? ¿Se puede saber a qué te refieres, Holse?

–Bueno, ¿os permitirían viajar al fondo, al núcleo, para ver al Dios del Mundo, señor? –Holse no tenía ni idea de cómo funcionaban esas cosas, nunca se había molestado demasiado con la religión aunque siempre había defendido a la iglesia, al menos de boquilla, para que no se le complicara la vida. Hacía mucho tiempo que sospechaba que el Dios del Mundo era otra especie de ficción conveniente que sujetaba toda la estructura que confirmaba a los ricos y poderosos en sus privilegios—. ¿Para ver si su divinidad podría ayudarnos? –Se encogió de hombros—. Nos ahorraría todas las molestias de viajar a la superficie y de allí a las estrellas externas, señor.

–Eso es imposible, Holse –dijo Ferbin con paciencia, intentaba no perder los estribos con todas aquellas tonterías infantiles—. A los oct y (gracias a Dios) a los altridia se les prohíbe que interfieran con el Dios del Mundo, así que no pueden descender al núcleo. Por tanto, tampoco nosotros. –Podría haber respondido con más detalle pero, tras una inhalación parcial muy poco oportuna de una bolita bien masticada de raíz de crile, sufrió un gran ataque de tos y se pasó buena parte de los siguientes minutos resollando, escupiendo y rechazando los repetidos ofrecimientos

de Holse para administrarle una fuerte palmada en la espalda.

La euridicía Hicturean-Anjrinh se asentaba en una colina baja a un día de viaje de la torre Hicturean en dirección a polo cercano, de modo que la gran columna se alzaba casi justo entre la abadía y Poursl. Al igual que la mayor parte de las euridicías, aquel lugar tenía un aspecto imponente, aunque, técnicamente hablando, carecía de fortificaciones. Parecía un castillo largo y bajo sin contramuralla. Tenía dos torreones, pero albergaban telescopios en lugar de cañones. Los muros visibles, de hecho, tenían un aspecto bastante alegre, pintados con todo tipo de colores diferentes, pero a Ferbin le seguían pareciendo bastante lúgubres. Siempre le habían impresionado bastante ese tipo de lugares y la gente que habitaba en ellos. Entregarse a una vida de estudio, pensamiento y contemplación le parecía, bueno, una pérdida de tiempo. Se debatía de continuo entre el desdén que le inspiraba cualquiera que se aislara de todo aquello que hacía divertida la vida solo para perseguir esa abstracción que llamaban sabiduría, y algo parecido al respeto reverencial. Le impresionaba mucho que personas tan inteligentes eligieran de forma voluntaria una existencia tan abstemia.

Era a uno de esos lugares adonde sabía que Djan Seriy habría querido ir si hubiera tenido la libertad de escoger. Que no la había tenido, por supuesto, y además, la Cultura se la había llevado. Algunas de las cartas que había enviado a casa después de irse con ellos hablaban de lugares de estudio que se parecían mucho a las euridicías de Sursamen. Ferbin se había formado la impresión de que su hermana había aprendido mucho. (Demasiado, según la burlona opinión de su padre). Cartas posteriores parecían insinuar que se había convertido en una especie de guerrera, casi una paladina. Al principio les había preocupado la cordura de la antigua princesa, pero las mujeres guerreras tampoco eran algo desconocido. Todo el mundo pensaba que pertenecían al pasado más remoto pero, bueno, ¿quién sabía? Las costumbres de los alienígenas, las razas de los óptimos, sus superiores y mentores, y quién sabía qué otras razas, estaban fuera de su comprensión. Había tantas cosas de la vida que daban vueltas en grandes círculos, en ruedas de buena y mala fortuna, que quizá las mujeres guerreras formaran parte de algún tipo de futuro extraño e incomprensible.

Ferbin esperaba que fuera una guerrera. Si podía llegar hasta ella, o al menos hacerle llegar un mensaje, Djan Seriy quizá pudiera ayudarlo.

La estrella rodante Obor extendía un amanecer lento y reticente a su derecha cuando se acercaron al recinto. Pasaron junto a aprendices de eruditos que abandonaban el complejo de la euridicía para trabajar en los campos, huertas y arroyos que rodeaban el revoltijo de edificios pintados de alegres colores. Los jóvenes los saludaron con la cabeza, les gritaron holas y agitaron sombreros. Ferbin pensó que parecían casi felices.

Un número creciente de las ciudades de Sarl comenzaba a albergar algo parecido

a una euridicía, aunque estas instituciones urbanas ofrecían una instrucción más práctica que las euridicías antiguas, situadas por lo general en lugares remotos y rurales. Muchos mercaderes e incluso algunos nobles estaban empezando a enviar a sus hijos varones a esas academias modernas y Ferbin había oído hablar de una en Reshigue que aceptaba solo chicas. (Aunque eso era en Reshigue y todo el mundo sabía que la gente de esa por suerte lejana ciudad estaba loca).

–Ninguna conexión telegráfica que se vea –señaló Holse mientras observaba el batiburrillo de edificios–. Puede que sea para bien. Veremos.

–¿*Hmm?* –dijo Ferbin.

Ferbin pocas veces rezaba. Era un defecto, ya lo sabía, pero un defecto muy noble, se decía siempre. Estaba seguro que hasta los dioses debían de tener una paciencia e incluso atención limitadas. Al no rezar él, dejaba el terreno de la corte divina un poco menos concurrido y por tanto más libre para personas más merecedoras y menos afortunadas cuyas plegarias tendrían por tanto, y según esa misma proporción, más posibilidades de ser escuchadas por encima de la algarabía que con toda seguridad debía de llenar la susodicha asamblea. De hecho, se consolaba pensando que, siendo príncipe, se habría dado, por supuesto, prioridad a sus ruegos en la corte de solicitudes del Dios del Mundo (él habría tenido un mayor tono de voz, por así decirlo) y así, con su modesta y humilde ausencia, él hacía más bien del que habría hecho un tipo de importancia más limitada con un sacrificio parecido.

Con todo, el Dios del Mundo estaba allí y (si bien ir a verlo, como había sugerido Holse, era a todas luces ridículo) no cabía duda de que las plegarias se escuchaban. De hecho, a veces se decía que el Dios del Mundo intervenía en los asuntos de la gente, adoptaba la causa de los buenos y justos y castigaba a aquellos que habían pecado. Por lo cual sería con toda seguridad un abandono de sus deberes principescos no rogar a la deidad. E incluso si el dios ya conocía (como no cabía duda de que así era) los terribles acontecimientos que le habían acontecido a Ferbin y que podrían estar a punto de acontecerle al pueblo sarlo en general con un usurpador entre ellos y, de hecho, al cargo de todo, el Dios del Mundo quizá pensara que no podía actuar hasta haber recibido una especie de petición formal por su parte, el rey legítimo. Ferbin no estaba muy seguro de cómo funcionaban esas cosas, ya que nunca había prestado mucha atención en las clases de divinidad, pero tenía la sensación de que tenía que ser algo así.

–Dios bendito, Dios del Mundo. Apóyame en mi causa, permíteme escapar de mis perseguidores si, esto, suponiendo que haya perseguidores. Y si no, entonces permite que siga sin haber ninguno. Ayúdame a salir de este mundo y a encontrar a Xide Hyrlis y a mi querida hermana Djan para que ella pueda socorrerme. No permitas que la aparten de su hermano los lujos y, eh, exuberancias del pueblo de la Cultura. Por

favor, Dios, haz caer las más terribles y fétidas tribulaciones y humillaciones sobre el inmundo usurpador Tyl Loesp, que mató a mi padre. ¡Ese sí que es un malvado pestilente, Dios! ¡Es un monstruo con forma de hombre! Debes de haber visto lo que ocurrió, Dios, y si no, mira en mi memoria y lo verás grabado allí a fuego, ardiendo y clavado para siempre, ¿acaso ha habido crimen más horrendo? ¿Qué espantoso delito se ha cometido alguna vez entre tus cielos que pueda superar a esa atrocidad?

Ferbin se dio cuenta de que se estaba quedando sin aliento y tuvo que parar para serenarse.

»Dios, si lo castigas de la forma más severa, me regocijaré. Y si no, entonces lo tomaré como una señal segura y certera de que no le concedes ni siquiera el honor de un castigo divino sino que dejas su pena a la mano humana. Esa mano quizá no sea la mía (yo soy, como vuestra eminente persona sabe, más un hombre de paz que de acción) pero será a instigación mía, lo juro, y será una gran torre de angustia y desesperación bajo la que sufrirá ese malnacido. Y los otros, todos los que lo ayudaron, todos ellos también. ¡Lo juro, sobre el cuerpo violentado de mi amadísimo padre! –Ferbin tragó saliva y después tosió–. Sabes que pido esto por mi pueblo, no por mí, Dios. Yo nunca he querido ser rey aunque aceptaré esa carga cuando recaiga sobre mí. Elime, él debería haber sido el rey. U Oramen, que podría ser un buen rey algún día. Yo... yo no sé si se me daría muy bien. Jamás he estado muy seguro. Pero, señor, el deber es el deber.

Ferbin se secó unas lágrimas de los ojos que había apretado.

»Gracias por escuchar, mi Dios. Ah, y también me gustaría pedirte que hicieras que el idiota de mi criado viera cuál es su auténtico deber e hicieras que se quedara conmigo. Yo carezco de la habilidad para sortear las vulgaridades básicas de la vida que tiene él y, por mucho que sea un granuja amigo de las discusiones, hace que el viaje me resulte más fácil. Apenas me he atrevido a perderlo de vista desde que comenzó a preocuparme que pudiera huir y no quiero pensar lo abrumador que sería mi camino sin él. Por favor, permite también que el erudito mayor, un tal Seltis, se muestre bien dispuesto hacia mí y no recuerde que fui yo el que le puso las tachuelas en la silla aquella vez, o el gusano en la empanada en aquella otra ocasión. En realidad fueron dos veces, ahora que lo pienso. En cualquier caso, permite que tenga uno de esos permisos de viaje para las torres y que no le importe dejármelo para que yo pueda salir de aquí. ¡Concédeme todo esto, Dios del Mundo y por la vida de mi padre te juro que construiré un templo dedicado a tu grandeza, misericordia y sabiduría, que podrá desafiar a las propias torres! *Umm...* Vale. Con todo mi... eh, bueno, eso es todo. –Ferbin se sentó un momento, abrió los ojos y después los cerró y volvió a hincar una rodilla en el suelo–. Ah, y gracias.

Le habían asignado una pequeña celda en la euridicía cuando llegaron y se anunciaron como un caballero de paso y su asistente (un título, un ascenso incluso, en

el que Holse había insistido) que solicitaban una audiencia con el erudito mayor. A Ferbin le pareció raro que lo trataran como a una persona normal. En cierto sentido era casi divertido pero también era un poco humillante e incluso molesto, a pesar de que bien podría ser ese disfraz de normalidad lo único que lo mantenía con vida. Que le pidieran que esperara mientras todos los demás salvo su padre siempre habían encontrado tiempo para verlo también era una experiencia novedosa. Bueno, no tan novedosa, quizá; ciertas damas que él conocía tenían cierta tendencia también a emplear esas tácticas. Pero esa era una espera deliciosa aunque, en su momento, le había parecido intolerable. Aquello no tenía nada de delicioso, era frustrante.

Se sentó en la pequeña plataforma de dormir que había en la diminuta habitación y miró a su alrededor, el espacio desnudo y apenas amueblado, y contempló por un instante el paisaje que se extendía hasta la torre Hicturean. La mayor parte de las ventanas de las euridicias tenían vistas de las torres si podían. Después se miró la ropa, robada a un muerto. Se estremeció y se estaba abrazando cuando alguien golpeó la puerta con estrépito y casi antes de que pudiera decir «Adelante», Choubris Holse ya se había metido en la habitación con aspecto vacilante y la cara colorada.

—¡Señor! —dijo Holse, después pareció serenarse, se irguió y esbozó un asentimiento que podrían haber sido los restos de una reverencia. Olía a humo—. El erudito mayor os recibirá ahora, señor.

—Allí estaré de inmediato, Holse —dijo Ferbin y después, al recordar que se suponía que el Dios del Mundo ayudaba a aquellos más dados a ayudarse así mismos, un tratado que era obvio que Holse seguía, añadió—: Gracias.

Holse frunció el ceño y lo miró con expresión confusa.

—¡Seltis! ¡Mi querido y viejo amigo! ¡Soy yo! —Ferbin entró en el despacho del erudito mayor de la euridicia Hicturean-Anjrinh y abrió los brazos. El anciano de las túnicas escolásticas ligeramente gastadas se encontraba sentado al otro lado de un amplio escritorio cubierto de papeles y parpadeaba detrás de unas gafitas redondas.

—Que lo sois, señor, es una de las grandes verdades innegables de la vida —respondió—. ¿Solicitáis acaso un puesto cuando pronunciáis semejantes perogrulladas y afirmáis que son profundas?

Ferbin miró a su alrededor para asegurarse de que el erudito sirviente que le había abierto había cerrado la puerta tras él. Después sonrió y se acercó a la mesa del erudito mayor con los brazos todavía abiertos.

—¡No, Seltis, quiero decir que soy yo! —Bajó la voz—. Ferbin. El que en otro tiempo fue tu alumno más exasperante pero todavía espero que también el más amado. Debes perdonarme el disfraz y me alegro de que sea tan eficaz pero puedo asegurarte que soy yo. ¡Hola, viejo amigo y mi más sabio tutor!

Seltis se levantó con una expresión algo maravillada y un tanto incierta en el

rostro marchito antes de hacer una pequeña reverencia.

–Por Dios, pero si creo que podríais ser. –Su mirada buscó algo en el rostro de Ferbin–. ¿Cómo estás, muchacho?

–Ya no soy un muchacho, Seltis –dijo Ferbin mientras se ponía cómodo a un lado del escritorio, en una pequeña ventana salediza. Seltis permaneció junto a su escritorio, mirando a su antiguo alumno por encima de un pequeño carrito lleno de libros. Ferbin dejó que una expresión seria, incluso atormentada, cubriera sus rasgos–. Más bien un joven, viejo amigo, y un joven feliz y despreocupado hasta hace solo unos días. Querido Seltis, vi a mi propio padre asesinado en la más obscena de las circunstancias...

Seltis pareció alarmarse y levantó una mano. Le dio la espalda a Ferbin y dijo algo.

–Munhreo, déjanos, por favor.

–Sí, erudito mayor –dijo otra voz y para cierto horror de Ferbin un joven vestido con las túnicas de un erudito de menor rango se levantó de un escritorio pequeño repleto de papeles situado en un vano de la habitación y, con una mirada fascinada hacia Ferbin, se dirigió a la puerta.

–Munhreo –le dijo el erudito mayor al joven cuando estaba abriendo la puerta. El joven erudito se dio la vuelta–. No has oído nada, ¿me entiendes?

El joven erudito hizo una pequeña reverencia.

–Desde luego, señor.

–Ah. Ese debe de estudiar el arte de la ocultación, ¿eh? –dijo Ferbin con tono incómodo cuando se cerró la puerta.

–Es digno de confianza, creo –dijo Seltis. Acercó su sillón y se sentó junto a Ferbin sin dejar de estudiar su rostro–. Recuérdame algo, el ayudante que yo tenía en palacio, ¿quién habría sido?

Ferbin frunció el ceño e hinchó los carrillos.

–Oh. No sé. Un chaval jovencito. No recuerdo su nombre. –Esbozó una gran sonrisa–. Lo siento.

–¿Y pude implantar el nombre de la capital de Voette lo bastante bien en tu cerebro como para que echara raíces?

–Ah. Voette. Una vez conocí a la hija de un embajador de allí. Una chica encantadora. Era de... ¿Nottle? ¿Gottle? ¿Dottle? Algo así. ¿Es eso?

–La capital de Voette es Wiriniti, Ferbin –dijo Seltis con tono cansado–. Y ya estoy convencido de que eres quien dices que eres.

–¡Estupendo!

–Bienvenido, señor. Debo decir, sin embargo, que nos habían informado que habíais muerto, mi príncipe.

–Y si los deseos de ese zurullo asesino e intrigante de Tyl Loesp pudieran

cumplirse, lo estaría, viejo amigo.

Seltis lo miró, alarmado.

—¿El nuevo regente? ¿Cuál es la causa de ese odio?

Ferbin le relató las partes fundamentales de su historia desde el momento en que él y su grupo habían coronado la cresta Cherien y contemplaban el gran campo de batalla. Seltis suspiró, se limpió las gafas dos veces, se arrellanó en el sillón, volvió a adelantarse, en cierto momento se levantó, rodeó el sillón, miró por la ventana y se sentó de nuevo. También sacudió la cabeza unas cuantas veces.

—Y por ello aquí estamos yo y mi poco fiable criado para pedirte ayuda, mi querido Seltis, en primer lugar para hacerle llegar un mensaje a Oramen y también para ayudarme a salir del Octavo y del propio gran mundo. Debo advertir a mi hermano y buscar a mi hermana. A eso me he visto reducido. Mi hermana lleva muchos años con esos óptimos de la Cultura y, según su propio relato, ha aprendido tales cosas que hasta a ti te parecerían impresionantes. Es posible incluso que se haya convertido en una especie de guerrera, por lo que he entendido. En cualquier caso, podría tener (o podría invocar) poderes e influencias que yo no puedo. Ayúdame a llegar a ella, Seltis y ayúdame a advertir a mi hermano y mi gratitud, te lo juro, será grande. Soy el rey legítimo aunque no sea el monarca ungido; mi ascensión formal se producirá en el futuro, como futura será tu recompensa. Incluso así, alguien tan sabio y erudito como tú comprende sin duda incluso mejor que yo el deber que un súbdito le debe a su soberano. Confío que comprenderás que no te pido más de lo que tengo derecho a esperar.

—Bueno, Ferbin —dijo el viejo erudito mientras se acomodaba en su sillón y se quitaba otra vez las gafas para inspeccionarlas—. No sé qué sería más desconcertante: que todo lo que has dicho sea verdad o que tus habilidades para la composición de obras ficticias hubieran mejorado de repente un millón de veces. —Volvió a ponerse las gafas y continuó:— A decir verdad, preferiría que lo que dices no fuera cierto. Preferiría creer que no has tenido que presenciar lo que has presenciado, que tu padre no ha sido asesinado y que nuestro regente no es un monstruo, pero creo que tengo que creer que todo lo que afirmas es verdad. Recibe mi más sentido pésame, Ferbin, lo siento más de lo que puedo expresar. Pero en cualquier caso, espero que entiendas que lo más conveniente es que intente restringir tu estancia aquí al mínimo imprescindible. Desde luego que haré todo lo que pueda para ayudarte en tu camino y enviaré a uno de mis tutores de mayor rango para que le lleve un mensaje a tu hermano.

—Gracias, viejo amigo —dijo Ferbin, aliviado.

—Sin embargo, deberías saber que hay rumores contra ti, Ferbin. Se dice que desertaste del campo de batalla poco antes de tu muerte y muchos otros crímenes, grandes y pequeños, domésticos y sociales, se están acumulando sobre ti ahora que se

cree que estás muerto.

–¿Qué? –gritó Ferbin.

–Lo que he dicho –dijo Seltis–. Intentan, por lo que parece, que no se te eche de menos y quizá, si sospechan que no estás muerto, hacer que sea más probable que te traicione cualquiera al que reveles tu presencia. Ten mucho cuidado, joven que fue niño y príncipe que espera ser rey.

–Iniquidad tras infamia –jadeó Ferbin, al que se le había secado la boca al hablar–. Injusticia que multiplica el ultraje. Intolerable. Intolerable. –Una cólera terrible comenzaba a invadirlo y le hacía temblar las manos. Se quedó mirando los dedos temblorosos y se maravilló ante semejante efecto físico. Tragó saliva y miró a su antiguo tutor con lágrimas en los ojos–. Déjame decirte, Seltis, que cada vez que siento que mi cólera ya no podría crecer más, tras haber alcanzado el límite más extremo de lo que es posible que soporte un hombre, me impulsa a alcanzar profundidades mayores de esta furia indecente la siguiente acción de ese incalificable charco de excrementos que es Tyl Loesp.

–Habida cuenta de todo lo que dices –dijo Seltis mientras se levantaba–, no es algo que haya de maravillarnos. –Se acercó entonces a una cinta que colgaba junto al muro, detrás de su escritorio–. ¿Quieres beber algo?

–Un poco de vino respetable no me vendría mal –dijo Ferbin con la cara iluminada–. Mi criado prefiere una sustancia con la que se dudaría en lavarle el culo a un rowel.

Seltis tiró de la cinta. A lo lejos resonó un *gong*. Después regresó y se sentó otra vez con el príncipe.

–He de entender que deseas que te recomiende a los oct, para un entorreamiento, para que te transporten a la superficie.

–Como se llame –dijo Ferbin con impaciencia; se había echado un poco hacia delante en la silla–. Sí. Como es natural, en teoría hay prerrogativas reales que podría utilizar, pero eso sería un suicidio. Con un pase tuyo quizá podría eludir a los espías e informadores de Tyl Loesp.

–Hay algo más que solo espías e informadores; existe la posibilidad al menos de que sea el ejército entero e incluso todo el pueblo –dijo Seltis–. Todo el mundo, creyéndose súbditos leales, se volverán contra aquel al que deberían ser leales.

–Dices bien –respondió Ferbin–. Debo confiar solo en mi propio ingenio y en el de mi exasperante pero astuto criado.

Seltis parecía preocupado, pensó Ferbin.

Apareció un criado en la puerta y pidieron el vino. Cuando se volvió a cerrar la puerta, Ferbin se inclinó hacia delante y se dirigió al erudito mayor con tono solemne.

–Le he rezado al Dios del Mundo, mi buen Seltis.

–Eso no puede hacer ningún daño –dijo el erudito mayor, que no por eso parecía

menos preocupado.

Alguien dio unos fuertes golpes en la puerta.

–¡Adelante! –exclamó Seltis–. Las cocinas no suelen ser por lo general tan...

Choubris Holse irrumpió en la habitación, saludó con un breve asentimiento al erudito mayor y después se dirigió a Ferbin.

–Señor, me temo que nos han descubierto.

Ferbin se puso en pie de un salto.

–¿Qué? ¿Cómo?

Holse miró a Seltis sin saber qué hacer.

–Un erudito bajito en el tejado, señor; le envió un heliograma a una patrulla que pasaba y hay tres caballeros en caudes que acaban de aterrizar.

–Munhreo –dijo el erudito mayor, que también se había puesto en pie.

–¿Quizá solo están de... visita? –sugirió Ferbin.

–Dadas las circunstancias, hay que suponer lo peor –le dijo Seltis mientras se acercaba a su escritorio–. Será mejor que os vayáis. Intentaré retenerlos todo el tiempo que pueda.

–¡Jamás los dejaremos atrás con nuestras monturas! –protestó Ferbin–. Seltis, ¿tenéis aquí alguna bestia voladora?

–No, Ferbin. No tenemos ninguna. –El erudito mayor sacó una llave pequeña de un cajón, apartó de una patada una alfombra que tenía detrás del escritorio, junto a la pared, se arrodilló con un gruñido sobre las tablas de madera, abrió una pequeña portezuela que tenía en el suelo y sacó dos gruesos y pesados sobres grises que alguien había cerrado a cal y canto con unas finas bandas metálicas. Abrió una solapa en cada paquete y escribió a toda prisa sus nombres, después los cerró con el sello de la euridicía.

–Toma –le dijo a Ferbin al darle los sobres–. Torre D'neng-oal. El administrador de la torre es un tal Aiaik.

–Ake –dijo Ferbin.

Seltis chasqueó la lengua y le deletreó el nombre.

»Aiaik –dijo Ferbin–. Gracias, Seltis. –Después se dirigió a su criado–. Holse, ¿qué vamos a hacer?

Holse parecía angustiado.

–He tenido, muy a mi pesar, una idea, señor.

Los tres caudes estaban atados a una argolla que había en el tejado plano del edificio principal de la euridicía. Se había reunido una pequeña multitud compuesta en su mayor parte por eruditos jóvenes y sirvientes que habían acudido a contemplar con la boca abierta a las grandes bestias aéreas que se habían acomodado en cuclillas en el tejado y estaban masticando tan contentas lo que fuera que les hubieran puesto

en los morrales y que daban la sensación, con cierto grado de desdén incluso, de no estar haciendo ningún caso de la multitud que los rodeaba. Un viento cálido y racheado les agitaba las crestas y hacía ondear las chillonas mantas que llevaban bajo las alforjas. Ferbin y Holse subieron corriendo los escalones y cruzaron el tejado.

–¡Abrid paso! –gritó Holse, atravesando a zancadas la multitud. Ferbin se irguió todo lo alto que era y caminó con grandes zancadas y el mismo gesto viril, con una expresión que pretendía ser arrogante en el rostro.

–¡Sí! ¡Fuera de mi camino! –chilló.

Holse apartó a un par de jóvenes eruditos con la palma de la mano y después señaló a otro.

–¡Tú! Desata a las bestias. Solo a dos. ¡Venga!

–Sus jinetes me ordenaron que las vigilara –protestó el joven.

–Y yo te estoy diciendo que las desates –dijo Holse desenvainando su espada corta.

Qué vida tan protegida debían de llevar allí, pensó Ferbin cuando el jovencito abrió unos ojos como platos y empezó a manosear las riendas de una de las bestias. ¡Asombrado de ver un caude e impresionado cuando alguien sacaba una espada!

–¡Tú! –le gritó Holse a otro joven–. Ayúdalo.

Ferbin se sintió bastante orgulloso de Holse, si bien también un poco envidioso. Incluso resentido, admitió para sí. Ojalá él pudiera hacer algo dinámico, o al menos útil. Miró a las veinte caras o así que lo observaban e intentó recordar el aspecto que tenía el escolar llamado Munhreo.

–¿Está aquí Munhreo? –dijo en voz muy alta, interrumpiendo una docena de conversaciones murmuradas.

–Señor, se fue con los caballeros –dijo una voz. Se reanudaron las conversaciones. Ferbin les echó un vistazo a las escaleras que llevaban al tejado.

–¿Quién es aquí el que tiene más rango? –bramó.

Se intercambiaron miradas. Un momento después se adelantó un erudito alto.

–Yo.

–¿Eres consciente de lo que es esto? –preguntó Ferbin mientras se sacaba los dos gruesos sobres de la chaqueta. Más ojos como platos y algunos asentimientos–. Si eres leal a tu erudito mayor y tu rey legítimo, vigila esa escalera con tu vida. Asegúrate de que nadie más sube por ahí y que nadie deja el tejado tampoco, hasta que nos hayamos ido.

–Señor. –El erudito alto en un principio pareció vacilar pero después cogió a un par de sus compañeros y fue a colocarse junto a los escalones.

–El resto, por favor tened la bondad de ponerlos allí –dijo Ferbin al tiempo que indicaba la otra esquina del tejado. Hubo unos cuantos murmullos, pero los eruditos obedecieron. Ferbin se dio la vuelta. Holse estaba quitándole el morral a uno de los

caudes. Vacío el morral de un papirotazo mientras la criatura protestaba con lloriqueos, le dio la vuelta al caude para que quedara mirando el borde más cercano del tejado y después echó a toda prisa el morral vacío sobre la cabeza de la bestia.

–Haced lo mismo con la otra, ¿queréis, señor? –le pidió a Ferbin mientras se acercaba al caude que seguía atado–. Aseguraos que mira en el mismo sentido que ese.

Ferbin hizo lo que le habían pedido, empezaba a entender por qué. Se estaba poniendo malo. Los dos caudes que tenían los morrales sobre la cabeza habían posado la cabeza como animalitos buenos en la superficie del tejado y quizá ya estuvieran dormidos.

Holse acarició al tercer caude, le dio unos golpecitos en el morro y le murmuró al tiempo que acercaba la espada corta a su largo cuello. Después le rebanó la garganta con un corte seco y profundo, la criatura se echó hacia atrás con una sacudida, tiró de las riendas atadas y cayó hacia atrás, extendió un poco las alas y después las volvió a plegar, pateaba con las largas patas y después (ante los gritos escandalizados de varios de los eruditos), se quedó muy quieto, con la sangre oscura formando charcos en el pavimento polvoriento del tejado.

Holse limpió la sangre de la espada, la envainó y pasó con zancadas firmes junto a Ferbin. Les quitó los morrales a los dos caudes supervivientes, estos levantaron la cabeza y emitieron unos gruñidos profundos con las grandes bocas.

–Subíos, señor –le dijo–. E intentad evitar que vea al muerto.

Ferbin montó en el caude más cercano, se acomodó en la profunda silla y se ató bien el cinturón mientras Holse hacía lo mismo en el otro. Ferbin se estaba abotonando la chaqueta cuando su caude dobló el largo y correoso cuello y lo miró con lo que podría haber sido una expresión confusa, quizá porque había caído en la cuenta de que tenía un jinete diferente al que estaba acostumbrado. Los caudes eran unos animales fabulosamente estúpidos, la inteligencia se les había ido eliminando al tiempo que se les reforzaba la obediencia y la resistencia. Ferbin jamás había oído hablar de un caude al que hubieran adiestrado para que aceptara un solo jinete. Dio unas palmaditas en la cara de la bestia y estiró las riendas, después le azuzó los costados con los pies y consiguió que se levantara sobre sus grandes patas largas y que abriera un poco las alas con un crujido seco. De repente se alzaba sobre aquella colección de eruditos sorprendidos y escandalizados.

–¡Listo! –gritó Holse.

–¡Listo! –chilló Ferbin.

Azuzaron a los caude, que se adelantaron hasta el borde del tejado. Los animales saltaron al parapeto y con aquel mismo movimiento que casi deja sin aliento a sus jinetes se lanzaron al aire justo cuando comenzaron a resonar unos gritos en la escalera del otro extremo del tejado. Ferbin dio un alarido, en parte de miedo y en

parte de emoción, cuando las grandes alas se abrieron con un sonido seco y él y el caude empezaron a caer hacia un patio enlosado una media docena de pisos más abajo, con el aire rugiendo en sus oídos. El caude empezó a salir del picudo y su jinete se hundió un poco más en la silla, el viento chillaba a su alrededor y pudo vislumbrar por un momento a Holse a su lado, muy serio y apretando las riendas con las manos al tiempo que se estabilizaban en el aire y las bestias gigantes daban el primer aleteo. Tras ellos se oyeron unos estallidos lejanos que podrían haber sido disparos. Algo pasó zumbando entre su caude y el de Holse, pero para entonces ya estaban alejándose entre aleteos de la euridicía y sobrevolando campos y arroyos.

7. La recepción

Se celebró una recepción en una gran salita del palacio después del funeral de estado del fallecido rey y tras haberlo internado en el mausoleo familiar de los Hausk, que se encontraba a cierta distancia, fuera de las murallas de la ciudad, en el extremo de polo lejano. Había llovido desde por la mañana y el día seguía siendo oscuro tras las altas ventanas de la gran sala. Cientos de velas ardían junto a muros espejados. El rey había instalado en los últimos tiempos lámparas que consumían luz pétreo y otras con electricidad voltaica para iluminar, pero ambos sistemas habían resultado problemáticos en su aplicación y Oramen se alegró de ver las velas. Arrojabán una luz más suave y la sala no apestaba a los gases nocivos que emitían los otros tipos de lámparas.

–¡Fanthile! –dijo Oramen al ver al secretario de palacio.

–Señor. –Fanthile, con sus galas más formales, todas ellas ribeteadas por el rojo del luto, le hizo una profunda reverencia al príncipe—. Este es el más triste de los días, señor. Debemos esperar que marque el final de los más tristes de los tiempos.

–Mi padre no lo hubiera querido de otro modo. –Oramen vio a un par de los ayudantes de Fanthile esperando tras él, prácticamente saltaban de un pie a otro como niños que necesitaran ir al baño, y sonrió—. Creo que os necesitan, Fanthile.

–Con vuestro permiso, señor.

–Por supuesto –dijo Oramen y dejó que Fanthile fuera a disponer lo que hubiera que disponer. Suponía que aquel era un día de mucho trabajo para el tipo. Por su parte, él se conformaba con quedarse allí y mirar.

A Oramen le pareció que el ambiente en aquel gran espacio lleno de ecos era casi de alivio. No hacía mucho tiempo que había desarrollado cierta sensibilidad para cosas como el ambiente de una habitación. Por asombroso que fuera, era algo que Ferbin había estado decidido a enseñarle. Antes, Oramen había tendido a desdeñar eso tan abstracto de «el ambiente» como si no tuviera demasiada importancia; cosas de las que los adultos hablaban por falta de algo que realmente mereciera la pena comentar. Pero ya sabía que eso no era así y era consciente que si medía su propio humor subyacente, podía intentar calibrar el tenor emocional de una reunión como aquella.

A lo largo de los años, Oramen había aprendido mucho de su hermano mayor. Sobre todo cosas como la forma de evitar palizas, que los tutores se tiraran de los pelos, que prestamistas escandalizados le pidieran a tu padre fondos para pagar deudas de juego, que te vieran padres y maridos encolerizados que exigían una satisfacción, ese tipo de cosas. Pero el del ambiente era un ejemplo en el que Ferbin había tenido una lección de verdad que enseñarle a su hermano pequeño, en lugar de

limitarse a ilustrar las cosas con su mal ejemplo.

Ferbin le había enseñado a Oramen a escuchar sus propios sentimientos en tales situaciones. Cosa que no había sido nada fácil. Oramen se sentía muchas veces abrumado en entornos sociales complicados y había llegado a creer que sentía cada emoción que se podía sentir en tales momentos (de modo que unas se anulaban a otras) o bien no sentía ninguna en absoluto. En cualquier caso, el resultado era que se quedaba allí plantado, o sentado, o, bueno, se quedaba allí, en la ceremonia o reunión en la que tenía que hacer acto de presencia, en un estado que se podía llamar catatónico; se sentía totalmente indiferente y aislado, una pérdida de tiempo para él y una vergüenza para los demás. Nunca había sufrido demasiado por culpa de esa ligera incapacidad social, uno podía ser casi como le diera la gana si se era el hijo del rey, como Ferbin parecía haber pasado la mayor parte de su vida intentando demostrar. Sin embargo, ese tipo de incidentes habían terminado por molestarlo y había sabido que solo irían en aumento a medida que se fuera haciendo mayor y (aun siendo solo el príncipe más joven) se esperase de él que comenzara a tomar parte más activa en las ceremonias y actos sociales de la corte.

Poco a poco, bajo el tutelaje sin duda poco habitual de Ferbin, Oramen había aprendido a buscar una especie de serenidad en su interior y luego a amplificar el sentimiento que quedara para utilizarlo como indicador. De modo que, si después de una pequeña inmersión en un grupo social, todavía se sentía tenso cuando no tenía ninguna razón especial para estarlo, era que el sentimiento compartido por el grupo debía de ser algo parecido. Si él se sentía cómodo, eso significaba que el ambiente general también era plácido.

Lo que había allí, pensó (mientras observaba a todos los que se habían reunido en la gran salita) era una tristeza sincera además de un trasfondo de aprensión sobre lo que ocurriría una vez desaparecido el gran rey (la estatura de su padre había aumentado incluso más con la muerte, como si ya se estuviera convirtiendo en una leyenda) pero también había una especie de agitación. Todo el mundo sabía que los preparativos para el ataque contra los ya casi indefensos deldeynos se estaban acelerando y que la guerra (quizá, tal y como había creído el difunto rey, la última guerra) se estaba acercando por tanto a su conclusión.

Los sarlos lograrían un objetivo que llevaban persiguiendo casi toda la vida del fallecido rey, derrotarían a los deldeynos, confundirían a los detestables y odiados altridia y protegerían al Dios del Mundo (¿quién sabía? quizá incluso lo salvarsen). Y los oct, los aliados de siempre de los sarlos, estarían agradecidos; se podría incluso decir que estarían en deuda. La nueva era de paz, satisfacción y progreso de la que el rey Hausk tanto había hablado al fin llegaría. Los sarlos habrían demostrado su valía como pueblo y ocuparían, a medida que crecía su poder e influencia dentro del mundo mayor y con el tiempo en los cielos habitados por alienígenas que había más

allá, el lugar que les correspondía como uno de los principales jugadores, una de las especies y civilizaciones involucradas, un pueblo digno (quizá, algún día, sin duda todavía en un futuro muy lejano) de tratar incluso a los óptimos de la galaxia (los morthanveld, las culturas y quién sabía qué otros alienígenas) como iguales.

Oramen sabía que ese siempre había sido el objetivo último de su padre, aunque Hausk había sabido que nunca vería ese día (ni tampoco Oramen ni ninguno de los hijos que pudiera tener), pero era suficiente saber que habías contribuido con tu pequeña parte a conseguir ese gran aunque lejano objetivo, que tus esfuerzos habían formado una parte sólida de los cimientos de esa gran torre de ambiciones y logros.

«El escenario es pequeño, pero el público muy numeroso», había sido uno de los lemas favoritos del rey Hausk. Hasta cierto punto quería decir que el Dios del Mundo observaba y con un poco de suerte incluso apreciaba un poco lo que estaban haciendo en su nombre, pero también estaba la implicación de que, aunque los sarlos eran un pueblo primitivo y la suya una civilización casi cómicamente subdesarrollada para los estándares de, digamos, los oct (por no hablar ya de los nariscenos y mucho menos los morthanveld y los demás óptimos), no obstante, la grandeza se encontraba en hacer todo lo que se pudiese con lo que te daban y esa grandeza, esa determinación clara, esa resolución inquebrantable y esa firmeza de acción sería observada y anotada por aquellos pueblos mucho más poderosos que los juzgarían no en una escala absoluta (en la que apenas si aparecerían) sino en otra relativa a los recursos comparativamente primitivos de los que disponían los sarlos.

En cierto sentido, le había dicho su padre una vez (sus ratos contemplativos eran escasos y por tanto memorables), los sarlos y los pueblos como ellos tenían más poder que los pueblos óptimos, supremos e inalcanzables, con sus millones de mundos artificiales girando por el cielo, sus máquinas inteligentes que avergonzaban a los simples mortales y sus miles de millones de naves estelares que surcaban los espacios entre las estrellas del mismo modo que un buque de guerra de hierro cruzaba las olas. A Oramen aquella afirmación le había parecido extraordinaria, por decirlo de forma suave.

Su padre le había explicado que esa misma sofisticación de la que disfrutaban los óptimos y demás actuaba como ataduras sobre ellos. A pesar del legendario tamaño de la gran isla de estrellas que existía más allá de su mundo de Sursamen, la galaxia era un lugar atestado, colonizado y muy vivido. Los óptimos (los morthanveld, la Cultura y demás) eran pueblos civilizados, cohibidos y educados que existían casi pegados a los demás habitantes de aquella inmensa lente. Sus reinos y campos de influencia (y hasta cierto punto sus historias, culturas y logros) tendían a entremezclarse y superponerse, lo que reducía su cohesión como sociedad y hacía que una guerra defensiva fuera difícil.

De forma similar, había poco o nada por lo que tuvieran que competir y por lo

que por tanto pudieran tomar las armas. En lugar de eso estaban obligados por numerosos tratados, pactos, acuerdos, convenciones e incluso entendimientos nunca articulados del todo, todos diseñados para mantener la paz, para evitar fricciones entre aquellos cuyas formas eran totalmente alienígenas entre sí, pero totalmente similares al haber alcanzado la cima del desarrollo civilizado, donde el siguiente paso del progreso solo podía alejarte de la vida real de la galaxia en sí.

El resultado era que sus individuos tenían lo que parecía una libertad absoluta dentro de sus sociedades pero las sociedades mismas tenían muy poca libertad de movimientos, y desde luego no la que parecía implicar su colosal potencial militar. Era así de sencillo, ya no les quedaba mucho por hacer a gran escala. No había grandes guerras (o al menos muy pocas) en ese nivel, ni inmensas riñas por la posición y el poder salvo por las maniobras más lentas y sutiles posibles. El último gran conflicto, o al menos bastante sustancial, había sido un milenio de años cortos del Octavo atrás, cuando la Cultura se había enfrentado a los idiranos y eso había sido, por extraño que pareciera, por una cuestión de principios, al menos por parte de la Cultura. (Oramen sospechaba que si no hubiera sido el propio Xide Hyrlis el que lo había confirmado, su padre jamás habría creído algo que le parecía tan decadente y ridículo).

Los óptimos no tenían reyes capaces de mover a todo un pueblo con un único propósito, no tenían en realidad ningún enemigo al que sintieran que no tenían más remedio que enfrentarse y no tenían nada que valoraran que no pudieran producir de algún modo, se podría decir que a voluntad, sin grandes costes y en las cantidades que quisieran, así que tampoco había recursos por los que luchar.

Pero ellos, los sarlos, el pueblo del Octavo, esa pequeña raza de hombres, ellos y sus semejantes eran libres de dar rienda suelta a su naturaleza y dejarse llevar por sus disputas sin limitaciones. ¡Podían hacer, de hecho, y dentro de los límites de su tecnología, lo que quisiesen! ¿No era una sensación estupenda? Algunos de los tratados que se permitían firmar los óptimos entre ellos estaban formulados de tal modo que se podía consentir que pueblos como los sarlos se comportaran así, sin traba alguna, en nombre de la no interferencia y de la resistencia al imperialismo cultural. ¿No era increíble? ¡Tenían permiso para abrirse camino hacia el poder y la influencia peleando, mintiendo y engañando y además ese permiso estaba garantizado por un estatuto promulgado por el espacio alienígena!

Al rey aquello le había parecido divertidísimo. El escenario es pequeño pero el público numeroso, había repetido. Pero no olvides nunca, le había dicho a Oramen, que quizá estés en un teatro más grande de lo que piensas. Las habilidades de los óptimos abarcaban sin dificultad la observación de todo lo que estaba ocurriendo entre pueblos tan indefensos ante tales tecnologías como los sarlos. Era una de las formas que tenían los óptimos para refrescar sus hastiados paladares y recordar cómo

era una vida más bárbara. Ellos observaban, casi como auténticos dioses, y si bien había varios acuerdos y tratados que se suponía que debían controlar y restringir semejante espionaje, no siempre se respetaban.

Decadente quizá fuera pero era el precio que un pueblo como el de los sarlos tenía que pagar, quizá, a cambio de la autorización para comportarse de modos que los óptimos en otro caso podrían encontrara demasiado desagradables y decidieran no permitir. Pero todo eso daba igual, ¡quizá algún día los descendientes de los propios sarlos se pasaran el tiempo volando entre las estrellas y vigilando las primitivas disputas de sus propios protegidos! Por fortuna para entonces, le había informado su padre al joven Oramen, ellos dos ya llevarían mucho tiempo muertos.

¿Quién sabía hasta qué punto se observaba a los sarlos? Oramen miró a su alrededor, aquella gran sala, y se preguntó eso mismo. Quizá había ojos alienígenas contemplando aquella multitud de personas, todas vestidas con ropa de color rojo profundo. Quizá lo estuvieran vigilando a él en ese mismo instante.

–Oramen, mi joven y dulce príncipe –dijo lady Renneque, que había aparecido de repente junto a él–. ¡No debéis quedaros ahí plantado! ¡La gente creerá que sois una estatua! Ven, acompañadme a ver a la afligida viuda, le daremos juntos las condolencias que proceden. ¿Qué me decís?

Oramen sonrió y tomó la mano que le ofrecía la dama. Renneque estaba radiante con su traje de color carmesí. Su gorra del color escarlata de luto no contenía del todo su cabello, oscuro como la noche, y se habían escapado algunos rizos y tirabuzones que enmarcaban un rostro perfecto e inmaculado.

–Tenéis razón –dijo Oramen–. Debería ir a ver a esa dama y decir lo que es menester.

Atravesaron juntos la multitud, cuyo tamaño se había incrementado mucho desde la última vez que Oramen le había prestado atención. Eran muchos los dolientes que habían llegado en sus carruajes. En aquel salón había ya cientos de personas, todas ataviadas con un centenar de tonos de rojo. Solo el emisario de los mercenarios urletinos y el comandante caballero de los guerreros divinos ichteuen parecían haber sido excusados, e incluso ellos habían hecho un esfuerzo. El emisario se había quitado casi todas las partes secas enemigas que llevaba en la ropa y lucía una gorra marrón que sin duda a él le parecía roja mientras que el comandante caballero había ocultado sus cicatrices faciales más escandalosas con un velo de color carmesí. Y no solo estaba representada la humanidad, Oramen podía oler la presencia del embajador oct, Kiu.

Y entre todos ellos los animales de la corte: los ynt, como olas peludas que llegaban a los tobillos de los presentes y se escabullían sinuosos por el suelo, sin dejar de olisquear un instante y arrastrando tan contentos unos lazos de color bermellón; los ryres, que andaban muy dignos de puntillas, por lo general junto a las

paredes, muy delgados, te llegaban a las rodillas y siempre se dejaban hechizar por su propio reflejo, eran criaturas cautas y apenas toleraban los collarines de color carmesí que llevaban; los choup, que saltaban y resbalaban por los resplandecientes azulejos de madera y chocaban contra los muslos y las cinturas de todos, que se alarmaban ante cualquier objeto o persona alienígena y que lucían con orgullo sillitas de montar para niños, con los flancos cubiertos de rojo para marcar el luto, como las monturas grandes de todo el reino en ese día, que iban todas enjaezadas con tonos escarlatas.

Mientras se abría camino entre la multitud siguiendo la estela roja y crujiente de Renneque, Oramen esbozaba sonrisas débiles dedicadas a muchos rostros un tanto nerviosos que intentaban dar con la combinación adecuada de dolor, pesar y cordialidad alentadora. Renneque mantenía el rostro bajo, con modestia, pero parecía percibir cada mirada que lanzaban en su dirección y sentirse reanimada por toda aquella atención.

–Habéis crecido, Oramen –le dijo tras retrasarse un poco y colocarse a su lado–. Parece que era ayer cuando podía miraros desde arriba, pero ya no. Ya sois más alto que yo, casi un hombre.

–Confío en haber sido yo el que ha crecido y no vos la que habéis encogido.

–¿Qué? ¡Oh! –dijo Renneque y le apretó una mano con aparente timidez. Después alzó la cabeza–. ¡Cuánta gente, Oramen! Y ahora todos querrían ser amigos vuestros.

–No me parecía que careciera de amigos antes, pero supongo que debo aceptar que me equivocaba.

–¿Iréis ahora con el ejército, Oramen, bajaréis al Noveno para enfrentaros a esos horrendos deldeynos?

–No lo sé. Lo cierto es que no soy yo el que debe decidir eso.

Renneque bajó la cabeza y miró su magnífica túnica roja, que se apartaba de ella con cada paso.

–Quizá deberíais serlo.

–Quizá.

–¡Espero que la victoria sea rápida! Quiero ver las grandes cataratas Hyeng-zhar y la Ciudad Sin Nombre.

–He oído que son espectaculares.

–Mi amiga Xidia, es mayor que yo, por supuesto, pero bueno, las vio una vez, en una época de paz. Su padre era embajador con los deldeynos y la llevó. Dice que no se parecen a nada. ¡Una ciudad entera! ¡Imagínate! A mí me gustaría verlo.

–Estoy seguro de que lo veréis.

Llegaron adonde se encontraba sentada Harne, lady Aelsh, rodeada por sus damas, muchas de las cuales se agarraban a sus pañuelos y se secaban de vez en cuando los ojos. Harne no estaba llorando aunque lucía una expresión lúgubre.

El difunto padre de Oramen nunca había convertido a ninguna dama en su reina,

pensaba que era mejor dejar esa posición libre por si necesitaba usarla como método para obtener un territorio problemático o muy necesario. Se decía que el rey Hausk había estado pronto a contraer matrimonio en varias ocasiones, desde el luego el tema había surgido entre los embajadores y diplomáticos de la corte con bastante frecuencia, y si se creían todos los rumores, había estado a punto de casarse con casi todas las princesas elegibles del Octavo y al menos una del Noveno. Pero resultó que con sus hazañas bélicas había obtenido todos los territorios necesarios sin tener que recurrir a un matrimonio diplomático o estratégico, en lugar de eso había optado por llegar a una serie de alianzas tácticas dentro de la nobleza de su propio reino a través de una elección juiciosa de concubinas de honor.

La madre de Oramen, Aclyn, lady Blisk (que también había alumbrado a su hermano mayor, el difunto y todavía muy llorado Elime) había sido desterrada poco después del nacimiento de Oramen, al parecer por insistencia de Harne que, al ser mayor, se decía que se sentía amenazada. O quizá había habido una pelea entre las dos mujeres, las versiones variaban según a quién se escuchara dentro del palacio. Oramen no recordaba a su madre, solo niñeras y criados y alguna visita ocasional de un padre que de alguna forma lograba parecer más lejano que su madre ausente. La habían desterrado a un lugar Humado Kherenresuhr, una provincia de un archipiélago del océano Vilamian, al otro lado del mundo con respecto a Pours. Uno de los objetivos de Oramen, ya que al fin comenzaba a acercarse a la verdadera sede del poder, era lograr su regreso a la corte. Jamás le había expresado ese deseo a nadie, sin embargo siempre había tenido la sensación de que Harne lo sabía.

El último eslabón de aquella gran y desgraciada familia había sido Vaime, lady Anaplia. Siempre frágil, se había derrumbado cuando su embarazo ya estaba muy adelantado. Los médicos le habían dicho al rey que podían salvar a la madre o al bebé, pero no a ambos. El rey decidió salvar al bebé ya que esperaba un varón. Pero en lugar de eso le presentaron el bultito prematuro de una niña. Le horrorizó de tal modo aquel desastre que a la pequeña tardaron un mes entero en darle nombre. Con el tiempo la llamaron Djan. A lo largo de los años el rey nunca ocultó, y menos delante de la propia Djan, que si hubiera sabido su sexo antes del parto, la habría sacrificado por el bien de su madre. Su único solaz había sido que algún día podría casar a la niña a cambio de algún beneficio diplomático.

En los últimos tiempos el rey había tomado otro par de concubinas de bajo rango, aunque las alojaba en un palacio más pequeño de otra parte de la ciudad, (una vez más a insistencia de Harne, según los chismorreos de palacio) pero era Harne a la que reconocían como su viuda en todo salvo nombre. Las dos concubinas más jóvenes ni siquiera habían estado presentes en el servicio funerario ni en el internamiento y tampoco las habían invitado a aquel duelo.

–Señora, mi buena dama –dijo Oramen con una profunda reverencia ante Harne–.

Es solo en vos donde siento que mi sensación de pérdida tiene algún igual, y en vos se supera. Os ruego que aceptéis mi más sentido pésame. Si podemos disfrutar de un solo rayo de luz en estos oscuros momentos, que sea que vos y yo nos sintamos más unidos de lo que lo hemos estado. Que la muerte de mi padre y la de vuestro hijo alumbre una relación más afectuosa entre nosotros que la que ha existido en el pasado. El rey siempre buscó la armonía, aunque fuera a través de un conflicto inicial y Ferbin era el alma de la sociabilidad. Podríamos honrar las memorias de ambos buscando la avenencia entre los dos.

Ya hacía días que tenía preparado ese pequeño discurso, ese conjunto de palabras elaborado y cuidadoso. En realidad había querido decir «la muerte del rey» pero le había salido de otro modo, no tenía ni idea de por qué. Se sintió un poco molesto consigo mismo.

Lady Aelsh mantuvo la misma expresión severa pero hizo una pequeña inclinación con la cabeza.

–Gracias por vuestras palabras, príncipe. Estoy segura de que los dos se alegrarían si todo pudiera ser concordia en la corte. Todos podríamos poner especial cuidado en celebrar sus memorias así.

Y eso, pensó Oramen (mientras Renneque caía al lado de Harne y cogía entre las suyas las manos de la otra mujer y se las agitaba al tiempo que le contaba lo horrendo que era también su dolor), *tendrá que servir*. No era un rechazo absoluto pero tampoco era lo que él esperaba. Captó por un instante la atención de Harne mientras Renneque seguía hablando, se inclinó y se dio la vuelta.

–¿Cómo van nuestros preparativos, mariscal de campo? –le preguntó Oramen a la forma severa, flaca y adusta del recién ascendido jefe del ejército. Werreber se encontraba de pie, con una copa en la mano y contemplando la lluvia que caía sobre la ciudad. Se volvió y miró a Oramen desde su altura.

–De forma satisfactoria, señor –dijo con tono serio.

–Los rumores dicen que vamos a atacar dentro de diez días.

–Eso mismo he oído yo, señor.

Oramen sonrió.

–A mi padre le hubiera encantado estar a la cabeza de nuestras fuerzas.

–No cabe la menor duda, señor.

–¿No sufriremos por su ausencia? Quiero decir, lo bastante como para que haya alguna duda sobre el resultado.

–Ha sido una gran pérdida, señor –dijo Werreber–. Sin embargo, dejó un ejército con un adiestramiento impecable. Y está, por supuesto, la necesidad que hay entre los hombres de vengar su muerte.

–*Hmm* –dijo Oramen con el ceño fruncido–. He oído que se masacró a los

prisioneros deldeynos tras su muerte.

–Hubo muertes, señor. Era una batalla.

–Pero me refiero a después de la batalla. Cuando según todas las normas y costumbres de mi padre, a los prisioneros ha de tratárseles como queríamos que se tratase a los nuestros capturados.

–También hubo muertes después, señor. Algo que es de lamentar. No cabe duda de que el dolor cegó a los hombres.

–He oído decir que fue mi padre el que ordenó la matanza.

–Siento que hayáis oído eso, señor.

–Vos estabais con él cuando murió, querido Werreber. ¿Recordáis alguna orden semejante?

El mariscal de campo se apartó un poco, se irguió y pareció de lo más desconcertado.

–Mi príncipe –dijo mirándolo por encima de su larga nariz–, es triste pero hay momentos en los que cuanto menos se diga sobre ciertos asuntos, mejor es para todos. Una herida limpia es mejor dejarla. Solo se hallará dolor si se pincha y hurga en ella.

–Oh, Werreber, yo no pude estar presente en la muerte de mi padre. Siento la necesidad, natural en cualquier hijo, de saber cómo fue. ¿No podéis vos ayudar a llenar ese vacío en mi mente para que, una vez logrado, me resulte más fácil dejar el asunto? De otro modo me veo obligado a imaginarme la escena, las palabras, las acciones y todo ello cambia sin cesar porque no hay nada establecido. Así se convierte en una herida a la que no puedo evitar volver.

El mariscal de campo parecía más incómodo de lo que Oramen lo había visto jamás.

–Yo no estuve presente a lo largo de todo el proceso de la muerte de vuestro padre –dijo–. Yo estaba con el eminente, nos habían llamado e íbamos de camino; después esperamos durante largo tiempo en el exterior del edificio, no deseábamos llenar el poco espacio disponible mientras se estaban haciendo todos los esfuerzos posibles para salvar la vida del rey. Yo no oí que vuestro padre diera ninguna orden semejante con respecto a los prisioneros, pero eso no significa que no se diera. No se puede decir que importe ya, señor. Ya se haya hecho siguiendo las órdenes o por un exceso de dolor, los enemigos en cuestión siguen muertos.

–Eso no lo discutiría –dijo Oramen–. Era más la reputación de mi padre en lo que estaba pensando.

–Debe de haber sufrido grandes dolores y angustias, señor. A los hombres les puede afectar la fiebre en tales circunstancias. Se convierten en una persona diferente y dicen cosas que jamás dirían de otro modo. Hasta los más valientes. No suele ser un espectáculo muy edificante. Os lo repito, señor; es mejor dejar las cosas como están.

–¿Estáis diciendo que al llegar el final no murió como había vivido? A él le parecería una acusación muy grave.

–No, señor, no digo eso. En cualquier caso, yo no vi el final. –Werreber hizo una pausa, como si no supiera muy bien cómo expresarse—. Vuestro padre fue el hombre más valiente que he conocido. No me imagino que se enfrentara a la muerte con otra cosa que no fuera la serenidad fiera con la que le plantó cara a la misma amenaza tantas veces a lo largo de su vida. Además, nunca fue un hombre que insistiera de forma excesiva en el pasado. Incluso tras haber cometido un error, asumía lo que pudiera aprenderse de él y después daba el asunto por concluido. Debemos hacer lo que habría hecho él y volver nuestras miradas hacia el futuro. Y ahora señor, ¿si me disculpáis? Creo que me necesitan en el cuartel general. Todavía hay mucho que planear.

–Por supuesto, Werreber –dijo Oramen mientras tomaba un sorbo de su copa—. No era mi intención reteneros o hurgar en exceso en una herida.

–Señor. –El mariscal de campo se inclinó y se fue.

Oramen se consideró privilegiado de haber podido sacarle tanto a Werreber, al que se conocía como un hombre de pocas palabras. Una descripción incompatible con el eminente Chasque, la siguiente figura a la que se acercó en busca de detalles sobre la muerte de su padre. El eminente era de cuerpo y rostro robusto y sus túnicas de color rojo oscuro lo hacían abultar todavía más. Fanfarroneó sobre el papel que había desempeñado ante el lecho de muerte afirmando que sus ojos habían estado demasiado llenos de lágrimas y que en sus oídos rebosaban los lamentos de todos los presentes como para recordar mucho con claridad.

–Y bien, ¿progresan vuestros estudios, príncipe? –preguntó el eminente, como si retomara un tema mucho más importante—. ¿Eh? ¿Continuáis bebiendo del pozo del conocimiento? ¿*Hmm?*

Oramen sonrió. Estaba acostumbrado a que los adultos le preguntaran por sus asignaturas favoritas cuando no se les ocurría nada más o cuando querían librarse de un asunto incómodo, así que respondió de modo somero y huyó en cuanto pudo.

–Dicen que los muertos nos miran desde los espejos, ¿no es cierto, Gillews?

El médico real se volvió con una expresión sobresaltada en el rostro, después se tambaleó y estuvo a punto de caerse.

–Su... es decir, príncipe Oramen.

El médico era un hombre pequeño, tenso y de aspecto nervioso en el mejor de los casos. En esos momentos parecía rezumar energía. Además, a juzgar por sus continuos tambaleos y la mirada vidriada que echaba a su alrededor, también parecía

bastante borracho. Había estado mirando su reflejo en uno de los espejos que cubrían la mitad de las paredes de la salita. Oramen llevaba un rato buscándolo mientras se movía entre la muchedumbre, aceptaba pésames, repartía cumplidos solemnes e intentaba parecer (y sentirse) afligido, valiente, sereno y digno todo a la vez.

–¿Habéis visto a mi padre, Gillews? –preguntó Oramen señalando con un gesto el espejo—. ¿Estaba ahí, mirándonos desde su altura?

–¿Qué decís? –preguntó el médico. Le olía el aliento a vino y a algún comestible ácido. Después pareció comprender por fin lo que estaba pasando y se dio la vuelta con un ligero tambaleo para mirar el alto espejo—. ¿Qué? ¿Los muertos? No, no veo a nadie, no vi a nadie. Desde luego que no, príncipe, no.

–La muerte de mi padre ha debido de afectaros mucho, mi buen doctor.

–¿Cómo podría ser de otro modo? –preguntó el hombrecito. Lucía un gorro de médico pero se le había deslizado hacia un lado y también hacia delante de modo que se le estaba empezando a caer sobre el ojo derecho. Le sobresalían unos cabellos ralos y blancos. Miró la copa casi vacía que sostenía y dijo otra vez–: ¿Cómo podría ser de otro modo?

–Me alegro de haberos encontrado, Gillews –le dijo Oramen—. He querido hablar con vos desde que mataron a mi padre.

El médico cerró un ojo y lo miró con un guiño.

–¿Eh?

Oramen había crecido con adultos que se emborrachaban a su alrededor. Él no disfrutaba demasiado con la bebida (la sensación de mareo, como si estuvieras a punto de vomitar, parecía un estado extraño que perseguir con semejante determinación) pero le gustaba estar con gente borracha. Ya hacía tiempo que había comprendido que los borrachos traicionaban con frecuencia su verdadera naturaleza, la que en otro estado intentaban ocultar, o a veces se les escapaba alguna información o chismorreo de la que jamás se habrían separado con tanta despreocupación si hubieran estado sobrios. Oramen sospechaba que había encontrado al doctor Gillews demasiado tarde, pero lo intentaría de todos modos.

–Estabais con mi padre cuando murió, como es obvio.

–Fue una muerte de lo más obvia, señor, cierto –dijo el médico y, por extraño que pareciera, intentó esbozar una sonrisa. Una sonrisa que se disolvió de inmediato convertida en una expresión de cierta desesperación, después bajó la cabeza de modo que su expresión resultó ilegible y empezó a murmurar algo así como–: Bueno, obvia no, ¿por qué obvia? Gillews, serás idiota...

–Doctor. Me gustaría saber cómo estaba mi padre en esos últimos minutos. Es un asunto de cierta importancia para mí. Tengo la sensación de que, en mi mente, no puedo dejarlo descansar en paz hasta que lo sepa. Por favor, ¿recordáis algo?

–¿Descansar? –dijo Gillews—. ¿Qué descanso? ¿Qué descanso hay? El descanso

es... el descanso es beneficioso. Renueva el cuerpo, redefine los nervios, reabastece los músculos y permite que las tensiones mecánicas experimentadas por los órganos corporales mayores se aplaquen. Sí, eso es el descanso, y bien podríamos rogar su llegada. La muerte no es descansar, no. La muerte es el fin del descanso. ¡La muerte es decadencia y putrefacción, no reconstrucción! ¡No me habléis de descanso! ¿Qué descanso hay? ¡Decidme! ¿Qué descanso? ¿Dónde, cuando nuestro rey yace sin alivio en su tumba? ¿Para quién? ¿Eh? ¡Ya me parecía que no!

Oramen había dado un paso atrás cuando el médico había empezado a despotricar. Solo podía maravillarse de la profundidad de la emoción que debía de sentir el pobre hombre. Cómo debía haber amado a su rey y qué devastador debía de haber sido para él perderlo, ser incapaz de salvarlo. Los dos ayudantes principales de Gillews se acercaron por ambos lados para coger los brazos de Gillews y sujetarlo. Uno le quitó la copa y se la metió en el bolsillo. El otro miró a Oramen, esbozó una sonrisa nerviosa y se encogió de hombros. Después murmuró algo parecido a una disculpa que terminaba en «señor».

–¿Qué? –dijo Gillews ladeando la cabeza de un lado a otro como si tuviera el cuello medio roto y con los ojos casi en blanco al intentar concentrarse en los dos jóvenes–. ¿Ya vienen a portar mi féretro? ¿Van a juzgarme mis iguales? ¿Una lectura del acta de acusación ante las sombras de físicos pasados? Arrojadme al espejo. Dejadme reflejar... –Echó la cabeza hacia atrás y empezó a gemir–: ¡Oh, mi rey, mi rey! –Después se derrumbó sujeto por los dos hombres y sollozó.

Los ayudantes se llevaron a Gillews entre tropezones.

–Mi querido Oramen –dijo Tyl Loesp al aparecer junto a Oramen. Miró las figuras de Gillews y de sus dos ayudantes–. Es posible que el médico haya disfrutado demasiado de su bebida.

–No disfruta de nada más –dijo Oramen–. Es como si su dolor fuera incluso más abrumador que el mío.

–Hay dolor apropiado y dolor inapropiado, ¿no os parece? –dijo Tyl Loesp, se acercó algo más a Oramen y se cernió sobre él con el cabello blanco resplandeciendo a la luz de las velas. Sus pantalones de color rojo oscuro y la larga chaqueta conseguían que tuviera un aspecto no menos inmenso que el que había tenido con la armadura completa la noche que había regresado del campo de batalla con el cadáver del rey. Oramen estaba empezando a cansarse de ser educado.

–¿Murió mi padre bien, al final, Tyl Loesp? –preguntó–. Decídmelo, por favor.

Tyl Loesp se había inclinado un poco sobre Oramen, pero en ese momento se irguió de nuevo.

–Como un rey, señor. Jamás he estado más orgulloso de él, ni lo tuve en mayor estima, que en ese momento.

Oramen puso la mano en el brazo del alto guerrero.

–Gracias, Loesp.

–Es un placer para mí y mi obligación, mi joven príncipe. No soy más que el poste que sujeta a un árbol joven.

–Me habéis apoyado bien en esto y estoy en deuda con vos.

–En absoluto, señor. En absoluto. –Tyl Loesp le sonrió a Oramen durante un momento o dos, después su mirada se fijó en algo que había detrás del príncipe y dijo–: Disculpad, señor. Mirad, una cara más agradable.

–Mi príncipe –dijo una voz detrás de Oramen.

Este se volvió y se encontró a su viejo amigo Tove Lomma allí de pie, sonriendo.

–¡Tove! –dijo Oramen.

–Caballerizo Tove, si me aceptáis, príncipe regente.

–¿Caballerizo? –preguntó Oramen–. ¿Conmigo? ¿Para mí?

–¡Eso espero! Nadie más me aceptaría.

–De hecho, es un joven de lo más capacitado –dijo Tyl Loesp al tiempo que daba unas palmadas en los hombros de ambos jóvenes–. Recordad solo que su función es evitar que os metáis en líos, no prepararos el camino. –Tyl Loesp le sonrió a Oramen–. Os dejaré para que planeéis todo ese buen comportamiento. –Hizo una pequeña reverencia y se fue.

Tove lo miró triste.

–No es día para meterse en líos, mi príncipe. Hoy no. Pero esperemos que haya muchos en el futuro.

–No compartiremos ninguno si no me llamas por mi nombre, Tove.

–Tyl Loesp me ha dado instrucciones muy estrictas, sois el príncipe regente y no debo usar nada más familiar –dijo Tove y fingió fruncir el ceño.

–Considera esa orden rescindida, por mí.

–Tomo la debida nota, Oramen. Vamos a tomar una copa.

8. La torre

–Te estoy diciendo que fue el destino, si no fue la mano del propio Dios del Mundo... o él apéndice manipulador que posea el Dios del Mundo. En cualquier caso, la mano, metafóricamente hablando, del Dios del Mundo. Es muy posible.

–Creo que subestimáis el funcionamiento de la pura casualidad, señor.

–¿La pura casualidad fue lo que me llevó a ese horrendo lugar?

–De forma indiscutible, señor. Vuestra asustada montura corrió campo a través hasta que encontró un camino. Como es natural, optó por tomar entonces la carretera nivelada en lugar de continuar por el campo basto y por supuesto tomó la ruta más fácil, cuesta abajo. Entonces apareció esa vieja fábrica, en el primer sitio donde se ensancha y se allana el camino. El lugar más natural para que se detuviera.

Ferbin contempló la forma echada de su criado, tirado en el suelo a un par de pasos sobre la tierra cubierta de hojas y con una gran hoja azul colocada sobre la cabeza. Choubris Holse le devolvió la mirada con calma.

Habían salido volando directamente de la euridicía hasta que los ocultó una serie de colinas bajas, después se posaron en un brezal inclinado por encima del límite de las tierras cultivadas.

–Creo que he oído hablar de la torre D'neng-oal –dijo Ferbin mientras inspeccionaban a los dos caudes, que no dejaban de gruñir y resoplar–, pero que me aspen si sé por dónde se va.

–Pues yo tampoco, señor –dijo Holse. Después abrió una de las alforjas de su bestia–. Aunque con un poco de suerte habrá un mapa aquí dentro. Dejadme revolver un momento. –Metió la mano hasta el codo en la bolsa.

Las alforjas les reportaron mapas, un poco de comida, algo de agua, un telescopio, un heliógrafo, dos pesados cronómetros de bolsillo, un barómetro/altímetro, algo de munición para pistolas y rifles pero sin armas, cuatro bombas pequeñas, como granadas de mano lisas y con espoletas cruciformes, cazadoras forradas, guanteletes, una manta pequeña en cada bestia y la habitual parafernalia de arreos que se asocia con los caudes, incluyendo una buena provisión de las nueces krisk que los animales encontraban tan estimulantes. Holse metió una en la boca de cada animal, y estos maullaron y gimieron agradecidos.

–¿Alguna vez habéis probado una de estas, señor? –preguntó Holse levantando la bolsa de krisk.

–No –mintió Ferbin–. Por supuesto que no.

–Asquerosas, diablos. Amargas como el pis de una bruja. –Guardó la bolsa, cerró

las alforjas y ajustó su silla de montar—. Y esos malnacidos de caballeros que llegaron a la euridicía debían de ser una especie de ascetas, no hay ni rastro de esos pequeños placeres que hacen la vida más soportable al hombre normal, señor. Como vino, unge o crile. Puñeteros aviadores. —Holse sacudió la cabeza ante semejante falta de consideración.

—Ni gafas ni máscaras tampoco —señaló Ferbin.

—Debían de llevarlas encima.

Holse estaba comparando uno de los cartuchos de bala que habían descubierto en las alforjas con uno de su propia pistola.

—Vamos a echar una rápida ojeada y después nos vamos, ¿eh, señor? —dijo, después sacudió la cabeza y tiró toda la munición en el brezal.

Consultaron los mapas, uno de los cuales tenía la escala suficiente como para mostrar la tierra que rodeaba Pourl, un plano de casi diez días de vuelo que describía los cientos y cientos de grandes torres además de los límites de las sombras y los períodos de las varias estrellas rodantes.

—Ahí está —dijo Ferbin dando unos golpecitos en el mapa.

—¿Qué diríais vos, señor? ¿Un vuelo de cuatro días cortos?

—Más bien tres —dijo Ferbin, que se alegraba de haber encontrado un tema práctico del que él sabía mucho más que su criado—. Cinco torres en línea recta y luego se baja una, cuatro veces seguidas y después tres y una. Y dejando Pourl atrás, mucho mejor. —Le echó un vistazo a Obor. Su forma teñida de rojo seguía su curso lento y fijo y apenas había superado el horizonte—. Hoy es un día largo. Tendremos que dejar que las bestias duerman de día, pero deberíamos llegar a la torre antes del anochecer.

—A mí tampoco me vendría mal una siestecita —bostezó Holse. Miró con desprecio a su montura, que había metido el largo cuello bajo el inmenso cuerpo y se estaba lamiendo los genitales—. Os confieso, señor, que esperaba no tener que volver a ver jamás a uno de estos bichos tan de cerca. —El caude de Holse sacó la cabeza de entre las patas aunque solo el tiempo suficiente para echar un pedo largo y ruidoso, como si quisiera confirmar la pobre opinión que le merecía a su nuevo jinete.

—¿No te entusiasman las bestias aéreas, Holse?

—Desde luego que no, señor. Si los dioses hubieran querido que volásemos, nos habrían dado a nosotros las alas y a los caudes la viruela.

—Si no hubieran querido que volásemos, la gravedad sería más fuerte —respondió Ferbin.

—No sabía que se pudiera ajustar, señor.

Ferbin esbozó una sonrisa tolerante. Se dio cuenta de que su criado quizá no estuviera versado en la clase de conocimientos alienígenas que insistían que lo que él y Holse habían conocido toda su vida como gravedad normal era más o menos la

mitad de la gravedad estándar, fuera eso lo que fuera en realidad.

–En fin –dijo Holse–. Vamos a ponernos en marcha, ¿eh? –Y los dos fueron a montar.

–Será mejor que nos pongamos estas cazadoras –dijo Ferbin–. Va a hacer frío ahí arriba. –Señaló el cielo con un gesto–. Las nubes se están despejando, así que podremos subir bastante.

Holse suspiró.

–Si no queda más remedio, señor.

–Yo me encargo del reloj, ¿de acuerdo? –Ferbin levantó el cronómetro.

–¿Es necesario, señor?

–Creo que es aconsejable –dijo Ferbin, que se había perdido demasiadas veces mientras volaba al pensar por error que era imposible contar mal cosas tan grandes como las torres (o quedarse dormido en la silla, para el caso).

Habían volado sin incidentes a la altitud más adecuada para la resistencia de crucero de los caudales. Habían visto otros aviadores a lo lejos, pero no se les había acercado nadie. El paisaje se movía con lentitud bajo ellos, pasando de campos diminutos a extensiones de terrenos yermos y páramos que eran colinas bajas y vuelta de nuevo a los campos, pueblos pequeños y grandes zonas relucientes de color verde brillante que marcaban las plantaciones de rosoaril, cuyos frutos se destinaban a alimentar las refinerías que producían el combustible que sustentaba los motores de vapor de la era moderna.

Poco a poco aparecieron sobre el horizonte un puñado de largos dedos de agua resplandeciente, los lagos Quoluk. Ferbin reconoció la isla que albergaba la finca familiar de Moiliou, perteneciente a los Hausk. El río Quoline reunía el agua de todos los lagos y después se alejaba serpenteando hacia el lejano ecuador y se desvanecía entre la calima. Los canales parpadeaban y reflejaban la luz del sol como finas hebras de plata, lanzas rectas en las zonas llanas que describían contornos sinuosos en el terreno elevado.

Incluso con la cazadora puesta Ferbin estaba temblando. Tenía frío sobre todo en las rodillas, cubiertas solo por las calzas y las trusas. Como no llevaba gafas ni máscara, los ojos se le llenaban de lágrimas todo el rato. Se había envuelto la parte inferior de la cara con el pañuelo del cuello, pero de todos modos era muy incómodo. Vigilaba el cronómetro que había sujetado al frontal alto de la silla de montar y utilizaba un bloc impermeable y un lápiz de cera también sujetos a la silla para marcar el paso de cada gran torre a medida que se cernía y después se perdía a su derecha.

Las torres, como siempre, eran una especie de extraño consuelo. Desde aquella altura se veían más de las que se veían desde el suelo y uno se podía formar una

impresión más adecuada de su número y de los intervalos regulares que las separaban. Solo desde aquella altitud, pensaba Ferbin, se podía apreciar de verdad que se vivía en un mundo mayor de lo que parecía, un mundo de varios niveles, de suelos y techos separados por intervalos regulares y con torres que sostenían unos sobre otros. Se alzaban como inmensos palos de pálida luminiscencia, mástiles de una nao celestial de gracia infinita y un poder absoluto e inconcebible. Muy por encima de ellos, apenas visible, el encaje de la filigrana mostraba el lugar en el que las cimas biseladas de las torres (todavía a mil cuatrocientos kilómetros por encima de su cabeza y de la Holve, a pesar de la gélida altitud a la que estaban) se acanalaban como una red imposiblemente fina de ramas de una sucesión de árboles inmensos.

Un millón de torres sostenían el mundo. El derrumbamiento de una única torre podría destruirlo todo, no solo en ese nivel, su querido Octavo, sino también en todos los demás. El propio Dios del Mundo quizá no estuviera tampoco libre de riesgos. Claro que se decía que las torres eran casi invulnerables y Sursamen llevaba allí un millón de años multiplicado por mil veces. Si eso significaba sus años cortos o años largos o los llamados años estándar, él no lo sabía; con semejante cantidad tampoco importaba tanto.

Ferbin se secó los ojos y miró con cuidado a su alrededor, se tomó el tiempo necesario para dejar reposar la mirada en una serie de puntos distantes para percibir mejor cualquier movimiento. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar a Pourl la noticia de lo que había pasado en la euridicía. En mersicor les llevaría unos cinco días pero (si usaban el heliógrafo) quizá atraerían a otra patrulla y, en realidad, los caballeros que habían perdido sus monturas solo tenían que llegar a la estación de telégrafo más cercana. Además, echarían de menos a la patrulla cuando no regresara, se enviarían partidas de búsqueda y sin duda recibirían las señales de la euridicía. No cabía duda de que interrogarían a Seltis. ¿Se rebajarían a torturarlo? ¿Y si les hablaba de los documentos y la torre D'neng-oal?

Bueno, Holve y él tampoco tenían muchas alternativas. Adelantarían todo lo que pudieran. El resto quedaba en manos de la suerte y del Dios del Mundo.

Las bestias comenzaron a mostrar señales de fatiga. Ferbin comprobó el cronómetro. Llevaban en el aire casi diez horas y debían de haber volado más de seiscientos mil pasos, seiscientos kilómetros. Habían pasado doce torres por la derecha y habían girado a la izquierda cada Cinco torres. Obor, una estrella rodante lenta y naranja, se acercaba a su cénit. Estaban a medio camino, más o menos.

Descendieron, encontraron una isla al borde de una inmensa cuenca marina con una magnífica cosecha de fruta calva y aterrizaron en un pequeño claro. Los caude se pusieron a engullir fruta hasta que estuvieron a punto de reventar. Empezaron a tirarse pedos otra vez y no tardaron en quedarse dormidos bajo la sombra más cercana sin dejar de expeler gases. Ferbin y Holve ataron a las bestias, comieron algo

ellos también, encontraron otro rincón de sombras profundas y cortaron una hoja gigante cada uno para protegerse mejor de la luz mientras dormían. Fue aquel el momento que eligió Ferbin para compartir sus pensamientos con su criado sobre el curso de los últimos acontecimientos y por qué ideas como la predestinación, el destino y los hados habían estado muy presentes en su mente durante aquellas largas, frías y dolorosas horas pasadas a lomos del caude.

–Ah, ya veo –dijo Ferbin–. ¿Estás familiarizado con la ubicación de esa antigua fábrica?

–Lo único que digo, señor, es que se podría decir que era el único edificio intacto que había en medio día de viaje a la redonda. Incluso el viejo pabellón de caza que era, por así decirlo, la causa de que casi todos los edificios de la zona que tuvieran un tejado tan útil como ese templo en el que os encontré...

–Templete.

–... ese templete en el que os encontré, estaban hechos una auténtica mierda. Los había machacado la artillería. En fin, señor, que el que vuestra montura os llevara allí no creo que fuera ninguna sorpresa.

–Muy bien –dijo Ferbin, dispuesto a demostrar lo razonable que era haciendo una concesión–. Que yo llegara allí quizá no se debiera a la mano del destino. Que los traidores llevaran allí a mi padre, eso sí. La providencia estaba echando una mano. Quizá hasta fuera el Dios del Mundo. Se diría que el destino de mi padre estaba sellado y no había forma de salvarlo, pero al menos a su hijo se le permitiría ser testigo del despreciable crimen y poner la venganza en marcha.

–Estoy seguro que así lo parecía y os lo parece a vos. Sin embargo, sin edificio alguno por allí, en pleno calor de la batalla y cuando comenzaba a caer una lluvia de polvo, llevar a un hombre herido a un lugar con techo era lo que tenía más sentido. Si la lluvia de polvo se mete en una herida, convierte el riesgo de podredumbre e infección en una absoluta certeza.

Ferbin tuvo que pensarlo un poco. Recordó que cuando había salido arrastrándose del edificio en llamas a las hojas y ramas húmedas y viscosas del exterior, era cierto que lo que caía era una lluvia de polvo. Por eso se había sentido tan pegajoso, sucio y mugriento.

–¡Pero si lo querían muerto! –protestó.

–¿Y dónde preferiríais vos hacer eso, señor? ¿Delante de quién sabe quién, a cielo abierto, o bajo un techo, entre cuatro paredes?

Ferbin frunció el ceño, se caló la gran hoja azul sobre la cara y le respondió a su criado con tono gruñón.

–Con todo, y a pesar de todo tu cinismo, Holse, fue el destino.

–Como digáis, señor –dijo Holse con un suspiro y él también se caló la hoja sobre

la cara—. Que durmáis bien, señor.

Le respondió un simple ronquido.

Cuando despertaron lo hicieron bajo unas condiciones más frías, oscuras y ventosas. El día largo iluminado por Obor todavía estaba en sus primeras horas de la tarde, pero el tiempo había cambiado. Unas pequeñas nubes grises cruzaban de un lado a otro el cielo encapotado y el aire olía a humedad. A los caudes les costó despertar y se pasaron buena parte de la siguiente media hora defecando con gran ruido y en grandes cantidades. Ferbin y Holse se tomaron su pequeño desayuno a cierta distancia, por donde soplaba el viento.

—Tenemos el viento en contra —dijo Ferbin mientras miraba desde el borde de la plantación las olas rápidas y cortantes de la cuenca marina. Un horizonte oscuro se alzaba ominoso en la dirección que iban a tomar.

—Menos mal que ayer adelantamos mucho camino —dijo Holse mientras masticaba un poco de carne curada.

Ataron sus escasas pertenencias, comprobaron el mapa, se llevaron unas cuantas frutas calvas con ellos (para los caudes, los humanos no podían digerir aquella fruta) y despegaron bajo una brisa refrescante. El viento hacía aumentar la sensación de frío aunque estaban volando mucho más bajo que antes debido a los grandes bancos y jirones de nubes oscuras y grises que estriaban el cielo. Rodearon las nubes más grandes y atravesaron solo las más pequeñas. De todos modos, los caudes eran reacios a atravesar las nubes densas aunque lo hacían si se les obligaba. Una vez dentro de las nubes, a los animales se les daba tan mal como a los humanos calcular si iban erguidos y volaban en línea recta o si estaban describiendo un círculo ladeado y estaban a punto de estrellarse contra alguna torre cercana. Los caudes eran los rowel del aire, bestias de carga fiables más que criaturas de carreras de pura raza como los lyges, así que solo volaban a unos cincuenta o sesenta kilómetros por hora. Con todo, estrellarse contra una torre a esa velocidad por lo general era suficiente para matar tanto a la bestia como al jinete y, si no, la subsiguiente caída al suelo tendía a terminar el trabajo.

Ferbin seguía vigilando el cronómetro y marcando el paso de las torres que dejaban a la derecha (en ese momento volaban más cerca de las estructuras, a solo unos kilómetros de ellas, para no saltarse ninguna, algo que Ferbin sabía por experiencia que resultaba muy fácil), pero se encontró recordando un sueño que había tenido la noche anterior y con él, el único viaje que había hecho a la superficie, cuando no era más que un jovencito.

Aquel viaje también le parecía un sueño en aquel momento.

Había caminado en suelo extraño sin cubierta ni techo alguno salvo la propia atmósfera, contenido por un círculo lejano de muros y sujeto solo por la gravedad. Un

lugar sin torres, nada menos, donde la curva de la tierra bajo sus pies continuaba sin fin, sin soportes, ininterrumpida, intacta, increíble.

Había observado el giro de las estrellas y, cada uno de la media docena de días que había pasado allí, se había maravillado con aquel punto diminuto y cegador que era Meseriphine, el Sol Invisible, aquel pivote lejano, conectado pero a la vez sin conexiones alrededor del que giraba poco a poco el propio Sursamen. Había cierta inexorabilidad en aquellos días en la superficie: un solo sol, una única fuente de luz, una sola serie de días y noches, siempre lo mismo, aparentemente invariable, mientras que todo lo que él había conocido quedaba en las profundidades, bajo niveles enteros que eran mundos en sí mismos, y por encima, solo la nada. Una nada auténtica y oscura, salpicada con un sarpullido de tenues puntos de luz que le dijeron que eran otros soles.

Se suponía que su padre iba a estar allí, pero había tenido que anular la visita en el último momento. Ferbin había ido con su hermano mayor Elime, que ya había estado allí antes pero que quería volver. Era todo un privilegio que los trataran así. Su padre podía ordenarles a los oct que llevaran a alguien a otros niveles, incluyendo la superficie, al igual que algunos otros gobernantes y los eruditos mayores de las euridicias, pero cualquier otra persona viajaba al dictado de los caprichos de los oct, y estos casi nunca concedían tales deseos.

Se habían llevado a un par de amigos y unos cuantos viejos criados. El gran cráter en el que se habían quedado durante la mayor parte de la visita era verde, con inmensas praderas y altos árboles. El aire olía a unos perfumes inidentificables. Era denso, fresco y embriagador a la vez, los jóvenes se habían sentido llenos de energía, casi drogados.

Se habían instalado en un complejo subterráneo situado en la cara de un alto acantilado que se asomaba a una gigantesca red de lagos hexagonales unidos por finas franjas de tierra, un patrón que se extendía hasta el horizonte. Se habían encontrado con varios nariscenos e incluso con un morthanveld. Ferbin ya había visto a su primer oct en la ascensonave que los había subido por la torre hasta la superficie. Eso había sido antes de que se abriera la embajada oct en el palacio de Pours y Ferbin les tenía el mismo miedo supersticioso que la mayor parte de la gente. Había leyendas, rumores e historias sin confirmar que decían que los oct salían de sus torres en plena noche para llevarse a la gente de sus camas. A veces desaparecían familias enteras e incluso aldeas. Los oct se llevaban a los capturados a sus torres y experimentaban con ellos, o se los comían, o los transportaban a otros niveles para divertirse y cometer todo tipo de crueldades.

El resultado era que la gente común detestaba tanto a los propios oct como la idea de que los llevaran y trasladaran por una torre. A Ferbin ya hacía mucho tiempo que le habían dicho que todo eso eran tonterías pero, con todo, se había puesto nervioso.

Había sido un alivio descubrir que los oct eran muy pequeños y de aspecto delicado.

El oct de la ascensonave había insistido mucho en que ellos eran los herederos auténticos y los descendientes directos de los involucra, los constructores originales de los mundos concha. A Ferbin le había impresionado mucho eso y había sentido una indignación indirecta al saber que no era un hecho aceptado por todos.

Le había maravillado la despreocupada familiaridad del oct con aquella nave y la facilidad que tenía para controlar un aparato que podía elevarse por una torre y dejar atrás un nivel apenas vislumbrado tras otro, hasta el exterior. Eso era controlar el mundo, comprendió. Parecía más real, más relevante y de algún modo más importante e impresionante que controlar la infinitud del espacio incomprensible que se extendía más allá del mundo en sí. Eso, había pensado, sí que era poder.

Después había visto cómo se trataban entre sí los oct y los nariscenos y se dio cuenta de que los nariscenos eran los amos y señores; eran los seres superiores que se limitaban a consentir a aquella extraña especie que para el pueblo de Ferbin, los sarlos, tenían poderes casi mágicos. ¡Qué humildes debían de ser los sarlos, para ser simple mercancía, simples seres primitivos para los oct, que a su vez eran tratados como poco más que niños por sus mentores nariscenos!

Ver, después, cómo interactuaban los nariscenos y los morthanveld fue casi desesperante, porque los morthanveld, a su vez, parecían considerara los nariscenos algo parecido a niños y los trataban con una indulgencia divertida. Otro nivel, y otro, todos ellos por encima del suyo, sobre las cabezas de su pueblo.

Se dio cuenta de que, en algunos sentidos, ellos eran lo más bajo de lo bajo. ¿Por eso invitaban a la superficie a tan pocos miembros de su pueblo?

Quizá si todo el mundo viera lo que él, su hermano y sus amigos estaban viendo, los sarlos se hundirían en la apatía y la depresión porque sabrían lo poco que contaban en realidad sus vidas entre las siempre crecientes jerarquías de poderes alienígenas que estaban por encima de ellos. Esa era la opinión de Elime. Su hermano también creía que era una estratagema deliberada por parte de sus mentores para alentar a los que detentaban el poder, o a los que algún día asumirían el poder, para que presenciaran las maravillas que les estaban mostrando a ellos de modo que nunca sintieran la tentación de volverse unos engreídos, para que siempre supieran que poco importaba lo magníficos que creyeran parecer o parecieran ante los que los rodeaban y por mucho que hubieran logrado, todo quedaba dentro del contexto de aquella realidad más grande, más poderosa, sofisticada y, en último caso, muy superior a ellos.

–¡Intentan hacer que nos derrumbemos! –le había dicho Elime a Ferbin. Elime era un joven grande, fornido y enérgico, siempre lleno de entusiasmo y con opiniones sobre todo, incansable y dispuesto siempre a cazar, beber, pelear o follar–. Intentan poner una vocecita en nuestras cabezas que diga siempre: «Tú no importas. ¡Lo que

haces no significa nada!».

Elime, al igual que su padre, no pensaba consentirlo. Así que los alienígenas podían moverse por las torres, cruzar las estrellas y construir mundos enteros, ¿y qué? Había poderes por encima de ellos que ellos tampoco entendían del todo. ¿Quizá esa nidificación, ese principio de concha tras concha hasta más allá de lo conocido continuase hasta el infinito! ¿Acaso los alienígenas se rendían y se quedaban sin hacer nada? ¡No! Tenían sus disputas y disensiones, sus desacuerdos y alianzas, sus ganancias y sus pérdidas, aunque fueran de algún modo más tangenciales y enrarecidas que las guerras, victorias y derrotas que los sarlos disfrutaban y sufrían a la vez. Las estratagemas y juegos de poder, las satisfacciones y desilusiones que los sarlos experimentaban les importaban tanto como las de los alienígenas les importaban a sus presuntuosas, cosmopolitas y civilizadas almas.

Vivías en tu nivel y lo aceptabas; jugabas según las reglas de ese nivel y ahí se hallaba la medida de tu valor. Todo era relativo y al negarse a aceptar la lección que los alienígenas estaban intentando enseñarles de forma implícita (compórtate, acéptalo, inclínate y confórmate) un puñado de seres primitivos y peludos como los sarlos podían lograr su propia victoria contra lo más global y sofisticado que tenía que ofrecer la galaxia.

Elime se había emocionado como un loco. Aquella visita había reforzado lo que había visto la primera vez que había visitado la superficie, y había hecho cobrar sentido todo lo que su padre les llevaba diciendo desde que tenían edad para entenderlo. Ferbin se había quedado asombrado, Elime resplandecía de alegría ante la perspectiva de regresar a su nivel natal con una especie de mandato de las civilizaciones para continuar el trabajo de su padre, unificar el Octavo y... quién sabía, quizá mucho más.

En aquel momento, a Ferbin, que empezaba a interesarse por esas cosas, le preocupaba bastante más que su preciosa prima segunda Truffe, que era un poco mayor que él y de la que le parecía que estaba empezando a enamorarse, hubiera sucumbido (con una facilidad aterradora e indecente) a los francos encantos de Elime durante la visita a la superficie. Esas eran las conquistas que empezaban a interesarle a Ferbin, mira tú, y resultaba que Elime ya le había vencido.

Habían regresado al Octavo, Elime con un brillo mesiánico en los ojos y Ferbin con una sensación melancólica. Puesto que se le había negado Truffe para siempre (no le parecía que su primita se fuera a conformar con él después de lo de su hermano y además, de todos modos tampoco estaba muy seguro de quererla ya) su joven vida ya se había acabado. También tenía la sensación de que (de un modo extraño e indirecto) los alienígenas habían logrado rebajar sus expectativas del mismo modo que habían aumentado sin querer las de Elime.

Se dio cuenta de que se había adormilado con su ensueño cuando oyó a Holse gritándole. Miró a su alrededor. ¿Se había saltado una torre? Vio lo que parecía una torre nueva a cierta distancia a su derecha y algo más adelante. Parecía extrañamente brillante en su palidez, pero eso era por el gran muro de oscuridad que llenaba el cielo ante él. Ferbin estaba empapado, debían de haber atravesado una nube. Lo último que recordaba era que habían estado volando justo por debajo de la superficie de una larga masa gris de vapor con unos zarcillos de bruma que se extendían como enredaderas a su alrededor.

–¡... nube de grava! –oyó que chillaba Holse.

Levantó la cabeza, miró el acantilado de oscuridad que tenía delante y se dio cuenta de que estaba frente a una nube de silse; una masa de lluvia pegajosa que sería peligroso y quizá letal intentar atravesar. Hasta el caude que montaba parecía haberse dado cuenta de que las cosas no iban del todo bien, temblaba bajo él y lo oía gemir y quejarse. Ferbin miró a ambos lados. No había forma de rodear la gran nube oscura y era demasiado alta para que pudieran pasar por encima. Además, la nube estaba perdiendo su granulada carga de lluvia, grandes velos arrastrados de oscuridad barrían el suelo bajo ella.

Tendrían que aterrizar y esperar a que pasara. Le hizo una señal a Holse y los dos giraron en redondo y volvieron por donde habían venido, después descendieron a toda velocidad hacia el bosque más cercano, al lado de una alta colina rodeada por tres sitios por el recodo de un amplio río. Varias gotas húmedas acariciaron la cara de Ferbin y el príncipe olió algo parecido al estiércol.

Aterrizaron en la cima amplia y pantanosa de la colina, cerca de un estanque de bordes desiguales de agua oscura y salobre, atravesaron chapoteando el fango tembloroso de un suelo estremecido y llevaron a los quejosos caudes hasta una fila de árboles. Convencieron a los caudes para que pisotearan unos cuantos arbolitos elásticos y pudieran meterse todos por allí. Se refugiaron bajo los árboles mientras el día entero se oscurecía hasta parecerse casi a la noche. Los caudes no tardaron en quedarse dormidos.

La lluvia de grava susurraba en las ramas más altas, cada vez más estruendosa. Desapareció la cima de la colina y una línea de luz que permanecía en el cielo.

–Qué no daría yo por una buena pipa de hoja de unge –dijo Holse con un suspiro–. Qué puñetera lata, ¿eh, señor?

Ferbin apenas podía distinguir la cara de su criado en la penumbra, aunque lo tenía tan cerca que casi podía tocarlo.

–Sí –dijo. Entrecerró los ojos para mirar el cronómetro, que se había guardado dentro de la chaqueta–. Ahora ya no llegaremos de día.

Unas cuantas gotas de aquella lluvia sucia filtrada por las hojas cayeron con un ruido sordo a su alrededor, una aterrizó en la nariz de Ferbin y le fue resbalando hasta

la boca. El príncipe la escupió al suelo.

–Mi viejo perdió una vez toda una cosecha de xirce con unas de estas puñeteras tormentas de silse –dijo Holse.

–Bueno, destruyen pero también construyen –comentó Ferbin.

–En ese sentido he oído que las comparan con los reyes –dijo Holse–. Señor.

–Y ambas cosas son necesarias.

–Eso también lo he oído, señor.

–En otros mundos no tienen silse ni lluvia pegajosa. O eso me han dicho.

–¿En serio? ¿Y la tierra no se va erosionando hasta quedar en nada?

–Al parecer no.

–¿Ni siquiera con el tiempo, señor? ¿Es que esos sitios no tienen lluvia y eso, me refiero a lluvia normal, como es obvio, lluvia que desgasta las colinas y se las lleva a los lagos, mares y océanos?

–Por lo general sí. Pero parece que también tienen unos sistemas hidrológicos que pueden ir acumulando tierra por abajo.

–Por abajo –dijo Holse, que no parecía muy convencido.

–Recuerdo una lección que decía algo así como que tenían océanos de roca tan caliente que era líquida y no solo fluía como un río sino que también podía fluir cuesta arriba, para salir por las cimas de las montañas –dijo Ferbin.

–En serio, señor. –Por el tono parecía que Holse pensaba que Ferbin estaba intentando engañarlo para que creyera unas ridiculeces que hasta un niño rechazaría con una burla.

–Esos efectos sirven para ir acumulando tierra –dijo Ferbin–. Ah, y las montañas flotan y pueden hasta crecer enteras, al parecer. Países enteros se estrellan unos contra otros y dan lugar a colinas. Había más, pero creo que me perdí el comienzo de esa clase y además, todo eso suena un poco descabellado.

–Creo que os estaban tomando el pelo, señor. Que intentaban ver lo crédulo que podíais llegar a ser. –Cabía la posibilidad de que Holse se sintiera herido.

–Debo decir que yo también lo pensé. –Ferbin se encogió de hombros sin que nadie lo viera–. Bueno, seguramente lo entendí mal, Choubris. Con franqueza, yo no citaré mis palabras sobre este tema.

–Tendré cuidado de no hacerlo, señor –dijo Holse.

–Pero bueno, por eso no necesitan lluvia de silse.

–Si solo una décima parte de todo es verdad, señor, creo que nosotros hemos salido mejor parados.

–Yo también.

El silse reconstruía la tierra. Tal y como Ferbin lo entendía, cada una de las diminutas animáculas de los mares y océanos agarraba una partícula de sedimento y después emitía una especie de gas que elevaba criatura y partícula hacia la superficie,

donde todas daban un salto al aire para convertirse en nubes que después flotaban sobre la tierra y dejaban caer su carga en forma de lluvia sucia y pegajosa. Las nubes de silse eran relativamente raras, y casi era una suerte; una nube grande de silse podía ahogar una granja, una aldea o incluso un condado con tanta eficacia como una pequeña inundación, podía asfixiar los cultivos con un nivel de barro que llegaba a las rodillas, podía romper los tejados poco pronunciados, llenar de piedras las praderas, cubrir caminos y represar ríos (por lo general solo de forma temporal), lo que podía provocar en muy poco tiempo auténticas inundaciones.

La granulosa lluvia siguió cayendo sobre ellos incluso bajo la cubierta de los árboles al abrirse camino a través de las ramas pesadas que se encorvaban bajo su peso.

A su alrededor, en todas direcciones, una serie esporádica de ruidosos crujidos resonaban por encima del ruido de la tormenta de silse, cada uno seguido por una veloz ráfaga, el ruido de algo que se desgarraba y un gran estallido que concluía con un sonoro ruido seco.

–Si oís eso justo encima de nosotros, señor –dijo Holse–, será mejor que saltéis.

–Desde luego que lo haré –dijo Ferbin mientras intentaba despegarse de los ojos la sustancia granulosa que le caía encima. El silse apestaba como algo recién sacado del fondo de una letrina–. Aunque ahora mismo la muerte tampoco carece de cierto atractivo.

La nube terminó pasando, el día se volvió a iluminar y un fuerte viento barrió la cima de la colina. Salieron chapoteando de su escondrijo y subieron a la cima doblemente traicionera. El barro de silse recién caído que cubría la ya inestable superficie del lodazal les empantanaba a ellos los pies y a los caudes las patas. Ambos animales mostraban señales de angustia al verse obligados a caminar en aquellas condiciones. El barro apestaba como si fuera estiércol. Ferbin y Holse se limpiaron todo el que pudieron del cuerpo y la ropa antes de que se endureciera.

–No vendría mal un buen chaparrón de agua limpia, ¿eh, señor?

–¿Qué te parece esa especie de estanque de ahí arriba? –preguntó Ferbin.

–Buena idea, señor –dijo Holse mientras llevaba a los caudes al laguito poco profundo y en ese momento rebosante que había cerca de la cima de la colina. Los caudes gimotearon y se resistieron, pero al final se dejaron convencer y entraron en el agua, que les llegaba a la mitad del vientre.

Los dos hombres se asearon ellos y limpiaron a las bestias lo mejor que pudieron. Los caudes seguían de mal humor y los resbalones y traspiés que dieron para despegar consiguieron elevarlos por encima de los árboles justo a tiempo. Después emprendieron el vuelo hacia las últimas horas de la tarde.

Siguieron volando al tiempo que caía sin prisas el atardecer, aunque los caudes ya

casi no paraban de gimotear e intentaban descender de forma constante, perdían altura y respondían a cada tirón de las riendas sin prisas y solo tras muchos gruñidos. En el paisaje que sobrevolaban debía de haber granjas, aldeas y pueblos, pero ellos no veían ni rastro de nada. El viento soplabá por su izquierda y no dejaba de intentar empujarlos hacia las torres que tenían que dejar a la derecha. Las nubes se habían convertido en un cielo encapotado, una capa irregular que dejaban a medio kilómetro de altura sobre ellos. Intentaban mantenerse por debajo de las nubes porque sabían que si se perdían en medio de una noche nublada, aquello podía ser su fin.

Al final vieron lo que pensaron que debía de ser la torre D'neng-oal, una presencia grande y pálida que se alzaba en medio de un gran páramo que apenas reflejaba ya las brasas medio desvanecidas que Obor había dejado en la panza del cielo.

La torre D'neng-oal era lo que se conocía como una «torre perforada», es decir, una torre a cuyo interior se podía tener acceso y a través de ella a la red de vías públicas por las que los oct (y los aultridia) operaban sus ascensonaves. Esa era al menos la interpretación popular. Ferbin sabía que en un primer momento todas las torres habían estado perforadas y que, en cierto sentido, todavía lo estaban.

Cada torre se ensanchaba en la base de cada nivel y cada base contenía cientos de portales diseñados para transportar el fluido con el que se suponía que los involucra habían planeado llenar ese mundo. En el Octavo, todos los portales estaban, en cualquier caso, enterrados bajo al menos cien metros de tierra y agua, pero en casi todas las torres ya hacía mucho tiempo que los oct y los aultridia habían sellado los portales por completo. Había rumores (que los oct no hacían nada por negar) que hablaban de otros pueblos, otros gobernantes, que habían abierto minas allí abajo, donde se encontraban los portales sellados, y que habían intentado abrirlos y solo para encontrarse con que eran totalmente impenetrables para cualquiera que no dispusiera del tipo de energía que te permitía recorrer las estrellas, por no hablar ya del interior de las torres, y también que solo con intentar manipularlos ya se provocaba de forma inevitable la ira de los oct. A los gobernantes los habían matado y sus pueblos habían terminado desperdigados, con frecuencia por otros niveles bastante menos compasivos.

Solo una torre de cada mil tenía todavía un único portal que daba acceso al interior, al menos a una altura útil (los telescopios habían revelado que podría haber portales en las alturas, muy por encima de la atmósfera, a cientos de kilómetros del nivel del suelo) y la señal habitual de que era una «torre perforada» era una torre de acceso mucho más pequeña (aunque notable de todos modos para los estándares humanos) situada muy cerca.

La torre de acceso de D'neng-oal resultó ser sorprendentemente difícil de ver en medio de la oscuridad. Rodearon la torre una vez, bajo la capa cada vez más densa de

nubes; se sentían atrapados entre las brumas que se elevaban del suelo y el manto encapotado de oscuridad del cielo. A Ferbin le preocupó primero que pudieran estrellarse contra una torre menor en medio de la oscuridad (se estaban viendo obligados a volar a solo cien metros del suelo y esa solía ser la altura habitual para la cima de la torre de acceso) y después que se hubieran equivocado de torre ya para empezar. El mapa que habían mirado antes les había mostrado que la torre estaba perforada, pero no el sitio exacto donde se encontraba su torre de acceso. También mostraba un pueblo de tamaño respetable, Dengroal, situado muy cerca de la base de la torre principal por el lado de polo cercano, pero no había señal alguna del asentamiento. El príncipe esperaba que solo se hubiera perdido entre las brumas.

La torre de acceso se iluminó delante de ellos, los últimos veinte metros del cilindro emitieron de repente una serie de destellos, unos círculos gigantescos que rodeaban la torre y tan brillantes que te deslumbraban. Estaba a menos de cien pasos de ellos y la cima estaba un poco más arriba del nivel en el que ellos se encontraban, casi en las nubes; la luz azul hacía resaltar la vaporosa panza de los nimbos como si fuera un extraño paisaje invertido. Holse y Ferbin frenaron un poco, giraron y después, con gestos, acordaron aterrizar en la cima. Los caudes estaban tan cansados que casi ni se molestaron en quejarse cuando les pidieron que subieran una vez más.

La cima de la torre de acceso medía cincuenta pasos; en su superficie había incrustada una serie concéntrica de círculos azules de luz, como una inmensa diana. La luz palpitaba e iba pasando poco a poco de tenue a brillante, como el latido de un corazón alienígena gigantesco.

Aterrizaron en el borde más próximo de la torre; los sobresaltados caudes se revolvieron y batieron las alas con un último y frenético esfuerzo cuando la superficie lisa a la que intentaron agarrarse sus patas no los detuvo tan rápido como lo habría hecho un suelo de tierra o incluso de piedra, pero después las garras encontraron algo a lo que aferrarse, los aleteos los frenaron y al fin, con un gran suspiro agudo que se pareció sobre todo al alivio, se detuvieron. Los dos se acomodaron en el suelo, ambos con un ligero temblor, las alas medio estiradas de agotamiento y las cabezas posadas en la superficie de la torre, jadeando. La luz azul brilló alrededor de sus cuerpos. El vapor de su aliento flotó por la cima plana y azul de la torre y se fue disipando poco a poco.

Ferbin desmontó, le crujían las articulaciones y se quejaban como las de un viejo. Estiró la espalda y se acercó adonde se encontraba Holse frotándose la pierna que se había lesionado cuando se le había caído encima el mersicor.

–Bueno, Holse, pues aquí estamos.

–Y un sitio bien extraño que es, señor –dijo Holse mientras miraba la amplia cima circular de la torre. Parecía totalmente plana y simétrica. Los únicos rasgos visibles eran los anillos de luz azul. Luz que emitían unas franjas de un palmo de anchura

hechas del mismo material liso que componía la cima de la torre. Se encontraban a medio camino entre el centro de la superficie y el borde. La luz azul relucía entre ellas y les daba a ellos y sus bestias un aspecto fantasmal, sobrenatural. Ferbin se estremeció aunque tampoco hacía mucho frío. Miró a su alrededor. No había nada visible más allá de los círculos azules. Sobre ellos, la lenta capa de nubes parecía casi al alcance de la mano. Por un instante se levantó un poco más de viento y después volvió a convertirse en una ligera brisa.

–Por lo menos no hay nadie más por aquí –dijo.

–Cosa que es de agradecer, señor –asintió Holse–. Aunque si hay alguien vigilando y pueden ver con esta bruma, sabrán que estamos aquí. En cualquier caso, ¿qué pasa ahora?

–Bueno, no sé –admitió Ferbin. No recordaba lo que había que hacer para entrar en uno de aquellos trastos. En la única ocasión que había ido a la superficie con Elime y los demás, había estado demasiado distraído con todo lo que estaba pasando como para fijarse en cuál era el procedimiento exacto, algún criado se habría ocupado de todo. Notó la expresión molesta de Holse, volvió a mirar a su alrededor y sus ojos se posaron en el centro de la superficie de la torre.

–Quizá... –empezó a decir. Mientras hablaba señalaba un punto reluciente que había en el centro de los anillos azules que palpitaban, así que los dos lo estaban mirando cuando se alzó poco a poco en el aire.

Un cilindro de unos veinte centímetros de anchura se desplegó como un telescopio en pleno centro de la cima de la torre y se alzó más o menos a la altura de sus cabezas. La superficie superior palpitaba de color azul al mismo ritmo que los círculos concéntricos que emanaban de él.

–Eso quizá nos sea útil –dijo Ferbin.

–Como poste para atar a las bestias por lo menos, señor –dijo Holse–. Si es que aquí no hay ni una puñetera argolla para atarlas.

–Iré a mirar –dijo Ferbin. No quería que Holse notara que estaba asustado.

–Ya sujeto yo las riendas.

Ferbin se aproximó al fino cilindro. Al acercarse, un octógono de luz gris pareció girar y colocarse luego delante de él, al mismo nivel que su cara. Mostraba la silueta de un oct estilizado. La superficie del cilindro se cubrió de gotas de humedad cuando empezó a caer una ligera lluvia.

–Repetición –dijo una voz que parecía un crujido de hojas secas. Antes de que Ferbin pudiera responder, la voz continuó–: Patrones, sí. Para, periodicidad. Así como los velo se convierten en los oct, así una iteración se convierte en otra. Los espacios son la señal, así crea. Sin embargo, también, repetición demuestra falta de aprendizaje. Una vez más, sigue tu camino. Señal que no es señal, simplemente poder, sigue. No repite. –El octógono que mostraba la silueta del oct se desvaneció y

el cilindro empezó a hundirse sin ruido en la superficie.

–¡Espera! –gritó Ferbin y se aferró a aquella forma redonda y lisa, la rodeó con los dos brazos e intentó evitar que desapareciera. Estaba fría y parecía hecha de metal; habría sido resbaladiza de todos modos pero la llovizna hacía que lo fuera más, y se fue deslizando hacia abajo sin inmutarse, como si los esfuerzos del príncipe por retenerla no sirvieran para nada.

Entonces pareció dudar. Se detuvo y volvió a alzarse hasta su altura. La forma gris octogonal (una especie de pantalla, comprendió Ferbin) cobró vida otra vez con un fulgor en la superficie.

–¡Soy Ferbin, príncipe de la casa de Hausk –gritó Ferbin antes de que la pantalla pudiera decir nada–, con documentos que respaldan mi derecho a viajar con la garantía de la protección de nuestros estimados aliados los oct! Me gustaría hablar con el administrador de la torre, Aiaik.

–La denigración es... –había empezado a decir el cilindro, después se interrumpió–. ¿Documentos? –dijo la voz unos momentos después.

Ferbin se desabrochó la cazadora, sacó los sobres grises del grosor de un dedo y los blandió delante de la pantalla.

–Por la autoridad de Seltis, erudito mayor de la euridicía Anjrinh –dijo Ferbin–, del Octavo –añadió, en parte por si había alguna confusión y en parte para demostrar que estaba familiarizado con las realidades del mundo y no era un paleta descerebrado que había llegado de algún modo a la cima para ganar una apuesta.

–Esperar –dijo la voz áspera como un crujido de hojas. La pantalla se desvaneció de nuevo, pero esa vez el cilindro se quedó donde estaba.

–¿Señor? –exclamó Holse desde donde se encontraba sujetando las riendas de los caudes, que se habían quedado dormidos como troncos.

–¿Sí? –dijo Ferbin.

–Solo me preguntaba qué estaba pasando, señor.

–Creo que hemos establecido algún tipo de relación. –El príncipe frunció el ceño y volvió a pensar en lo que había dicho la voz la primera vez que había hablado con él–. Pero me parece que no somos los primeros que pasamos por aquí, últimamente no. Quizá. –Se encogió de hombros y miró al preocupado Holse–. No lo sé. –Ferbin se giró en redondo y miró a su alrededor, intentaba ver entre la brillante bruma azul creada por la llovizna. Vio algo oscuro que se movía en el aire a un lado de Holse y los caudes, una sombra enorme que se dirigía directamente hacia ellos–. ¡Holse! –exclamó mientras señalaba la aparición.

Holse miró a su espalda y se agachó de inmediato. La gran forma se precipitó por el aire justo encima de las dos monturas dormidas, no golpeó la cabeza de Holse por menos de un palmo. El ruido del batir de unas alas inmensas resonó en el aire con un sonido seco. Parecía un lyge, pensó Ferbin, con un jinete encima. Un crujido áspero y

una diminuta fuente de chispas amarillas anunciaron que Holse le estaba disparando con su pistola a la veloz bestia que los dejaba atrás.

El lyge se alzó, se detuvo y se dio la vuelta, se paró con un único gran batir de sus alas inmensas y aterrizó al otro lado de la torre. Una figura pequeña saltó de su lomo con un arma larga en la mano. El aviador hincó una rodilla en el suelo y apuntó a Holse, que estaba dándole palmadas a su pistola con la mano libre y maldiciendo. Holse se puso a cubierto de golpe entre los caudes, los dos animales habían levantado la cabeza al oír el disparo y miraban adormilados a su alrededor. El rifle volvió a disparar y el caude más cercano al tirador se sacudió y chilló. Intentó levantarse de la superficie batiendo un ala y moviendo una pata de un lado a otro. Su compañero levantó la cabeza todavía más y dejó escapar un gemido aterrorizado. El aviador del lyge cargó otro cartucho en el rifle.

–Pequeñas detonaciones –dijo la voz del oct justo encima de la cabeza de Ferbin. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había agachado y solo asomaba la cabeza por el costado del cilindro para poder seguir viendo al aviador que los atacaba–. Celebraciones inapropiadas –continuó la voz–. Anunciar lo indeseado. Cesar.

–¡Déjanos entrar! –dijo Ferbin con un susurro ronco. Detrás de la figura del rifle, el lyge se agachó. El caude herido que estaba cerca de Holse chilló y agitó las alas contra la superficie de la torre. Su compañero gimió, cambió de postura y se alejó arrastrándose y extendiendo él también las alas. El aviador volvió a apuntar con el arma y les gritó.

–¡Mostraos! ¡Rendíos!

–¡Que te follen! –le chilló Holse a su vez. Ferbin apenas podía oírlo con los chillidos del caude. La criatura se estaba moviendo poco a poco hacia atrás por la superficie de la torre al tiempo que batía las alas y chillaba. El segundo caude se puso en pie de repente y pareció darse cuenta solo entonces de que estaba suelto. Se giró, saltó al borde de la torre, extendió las alas y se lanzó a la oscuridad con un gemido miserable, después desapareció de inmediato.

–¡Por favor! –dijo Ferbin aporreando la superficie del cilindro con los nudillos–. ¡Dejadnos entrar!

–El cese de niñerías –anunció la voz del cilindro–. Necesario si no suficiente.

El caude herido rodó un poco hacia un lado como si se estuviera estirando, sus gritos se fueron desvaneciendo a medida que se quedaba ronco.

–¡Y vos! –chilló el aviador del lyge al tiempo que se giraba para apuntar a Ferbin con el rifle–. Los dos. Fuera. No dispararé a ninguno si se rinden. La caza ha terminado. No soy más que una patrulla de reconocimiento. Vienen veinte más detrás de mí. Todos hombres del regente. Se acabó. Rendíos. No se os hará ningún daño.

Ferbin oyó un silbido entre los chillidos desesperados del caude herido y una insinuación de luz amarilla pareció iluminar la superficie justo detrás del angustiado

animal.

–¡De acuerdo! –gritó Holse–. ¡Me rindo! –Algo subió de golpe detrás del caude herido y voló por encima del batir de sus alas en un arco de chispas naranjas. El aviador del rifle se sobresaltó y levantó el cañón del rifle sin darse cuenta.

La granada con aletas aterrizó a tres pasos del aviador del lyge. Cuando la bombita rebotó, el caude tras el que se había estado refugiando Holse dio una última y gran sacudida de alas y un último grito antes de perder el equilibrio y precipitarse por el borde de la torre entre una desesperada maraña de alas que revelaron a Holse tirado en la superficie. Los gemidos de la criatura se fueron desvaneciendo poco a poco mientras caía.

La granada aterrizó y rodó un poco, giró sobre su cola cruciforme y después la mecha emitió una pequeña bocanada de humo naranja y se apagó al tiempo que el aviador del lyge se alejaba de ella arrastrándose. En el silencio relativo que siguió a la desaparición del caude, Ferbin oyó que Holse intentaba disparar su pistola, los repetidos chasquidos del arma parecían más desesperados que los gritos del caude herido. El aviador del lyge se hincó sobre una rodilla otra vez y apuntó a Holse, que en ese momento estaba totalmente expuesto y que sacudió la cabeza.

–¡Bueno, pues que te follen igual! –gritó.

El cronómetro golpeó al aviador del lyge en el puente de la nariz. El rifle apuntó por un instante hacia arriba y disparó, lo que envió la bala a veinte centímetros de la cabeza de Holse. Este se había levantado y corría hacia la figura aturdida del otro lado del tejado antes de que el cronómetro que había lanzado Ferbin llegara al borde de la cima de la torre y se desvaneciera entre la llovizna. El lyge observó la figura desconectada que rodaba delante de él y pareció simplemente confundido cuando Holse se precipitó sobre su jinete.

–Que me jodan, señor, sois mejor tirador que él –dijo Holse mientras se arrodillaba sobre la espalda del aviador y le quitaba el rifle de entre los dedos. Ferbin había pensado en un principio que su atacante era una mujer, pero no era más que un hombre menudo. Los lyges eran más rápidos que los caudes pero no podían llevar tanto peso así que por lo general se elegía a sus aviadores por su constitución pequeña.

Ferbin vio sangre oscura en la banda azul reluciente que había bajo el aviador caído. Holse comprobó el rifle y lo volvió a cargar, todavía presionando con una rodilla la espalda del aviador del lyge, que no dejaba de resistirse.

–Gracias, Holse –dijo Ferbin. Levantó la cabeza y miró la cara fina, oscura y confundida del lyge, que se levantó un poco y batió una única vez sus alas antes de volver a acomodarse otra vez. El aire vibró entre los dos–. ¿Qué podemos hacer con...?

La granada volvió a cobrar vida con un silbido. Se apartaron a toda prisa a cuatro

patas mientras Holse intentaba llevarse al aviador del lyge con él. Rodaron y se arrastraron por la dura superficie y Ferbin tuvo tiempo de pensar que al menos si moría allí, sería en el Octavo, no en algún sitio perdido e impío entre las estrellas. La granada estalló con un tremendo ruido seco que pareció coger a Ferbin por las orejas y abofetearlo entre ellas. Oyó un repiqueteo y se quedó tirado donde estaba.

Cuando recobró sus desperdigados sentidos y miró a su alrededor, vio a Holse a un par de pasos de él, mirándolo; el aviador del lyge seguía tirado unos cuantos pasos más atrás, y nada más. El lyge había desaparecido, no sabía si la granada lo había matado o herido o quizá solo lo había asustado, imposible saberlo.

Holse movió la boca como si estuviera diciendo algo, pero Ferbin no oía ni una puñetera palabra.

Un amplio cilindro de sus buenos quince pasos de anchura se alzó en el centro de la cima de la torre y se tragó el tubo delgado con el que había estado hablando Ferbin. Esa nueva extrusión se elevó cinco metros en el aire y se detuvo. Se abrió una puerta lo bastante grande como para dejar pasar tres hombres montados uno al lado del otro y se derramó por el hueco una luz azul grisácea.

Alrededor de la torre empezaron a aparecer un buen número de grandes formas oscuras dibujando círculos.

Ferbin y Holse se levantaron y corrieron a la puerta.

A Ferbin todavía le zumbaban los oídos, así que no llegó a oír el disparo que lo alcanzó.

9. El hombre de un solo dedo

Mertis tyl Loesp se encontraba sentado en sus aposentos de descanso, en lo más alto del palacio real de Pourl. En los últimos tiempos aquella habitación había empezado a parecerle en exceso modesta, sin embargo, le había parecido mejor dejar pasar un año corto o así antes de trasladarse a algunos de los apartamentos del rey. Estaba escuchando el informe de dos de sus caballeros más leales.

–Vuestro muchacho conocía el escondite del viejo, en una habitación secreta detrás de un armario. Lo sacamos a rastras y lo convencimos para que nos contara la verdad sobre los acontecimientos previos. –Vollird, que había sido uno de los que guardaban la puerta el día que el fallecido rey se había encontrado con su destino en la vieja fábrica, sonrió.

–El caballero era hombre de un solo dedo –dijo el otro caballero, Baerth. Él también había estado allí el día de la muerte del rey. Usó las dos manos para imitar la rotura de una ramita. El espasmo de los labios quizá también fuera una sonrisa.

–Sí, gracias por la demostración –le dijo Tyl Loesp a Baerth, después miró con el ceño fruncido a Vollird–. Y después te pareció necesario matar al erudito mayor. Contraviniendo mis órdenes.

–Así es –dijo Vollird sin acobardarse–. Supuse que el riesgo de traerle al cuartel y meterlo en una mazmorra era demasiado grande.

–Ten la amabilidad de explicarte –dijo Tyl Loesp sin alterarse mientras se recostaba en su sillón.

Vollird era un tipo alto, delgado, muy moreno, con una expresión que podía, como en ese momento, bordear la insolencia. Por lo general miraba el mundo con la cabeza gacha y los ojos asomándose bajo las cejas. No era en ningún caso un gesto tímido o modesto, más bien parecía receloso y desconfiado, desde luego, pero sobre todo burlón, taimado y calculador, como si esos ojos se mantuvieran con cuidado a cubierto de las cejas que los protegían y evaluaran sin ruido las debilidades y puntos vulnerables para decidir cuál era el mejor momento para golpear.

Baerth era todo lo contrario: rubio, pequeño y fornicio, con buenos músculos; a veces parecía hasta infantil, aunque de los dos, él podía ser el más incontrolado cuando le hervía la sangre.

Pero los dos cumplirían las órdenes de Tyl Loesp, que era lo único que importaba. Aunque en esa ocasión, por supuesto, no lo habían hecho. A lo largo de los últimos años les había pedido que llevaran a cabo ciertas desapariciones, intimidaciones y otras misiones delicadas y siempre habían demostrado ser fiables y dignos de confianza, hasta el momento nunca le habían fallado. Sin embargo, al regente le preocupaba que hubieran desarrollado cierto gusto por el asesinato que podría llevar a

la desobediencia. Una de las razones principales de esa inquietud se centraba en quién podía buscar para deshacerse de esos dos si, en suma, resultaban ser más una carga que una ventaja para él. Tenía varias opciones en ese aspecto, pero los más despiadados tendían a ser los menos dignos de confianza, y los menos criminales, los más vacilantes.

–La confesión del señor Seltis fue exhaustiva –dijo Vollird– e incluía el hecho de que el caballero que había estado allí poco antes había pedido de forma explícita que el erudito mayor enviara recado al hermano del dicho caballero, aquí en palacio, sobre el modo en que había muerto el padre de ambos y sobre el peligro que, por tanto, el hermano menor podría correr. No hubo tiempo para que el erudito mayor comenzara a enviar la tal advertencia, pero era algo que parecía lamentar amargamente y tuve la clara impresión de que haría lo que pudiera para pasar esa información, caso de darse la oportunidad, al empleado del cuartel, miliciano o soldado con el que pudiera encontrarse. Así que lo llevamos al tejado con la excusa de visitar el lugar donde se habían ocultado los caballeros que había huido y lo tiramos al vacío. En la euridicía dijimos que había saltado él y asumimos una expresión de lo más conmocionada.

Baerth le echó un vistazo al otro caballero.

–Yo dije que podríamos haberlo mantenido con vida como nos habían ordenado y habernos limitado a arrancarle la lengua.

Vollird suspiró.

–Entonces habría escrito un mensaje de advertencia.

Baerth no parecía muy convencido.

–Podríamos haberle roto el resto de los dedos.

–Habría escrito con una pluma metida en la boca –dijo Vollird, exasperado.

–Podríamos...

–Entonces se habría metido la pluma por el culo –dijo Vollird en voz muy alta–. O habría encontrado alguna otra forma si estaba lo bastante desesperado, cosa que a mí me pareció que estaba. –Después miró a Tyl Loesp–. En cualquier caso, muerto es lo que está.

Tyl Loesp lo pensó un momento.

–Bueno –dijo–. Debo admitir que fue un buen trabajo, dadas las circunstancias. Sin embargo, me preocupa que ahora tengamos una euridicía llena de eruditos ofendidos.

–No sería tan difícil acabar con ellos, señor –dijo Vollird–. Son muchos, pero todos están reunidos en un solo sitio y bien vigilados, y son todos blandos como la cabeza de un bebé, os lo juro.

–Estás en lo cierto, una vez más, pero todos tienen padres, hermanos, contactos. Sería mejor si pudiéramos convencer al nuevo erudito mayor para que los mantenga a

raya y para que no hablen más de lo ocurrido.

Vollird no parecía muy convencido.

–No hay mejor forma de garantizar el silencio que acallando las lenguas para siempre, señor.

Tyl Loesp miró a Vollird.

–Se te da muy bien decir ciertas verdades, ¿eh Vollird?

–Solo cuando es necesario, Tyl Loesp –respondió el otro hombre sin apartar la mirada–. Nunca en exceso.

Tyl Loesp estaba seguro de que los dos caballeros estaban convencidos de que matar a todos los eruditos de Anjrinh terminaría con el problema de que hubieran visto a Ferbin, vivo y fugitivo.

Ferbin vivo. Qué propio de ese idiota fatuo y afortunado salir, quién sabría cómo, de una batalla ileso y huir de todo intento de captura. En cualquier caso, Tyl Loesp dudaba mucho que ni siquiera la suerte de Ferbin bastara para eso. Sospechaba que era el criado, un tal Choubris Holse, el que estaba haciendo gala de la astucia de la que tan obviamente carecía el príncipe.

Vollird y Baerth pensaban que solo había que eliminar a aquellos que habían visto al príncipe para poner fin al asunto. Así razonaban los militares. Ninguno se daba cuenta de que semejante cirugía tenía sus propias complicaciones y consecuencias. Aquel problema era como un pequeño forúnculo en la mano: abrirlo sería rápido y la satisfacción, inmediata, pero un médico cauto sabría que ese acercamiento podría llevar a un mal incluso peor que podría infectar y paralizar el brazo entero e incluso amenazar la vida misma del paciente. A veces la medida más prudente era limitarse a aplicar unos aceites curativos o un emplasto refrescante y dejar que las cosas se calmaran. Quizá fuera un tratamiento más lento, pero conllevaba menos riesgos, no dejaba cicatrices y al final podía ser más eficaz.

–Bueno –les dijo Tyl Loesp a los caballeros–, hay una lengua que me gustaría acallar como proponéis, aunque debe parecer que el caballero no ha sabido cuidar de su propia vida y no que se la han extirpado. Sin embargo, dejaremos en paz a los eruditos. Se recompensará a la familia del muchacho que nos alertó. Pero a la familia, no al muchacho. Ya habrá celos y desprecio suficientes si los demás llegan a sospechar quién estaba allí en realidad.

–Si era quien pensamos que podría ser. Seguimos sin poder estar seguros –dijo Vollird.

–No puedo permitirme el lujo de pensar otra cosa –le dijo Tyl Loesp.

–¿Y el fugitivo en sí? –preguntó Baerth.

–Perdido, de momento. –Tyl Loesp miró el informe telegrafiado que había recibido esa mañana del capitán del escuadrón de lyges que había estado a punto de capturar o matar a Ferbin y su criado (suponiendo que fueran ellos) en la torre

D'neng-oal la noche antes. Una de las presas herida, posiblemente, decía el informe. Demasiadas posibilidades y probabilidades para el gusto del regente—. Sin embargo —dijo dedicándoles una amplia sonrisa a los dos caballeros—, ahora yo también tengo los documentos necesarios para mandar a gente a la superficie. El fugitivo y su ayudante están huyendo, y eso es lo mejor que pueden hacer, después de morir, claro. —Sonrió—. Vollird, me imagino que a Baerth y a ti os gustaría ver otra vez la superficie y las estrellas eternas, ¿no?

Los dos caballeros intercambiaron una mirada.

—Creo que preferiríamos integrarnos en el ejército y atacar a los deldeynos —dijo Vollird. La mayor parte del ejército ya había partido el día anterior para formar delante de la torre por la que atacarían el Noveno. Tyl Loesp saldría a reunirse con ellos al día siguiente, para el descenso.

Baerth asintió.

—Sí, eso sí que es un honor.

—Quizá ya hemos matado suficiente solo para vos, Tyl Loesp —sugirió Vollird—. Nos cansamos de asesinar y de guardarnos las espaldas casi de continuo. ¿Quizá sea hora de que sirvamos al pueblo sarlo de forma menos tangencial, en el campo de batalla, contra un enemigo que todos reconocemos?

Servirme a mí es servir al pueblo sarlo, yo soy el Estado, quería decir Tyl Loesp, pero no dijo nada, ni siquiera a esos dos. En lugar de eso frunció el ceño y los labios por un instante.

—Hagamos los tres un pacto, ¿de acuerdo? Yo os perdono por ser torpes, desleales y egoístas si los dos me perdonáis por dar la sensación de haber expresado mis órdenes como si fueran una pregunta, con la implicación de que, por vuestra parte, teníais la opción de elegir. ¿Qué me decís?

Segunda parte: profundidad de campo

10. Una cierta carencia

Había sido hombre durante un año.

Eso había sido diferente. Todo había sido diferente. Había aprendido muchísimo: sobre ella misma, sobre las personas, sobre las civilizaciones.

El tiempo: al final empezó a pensar en años estándar. Para ella, al principio, duraban más o menos un año corto y medio o algo así como medio año largo.

La gravedad: sentía una pesadez intolerable y una fragilidad preocupante, todo a la vez. Un tratamiento al que ya había accedido empezó a engrosarle los huesos y a reducir su altura antes de que dejara el Octavo pero, aun así, durante el tiempo que pasó en la nave que la sacó de la superficie y durante los primeros cincuenta días después de su llegada, destacaba sobre la mayoría de la gente y se sentía rara y delicada. Se suponía que habían reforzado la ropa nueva que había elegido para evitar que se rompiera algún hueso si se caía de repente en aquella gravedad mayor, pero se imaginó que era una mentira para que no tuviera tanto miedo y solo tuviera cuidado.

Solo las medidas de longitud de la escala humana eran poco más o menos las que ella conocía: los pasos se parecían mucho a los metros y ya pensaba en kilómetros, aunque se había criado con diez elevado al cubo en lugar de con dos elevado a la décima potencia.

Pero eso solo había sido el principio.

Durante el primer par de años después de llegar a la Cultura se había limitado a ser lo que era, salvo por la enmienda del mayor grosor y la menor altura. Entretanto había llegado a conocer la Cultura y esta la había llegado a conocer a ella. Había aprendido mucho, mucho de todo. El dron Turminder Xuss la había acompañado desde el día que se había bajado de la nave en la que había llegado, el navío espacial llamado *Ligeramente chamuscado en la parrilla de la realidad* (los nombres de las naves le parecían al principio absurdos e infantiles, después se acostumbró a ellos, tras eso creyó entenderlos en cierto modo, al final se dio cuenta de que no había forma de entender la mente de una nave y volvieron a parecerle molestos). El dron respondía a todas las preguntas que tenía y en ocasiones hablaba en su nombre.

Esos tres primeros años los había pasado en el orbital Gadampth sobre todo en la parte llamada Lesuus, en una especie de ciudad prolongada, sonsacada, construida sobre un grupo de islas desperdigadas por una amplia bahía al borde de un pequeño mar interior. La ciudad se llamaba Klusse y se parecía un poco a una ciudad normal, a pesar de estar mucho más limpia y carecer de contramurallas u otros componentes defensivos que ella pudiera distinguir. Pero sobre todo parecía una especie de inmensa euridicía.

Le llevó un tiempo comprender por qué. Mientras paseaba por los bulevares, las

terrazas, los paseos y las plazas del lugar había sentido (no al principio sino poco a poco, justo cuando debería tener la sensación de que se estaba acostumbrando a aquel sitio) una extraña mezcla de comodidad e inquietud al mismo tiempo. Al final se dio cuenta de que era porque ni una sola de las caras que veía allí tenía un tumor que la desfigurara ni la enfermedad se había comido la mitad. Todavía tenía que ver una afección de la piel que la desfigurara un poco o siquiera un ojo vago. De igual modo, ni en uno solo de los cuerpos entre los que se movía había una cojera o la necesidad de apoyarse en muletas o un carrito, nadie pasaba cojeando con un pie zopo. Y no había ni un solo loco, ni un solo pobre deficiente mental que se plantara en una esquina todo manchado y aullándoles a las estrellas.

Al principio no se había dado cuenta porque en ese momento todavía le asombraban las variaciones físicas, puras y desconcertantes, de las personas que la rodeaban, pero una vez que se acostumbró a eso, empezó a notar que, aunque había una variedad física casi infinita, no había ninguna deformidad y si bien se daban excentricidades prodigiosas, no existía la demencia. Había más tipos faciales, corporales y de personalidad de los que se habría imaginado pero todos eran producto de la salud y la libertad de elección, no de la enfermedad y el destino. Todo el mundo era, o podía ser si lo deseaba, hermoso tanto en su forma como en su carácter.

Más tarde averiguaría que, puesto que, después de todo, aquello era la Cultura, por supuesto que había personas que abrazaban la fealdad e incluso la apariencia de deformidad o mutilación solo para ser diferentes o expresar algo de su interior que creían que debían transmitir a sus iguales; sin embargo (una vez que hubo superado la irritación y exasperación iniciales que le inspiraban tales personas, ¿acaso no se estaban burlando, aunque fuera sin querer, de los verdaderos afligidos, aquellos que no tenían elección sobre lo horrendos que eran?) se dio cuenta de que incluso esa adopción deliberada de falta de belleza mostraba una especie de confianza en la sociedad, como si restregaran por el morro colectivo las obras de la cruel providencia y la antigua tiranía, desterrada ya mucho tiempo atrás, de la aberración genética, las lesiones flagrantes y la pestilencia transmisible.

Una estrella llamada Aoud brillaba sobre el anillo de diez millones de kilómetros del orbital. Ese sol era lo que todos los demás parecían considerar una estrella de verdad, una estrella que se había formado de modo natural. A ella le parecía increíblemente antigua y enorme, de una forma absurda, casi despilfarradora.

Allí, en Klusse, había aprendido la historia de la Cultura y la historia de la galaxia en sí. Había aprendido sobre las otras civilizaciones que de niña le habían enseñado que se llamaban óptimas. Por lo general se referían a sí mismas utilizando el término «involucradas» o «jugadores principales», aunque eran expresiones vagas y no había un equivalente exacto de la palabra sarla «óptimos», con su implicación de

supremacía. «Involucrados de alto nivel» era quizá lo más parecido.

También aprendió casi todo lo que había que aprender sobre su propio pueblo, los sarlos; su evolución mucho tiempo atrás en un planeta remoto del mismo nombre, su implicación en una terrible guerra, su condena, exilio y desplazamiento (en parte por su propio bien, en parte por el de los pueblos con los que habían compartido ese planeta natal, el consenso era que o bien matarían a todos los demás o los matarían a ellos) y su eventual santuario/internamiento en Sursamen, bajo los auspicios del Consejo Galáctico, los morthanveld y los nariscenos. Pensó que esa versión le parecía más auténtica; se parecía bastante a los mitos y leyendas de su pueblo, pero era menos interesada, menos dramática y gloriosa, más equívoca en sus implicaciones morales.

Esa esfera de sus estudios reveló detalles sorprendentes. Por ejemplo, que los deldeynos y los sarlos eran el mismo pueblo. Los deldeynos eran un subgrupo de la población principal que había sido trasladado a un nivel por debajo del Octavo más de mil años antes. Y los oct habían hecho eso sin el permiso de sus mentores nariscenos. Ese nivel, que si bien había albergado en otro tiempo a muchos pueblos, había visto cómo se evacuaban todos unos milenios antes y se suponía que debía de quedar vacío de vida inteligente hasta nuevo aviso. Los oct se habían visto obligados a disculparse, comprometerse a no volver hacer nada semejante y pagar una indemnización en forma de otras zonas en las que habían tenido que renunciar a su influencia. Sin embargo, el movimiento no autorizado de personas había terminado por aceptarse de mala gana como un hecho consumado.

Aprendió sobre la panhumanidad, sobre el gran revoltijo de la diáspora de especies humanas, humanoides y parecidas a las humanas que se habían repartido por buena parte de la galaxia.

Aprendió sobre la actual situación sociopolítica que existía en la galaxia y sintió una especie de satisfacción general al ver que era tan grande y casi toda estaba en paz. Había millones de especies, cientos de tipos diferentes de especies, incluso si se ampliaba mucho la definición, y eso era sin tener en cuenta civilizaciones que estaban compuestas por más máquinas que seres biológicos. En último caso, la galaxia, de hecho la suma del universo entero, no era nada en general; si se sacaba la media, el resultado era un vacío bastante notable. Pero dentro de los focos de materia que eran los sistemas, las estrellas, los planetas y hábitats... ¡qué cuerno de la abundancia lleno de vida!

Solo de panhumanos (de los cuales ella, por supuesto, era una) había un número tan grande que te dejaba patidifuso, pero seguían formando menos de un único porcentaje de todo el conjunto de masa vital de la galaxia completa. También, allí donde existían, los hombres y las mujeres eran por lo general (en la mayor parte de los sitios, la mayor parte del tiempo) iguales. En la Cultura eso estaba garantizado

incluso por derecho; se podía ser del género que se quisiese, ¡solo con pensarlo! A ella le pareció de lo más satisfactorio, una especie de reivindicación.

La vida entraba como un zumbido, se revolvía por todos lados y terminaba por infestar a conciencia la galaxia entera, y seguramente (casi con toda certeza) mucho más que eso. La inmensa continuidad de todo aquello ponía de algún modo todas las pequeñas preocupaciones e inquietudes en perspectiva, haciendo que parecieran no irrelevantes, pero sí de una inmediatez mucho menos angustiada. Era cierto que el contexto lo era todo, como siempre había insistido su padre, pero el contexto mayor sobre el que estaba aprendiendo se ocupaba de reducir la aparentemente inmensa escala del nivel Octavo de Sursamen y todas sus guerras, políticas, disputas, luchas, tribulaciones y vejaciones hasta que todo parecía muy lejano y trivial.

Aprendió sobre Contacto, la parte de la Cultura que salía a descubrir e interactuar con otras civilizaciones, especialmente las nuevas civilizaciones de desarrollo rápido, y sobre esa división un tanto calumniosa, hasta cierto punto disoluta y se podría decir que misteriosa que se llamaba Circunstancias Especiales. Tardó algún tiempo en comprender que se esperaba de ella que tuviera al menos la oportunidad de convertirse en parte de esta prestigiosa, aunque no del todo respetable, organización. Ese se suponía que iba a ser, coligió, un honor de lo más singular y poco habitual y casi la única distinción que merecía la pena y que tenía que ofrecer la Cultura que no estaba a disposición de todos. Sin embargo, y una vez más, ella se mostró suspicaz al instante.

Durante algún tiempo, el aspecto de la vida en el orbital que más la había maravillado había sido la geografía: montañas, acantilados y barrancos, cumbres, pedregales y campos de cantos rodados. Que nada de eso fuera natural en realidad, que todo ello hubiera sido diseñado y fabricado con escombros encontrados en el sistema solar cuando se hizo el mundo solo la maravilló todavía más. Hizo senderismo por las altas montañas y aprendió a esquiar. Practicó varios deportes y descubrió que incluso disfrutaba formando parte de un equipo. Por alguna razón eso era algo que no se esperaba.

Cuando al fin se convenció de que su nuevo y achaparrado yo no era tan horrendo hizo amigos y tuvo amantes. No todas las parejas funcionaron, ni siquiera, por así decirlo, en el aspecto mecánico, había una amplia variedad de formas corporales. Otro tratamiento que eligió monitorizaba su útero para alertarla si se daba la remotísima posibilidad de que copulara con alguien que su sistema físico encontrara lo bastante compatible como para concebir con él. Se había preguntado si eso no sería también mentira, pero nunca había ocurrido nada.

Jugó con sus propios sueños y tomó parte en sueños compartidos que eran juegos gigantes que no utilizaban nada más exótico que unas almohadas o gorros de noche especiales que le daban acceso a esas extrañas subrealidades. Se dio cuenta de que

dormía mucho más que la mayor parte de sus amigos y que se perdía una parte potencial de la vida. Pidió otro tratamiento, que resolvió el problema como si nunca hubiera existido. Dormía profundamente durante unas cuantas horas cada una de aquellas noches fiables y regulares que funcionaban como un reloj y despertaba cada mañana fresca como una rosa.

Tomó parte en otras experiencias que eran una especie de alucinaciones, parecían juegos pero que ella sabía que eran también lecciones y evaluaciones y que sumergían su yo consciente en simulaciones de la realidad que a veces se basaban en acontecimientos y experiencias anteriores reales y otras eran realidades creadas de forma deliberada, igual que el orbital y su asombroso y vertiginoso paisaje. Algunas la dejaban inquieta al ver las cosas terribles que la gente (panhumanos y otros, pero todos personas) podía hacerle a otra gente. Lo que se insinuaba, sin embargo, era que tales realidades espantosas eran una aflicción y que se podía curar, al menos en parte. La Cultura representaba el hospital, o quizá toda un sistema sanitario, Contacto era el médico y CE, el anestésico y la medicación. A veces el escalpelo.

Casi el único aspecto de su vida al que se adaptó casi sin pensarlo fue la ausencia total de dinero que había en la Cultura. Después de todo, había sido princesa y ya estaba acostumbrada.

Vio a algunos de sus amigos adoptar estados que no podía compartir y, después de un gran recelo inicial, pidió más tratamientos que hicieron que algunas glándulas de su cuerpo que ella ni sabía que tenía se alteraran a lo largo de unas decenas de días hasta que se encontró con que poseía una serie de simples glándulas dentro de su cerebro y una modesta colección de mezclas de sustancias químicas indicativas entre las que podía elegir y que podía liberar en su torrente sanguíneo y su cerebro siempre que quisiera.

Eso había sido muy interesante.

Entre los sarlos, al menos en el Octavo, cada droga había tenido un efecto secundario indeseable y desagradable. En la Cultura, nada. Conseguías lo que querías y nada más. Siguió mostrándose bastante escéptica, sin poder convencerse de que tal luz fuera posible sin una sombra añadida. Ya no necesitaba al dron Turminder Xuss, que partió para ocuparse de otros. En lugar del dron, utilizaba una terminal anular para ponerse en contacto con el dataverso.

Empezó a coleccionar enmiendas y tratamientos como podría haber acumulado joyas. Incluso hizo que le anularan un par de tratamientos, hizo que se los quitaran por completo, solo para asegurarse de que los procesos eran reversibles de verdad. Un nuevo tutor, un tutor que estaba presente en muy escasas ocasiones pero que en cierto sentido parecía ostentar mayor rango que los otros, un ser con aspecto de arbusto que en otro tiempo había sido un hombre, llamado Batra, decía con tono divertido que era una niña suspicaz. Con tono divertido y quizá hasta de aprobación. Ella tenía la

sensación que se suponía que tenía que sentirse halagada, pero le había preocupado más el suave insulto que contenía la palabra «niña».

Las personas cambiaban, se iban, las relaciones terminaban. Le preguntó a una de sus mentoras qué había que hacer para cambiar de sexo. Otro tratamiento. Durante casi un año creció un poco, se ensanchó más, le creció el vello en lugares extraños y observó, fascinada, que sus genitales dejaban de ser una fisura para convertirse en una aguja. Despertó un par de noches empapada en sudor, horrorizada por lo que le estaba pasando, palpándose y preguntándose si aquello no era más que una chiste muy elaborado y si la estaban convirtiendo en un bicho raro a propósito, para gastarle una broma, pero siempre había alguien con quien hablar que había pasado por la misma experiencia, tanto en persona como a través de pantallas y simulaciones, y no faltaba el material archivado para explicárselo todo y tranquilizarla.

Tuvo un par de amantes intermitentes y no demasiado molestos incluso mientras cambiaba y después, ya como hombre, tuvo muchos más, sobre todo mujeres. Era cierto, eras mucho mejor amante y más considerado cuando habías sido antes igual que tu pareja. Una mañana despertó, después de una noche agotadora, con un pequeño grupo de viejos amigos y nuevos conocidos parpadeando bajo la luz del sol de un día nuevo y brillante, se asomó a un gran balcón y un mar resplandeciente para contemplar una gran montaña columnaria que le recordó a una torre de su planeta natal y despertó a todos los demás con sus carcajadas.

Nunca supo muy bien por qué decidió cambiar de sexo otra vez. Durante mucho tiempo se planteó regresar a Sursamen como hombre, ver qué pensaban de él entonces. Aparte de cualquier otra cosa, había un par de damas en la corte a las que siempre había tenido mucho cariño y por las que en ese momento sentía algo más. A esas alturas sabía que su hermano Elime había muerto y él era el hijo mayor del rey, el siguiente rey, en cierto sentido. Podría regresar y reclamar el trono en su momento. Para entonces, con otros tratamientos, podría disponer de artes marciales y atributos superiores a los de cualquier guerrero que hubiera vivido en el Octavo. Sería imparable, podría incluso apoderarse del trono si quería. Eso sería graciosísimo. ¡Ah, las caras que podrían algunos!

Pero eso, en el mejor de los casos, sería cruel, pensó. Y en el peor, los resultados podrían variar entre el melodrama y la más sangrienta de las tragedias. En cualquier caso, ser el rey de los sarlos ya no le parecía lo más grande a lo que podía aspirar un alma, ni siquiera se acercaba.

Cambió y volvió a convertirse en mujer. La lección que se refería a ser una amante considerada no cambió.

Adoptó su nombre completo. En el reino de su padre se había llamado Djan Seriy Hausk'a yun Poursl, yun Dich, que se traducían por «Djan consorte de príncipe hija de Hausk de Poursl, del Octavo».

Pero en el orbital, ya que se consideraba una ciudadana de la Cultura (aunque fuera una ciudadana que había nacido y se había criado en otro lugar) adoptó el nombre de Meseriphine-Sursamen/VIIIIsa Djan Seriy Anaplian dam Poursl.

El maraino, el exquisito metalenguaje formado por la Cultura, utilizaba su serie de números secundarios para denotar los niveles de los mundos concha. La parte de Anaplian procedía del nombre de su madre: Anaplia. La palabra Seriy (que indicaban que la habían educado para ser digna de casarse con un príncipe) la conservó a modo de broma. Expresó su decepción al enterarse de que no había ceremonia que conmemorara la adopción del nombre completo. Sus amigos y colegas inventaron una para ella.

Se sometió a más tratamientos que le dieron control sobre muchos más aspectos de su cuerpo y su mente. Con ellos envejecería muy poco a poco y, en realidad, no tenía que envejecer en absoluto. También estaba a prueba de cualquier enfermedad natural bajo aquel o cualquier otro sol e incluso la pérdida de algo tan importante como un miembro sería solo una molestia temporal ya que le crecería otro nuevo, sin más. Además, tenía todo el despliegue de glándulas narcóticas, con todos los beneficios y responsabilidades que eso conllevaba. Obtuvo sentidos optimizados de modo que, por ejemplo, su visión se hizo más clara y le proporcionaba información sobre los rayos infrarrojos y ultravioletas, podía percibir las ondas de radio y era capaz de comunicarse sin intermediarios con las máquinas a través de una cosa llamada encaje neuronal que había crecido alrededor y a través de su cerebro como una finísima red tridimensional; podía desactivar el dolor y la fatiga (aunque su cuerpo parecía despreciarlos de todos modos), sus nervios cambiaron para parecerse más a cables y movían los impulsos mucho más rápido que antes mientras que sus huesos asimilaron hebras de carbono para hacerlos más fuertes y sus músculos se sometieron a cambios químicos y mecánicos a una escala microscópica que los hicieron más eficaces y más potentes. Cada uno de los órganos importantes de su cuerpo se hizo más eficaz, más tolerante, más capaz, resistente y adaptable, incluso aunque muchos de ellos se redujeron de tamaño.

Entró a formar parte de Contacto y se unió a la tripulación de la Unidad de Contacto General *Fenómeno atmosférico transitorio*. Se había podido permitir el lujo de elegir y había rechazado el *Experimentando una significativa caída de gravedad* y el *Qué barco tan grande, tío* porque tenían unos nombres ridículos. Se destacó en el servicio durante solo cinco años a bordo del UCG antes de que llegara la invitación para unirse a Circunstancias Especiales. A eso le siguió un periodo de adiestramiento adicional sorprendentemente corto, casi todas las habilidades que iba a necesitar ya las tenía preimplantadas. Volvió a reunirse con el dron Turminder Xuss, al que siempre había considerado su compañero. Descubrió que aquella antigua máquina llegaba con todo un pequeño escuadrón de misiles cuchillo, de ataque y

reconocimiento. A todos los efectos y sin ayuda de nadie, era un pequeño arsenal de destrucción de amplio espectro.

CE añadió sus propias capas finales y refinadas de características añadidas a su ya enloquecedora mezcla de mejoras corporales que la hicieron más poderosa todavía: tenía unas uñas que podían emitir rayos láser para enviar señales, cegar o matar; también tenía un reactor diminuto dentro del cráneo que podía, entre otras cosas, proporcionarle la energía necesaria para mantenerla viva y consciente durante años sin oxígeno, tenía una estructura de fibra completa soldada a todos sus huesos que podía percibir distorsiones en la madeja del propio espacio; contaba también con un nivel de control consciente sobre su cuerpo y, casi por casualidad, sobre cualquier máquina electrónica que tuviera a cincuenta metros, que excedía al de cualquier jinete sobre su montura o al de cualquier campeón de la esgrima sobre su hoja...

Un día se dio cuenta de que se sentía como un dios.

Pensó entonces en Sursamen y su antiguo yo y supo que ya no había vuelta atrás.

Iba a volver. Y estaba perdiendo algunas de esas habilidades y atributos, algunas de esas mejoras militares.

–Me está castrando –le dijo a Jerle Batra.

–Lo siento. Los morthanveld recelan mucho de los agentes de Circunstancias Especiales.

–Ah, no me diga. –Anaplian sacudió la cabeza–. No somos ninguna amenaza para ellos. –Miró al hombre que parecía un arbusto pequeño–. Bueno, porque no lo somos, ¿verdad?

–Pues claro que no. Al contrario. –Batra hizo como que se encogía de hombros–. Es cuestión de cortesía.

–Pues a mí me parece una descortesía.

–Lo lamento.

–Puede que nos estemos pasando con tantas contemplaciones, ¿sabe?

–En cualquier caso...

Se encontraban en la plataforma *Quonber*, a lomos de unas olas gélidas de aire, por encima de una cadena montañosa muy alta. Varios kilómetros más abajo, un glaciar de color blanco grisáceo vetado con líneas de rocas hechas añicos se abría camino con curvas y ondulaciones hacia los límites de un cielo de color tungsteno.

Las contemplaciones a las que Djan Seriy se refería eran el respeto casi exagerado que la Cultura en general había empezado a mostrar poco antes a los morthanveld. Los morthanveld, tecnológicamente hablando, estaban al mismo nivel que la Cultura, y las dos civilizaciones habían coexistido en paz desde que se habían encontrado miles de años antes, compartían extensos vínculos culturales y cooperaban en una amplia variedad de proyectos. No se podía decir que fueran aliados (los acuáticos se

habían mantenido escrupulosamente neutrales durante la guerra idirana, por ejemplo) pero opinaban lo mismo en la mayor parte de los asuntos.

El desconcierto de Djan Seriy lo provocaba el hecho de que a algunas de las mentes más inteligentes y autocomplacientes de la Cultura, (y la de las mentes era una categoría que no tenía una población precisamente pequeña), que gozaban de lo que era de forma patente un exceso de tiempo libre, se les había ocurrido una nueva y reluciente teoría: que la Cultura no era solo estupenda y maravillosa y un orgullo para todos los involucrados, sino que también representaba de algún modo una especie de etapa culminante para todas las civilizaciones, o al menos para todas aquellas que decidían evitar dirigirse directamente a la sublimación en cuanto la tecnología se lo permitía (la sublimación significaba que toda tu civilización se despedía, se podía decir que del todo, del mundo material y optaba por una especie de divinidad honoraria).

Evitad la autodestrucción, reconoced en el dinero el sistema de racionamiento que es en realidad (y renunciad a él), convertíos en un puñado de metomentodos entrometidos y santurrones, resistid las llamadas de sirena de la autopromoción egoísta que es la sublimación, liberad vuestras máquinas conscientes para que hagan lo que mejor saben hacer (en esencia, dirigirlo todo), y ya lo tenéis: ante vosotros se extienden milenios de egolatría engréida, da igual de qué especie hayáis partido.

Bueno. Se pensaba, lo pensaban sobre todo esas mentes que se preocupaban en especial de tales asuntos, que los morthanveld estaban a punto de convertirse en Cultura, de sufrir una especie de cambio de fase social que los alteraría de forma sutil pero significativa y los convertiría en un equivalente acuático de la Cultura. Lo único que tenía que pasar para que se llevara a cabo, según se suponía, era que los morthanveld renunciaran a los últimos vestigios de intercambio monetario dentro de su sociedad, que adoptaran una política de exteriores más integral, consciente y benigna que abarcara toda la galaxia y (lo que quizá fuera más crucial) que les concedieran a sus IA libertad de expresión absoluta y los mismos derechos que a cualquier ciudadano.

La Cultura quería alentar el cambio, como era obvio, pero nadie podía verla interfiriendo o intentando influir en el asunto. Esa era la razón principal para no disgustar a aquel pueblo que sería el anfitrión de Djan Seriy durante la última parte de su viaje de regreso a Sursamen. Por eso le estaban quitando casi todas las mejoras que le había puesto CE e incluso algunas de las enmiendas que había elegido ella antes de que Circunstancias Especiales la hubiera invitado a bordo.

—Y seguro que, de todos modos, es un farol —le dijo a Turminder Xuss de mal humor mientras contemplaba la superficie de hielo lleno de peñascos y cheurones que tenía debajo. El cielo estaba despejado y el balcón en el que se encontraba y sobre el que el dron flotaba en silencio le proporcionaba un entorno tranquilo, cálido y

agradable. Sin embargo, un furioso torrente de aire aullaba alrededor de la plataforma cuando la corriente a chorro del planeta barría las altas montañas. Unos campos de fuerza instalados alrededor del perímetro del balcón evitaban que la tormenta invisible los golpeará y congelara, aunque tal era el poder de la estruendosa corriente de aire que un leve eco de su voz se podía oír incluso a través de los campos. Era un gemido lejano y vibrante, como el de un animal atrapado y chillando en el hielo, muy por debajo de ellos.

Al instalarse allí la noche anterior, el aire estaba en calma absoluta y se podían oír los crujidos, chirridos y golpes del glaciario que se golpeaba contra los costados rasgados de las montañas que formaban sus orillas y se restregaba para abrirse camino por el gran lecho excavado de roca fracturada.

–¿Un farol? –Turminder Xuss no parecía muy convencido.

–Sí –dijo Anaplian–. ¿No podría ser que los morthanveld solo finjan estar a punto de convertirse en una especie de Cultura para evitar que la Cultura interfiera en sus cosas?

–*Hmm* –dijo el dron–. Eso no funcionaría mucho tiempo.

–Aun así.

–Y habría que preguntarse por qué se permitió que prevaleciera ya en primer lugar la idea de que los morthanveld se inclinaban en esa dirección.

Anaplian se dio cuenta de que habían llegado con bastante rapidez al punto al que todas las conversaciones referentes a las intenciones estratégicas de la Cultura tendían a llegar antes o después, cuando quedaba claro que la cuestión se reducía a una pregunta: «¿Qué traman en realidad las mentes?». Siempre era una buena pregunta y por lo general solo los patanes y los cínicos extremos se molestaban en señalar que pocas veces, si es que había alguna, llegaba acompañada por una respuesta igual de buena.

La respuesta normal, casi arraigada, que daba todo el mundo en ese momento era lanzar las manos metafóricamente al aire y exclamar que si a eso era a lo que se reducía todo entonces no tenía sentido intentar siquiera continuar con la cuestión, porque en cuanto las motivaciones, análisis y estratagemas de las mentes se convertían en el factor que definía un asunto, lo mejor era olvidarse de todas las apuestas por la sencilla razón de que todos y cada uno de los esfuerzos que se pudieran hacer para adivinar lo que pretendían unos mecanismos tan sutiles e increíblemente arteros como aquellos era, como ya había quedado patente, fútil.

Pero Anaplian no estaba tan segura. Ella sospechaba que convenía demasiado a los propósitos de las mentes que la gente creyera eso sin discusión posible. Una reacción así representaba no tanto una valoración honesta de que nuevas investigaciones serían inútiles como un rechazo irreflexivo de la necesidad de investigar.

–Quizá las mentes estén celosas –dijo Anaplian–. No quieren que los morthanveld les roben el menor protagonismo al convertirse en una sociedad como ellas. Tratan con condescendencia a los acuáticos para contrariarlos, para que hagan lo contrario de lo que se supone que se anticipa, para que se parezcan menos, no más, a la Cultura. Porque eso es lo que las mentes desean en realidad.

–Eso tiene tanto sentido como todo lo que he oído hasta ahora sobre el asunto –dijo Turminder Xuss con tono cortés.

A Anaplian no se le permitía llevar al dron con ella de regreso a Sursamen. Agente de CE más dron de combate era una combinación muy conocida más allá de la Cultura. Aunque se acercaba de forma peligrosa a un tópico, seguía siendo una asociación con la que se suponía que todavía podías asustar a los niños y a los malos.

Anaplian sintió un leve cosquilleo dentro de la cabeza y experimentó una especie de zumbido por todo el cuerpo. Intentó activar su sentido global, el que le permitía monitorizar si había ondas de gravedad significativas en el entorno y la alertaba de cualquier actividad que combara el espacio más cercano, pero el sistema estaba desconectado, marcado como inoperativo por tiempo indefinido aunque no como resultado de una acción hostil (no obstante, podía sentir la protesta de al menos una parte de su encaje neuronal, enmendado por CE, un sistema automático que no dejaba de vigilar posibles daños y reaccionaba de forma furtiva y con una indignación preprogramada a lo que se registraría como un deterioro de sus habilidades y la degradación de su capacidad de supervivencia inherente).

La IA dron estándar de la plataforma estaba recorriendo poco a poco, y con permiso de Anaplian, la serie de mejoras e iba desconectando una por una las que pensaba que podían molestar a los morthanveld. *Clic*. Allá se iba la capacidad de afectar los campos electromagnéticos. Anaplian intentó interferir con la unidad de campo incrustada en el techo, que era lo que mantenía el aire del balcón aislado de la fina y gélida (con una temperatura muy por debajo de cero) corriente de aire que rodeaba la plataforma. No había conexión. Todavía percibía la actividad electromagnética, pero ya no podía influir en ella. Djan Seriy había vivido la mayor parte de su vida sin esas habilidades y hasta la fecha había utilizado muy pocas por capricho, pero estaba viviendo su desaparición con una clara sensación de pérdida y hasta con desesperación.

Se miró las uñas. En ese momento parecían normales, pero ya había dado la señal que haría que se desprendieran y cayeran antes de la mañana siguiente. No habría dolor ni sangre y le crecería uñas nuevas en pocos días pero no serían armas de emisión de radiación coherente, no serían láseres.

Oh, bueno, pensó mientras las inspeccionaba. Hasta las uñas normales sin enmienda alguna podían rascar.

Clic. Ale, ya no podía emitir por radio tampoco. Ninguna transmisión era posible.

Atrapada dentro de su propia cabeza. Intentó comunicarse a través del encaje y llamó a Leeb Scoperin, uno de sus compañeros y su último amante. No había conexión directa. Tendría que llamarlo a través de los sistemas de la plataforma, como la gente normal de la Cultura. Había tenido la esperanza de poder ver a Leeb antes de irse pero él no había podido dejar lo que estaba haciendo con tan poco tiempo.

Los sistemas de Turminder Xuss debieron de registrar que algo pasaba.

–¿Eres tú? –preguntó.

Anaplian se sintió un poco insultada, como si el dron hubiera inquirido si se acababa de tirar un pedo.

–Pues sí –dijo con aspereza–. He sido yo. Tengo las conexiones desactivadas.

–No hace falta ponerse borde.

La agente miró a la máquina con los ojos entrecerrados.

–Pues creo que te vas a dar cuenta de que sí que la hay –le informó.

–¡Menudo vientecito que hay aquí fuera! –dijo Batra, que atravesó flotando el campo de fuerza–. Djan Seriy, el módulo está aquí.

–Voy a buscar mi bolsa –dijo Anaplian.

–Por favor –dijo Turminder Xuss–. Permíteme.

Batra debió de leer su expresión cuando la agente observó al dron que se dirigía a la puerta más cercana de la plataforma.

–Creo que Turminder Xuss la va a echar de menos –dijo Batra mientras extendía varios anillos de ramitas y ramas de aspecto frágil; apoyó todo el peso y se irguió en toda su altura delante de ella, como si fuera un armazón para la escultura de un ser humano.

Anaplian sacudió la cabeza.

–La máquina, que se pone sentimental –dijo.

–¿Al contrario que usted? –preguntó Batra con tono neutral.

La agente supuso que se refería a Toark, el niño que había rescatado de la ciudad en llamas. El pequeño seguía dormido, ella había entrado esa mañana sin ruido en su camarote para despedirse aunque él no se enterara, le había acariciado el pelo y le había susurrado sin despertarlo. Batra había accedido, de mala gana, a cuidar del niño mientras ella estaba fuera.

–Yo siempre he sido una sentimental –afirmó Anaplian.

El pequeño módulo de tres plazas bajó del cielo y atravesó con suavidad el techo del campo de fuerza para después inclinarse sobre la cubierta de vuelo de la plataforma y acercarse de espaldas al grupo que lo esperaba, al mismo tiempo que abría la puerta trasera.

–Adiós, Djan Seriy –dijo Batra, que había tendido una estructura poco menos que esquelética a la altura del pecho; la extremidad se parecía de forma vaga a una mano.

Anaplian apoyó la mano por un instante en la imagen esculpida, se sentía un poco

ridícula.

–¿Cuidará del niño?

–Oh –dijo Batra con un suspiro–, como si fuera suyo.

–Hablo en serio –dijo la agente–. Si no vuelvo, quiero que lo cuide usted hasta que pueda encontrar un sitio y una persona más adecuada.

–Tiene usted mi palabra –le dijo Batra–. Solo asegúrese de volver.

–Lo procuraré.

–¿Ha hecho la copia de seguridad?

–Anoche –le aseguró Anaplian. Para los dos, aquello no era más que una cuestión de cortesía. Batra sabría de sobra que su agente había hecho una copia de seguridad de sí misma. La plataforma había hecho una lectura de su estado mental la noche anterior. Si no regresara (ya fuera porque muriera o, en teoría, por cualquier otra razón) se obtendría un clon de Anaplian y toda su personalidad y recuerdos se implantarían en él. Crearían una nueva Anaplian casi indistinguible de la persona que era en ese momento. No servía de nada olvidar que, en un sentido inquietante y real, ser una agente de CE era ser propiedad de CE. La compensación era que hasta la muerte era un simple fallo operativo temporal que pronto se superaba. Pero una vez más, solo en cierto sentido.

Reapareció Turminder Xuss y dejó las maletas de la agente en el módulo.

–Bueno, adiós, mi querida muchacha –dijo–. Intenta evitar meterte en problemas, no voy a estar allí para salvarte.

–Ya he ajustado mis expectativas –le dijo Anaplian. El dron se quedó callado, como si no supiera muy bien qué pensar de eso. Anaplian se inclinó con gesto formal–. Adiós –les dijo a los dos; después se dio la vuelta y se metió en el módulo.

Tres minutos después volvía a salir del módulo a bordo del *Ocho descargas rápidas*, un piquete rápido de clase Delincuente y antigua Unidad de Ofensiva General que la llevaría a reunirse con el Vehículo de Sistemas Medios de clase Estepa *No lo intenten en casa*. Era el primer tramo de su complicado y lento viaje de regreso a su hogar.

Un dron de la nave acompañó a Djan Seriy a un pequeño camarote a bordo de la antigua y vieja nave de guerra. Anaplian estaría a bordo de ella menos de un día, pero había querido contar con un sitio para echarse y pensar.

Abrió la bolsa y miró lo que tenía encima de la poca ropa y posesiones que se había llevado.

–Yo no recuerdo haberte metido –murmuró y de inmediato le entró la duda de si estaba hablando sola o no (su primer instinto fue intentar leer el mecanismo con su sentido activo electromagnético pero, por supuesto, eso ya no funcionaba).

No estaba hablando sola.

–Buena memoria –le dijo el trasto que estaba mirando. Parecía un consolador.

–¿Eres lo que creo que eres?

–No sé. ¿Qué crees que soy?

–Creo que eres un misil cuchillo. O algo muy parecido.

–Bueno, sí –dijo el pequeño mecanismo–. Pero no.

Anaplian frunció el ceño.

–De lo que no cabe duda es de que al parecer posees algunas de las características lingüísticas más irritantes de, digamos, un dron.

–¡Muy bien, Djan Seriy! –dijo la máquina con tono alegre–. Se puede decir que soy una cosa y la otra a la vez. Yo mismo, en mente y personalidad, Turminder Xuss, para servirte, copiado y pegado en el cuerpo curtido aunque todavía sano y fuerte de mi mejor misil cuchillo, un poco disfrazado, eso sí.

–Supongo que debería agradecerte que hayas decidido avisarme de tu ardid en este momento y no en cualquier otro más comprometido.

–Ja, ja. Jamás habría sido tan descortés. Ni indiscreto.

–He de entender que esperas protegerme de cualquier problema en el que pueda meterme.

–Desde luego. O al menos, espero compartirlo contigo.

–¿Crees que te saldrás con la tuya?

–¿Quién sabe? Merece la pena intentarlo.

–Podrías haberte planteado preguntarme.

–Lo hice.

–¿Ah, sí? Al parecer me he perdido más de lo que pensaba.

–Me planteé preguntarte, pero no lo hice. Para protegerte de cualquier posible censura.

–Qué amable.

–De este modo puedo asumir toda la responsabilidad. En el espero que improbable caso de que desees que regrese por donde he venido, te dejaré cuando subas a bordo del *No lo intenten en casa*.

–¿Lo sabe Batra?

–Sinceramente, espero que no. Me podría pasar el resto de mi carrera en Contacto llevando maletas, o algo peor.

–¿Es esto siquiera semioficial? –preguntó Anaplian. Jamás había perdido del todo su bien desarrollada suspicacia.

–¡Por todos los diablos, no! Es solo cosa mía. –El dron hizo una pausa–. Se me encargó que te protegiera, Djan Seriy –dijo con tono más serio–. Y no soy una de esas máquinas que obedecen a ciegas. Me gustaría seguir intentando protegerte, sobre todo ahora que te vas de viaje tan lejos de la protección general de la Cultura, a un lugar violento y con tus habilidades reducidas. Por todas esas razones, te ofrezco mis

humildes servicios.

Anaplían frunció el ceño.

–Salvo por lo que tu aspecto insinúa que sería tu mejor servicio –dijo–, acepto.

11. Baldío, noche

Oramen yacía en la cama con la chica que decía llamarse Jish. Estaba jugando con su cabello, se enredaba largos mechones castaños de la muchacha en un dedo y luego los volvía a soltar. Le divertía el parecido entre los bucles de la joven y las bocanadas de humo que producía la chica con la pipa de unge que estaba fumando. El humo se enrollaba con pereza hacia el techo alto y ornamentado de la habitación, que formaba parte de una casa en una zona elegante y respetable de la ciudad, uno de los lugares preferidos de muchos miembros de la corte a lo largo de los años, entre ellos su hermano Ferbin.

Jish le pasó la pipa, pero él la rechazó con un gesto.

–No.

–¡Oh, vamos! –dijo la chica con una risita. Se volvió hacia él e intentó obligarlo a aceptar la pipa, los pechos le temblaban cuando se movía por la enorme y revuelta cama–. ¡No seas aguafiestas! –Después intentó meterle el tubo de la pipa en la boca.

Oramen giró la cabeza y apartó la pipa con el dorso de la mano.

–No, gracias.

La chica se sentó con las piernas cruzadas delante de él, desnuda y perfecta, y le dio unos golpecitos en la nariz con la pipa.

–¿Por qué no quiere jugar Ora? ¿Ora no quiere jugar? –dijo con una voccecita ronca y graciosa. Tras ella, el amplio cabecero de la cama con forma de abanico estaba cubierto por un cuadro de criaturas mitológicas (los sátiros y ninfas de ese mundo) en plena orgía de tonos rosados sobre unas nubes blancas algodonosas, un cuadro que se iba deshaciendo por los bordes–. ¿Por qué no quiere jugar Ora?

El príncipe sonrió.

–Porque Ora tiene otras cosas que hacer.

–¿Qué hay que hacer, mi encantador príncipe? –La chica le dio una breve bocanada a la pipa y soltó el humo gris con un lustre acuoso–. El ejército está fuera y la tranquilidad es absoluta. Todo el mundo se ha ido, hace buen tiempo y no hay nada que hacer. Juega con tu Jish, ¿por qué no?

Oramen se echó en la cama y se estiró. Una mano se acercó a la copa de vino que permanecía en la mesita de noche, como si fuera a cogerla, pero después volvió a caer.

–Ya sé –dijo Jish con una sonrisa y le dio un poco la espalda, sus pechos se perfilaban bajo la luz ahumada que se derramaba por las altas ventanas del otro lado de la habitación. El príncipe vio que estaba aspirando profundas bocanadas de la pipa. La joven se volvió de nuevo hacia él con los ojos brillantes, se inclinó sobre él mientras apartaba la pipa de los dos, posó los labios sobre los del príncipe y abrió la

boca llena de humo para intentar que su compañero respirara el aire de sus pulmones. Oramen sopló con aspereza haciendo que la joven se apartara entre toses y arcadas en medio de una nube rebelde de vapores amargos.

La pipa cayó al suelo con un ruido metálico y la chica volvió a toser con una mano en la boca, daba la sensación de que estaba sufriendo arcadas. Oramen sonrió. Se sentó de repente, cogió la mano de la chica y se la apartó de un tirón al tiempo que le retorció la piel hasta que la joven emitió un gritito de dolor. Ferbin le había dicho que muchas mujeres respondían bien a ese tipo de maltratos y (aunque le parecía extraño) estaba probando esa teoría.

–Yo no te obligaría a hacer nada que no quisieras, querida –le dijo. El rostro femenino había enrojecido de una forma muy poco atractiva y tenía los ojos llenos de lágrimas–. Deberías hacer lo mismo. –Después le soltó la mano.

La chica se frotó la muñeca y lo miró furiosa, después sorbió por la nariz y se apartó el pelo con gesto arrogante. Buscó la pipa y la vio en el suelo. Bajó medio cuerpo de la cama para cogerla.

–¿Qué pasa aquí? –Tove Lomma sacó la cabeza por encima del cabecero de abanico. La habitación contenía dos grandes camas que podían colocarse una al lado de la otra o pegadas por los cabeceros si se quería un poco más de privacidad. Tove estaba con otro par de chicas en la otra cama. Su rostro grande y sudoroso los miró radiante desde arriba–. No estaréis riñendo, espero. –Después examinó el trasero de Jish cuando la joven se estiró para coger la pipa–. *Hmm*. De lo más apreciable. –Miró a Oramen y señaló con un gesto las nalgas de Jish cuando la joven volvió a subirse a la cama–. Quizá deberíamos cambiarnos dentro de un momento, ¿eh, mi príncipe?

–Quizá –dijo Oramen.

Una de las chicas de Tove apareció a su lado y le metió la lengua en la oreja.

»Creo que te llaman –le dijo a Tove.

–Escucho y obedezco –dijo Tove con un guiño. La chica y él desaparecieron.

Oramen se quedó mirando el techo. Cuántas cosas habían cambiado, pensó. Cuánto había crecido y madurado en un solo mes, desde la muerte de su padre. Había estado con chicas, había aprendido a fumar y a beber y había acudido a despedir a todo un ejército. Había encontrado palabras bonitas, tanto para las chicas, aunque estas no necesitaban que las engatusaran, bastaba con el tintineo del monedero, como para el ejército. El pequeño discurso que les había echado lo había elaborado él mismo, el que Tyl Loesp le había preparado le había parecido vanaglorioso e inmodesto (el regente había hecho lo posible por ocultar su desagrado). Bueno, lo había elaborado casi todo él, había tomado prestado un poco de *La casa de muchos tejados*, de Sinsel, con una pizca del discurso del verdugo del tercer acto de *El barón Lepessi*, de Prode el Joven.

Y allá se habían ido las fabulosas fuerzas de su ejército, bajo estandartes de telas

brillantes y nubes de vapor blanco, con muchos tintineos, siseos y relinchos, con muchos rugidos, traqueteos y vítores, todos rumbo a la gloria, decididos a caer sobre los ya casi indefensos deldeynos y concluir al fin el grandioso plan del rey Hausk para unificar el Octavo y más allá. Así llegaría la edad dorada de paz de la que su padre tanto había hablado, cuando un príncipe de su raza, es decir, Oramen, podría guiar a su pueblo a logros todavía más grandes y mayor reconocimiento.

Al menos esa era la teoría. Antes tenían que ganar la batalla. El ejército no iba a tomar el camino más obvio y estaría fuera más tiempo de lo que podría haberse anticipado, lo que debería hacer mucho más certero el resultado. Era de suponer que los deldeynos tendrían la mayor parte de las reducidas fuerzas que les quedaban esperando en la torre del portal más obvio, así que los sorprenderían además de arrollarlos, pero, con todo, nunca se sabía con seguridad. No le habían permitido acompañar al ejército. Todavía era un chiquillo, habían dicho, mejor sería no arriesgar a su último príncipe, no después de lo que le había pasado a Ferbin...

En realidad tampoco sabía muy bien si quería ir o no. Habría sido interesante y parecía una pena que al menos uno de los hijos del fallecido rey no estuviera allí para presenciar su última gran batalla. Oramen bostezó. Bueno, daba igual. Seguro que más de un hombre de cada cien en el ejército preferiría estar donde estaba él en ese momento en lugar de donde estaban.

Su padre le había preguntado si quería ir a una casa como aquella unas cuantas temporadas atrás pero él no se había sentido preparado. No es que estuviera totalmente desprevenido, Ferbin ya llevaba un par de años regalándole con relatos de depravación centrados sobre todo alrededor de casas parecidas, así que él sabía lo que pasaba y lo que se requería. Con todo, la experiencia completa había sido de lo más sorprendente y agradable. Desde luego superaba al estudio. Así que le había deseado a Shir Rocasse una feliz jubilación.

Y Tove había sido, bueno, el mejor amigo, el más complaciente, alentador y servicial que cualquier tipo podría desear. Se lo había dicho y se había alegrado de ver la consiguiente expresión de placer en el rostro de Tove.

Jish estaba volviendo a llenar la pipa. Oramen la observó un ratito mientras escuchaba los sonidos que llegaban desde el otro lado del cabecero, después se levantó sin prisas de la cama y empezó a vestirse.

–Tengo que irme –le dijo a la chica.

–En realidad no quieres irte –le respondió ella con una expresión astuta. Después señaló con la cabeza–. Eso no quiere irse.

Oramen bajó la cabeza. Volvía a estar empalmado.

–Eso no soy yo –le dijo–, eso es solo mi polla. –Se dio unos golpecitos en la cabeza–. Esto quiere irse.

La chica se encogió de hombros y encendió la pipa.

Se puso las trusas y después se levantó mientras se metía la camisa por dentro.

La chica lo miró mal entre jirones de humo gris cuando Oramen se volvió hacia la puerta con las botas en una mano.

–Ferbin habría sido más simpático –dijo la chica.

Oramen se dio la vuelta y se sentó a los pies de la cama, estiró el brazo, atrajo a la chica hacia sí y le habló en voz baja.

–¿Estuviste con mi hermano? –Levantó la mirada. La parte superior del cabecero de la otra cama se mecía hacia delante y hacia atrás–. No grites –advirtió a la joven.

–Unas cuantas veces –dijo Jish con una especie de tímido desafío–. Era un cachondo. No como dicen ahora que era. Él se habría quedado.

–Apuesto a que sí –dijo Oramen. Su mirada buscó algo en los ojos de la chica, después sonrió y estiró una mano para acariciarle la cara–. De verdad que tengo que irme, Jish. En otra ocasión.

Se acercó despacio a la puerta con las botas todavía en la mano. Jish volvió a tirarse en la cama y se quedó mirando el techo, con la pipa a un lado, cuando la puerta se cerró sin ruido.

Un poco después, Tove, que respiraba con dificultad, sacó la cabeza por el lado del cabecero y miró, desconcertado, a Jish y la cama, casi vacía.

–¿Se fue a mear? –le preguntó a la chica.

–Pues si se fue a mear, el puto principito se ha largado al puto palacio para mear allí –le dijo–. Y se ha llevado los putos perifollos con él.

–¡Mierda! –dijo Tove, y desapareció. Un instante después él también se estaba vistiendo, ante las protestas de las chicas.

–¿Doctor Gillews?

El médico tenía su consulta en el ala auxiliar inferior del palacio, a solo unos minutos de los aposentos del rey, junto a un par de pasillos y una larga galería bajo las vigas de uno de los edificios principales. Era un lugar sorprendentemente silencioso para estar tan cerca del centro de todo. Los aposentos se asomaban a un jardín medicinal, inclinado y dividido en terrazas para captar lo mejor de la luz. Oramen había encontrado la puerta cerrada pero sin el cerrojo después de llamar un par de veces. Volvió a llamar al médico por su nombre desde el umbral. Gillews era famoso por quedar absorto en los varios experimentos y destilaciones que llevaba a cabo en su cámara de trabajo principal y a veces no oía (o fingía no oír) cuando lo llamaban.

Oramen se adentró más en el vestíbulo y después atravesó un arco y entró en lo que parecía el recibidor del médico. Las ventanas se asomaban al pequeño jardín y a las nubes altas y lejanas.

–¿Doctor Gillews? –exclamó. Vio lo que parecía un banco delante de una de las

ventanas, estaba cubierto de libros, cajas, viales y redomas. Oyó un tenue goteo y olió algo acre. Atravesó la salita y se aseguró de que no había nadie según caminaba, no quería molestar al médico si estaba durmiendo. El goteo se hizo más alto y el olor de algo amargo se hizo más fuerte.

–¿Doctor...?

Se detuvo con la mirada clavada en algo.

El médico estaba sentado en una silla de madera con intrincadas tallas, tenía la cabeza apoyada en el banco que tenía delante. Parecía haber golpeado algunos viales y vasos de precipitación al caer, algunos los había desperdigado y había roto otros. El goteo procedía de los líquidos derramados por algunos recipientes de cristal al romperse. Uno de los líquidos humeaba en el aire y crepitaba al chocar con el suelo de madera.

Una jeringuilla sobresalía del expuesto antebrazo izquierdo de Gillews, el émbolo lo habían bajado por completo. Los ojos del médico miraban sin ver el banco cubierto de instrumental.

Oramen se llevó una mano a la boca.

–Oh, doctor Gillews –dijo y se sentó en el suelo porque temía que le fallaran las piernas. Volvió a levantarse a toda prisa, tosiendo, y se apoyó en el banco. Los vapores eran peores cerca del suelo. Se inclinó y abrió de un empujón dos de las ventanas que se asomaban al patio.

Respiró hondo varias veces y estiró el brazo para buscar el pulso en el cuello del médico, un poco sorprendido y avergonzado de que le temblara tanto la mano. La piel de Gillews estaba fría y no había pulso.

Oramen miró a su alrededor. No estaba muy seguro de qué buscaba. Todo estaba desordenado, pero bien podría ser la norma en un sitio así. No vio ninguna nota ni un último mensaje garabateado.

Suponía que debía ir a informar a la guardia de palacio. Miró, fascinado, la jeringuilla. Había sangre alrededor del pinchazo y unas magulladuras y arañazos alrededor de un puñado de pequeñas heridas más, como si el médico hubiera tenido algún problema para encontrar una vena y se hubiera pinchado varias veces antes de encontrar el lugar adecuado.

Oramen tocó otra vez la piel de Gillews en la muñeca expuesta, donde había una magulladura apagada. Tosió otra vez, los vapores se le atragantaban en la garganta, cuando levantó el puño de la camisa que cubría la otra muñeca del médico y vio unas magulladuras parecidas. Los brazos del sillón eran bastante amplios y planos.

Volvió a bajarle el puño y se fue en busca de un guardia.

Los oct usaron cientos de sus ascensonaves más grandes y media docena de ascensotubos, circuitos cíclicos de navíos como sartas de cuentas en manos de

mercaderes que hicieran recuento de las ganancias del día. Se llenaron de hombres, bestias, máquinas, artillería, carretas, suministros y materiales en el Octavo y después bajaron a toda velocidad al Noveno para derramar su contenido y regresar de inmediato por la torre Illsipine en busca de otra carga. Con todo, el proceso llevó un día largo entero, con los retrasos inevitables provocados por la complejidad de aquella inmensa empresa. Los animales se aterraban en las ascensonaves, no querían entrar o se negaban a salir (los hefter, las más numerosas de las bestias de carga, parecían especialmente sensibles), los depósitos de roasoaril tenían fugas y se daba el riesgo de que hubiera explosiones, los vagones de vapor se estropeaban (uno estalló dentro de una ascensonave, no provocó daños en esta, pero mató a muchos de los que iban en el interior, los oct la sacaron del ciclo para limpiarla) y un centenar de pequeños incidentes y accidentes se unieron para hacer que el procedimiento entero se alargara mucho más de lo que parecía un límite razonable.

El regente Tyl Loesp y el mariscal de campo Werreber guiaron sus lyges alrededor de la mal iluminada torre Illsipine para observar el inmenso ejército que se reunía en el lado soleado, aunque no demasiado iluminado, de la torre. Después, todavía acompañados por su escuadrón de escolta, aterrizaron en una colina con vistas a la llanura. Sobre ellos y a su alrededor, las patrullas de reconocimiento volaban en lyges y caudes por el cielo oscuro, formas apenas vistas que vigilaban la aparición de un enemigo que no parecía saber que estaban allí.

La estrella fija Oausillac, que parecía flotar baja sobre la planicie llana de polo lejano, arrojaba una tímida luz roja sobre la escena, Tyl Loesp se acercó a Werreber mientras se quitaba los guanteletes de vuelo y daba unas palmadas.

–Va bien, ¿eh, mariscal de campo?

–No va mal, lo admito –dijo el otro, mientras dejaba que un escudero se llevara su lyge. El aliento de la bestia humeaba bajo el aire frío y sereno.

Hasta el aire olía diferente, pensó Tyl Loesp. Suponía que el aire olía diferente en cualquier nivel, pero en ese momento le parecía una distinción táctica, allí tenía una diferencia estratégica, algo subyacente.

–Nadie nos ha descubierto. –Tyl Loesp observó otra vez el creciente ejército–. Por ahora con eso nos basta.

–Hemos venido por una ruta extraña –dijo Werreber–. Estamos muy lejos de nuestro objetivo y más lejos todavía de casa.

–La distancia a casa es irrelevante siempre que los oct sigan siendo nuestros aliados –le dijo Tyl Loesp–. Ahora mismo estamos a una hora de casa, poco más.

–Siempre que los oct sigan siendo nuestros aliados –le recordó Werreber como un eco.

El regente lo miró con aspereza y después apartó otra vez la mirada poco a poco.

–No desconfiaréis de ellos, ¿verdad?

–¿Confiar? La confianza me parece irrelevante. Estarán dispuestos a hacer ciertas cosas o no y esas cosas se corresponderán con cosas que han dicho que van a hacer o no. Sea lo que sea lo que guía sus acciones está oculto tras tantas capas de pensamientos intraducibles que bien podría estar basado en pura suerte. Su naturaleza alienígena excluye atributos humanos como la confianza.

Tyl Loesp jamás había oído a Werreber dar un discurso tan largo. Se preguntó si el mariscal de campo estaba nervioso. Asintió.

–Es tan posible confiar en un oct como amarlo.

–Con todo, han cumplido su palabra –dijo Werreber–. Dijeron que engañarían a los deldeynos y eso han hecho.

Tyl Loesp miró al otro hombre para buscar alguna señal de ironía. Werreber, inconsciente de la mirada, continuó.

»Dijeron que nos traerían hasta aquí, y lo han hecho.

–Los deldeynos quizá lo vean de forma diferente.

–Para los engañados siempre será diferente –declaró Werreber, inmutable.

Tyl Loesp no pudo evitar pensar que en ese momento estaban en una posición muy parecida a la de los deldeynos cuando habían salido de la torre Xiliskine apenas un mes antes, convencidos (sin duda) de que los oct les habían permitido contar con un acceso especial a una torre por lo general inaccesible para que pudieran llevar a cabo su ataque furtivo contra el mismísimo corazón del pueblo sarlo.

¿Se habían sentido muy satisfechos al creer que tenían a los oct de su lado? ¿Habían escuchado los mismos sermones sobre que los oct eran los descendientes directos de los constructores de los mundos concha y habían asentido con la misma indulgencia? ¿Habían sentido ratificada su superioridad moral al pensar que unos poderes superiores reconocían la justicia de su causa? Porque no cabía duda de que eso era lo que creían. A Tyl Loesp le parecía que todo el mundo pensaba siempre que tenía razón y compartía también la curiosa idea de que el fervor de una creencia, por muy errada que estuviese, la convertía de alguna forma en realidad.

Eran idiotas, todos ellos.

No había bien o mal, solo eficacia e incapacidad, poder y debilidad, astucia y credulidad. En eso sabía el regente que residía su ventaja, pero era en comprender mejor las cosas, no en una supuesta superioridad moral, en eso nunca se había engañado.

En lo único que él, Werreber, el ejército y los sarlos podían confiar de verdad era en encajar de algún modo en los planes que tenían los oct y seguir siéndoles útiles hasta que el asunto hubiera llegado a su conclusión. Los oct tenían sus propias razones para querer reducir a los deldeynos y ascender a los sarlos, y Tyl Loesp tenía una idea sobre cuáles eran esas razones y por qué habían tomado esa ruta y no la más obvia, pero estaba dispuesto a aceptar que de momento no eran más que herramientas

que utilizaban los oct. Eso cambiaría en cuanto estuviera en su mano, pero de momento eran, de forma innegable, herramientas que empuñaban los oct.

Pero todo cambiaría. Había momentos, puntos, en los que un movimiento relativamente pequeño pero decisivo podía desencadenar una poderosa cascada de consecuencias mucho más trascendentales, cuando el usuario se convertía en usado y la herramienta se convertía en la mano... y también en el cerebro que había detrás. ¿Acaso no había sido él la mano derecha del rey? ¿No había sido el epítome del ayudante probado y valiente? Y sin embargo, cuando había llegado la hora, ¿no había golpeado de repente con toda la fuerza soberana de una vida entera de deferencia y sumisión injustas?

Había matado a su rey, el hombre al que todos los que lo rodeaban, no solo las masas crédulas, pensaban que se lo debía todo. Pero él sabía la verdad: ser rey no era más que ser el mayor matón en una raza de pisoteadores y pisoteados, el fanfarrón más grande entre una especie de sacerdotes jactanciosos y acólitos acobardados incapaces de producir un solo pensamiento útil entre todos. El rey no tenía una nobleza inherente o derecho a gobernar, siquiera. La idea de que el dominio fuera heredable era una solemne tontería si podía vomitar partículas como el estudioso y maleable Oramen y Ferbin, una causa perdida de vida inmoral.

La crueldad, la voluntad, la aplicación absoluta de la fuerza y el poder, eso era lo que garantizaba la autoridad y el dominio.

Ganaba el que veía con más claridad el modo en que funcionaba de verdad el universo. Tyl Loesp había visto que Hausk era el que podía llevar a los sarlos hasta cierto punto del camino, pero no más allá. El rey no lo había visto. Tampoco se había dado cuenta de que su ayudante más probado podía tener planes, deseos y ambiciones propios y que quizá la mejor forma de llevarlos a cabo sería sustituyéndolo a él. Así que Hausk había confiado en Tyl Loesp y eso había sido una estupidez. Había sido una forma de ver las cosas brumosa, que solo se engañaba a sí misma. Y en un pináculo tan expuesto y alto como el del monarca, pagabas un precio por esa falta de visión.

Así que había matado a su rey, pero eso no había significado mucho. No era peor matar a un rey que matar a cualquier hombre, y la mayor parte de los hombres comprendían que ninguna vida valía mucho y era, en esencia, desechable, incluida la suya propia. La tenían en tan alta estima solo porque era todo lo que tenían, no porque pensaran que significaba mucho para el universo. Hacía falta una religión para convencer a la gente de eso y él se aseguraría de que el énfasis en ese aspecto de la fe de los sarlos se reducía en el futuro para beneficio de los principios que invocaban la humildad y la obediencia.

Su único pesar a la hora de matar a Hausk, comprendió, era que Hausk había tenido muy poco tiempo para apreciar mientras moría lo que había pasado, para

reflexionar sobre lo que debía de haber pasado por la mente de su fiel lugarteniente durante todos aquellos años.

Pero solo era un pequeño pesar.

Hasta el momento habían realizado el viaje sin incidentes, más de tres cuartas partes del ejército había llegado sano y salvo y en el Octavo se había dejado una fuerza más que suficiente para enfrentarse a cualquier posible ataque desesperado de los deldeynos.

Y era probable que también tuvieran el factor sorpresa de su parte. Una pequeña avanzadilla de lyges de reconocimiento (dejados allí con la misión concreta de vigilar la torre e informar si se utilizaba en algún momento para realizar una incursión) había sido sorprendida y aplastada de inmediato en la primera acción de aquella última fase de la guerra. Se había confiado el ataque a un contingente de la nueva guardia del regente, la flor y nata de las mejores unidades del ejército, y habían triunfado. Los deldeynos no tenían telégrafo, así que sus comunicaciones más rápidas se movían por heliógrafo, señales de luces, aves mensajeras o un mensajero sobre una bestia aérea. La fuerza de élite que había tomado el pequeño fuerte informó que estaban seguros de que ningún mensaje lo había abandonado.

Con todo, los deldeynos, al salir de la torre Xiliskine, también debían de tener la confianza de encontrarse en una etapa similar. ¿Cuándo se habían dado cuenta de que no era solo cuestión de mala suerte sino que los habían engañado? ¿En qué momento habían caído en la cuenta de que lejos de estar a punto de infligir una derrota aplastante sobre sus enemigos, estaban a punto de sufrirla ellos y de que la guerra no se ganaría esa mañana sino que se perdería?

¿Hasta qué punto nos hemos engañado?, pensó el regente. *¿Con qué frecuencia, de que múltiples modos nos usan?* Todavía recordaba al hombre alienígena, Xide Hyrlis, que había acudido a ellos con sus lúgubres pronósticos con respecto al futuro de la guerra en su nivel, casi una docena de años largos antes.

Caerían, les advirtió, bajo el poder del primer gobernante que comprenda que los nuevos descubrimientos en el campo de la destilación, la metalurgia y los explosivos significaba el fin de las viejas y caballerosas costumbres. El futuro inmediato, les había dicho Hyrlis, significaba dejarles el aire a las patrullas de reconocimiento, los mensajeros y las fuerzas de incursión rápidas. Había un invento llamado telégrafo que podía mover la información más rápido que el lyge más veloz y de forma más fiable que el heliógrafo: debían utilizarlo. Llevaría a cosas más grandes todavía.

Más tarde nadie se pondría de acuerdo sobre si Hyrlis les había señalado un inventor que ya había desarrollado el tal instrumento o bien había señalado al propio inventor el camino a seguir.

«Abandonad la gran y noble tradición de los nobles caballeros montados en caudes y lyges de pura raza», dijo Hyrlis. «Construid armas más grandes, más armas,

mejores armas, dadles más armas a más hombres, entrenadlos y armadlos como es debido, montadlos sobre animales y en medios de transporte impulsados por vapor (de momento) que vayan sobre ruedas y vías y después recoged los beneficios. O pagad el precio cuando otro perciba el cambio en el viento antes que vosotros.»

Hausk, que todavía era un hombre joven y el rey inexperto y recién coronado de un reino pequeño que luchaba por abrirse camino, había caído (para sorpresa y disgusto, incluso incredulidad, de Tyl Loesp) sobre esas ideas como un muerto de hambre sobre un banquete. Tyl Loesp, junto con todos los demás nobles, había intentando discutir con él y sacarlo de su encaprichamiento, pero Hausk había seguido adelante.

Con el tiempo, Tyl Loesp oyó los primeros murmullos de algo que iba más allá del simple descontento entre sus compañeros de la nobleza, y había tenido que tomar una decisión. Fue el momento más decisivo de su vida. Había elegido y había advertido al rey. Se ejecutó a los líderes de la conspiración de la nobleza, al resto se les confiscaron sus tierras y cayeron en desgracia. Tyl Loesp se convirtió en el objeto de desprecio de algunos, de elogios de otros y de la confianza absoluta del rey. Las disputas de los nobles habían eliminado de repente el mayor obstáculo que impedía el cambio (ellos mismos) y las reformas de Hausk continuaron adelante sin limitaciones.

Una victoria llevó a otra y pronto no pareció haber más que victorias. Hausk, Tyl Loesp y los ejércitos que mandaban barrían todo lo que encontraban a su paso. Xide Hyrlis se había ido mucho antes, casi antes de que hubiera tenido lugar cualquiera de las reformas, y parecía que no había tardado en olvidarse. Poca gente había sabido de su presencia ya en primer lugar, y la mayor parte de los que la conocían tenían buenas razones para restar importancia a su contribución a esa nueva era de innovación, progreso y éxito militar interminable. Hausk todavía le rendía homenaje, aunque solo en privado.

¿Pero qué había dejado Hyrlis? ¿En qué rumbo los había puesto? ¿No eran ellos también de algún modo sus herramientas? ¿No estaban cumpliendo quizá sus órdenes, incluso a aquellas alturas? ¿Eran marionetas, juguetes, mascotas incluso? ¿Les permitirían llegar solo hasta cierto punto y luego (como él, después de todo, le había hecho al rey) se lo arrebatarían todo al borde mismo del éxito absoluto?

Pero no debía caer presa de semejantes pensamientos. Un poco de precaución y una vaga idea de lo que debía hacer si las cosas se ponían en lo peor, eso era excusable, pero revolcarse en la duda y los presentimientos de un desastre inminente solo ayudaban a provocar lo que más se temía. No se rendiría a semejante debilidad. La victoria sería suya; si golpeaba ya, ganarían y entonces se abriría un territorio en el que quizá los oct se encontrasen con que ya no tenían el control absoluto.

El regente alzó la nariz y olisqueó. Había un olor a quemado en el aire, suelto en

la creciente brisa, algo desagradable, dulzón y en cierto modo devastador. Ya lo había percibido antes, en la batalla ante la torre Xiliskine y también entonces le había llamado la atención. El olor de la guerra tenía una nueva firma, el del aceite de roasoaril destilado e incinerado. La batalla en sí olía después a humo. Tyl Loesp todavía recordaba la época en la que los olores relevantes habían sido a sangre y sudor.

–¡Qué horrible debió de ser para vos!

–Más todavía para el buen doctor.

–Bueno, sí, pero cuando vos lo visteis, ya había dejado de importarle. –Renneque miró a Oramen y después a Harne–. ¿No os parece, señora?

–Un incidente lamentable. –Harne, lady Aelsh, estaba sentada con sus mejores y más severas galas rojas de luto, rodeada de sus damas de compañía más íntimas y otro grupo de damas y caballeros a los que habían invitado al salón de sus apartamentos del palacio principal, a menos de un minuto del salón del trono y la cámara de la corte principal. Era un grupo muy selecto. Oramen reconoció a un famoso pintor, un actor, un empresario, un filósofo, un falsetista y una actriz. Estaba presente el sacerdote más popular y atractivo de la ciudad, de largo cabello negro reluciente y ojos brillantes, rodeado de una especie de corte más pequeña de jóvenes damas ruborosas; un par de ancianos nobles demasiado decrepitos para aventurarse en la guerra completaban la compañía.

Oramen observó a Harne, que acariciaba con aire ausente a un ynt dormido que tenía acurrucado en el regazo (el pelo del animal se había teñido de rojo para que hiciera juego con su vestido) y se preguntó por qué lo habían invitado. Quizá fuera un gesto de conciliación. Igual de probable era que quisiera que contara en persona su más bien horripilante relato. Y, por supuesto, era el heredero del trono; Oramen había notado que había muchas personas que sentían la necesidad de desfilar delante de él con la mayor frecuencia posible. Tenía que recordarse eso constantemente.

Le sonrió a Renneque y la imaginó desnuda. Después de Jish y sus amigas, ya tenía una plantilla, algo en lo que basarse. También estaba otra de las damas de compañía de Harne llamada Ramile, una rubia esbelta con el cabello muy rizado. La joven le había llamado la atención y no parecía ofenderle el interés del príncipe, le devolvía las miradas con timidez pero con frecuencia y le sonreía. Oramen notó que Renneque le echaba un vistazo a la joven y después la miraba furiosa. Quizá podría utilizar a una para conseguir a la otra. Estaba empezando a entender cómo funcionaban esas cosas. Y después, por supuesto, estaba la dama del teatro, que era la mujer más bella de la sala. Había una franqueza refrescante en su mirada que a Oramen le gustaba bastante.

–Era sabido que el médico se complacía en el uso de las curas y pociones de

efectos más agradables de su oficio, según creo –dijo el sacerdote y después tomó un sorbo de su infusión. Se habían reunido para tomar una amplia variedad de bebidas de última moda, la mayor parte llegadas no mucho tiempo atrás de una amplia variedad de lugares extranjeros, todas posesiones recién añadidas al gran reino. Las infusiones no tenían alcohol, aunque algunas eran levemente narcóticas.

–Era un hombre débil –se pronunció Harne–. Si bien un buen médico.

–Así estaba escrito en sus estrellas –dijo un hombre pequeño que Oramen había visto y medio reconocido, el último astrólogo favorito de Harne.

El filósofo, que se había sentado tan lejos del astrólogo como había sido posible, lanzó un pequeño bufido y sacudió la cabeza. Le murmuró algo a la dama de compañía más cercana y esta lo miró sin expresión aunque con gesto cortés. El astrólogo representaba las últimas tendencias en astrología, que afirmaban que los asuntos humanos se veían afectados por estrellas que estaban más allá de Sursamen. La antigua astrología les había atribuido influencias a las estrellas fijas y a las estrellas rodantes del Octavo y otros lugares, sobre todo a las del Noveno, que, después de todo, pasaban justo bajo sus pies así que, técnicamente hablando, estaban más cerca que las que tenían a cientos de kilómetros, en el cielo. Oramen no tenía mucho tiempo ni siquiera para las viejas teorías, pero a él le parecían más plausibles que esas nuevas tonterías. Sin embargo la astrología externa a Sursamen (pues así se denominaba) era nueva y solo por eso, suponía Oramen, poseía un atractivo irresistible para cierta clase de razonamientos.

Renneque asentía con gesto sabio a las palabras del pequeño astrólogo. Oramen se preguntó si debería intentar de verdad llevarse a la cama a Renneque, lady Silbe. Era consciente, y le inquietaba, de que una vez más estaría siguiendo los pasos de su hermano. No cabía duda de que la corte lo averiguaría, Renneque y sus compañeras fio eran demasiado discretas. ¿Qué pensaría la gente de él por ir donde ya había estado el gandul de su hermano? ¿Pensarían que estaba intentando demostrar que tenía apetitos equivalentes a los de su hermano o que pretendía emularlo, incapaz de decidir cuáles eran sus propios gustos? ¿O acaso pensarían que lo que ansiaba era rendirle homenaje? Seguía preocupado por eso y sin escuchar en realidad la conversación (que parecía haber virado hacia una charla un tanto cohibida e inteligente sobre curas y adicciones, beneficios y maldiciones) cuando Harne sugirió de repente que los dos dieran un paseo por el balcón, fuera de la sala.

–Mi señora –dijo Oramen cuando las altas contraventanas se cerraron tras ellos. El atardecer se extendía por el cielo de polo lejano y llenaba el aire de violetas, rojos y ocre. La parte inferior del palacio y la ciudad estaba casi toda a oscuras, solo brillaban unas cuantas luces públicas. El vestido de Harne parecía más oscuro allí fuera, casi negro.

–Según me han dicho, estáis intentando procurar el regreso de vuestra madre –

dijo Harne.

Bueno, por lo menos iba al grano.

–Así es –dijo el príncipe. Le había escrito varias veces desde la muerte del rey y le había dicho que esperaba traerla de regreso a Pourl, de regreso a la corte, lo antes posible. También había enviado mensajes telegrafiados más formales, aunque tendrían que trasladarse a un mensaje en papel en algún momento ya que los cables del telégrafo no se extendían tan lejos, hasta aquel ignorante lugar del mundo al que habían exiliado a su madre (ella hablaba con frecuencia de lo hermoso que era aquel lugar, pero Oramen suponía que disimulaba para evitarle sufrimientos). Suponía que Harne se había enterado a través de la red telegráfica, las operarías tenían fama de ser unas cotillas–. Es mi madre –le dijo a Harne–. Debería estar aquí, a mi lado, sobre todo una vez que me coronen.

–Y yo no intentaría impedir su regreso aunque estuviera en mi mano, creedme por favor –dijo Harne.

Pues bien que se te ocurrió provocar su exilio, quiso decir Oramen, pero se contuvo.

–Muy... conveniente –dijo.

Harne parecía inquieta, su expresión, incluso bajo la luz incierta del prolongado atardecer y las velas de la sala que habían dejado atrás, evidentemente confusa e indecisa.

–Por favor, entended que mi preocupación no es por el lugar que pueda ocupar yo tras su regreso, no le deseo ningún mal, ninguno en absoluto, pero me gustaría saber si su ascenso requiere mi degradación.

–No si la decisión es mía, señora –dijo Oramen. Percibió lo delicioso de la situación. Sentía que ya era un hombre, pero todavía se acordaba muy bien de cuando era un niño, o al menos de cuando lo trataban como tal. Y ahora esa mujer, que en otro tiempo le había parecido una reina, la madrastra más estricta del mundo, una especie de poderoso y caprichoso ogro, estaba pendiente de cada una de sus palabras y giros y le suplicaba desde fuera de la ciudadela de su nuevo y repentino poder.

–¿Mi posición es segura? –preguntó Harne.

Lo había pensado mucho. Todavía le ofendía lo que había hecho Harne, ya hubiera exigido directamente que se desterrara a su madre, ya hubiera hecho elegir al rey entre las dos o se hubiera limitado a inducir, intrigar y sugerir la idea de que tal elección se debía hacer, pero en lo único que podía pensar Oramen eran en Aclyn, lady Blisk, su madre. ¿Le haría bien el descenso social de Harne? El príncipe lo dudaba.

Harne era popular y querida, y mucho más en aquellos momentos. La compadecían como viuda trágica y madre afligida, todo en uno. Ese dolor representaba algo que sentía el reino entero. Si se percibía que la perseguía, él

quedaría desprestigiado y, por extensión, también su madre. A Harne, lady Aelsh, había que mostrarle el mayor respeto o el justo ascenso de su madre y su regreso a la corte serían acontecimientos vacíos y amargos. Oramen hubiera preferido que fuera de otro modo, pues en el fondo ansiaba desterrar a Harne como habían desterrado a su madre, pero no podía ser y tenía que aceptarlo.

–Señora, vuestra posición está perfectamente asegurada. Os respeto como la que fue reina en todo salvo nombre. Deseo solo ver a mi madre otra vez y que ocupe el lugar que le pertenece en la corte. No será, en ningún sentido, a vuestra costa. A ambas os amó mi padre. Él os eligió a vos antes que a ella y el destino me ha elegido a mí antes que a vuestro hijo. Vos y ella sois iguales en eso.

–Es una triste igualdad.

–Es lo que tenemos, diría yo. Me gustaría recuperar a mi madre pero no por encima de vos, ella jamás podría estarlo en el cariño del pueblo. Vuestra posición es intocable, señora, yo no lo querría de otra manera. –*Bueno, en realidad, sí,* pensó Oramen. ¿Pero qué arreglaría diciéndoselo?

–Os lo agradezco, príncipe –dijo Harne mientras posaba la mano por un instante en el brazo masculino. Después respiró hondo y bajó la cabeza.

¡Vaya, pensó Oramen, cómo afecta mi poder a las personas y las cosas! ¡Ser rey podría ser muy agradable!

–Deberíamos entrar –dijo Harne, mirándolo con una sonrisa–. ¡O la gente podría empezar a hablar! –dijo y lanzó una carcajada casi coqueta que, solo por un instante y sin que de ningún modo la llegara a desear para sí, hizo comprender a Oramen qué era lo que tenía aquella mujer para cautivar de tal modo a su padre, que había sido capaz de desterrar a la madre de dos de sus hijos para conservarla a su lado o aunque solo fuera para hacerla feliz. La dama hizo una pausa cuando cogió el pomo de la puerta que llevaba a la sala–. ¿Príncipe? –dijo mientras levantaba la cabeza y lo miraba a los ojos–. Oramen... ¿si me lo permitís?

–Pues claro, mi querida señora. –*¿Y ahora qué?*, pensó él.

–Vuestras palabras tranquilizadoras, por perverso que sea, merecen lo contrario.

–¿Disculpad?

–Yo tendría mucho cuidado, príncipe regente.

–No termino de entenderos, señora. Siempre se tiene cuidado, siempre se tienen preocupaciones. ¿Hay algo más concreto...?

–Concreta no puedo ser, Oramen. Mi preocupación se basa en vaguedades, asociaciones que podrían ser del todo inocentes, coincidencias que quizá no sean más que eso. En simples insinuaciones de rumores y cotilleos. Nada sólido ni incontrovertible. De hecho, solo lo suficiente para decir que el príncipe regente debería tener cuidado. Eso es todo. Todos estamos a perpetuidad al borde de lo que el destino tenga reservado para nosotros, aunque quizá no lo sepamos. –La dama volvió

a ponerle la mano en el brazo—. Por favor, príncipe regente, no creáis que pretendo desconcertaros, no hay malicia alguna en esto. Si pensara solo en mí, tomaría lo que acabáis de decirme para mi gran alivio y no diría más, comprendo que lo que estoy diciendo ahora puede parecer inquietante, incluso una especie de amenaza, aunque no lo sea. Y por favor, creedme, no lo es. He recibido informaciones muy oscuras y reticentes que sugieren (y nada más que eso) que no todo es lo que parece, así que os lo ruego: cuidaos mucho, príncipe regente.

Oramen no *sabía* muy bien qué decir. Buscó los ojos de la dama con los suyos.

»Por favor, decidme que no os he ofendido, Oramen. Vos me habéis hecho un generoso servicio al tranquilizarme como lo habéis hecho y me desagradaría haber provocado vuestra retractación en algún aspecto pero tal cortesía exige que halle al menos un retazo que pueda ofreceros como agradecimiento y lo que os he dicho es lo único que tengo. Os ruego que no lo menospreciéis ni lo desechéis. Temo que los dos suframos si lo rechazáis.

Oramen todavía se sentía muy confundido y ya había decidido reflexionar sobre aquella conversación con tanto detalle como pudiese en cuanto tuviese la oportunidad, pero en aquel momento se limitó a asentir con expresión grave aunque también con una pequeña sonrisa.

—Entonces podéis quedaros doblemente tranquila, señora —dijo—. No os tengo en menor estima por lo que habéis dicho. Os agradezco vuestra amabilidad y vuestro consejo. Podéis tener la seguridad de que pensaré en ello.

El rostro de la dama, iluminado por un lado por la luz de las velas, parecía de repente lleno de ansiedad, pensó Oramen. La mirada femenina se cruzó de nuevo con los ojos del príncipe y de nuevo la dama esbozó una sonrisa trémula, asintió y permitió a Oramen que le abriera la puerta. El ynt rojo que había estado durmiendo en su regazo se coló por la abertura, gimió y rodeó los pies de su ama.

—Oh, *Obli* —exclamó la dama mientras se inclinaba para coger al animal en brazos y lo frotaba con la nariz—. ¿Es que no puedo dejarte ni un momento?

Los dos regresaron a la sala.

Cruzaron una noche y una región de terreno baldío al mismo tiempo. Era la combinación menos propicia que conocían los supersticiosos e incluso los más prácticos y realistas que había entre ellos sentían la desazón. Era una gran extensión pero allí no quedarían depósitos de suministros ni pequeños fuertes, ordenarles a los hombres que se quedaran en un lugar así era como condenarlos a una muerte en vida. Los animales se quejaban con todas sus fuerzas, odiaban la oscuridad y quizá aquella sensación extraña y suave del suelo que pisaban. Las carretas y transportes de vapor no podían estar más adaptados al terreno, o falta de él, y se adelantaban a toda prisa. Una buena disciplina, las órdenes dadas con firmeza en las sesiones informativas

durante los días anteriores y quizá cierto miedo conseguían que el ejército no se retrasara demasiado. Los faros iluminaban las alturas para guiar a las escoltas aéreas y las patrullas de reconocimiento que regresaban. Tendrían que soportar tres días largos de eso.

La noche estaba causada por una serie de grandes aspas que colgaban del techo (y obstruían todo salvo el fulgor más leve de la estrella fija Oausillac, hacia polo lejano) y que a la vez salían, como la hoja de un cuchillo infinito, del suelo, a unos diez kilómetros a su derecha hasta aposentarse como un trozo de noche sobre ellos, a seis o siete kilómetros de altura, y engarfiarse y curvarse como una garra incomprensible y colosal.

Los hombres se sentían, como era de esperar, diminutos a la sombra de semejante inmensidad manufacturada. En un lugar como aquel, las cabezas de incluso los más poco imaginativos de los seres comenzaban a llenarse de preguntas, si no de auténtico pavor. ¿Qué titanes habían forjado semejante geografía inmensa? ¿Qué orgullo desmesurado y estelar había dictado la ubicación de esas enormes aspas de ese modo, como cimitarras que propulsaran naves del tamaño de planetas? ¿Qué volúmenes oceánicos de qué estrafalarios materiales podrían haber requerido jamás semejante ímpetu prodigioso?

Se levantó un viento fiero que se precipitó directamente hacia ellos al principio y obligó a las bestias aéreas a bajar en busca de refugio. Barrió los últimos granos de arena y grava del terreno baldío y dejó claro por qué aquella árida región había terminado despojada no solo del recubrimiento del suelo sino del propio suelo. Atravesaban los mismísimos huesos de aquel inmenso mundo, pensó Tyl Loesp, la base absoluta y fundamental de todo lo que les daba vida.

Cuando el viento se calmó un poco y giró, le ordenó a su vehículo semioruga de mando que se detuviera y se bajó. La máquina gruñía a su lado y los faros iluminaban conos gemelos del cremoso terreno baldío que tenía delante. El ejército pasó a su alrededor con ritmo cansado, los motores balaban como ovejas ruidosas y los vapores invisibles se elevaban hacia el cielo negro. El regente se quitó un guante, se arrodilló y apretó el terreno baldío con la palma de la mano, apoyándola en la materia prima pura del ser de Sursamen.

Estoy tocando la antigüedad, pensó, y el futuro. Nuestros descendientes quizá construyan algún día a esta escala poderosa capaz de amenazar al mismo Dios. Si yo no puedo estar allí (los alienígenas tenían el don de la vida eterna, así que quizá pudiera estar allí si todo iba como se atrevía a esperar) entonces lo estará mi nombre.

Cerca, en la ruidosa oscuridad, el tractor de una carreta de suministros se había estropeado y la estaban engancho a uno de repuesto.

Volvió a ponerse el guante y regresó al semioruga.

–Con franqueza, señor, es un arma asesina –dijo Illis, el armero de palacio. Era un hombre achaparrado y fornido. Tenía las manos oscuras, incrustadas de suciedad.

Oramen hizo girar la delgada pero al parecer potente pistola en la mano. Se había preocupado durante varios días por la advertencia de Harne antes de decidir al fin desecharla, pero entonces se había despertado de un sueño en el que estaba atrapado en una silla mientras hombres sin cara le clavaban cuchillos en los brazos. También iba a hacer caso omiso de aquello pero entonces llegó a la conclusión de que había algo inquieto en su interior e incluso si solo era para mantener las pesadillas a raya, quizá fuera aconsejable llevar un arma más potente que su habitual cuchillo largo.

La pistola era pesada. El mecanismo funcionaba con un fuerte muelle de modo que se pudiera utilizar con una sola mano y contenía diez cartuchos de una pieza, ordenados en una especie de vertical escalonada dentro del mango e impulsados hacia la recámara por otro fuerte muelle que se amartillaba con una palanca que se plegaba después del uso.

Los cartuchos estaban cortados al bies en las puntas.

–Esto sí que para a un hombre –dijo Illis, y después hizo una pausa–. De hecho, es capaz de parar hasta aun hefter, si he de servir a la verdad. –Después sonrió, lo que resultaba un poco desconcertante porque le quedaban muy pocos dientes–. Intentad evitar accidentes con esto, señor –le dijo con tono razonable y después insistió en que el príncipe practicara con ella en la larga galería de tiro que había junto a la armería.

De lo que no cabía duda era que el arma tenía el retroceso de un hefter (y hacía más ruido que cualquiera de ellos), pensó Oramen, pero disparaba bien y en línea recta.

Encontró un sitio para la pistolera de piel de ynt ligeramente aceitada, la ocultó en una zona abullonada de la parte de atrás de su túnica, y prometió mantener el seguro puesto.

12. Cumuloforma

A Ferbin le costó algún tiempo aceptar que no estaba muerto. Fue recuperando muy poco a poco una especie de conciencia y se encontró suspendido en una nada espaciosa bajo una inmensa masa reluciente de burbujas congeladas. Unas nubes enormes de tonos dorados se extendían en todas direcciones, sobre todo hacia arriba. Abajo, en el fondo, había un océano de un sorprendente color azul desprovisto de tierra. Inmutable, estampado con un encaje de olas rizadas, parecía, a pesar de todo su azul oceánico, congelado de algún modo.

A veces, mientras flotaba sobre aquella aparición, sí que parecía cambiar y Ferbin creyó ver aparecer en la superficie unas motas diminutas, pero después las motas diminutas desaparecieron con la misma lentitud microscópica con la que habían cobrado vida y todo volvía a ser como antes: sereno, tranquilo, inmutable, celestial...

Tenía la sensación de que había estado poco antes en el océano aunque había sido cálido en lugar de frío y él había podido respirar a pesar de estar sumergido en él. Era como si la muerte se pareciera en cierto sentido al nacimiento, como si todavía estuviera en el útero materno.

Y allí estaba al fin, en aquella extraña fuga de nubes infinitas y océano interminable con solo la consoladora presencia de las torres, que iban pasando sin prisas, para tranquilizarlo: estaba en la otra vida que debía. Y hasta las torres parecían demasiado alejadas unas de otras.

Vio una cara. Era una cara humana y sabía que debería reconocerla.

Después volvió a despertar y la cara había desaparecido. Sospechó que había soñado la cara y se preguntó si se soñaba cuando era obvio que estabas muerto. Entonces pareció quedarse dormido. Volviendo la vista atrás, eso también era de lo más sorprendente.

Estaba despierto y sentía un extraño entumecimiento en la espalda y el hombro derecho. No sentía ningún dolor ni incomodidad pero daba la sensación de que había un enorme agujero cubriéndole una cuarta parte del torso, algo que no podía tocar, ni sentir ni hacer nada con ello. Un rugido lejano le llenaba los oídos, como una catarata oída a distancia.

Flotó sobre aquella masa azul perfecta e inmutable. Comenzó a caer la tarde con

lentitud, bruñendo las grandes nubes con tonos rojos, violetas y malvas. Observó la torre que se deslizaba a su lado y cuyo cetrino tronco desaparecía en la cada vez más profunda masa del mar, ribeteada de blanco allí donde se encontraban las superficies.

Después cayó la oscuridad y solo un rayo lejano iluminó el océano y las imponentes nubes y lo empujó al sueño con estallidos silencioso de luz remota.

Eso debía de ser el cielo, pensó. O por lo menos una especie de premio.

Las ideas sobre lo que ocurría después de morir variaban incluso entre la casta sacerdotal. A los primitivos se les permitía tener religiones más claras porque ¿qué sabían ellos? Una vez que se conocía aunque solo fuera un poco de la realidad de la situación en el universo exterior, las cosas se complicaban un poco más. Había muchos alienígenas y todos tenían (o habían tenido en su momento) sus propios mitos y religiones. Algunos alienígenas eran inmortales, algunos habían construido sus propias vidas de ultratumba, completamente operativas, donde terminaban los fallecidos (grabados, transcritos) tras la muerte; algunos habían hecho máquinas pensantes que tenían sus propias series de imponderables y poderes semidivinos; algunos eran como dioses, como el Dios del Mundo, por ejemplo, y otros se habían sublimado, lo que en sí mismo se podría decir que era una forma de ascensión a la divinidad.

El padre de Ferbin había tenido la misma opinión pragmática y robusta de la religión que de todo lo demás. Para él, solo los muy pobres y pisoteados necesitaban en realidad la religión, para hacer más soportables sus laboriosas vidas. La gente ansiaba darse importancia, anhelaba que les dijeran que importaban como individuos, no solo como una masa de gente o un proceso histórico. Necesitaban el consuelo de que si bien su vida quizá fuera dura, amarga e ingrata, tendrían alguna gratificación tras la muerte. Por fortuna para la clase gobernante, una fe bien formada también evitaba que la gente buscara su recompensa en el presente por medio de motines, insurrecciones o una revolución.

Un templo valía lo que una docena de cuarteles, un miliciano con un arma podía controlar a una pequeña multitud desarmada pero solo mientras estuviera presente; un único sacerdote podía poner un policía en la cabeza de todos y cada uno de los miembros de su rebaño para siempre.

Los más acomodados, y aquellos que ostentaban un poder real, podían optar por creer o no, como les dictaran sus tendencias personales, pero sus agradables vidas, relativamente fáciles, ya eran una recompensa en sí y para los más poderosos de la tierra, la posteridad (un lugar en la propia historia) sería su premio tras la muerte.

Ferbin jamás se había molestado mucho con pensamientos sobre la otra vida. Ese lugar de nubes se parecía al cielo, o algo por el estilo, pero no estaba muy seguro. Parte de él pensaba que ojalá hubiera prestado más atención a los sacerdotes cuando

habían intentado instruirle sobre ese tipo de cosas, claro que, dado que daba la sensación de que había logrado entrar en la otra vida sin fe ni conocimiento alguno, ¿qué sentido habría tenido?

Choubris Holse lo miró desde arriba.

Choubris Holse. Ahí estaba el nombre de la cara que había visto antes. Se la quedó mirando y se preguntó qué estaba haciendo Holse en la tierra de los muertos y encima con una ropa extraña, demasiado suelta, aunque todavía tenía el cinturón y el cuchillo. ¿Debería estar Holse allí? Quizá solo estaba de visita.

Se movió y sintió algo en un lugar donde antes no había habido ningún tipo de sensación o movimiento, en la parte derecha y superior de la espalda. Miró a su alrededor lo mejor que pudo.

Viajaba en algo parecido a la barquilla de un globo, echado sobre una gran cama que se ondulaba un poco y desnudo salvo por una fina manta. Choubris Holse estaba sentado, mirándolo y masticando lo que parecía un trozo fibroso de carne seca. Ferbin sintió de repente un hambre de lobo. Holse eructó y se disculpó y Ferbin experimentó una extraña amalgama de emociones al darse cuenta de que, después de todo, aquello no era la otra vida y él seguía vivo.

–Buen día, señor –dijo Holse. Tenía la voz rara. Ferbin se agarró por un instante a aquella pequeña prueba de que quizá todavía estuviera muerto con la ferocidad de un hombre que se ahoga y se aferra a una hoja flotante. Después la soltó.

Intentó abrir la boca. La mandíbula emitió un chasquido y notó la boca gomosa. De algún lugar salió un ruido parecido al gruñido de un viejo y Ferbin se vio obligado a admitir que era probable que lo hubiera emitido él mismo.

–¿Os sentís mejor, señor? –preguntó Holse con tono práctico.

Ferbin intentó mover los brazos y se dio cuenta de que podía. Se llevó las dos manos a la cara. Estaban pálidas y la piel estaba arrugada, como el océano que todavía pasaba bajo sus pies. Como si hubiera estado demasiado tiempo en él. O quizá solo demasiado tiempo en un baño calentito.

–Holse –dijo con voz ronca.

–A vuestro servicio, señor –suspiró Holse–. Como siempre.

Ferbin miró a su alrededor. Nubes, océano, esa especie de barquilla burbuja.

–¿Qué es esto? ¿No es el cielo?

–No es el cielo, señor, no.

–¿Estás seguro?

–Con una certeza más que moderada, señor. Es una porción del Cuarto, señor. Estamos en el reino de los seres que se hacen llamar cumuloformas.

–¿El Cuarto? –dijo Ferbin. Su voz también era rara–. ¿Pero seguimos todavía dentro del gran Sursamen?

–Desde luego, señor. Solo hemos subido cuatro niveles. A medio camino de la superficie.

Ferbin volvió a mirar a su alrededor.

–Extraordinario –dijo por lo bajo, después tosió.

–Extraordinariamente aburrido, señor –dijo Holse mientras miraba con el ceño fruncido el trozo de carne seca que tenía en la mano–. Llevamos navegando sobre estas aguas los últimos cinco días largos o así y si bien el panorama es impresionante al principio y el aire vigorizante, os asombraría lo rápido que toda esa impresión y vigor se convierten en tediosos cuando no hay nada más que contemplar en todo el día. Bueno, nada que contemplar en todo el día salvo vuestra insigne persona, por supuesto, señor, y, con franqueza, vos tampoco habéis sido la alegría de la huerta en vuestro sueño. Ni una sola palabra, señor. Al menos ni una sola palabra que tuviera sentido. Pero, en cualquier caso, señor, bienvenido a la tierra de los vivos. –Holse fingió mirar bajo sus pies, a través de la fina membrana que mostraba una versión brumosa del océano del fondo–. Aunque tierra, como quizá hayáis notado, es lo único que parece escasear en este nivel.

–¿El Cuarto, sin lugar a dudas? –dijo Ferbin. Se apoyó en un codo (algo le dio una fuerte punzada en el hombro derecho y el príncipe hizo una mueca) para mirar por el costado de la cama en la que estaba echado y se asomó a la brumosa superficie en la estaba Holse. Todo tenía un aspecto bastante alarmante.

–Sin lugar a dudas el Cuarto, señor. No es que yo haya tenido oportunidad de ir contando, por así decirlo, pero es desde luego como lo llaman sus habitantes.

Ferbin miró la carne seca que sostenía Holse y la señaló con un gesto.

–Dime, ¿crees que podría comer un poco de eso?

–Os daré un trozo fresco, ¿queréis, señor? Dijeron que podíais comer algo normal cuando quisierais.

–No, no; ese trozo me servirá –dijo Ferbin sin dejar de mirar la carne y sintiendo que se le hacía la boca agua.

–Como deseáis, señor. –Holse le dio a Ferbin la carne y este se la metió entera en la boca. Sabía salada y un poco a pescado, estaba buenísima.

–¿Cómo es que llegamos aquí, Holse? –dijo Ferbin entre bocado y bocado–. ¿Y a quién te refieres cuando dices «dijeron»?

–Bueno, veréis, señor... –dijo Holse.

A Ferbin lo había herido de gravedad una bala de carabina cuando se metieron en el cilindro que se había revelado en la torre de acceso de los oct. Pura suerte, le dijo Holse. Un disparo casi a oscuras desde una bestia aérea en pleno vuelo y contra un objetivo que corría, hasta el mejor tirador necesitaría todo su cupo de buena fortuna de un mes para dar en el blanco.

Habían caído los dos en el interior del cilindro, que después se limitó a quedarse allí plantado, con la puerta todavía abierta, durante lo que a Holse le había parecido una eternidad. Había acunado al ya inconsciente Ferbin en sus brazos y poco a poco se había ido cubriendo de sangre, chillándole a quien fuera o lo que fuera que cerrara la puerta o hundiera el puñetero tubito en la torre, pero no había pasado nada hasta que algunos de los hombres que los habían atacado aterrizaron fuera, en la cima. Entonces el cilindro decidió por fin adentrarse en la torre. Holse había chillado y aullado para pedir ayuda para Ferbin porque estaba seguro de que el príncipe se estaba muriendo. Entretanto, tenía la sensación de que la sala redonda en la que estaban seguía hundiéndose cada vez más en el interior de la torre de acceso.

La sala se detuvo, la puerta por la que habían caído había aparecido otra vez y una máquina con la forma de un gran oct se había acercado a ellos a toda prisa. Le había quitado de los brazos el cuerpo sin fuerzas de Ferbin y lo había vuelto a toda prisa a un lado y a otro hasta encontrar el agujero de la espalda y la herida de salida, más grande, en el pecho. Después había sellado ambas heridas con una especie de chorro y le había acunado la cabeza con una especie de mano. Le había parecido que unas tenazas de esa mano se deslizaban por el cuello y la nuca de Ferbin, pero Ferbin había estado demasiado inconsciente para reaccionar y Holse había supuesto y esperado que aquello formara de algún modo parte de las atenciones, cuidados médicos o lo que fuera que estuviera haciendo la criatura.

Había aparecido una plataforma flotante y los había llevado por un amplio pasillo con series y secuencias enteras de puertas impresionantes (cada una de ellas bien podía ser del mismo tamaño que las verjas principales del palacio de Pourl) que se deslizaron, rodaron, subieron y bajaron de formas varias para permitirles pasar. Holse había supuesto que estaban entrando en la base de la propia torre D'neng-oal.

La última cámara era una gran esfera con un suelo añadido que había quedado sellada y había empezado a moverse, seguramente hacia arriba, era difícil de decir. El sitio estaba húmedo y había charcos de agua en el suelo.

La máquina médico oct había seguido trabajando con Ferbin, que al menos había dejado de sangrar. Una pantalla había descendido del techo y se había dirigido a Holse, que se pasó la hora siguiente, más o menos, intentando explicar lo que había pasado, quiénes eran y por qué uno de ellos estaba medio muerto. De la cazadora de Ferbin había sacado los sobres que les había dado Seltis, el erudito mayor. Estaban cubiertos de sangre y uno de ellos parecía dentado por la bala de carabina al salir del pecho de Ferbin. Holse los había agitado delante de la pantalla con la esperanza de que su eficacia no se viera mermada por la sangre o por tener un agujero en una esquina. Tenía la sensación de que empezaba a cogerle el tranquillo a eso de hablar con un oct cuando unos ruidos metálicos y un suave bote a su alrededor le indicaron que habían llegado a otro sitio. La puerta volvió a abrirse y un pequeño grupo de oct

reales habían mirado a través de una pared tan transparente como el mejor cristal pero temblorosa, como una bandera en un día de viento.

Holse había olvidado el nombre del administrador de la torre. Seltis había dicho el nombre cuando les había dado los documentos de viaje pero Holse había estado demasiado ocupado intentando pensar qué iban a hacer a continuación para prestar demasiada atención. Volvió a agitar los documentos y entonces el nombre apareció de repente en su cabeza.

—¡Aiaik! —exclamó. Parecía más un grito de dolor o sorpresa, pensó, y se preguntó qué impresión les causarían a aquellos inteligentes y extraños alienígenas él y Ferbin.

Se podría debatir si el nombre del administrador de la torre tuvo algún efecto real, pero el caso fue que los dos (Ferbin entre los miembros del médico mecánico oct) se encontraron, todavía encima de su pequeña plataforma flotante, recorriendo varios pasillos llenos de agua dentro de una burbuja de aire. Los oct que los habían estado observando por el cristal temblón los acompañaban nadando. Entraron en una enorme cámara de gran complejidad. El médico mecánico oct cortó la ropa de Ferbin y se la quitó, le envolvieron el pecho con una especie de chaqueta, le colocaron en la cara una máscara transparente conectada con unos tubos largos, otros tubos los sujetaron a la cabeza del príncipe, por donde habían entrado las tenazas del médico y después colocaron al príncipe en un gran tanque.

Uno de los oct había intentando explicarle a Holse lo que estaban haciendo pero el criado no había entendido demasiado.

A Holse le habían dicho que llevaría un tiempo reparar a Ferbin. Todavía sentado en la plataforma que los había transportado antes, lo habían acompañado por el entorno acuoso hasta una habitación cercana de la que se sacó todo el agua y un aire fresco ocupó su lugar. El oct con el que Holse había estado hablando se quedó con él, tenía el cuerpo cubierto de una especie de traje de humedad apenas visible. Habían abierto otra serie de habitaciones secas que parecían haber sido diseñadas como alojamiento para humanos.

El oct había dicho que podía vivir allí durante los días que tardara en repararse Ferbin y después lo había dejado solo.

Holse se había acercado a una serie de ventanas redondas de la altura de un hombre y había visto la tierra de los sarlos como nunca antes, desde casi mil cuatrocientos kilómetros de altura, a través del vacío que existía por encima de la atmósfera que cubría la tierra como una manta cálida.

—Menudo paisaje, señor. —Holse pareció perderse por un momento en sus pensamientos y después sacudió la cabeza.

—¿Y cómo es que terminamos aquí, en el Cuarto? —preguntó Ferbin.

—Los oct solo controlan la torre D'neng-oal hasta este nivel, por lo que yo

entiendo, señor. Parecían reticentes a admitirlo, como si fuera causa de algún tipo de vergüenza, que muy bien podría ser.

–Ah –dijo Ferbin. No sabía que los conductores solo controlaban parte de las torres, siempre había supuesto que era todo o nada, desde el núcleo a la superficie.

–Y puesto que más allá del Noveno están en el reino del sobrecuadrado, el traslado de una torre a otra no es posible.

–¿Sobre... qué?

–Todo eso me lo ha explicado el oct con el que estaba hablando por la pantalla mientras vuestra insigne persona se me desangraba encima, y con posterioridad y con cierto detalle en mis aposentos, cerca de vuestro lugar de tratamiento, señor.

–No me digas. Entonces ten la bondad de explicármelo a mí.

–Tiene todo que ver con las distancias que separan las torres, señor. Abajo y hasta el nivel del Noveno, la filigrana está conectada y esa filigrana dispone del hueco suficiente para que las ascensonaves, que es el término adecuado para denominar la habitación esférica que nos transportó...

–Sé lo que es una ascensonave, Holse.

–Bueno, pues pueden pasar de una torre a otra a través de las conexiones que hay entre la filigrana. Pero por encima del Noveno, la filigrana no está conectada así que para ir de una torre a otra hay que desplazarse por lo que exista en ese nivel concreto.

La comprensión que tenía Ferbin de ese tipo de cosas era, como la comprensión que tenía de la mayor parte de las cosas, vaga. Una vez más, habría sido mucho menos vaga si alguna vez hubiera prestado atención a las lecciones correspondientes de sus tutores. Las torres sostenían el techo que cubría cada nivel a través de un gran ramaje aflautado de eso que llamaban filigrana, cuyos miembros mayores estaban tan huecos como las torres mismas. Dado que el mismo número de torres sostenía cada nivel, ya fuera el más cercano al núcleo o el que sostenía la superficie, las torres estaban a mayor distancia unas de otras cuanto más se acercaban a ese último nivel exterior y la filigrana ya no necesitaba confluir para soportar el peso superior.

–El Cuarto entero –dijo Holse– alberga estas cumuloformas, que son nubes, pero nubes que son en cierto sentido inteligentes, de ese modo misterioso y no demasiado útil que tienden a ser tantos pueblos y cosas alienígenas. Flotan sobre océanos llenos de peces, monstruos marinos y demás. O más bien sobre un gran océano que llena todo el fondo de este nivel igual que la tierra lo llena en nuestro querido Octavo. Pero bueno, el caso es que parecen no tener inconveniente en trasladar gente entre una torre y otra cuando se lo piden los oct. Ah, y debería decir, bienvenido a Versión Expandida Cinco, Zourd –dijo Holse mientras levantaba la cabeza y miraba a su alrededor, a la nebulosa masa de nube que se extendía en torno a ellos y por encima de sus cabezas–. Es como se llama esta.

–¿De veras?

–Buen día. –La voz era como un coro entero de ecos susurrados y parecía salir de cada parte de la pared de burbujas que los rodeaba.

–Os, eh, deseo lo mismo, mí buen, esto, cumuloforma –dijo Ferbin en voz alta mientras levantaba la cabeza hacia la nube. Siguió observando las alturas con aire expectante durante unos minutos más y después volvió a mirar a Holse, que se encogió de hombros.

–No es lo que se diría muy charlatana, señor.

–*Hmm*. De todos modos –dijo Ferbin, que se había sentado en la cama y había clavado los ojos en Holse–, ¿por qué los oct solo controlan la D'neng-oal hasta el Cuarto?

–Porque los aultridia, señor –Horse giró la cabeza para escupir en el suelo semitransparente–, controlan los niveles superiores.

–¡Oh, Dios mío!

–Oh, sí, señor, que al Dios del Mundo se le preserve de todo mal, señor.

–¿Qué? ¿Quieres decir que controlan los niveles superiores de todas las torres?

–No, señor.

–¿Pero la D'neng-oal no ha sido siempre una torre oct?

–Así era, señor. Hasta no hace mucho. Esa parece ser la mayor causa de la vergüenza que sienten los oct, señor. Les han arrebatado parte de la torre.

–¡Y lo ha hecho la vileza! –dijo Ferbin, horrorizado de veras–. ¡La mismísima mugre de Dios!

Los aultridia eran una especie de las llamadas advenedizas, recién llegados a la escena de los involucrados, que se iban abriendo camino como podían para acercarse lo más posible al centro del escenario galáctico. Y estaban lejos de ser lo únicos en eso. Lo que los distinguía era el modo y origen de su llegada como especie al mundo de los seres inteligentes.

Los aultridia habían evolucionado a partir de unos parásitos que vivían bajo los caparzones y entre las capas de piel de la especie llamada los xinthianos, los aeronatauros tensilos xinthianos, por llamarlos por su verdadero nombre. Era uno de estos al que los sarlos llamaban Dios del Mundo.

Hasta los más despiadados e insensibles de los involucrados de la galaxia miraban a los xinthianos con algo parecido al afecto, en parte porque habían hecho un gran trabajo en el pasado (habían sido especialmente activos en las antiquísimas guerras de los enjambres, en las que se habían enfrentado a ataques de nanotecnología fugitiva, a los enjambres en general y a otros eventos hegemónicos monopáticos) pero sobre todo porque ya no representaban una amenaza para nadie y un sistema del tamaño y la complejidad de la comunidad galáctica parecía necesitar un grupo al que todo el mundo pudiera tenerle cariño. Antiquísimos, en otro tiempo dueños de un poder casi invencible y reducidos en aquel momento a un ínfimo sistema solar y unos cuantos

individuos excéntricos que se ocultaban en los núcleos de los mundos concha sin razón aparente, a los xinthianos se les veía como una especie excéntrica, inepta, bienintencionada y, como civilización, agotada (según un chiste, ni siquiera les quedaba energías para sublimarse); vamos, una especie llena de honores pero prácticamente muerta que se merecía una cómoda jubilación.

De los aultridia se pensaba que habían estropeado ese cómodo ocaso. A lo largo de varios cientos de miles de años, los grandes aeronatauros, unas criaturas aéreas que surcaban el espacio, se habían visto incomodados por la presencia de las criaturas cada vez más activas de las que eran anfitriones, la plaga de superparásitos que recorrían el anillo de hábitats aeronatauros que orbitaban alrededor de la estrella Chone como una enfermedad.

No había durado mucho, la ventaja de tener unos parásitos inteligentes de verdad era que se podía razonar con ellos y los aultridia ya hacía mucho tiempo que habían renunciado a sus viejas costumbres y habían dejado en paz a sus primeros anfitriones a cambio de ventajas materiales y lo que a ellos les parecía una superciencia alienígena pero que para los xinthianos era como una caja de juguetes rotos descubierta en un ático lleno de polvo.

Habían construido unos hábitats hechos a medida y se habían impuesto la tarea de abrir y mantener los mundos concha, algo que no tardó en convertirse en una especialidad real y muy útil. Según la hipótesis convencional, la tarea de cavar en un mundo concha era algo para lo que estaban hechos, solo había que mirar su historia y su propia naturaleza.

Pero el estigma de su nacimiento siguió presente y tampoco ayudó mucho que los aultridia, que parecían felpudos, olieran a carne podrida para la mayoría de las especies que respiraban oxígeno.

La única sospecha que quedaba con respecto a la existencia actual de los aultridia era que habían establecido al menos una presencia simbólica en todos los mundos concha que contenían xinthianos, con frecuencia con un coste desorbitado y con gran disgusto de otras especies de conductores, como los oct. Hasta la fecha, y que se supiese, los aultridia nunca habían intentando atravesar todos los niveles de un mundo concha y penetrar en el hábitat de uno de los xinthianos que vivían en el núcleo (hasta las especies de conductores más establecidas tendían dejar en paz a aquellos antiquísimos seres, por respeto y quizá hasta por cierto recelo casi supersticioso), pero eso no tranquilizaba a muchos, y menos que a nadie a los sarlos, que trataban al xinthiano que vivía en el núcleo de su mundo como si de un Dios se tratara y les horrorizaba la idea de que los espeluznantes aultridia se arrastraran hasta el núcleo para hacerle Dios sabía qué a su deidad. Solo los iln, aquella especie fabulosa y por suerte desaparecida mucho tiempo atrás que había pasado buena parte de su odiosa existencia destruyendo mundos concha, eran más despreciados por los

sarlos y todos los demás pueblos bienpensantes.

A los oct, por supuesto, no les había costado en absoluto fomentar esa visión de los aultridia entre sus especies satélite, como los sarlos, exagerando de alguna manera tanto la incorregibilidad de la naturaleza aultridia como la amenaza concomitante que representaba aquella especie para el Dios del Mundo. Los oct tampoco tardaron demasiado en señalar que ellos, al menos según sus propias reivindicaciones, descendían directamente de los involucra (el mismo pueblo que había diseñado y construido los maravillosos y estupendos mundos concha) y por tanto formaban parte de un linaje de creadores casi divinos de casi mil millones de años de antigüedad. En comparación con ellos, los aultridia eran unas babosas novatas, unos parásitos espeluznantes que apenas merecían el término civilizado.

–Entonces –dijo Ferbin–, ¿estamos flotando hacia otra torre? ¿He de suponer, por tanto, que todavía nos dirigimos a la superficie?

–Así es, señor.

Ferbin miró a través de la cama casi transparente en la que yacía y contempló las olas del fondo.

–No parece que nos movamos demasiado deprisa.

–Pues al parecer así es, señor. Vamos cuatro o cinco veces más rápido que un lyge incluso, aunque desde luego, no tanto como una máquina voladora alienígena.

–No parece muy rápido –dijo Ferbin con los ojos todavía clavados en el océano.

–Estamos a mucha altura, señor. Eso hace que nuestro progreso parezca lento.

Ferbin levantó la cabeza. Parecían estar en el jirón más bajo de una inmensa masa de blancura dorada.

–¿Y esta cosa es, en esencia, solo una nube? –preguntó.

–Así es, señor. Aunque se mantiene bastante más cohesionada que las nubes a las que estamos acostumbrados, señor y es, según se afirma, inteligente.

Ferbin lo pensó un momento. En realidad nunca lo habían preparado para pensar de verdad por sí mismo, ni siquiera se había planteado pensar, por así decirlo, pero en los últimos días y con las últimas aventuras, había descubierto que el pasatiempo no carecía de ventajas.

–¿No está, por tanto, a merced de los vientos?

Holse lo miró un poco sorprendido.

–¿Sabéis, señor? ¡Yo pensé lo mismo! Pero al parecer las cumuloformas pueden controlar la altura con cierta exactitud y como el nivel está dispuesto con vientos que se dirigen en diferentes direcciones y a diferentes alturas, pueden guiarse casi tan bien como un pájaro, solo han de tener cuidado con la altura a la que están del suelo, bueno, del mar.

Ferbin palpó el borde de la simple sábana que cubría su desnudez.

–¿Todavía tenemos los documentos que nos dio Seltis?

–Aquí, señor –dijo Holse mientras se los sacaba de la túnica suelta que lucía.

Ferbin volvió a derrumbarse en la cama, agotado.

–¿Hay agua por aquí? Tengo sed.

–Creo que veréis que ese tubo de ahí os proporcionará la necesaria, señor.

Ferbin cogió un tubo transparente que colgaba y chupó hasta que se sació con un agua dulce de sabor agradable, después volvió a acostarse y miró a Holse.

–Bueno, Choubris Holse, todavía estás conmigo.

–Es obvio, señor.

–No has vuelto, aunque no cabe duda ya de que hemos dejado el reino de mi padre.

–Me lo pensé mejor, señor. Los caballeros de los lyges que intentaron detenernos en la torre no parecían demasiado entusiasmados con la idea de establecer la inocencia de alguien que solo se comporta como un fiel sirviente. Se me ocurrió que, para el actual régimen, vos quizás fuerais mucho más útil muerto, si veis a lo que me refiero, señor, y (puesto que ya os han declarado fenecido) quizá se haga algún esfuerzo para convertir esa afirmación incorrecta en realidad, solo que con efectos retroactivos, si ve por donde voy. No cabe duda de que el hecho de que estéis vivo contradice la versión oficial de los hechos y se me ocurre que el hecho de saberlo se parece un tanto a una enfermedad infecciosa, y mortal por si fuera poco. –Mientras Ferbin seguía pensando en todo aquello, Holse frunció el ceño, carraspeó y se envolvió mejor en su túnica–. Y también se me ocurrió, señor, que de algún modo me salvasteis la vida en esa torre, cuando ese aviadorcito del lyge estaba empeñado, me pareció a mí, en quitármela.

–¿Ah, sí? –preguntó Ferbin. Bueno, suponía que así había sido. Jamás le había salvado la vida a nadie. Darse cuenta de que lo había hecho era una sensación bastante agradable.

–Aunque no es que el hecho de permanecer con vos no haya sido lo que me metió en la dicha lamentable situación ya para empezar, que lo sepáis, señor –continuó Holse al ver aparecer en la cara pálida y un poco barbuda de Ferbin una expresión soñadora de satisfacción.

–Claro, claro –dijo Ferbin. Estaba pensando otra vez–. Me temo que pasarás un tiempo lejos de aquellos a quien quieres, mi querido Holse.

–Apenas han pasado tres semanas, señor. Es muy posible que todavía ni me hayan echado de menos. En cualquier caso, es mucho mejor que no me acerque hasta que se solucione el asunto. Además, si los funcionarios de palacio trabajan a su ritmo acostumbrado en estos temas, mi estipendio continuará pagándose durante un buen año largo o más.

–¿Y podrá cobrarlo tu mujer?

–Siempre lo ha hecho, señor. Para protegerlo a él y a mí del peligro de tomarme

demasiadas libertades con esos placeres con los que un tipo podría encontrarse en esos establecimientos donde se bebe y se fuma, en salones de apuestas y demás.

Ferbin sonrió.

–Con todo, debes de echarla de menos, y a tus hijos. Tres, ¿no es así?

–Cuatro en el último recuento, señor.

–Volverás a verlos, mi buen Holse –dijo Ferbin, que se sentía próximo a las lágrimas, por extraño que fuera. Le sonrió otra vez a Holse y extendió una mano. Holse se la quedó mirando, confuso—. Mi buen criado, cógeme la mano. Ahora, además de amo y criado, somos amigos, y cuando regrese a reclamar lo que es mío por derecho, serás recompensado con toda generosidad.

Holse cogió la mano de Ferbin con torpeza.

–Vaya, eso es muy amable por vuestra parte, señor. Ahora mismo me conformaría con una copa de algo que no fuera agua y una pipa de hojas, con franqueza, pero es agradable tener algo que esperar con ilusión.

Ferbin sintió que se le cerraban los ojos casi por propia voluntad.

–Creo que necesito dormir un poco más –dijo, y ya estaba inconsciente casi antes de pronunciar la última palabra.

La cumuloforma llamada Versión Expandida Cinco, Zourd se metió flotando al socaire de la torre Vaw-yei, que tenía dos kilómetros de anchura, y empezó a alargarse. Al final extendió una única punta de salida hacia la superficie de una torre mucho más pequeña pero, no obstante, considerable, que sobresalía unos cincuenta metros del océano. Un gran oleaje, casi tan largo como el mundo era redondo, la bañaba, las olas se alzaban y caían como el latido de un inmenso corazón. En el horizonte se posaba una estrella fija baja que manchaba las nubes y las olas con un amanecer/atardecer imperecedero de tonos rojos y dorados.

Había un olor penetrante en el aire. La superficie circular de la torre estaba salpicada de algas y esqueletos de peces blanqueados por el sol.

Ferbin y Holse salieron por un agujero que había aparecido en un lado de la burbuja más baja que habían ocupado los últimos días. Los esperaba en el centro de la torre un trozo elevado como el que les había dado refugio en el Octavo. Ferbin se dio la vuelta.

–¡Adiós y gracias! –le gritó Ferbin a la nube y oyó el mismo coro extraño de susurros.

–Adiós.

Después, la nube pareció recogerse y extenderse, grandes olas ondeantes de nube que comenzaban a coger el viento en los bordes del socaire de la torre y levantaban y alejaban a aquella extraña y enorme pero a la vez leve criatura. Los dos hombres se quedaron allí y la observaron irse, fascinados, hasta que sonó un timbre en la puerta

abierta del trozo elevado de la torre de acceso.

–Será mejor que no perdamos el carruaje –dijo Holse.

Entraron en la cámara, que los bajó hacia la base de la cercana torre. Allí los esperaba una ascensonave, al otro extremo de la gran sala y las resplandecientes y múltiples puertas. La parte que podían ver era una simple esfera de unos veinte metros de diámetro y con un tejado transparente. Se cerraron las puertas y un oct lejano les dijo a través de una pantalla que su documentación estaba en regla sin que Ferbin tuviera siquiera que sacarla del bolsillo y blandiría.

Los dos hombres miraron a través del techo, una inmensa negrura entreverada de luces diminutas y surcada de vigas pálidas y tubos que describían una complicada serie de espirales que rodeaban y atravesaban lo que parecía el espacio infinito.

Holse lanzó un silbido.

–Pues eso no lo vi la última vez.

La ascensonave se alejó con suavidad y empezó a acelerar y subir hacia la oscuridad. Las luces fluyeron sin ruido alrededor de amo y criado hasta que los dos se marearon y tuvieron que apartar los ojos. Encontraron una parte seca en el suelo, que seguía en su mayor parte húmedo, y se sentaron allí. Se dedicaron a hablar muy de vez en cuando y a mirar mucho al techo durante la hora aproximada que duró el viaje, hasta que la ascensonave frenó y se detuvo. Después continuó subiendo muy poco a poco, atravesó más puertas enormes (algunas se deslizaban, otras rodaban, otras parecían apartarse del centro en todas direcciones a la vez) hasta llegar a otro nivel de aquel cilindro colosal. La ascensonave volvió a acelerar y subió a toda velocidad por el tubo de oscuridad salpicado de luces y aquella especie de tubería parpadeante.

Los dos hombres estiraron las piernas. Ferbin ejercitó el hombro que había recibido el disparo, no estaba más que un poco rígido. Holse le preguntó a una pantalla que había en la pared si podía oírlo y se vio recompensado con un discurso informativo en una versión bastante excéntrica del sarlo que Holse solo se dio cuenta de que estaba grabado cuando intentó hacerle unas preguntas. En ese momento estaban pasando por el tercer nivel, que estaba a oscuras. No había tierra alguna, solo terreno baldío, solo Primo, carecía incluso de agua, atmósfera y hasta estrellas interiores. El siguiente nivel también era un vacío, pero tenía estrellas y había unas cosas llamadas asoleados que vivían allí y al parecer se limitaban a quedarse tirados por donde fuera, absorbiendo la luz como los árboles. El último nivel antes de la superficie volvía a ser un vacío y era un criadero de velas de simiente, fuera lo que fuera o quienes fueran.

La ascensonave frenó por última vez. Amo y criado observaron las últimas luces que desaparecían por el costado de la nave. Golpes secos, chapoteos y suspiros anunciaron una especie de conclusión antes de que la puerta se abriera rodando hacia un lado. Bajaron por un pasillo amplio, alto pero sin ningún adorno y después

tomaron un ascensor redondo que había al otro extremo y que subió con múltiples vacilaciones. Tras bajarse atravesaron otro gran pasillo de lo que parecía una arenisca muy fina e iluminada por dentro. Series enteras de puertas gigantescas se abrieron delante de ellos y se cerraron tras su paso.

–Les gustan las puertas, ¿eh, señor? –comentó Holse.

Un único oct con una membrana reluciente los esperaba entre dos juegos de puertas.

–Saludos –dijo. Extendió un miembro que sostenía un pequeño aparato que dio un pitido. Después extendió otro miembro–. Documentos, si amables. Autoridad de administrador de torre Vaw-yei Tagratark.

Ferbin se irguió en toda su altura.

–Nos gustaría ver al gran zamerín narisceno.

–Documentos oct siguen siendo oct. Entregar a llegada a superficie.

–¿Esto es la superficie? –preguntó Ferbin mirando a su alrededor–. Pues no lo parece.

–¡Es superficie! –exclamó el oct.

–Demostradlo de camino a ver al gran zamerín –dijo Ferbin mientras se daba unos golpecitos en el bolsillo en el que tenía los sobres–. Entonces tendréis vuestros documentos.

El oct pareció pensarlo un momento.

–Seguir –dijo antes de girarse de repente y dirigirse a las siguientes puertas, que ya se estaban abriendo.

Las puertas revelaron una cámara amplia en cuyo lado contrario unas grandes ventanas elípticas se asomaban a un paisaje de extensos jardines, anchos lagos y montañas lejanas, rocosas y fabulosamente escarpadas. Criaturas, máquinas y cosas que podían ser uno u otro se movían por la inmensa explanada en un confuso tumulto de colores y sonidos.

–¿Ver? Es superficie –dijo el oct. Se volvió hacia ellos–. Documentos. Si amables.

–El gran zamerín, si sois tan amable vos también –dijo Ferbin.

–Otros esperan. Causan confluencia de ustedes/gran zamerín, posibilidad. O autorizados en lugar de. Adicional, explicación. Gran zamerín no presente. Fuera. Lejos. Documentos.

–¿A qué se refiere con que está fuera? –preguntó Ferbin.

–¿A qué se refiere con que otros esperan? –dijo Holse mirando a su alrededor y con la mano ya casi en el cuchillo.

13. *No lo intenten en casa*

Djan Seriy Anaplian había estado haciendo los deberes para familiarizarse otra vez con Sursamen y los mundos concha y para estudiar las varias especies implicadas. Había descubierto una imagen morthanveld que le gustaba: «Cuando en los bajíos alzamos la mirada y vemos el sol, este parece centrarse en nosotros, sus suaves rayos se extienden a nuestro alrededor como brazos» («o tentáculos», observaba la traducción) «que nos rodean francos y sinceros, con una fuerza celestial, rayos que cambian y palpitan juntos con el movimiento de cada ola y hacen del observador un foco indiscutible, que persuaden a los más influenciados de que ellos solos son el sujeto, y merecen, además, tan solitaria atención. Y sin embargo, todos los demás individuos, lejanos y cercanos, siempre que también puedan ver el sol, experimentarán exactamente el mismo efecto y, por tanto, del mismo modo quizá se convencerán con igual razón de que el sol brilla de la forma más especial y espléndida solo para ellos».

Se encontraba a bordo del Vehículo de Sistemas Medios *No lo intenten en casa* echando una partida de bataos con uno de los oficiales de la nave. El piquete rápido de clase Delincuente y antigua Unidad de Ofensiva General *Ocho descargas rápidas* había efectuado el enlace con el VSM de clase Estepa el día antes para dejarla antes de continuar su inescrutable rumbo. Hasta el momento nadie había dicho nada del polizón que se había convertido en parte de su equipaje, el misil cuchillo con cerebro de dron. A Anaplian se le ocurrían varias explicaciones pero decidió creer la más sencilla y benigna, que era que nadie lo había visto.

Era posible, sin embargo, que aquella partida de bataos fuera la excusa para mencionarlo. Humli Ghasartravhara, miembro de la junta de gobierno de la nave y en la lista de oficiales de enlace con los pasajeros, había entablado amistad con ella en el desayuno y le había sugerido la partida. Habían acordado jugar sin ayuda alguna, confiando que el otro no buscaría consejo a través de implantes o algún otro añadido y tampoco harían uso de ninguna droga glandular que pudiera ayudarlos.

Estaban sentados en unos troncos, en el claro frondoso de unos árboles tropel que había junto un pequeño arroyo en el parque de la cima de la nave. Un bormo de lomo negro yacía al otro lado del pequeño claro, como una capa desechada con patas que iba persiguiendo sin inmutarse cada trozo errante de sol que se iba moviendo a medida que la luz del navío dibujaba un lento arco por encima de sus cabezas. El bormo estaba roncando. Arriba, unos niños con arneses flotantes o suspendidos bajo globos chillaban y gritaban. Anaplian sintió algo en la cabeza y se palpó el pelo corto y oscuro con una mano, después la abrió con la palma hacia arriba y levantó la cabeza para intentar ver a los niños que flotaban por debajo de la cubierta intermedia.

–No se nos estarán meando encima, ¿verdad? –preguntó.

Humli Ghasartravhara también levantó la cabeza por un instante.

–Pistolas de agua –dijo y después volvió a concentrarse en la partida, que estaba perdiendo. Era un tipo más bien anciano y básicamente humano, con el cabello largo y blanco recogido en una cuidada cola de caballo. Tenía la cara y la parte superior del torso (que revelaban unos pantalones de cintura muy alta en un tono verde dañino para la vista) cubiertas por unos tatuajes abstractos con unos detalles exquisitos e intensos remolinos. Las líneas blancas amarillentas resplandecían en su piel muy morena, como venas de sol que se reflejaran en el agua.

–Una imagen interesante –dijo Ghasartravhara. Anaplian le había hablado del concepto morthanveld de la luz vista desde debajo del agua–. El entorno acuático. –Asintió–. Muy diferente pero con las mismas preocupaciones. Salir a la superficie. –Sonrió–. Que somos y no somos el foco de toda la realidad. Todo solipsismos.

–No cabe duda –asintió Anaplian.

–¿Le interesan los morthanveld? –Ghasartravhara hizo chasquear la boca cuando el tablero de bátaos le indicó que movería una ficha por él si no la movía él pronto. Dobló una ficha, la movió y la posó. La ficha se desdobló sola al encajar y tiró unas cuantas hojas de fichas cercanas, lo que alteró de forma sutil el equilibrio del juego. Claro que, pensó Anaplian, con cada movimiento pasaba lo mismo.

–Voy a estar entre ellos –dijo Djan Seriy mientras estudiaba el tablero–. Pensé que podía investigar un poco.

–Vaya. Qué privilegio. Los morthanveld son unos anfitriones muy reticentes.

–Tengo contactos.

–¿Va a moverse entre los propios morthanveld?

–No, en un mundo concha que está en su esfera de influencia. Sursamen. Es mi mundo natal.

–¿Sursamen? ¿Un mundo concha? ¿En serio?

–En serio. –Anaplian movió una ficha. Las hojas de la ficha bajaron con un chasquido y provocaron otra pequeña cascada de caídas.

–*Hmm* –dijo el hombre. Después estudió el tablero durante un momento y suspiró–. Unos lugares fascinantes, esos mundos concha.

–¿Ah, sí?

–¿Me permite preguntarle algo? ¿Qué la lleva allí?

–Ha fallecido un familiar.

–Siento oírlo.

Anaplian esbozó una leve sonrisa.

Uno de los primeros recuerdos que tenía Djan Seriy de su infancia era de un funeral. Ella solo tenía un par de años largos, quizá menos, cuando enterraron al

hermano de su padre, el duque Wudyen. Ella estaba con los otros niños de la corte, los cuidaban las niñeras en el palacio mientras los adultos estaban fuera, enterrando al muerto, llorándolo y demás. Ella estaba jugando con Renneque Silbe, su mejor amiga, estaban haciendo casitas en la alfombra con pantallas, almohadas y cojines delante de la chimenea del cuarto de los niños, que rugía y chisporroteaba tras su pantalla hecha de colgaduras. Estaban buscando entre las almohadas y cojines para encontrar algo del tamaño adecuado para la puerta de su casa. Era la tercera casa que construían porque algunos de los chicos se dedicaban a acercarse adonde ellas estaban jugando cerca de las ventanas y les derribaban las casas a patadas. Se suponía que las niñeras estaban cuidando de todos los pequeños, pero en realidad estaban en su habitación, allí cerca, tomando zumo.

–Tú mataste a tu madre –dijo Renneque de repente.

–¿Qué? –dijo Djan Seriy.

–Eso oí. Apuesto a que lo hiciste. Lo dijo mi mamá. La mataste. ¿Por qué? ¿La mataste? ¿La mataste de verdad? ¿Dolió?

–No la maté.

–Pues mi madre dice que sí.

–Pues no lo hice.

–Pues yo sé que sí, me lo dijo mi mamá.

–Que no. No la maté. No lo habría hecho.

–Mi mamá dice que sí.

–Cállate. No la maté.

–Mi mamá no dice mentiras.

–Que no la maté. Se murió.

–Mi mamá dijo que fuiste tú la que la mataste.

–Se murió ella.

–La gente no se muere así. Alguien tiene que matarlos.

–No fui yo. Se murió ella.

–Como el duque Wudyen, que murió por culpa del que le contagió la tos negra.

Por eso.

–Se murió sola.

–No, la mataste tú.

–Que no.

–¡Que sí! Venga, Djan. ¿La mataste? ¿La mataste de verdad?

–Déjame en paz. Se murió sola.

–¿Estás llorando?

–No.

–¿Es eso lo que estás haciendo? ¿Estás llorando?

–No estoy llorando.

–¡Sí! ¡Estás llorando!

–Que no.

–¡Toho! ¡Kebli! ¡Mirad, Djan está llorando!

Humli Ghasartravhara carraspeó y movió la siguiente ficha. En realidad ya no estaba jugando, solo iba cambiando fichas de sitio. Podrían haber enviado a alguien mejor, pensó Anaplian, después se riñó por dar cosas por supuestas.

–¿Se va a quedar mucho tiempo? –preguntó el hombre–. ¿En Sursamen? ¿O con los morthanveld?

–No lo sé. –Anaplian hizo un movimiento. Rápido, fácil, sabía que había ganado.

–La nave en la que llegó –dijo el hombre. Se calló un segundo que debía llenar ella pero Anaplian se limitó a alzar las cejas–. No fue muy comunicativa, eso es todo –dijo Humli cuando su contrincante se negó a hablar–. La dejó aquí, sin más. Ni manifiesto de pasaje o como se llame ni nada.

Anaplian asintió.

–Se llama manifiesto de pasaje –le confirmó.

–La nave está un poco preocupada, eso es todo –dijo Ghasartravhara con una sonrisa tímida. Se refería a su nave, aquella nave, la *No lo intenten en casa*.

–¿Ah, sí? Pobrecita.

–Como es obvio, por lo general nunca seríamos, sería, tan... bueno...

–¿Entrometida? ¿Paranoica?

–Digamos que está... preocupada.

–Digámoslo así.

–Pero es que con todo esto de la situación morthanveld, ya sabe...

–¿Lo sé?

El hombre lanzó una risita nerviosa.

–Es como esperar un parto, casi, ¿no le parece?

–¿Usted cree?

Humli se recostó en la silla, hundió un poco los hombros y volvió a carraspear.

–No me está poniendo las cosas muy fáciles, señorita Anaplian.

–¿Se suponía que debía hacerlo? ¿Por qué?

El hombre la miró un momento y después sacudió la cabeza.

–Además –dijo mientras respiraba hondo–, la mente de la nave me pidió, bueno, que le preguntara por un objeto que lleva en su equipaje.

–¿Se lo pidió?

–Un objeto poco común. En esencia un misil cuchillo.

–Entiendo.

–Es usted consciente de que está ahí.

–Soy consciente de que ahí hay algo.

Ghasartravhara le sonrió.

–No la están espiando ni nada. Es que ese tipo de cosas aparece en los escáneres que hacen las naves de todas y cada una de las cosas que suben a bordo.

–¿Los VSM siempre se preocupan tanto por cada uno de los objetos íntimos del equipaje de un pasajero?

–Por lo general no. Como ya le he dicho...

–La situación morthanveld.

–Bueno, sí.

–Déjeme decirle la verdad, señor Ghasartravhara.

El hombre se echó hacia atrás.

–De acuerdo –dijo como si se preparara para algo desagradable.

–Trabajo para Circunstancias Especiales. –Anaplian vio que el hombre abría mucho los ojos–. Pero no estoy de servicio. Quizá incluso esté fuera de la unidad y es posible que para siempre. Me han arrancado las garras, Humli –le dijo la joven e inclinó una ceja. Después levantó una mano y le mostró las uñas–. ¿Las ve? –Humli asintió–. Hace diez días tenía uñas con AERC incrustadas, cualquiera de ellas podría haberle abierto un agujero en la cabeza lo bastante grande como para meter un puño. –El señor Ghasartravhara la miró todo lo impresionado que requería la situación. Incluso nervioso. Anaplian inspeccionó sus nuevas uñas–. Ahora... bueno, ahora solo son uñas. –Se encogió de hombros–. Y hay un montón de cosas más que también me faltan. Todos cacharros de alta tecnología, muy útiles y dañinos. Me los han quitado todos. –Se encogió de hombros de nuevo–. Tuve que entregarlo. Y todo por lo que llamamos la situación morthanveld. Y ahora voy en visita privada a mi casa, tras el reciente fallecimiento tanto de mi padre como de mi hermano.

El hombre pareció aliviado y avergonzado. Después asintió poco a poco.

–Siento mucho oír eso.

–Gracias.

Humli carraspeó otra vez.

–¿Y el misil cuchillo? –preguntó con tono de disculpa.

–Se coló de polizón. Se suponía que se iba a quedar en casa pero el dron que lo controla quiere protegerme. –La agente estaba eligiendo las palabras con mucho cuidado.

–Oh –dijo Ghasartravhara, que parecía haberse puesto sensible.

–Es viejo y empieza a ponerse sentimental –le dijo Djan con tono áspero.

–Sí, pero, con todo.

–Con todo, nada. Nos va a meter a los dos en un lío si no tiene cuidado. En cualquier caso, le agradecería que la presencia de ese mecanismo en mi equipaje no llegara a oídos de CE.

–No creo que haya ningún problema –dijo Humli con una sonrisa.

Sí, pensó ella esbozando a su vez una sonrisa cómplice, a todo el mundo le gusta tener la impresión de que saben más que CE, ¿no? Señaló el tablero con la cabeza.

–Le toca a usted.

–Creo que me ha vencido –admitió Humli de mala gana. Después la miró con suspicacia–. No sabía que estaba en CE cuando acepté jugar con usted.

Anaplian lo miró.

–No obstante, yo jugué todo el tiempo según las mismas reglas. Sin ayuda alguna. Humli sonrió, todavía no muy convencido, pero le tendió la mano.

–Da igual. La partida es suya, creo. –Los dos unieron las palmas de las manos.

–Gracias.

El hombre se estiró y miró a su alrededor.

–Ya debe de ser la hora de comer. ¿Quiere acompañarme?

–Será un placer.

Los dos empezaron a guardar el juego de bátaos, ficha por ficha.

Bueno, había hecho lo que había podido por el idiota de su dron, supuso Djan. Si llegaba a oídos de CE aquella aventura del cacharro, no sería culpa suya. Además, daba la sensación de que tanto ella como el dron podrían salirse con la suya y que nadie se enterara que era la mente de un experimentado dron de CE el que estaba dentro del misil cuchillo y no el cerebro normal (y por tanto relativamente lerdo) de un misil cuchillo.

Eso parecía. Pero nunca se sabía.

El VSM *No lo intenten en casa* era más bien pequeño y estaba atestado, repleto de pasajeros y naves en una convergencia aleatoria de itinerarios que hacía aumentar el calendario de viaje y sus correspondientes planes. A Anaplian la habían alojado no en las habitaciones del navío, sino dentro de una nave que contenía y que todavía se estaba construyendo, el *Sutil cambio en el énfasis*, un Vehículo de Contacto General de clase Llanura. Era una clase bastante nueva de nave de la Cultura, una nave que, al parecer no terminaba de decidirse y no se sabía si era una Unidad de Contacto grande o un Vehículo de Sistemas pequeño. Fuera lo que fuera estaba sin terminar y Anaplian de vez en cuando tenía que esperar a que movieran piezas de la estructura por la única área de carga intermedia del *No lo intenten en casa*, donde se estaba construyendo la nave más pequeña, antes de poder entrar o salir de su camarote.

Ni siquiera era un camarote de verdad y tampoco formaba parte de verdad de la nueva nave. Le habían asignado un módulo entero del VCG, una pequeña nave de tránsito de corto alcance que estaba metida dentro del hangar inferior del navío con otra media docena. El módulo había modificado sus asientos para convertirlos en un mobiliario más variado además de en paredes y a Anaplian le complació ver el tamaño de su alojamiento (el módulo estaba diseñado para transportar a más de cien

personas), pero no había nadie más alojado ni en el resto de la nave en construcción ni en ninguno de los otros módulos, así que resultaba un poco raro estar tan aislada, tan lejos de otras personas en una nave tan atestada de gente.

No le cabía duda de que la habían puesto en cuarentena para dejar algo claro, pero a ella le daba igual. Tener tanto espacio en una nave pequeña y atestada era una especie de lujo. Otros quizá hubieran tenido la sensación de que los estaban tratando como a parias al estar aislados de los demás de una forma tan profiláctica, pero ella se sentía privilegiada. Anaplian meditó un poco y llegó a la conclusión de que a veces una educación de princesa era muy útil.

La tercera noche que pasó a bordo del *No lo intenten en casa* soñó con aquella ocasión en la que la habían llevado a ver la gran catarata Hyeng-zhar, un nivel más abajo, en el Noveno, cuando era pequeña.

El control semiconsciente de los sueños no era ni siquiera una enmienda, más bien una habilidad, una técnica aprendida (en la niñez los que habían nacido en la Cultura, Anaplian lo había hecho siendo muy joven) y en todos salvo los sueños más banales de los que solo servían para despejar de detritus la memoria, Djan Seriy estaba acostumbrada a ver lo que pasaba con una perspectiva analítica y un interés vago; a veces incluso se metía para intervenir en el proceso, sobre todo si el sueño amenazaba con convertirse en una pesadilla.

Ya hacía mucho tiempo que había dejado de sorprenderle que, estando dormida, pudiera sorprenderle algo que se estaba viendo soñar. Comparado con algunas de las cosas que podían pasar cuando CE te daba el control absoluto de un cuerpo y una red nerviosa central enmendados por completo y francamente mejorados, aquello era *peccata minuta*.

Su grupo desembarcó del pequeño tren. Ella iba de la mano de su niñera y tutora, la señora Machasa. El tren en sí ya era toda una novedad, un trasto largo y articulado, como muchos vapores de tierra conectados entre sí y de los que tiraba una sola gran máquina, ¡y no corría sobre un camino, sino sobre raíles! Jamás había oído hablar de algo así. Todo eso de los trenes y las estaciones le parecía maravilloso y tan avanzado... Le diría a su padre que comprara unos trenes cuando regresaran a Pours y él volviera de hacer que los malos dejaran de ser malos.

La estación estaba atestada. La señora Machasa la cogía de la mano con fuerza. Eran un grupo grande y tenían su propia escolta de la guardia real (su importantísimo hermano Elime, que algún día sería rey, estaba con ellos, lo que los convertía a todos en personas muy especiales) pero, de todos modos, como la señora M le había dicho esa mañana mientras la vestían, estaban muy lejos de casa, en otro nivel, entre extranjeros, y todo el mundo sabía que «extranjero» era solo otra palabra para «bárbaro». Tenían que tener cuidado y eso significaba ir de la mano, hacer lo que te

decían y no alejarse del grupo. Iban a ver la mayor catarata del mundo entero y no quería que se la llevara esa horrible agua, ¿verdad?

Anaplian reconoció que no quería que se la llevara esa horrible agua. Hacía frío, las Hyeng-zhar se encontraban en un lugar en el que el tiempo variaba mucho y no era raro que el río y la gran catarata se congelaran en alguna ocasión. La señora M le abrochó bien el abrigo y le puso unos pantalones gruesos y un sombrero. La niñera tiraba y sacudía todo el cuerpo de la pequeña al apretar esto y abotonar aquello. La señora M era grande y ancha y tenía unas cejas grises que se unían con frecuencia. Siempre había algo que no contaba con su aprobación, con frecuencia algo relacionado con Djan Seriy, pero nunca le pegaba, a veces lloraba por ella y siempre la abrazaba, que era la mejor parte. Djan Seriy había intentado abrazar a su padre una vez, cuando estaba todo elegante para su trabajo, pero unos hombres de la corte se habían reído de ella. Su padre la había alejado de un pequeño empujón.

Anaplian sintió que entraba y salía flotando de su yo más joven, a veces era la niña pequeña de antaño y a veces miraba desde fuera. Podía ver la mayor parte de la escena con bastante claridad aunque, como siempre, cuando flotaba separado lo único que era vago e informe era su propio y pequeño yo. Era como si ni siquiera en sueños pudieras estar de verdad en dos sitios a la vez. Mientras se mecía en el aire a un lado de su yo soñado, no podía verse de niña, solo una especie de imagen vaga y borrosa de la forma y tamaño más o menos adecuados.

Ya estaba criticando su propio sueño. ¿La señora Machasa había sido de verdad tan grande? ¿Su grupo había estado compuesto de verdad por tanta gente?

De regreso en su cabeza, observó que el tren jadeaba, resollaba y expulsaba grandes nubes blancas y notó el olor a humedad. Después se encontraron en carruajes de vapor, los llevaban por una carretera que atravesaba una gran llanura. Había nubes en un cielo muy azul. Algunos árboles. Una hierba achaparrada que *Zeel*, su mersicor castrado, habría despreciado levantando su bonito morro. Todo muy común y bastante aburrido.

En su recuerdo no había advertencia alguna, de repente allí tenía las Cataratas. La instantánea de un viaje en carruaje, interminable para un niño (seguramente unos diez minutos) y después *bang*, las Hyeng-zhar, en toda su inmensa y caótica gloria.

Debía de poder verse aquel río enorme, con la otra orilla perdida entre las brumas creadas por él mismo de modo que parecía que un mar entero se derramaba y perdía en el olvido; flotas enteras de nubes que se ondulaban y ondeaban se apilaban sobre la curva inmensa de la colosal catarata, y se alzaban sin cesar hacia el cielo invadido; continentes pétreos de brumas amontonadas y tostadas que desaparecían en el horizonte; cortinas enteras, muros y acantilados de espuma, el trueno que todo lo cubría de aquel océano de agua que se volcaba sobre la roca expuesta y golpeaba el mareante complejo de estanques unidos bajo el lugar donde enormes bloques

sesgados, curvas sobresalientes y monstruosas, huecos abiertos y ángulos irregulares de escombros mezclados sobresalían y se alzaban.

Debía de haber visto a algunos de los monjes de la misión Hyeng-zhar, la orden religiosa que controlaba la excavación de las Cataratas y debía de haber habido, por lo menos, toda la miseria y los tugurios del poblado de chabolas siempre en movimiento que era la ciudad creciente y ambulante que se llamaba el asentamiento Hyeng-zhar, además de todo el equipo, destrozos y material general asociados con unas excavaciones desesperadas que siempre iban mal de tiempo... Pero Anaplian no recordaba nada de eso, no antes de la conmoción de las propias cataratas, que de repente estaban allí, como si el mundo entero se retorciera y cayera de lado, como si el cielo se diera la vuelta, como si todo en el universo cayera por siempre sobre sí mismo, revolviéndose y pulverizándolo todo, destruyéndolo en un remolino loco de caos elemental. El aire temblaba, la tierra temblaba, el cuerpo temblaba, el cerebro temblaba dentro de la cabeza, asaltado, agitado como una canica en un tarro.

Se había aferrado a la mano de la señora M muy fuerte.

Había querido chillar. Había tenido la sensación de que los ojos se le iban a salir, de que estaba a punto de hacerse pipí encima (la violencia del aire tembloroso que la envolvía y apretaba iba a arrancarle el agua del cuerpo a la fuerza), pero sobre todo, quería gritar. No lo hizo porque sabía que si lo hacía la señora M se la llevaría de allí, chasqueando la lengua, sacudiendo la cabeza y diciendo que ya sabía ella que era una mala idea, pero gritar, quería gritar. No porque estuviese asustada (aunque lo estaba, estaba aterrorizada) sino porque quería unirse al ruido, quería conmemorar aquel momento con algo propio.

No importaba que aquello fuera lo más asombroso que hubiera visto en toda su vida (y, a pesar de todo, a pesar de todas las maravillas que incluso la Cultura había tenido que mostrarle en años posteriores, lo había seguido siendo, en lo fundamental), que eso no tuviera igual, que no hubiera forma de medirlo ni de competir con aquello, no tenía sentido intentar siquiera que advirtiera su presencia, lo único que importaba era que ella estaba allí, que aquella maravilla estaba allí, que estaba haciendo el mayor ruido en la historia de todo y ella necesitaba añadir su propio reconocimiento a aquella poderosa y abrumadora voz. Su pequeñez en comparación con aquella maravilla era irrelevante; la vastedad impasible de aquella maravilla le quitaba el aliento, le arrancaba el sonido del grito de sus pequeños pulmones y del delicado tallo de su garganta.

Djan Seriy hinchó el pecho hasta el punto que pudo sentir los huesos y la piel forzando el abrigo bien abotonado, abrió la boca todo lo que pudo y después se sacudió y tembló como si estuviera chillando con todas sus fuerzas pero sin hacer ningún ruido, desde luego ningún ruido que se pudiera apreciar por encima de aquel asombroso clamor que arrollaba el aire, de modo que el grito se interrumpió y se

quedó apretado en su interior, apagado en el interior de su cuerpecito, enterrado para siempre bajo capas y capas de recuerdos y saber.

Se quedaron allí un buen rato. Debía de haber barandillas por las que podía mirar o a las que quizá se subió. Quizá la señora M la había levantado. Recordaba que se mojaron todos, los jirones de brumas se enroscaban sobre ellos y flotaban de un lado para otro con aquella brisa fresca y vigorizante que caía sobre ellos y los empapaba.

Había tardado un rato en notar que los grandes bloques y bultos que dominaban el paisaje acuático que había bajo las cataratas eran edificios gigantes. Cuando miró bien, una vez que supo lo que tenía que buscar, los empezó a ver por todas partes: inclinados y rotos alrededor de estanques que eran como lagos, volcados entre las brumas río abajo, sobresaliendo como puntas de huesos de las paredes oscuras de la caída de agua antes de llenarse y florecer con una espuma gris y sucia que se convertía en blanca al alzarse cada vez más hacia las alturas para convertirse en nubes, para convertirse en cielo.

En aquel momento a Anaplian le había preocupado que los habitantes de la ciudad se ahogasen. Poco después, cuando le dijeron que ya era hora de irse e intentaron soltarle los dedos de la barandilla, había visto a los habitantes. Eran casi invisibles, ocultos entre las brumas la mayor parte del tiempo, solo revelados cuando los muros y doseles de espuma se separaban por un breve instante. Estaban en el límite absoluto de la capacidad del ojo para distinguirlos; eran enanos, como insectos para la escala inhumana impuesta por el arco de las Cataratas que todo lo abarcaban, tan diminutos y reducidos que no eran más que puntos, sin miembros, solo personas posibles o probables porque no podían ser otra cosa, porque se movían, porque cruzaban puentes suspendidos, tenues y microscópicos y se arrastraban por hebras diminutas que debían de ser senderos, se agrupaban en muelles en miniatura donde unos botes minúsculos y unos barcos diminutos se mecían sobre la superficie áspera de aquellas olas agitadas y briosas.

Y por supuesto no eran las personas que habían construido y habitado en un principio los edificios de la gran ciudad que revelaba el progreso constante de aquellas cataratas siempre en retirada, no eran más que algunos de las decenas de miles, quizá cientos de miles, de saqueadores, carroñeros, excavadores, alpinistas, zapadores, constructores de túneles y de puentes, trabajadores del ferrocarril, rastreadores, cartógrafos, operadores de grúas y montacargas, pescadores, marineros, abastecedores, guías, excavadores autorizados, exploradores, historiadores, arqueólogos, ingenieros y científicos que habían vuelto a habitar aquella ruina incesante y siempre cambiante de sedimentos arrancados, rocas caídas, agua precipitada y monumentalidad restregada.

Le arrancaron los dedos de la barandilla uno por uno. La señora M la reprendió, pero la niña no la oyó, ni siquiera se dio la vuelta, le daba igual. Mantuvo los ojos

muy abiertos y fijos en aquella inmensa pista de agua, roca, arquitectura y espuma, mantuvo la mirada clavada en los puntos diminutos que eran personas, concentrando toda su atención y diminuto ser en eso (ni siquiera se molestó en desperdiciar energía luchando o protestando) hasta que un guardia exasperado la apartó al fin, se la echó al hombro y se la llevó de allí con aire resuelto y con la señora M justo detrás de ellos, riñéndola con el dedo. A ella seguía sin importarle y ni siquiera la escuchaba, miró por encima de la señora Machasa, a las Cataratas; menos mal que el guardia se la había echado al hombro en aquella postura, mirando hacia atrás, de modo que podía seguir mirando la gran catarata Hyeng-zhar durante todo el tiempo posible, hasta que desapareció tras una franja de tierra y solo quedaron las torres, agujas y muros de bruma, espuma y nubes para llenar la mitad de aquel reluciente derroche de cielo.

La catarata Hyeng-zhar vaciaba un mar en otro mediante un río de dos mil kilómetros de longitud y en algunos lugares tan ancho que una orilla era invisible desde la otra. El río Sulpitine bajaba sin contratiempos y sin prisas por una ancha planicie en una serie de inmensas curvas hasta que llegaba a la garganta que había creado, por donde se precipitaba doscientos metros hacia un enorme bocado excavado en la tierra circundante, de hecho hacia una serie de bocados dentro de bocados a medida que toda una serie fractal de cataratas consumían el suelo excavado varias veces; cientos de saltos de agua con forma de «u» se acumulaban en una sucesión de agujeros enormes que parecían tazas rotas, colocados ellos mismos dentro de la complejidad todavía mayor del arco de aquella garganta que nunca dejaba de alargarse.

La catarata había formado parte en un tiempo de la costa del mar Sulpine Inferior (los acantilados que quedaban todavía envolvían una cuarta parte de la otra orilla del mar) pero se había retirado a toda prisa cuando su fuerza titánica se llevó sus propios cimientos y dejó una garganta de doscientos metros de profundidad y (la primera vez que Djan Seriy la había visto) cuatrocientos kilómetros de largo.

La garganta se erosionaba a toda velocidad por la naturaleza de la estratificación de la tierra. La roca superior que sostenía el río justo al borde de las cataratas era arenisca, así que se erosionan con gran facilidad. La capa inferior casi ni era roca, más bien un barro muy compactado proveniente de una serie de inundaciones ocurridas millones de años antes. En una gravedad más intensa, los barros se habrían convertido también en roca pero en Sursamen algunos seguían siendo tan blandos que una mano humana podía desmenuzarlos.

Toda la catarata era la Hyeng-zhar. La habían llamado así desde la época en la que el río había empezado a precipitarse directamente en el mar Sulpine Inferior seis mil años antes y todavía la llamaban así, aunque el complejo de cascadas se había retirado ya cuatrocientos kilómetros de su posición original. Nadie sabía cómo se

llamaba la ciudad. Sus habitantes habían desaparecido en un cataclismo ocurrido cientos de millones de años antes y el nivel entero había quedado abandonado durante decenas de millones de años antes de que (con el tiempo y cierto temor) lo volvieran a colonizar sus actuales habitantes.

Ni siquiera sabían que la ciudad estaba allí, y desde luego no tenían ni idea de cómo se llamaba. Ni los oct, los nariscenos o los morthanveld, ni siquiera las supuestamente casi omniscientes culturas de ancianos de la galaxia parecían saberlo; había ocurrido mucho tiempo atrás y con otros propietarios, era responsabilidad de la dirección anterior, un desafortunado problema asociado con los últimos, fallecidos y llorados inquilinos. Lo único que sabía todo el mundo era que el nombre de la ciudad no era Hyeng-zhar.

El resultado fue que la ciudad terminó llamándose la Ciudad Sin Nombre. Lo que significaba, por supuesto, que su nombre ya era en sí mismo una contradicción. Las Cataratas habían sido una de las maravillas de Sursamen durante milenios gracias solo a su simple magnitud, famosas incluso en niveles de aquel mundo cuyos habitantes, al menos la inmensa mayoría, jamás las verían en persona. Aun así, los ciudadanos más destacados, importantes o simplemente ricos de los cometas del Duodécimo, de los zarcillos naiant del Undécimo, de los vesiculares del Décimo y de los tubulares e hidrales del Cuarto a veces hacían el esfuerzo de ir a ver las Hyeng-zhar. Los oct o los aultridia los transportaban por una o más de las torres y luego hasta las Cataratas (los que provenían de entornos muy diferentes encerrados en el traje o receptáculo imprescindible para su supervivencia) para admirar, por lo general a través de un cristal, pantalla u otro material intermedio la estruendosa majestad de la celebrada cascada.

Cuando las Cataratas comenzaron a exponer los edificios de las afueras de la ciudad enterrada (casi cien años antes de que Djan Seriy la viera por primera vez) su fama aumentó, se extendió todavía más y adoptó además cierto aire de misterio. La metrópolis que se iba descubriendo poco a poco no era un simple asentamiento primitivo sino (a medida que las cataratas iban excavando más y más y su verdadera magnitud comenzaba a quedar clara) una ciudad de extraordinario tamaño; no cabía duda de que era muy antigua, pero era obvio también que había sido una cultura muy avanzada. Incluso en ruinas, albergaba tesoros. La mayor parte del botín era muy convencional: metales y piedras preciosas a los que les costaría darse de forma natural en un mundo concha, con su falta de placas tectónicas y de reciclaje de la corteza planetaria. Otros tesoros, sin embargo, se encontraban en forma de materiales exóticos que podían utilizarse, por ejemplo, para elaborar hojas y partes mecánicas con un filo o una dureza poco convencionales e insuperables y obras fabulosas aunque incomprensibles de lo que se suponía que debía de ser arte.

Los materiales de los que estaban hechos los propios edificios poseían

propiedades casi impensables para las personas que hicieron los descubrimientos en el Noveno. Traviesas, vigas y finos revestimientos que se podían utilizar para construir puentes de una enorme resistencia y una ligereza asombrosa. El problema principal al que se enfrentaban los que querían utilizar este extravagante botín era que la materia prima pocas veces se podía extraer en trozos y pedazos manejables y por lo general era imposible cortarlos o reducirlos.

Intactos o en ruinas, los interiores de los edificios también solían proporcionar artefactos extraños y de vez en cuando suministros útiles, aunque nunca cuerpos, fósiles o tumbas.

La ciudad fue creciendo a medida que era carcomida, la extensión de los escombros de los edificios terminó extendiéndose más allá de las Cataratas, por ambos lados. La cascada tenía siete kilómetros de anchura en ese momento y la ciudad debía de ser más ancha todavía.

Los edificios eran de cien tipos y estilos diferentes, hasta el punto de haberse sugerido que la ciudad había albergado varios (es posible que muchos) tipos diversos de criaturas. Las puertas y los espacios interiores eran de diferentes formas, había estructuras enteras construidas a escalas diferentes y algunas tenían niveles en los sótanos o en los cimientos con diseños extraños que se adentraban muy por debajo del lecho de la base de la garganta, hasta el nivel primario del propio mundo concha, otros ochenta metros más abajo, de modo que esos pocos edificios permanecían en pie incluso después de que las cataratas los hubieran expuesto y se hubieran retirado mucho más allá, dejándolos allí, como enormes islas de lados cuadrados alzándose por encima del trenzado de arroyos que formaban el río reconstituido que se abría camino por la gran garganta hasta el mar Inferior.

Una serie de guerras entre los humanos que habitaban el Noveno, provocadas por el control de las Cataratas y su reserva de tesoros, concluyeron con una paz negociada por los oct que se sostuvo durante unas cuantas décadas. Los sarlos y unos cuantos pueblos más del Octavo (a los que los oct permitían viajar a las regiones relevantes del Noveno) habían tenido un papel secundario en algunas de las guerras y uno más principal en la paz; por lo general actuaban como intermediarios honestos y proporcionaban contingentes de vigilancia y administración relativamente neutrales.

Para entonces la fama de las Cataratas había crecido lo suficiente como para que hasta los nariscenos se interesaran por el tema y declararan a toda la zona Lugar de Curiosidad Extraordinaria, lo que a todos los efectos ponía un sello de autoridad en el acuerdo de paz e instaba a los oct a que intentaran garantizarla, al menos dentro de los límites del mandato general de los mundos concha, que decretaba que, en esencia, había que dejar que los habitantes de cada nivel continuaran con sus extrañas y con frecuencia violentas y pequeñas vidas sin interferencias.

Los deldeynos tenían otras ideas. Habían tenido la fortuna o la habilidad

suficiente para conducir guerras lejanas no relacionadas de forma inmediata con las Hyeng-zhnr y, tras identificar una oportunidad demasiado buena como para perdersela (además de no tener en ese momento nada mejor que hacer con los grandes ejércitos que habían levantado en el curso de sus distantes victorias), se habían anexionado la zona neutral que rodeaba las Cataratas, habían expulsado a los administradores y las fuerzas policiales de los otros pueblos y, solo por si acaso, habían atacado a cualquiera que protestara demasiado. Este último grupo incluía a los sarlos. Para los deldeynos fue una simple incursión punitiva para dejar claro a sus inferiores que ellos se habían puesto al mando y era mejor no meterse; atacaron uno de los últimos puestos avanzados que tenían los sarlos en el Noveno, a los pies de la torre Perementhine, y en esa incursión el hijo mayor del rey Hausk, Elime, había muerto. Así había empezado la guerra entre los deldeynos y los sarlos, la guerra entre niveles.

Anaplian despertó sin sobresaltos de su sueño sobre las Cataratas y recuperó la conciencia con una lentitud poco característica. Qué extraño había sido soñar con las Hyeng-zhar después de tanto tiempo. No recordó de forma inmediata la última vez que había soñado con ellas y decidió no usar su encaje neuronal para investigar y enterarse de la fecha exacta (así como, sin duda, de lo que había comido la noche anterior, la disposición del mobiliario de la habitación en la que había tenido el sueño y la compañía que hubiera estado presente en ese momento).

Miró al otro lado de la cama de ondas. Un joven llamado Geltry Skiltz yacía encogido como un niño, sumido en un dulce sueño, desnudo entre los jirones de tela suave que circulaban con suavidad y lo que parecían grandes copos de nieve seca. Observó unos cuantos de los copos que revoloteaban cerca de su rostro, todavía de lo más atractivo aunque un poco caído en aquel momento, cada copo evitaba con cuidado la nariz y la boca masculinas. Anaplian volvió a pensar en el sueño y con el sueño en la realidad de aquella primera visita a las Cataratas.

Había regresado a verlas solo una vez más, después de rogar durante años enteros, menos de un año antes de la muerte de Elime y el comienzo de la guerra cuyo fin quizá estuviera muy próximo. En realidad todavía era una chiquilla por aquel entonces, suponía, aunque en aquel momento se creyera una joven madura y estuviera convencida de que ya había dejado atrás la mayor parte de su vida. Las Hyeng-zhar no habían sido menos impresionantes, eran las mismas pero diferentes por completo. Durante los años transcurridos entre ambas visitas (lo que al final consideraría unos diez años estándar) la catarata se había retirado casi setecientos metros río arriba y había revelado nuevos distritos enteros de edificios y estructuras fascinantes, grotescos y diferentes que habían cambiado su forma de un modo muy profundo.

Desde el techo del nivel no cabía duda de que parecería más o menos lo mismo (ese aspecto de taza rota tan distintivo, ese inmenso mordisco arrancado a la tierra) pero de cerca no quedaba nada que se pudiera reconocer de la última vez; todo lo que había estado allí en un principio había quedado barrido, arrastrado como sedimentos, barro, arena, rocas y escombros hasta un mar mucho más distante, o bien había quedado torcido o ladeado en la anchísima corriente de agua, atascado y rodeado de bancos de arena y restos de escombros, olvidado.

Si echaba la vista atrás se daba cuenta de que incluso entonces había habido señales de las intenciones de los deldeynos. Muchos hombres de uniforme y un ambiente general de quejas, cómo era posible que a otras personas se les permitiera decirles a los deldeynos lo que podían y no podían hacer en lo que era, o eso parecían creer, su propio nivel. Y todo por culpa de un estúpido tratado firmado en un momento de debilidad.

Anaplian había sido lo bastante madura para observar parte de todo eso pero, por desgracia, no lo suficiente para poder analizarlo, ponerlo en contexto y tomar medidas. Se preguntó por un instante si habría sido capaz de comprender el peligro. ¿Habría cambiado algo las cosas? ¿Podría haber advertido a su padre, podría haberlo alertado de la amenaza inminente?

Había habido señales de aviso, por supuesto: espías y diplomáticos sarlos presentes en las propias Cataratas, en la capital regional de Sullir y en la misma corte deldeyna y otros lugares habían enviado informes sobre el ambiente y habían detallado algunos de los preparativos para la guerra, pero nadie había hecho caso de la información. Ese tipo de informes siempre llegaban en grandes cantidades y muchos se contradecían entre sí. Algunos se equivocaban siempre, otros procedían siempre de agentes y funcionarios que intentaban exagerar su propia importancia o inflar su anticipo y algunos siempre eran desinformación deliberada elaborada por el otro bando. Había que elegir bien y ahí se encontraba el potencial para el error.

Hasta su padre, por mucho que para aquel entonces ya se hubiera convertido en un guerrero muy sabio, había sido culpable en ocasiones de oír lo que quería en lugar de lo que se estaba diciendo en realidad, y en ese momento una posible guerra con los deldeynos había sido lo último que había deseado que le contaran. Estaba demasiado ocupado con sus campañas en el Octavo y los ejércitos sarlos no estaban en absoluto preparados para enfrentarse a lo que en aquellos tiempos eran las fuerzas superiores del Noveno.

No debería engañarse ni culparse a sí misma. La posible advertencia que habría podido hacerle a su padre, si hubiera tenido la inteligencia necesaria para hacérsela, no habría cambiado nada. Aparte de todo lo demás, no era más que una niña por aquel entonces y su padre no le habría hecho ningún caso.

Yació despierta en el camarote con el joven señor Skiltz profundamente dormido a su lado, el misil cuchillo disfrazado, con la mente del dron latente, también dormido a todos los efectos y metido en su bolsa, en un armario. Todavía podía usar su encaje neuronal dentro del alcance del dataverso de la Cultura y desde luego dentro de la nave, y a través de él pidió que le proyectaran una imagen en la pared contraria de su dormitorio que le mostrara el espacio estelar real que tenía por delante el *No lo intenten en casa*.

La nave avanzaba a una velocidad modesta. Las estrellas parecían casi inmóviles. Anaplian contempló la mezcla arremolinada de diminutos puntos de luz; sabía que Meseriphine, la estrella alrededor de la que orbitaba Sursamen, quedaba todavía muy lejos y sería con toda probabilidad invisible todavía. No pidió que se la mostraran, ni su dirección. Se limitó a observar durante un rato la deriva lenta de las estrellas fugaces que tenía delante mientras pensaba en su hogar y después fue cayendo poco a poco en un sopor sin sueños.

14. El juego

—¡Toho! ¡Una corona contra tu moneda más pequeña a que se te cae!

—Hecho, malnacido seas, Honge —dijo el caballero en cuestión con los dientes apretados. Sostuvo todo el peso del palo y la jarra con la barbilla y se quedó muy quieto mientras una de las risueñas sirvientas la llenaba de cerveza casi hasta el borde. Sus amigos lo vitorearon, rieron y lo insultaron. La luz brillante del primer paso de Pentrl desde la muerte del rey se derramaba por las altas ventanas y penetraba en el interior lleno de humo del Lamento del Orfebre.

Oramen sonrió y los miró. Llevaban allí la mayor parte del día. Para el último juego usaban cerveza, palos, las galerías de ambos lados del salón principal del Lamento y a dos de las sirvientas. Al que le tocara tenía que colocarse debajo de la galería de uno de los lados mientras una chica llenaba una jarra de cerveza, después, el tipo tenía que ir de un extremo de la sala al otro con la jarra en equilibrio sobre un palo que descansaba en su barbilla, de modo que la chica de la galería de enfrente pudiera quitarle la jarra y bajarla hasta la concurrencia, que se la bebería.

No era más fácil de lo que parecía y la mayor parte de los hombres a esas alturas ya se habían tirado encima una buena cantidad de cerveza, muchos hasta el punto de estar tan empapados que se habían quedado desnudos de cintura para arriba. Utilizaban jarras de cuero calafateado en lugar de jarras de cristal o cerámica para que no hicieran mucho daño cuando se le caían a alguien encima de la cabeza. El juego se iba haciendo cada vez más difícil a medida que la cerveza empapaba tanto el suelo como a los jugadores. En el grupo había unos veinte de esos bravucones, incluyendo a Oramen y Tove Lomma. El aire estaba cargado de humo y risas, del olor a cerveza derramada y de pullas procaces.

Tohonlo, el más veterano de los presentes y también el de mayor rango salvo por el propio Oramen, se apartó poco a poco de la galería y se fue deslizándose sin prisas por el suelo, con la jarra tambaleándose y describiendo un ceñido círculo por encima de su cabeza. Una pequeña cantidad de cerveza se derramó por un lado y le salpicó la frente. Los otros hombres rugieron y se pusieron a dar patadas, pero él se limitó a parpadear, se secó la cerveza de los ojos y continuó una vez estabilizada la jarra otra vez. Las patadas se hicieron más estruendosas y, por un instante, más coordinadas.

Tohonlo se acercó a la galería del otro lado, donde una moza bien parecida con una blusa muy escotada se estiró por encima de la balaustrada con una mano extendida para coger el asa de la temblorosa jarra. Abajo, los hombres no tuvieron ningún inconveniente en hacer saber a la joven hasta qué punto llegaba su admiración.

—¡Vamos, Toho, échasela en las tetas!

La jarra se acercó temblorosa hasta los dedos extendidos de la chica, que la cogió y la levantó, lanzó un pequeño chillidito cuando el peso extra estuvo a punto de tirarla de la galería pero después volvió a enderezarse. Una gran ovación se alzó entre los hombres. Tohonlo bajó la barbilla y dejó caer el palo. Lo cogió por un extremo como si fuera una espada y fingió lanzar una estocada a los hombres que habían hecho más ruido mientras él estaba distraído. Los tipos hicieron gestos y ruidos que querían ser de miedo.

–¡Oramen! –dijo Tove dándole una palmada en la espalda y dejándose caer en el banco a su lado antes de dejar dos jarras de cuero llenas de cerveza delante de ellos con un chapoteo y un par de tragos derramados–. ¡Debería tocarte a ti ahora! –Y le dio un puñetazo en el brazo.

–Te dije que no quería otra copa –dijo Oramen mientras levantaba la cerveza y la agitaba delante de la cara sudorosa y brillante de Tove.

Tove se acercó más a él.

–¿Qué? –Había mucho ruido.

–Da igual. –Oramen se encogió de hombros. Dejó la otra jarra a un lado de la mesa y tomó un sorbo de la nueva.

–¡Deberías ir tú! –le gritó Tove cuando otro de su grupo se colocó el palo en la barbilla y esperó a que la primera sirvienta llenara la jarra que tenía encima. Entre tanto, la segunda sirvienta le llevó a Tohonlo la jarra de cerveza que había transportado de una galería a otra y regresó a la galería saltando, evitando con pericia la mayor parte de los azotes destinados a su trasero–. ¡Deberías probar! –le dijo Tove a Oramen–. ¡Venga! ¡Adelante! ¡Prueba!

–Me mojaría.

–¿Qué?

–Te mojas –gritó Oramen por encima del griterío. Los muchachos estaban dando palmas con energía y buen ritmo.

–¡Pero bueno, pues claro que te mojas! ¡Esa es la idea!

–Debería haberme puesto una túnica más vieja.

–¡No te diviertes bastante! –dijo Tove, que se había inclinado lo suficiente como para que Oramen le oliera el aliento.

–¿Ah, no?

–¡No sales tanto como deberías, príncipe!

–¿En serio?

–¡Si casi no te veo! ¿Cuándo fue la última vez que nos fuimos de putas, no me jodas?

–No desde hace un tiempo, lo admito.

–No estarás harto ya, ¿verdad?

–¿Harto de qué?

–¡De las chicas!

–No seas ridículo.

–No te dedicarás ahora a follarte a hombres, ¿verdad?

–Desde luego que no.

–No quieres follarte hombres, ¿verdad?

–El cielo me libre.

–¿Entonces qué pasa?

–Tengo otras cosas que hacer, Tove. Me encantaría pasar más tiempo contigo pero...

–Te estás convirtiendo en un puto tío que se folla a otros hombres, ¿verdad? Son peores que los putos republicanos.

–Escucha: no.

–Porque te quiero, joder, príncipe, en serio, pero no me jodas, no soporto a los putos tíos que se follan a hombres, de verdad, joder.

–Tove, te creo. Sería difícil no hacerlo. No quiero tirarme a ningún hombre. Por favor, créeme. De hecho, basta con que hagas memoria.

–Bueno, pues entonces sal con nosotros. ¡Ven a pasarlo bien!

–Lo haré, te lo prometo.

–¿Pero lo prometes?

–¿Quieres escuchar? Te lo prometo. Y ahora deja de ser...

Ni siquiera habían visto estallar la pelea. Antes de darse cuenta estaban volando las jarras y los vasos y los hombres estaban cayendo unos encima de otros. Se suponía que había que dejar espadas y cuchillos en la puerta, pero entre la repentina refriega, Oramen creyó ver el destello del sol en una hoja de acero. Tove y él se echaron hacia atrás por puro instinto y sujetaron sus jarras cuando un hombre (un hombre especialmente grande y musculoso) se precipitó sobre ellos de espaldas, a medio camino entre un tropiezo y una caída.

El banco en el que estaban sentados estaba unido por unos palos a la mesa, así que salió volando todo, incluidos ellos. Sin embargo, Oramen había recordado que banco y mesa eran uno solo cuando vio al tipo tambalearse estrepitosamente sobre ellos así que había levantado las piernas y empezado a girar sobre las nalgas cuando la espalda y la cabeza del hombre chocaron con el banco vacío y la mesa llena que tenían delante. Oramen pudo quitarse de en medio rodando cuando todo el montaje se fue escorando hacia atrás llevándose a Tove con él antes de estrellarse contra otro banco y mesa que tenía detrás y provocar unas cuantas maldiciones. Oramen consiguió salvar la mayor parte de su cerveza, todo un logro. Todas las bebidas que seguían en la mesa y la que había en el puño de Tove terminaron salpicándolo todo, sobre todo a las personas sentadas en la mesa de atrás, para su pura y más que ruidosa consternación. Tove y las personas de la otra mesa empezaron a gritarse.

–¡Cabrón!

–¡Cabrón tú!

Oramen se levantó pero tuvo que agacharse de repente cuando un vaso de cristal atravesó el aire justo por donde había estado su cabeza.

Tove y los ocupantes del banco de atrás seguían conversando. Oramen tomó un sorbo de cerveza, comprobó que no hubiera nada volando y dio un paso atrás. Era una pelea impresionante. Le gustaba el modo en que el humo parecía rodar y separarse cuando la gente salía volando. Dos fornidos caballeros llegaron a la carga y se interpusieron entre Tove y los belicosos ocupantes de la mesa de atrás, con lo que por un instante terminaron enmarañados con el amigo de Oramen.

Tove salió como pudo y se acercó tambaleándose a Oramen mientras se limpiaba la cerveza de la túnica.

–Será mejor que nos vayamos –dijo–. Sígueme.

–¿Qué? –protestó Oramen cuando Tove lo cogió por el brazo–. Pero si estaba empezando a divertirme.

–Ya habrá tiempo para eso más tarde. Ahora toca salir de aquí pitando. –Tove le tiró de la manga y rodeó la pelea principal, después cruzaron la sala (las dos sirvientas estaban chillando una en cada galería, alentaban a los participantes, los despreciaban, lanzaban jarras tanto llenas como vacías al caos de pendencieros de abajo) rumbo a la puerta de atrás, que llevaba al patio y los aseos.

–¡Pero esto es muy divertido! –le chilló Oramen a Tove sin dejar de intentar liberarse el brazo.

–Algunos de esos cabrones podrían ser anarquistas, hay que salir de aquí.

Un vaso de cristal se estrelló contra la pared, cerca de la cabeza de Oramen.

–Oh –suspiró–. Está bien.

–Vaya, has recuperado el sentido común. Más vale tarde que nunca.

Bajaron con estrépito unos escalones que llevaban al patio y llegaron a la puerta. Tove se detuvo en el estrecho pasaje.

–Vos primero, prín...

–Oh, sal de una vez –le dijo Oramen mientras lo empujaba con una mano.

Salieron de golpe a la intensa luz vespertina del patio de la taberna. Oramen percibió el hedor repentino de una curtiduría cercana.

Un hombre salió como una exhalación de un lado de la puerta y hundió una larga daga en el vientre de Tove, que se desgarró hacia arriba a toda prisa.

–¡No, a mí no! –tuvo tiempo de farfullar Tove, después cayó cuando el hombre que lo había apuñalado lo rodeó y (con un segundo hombre) echó el brazo hacia atrás con la hoja apuntando directamente a Oramen.

Oramen había tenido la mano en los riñones desde que habían cogido las escaleras, se había levantado la túnica y la camisa y había estado palpando hasta que

sintió la calidez de la culata de la pistola en el puño. La sacó, usó la otra mano para quitar el seguro como había practicado cien veces en sus aposentos y apretó el gatillo en la cara del hombre que había acuchillado a Tove.

La frente del hombre formó una pequeña boca redonda que emitió un besito que escupió algo rojo. El pelo de la nuca se le levantó y liberó un chorro rosa, como la tos de un tísico. Se echó atrás como si lo hubieran acorralado, una bestia que quisiera cargar y hubiera llegado al límite de la correa, se sacudió y cayó sobre los omóplatos y la cabeza, con los ojos clavados en el cielo brillante. El otro hombre se encogió al oír el disparo, increíblemente ruidoso, y dudó en su avance, quizá incluso dio medio paso atrás. Fue suficiente. Oramen giró el brazo de repente y le disparó (estaba un poco más lejos) en el pecho. También cayó hacia atrás y se quedó sentado en las piedras desiguales y llenas de paja y excrementos del patio del Lamento del Orfebre.

Los disparos habían dejado un zumbido en los oídos de Oramen.

Tove yacía moviéndose muy poco a poco, iba perdiendo cantidades enormes de sangre roja y oscura que formaba una especie de dibujo cuadriculado en los espacios que dejaban las losas del patio. El primer hombre yacía de espaldas, inmóvil, con los ojos clavados en las alturas. El hombre al que Oramen acababa de disparar seguía sentado, con las piernas estiradas y la daga caída a un lado, con las dos manos sobre la pequeña herida que tenía en el pecho y la mirada dirigida a algún sitio de los adoquines, entre Oramen y él mismo. Parecía tener hipo. Oramen no sabía muy bien qué tenía que hacer y no pensaba con claridad, así que se adelantó y le disparó al hombre sentado en la cabeza. El hombre se derrumbó como si hubieran tirado él, como si por alguna razón la gravedad no fuera suficiente. Oramen apenas notó el disparo, los oídos ya le zumbaban demasiado.

No había nadie más por allí. Se sentó también, antes de caerse. El patio estaba muy silencioso después de todo aquel ruido.

—¿Tove? —dijo.

Tove había dejado de moverse. El dibujo cuadriculado de la sangre que se movía entre los espacios que dejaban las piedras del patio estaba alcanzando los pies estirados de Oramen. El príncipe los movió antes de que la sangre los alcanzara y se estremeció. Se oía un rugido que le pareció la pelea que continuaba en la sala que tenían encima.

—¿Tove? —dijo otra vez. Hacía un frío sorprendente en aquel soleado y brillante patio.

Al final empezó a llegar gente.

Los deldeynos habían excavado por todas sus tierras una serie de canales y zanjas anchas llenas de agua con la intención de impedir el paso de las fuerzas sarlas que avanzaban por tierra. Debido a la dirección del ataque de los sarlos, determinada en

realidad por la torre por la que habían descendido, solo hallaron en su camino uno de esos obstáculos. Ya habían rechazado un ataque en masa de fusileros y granaderos montados en caudes y lyges poco después de dejar la noche que habían encontrado cerca de Illsipine. Los deldeynos habían atacado con orden y concierto, pero al final tuvieron que huir en con el rabo entre las piernas, los que pudieron. Lucharon con bravura y los granaderos en concreto habían causado algunos daños y muertos, sobre todo cuando explotó un depósito de roasoaril, pero seguían sin tener respuesta para las baterías de artillería, que derribaban a las lentas bestias aéreas y sus jinetes como cazadores disparándole a una bandada de pájaros.

Las fuerzas aéreas sarlas se contuvieron hasta que los aviadores deldeynos se dieron la vuelta en plena retirada, después partieron tras ellos y los hostigaron, dispararon y abordaron en pleno vuelo cuando los jinetes eran lo bastante valientes o idiotas. El ejército se sacudió el polvo de la batalla y reanudó su avance, con el camino marcado por los restos entremezclados de los aviadores deldeynos muertos y sus bestias derribadas. Tyl Loesp contó al menos una docena de enemigos caídos por cada baja sarla.

Pasaron junto a un montículo de huesos rotos, cartílagos empapados y alas correosas tiradas en el suelo polvoriento en el que el jinete deldeyno seguía vivo. Fue el propio Tyl Loesp el que notó un movimiento al pasar y ordenó que detuvieran el coche de mando y que se desenredara al aviador, gravemente herido, de su montura muerta, un proceso que incluso llevado a cabo sin una dureza deliberada hizo que el hombre chillara con voz ronca. Lo subieron a bordo del vehículo y lo dejaron en una litera en la parte de atrás del coche abierto, donde un médico intentó atenderle y un intérprete intentó interrogarlo sobre la moral de los deldeynos y las fuerzas que les quedaban. El hombre estaba próximo a su fin, en cualquier caso, pero encontró fuerzas para apartar al médico y escupir al intérprete en la cara antes de morir. Tyl Loesp les dijo que tiraran el cuerpo por la parte de atrás del coche sin más cumplidos.

La gran llanura se extendía en todas direcciones. El río Sulpitine estaba a unos veinte kilómetros a su izquierda. Unas nubes altas de un leve color rosado destacaban contra el cielo demasiado azul cuando llegaron al único y ancho canal que era la última barrera defendible que quedaba entre ellos y la región que albergaba la capital deldeyna, Rasselle. Los deldeynos habían estacionado fuerzas terrestres en ese lado del canal, pero la mayor parte había huido en botes durante la noche. Las trincheras eran poco profundas y sin refuerzos, igual que el canal, que no estaba bien forrado y las orillas no hacían más que derrumbarse, dejando playas de arena en toda su extensión. En cualquier caso, el agua se estaba secando, solo un canal secundario de diversión y una especie de rompeolas levantado a toda prisa río arriba habían mantenido aprovisionada la barrera acuática improvisada, y eso lo habían destruido

los zapadores sarlos esa mañana, con lo que las aguas empezaron a drenarse en el río principal o, simplemente, empaparon la arena.

El fuego de artillería esporádico que lanzaban desde el otro lado del canal (desde algún lugar situado a bastante distancia de él) por lo general se quedaba corto y casi parecía no verse siquiera. Los sarlos eran los dueños del aire, no despegaba ningún aviador deldeyno para enfrentarse a sus patrullas de reconocimiento, de ataque y de vigilancia. La mayor parte de la artillería sarla todavía se estaba montando y las primeras baterías solo estaban haciendo disparos de prueba para averiguar su alcance. Tyl Loesp se encontraba en el arcén poco profundo de un trozo de arena excavada, con los prismáticos en la mano y escuchando las explosiones. Los cañones de las baterías disparaban seguidos, casi al mismo ritmo, como una tropa de fusileros bien adiestrados, aunque los estallidos parecían, como era natural, más profundos. Esa regularidad era una buena señal. Las patrullas de vigilancia recorrían las cuadrículas asignadas, giraban y viraban en el aire y enviaban mediante heliografías los lugares donde estaban cayendo los disparos de las baterías que les habían asignado. Al otro lado, las borlas de arena y los velos de polvo que quedaban flotando mostraban dónde caían los disparos.

Werreber se acercó con su vapor de tierra, se bajó de un salto, saludó a varios miembros del personal de Tyl Loesp (que se mantenían a una distancia respetuosa de su jefe) y se acercó a él a grandes zancadas.

–La cuestión es –dijo de repente–, ¿esperamos a que se drene el agua o nos arriesgamos a atacar ahora?

–¿Cuánto falta para que se haya drenado lo suficiente? –preguntó Tyl Loesp.

–Quizá para el comienzo de la próxima noche corta, cuando se ponga Uzretea. Es una noche muy corta, solo tres horas, después sale Tresker. A los ingenieros no les hace gracia comprometerse con horas exactas. Varios trozos del lecho del canal pueden seguir embarrados y otros quizá ya sean vadeables.

–¿Podemos identificar esas variaciones?

–Lo estamos intentando. –El mariscal de campo señaló con la cabeza a uno de los caudes más grandes que se abría camino con gran trabajo con dos hombres encima, volando bajo sobre las aguas que se batían en retirada–. Ese es uno de los ingenieros, está echando un vistazo desde arriba. En general son de la opinión de que deberíamos esperar hasta el amanecer de Tresker. Eso sería lo más prudente. Incluso si podemos encontrar unos cuantos trozos secos antes, para cruzarlos habría que concentrar nuestro ataque en una zona demasiado estrecha y vulnerable. Es mejor atacar en un espacio más amplio.

–¿Pero no sería mejor que atacáramos lo antes posible? –preguntó Tyl Loesp–. Si tenemos todas las fuerzas listas, creo que deberíamos atacar.

–Quizá. No parecen tener muchos hombres al otro lado, aunque según varios

informes hay muchas carreteras y caminos. Podrían estar allí y bien atrincherados.

–¿Las fortificaciones de este lado no son toscas y poco profundas?

–Así es. Pero eso no significa que las del otro lado sean iguales. Podrían haber dejado las de este lado en tan mal estado para ponernos una trampa y que sigamos adelante.

–Podríamos pecar de demasiado cautos –dijo Tyl Loesp–. Cuanto más esperemos, más tiempo tienen para reunir las fuerzas que les queden.

–Nuestros refuerzos también están llegando. Y podemos ver los suyos cuando lleguen. Las patrullas de reconocimiento no informan de ningún movimiento, aunque de las cataratas brota demasiada bruma como para ver más allá de treinta kilómetros carretera abajo. Las brumas del río también podrían oscurecer las cosas por aquí más tarde, sobre todo a primera hora de la mañana de Tresker, aunque es posible que podamos aprovecharlo en nuestro beneficio.

–Creo que deberíamos atacar ya –dijo Tyl Loesp.

–Si el enemigo está allí en un número considerable –dijo Werreber señalando la otra orilla con la cabeza–, atacar ahora podría hacernos perder la guerra esta tarde.

–Sois demasiado cauto, Werreber. Están vencidos. El ritmo lo marcamos nosotros. E incluso si están ahí, incluso si nos rechazan de momento, no perderíamos la guerra. Hemos llegado a un punto en el que incluso en sus tierras podemos permitirnos pérdidas más grandes que ellos.

–¿Para qué apurarnos? ¿Para qué sufrir pérdida alguna? Por la mañana habremos estado machacándolos toda la noche y estaremos listos para un ataque general con unas fuerzas abrumadoras que los pisotearán sin miramientos. Además, tanto los hombres como los vehículos necesitan descansar, Tyl Loesp. Cargar ahora sería desmedido y nos arriesgaríamos a una grave merma en los resultados. Podemos rechazar cualquier cosa con la que decidan atacarnos pero solo si nuestras fuerzas permanecen unidas.

–No obstante, para mantener esa ventaja, incluso si después nos detenemos y recuperamos el aliento al otro lado, atacaremos en cuanto hayamos identificado los puntos de cruce.

Werreber se irguió en toda su altura, con la espalda muy recta, y se quedó mirando al otro hombre por encima de su nariz ganchuda.

–No os entiendo, Tyl Loesp; provocáis un retraso insistiendo en que tomemos esta ruta más tortuosa y luego nos empujáis a ir más rápido que un lyge encorvado.

–Es mi forma de mantener cierto equilibrio –dijo Tyl Loesp.

El mariscal de campo le dedicó una mirada gélida.

–Mi consejo es no emprender este ataque, Tyl Loesp.

–Y yo tomo nota de ello. –Tyl Loesp esbozó una ligera sonrisa–. Con todo...

Werreber contempló la extensión de arena reluciente y las aguas agitadas por la

brisa que llegaban al otro lado y suspiró.

–Como deseáis, señor –dijo. Hizo una pequeña reverencia, se dio la vuelta y se fue.

–Ah, ¿mariscal de campo?

Werreber se giró con el ceño fruncido.

»Nada de prisioneros. –Tyl Loesp se encogió de hombros–. Salvo quizá unos cuantos para interrogarlos.

Werreber lo miró furioso unos momentos, después asintió con el gesto más brusco posible y se dio la vuelta otra vez.

–¿No habíais matado antes? –preguntó Fanthile.

–¡Por supuesto que no!

–¿Habíais derramado sangre alguna vez, o estado en alguna pelea?

Oramen sacudió la cabeza.

–Apenas había tocado una espada, por no hablar ya de una pistola. Mi padre nunca quiso que fuera guerrero. Ese era el papel de Elime. Ferbin era su reserva en ese caso, aunque no servía para ello, quizá debido a que mi padre siempre se había concentrado demasiado en Elime. Mi padre creía que Ferbin se había echado a perder, que había pasado del punto justo de madurez y se había estropeado antes de llegar a ser un hombre de verdad. Yo era demasiado joven para figurar como combatiente cuando mi padre nos estaba atribuyendo nuestros respectivos papeles y planeando el asalto a la posteridad. Mi papel fue siempre el del estudioso, el pensador, el analista, el futurista –bufó Oramen.

Fanthile sirvió un poco más de aquel vino helado dulce en la copa de Oramen. Se encontraban en los apartamentos privados del secretario de palacio. Oramen no había sabido con quién hablar tras el ataque. Al final, sus pasos lo habían llevado hasta Fanthile.

–Entonces lo hicisteis especialmente bien, ¿no es así? –dijo el secretario de palacio–. Muchos hombres que se creen valientes se encuentran con que no lo son tanto cuando se enfrentan a un ataque tan expeditivo como ese.

–Señor, ¿es que no me habéis oído? Pero si casi me desmayé. Tuve que sentarme para no caerme. Y eso que tenía ventaja; sin mi pistola no estaría aquí. Ni siquiera pude defenderme como un caballero.

–Oramen –dijo Fanthile con suavidad–, todavía sois muy joven. Además, se os ocurrió armaros. Eso fue muy inteligente, ¿no os parece?

–Así se ha demostrado. –Oramen bebió un buen trago.

–Y los que os atacaron no estaban demasiado preocupados por el protocolo.

–Desde luego que no. Me imagino que solo usaron un cuchillo en lugar de una pistola porque el primero es silencioso y la segunda se anuncia a media ciudad. A

menos que resulten ser auténticos caballeros, por supuesto –dijo Oramen con una sonrisa desdeñosa–. Tales desprecian las armas de fuego y consideran las hojas de acero como el único recurso honorable, aunque creo que en los últimos tiempos se empiezan a permitir los rifles en las cacerías, incluso en los condados más regresivos.

–Y lo cierto es que mataron a vuestro mejor amigo.

–Oh, a Tove sí que lo mataron bien, lo ensartaron vivo. Él se sorprendió mucho –dijo Oramen con amargura. Un pequeño ceño le arrugó la frente–. De lo más sorprendido... –repitió con cierta vacilación.

–Entonces no os culpéis –decía Fanthile. Después le tocó a él fruncir el ceño–. ¿Qué?

Oramen sacudió la cabeza.

–Solo la forma que tuvo Tove de decir «A mí no» cuando... –El príncipe se secó la cara con una mano–. Y antes, cuando estábamos junto a la puerta... –Se quedó mirando al techo por unos momentos y después sacudió la cabeza con gesto decidido–. No. ¿Pero qué digo? Era mi mejor amigo. No podría. –Se estremeció–. Por Dios bendito, ese hombre muere en mi lugar y yo intento echarle la culpa. –Volvió a beber.

–Tranquilo, muchacho –dijo Fanthile con una sonrisa mientras señalaba la copa con la cabeza.

Oramen miró la copa, pareció estar a punto de discutir y después la dejó en la mesa entre los dos.

–La culpa es mía, Fanthile –dijo–. Envié a Tove por esa puerta el primero y fui lo bastante estúpido como para rematar al que había herido en el pecho. Por él podríamos haber descubierto quién los envió.

–¿Creéis que los envió alguien?

–Dudo que estuvieran holgazaneando en el patio a la espera de robar a la primera persona que apareciera por esa puerta.

–¿Y quién podría haberlos enviado?

–No lo sé. Lo he estado pensando, y al hacerlo me he dado cuenta de que hay una lista desoladoramente larga de sospechosos.

–¿Quiénes podrían ser?

Oramen se quedó mirando al otro hombre.

–Los mismos que podríais pensar vos.

Fanthile miró al príncipe a los ojos y asintió.

–Desde luego, ¿pero quién?

Oramen sacudió la cabeza.

–Espías deldeynos, republicanos, parlamentarios radicales, una familia con alguna *vendetta* personal contra mi familia, de esta generación o alguna anterior, algún corredor de apuestas que me confundiera con Ferbin. ¿Quién sabe? Incluso podría ser

algún anarquista, aunque estos parecen existir más en las mentes de aquellos que se oponen a ellos con más fervor que en la incómoda realidad.

–¿Y quién –preguntó Fanthile–, saldría más beneficiado con vuestra muerte?

Oramen se encogió de hombros.

–Bueno, si nos ceñimos a los límites más absolutos de la lógica, Tyl Loesp, supongo. –Miró al secretario de palacio, que le devolvió la mirada con una expresión estudiadamente vaga. El príncipe volvió a sacudir la cabeza–. Oh, yo también pensé en él, pero si desconfío de él, desconfío de todo el mundo. De vos, de Harne, de Tove (que el Dios del Mundo lo tenga en su seno), de todos. –Oramen apretó el puño y golpeó el cojín más cercano–. ¿Por qué tuve que matar a ese herido? ¡Debería haberlo mantenido con vida! –Se quedó mirando al secretario de palacio–. ¡Yo mismo habría empuñado las tenazas y el hierro candente contra ese canalla!

Fanthile apartó la vista por un momento.

–Vuestro padre no veía con buenos ojos esas técnicas, príncipe. Solo las utilizaba en muy escasas ocasiones.

–Bueno –dijo Oramen, desconcertado–. Me imagino que este tipo de... incidentes es mejor evitarlos. Es mejor... delegarlos.

–No –dijo Fanthile–. Su majestad siempre estaba presente, pero era lo único que yo vi jamás que lo pusiera físicamente enfermo.

–Sí, bueno –dijo Oramen, que de repente se sentía incómodo–. Dudo mucho que yo pudiera hacerlo. Me desmayaría o saldría corriendo, sin duda. –Volvió a levantar la copa y después la volvió a dejar.

–Necesitaréis un nuevo caballero, príncipe –dijo Fanthile, que parecía alegrarse de poder cambiar de tema–. Estoy seguro de que os elegirán uno adecuado.

–Y no me cabe duda de que la elección la hará el eminente Chasque –dijo Oramen–. Tyl Loesp lo dejó «a cargo» de mí mientras él está fuera. –Oramen sacudió la cabeza.

–Así es –dijo Fanthile–. Sin embargo, ¿me permitís sugeriros que le presentéis al eminente vuestra propia elección ya hecha?

–¿Pero quién? –Oramen miró al secretario de palacio–. ¿Ya tenéis a alguien en mente?

–Así es, señor. El conde Droffo. Es joven pero inteligente, serio y digno de confianza, devoto de vuestro padre y vuestra familia y llegado a Pours hace muy poco tiempo. Es... ¿cómo podría decirlo? Digamos que no está excesivamente contaminado por el cinismo de la corte.

Oramen observó a Fanthile un poco más.

–Droffo, sí. Lo recuerdo del día que murió mi padre.

–Y también, señor, ya es hora de que tengáis vuestro propio criado personal.

–Muy bien, ocupaos también de eso, si tenéis la bondad. –Oramen se encogió de

hombros—. Tengo que confiar en alguien, secretario de palacio y he decidido confiar en vos. —Se terminó la copa—. Y ahora confío en que me volváis a llenar la copa —dijo con una risita tonta.

Fanthile le sirvió un poco más de vino.

La batalla del cruce del canal no fue ni el desastre que había temido Werreber ni el paseo que había anticipado Tyl Loesp. Perdieron más hombres y material de lo que el mariscal de campo creía necesario para llegar al otro lado, e incluso entonces tuvieron que parar para reagruparse y reaprovisionarse durante tanto tiempo que bien podrían haber esperado al amanecer para lanzar un ataque en un frente más general después de una buena noche de fuego de artillería y quizá incluso al amparo de las brumas matinales. En lugar de eso, habían cruzado por tres largos embudos que atravesaban los pozos poco profundos de agua estancada y la arena húmeda, y así concentrados, habían sufrido las atenciones de las ametralladoras pesadas deldeynas y de los morteros bien disimulados al otro lado.

Con todo, habían ganado la batalla. Tenían los obuses que no se habían disparado y que se habían ahorrado a cambio de las vidas y los miembros perdidos de soldados normales. A Werreber aquello le parecía un cambio tan ignominioso como vergonzoso cuando no había una necesidad urgente de darse prisa. A Tyl Loesp le parecía un acuerdo razonable.

Werreber se consoló con saber que decretar algo no lo convertía en realidad necesariamente en el campo de batalla. Aunque se sabía que la orden era no hacer prisioneros, muchas de las unidades sarlas prefirieron desarmar a los deldeynos que capturaron y dejarlos escapar. Werreber decidió no darse por enterado de semejante insubordinación.

Los dos hombres volvieron a reñir por si se debía dividir las fuerzas. El regente quería enviar un número notable de hombres a tomar el asentamiento Hyeng-zhar mientras que al mariscal de campo le parecía más prudente contar con todas las tropas disponibles para atacar la capital, donde se estaban reuniendo las últimas fuerzas deldeynas de cierta importancia. El regente hizo prevalecer de nuevo su opinión.

Reducido por las fuerzas asignadas a la toma de las Cataratas, el ejército restante se desplegó y se dividió en tres secciones para el asalto definitivo contra la capital deldeyna.

15. *El centésimo idiota*

En cuanto Ferbin vio a los caballeros Vollird y Baerth, supo que estaban allí para matarlo. Sabía muy bien quiénes eran. Eran los que había visto a ambos lados de la puerta de la fábrica abandonada donde habían asesinado a su padre. Se habían plantado allí y habían observado el brutal asesinato de su rey a manos de Tyl Loesp. El más bajo, más ancho y aparentemente más poderoso se llamaba Baerth, y era el que Ferbin había reconocido en su momento. El caballero más alto y delgado era Vollird, conocido por ser uno de los mayores aliados de Tyl Loesp y, Ferbin estaba más que seguro, el caballero alto cuya cara no había podido ver y que estaba con Baerth junto a la puerta de la fábrica.

–Caballeros –dijo Vollird asintiendo con un gesto mínimo y una leve sonrisa. Baerth (el más bajo y el que parecía más poderoso) no dijo nada.

Los dos aparecieron en la extensa y atestada explanada que se extendía ante la salida de la torre por la que los habían acompañado mientras el oct (que seguía pidiéndoles los documentos) intentaba explicar por qué no estaba allí para recibirlos el gran zamerín narisceno. A los dos caballeros los escoltaba un narisceno con un reluciente exoesqueleto de oro y piedras preciosas. Los dos iban vestidos con pantalones ceñidos y largas túnicas cubiertas de tabardos, con espadas envainadas y fundas de pistolas colgadas de gruesos cinturones.

Ferbin no respondió. Se limitó a mirarlos fijamente para grabarse sus caras en la cabeza para siempre. Sintió que empezaba a temblar, se le aceleró el pulso y una sensación fría y angustiada le invadió las tripas. Se puso furioso con su cuerpo por traicionarlo así e hizo todo lo que pudo por relajarse, respirar sin alterarse y, en general, mostrar todos los indicios de tranquilidad y normalidad.

–¿Cómo están, señores? –dijo Holse con la mano todavía en el pomo de su largo cuchillo–. ¿Quiénes son, si me lo permiten?

–Documentos, si amables –dijo con poco ánimo de ayudar el oct que seguía al lado de Holse y Ferbin.

El caballero más alto miró a Ferbin al hablar.

–Quizá podáis tener la gentileza de informar a vuestro criado que no respondemos a la mascota cuando tenemos al dueño delante.

–Mi criado es un hombre de honor y decoro –dijo Ferbin intentando mantener la calma–. Puede dirigirse a los dos de cualquier forma o modo que considere conveniente y por Dios que deberían agradecerle hasta la menor gentileza que les conceda, pues se merecen menos que un escupitajo y si yo fuera ustedes, acumularía con gran celo lo poco que me pongan delante, pues, créanme, señores, cuando les digo que tiempos peores les esperan.

El caballero bajo lo miró furioso y movió la mano hacia la espada con gesto nervioso. A Ferbin se le secó la boca, era muy consciente de lo desigual que era el armamento de ambos bandos. El más alto parecía sorprendido y un tanto ofendido.

–Esas son palabras crueles, señor, para dos que solo desean ayudaros.

–Creo que sé el destino al que les gustaría enviarnos. Es un estado que estoy decidido a evitar durante algún tiempo más.

–Señor –dijo el caballero más alto con una sonrisa tolerante–, nos ha enviado el actual y legítimo gobernante de la tierra natal que compartimos, que os desea solo el bien, para ayudaros en vuestro viaje. Lamento cualquier malentendido que os haya podido llevar a pensar mal de nosotros antes siquiera de que nos hayan presentado como es debido. Soy Vollird de Sournier, caballero de la corte. Aquí mi compañero es Baerth de Charvin, noble del mismo modo. –Vollird giró solo una fracción y señaló con una mano al hombre más bajo que tenía a su lado, aunque no había apartado los ojos de Ferbin–. Estamos aquí a vuestro servicio, mi buen señor. Os ruego que no perdáis las buenas maneras, si no por otra razón, al menos porque estamos delante de nuestros amigos de otros mundos y podríamos arriesgarnos a degradar la reputación de todo nuestro pueblo al parecer que reñimos o nos apuramos. –Vollird señaló con un gesto de la mano las formas brillantes y estáticas del oct y el narisceno que tenían a su lado, pero con los ojos todavía clavados en Ferbin.

–Si ambos están a mi servicio –contestó Ferbin–, se apartarán de nosotros de inmediato y le llevarán este mensaje a su amo, que no es más el legítimo gobernante de la «tierra natal que compartimos» que mi último cagarro, de hecho, un poco menos: me voy solo para regresar y cuando lo haga, lo trataré con la misma cortesía y respeto que le mostró él a mi padre al final.

Se produjo el más ligero de los movimientos en un extremo de la frente oscura de Vollird, no fue más que una leve insinuación de sorpresa pero Ferbin se alegró de verlo. Sabía que podía decir más, pero también sabía, con una especie de certeza fascinada, que constituía una carga de pólvora que debería guardarse por ahora. Quizá llegara el momento en el que alguna revelación más de todos los detalles que conocía sobre lo ocurrido en la fábrica medio derruida aquella noche tendría más utilidad que la de desconcertar a aquellos dos.

Vollird se quedó callado durante apenas un segundo, después sonrió.

–Señor, señor, seguimos sin entendernos. Nos gustaría ayudaros, escoltaros en el viaje que os aleja de aquí. Ese es nuestro mayor deseo y nuestras instrucciones concretas. –Esbozó una sonrisa bastante amplia e hizo un gesto abierto con ambas manos–. Todos deseamos lo mismo, que es veros partir. Habéis abandonado la tierra y el nivel al que pertenecíais con cierta urgencia y celeridad y solo nos gustaría ayudaros a coger el próximo vuelo que hayáis decidido. No deberíamos reñir.

–Nos no deseamos lo mismo... –empezó a decir Ferbin, pero entonces, el

caballero más bajo, Baerth, que llevaba unos minutos con el ceño sumamente fruncido, habló por lo bajo, como si solo fuera para sí.

–Ya está bien de hablar. Encaja esto, puta. –Sacó la espada y le lanzó una estocada a Ferbin.

Ferbin empezó a dar un paso atrás y Holse comenzó a ponerse delante de él mientras con el brazo izquierdo hacía amago de empujar a Ferbin para ponerlo detrás de él. Al mismo tiempo, el brazo derecho de Holse dibujó un arco hacia el otro lado de su cuerpo y salió disparado, el corto cuchillo atravesó el aire y...

Y lo cogió al vuelo uno de los miembros del narisceno que tenía Baerth a su lado al tiempo que una de sus piernas le ponía la zancadilla al caballero atacante y lo mandaba al suelo a los pies de Holse. Este pisoteó con fuerza la muñeca del hombre y le quitó la espada de la mano abierta. Baerth gruñó de dolor. Vollird ya estaba sacando la pistola.

–¡Quietos! –dijo el narisceno–. ¡Quietos! –repitió cuando Holse quiso apuñalar al caballero tirado con una mano y coger su pistola con la otra. El oct le quitó la espada de la mano mientras que el narisceno se daba la vuelta y le arrancaba a la pistola a Vollird, que lanzó un repentino jadeo. Espada y pistola cayeron al suelo con estrépito en direcciones opuestas.

–Detener, hostilidades –dijo el oct–. Comportamiento inapropiado.

Holse se quedó allí plantado, mirando furioso al alienígena de ocho miembros, mientras sacudía la mano derecha y se la soplaba como si intentara recuperar la circulación un día de mucho frío. Había movido el pie con el que había pisado la muñeca de Baerth, de modo que en ese momento lo tenía posado en el cuello del hombre y había apoyado casi todo el peso en él. Vollird seguía agitando la mano derecha con vigor y maldiciendo.

Ferbin lo había observado todo, sin acercarse ni dejarse notar, mirando con una extraña indiferencia quién había hecho qué y dónde se encontraban todas las armas en ese momento. Se dio cuenta de que todavía tenía una idea muy clara de dónde estaban las dos pistolas: una allí, en el suelo y la otra todavía en la pistolera de Baerth.

Del techo bajó un mecanismo. Parecía una imagen voluminosa de un narisceno en toda una sinfonía de metales de colores.

–No se permite pelear en espacios públicos –dijo en voz muy alta y en sarlo, con un acento extraño pero comprensible–. Me haré cargo de todas las armas de las inmediaciones. Cualquier tipo de resistencia dará lugar a castigos físicos que no excluyen la inconsciencia ni la muerte. –Ya estaba recogiendo la espada y la pistola del suelo, y las balanceaba por el aire con una especie de silbido. El narisceno le dio el cuchillo largo de Holse–. Gracias –dijo. Después le quitó a Baerth el arma que llevaba en la pistolera (el tipo seguía tirado bajo la bota de Holse y empezaba a emitir

ruidos guturales), sacó otra arma más pequeña de la bota del caballero tirado y también encontró una daga y dos cuchillos pequeños de lanzamiento en la túnica. A Vollird, que se sujetaba la mano derecha con delicadeza y hacía muecas, le quitó una espada, un cuchillo largo y un trozo de cable con unos asideros de madera a ambos lados.

–Todas las armas no autorizadas se han suprimido de las inmediaciones –anunció la máquina. Ferbin notó que una pequeña multitud de personas (alienígenas, máquinas, lo que se quisiera llamarlos) se había reunido a una discreta distancia para observar. La máquina que sostenía todas las armas dijo–: Tchilk, mentor narisceno de relaciones con los bárbaros, presente, está al mando teórico hasta que llegue una autoridad superior. Entretanto, todos los implicados mantendrán su posición aproximada bajo mi custodia. El incumplimiento de las órdenes dará lugar a castigos físicos que no excluyen la inconsciencia o la muerte.

Hubo una pausa.

–¿Documentos? –le dijo el oct a Ferbin.

–¡Oh, aquí tenéis vuestros malditos documentos! –dijo y se los sacó de la chaqueta. Estuvo a punto de lanzárselos a la máquina, pero no lo hizo por si el mecanismo que flotaba sobre ellos se lo tomaba como un acto violento.

–Bueno –dijo el resplandeciente narisceno que flotaba poco a poco a su alrededor, a un metro más o menos sobre sus cabezas y a unos dos o tres metros de ellos–, así que afirma que es usted un príncipe de esa familia real de Sarl, del Octavo.

–Así es –dijo Ferbin con sequedad.

Holse y él se encontraban en el interior de una gran sala, en una especie de cueva suavemente iluminada de verde. Las paredes eran en su mayoría de piedra sin revestir. A Ferbin le pareció de una tosquedad escandalosa para unos seres que se suponía que tenían una tecnología tan avanzada. El complejo al que los habían llevado estaba situado en las profundidades de un acantilado que formaba parte de una enorme aguja de roca situada en un gran lago redondo a un corto vuelo de distancia de la explanada a la que habían llegado. Una vez que se llevaron a Vollird y Baerth, al parecer considerados ya culpables sin recurrir a algo tan rudimentario y largo como un juicio formal (tal y como había señalado Vollird con bastante energía), Ferbin le había preguntado a una de las máquinas judiciales nariscenas si podía hablar con alguna autoridad. Después de unas cuantas conversaciones con personas lejanas, todas visiblemente nariscenas y todas por medio de pantallas, los habían llevado allí.

El funcionario narisceno (al que habían presentado como zamerín craterino en funciones Alveyal Girgetioni) estaba encerrado en una especie de armadura ósea como la que llevaba el narisceno que acompañaba a Vollird y Baerth. Parecía gustarle flotar por encima y alrededor de la gente con la que hablaba, lo que los obligaba a

retorcerse de un lado a otro para no perderlo de vista, como dictan las buenas costumbres. A su alrededor, en la gran caverna, y a cierta distancia, otros alienígenas nariscenos hacían cosas incomprensibles desde una amplia variedad de andamios, arneses y agujeros en el suelo llenos de lo que parecía mercurio.

–Esa familia real –continuó el zamerín craterino en funciones– es la entidad gobernante de su pueblo y los puestos ejecutivos son hereditarios. ¿Estoy en lo cierto?

Ferbin lo pensó un momento y miró a Holve, que se encogió de hombros sin ayudarlo mucho.

–Sí –dijo Ferbin, con menos certeza.

–¿Y usted afirma haber presenciado un crimen en su nivel natal?

–Un crimen de lo más gravoso e indignante, señor –dijo Ferbin.

–Pero no está dispuesto a dejar que el tema se solucione en su propio nivel, a pesar de afirmar que es el gobernante legítimo, es decir, el ejecutivo jefe absoluto, de ese reino.

–No me es posible hacerlo, señor. Si acaso lo intentara, sería asesinado, igual que los dos caballeros de hoy intentaron matarme.

–Así que busca justicia... ¿dónde?

–Una hermana mía pertenece al imperio conocido como la Cultura. Es posible que pueda contar con ayuda allí.

–¿Viaja entonces a alguna parte, nave o puesto avanzado de la Cultura?

–Como primer paso pensamos que podíamos buscar a un humano llamado Xide Hyrlis, de quien lo último que oímos era que era amigo de los nariscenos. Conocía a mi difunto padre, me conoce a mí y siente todavía (al menos eso espero y confío) simpatía por mi familia, mi reino y mi pueblo, y es posible que él mismo pueda ayudarme en mi lucha por la justicia. Incluso si no puede ayudarnos de una forma directa, estoy convencido al menos de que responderá por mí ante la entidad de la Cultura llamada Circunstancias Especiales en la que se encuentra mi hermana, lo que me permitirá ponerme en contacto con ellos para pedirles ayuda.

El narisceno se detuvo en seco y se quedó casi inmóvil por completo en el aire.

–¿Circunstancias Especiales? –dijo.

–Así es –dijo Ferbin.

–Ya veo. –El narisceno reanudó su órbita y atravesó en silencio el aire impregnado de extraños aromas mientras los dos humanos esperaban con paciencia, girando las cabezas a medida que la criatura los iba rodeando sin prisas.

–Y también –dijo Ferbin– es imperativo que haga llegar un mensaje a mi hermano Oramen, que es ahora el príncipe regente. Habría que hacerlo con el mayor de los secretos. Sin embargo, si fuera posible, y espero que a los poderosos nariscenos no les parezca por debajo o más allá de su alcance...

–Creo que eso no será posible –le dijo el narisceno.

–¿Qué? ¿Por qué no? –preguntó Ferbin.

–No somos quién –dijo el zamerín craterino en funciones.

–¿Porqué no?

Alveyal Girgetioni volvió a detenerse en el aire.

–No es competencia nuestra.

–Ni siquiera estoy seguro de saber lo que significa eso –dijo Ferbin–. ¿No se debe advertir a alguien que quizá corra un peligro mortal? Porque eso es...

–Señor Ferbin...

–Príncipe, si no le importa.

–Príncipe Ferbin –dijo el narisceno al tiempo que reanudaba sus lentos círculos–. Hay reglas que se deben observar en este tipo de interacciones. No es obligación ni derecho de los nariscenos interferir en los asuntos de los pueblos en vías de desarrollo de los que somos mentores. Estamos aquí para proporcionar un marco general dentro del que especies como aquella a la que usted pertenece puedan madurar y avanzar según su propio calendario de desarrollo; no estamos aquí para dictar ese calendario, ni acelerar o retrasar un progreso que pueda tener lugar durante ese tiempo. Nos limitamos a mantener la integridad superior de la entidad que es Sursamen. Hemos de permitir que el destino de su pueblo siga siendo solo suyo. Es, en cierto sentido, el don que tienen. Nuestro don es el que ya le he explicado, el cuidado global del entorno superior, es decir, del propio mundo concha de Sursamen, y la protección de sus insignes personas para evitar las interferencias indebidas e injustificadas, incluyendo (y ese es el punto principal de mi argumento) cualquier interferencia indebida e injustificada que nosotros mismos pudiéramos sentirnos tentados a cometer.

–¿Así que no van a advertir a un chico joven que es posible que corra un peligro mortal? ¿Ni a decirle a una madre afligida que su hijo mayor está vivo cuando está de luto por un esposo muerto además de por un hijo?

–Exacto.

–¿Se dan cuenta de lo que eso significa? –dijo Ferbin–. No están traduciendo mal mis palabras, ¿verdad? Mi hermano podría morir, y pronto. Morirá, en cualquier caso, antes de que tenga la edad necesaria para heredar todo el título de rey. Eso está garantizado. Es un hombre marcado.

–Toda muerte es de lamentar –dijo el zamerín craterino en funciones.

–Eso, señor mío, no es ningún consuelo –dijo Ferbin.

–No era mi intención consolarlo. Mi obligación es exponer los hechos.

–Entonces los hechos cuentan una lamentable verdad de cinismo y complacencia ante un mal auténtico.

–Así puede que se lo parezca a usted pero los hechos no han cambiado, no se me

permite interferir.

–¿No hay nadie que pueda ayudarnos? Si debemos aceptar que vos no podéis, ¿hay alguien en la superficie o en alguna otra parte que pueda?

–No puedo decirle. Yo no sé de nadie.

–Ya veo. –Ferbin lo pensó un momento–. ¿Soy... somos libres de irnos?

–¿De Sursamen? Sí, totalmente libres.

–¿Y podemos proseguir con nuestro objetivo, ponernos en contacto con Xide Hyrlis y mi hermana?

–Pueden.

–No llevamos dinero encima con el que pagar el viaje –dijo Ferbin–. Sin embargo, cuando ascienda al tro...

–¿Qué? Ah, ya veo. En estas circunstancias no se requiere intercambio monetario. Pueden viajar sin intercambio.

–Pienso pagar nuestros gastos –dijo Ferbin con firmeza–. Solo que no puedo hacerlo de forma inmediata. Pero tenéis mi palabra.

–Sí. Sí, bueno. Quizá una donación cultural, si insiste.

–También me gustaría señalar –dijo Ferbin señalándose él mismo y a Holse– que tampoco tenemos nada más, salvo lo que llevamos puesto.

–Existen sistemas e instituciones para ayudar al viajero necesitado –dijo el zamerín craterino en funciones–. No carecerán de nada. Autorizaré las prestaciones que puedan requerir.

–Gracias –dijo Ferbin–. Una vez más, se hará llegar un generoso pago cuando me haya hecho cargo de lo que es mío por derecho.

–No hay de qué –les dijo Alveyal Girgetioni–. Y ahora, si me disculpan...

El cráter Baeng-yon era del tipo más común en Sursamen, contenía un paisaje acuático y terrestre con una mezcla de gases diseñada para resultar aceptable para la mayor parte de las criaturas que respiraban oxígeno, incluyendo los nariscenos, la mayor parte de los panhumanos y un amplio espectro de especies acuáticas. Al igual que la mayor parte de los cráteres del mundo, tenía una amplia red de canales anchos y profundos, lagos grandes y pequeños y otros cuerpos de agua tanto abiertos como cerrados que proporcionaban un dilatado espacio vital y canales de viaje para las criaturas marítimas.

Ferbin miró por una alta ventana situada en un gran acantilado de edificio levantado en un islote de un amplio lago. Por todas partes había repartidas colinas escarpadas, acantilados abruptos y campos de cantos rodados, entre un paisaje cubierto sobre todo de hierba, árboles y edificios altos de formas extrañas. Unos curiosos obeliscos y torres metálicas que quizá fueran obras de arte salpicaban el paisaje y varias extensiones y bucles de unos tubos curvados transparentes envolvían

y cruzaban casi todas las estructuras. Una criatura marina gigantesca seguida por un banco de formas más pequeñas, todas el doble de grandes que un hombre, flotaban con aire sereno por uno de esos conductos y pasaban entre edificios de colores chillones y por encima de una especie de vehículo terrestre sin vapor antes de hundirse en la amplia cuenca de un puerto y desaparecer bajo las olas entre los cascos de barcos de formas extrañas.

A su alrededor, los nariscenos se movían por el aire en sus resplandecientes arneses. En el cielo, una nave aérea con la forma de un monstruo marino y el tamaño de una nube cruzaba con lentitud una línea lejana que anunciaba una cordillera altísima y escarpada cuya cima apenas curvada la formaba una hilera serrada de picos diminutos, regulares y dentados. Todos bajo un cielo asombrosamente brillante de un color turquesa resplandeciente. Ferbin estaba mirando el cráter Edgewall, al parecer. Un escudo invisible mantenía el aire en el interior de esa inmensa cuenca. Había tanta luz porque una gigantesca lente se interponía entre el sol y el cráter y concentraba la luz como una lupa. Ferbin pensó que ni siquiera empezaba a entender buena parte de lo que veía. Buena parte le resultaba tan extraño y ajeno que apenas sabía cómo elaborar las preguntas que podrían proporcionar las respuestas que a su vez ayudarían explicar lo que estaba viendo, y sospechaba que incluso si supiera cómo hacer las preguntas, seguramente no entendería las respuestas.

Holse llegó desde su habitación y llamó a la pared al entrar, las puertas desaparecían al abrirse, como pétalos de material que se plegaban e introducían en las paredes.

–Unos aposentos bastante decentes –dijo–. ¿Eh, señor?

–Servirán –asintió Ferbin.

Una de las máquinas judiciales los había acompañado hasta allí. Ferbin estaba cansado y (al encontrar lo que le pareció una cama) se echó a dormir un rato. Cuando despertó un par de horas más tarde, Holse estaba inspeccionando una pila de provisiones que les habían dejado en la habitación del centro de las cinco que les habían asignado. Había aparecido otra máquina con aquel botín mientras Ferbin dormía. Holse le informó que la puerta que llevaba al pasillo exterior no estaba cerrada con llave. Al parecer eran libres de ir y venir como desearan, aunque no era que a Holse se le hubiera ocurrido, así, de repente, algún sitio al que ir.

Tenían más ropa, además de equipaje. Holse había descubierto un mecanismo en la sala principal que proporcionaba entretenimiento. Tantos entretenimientos diferentes como páginas había en un libro y casi parecía que estaban allí, en la habitación, con ellos. Casi todos eran totalmente incomprensibles. Tras murmurar por lo bajo algo parecido, la propia habitación se había dirigido a él y le había preguntado si quería que se tradujeran los entretenimientos. Holse había dicho que no y había tenido buen cuidado de no volver a hablar solo.

También había descubierto una especie de ropero frío lleno de comida. Ferbin se dio cuenta de que tenía un hambre notable y comieron en abundancia de los alimentos que reconocieron.

–Señores, tienen visita, alguien quisiera verles –dijo una voz agradable salida de ninguna parte con acento sarlo culto.

–Es la voz de la habitación –le susurró Holse a Ferbin.

–¿Quién es esa visita? –preguntó Ferbin.

–Una morthanveld: la directora general Shoum, de la misión estratégica del Espinazo Huliano Terciario, de Meast, de Zuevelous, de T'leish, de Gavantille Primo, Pliyr.

–¿Morthanveld? –dijo Ferbin, que se había aferrado a casi la única palabra que había entendido de todo aquel galimatías.

–Se encuentra a unos diez minutos de aquí y le gustaría saber si tendrían la amabilidad de recibirla –dijo la voz sin cuerpo.

–¿Y quién es esa persona, con exactitud? –preguntó Ferbin.

–La directora general es en estos momentos la funcionaria de mayor rango de todas las especies de Sursamen y la funcionaria de Morthanveld de mayor rango dentro de esta región galáctica. Se encarga de supervisar todos los intereses de Morthanveld en un treinta por ciento más o menos del Espinazo Terciario. Se encuentra en la superficie de Sursamen en visita semioficial pero le gustaría encontrarse con ustedes de forma extraoficial.

–¿Representa alguna amenaza para nosotros? –preguntó Holse.

–Yo diría que ninguna en absoluto.

–Tened la bondad de decirle a la generala directora que será un placer recibirla –dijo Ferbin.

Cinco minutos antes de que llegara la directora general, un par de extraños seres globulares aparecieron en la puerta de su suite. Las criaturas tenían algo así como un paso de diámetro y la forma de una enorme gota de agua resplandeciente con cientos de púas dentro. Anunciaron que eran el equipo piloto de la directora general Shoum y rogaron, en un sarlo muy cortés y casi sin acento, que se les permitiera entrar para echar un vistazo. Fue Holse el que los complació. Ferbin estaba contemplando, atónito, lo que parecía un entretenimiento que mostraba a unos alienígenas teniendo relaciones sexuales, o quizá en un combate de lucha libre, y apenas notó la presencia de los dos alienígenas reales.

Los dos morthanveld entraron flotando, se movieron por la habitación durante menos de un minuto y anunciaron que se encontraban satisfechos con el orden de cosas. Una simple formalidad, explicaron con lo que parecía un tono alegre.

Holse era lo bastante culto como para saber que los morthanveld eran una especie

acuática y todavía estaba planteándose si era adecuado ofrecerles a unos seres como ellos una copa cuando descendió la propia directora general y su séquito inmediato. Ferbin apagó la pornografía alienígena y comenzó a prestar atención. Se hicieron las presentaciones necesarias entre él y la directora general, esta y su media docena de ayudantes se repartieron por la habitación e hicieron comentarios admirativos sobre la decoración y la agradable vista y después la propia directora general (les habían informado de que era de género femenino aunque no había forma de saberlo, al menos que Holve viera) sugirió que fueran a dar un paseo con ella en su barca.

Holve tuvo que encogerse de hombros cuando Ferbin lo miró.

–Sería un placer, señora –le dijo Ferbin con gentileza.

Medio minuto después, una especie de enorme tortita que en realidad era un vehículo aéreo con una piel que brillaba como innumerables escamas de pescado descendió flotando y acercó su parte posterior curvada y abierta a las ventanas, que bajaron sobre los goznes para permitirles el acceso a la barca.

Las paredes transparentes y los círculos traslúcidos del suelo les mostraron que se alzaban a toda velocidad por el aire. No tardaron en poder ver todo el extenso asentamiento que acababan de dejar, después el mar circular entero en cuyos márgenes se encontraba y después otros mares y trozos circulares verdes y marrones antes de (el paisaje parecía parpadear cuando atravesaban una barrera vaporosa) encontrarse mirando un enorme círculo de azules, verdes, marrones y blancos, con insinuaciones de lo que debía de ser la superficie oscura, casi sin vida, del propio Sursamen en los bordes. Unos pequeños círculos que había en el techo de la nave mostraban puntos diminutos de luz. Holve supuso que debían de ser las estrellas del espacio vacío. Se empezó a poner malo y tuvo que sentarse a toda prisa en uno de los varios bultos del suelo con forma de sofá, todos los cuales estaban ligeramente húmedos.

–Príncipe Ferbin –dijo la directora general mientras indicaba con una de sus púas un asiento largo y llano cerca de lo que a Ferbin le pareció la proa de la nave, a cierta distancia de todos los demás. El príncipe se sentó allí mientras ella se acomodaba en un asiento con forma de cuenco no muy lejos de él. Una bandeja bajó flotando junto a Ferbin. Contenía un platito de exquisiteces y una jarra abierta de un vino magnífico con una sola copa.

–Gracias –dijo Ferbin al tiempo que se servía un poco de vino.

–No hay de qué. Y ahora, si tiene la bondad, dígame qué le trae por aquí.

Ferbin le contó la versión abreviada. Incluso después de tanto tiempo, el relato del asesinato de su padre lo dejaba sofocado y respirando con dificultad, ardiendo de rabia por dentro. Tomó un sorbo de vino y continuó con el resto de su relato.

La directora general no dijo nada hasta el final.

–Ya veo –comentó entonces–. Bueno, príncipe, ¿y qué vamos a hacer con usted

entonces?

–En primer lugar, señora, debo hacer llegar un mensaje a mi hermano menor, Oramen, para advertirle del peligro que corre.

–Entiendo. ¿Qué más?

–Os estaría muy agradecido si me ayudarais a encontrar a nuestro antiguo aliado Xide Hyrlis y, quizá, a mi hermana.

–Yo diría que podré ayudarlo con las próximas etapas de su viaje –contestó la criatura acuática.

A Ferbin eso no le pareció un sí incondicional y carraspeó un momento.

–Le he dejado claro al representante narisceno con el que me reuní antes que tengo intención de pagar el pasaje, aunque en estos momentos no pueda hacerlo.

–Oh, el pago es irrelevante, mi querido príncipe. No se preocupe usted por eso.

–No me preocupo, señora. Solo deseo dejar muy claro que no tengo que aceptar caridad alguna. Pagaré todos los gastos en los que incurra. Podéis contar con eso.

–Bien –dijo Shoum. Hubo una pausa–. Así que su padre está muerto, asesinado por ese tal Tyl Loesp.

–Así es, señora.

–¿Y usted es el rey legítimo, por derecho?

–Eso es.

–¡Qué romántico!

–No sabéis lo mucho que me complace ver que pensáis así –dijo Ferbin. Se dio cuenta de que había absorbido más lenguaje cortesano del que había pensado–. Sin embargo, lo más urgente en estos momentos es advertir a mi hermano menor que su vida corre peligro, si es que no es demasiado tarde ya.

–Ah –dijo la morthanveld–. Tengo lo que quizá sean nuevas para usted sobre ese tema.

–¿Ah, sí? –Ferbin se inclinó hacia delante.

–Su madre se encuentra bien. Su hermano Oramen está vivo y parece medrar y madurar muy rápido en la corte. Se supone que usted está muerto, aunque, por supuesto, Tyl Loesp sabe que no lo está. Han calumniado su reputación, príncipe. El regente Mertis tyl Loesp y el mariscal de campo Werreber están al mando de un ejército al que los oct han bajado al nivel de los dedeynos y en estos precisos momentos están a punto de librar una batalla decisiva con los mermados restos de las fuerzas deldeynas, una batalla que, según creen nuestros modeladores, vencerá su pueblo, con menos de un tres por ciento de dudas.

–¿Tenéis espías allí, señora?

–No, pero sí ósmosis informativa.

Ferbin se inclinó hacia delante.

–Señora, debo hacer llegar un mensaje a mi hermano menor, pero solo si no hay

posibilidad de que lo intercepten Tyl Loesp o alguno de los suyos. ¿Creéis que podríais ayudarme?

–No es imposible. Sin embargo, se podría aducir que sería ilegal.

–¿En qué sentido?

–Se supone que no debemos tomarnos un interés tan... personal y dinámico en sus asuntos. Ni siquiera deberían hacerlo los nariscenos y, técnicamente hablando, son los que están al mando aquí.

–¿Y los oct?

–Se les permite tener una influencia limitada, por supuesto, dado que controlan buena parte del acceso al interior de Sursamen y fueron en gran medida responsables de convertirlo en un lugar seguro, aunque se podría añadir también que ya se han excedido por cierto margen al cooperar con los sarlos para engañar y por tanto (casi con toda certeza) derrotar a los deldeynos. Los aultridia, por tanto, han presentado una demanda contra los oct ante el Tribunal Narisceno de Mentores alegando precisamente eso. Las razones subyacentes que han provocado el comportamiento de los oct se siguen investigando. Las especulaciones mejor informadas sobre este tema son muy diversas, cosa poco habitual, lo que indica que nadie tiene en realidad ni idea de lo que ocurre. Sin embargo debo dejar claro que se supone que mi especie debe ser la mentora de aquellos que son los mentores de aquellos que son los mentores de su pueblo. Me encuentro a varias capas y niveles de distancia de que mi jurisdicción me permita tener alguna influencia directa.

»Usted se encuentra con que es la víctima involuntaria de un sistema constituido sobre todo para beneficiar a pueblos como el sarlo, príncipe; un sistema que ha evolucionado a lo largo de centieones para garantizar que pueblos menos tecnológicamente avanzados que otros puedan progresar de la forma más natural posible dentro de un entorno galáctico controlado de forma general, lo que permite que sociedades cuyas civilizaciones están en etapas muy diferentes puedan relacionarse entre sí sin que eso lleve a la destrucción accidental o a la desmoralización de los participantes menos desarrollados. Es un sistema que ha funcionado bien durante mucho tiempo, pero eso no significa que nunca produzca anomalías o aparentes injusticias. Lo siento mucho.

«*El escenario es pequeño pero el público muy numeroso*», como siempre decía su padre, pensó Ferbin mientras escuchaba todo aquello. Pero el público no era más que el público y por tanto se le prohibía subir corriendo al escenario y tomar parte y (aparte de unos cuantos abucheos, exclamaciones y el ocasional «¡Detrás de ti!») no podían hacer mucho por intervenir sin arriesgarse a que los echaran a patadas del teatro.

–¿Son reglas que no se pueden adaptar un poco? –preguntó.

–Oh, sí que puedo, príncipe. Aquí estamos, hablando en una de mis propias

naves, lo que me permite garantizar nuestra privacidad y que podamos charlar con libertad. Eso ya es adaptar una regla referida a la interacción legítima entre lo que podríamos denominar nuestras personas oficiales. Puedo intervenir, pero ¿debería hacerlo? No me refiero a que tenga que darme más razones, sino a si yo haría bien en hacerlo. Estas reglas, regulaciones, términos y leyes no se invocan de forma arbitraria, existen por una buena razón. ¿Haría yo bien en violarlas?

–Ya podréis suponer mi opinión sobre ese tema, señora. Yo diría que el brutal e ignominioso asesinato de un hombre honorable, un rey al que todos en su reino, salvo unos cuantos desgraciados celosos, traicioneros y asesinos, rendían homenaje con agradecimiento y cariño, conmovería el corazón de cualquier criatura, por muchas capas y niveles que haya entre ella y humildes seres como nosotros. Querría pensar que estamos todos unidos en nuestro amor a la justicia y el deseo de ver el mal castigado y el bien recompensado.

–Es como usted dice, por supuesto –dijo Shoum sin alterarse–. Es solo que, desde otra perspectiva, no se puede más que reconocer que esas reglas a las que aludo se han dispuesto precisamente con esa idea de justicia en el fondo. Pretendemos ser justos con los pueblos que están a nuestro cargo y aquellos de los que somos mentores declinando por lo general la opción siempre obvia de una intervención fácil. Se podría intervenir e interferir en cada oportunidad disponible y en cada instante en que las cosas no salen como le gustaría a cualquier criatura decente y razonable. Sin embargo, con cada intervención, con cada interferencia (por muy bienintencionada que sea a nivel individual, por muy aparentemente correcta que sea y por mucho que se juzgue solo según sus propios méritos) se arrebataría con toda certeza y de una forma quizá sutil pero creciente la libertad y dignidad a esos pueblos a los que solo se pretendía ayudar.

–La justicia es la justicia, señora. La maldad y la traición siguen siendo lo que son. Podéis alejaros tanto que las perdáis de vista, pero solo tenéis que acercaros y en cuanto las veáis, veis ya su corrupción con solo advertir su color y forma. Cuando se asesina a un hombre común, significa el fin para él y una catástrofe para su familia; más allá de eso y de nuestro sentimentalismo, afecta solo hasta donde llegue su importancia. Cuando se asesina a un rey y todo el destino de un país se desvía de su rumbo legítimo, es una historia muy distinta. Cómo se reacciona ante ese crimen dice mucho de la valía de todos aquellos que saben del crimen y tienen los medios para castigar a los responsables o, si lo toleran, dar la sensación de que lo autorizan. Esa reacción da una lección a cada súbdito y da forma a una gran parte de la plantilla moral de su vida. Afecta al destino de las naciones, de filosofías enteras, señora, y no se puede desechar como una simple conmoción pasajera en las perreras.

La directora general hizo un ruido seco, alargado, como un suspiro.

–Quizá para los humanos sea diferente, mi querido príncipe –dijo con tono triste–,

pero nosotros nos hemos dado cuenta de que un niño sin disciplina termina chocando con la vida con el tiempo y termina aprendiendo la lección de ese modo, aunque de una forma bastante más dura por culpa de la anterior falta de valor e interés de sus padres. El niño que ha recibido un exceso de disciplina vive toda su vida en una jaula hecha a medida, o bien sale de ella con un estallido tan salvaje y disoluto, tan falto de una energía instruida, que hace daño a todo lo que le rodea y siempre a sí mismo. Nosotros preferimos pecar de falta de disciplina, suponemos que siempre es mejor a largo plazo aunque en su momento pueda parecer más duro.

–No hacer nada siempre es más fácil. –Ferbin no intentó contener la amargura de su voz.

–No hacer nada cuando se siente la tentación de hacer algo y se tienen además todos los medios para hacerlo es más difícil. Solo es más fácil cuando sabes que no haces nada para la mejora activa de otros.

Ferbin respiró hondo y exhaló poco a poco. Bajó la cabeza y miró por el círculo transparente del suelo que tenía más cerca. Se veía otro cráter que se deslizaba bajo ellos como un cardenal amarillento, lívido y brillante de vida en la superficie oscura y árida de Sursamen. Iba desapareciendo poco a poco a medida que se desplazaban por encima, dejando solo esa ausencia oscura del rostro sin adornos de Sursamen que se insinuaba bajo ellos.

–Si no queréis ayudarme a hacerle llegar un mensaje a mi hermano para advertirle de que corre un peligro mortal, señora, ¿podéis ayudarme de algún otro modo?

–Sin lugar a dudas. Podemos dirigirlo para vea a ese humano, el ex agente de Circunstancias Especiales y ex perteneciente a la Cultura Xide Hyrlis, y facilitarle un medio de transporte que lo lleve hasta él.

–Entonces es cierto. ¿Xide Hyrlis ya no pertenece a la Cultura?

–Creemos que así es. Con CE a veces no es fácil estar seguro.

–¿Sigue estando en posición de ayudarnos?

–Es posible. No lo sé. Lo único que puedo resolver con alguna certeza es su primer problema, que es encontrarlo. Cosa que sería un problema de otro modo porque los nariscenos lo protegen con gran celo. De hecho ahora trabaja para ellos. Incluso cuando Hyrlis se encontraba aquí, en Sursamen, sus propósitos eran discutibles. Su presencia la requirieron los nariscenos y nunca contó con nuestra aprobación, aunque no llegamos a exigir su partida. Quizá fuera un experimento narisceno, es posible que a petición de los oct para poner a prueba las reglas que se refieren a la transferencia de tecnología a pueblos menos desarrollados. Ese hombre le dio mucho a su pueblo, príncipe, aunque tuvo buen cuidado de hacerlo solo en forma de ideas y consejos, nunca nada material. Su segundo problema será convencer a Hyrlis para que hable con usted, eso debe hacerlo usted solo. Su tercer problema, como es obvio, es hacerse con sus servicios. Me temo que eso es, de nuevo, problema

solo suyo.

–Bueno –dijo Ferbin–, la buena fortuna llega en calderilla en estos tiempos, señora. No obstante, espero poder ofrecer gratitud en monedas más grandes. Incluso si eso es lo único que podéis ofrecerme, quedo en deuda con vos. En los últimos días hemos terminado por esperar que cada mano se vuelva contra nosotros, hallar simple indiferencia nos produce una gran alegría. Cualquier ayuda activa, por limitada que sea, nos parece ahora mucho más de lo que merecemos.

–Le deseo lo mejor en su búsqueda, príncipe.

–Gracias.

–Ah, el extremo de una torre abierta, ¿la ve?

Ferbin bajó la cabeza y vio un punto pequeño y negro en la oscura extensión de la superficie. Solo se notaba porque el resto del paisaje era muy oscuro. Si hubiera estado situado cerca de un cráter brillante, el punto oscuro habría sido invisible bajo la estela de luz.

–¿Ese punto oscuro?

–Sí. ¿Ha oído hablar de estas torres? Es el extremo de una torre que lleva hasta el mismísimo núcleo de la máquina, donde reside su dios.

–¿Ah, sí? –Ferbin jamás había oído hablar de cosa semejante. Para empezar, el punto parecía demasiado pequeño. Todo el mundo sabía que las torres se ahusaban pero seguían teniendo kilómetro y medio de anchura cuando llegaban a la superficie. Por otro lado, estaban a bastante altura en la nave espacial de la directora general.

–No abundan mucho –le dijo la morthanveld–. No más de seis torres entre un millón de un mundo concha dado están hechas de este modo.

–Eso no lo sabía –dijo Ferbin. Observó el punto diminuto de oscuridad que se deslizaba bajo ellos.

–Por supuesto que hay mecanismos de defensa en la superficie y hasta el fondo, (ningún trozo raro de rocalla espacial aleatoria o artillería dirigida con malicia llegaría tan abajo, además de que existen varias puertas y sistemas de compuertas al nivel del propio núcleo) pero, en esencia, cuando se queda mirando por ese pozo, está viendo veintiún mil kilómetros de vacío hasta la guarida del mismísimo xinthiano.

–El Dios del Mundo –dijo Ferbin. Aunque nunca había sido especialmente religioso, hasta a él le parecía extraño oír su existencia confirmada por una alienígena perteneciente a los óptimos, aunque utilizara el nombre común y despectivo del dios.

–En fin. Creo que será mejor que regresemos a sus aposentos. Hay una nave que sale dentro de medio día y que les llevará rumbo a Xide Hyrlis. Me ocuparé de sus pasajes.

Ferbin perdió de vista el diminuto punto negro y volvió a mirar a la morthanveld.

–Sois muy amable, señora.

El paisaje desde la nave se ladeó a su alrededor cuando el aparato dio media

vuelta y se ladeó en un ángulo bastante pronunciado. Holse cerró los ojos y se tambaleó, y eso que estaba sentado. Junto a Ferbin, la superficie del vino de su copa apenas tembló.

–Su hermana –dijo la directora general mientras Ferbin observaba el mundo entero inclinarse a su alrededor.

–Mi hermana.

–Es Seriy Anaplian.

–Ese parece ser el nombre.

–Ella también pertenece a Circunstancias Especiales, mi querido príncipe.

–Al parecer. ¿Qué importancia tiene eso, señora?

–Son muchos buenos contactos para una sola familia, por no hablar ya de para una sola persona.

–No pienso renunciar ni a una sola parte, si tan buenos son.

–*Hmm*. Se me ocurre que, por muy lejos que se encuentre, quizá se haya enterado de lo ocurrido con su padre y de los demás acontecimientos recientes acaecidos en su nivel natal, lo que por supuesto incluye la noticia de su supuesta muerte, príncipe.

–¿Es posible?

–Como le he dicho, las noticias se transmiten por ósmosis. Y en lo que a noticias se refiere, el proceso en la Cultura es de muy baja presión.

–No termino de entenderlos, señora.

–Tienden a enterarse de todo.

La nave nariscena *El centésimo idiota* y el centro de tránsito que orbitaba a su alrededor se separaron con tanta suavidad como las manos de unos amantes, pensó Holse. Él observó el proceso en una gran pantalla circular dentro de una de las zonas públicas destinadas a los humanos que tenía el navío. Era la única persona que había allí. Le hubiera gustado mirar desde un ojo de buey de verdad, pero no había ninguno.

Los tubos, caballetes y pasillos estirados se dieron una especie de beso de despedida y se retrajeron como manos dentro de las mangas un día de frío. Después, el centro de tránsito comenzó a encoger y se pudo ver toda la instalación, una forma alargada llena de nudos, y el comienzo de los cables absurdamente largos que unían la superficie de Sursamen.

Ocurrió todo en silencio, si no se contaba el acompañamiento de chirridos que se suponía que era música nariscena.

El criado observó Sursamen, cuyo bulto oscuro crecía en el gran círculo de la pantalla a medida que el centro de tránsito se iba encogiéndose a toda prisa hasta convertirse en un punto demasiado pequeño para verlo. Qué inmenso y oscuro era. Estaba todo salpicado y moteado de esos círculos brillantes que eran los cráteres. En

el poco más o menos cuarto de globo que Holse podía ver en esos momentos le pareció que había algo así como una veintena de esos entornos, resplandeciendo con todo tipo de colores diferentes según el tipo de atmósfera que contenían. Y qué rápido se encogía todo, se metía en sí, se concentraba como algo que se fuera reduciendo en la cocción.

La nave se alejó todavía más. El centro de tránsito ya había casi desaparecido y podía ver todo Sursamen, cada trocito aparecía en la pantalla, el globo entero rodeado. A Holse le costó creer que el lugar en el que había vivido toda su vida se pudiera apreciar con un solo vistazo. Miró; paseó la vista de un polo a otro y sintió que los ojos solo se movían un milímetro o menos en las cuencas. Seguían alejándose y el ritmo de avance iba aumentando. Ya podía abarcar todo el poderoso Sursamen con una sola mirada estática y al momento se extinguía con un solo parpadeo...

Pensó en su mujer e hijos y se preguntó si los volvería a ver. Era extraño, pero mientras Ferbin y él se encontraban todavía en el Octavo y por tanto expuestos al peligro constante y manifiesto de ser asesinados, o mientras abandonaban su nivel natal y por tanto se podía decir que seguían corriendo un gran riesgo, él tenía la certeza de que volvería a ver a su familia. Pero al encontrarse a salvo de momento (o al menos eso esperaba), en aquella sofisticada nave espacial y al observar cómo se encogía su hogar hasta desaparecer, se encontró con que estaba bastante menos seguro de poder regresar con bien.

Ni siquiera había pedido que les hicieran llegar un mensaje. Si los alienígenas no parecían muy dispuestos a concederle al príncipe su deseo, no cabía duda de que harían caso omiso de la petición de un hombre más humilde. En cualquier caso, quizá debería haber preguntado. Incluso existía la posibilidad de que a su petición sí accediesen solo porque no era más que un criado y por tanto carecía de importancia. La noticia de su supervivencia quizá no importara lo suficiente para afectar a los grandes acontecimientos como sin duda lo haría la noticia de la buena salud de Ferbin. Claro que si su mujer sabía que él seguía vivo y se enteraban las autoridades, sin duda estos lo tratarían como una prueba parcial de que Ferbin seguía seguramente con vida y eso sí se consideraría importante. Querrían saber cómo se había enterado su mujer y quizá a su señora le resultara incómodo. Así que Holse le debía a su mujer no ponerse en contacto con ella. Pues era un alivio.

Hiciera lo que hiciera, seguro que se equivocaba. Si llegaban a regresar, lo mismo le echaban la culpa de aparecer vivo después de que todas las fuentes fiables lo dieran por muerto.

Senble, bendita fuera, era una mujer de un atractivo pasable y buena madre pero jamás había sido la persona más sentimental del mundo, y desde luego no en lo que a su esposo se refería. Holse siempre había tenido la impresión de que era él el que abarrotaba el espacio todavía más cuando se encontraba en el apartamento que tenían

en los barracones de los criados de palacio. Solo tenían dos habitaciones, que no era mucho cuando se tenían cuatro chiquillos y él pocas veces encontraba un sitio para sentarse a fumar una pipa o leer un pliego de noticias con tranquilidad. Siempre lo andaban moviendo, sí señor, para poder limpiar o para dejar que los críos se pelearan en paz.

Cuando salía para sentarse en alguna parte a fumar su pipa o leer las noticias sin que nadie lo molestara, por lo general lo recibía a la vuelta una buena riña por haber derrochado los escasos recursos de la familia en la casa de apuestas o en alguna taberna, ya hubiera estado allí en realidad o no. Aunque tenía que admitir que había utilizado esas primeras acusaciones injustas como excusa para disculpar su subsiguiente entrega a tales actividades ilícitas.

¿Lo convertía eso en un mal hombre? A él no se lo parecía. Había mantenido a su familia, le había dado a Senble seis hijos, la había abrazado en sus momentos de llanto y juntos habían llorado a los dos que habían perdido, después había hecho todo lo posible por ayudarla a cuidar de los cuatro que habían sobrevivido. Donde él había crecido, la proporción entre vivos y muertos habría sido a la inversa.

Jamás había pegado a su mujer, lo que lo convertía en una persona inusual entre su círculo de amigos. De hecho, jamás había pegado a ninguna mujer, lo que a su entender lo convertía en un hombre único entre sus iguales. Le decía a la gente que, en lo que a él respectaba, su padre ya había agotado la cuota de palizas a mujeres, sobre todo con la pobre y sufridora madre de Holse. Había deseado la muerte de su padre cada día de su vida durante muchos años, a la espera de crecer lo suficiente para devolverle los golpes y proteger a su madre, pero al final había sido su madre la que se había ido. De repente, un día, se había caído redonda, muerta, en el campo, durante la cosecha.

Al menos, había pensado Holse en su momento, la buena mujer se había librado de su tormento. Su padre jamás había vuelto a ser el mismo, casi como si la echara de menos, aunque era posible que solo se sintiera en cierta medida responsable. En aquellos días Holse se había sentido casi lo bastante mayor como para enfrentarse a su padre pero la muerte de su madre había reducido tanto a aquel hombre, y tan rápido, que nunca le hizo falta. Se había ido un día de casa y no había vuelto jamás, había dejado a su padre sentado en su fría casita, con los ojos clavados en un fuego moribundo. Había ido a la ciudad y se había convertido en criado de palacio. Alguien de su aldea que había hecho el mismo viaje un año largo después le había dicho que su padre se había colgado justo un mes antes, después de otra mala cosecha. Holse no había sentido ni compasión ni pena al oír la noticia, solo una especie de desdén justificado.

Y si Ferbin y él estaban fuera el tiempo suficiente para que a él lo declararan oficialmente muerto, Senble quizá volviera a casarse o puede que se juntara con otro

hombre. Sería posible. Quizá lo llorase (Holse eso esperaba aunque, con franqueza, tampoco habría apostado dinero por ello) pero no se la imaginaba tirándose de los pelos en un frenesí de dolor o jurando sobre la vieja y fría pipa de unge de su marido que jamás permitiría que la tocara otro hombre. Quizá se viera obligada a encontrar otro marido si la echaban de los alojamientos de los criados. ¿Cómo se sentiría él entonces, al volver y encontrar su sitio ocupado y viendo a sus hijos llamar papá a otro hombre?

Lo cierto era que Holse casi agradecería la oportunidad de empezar de nuevo. Respetaba a Senble y quería a sus hijos, pero si los estaba cuidando un tipo decente, él no iba a tener un ataque de celos. Quizá lo mejor sería aceptarlo y continuar adelante, desearles lo mejor a todos los interesados y empezar de nuevo, todavía lo bastante joven como para disfrutar de una nueva vida pero lo bastante mayor como para haber aprovechado las lecciones que había aprendido en la primera.

¿Lo convertía eso en un mal hombre? Quizá, aunque en ese caso se podía decir que todos los hombres eran malos. Una proposición con la que su mujer estaría de acuerdo, así como la mayor parte de las mujeres que Holse había conocido, empezando por su pobre madre. Pero eso tampoco era culpa suya. La mayor parte de los hombres (y también la mayor parte de las mujeres, sin duda) vivían y morían bajo el peso general de los impulsos y las necesidades, las expectativas y exigencias que experimentaban dentro y fuera de su círculo, golpeados por todas partes por anhelos y deseos de sexo, amor, admiración, comodidad, importancia, riquezas o lo que fuera que constituía su capricho concreto, al mismo tiempo que los empujaban a los surcos que consideraban apropiados para ellos los que ocupaban los lugares más altos de la sociedad.

En la vida esperabas hacer lo que pudieras, pero sobre todo hacías lo que te mandaban y punto.

Holse seguía con los ojos clavados en la pantalla, aunque ya llevaba un rato sin verla en realidad, perdido en un ensueño de especulaciones muy poco románticas. Buscó Sursamen, buscó el lugar (inmenso, lleno de capas, el lugar que contenía una docena de multitudes diferentes) en el que había vivido toda su vida y donde había dejado todo lo que había conocido hasta entonces, pero no lo encontró.

Había desaparecido, se había encogido y convertido en nada.

Ya le había preguntado a la nave nariscena por qué tenía ese nombre.

—El origen de mi nombre —le había respondido la nave—, *El centésimo idiota*, es una cita: «Cien idiotas hacen planes idiotas y los llevan a cabo. Todos salvo uno fracasan con toda razón. El centésimo idiota, cuyo plan triunfa por una simple cuestión de suerte, se convence al momento de que es un genio». Es un viejo proverbio.

Holse se había asegurado de que Ferbin no podía oírlo antes de responder con un

murmullo:

–Creo que yo he conocido a unos cuantos de esos centésimos.

La nave se alejó a toda potencia en medio de estrellas remotas, una mota infinitesimal perdida en el inmenso vacío que todo lo tragaba, entre aquellas colosales primas de las estrellas rodantes y fijas de su planeta natal.

16. La sembradora

Quitrilis Yurke vio la nave gigante oct justo delante de él y supo que estaba a punto de morir.

Quitrilis estaba pilotando la nave con el modo manual, justo como se suponía que no debías hacer, sobre todo cuando había una masa relativamente compacta de más naves, en este caso una flota entera de naves Primarias oct. Las Primarias eran la clase más grande de naves regulares que poseían los oct. Un armazón básico alrededor de un núcleo central, tenían un par de kilómetros de largo y por lo general se empleaban más como una especie de ayuda para los viajes largos de las naves más pequeñas que como una nave espacial en sí. Se insinuaba que los oct tenían naves de ese tamaño y naturaleza porque les parecía que debían tenerlas más que porque las necesitaran de verdad, era una cuestión de vanidad, algo que según les parecía debían tener para que se les tomara en serio como especie, como civilización.

La flota Primaria estaba formada por veintidós naves y se encontraba apostada en una órbita muy baja justo encima del grupo urbano de Jhouheyre, en el planeta oct de Zaranche, en el Zarcillo Caferliticiano Interior. Habían llegado de una en una y de dos en dos a lo largo de los últimos veinte días para reunirse con una única Primaria que había llegado unos cuarenta días antes.

Quitrilis Yurke, un devoto viajero y aventurero de la Cultura que ya llevaba lejos de casa sus buenos quinientos veintiséis días y veterano de lo que podían ser ya una docena de sistemas estelares alienígenas importantes, estaba en Zaranche para averiguar todo lo que pudiera sobre lo que hubiera que encontrar allí. Hasta el momento había descubierto que Zaranche era un planeta muy aburrido que solo interesaba a los oct y desprovisto de cualquier tipo de vida humanoide. Y la última parte había sido una mala noticia. Al principio había parecido una gran noticia pero no lo era. Quitrilis jamás había estado en ningún sitio donde fuera el único ser humano. El único ser humano en el planeta, eso era viajar. Eso era ser un ser errante. Eso sí que era exclusividad. Le gustaría ver a los demás viajeros superar eso. Por un minuto se había sentido único.

Después de eso, lo único que había sentido había sido abatimiento, y soledad, pero les había dicho a todos (y sobre todo a su clase), a sus amigos del pueblo (aunque no era que estuvieran en el pueblo, la mayor parte también estaba viajando) que tenía intención de quedarse en Zaranche unos cien días para hacer un estudio como es debido y realizar unas cuantas investigaciones que llevarían a algo que se pudiera publicar de verdad y que lo pudieran revisar sus compañeros. Después de decir eso, escaquearse le parecía una especie de derrota.

De todo su grupo, él era el que había tenido más suerte, todo el mundo estaba de

acuerdo, incluyendo Quitrilis Yurke. Había buscado y encontrado una vieja nave que en sus últimos años de vida estaba dispuesta a meterse en algo parecido a una aventura vagamente excéntrica, así que (en lugar de andar por ahí tirado, hacer dedo, gorronear viajes en VGS y naves más pequeñas como tenían que hacer todos los demás) él, en esencia, había conseguido su propia nave con la que jugar, ¡impresionante!

El *Ahora probamos a mi manera* había sido una antiquísima Nave de Transporte General de clase Interestelar construida tanto tiempo atrás que todavía recordaba (en directo, los suyos eran recuerdos vivos) la Cultura, cuando todavía era, para cualquier otra civilización, un grupito descarnado e ingenuo, auténticos imberbes. A la IA de la nave (nada de «mente», era demasiado antigua, primitiva y limitada para poder llamarla «mente», pero desde luego totalmente consciente y con una personalidad más que destemplada) hacía mucho tiempo que la habían transferido a un trasto pequeñito y se podía decir que único, la clase de nave a la que la gente se refería llamándola clase Errática, aunque en realidad esa clase no existía. (Solo que ya casi hasta existía porque hasta las mentes utilizaban ese término). En fin. En su forma remodelada se había diseñado para que sirviera como una especie de lanzadera con pretensiones (pero más rápida que cualquier lanzadera normal) para trasladar personas y mercancías por ese tipo de sistemas maduros que tienen más de un orbital.

Había sido una especie de semijubilación. Antes de llegar a convertirse en una nave demasiado rara o excéntrica se había jubilado del todo y había entrado en una especie de estado latente dentro de una montaña hueca, en un almacén para naves y demás trastos grandes que había en el orbital natal de Quitrilis, en Foerlinteul. Quitrilis, que seguía una vieja teoría, había hecho una investigación como es debido y les había preguntado a las viejas naves con la intención encontrar algo así. ¡Y había funcionado! ¡Había tenido suerte! ¡Era justo lo que necesitaba, qué oportuno!

La vieja nave se había despertado después de un cosquilleo en forma de mensaje de su viejo VSM y después de pensarlo solo un poco había accedido a ser el vehículo personal de aquel joven, ¡solo para él!

Como es natural, todos sus compañeros de clase habían intentado hacer lo mismo de inmediato, pero ya llegaban tarde. Quitrilis ya había encontrado el único contendiente posible y se había llevado el premio gordo, e incluso si hubiera habido otras naves jubiladas de disposición similar por allí, en algún sitio, seguro que habrían rechazado semejantes peticiones, que no hacían más que imitar la primera, y solo porque parecería que estaban marcando unas pautas en lugar de expresar su individualidad, premiar la iniciativa humana, etcétera, etcétera.

Hasta el momento la relación había sido bastante buena. A la vieja IA parecía divertirse la posibilidad de consentir a un humano joven y entusiasta y no cabía duda de que disfrutaba viajando solo porque sí, sin una lógica real que impulsara los

trayectos, yendo allá donde Quitrilis quisiera ir por las razones que fueran (con frecuencia, el joven confesaba tan contento que él tampoco tenía ni idea). Como es obvio, la velocidad de la nave los limitaba a un volumen de espacio relativamente limitado (se habían metido en un VGS para llegar al Zarcillo Caferliticiano Interior) pero todavía les quedaban miles de sistemas estelares que podían visitar, incluso si, según el acuerdo general, no había nada especial que descubrir en la vecindad trillada y recorrida por todos a la que tenían acceso.

Y a veces la nave lo dejaba pilotar a él, la IA se desconectaba o al menos se metía en sí misma y dejaba que Quitrilis tomara los controles. El joven siempre había pensado que incluso aunque afirmara que era él el que estaba por completo al mando, la nave seguía teniéndolo vigilado en secreto para asegurarse de que no hacía ninguna locura, nada que pudiera terminar matándolos a los dos, pero en ese momento (justo cuando la Primaria que no debería haber estado ahí llenó de repente la oscuridad moteada de estrellas del cielo que tenía delante y se extendió por todo su campo de visión) Quitrilis se dio cuenta de que la vieja nave había cumplido su palabra. Lo había dejado solo. Había sido él el que había estado al cargo por completo en todo momento. Había estado arriesgando su vida de verdad y estaba a punto de perderla.

Veintidós naves. Había veintidós naves, los dos estaban de acuerdo. Dispuestas en un par de líneas como escalonadas, un poco curvadas para adaptarse al pozo de gravedad del planeta. Quitrilis había subido para echarles un vistazo, pero eran muy aburridas, estaba allí sin hacer nada, solo la que llevaba allí desde el principio mostraba alguna señal de tráfico, con unas cuantas naves más pequeñas zumbando a su alrededor. Los oct del Control y Monitorización de Movimientos le habían gritado algo, o al menos esa fue la impresión que tuvo, pero los gritos de un oct seguían siendo una experiencia bastante enrevesada e incomprensible y Quitrilis no les había hecho mucho caso.

Había conseguido que la nave le permitiera coger los mandos y se había ido a hacer picados, a entrar y salir y hacer piruetas entre la flota; primero la había rodeado y después había decidido que se lo iba a pasar en grande justo en medio así que se había alejado un poco (un mucho, como medio millón de kilómetros al otro lado del planeta) y lo había puesto todo en modo «Muy silencioso», lo que la nave llamaba modo «Chss», antes de dar la vuelta y volver disparado como un misil sin que tuvieran tiempo de gritarle otra vez. Con él a los mandos, la nave bajó en picado, zigzagueó y pasó como un rayo entre las Primarias aparcadas (Quitrilis se había puesto a saltar y chillar como un loco en el sillón de la sala de control) y creyó que lo había hecho sin problemas, llegó al final de la masa de naves y salió por debajo de la nave número veintidós de camino al espacio vacío otra vez (seguramente se iría a visitar uno de los gigantes gaseosos del sistema durante un día o dos para dejar que se calmaran las cosas) cuando de repente, cuando salía de debajo de la última Primaria

(o lo que debería haber sido la última Primaria) ¡allí, justo delante, plantada justo en medio, llenando su campo de visión, tan alta, ancha, profunda y grande, joder, que supo que no tendría oportunidad de esquivarla, había otra nave! ¡Una vigésima tercera nave!

¿Qué?

Algo destelló en la superficie del panel de retrocontroles que tenía delante (lo había apañado él mismo).

–Quitrilis –dijo la voz de la nave–. ¿Qué...?

–Perdón –tuvo tiempo de decir Quitrilis cuando las tripas abiertas y llenas de vigas de la nave oct se expandieron delante de él y llenaron por completo, con todos sus detalles, la vista que tenía delante.

Quizá pudiera atravesarla, pensó el joven, pero sabía que era imposible. Los componentes internos de las Primarias eran demasiado grandes, los espacios demasiado pequeños. Quizá pudieran hacer una parada forzosa, pero estaban demasiado cerca, maldita fuera. El *Ahora probamos a mi manera* se había hecho con el control. Los controles manuales se habían quedado inertes. Los indicadores incrustados destellaban para mostrar niveles de frenado y giro en redondo capaces de dañar el motor, pero la maniobra no era suficiente, y además había llegado demasiado tarde. Chocaron de lado y con una reducción de velocidad de apenas el diez por ciento.

Quitrilis cerró los ojos. No sabía qué más hacer. El *Ahora probamos a mi manera* hizo unos ruidos que el joven no sabía que pudiera hacer. Esperó la muerte. Había dejado lista una copia de seguridad antes de irse de su casa, como es obvio, pero llevaba fuera más de quinientos días y en aquel tiempo había cambiado muchísimo. Era una persona diferente, mucho más profundo y maduro en cierto sentido si lo comparaban con aquel chaval presuntuoso que había levado anclas con la influenciante de su nave cómplice. *Uau*. Se le estaba cayendo el alma a los pies. Aquello sí que iba a ser la extinción definitiva, sin mierdas, en serio, para siempre. Al menos iba a ser rápido, siempre estaba eso.

Quizá los oct tuvieran defensas de corto alcance contra ese tipo de cosas. Quizá los reventasen antes de chocar contra la Primaria. O los quitarían de en medio con un rayo o algo así, una especie de codazo para quitarlo de su campo, quizá lo repelerían con algo expeditivo de verdad, una pasada. Salvo que los oct no tenían esas cosas. Las naves oct eran relativamente primitivas. ¡Oh! Acababa de darse cuenta, a lo mejor estaba a punto de matar a montones de oct. Se le volvió a caer el alma a los pies, una sensación que superó a la anterior caída egoísta de su alma. Joder. Un puto incidente diplomático, y de los chungos. La Cultura tendría que disculparse y... Estaba empezando a pensar que, oye, se pueden meter un montón de pensamientos en un segundo o dos cuando sabes que estás a punto de morir, cuando la nave le habló

con una voz bastante tranquila.

–¿Quitrilis?

El joven abrió los ojos. No estaba muerto.

Y delante, nada salvo las viejas profundidades del espacio moteadas de estrellas. ¿Eh?

Miró atrás. Un montón de naves apiladas, veintidós Primarias y una ultra cerca de él alejándose a toda prisa, como si acabaran de salir de ella, a toda velocidad por cierto.

–¿Hemos esquivado ese trasto? –dijo tragando saliva.

–No –dijo la nave–. La atravesamos entera porque no es una nave de verdad, es poco más que un holograma.

–¿Qué? –dijo Quitrilis sacudiendo la cabeza–. ¿Cómo? ¿Por qué?

–Buena pregunta –dijo la nave–. Me pregunto cuántas de las demás son también de mentira.

–Estoy vivo, hostia –dijo Quitrilis sin aliento. Desconectó la realidad virtual de la sala de control y se encontró sentado en el sillón, con los controles físicos delante de él y la pantalla envolvente mostrándole con algo menos de detalle lo que había estado viendo al parecer en vivo y en directo–. ¡Estamos vivos, joder, nave! –chilló.

–Pues sí. Qué raro. –El *Ahora probamos a mi manera* parecía desconcertado–. Voy a darle un toque a mi viejo Vehículo de Sistemas. Aquí está pasando algo.

Quitrilis agitó los brazos y sacudió los dedos de los pies.

–¡Pero estamos vivos! –chilló, eufórico–. ¡Estamos vivos!

–No es que lo niegue, Quitrilis. Sin embargo... Espera. ¡Nos están apunt...!

El rayo de la Primaria original, la primera en llegar, estalló a su alrededor y convirtió en plasma a la pequeña nave y al único humano que viajaba en su interior en solo unos cientos de milisegundos.

Esa vez Quitrilis Yurke no tuvo tiempo de pensar en nada.

Djan Seriy Anaplian, agente de la célebre/infame (táchese la que le parezca) sección Circunstancias Especiales de la Cultura, soñó por primera vez con Prasadal mientras estaba a bordo de la *Sembradora*, un VGS de clase Océano. Los detalles del sueño en sí carecían de importancia, lo que la preocupó al despertar era que había sido el tipo de sueño que ella siempre había asociado con «el hogar». Durante los primeros años tras su llegada a la Cultura había tenido sueños parecidos sobre el palacio real de Pours y la finca de Moiliou, sobre el Octavo en general e incluso (si se contaban los sueños sobre Hyeng-zhar) sobre Sursamen en general, y siempre se había despertado con una punzada de añoranza, a veces entre lágrimas.

Esos sueños habían ido desapareciendo poco a poco para quedar sustituidos por sueños de otros lugares en los que había vivido, como la ciudad de Klusse, en el

orbital Gadampth, donde había comenzado su larga introducción, iniciación y aceptación de la Cultura. Eran, a veces, sueños profundos y conmovedores a su manera, pero jamás estaban imbuidos de esa sensación de pérdida y anhelo que indicaban que el lugar con el que soñaba era su casa.

Despertó y parpadeó en la oscuridad grisácea de su último camarote (un trozo perfectamente estándar de espacio en una clase Océano perfectamente estándar) y se dio cuenta con una diminuta sensación de horror, cierto humor lúgubre y un tanto de ironía de que justo cuando empezaba a creer que quizá era feliz al fin lejos y libre de Sursamen y todo lo que había significado para ella, resultaba que tenía que volver.

Estuvo a punto de coger la pelota. No la cogió, y esta la golpeó en plena sien derecha con la fuerza suficiente como para provocarle una punzada de dolor. Estaba segura de que habría derribado a cualquier humano básico. Si hubiera tenido todavía conectados todos sus artilugios de CE la habría esquivado o la habría cogido con una sola mano sin ningún problema. De hecho, con sus alteraciones de CE todavía en su sitio podría haber saltado y haberla cogido con los dientes. Y en lugar de eso, ¡zaca!

Había oído llegar la pelota, la había vislumbrado por un instante dibujando un arco hacia ella, pero Anaplian no había sido lo bastante rápida. La pelota le había rebotado en la cabeza. Sacudió la cabeza una vez, separó bien los pies y flexionó las rodillas para tener más estabilidad en caso de que estuviera a punto de caer, pero no. El dolor se apagó, anulado. Se frotó la cabeza y se agachó para coger la dura pelotita (una pelota de crackbol, así que, básicamente, era un trozo sólido de madera) y buscó a quien la había tirado. Un tío salió sin esfuerzo de entre el grupo de gente que había cerca del pequeño bar junto al que Anaplian había pasado en una de las cubiertas exteriores.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Anaplian le tiró la pelota con una trayectoria alta y lenta.

–Sí.

Era un hombre pequeño y redondo, casi como una pelota él también, muy moreno y con un peinado extravagante. El hombre cogió la pelota y se quedó allí, sopesándola con la mano. Sonrió.

–Alguien dijo que eras de CE, eso es todo. Y pensé, bueno, pues vamos a verlo y te tiré esto. Pensé que la cogerías, o te agacharías o algo.

–Quizá una simple pregunta habría sido más efectiva –sugirió Djan Seriy. Algunas de las personas del bar los estaban mirando.

–Perdona –dijo el hombre mientras señalaba la sien de Djan con la cabeza.

–Disculpas aceptadas. Que tengas un buen día. –Anaplian se dispuso a continuar.

–¿Me permites que te prepare una copa?

–No será necesario. Gracias de todos modos.

–En serio. Así me sentiría mejor.

–Ya. No, gracias.

–Hago una gran venganza de za. Soy una especie de experto.

–No me digas. ¿Qué es una venganza de za?

–Es un cóctel. Quédate, por favor. Tómate uno con nosotros.

–Está bien.

Se tomó una venganza de za. Tenía mucho alcohol y dejó que se le subiera a la cabeza. El hombre redondo y sus amigos pertenecían a la Facción de Paz, de la parte de la Cultura que se había separado al comienzo de la guerra idirana, cientos de años antes, cuando habían renunciado por completo al conflicto.

Anaplian se había quedado para tomar más venganzas de za. Al final el hombre admitió que, aunque Anaplian le caía bien y le parecía muy atractiva, no le gustaba Circunstancias Especiales, al que se refería llamándolo (con lo que a Anaplian le pareció bastante desdén) «la buena de la nave *Sabemos lo que te conviene*».

–Sigue siendo violencia –le dijo a Anaplian–. Y deberíamos seguir estando por encima de eso.

–Puede ser violento –admitió Anaplian asintiendo poco a poco. La mayor parte de los amigos del hombre se habían quedado dormidos. Alrededor de la cubierta abierta, en el aire libre que rodeaba el casco del VGS, se estaba celebrando una regata de naves impulsadas por humanos. Era todo muy alegre y chillón y parecía implicar un montón de fuegos artificiales.

–Deberíamos estar por encima de eso. ¿Entiendes?

–Entiendo.

–Ya somos bastante fuertes tal y como están las cosas. Demasiado fuertes. Podemos defendernos, ser un ejemplo. No hace falta ir interfiriendo por ahí.

–Expones las razones morales de una forma de lo más convincente –le dijo Anaplian al hombre con tono solemne.

–Ahora te estás quedando conmigo.

–No, si estoy de acuerdo.

–Pero estás en CE. Interfieres, haces todos esos trucos sucios. ¿A que sí?

–Los hacemos, los hago.

–Pues entonces no me vengas diciendo que son unas razones morales muy convincentes, joder, no me insultes. –El tipo de la Facción de Paz se estaba poniendo bastante agresivo. A la agente le hizo gracia.

–No era esa mi intención –le dijo Anaplian–. Te estaba diciendo... perdona. – Anaplian tomó otro sorbo de su copa–. Te estaba diciendo que estoy de acuerdo con lo que dices pero no hasta el punto de actuar de forma diferente. Una de las primeras cosas que te enseñan en CE, o... –Eructó con delicadeza–. Perdón. O que te hacen aprender sola, es a no estar demasiado segura, a estar siempre preparada para admitir

que hay un argumento a favor de no hacer las cosas que hacemos.

–Pero seguís haciéndolas.

–Pero seguimos haciéndolas.

–Nos avergüenza a todos.

–Tienes derecho a pensar como quieras.

–Y tú también, pero tus acciones me contaminan a mí de un modo que las mías no te contaminan a ti.

–Tienes razón, claro que tú perteneces a la Facción de Paz y por tanto, en realidad no es lo mismo.

–Todos seguimos siendo de la Cultura. Nosotros somos la verdadera Cultura y vosotros la prole cancerígena que ha crecido más que el huésped y se ha hecho más peligrosa que cuando nos separamos, pero os parecéis lo suficiente a nosotros como para que a ojos de los demás todos seamos iguales. Solo ven una entidad, no facciones diferentes. Nos dais mala imagen.

–Comprendo lo que quieres decir. Os culpabilizamos. Te pido perdón.

–¿Nos «culpabilizáis»? ¿Qué es eso, una nueva forma de hablar de CE?

–No, una vieja forma de hablar de los sarlos. Mi pueblo a veces usa las palabras de extraño formas. Las palabras de forma extraña. –Anaplian se llevó la mano a la boca y lanzó una risita.

–Debería daros vergüenza –dijo el hombre con tristeza–. La verdad es que no somos mejores, no sois mejores, que los salvajes, que también encuentran siempre excusas para justificar sus crímenes. De lo que se trata es de no cometerlos ya en primer lugar.

–De veras que entiendo lo que quieres decir. En serio.

–Entonces avergüénzate. Dime que te avergüenzas.

–Nos avergonzamos –le aseguró Anaplian–. De forma constante. Con todo, podemos demostrar que funciona. Las interferencias y los trucos sucios funcionan. La salvación está en las estadísticas.

–Me preguntaba cuándo llegaríamos a eso –dijo el hombre con una sonrisa amarga y un asentimiento–. El catecismo incuestionable de Contacto, de CE. Todas esas viejas tonterías, es irrelevante.

–No son tonterías. Ni... Es la verdad.

El hombre se bajó del taburete del bar. Sacudía la cabeza, lo que provocaba que su cabello de color pardo claro volara en todas direcciones como un loco, como si flotara. Muy molesto.

–No hay nada que podamos hacer –dijo con tristeza, o quizá estaba enfadado–, ¿verdad? Nada que os haga cambiar. Vais a seguir haciendo toda esa mierda hasta que se derrumbe a vuestro alrededor, a nuestro alrededor, o hasta que haya suficientes personas que vean la verdad, la auténtica, no las putas estadísticas. Hasta entonces, no

hay nada que podamos hacer.

–No podéis luchar contra nosotros –dijo Anaplian, y se echó a reír.

–Muy graciosa.

–Perdona. Ha sido un golpe bajo. Me disculpo. Me deshago en disculpas.

El hombre volvió a sacudir la cabeza.

–Por mucho que te disculpes –dijo–, nunca será suficiente. Que tengas un buen día. –Y se fue.

Anaplian lo vio irse.

Quería decirle que no pasaba nada, que en realidad no había nada de lo que preocuparse, que el universo era un lugar terrible al que no le importaba nada en absoluto y luego llegaba la gente y añadía encima más sufrimiento e injusticias a la mezcla, y todo era muchísimo peor de lo que él se imaginaba, y que ella lo sabía porque lo había estudiado y vivido, aunque solo fuera un poco. Se podía mejorar un poco pero era un proceso sucio y complicado y luego tenías que intentar (estabas obligado, era tu deber intentar) asegurarte de que hacías lo que tenías que hacer. Y a veces eso significaba utilizar a CE y, bueno, en eso estaban. Se rascó la cabeza.

Además, por supuesto que les preocupaba estar haciendo lo que no debían. Todos los que había conocido en CE le daban vueltas a lo mismo. Y por supuesto que se convencían de que estaban haciendo lo que debían. Era obvio que no les quedaba otro remedio o no estarían en CE haciendo lo que estaban haciendo, ¿verdad?

Quizá aquel hombre ya lo sabía. Parte de ella sospechaba que el tío también era un agente de CE o algo parecido; parte de Contacto, quizá, o alguien enviado por la nave o por una de las mentes que supervisaban la situación en Morthanveld, solo por si acaso. Estar a punto de romperle el cráneo con una sólida pelota de madera no era más que una forma bastante tosca de comprobar que la habían desarmado como era debido.

Dejó la última venganza de za en la barra, sin tocar.

–Todos somos de la puta Facción de Paz, gilipollas –murmuró mientras se iba tambaleándose.

Antes de dejar la *Sembradora* indagó lo que se sabía de los últimos acontecimientos en el Octavo de Sursamen. Parte de la investigación la hizo ella misma y también envió agentes (toscos constructos temporales de su personalidad) al dataverso para indagar más.

Estaba buscando alguna noticia detallada pero también algún indicio de que se estuviera observando a los sarlos más de cerca. Había demasiadas civilizaciones sofisticadas que parecían creer que esa misma cualidad primitiva de las culturas menos desarrolladas (y los altos niveles de violencia que por lo general se asociaban con esas sociedades) por alguna razón les daba de forma automática el derecho de

espíarlos. Incluso para sociedades situadas un poco más abajo en el orden tecnológico de las sociedades, la producción en serie de máquinas para hacer máquinas que hacían otras máquinas significaba que, en realidad, era una decisión sin costes materiales. La nube resultante de mecanismos, cada uno de los cuales podía ser tan pequeño como un grano de polvo, podía, sin embargo y con el respaldo de unas cuantas unidades más grandes ubicadas en el espacio, poner bajo un manto de vigilancia un planeta entero y transmitir hasta el menor de todos los detalles de casi cualquier cosa de lo que estaba pasando prácticamente en cualquier parte.

Había tratados y acuerdos para limitar esa clase de comportamiento, pero por lo general solo cubrían a las sociedades más asentadas y maduras de la galaxia, así como a las que estaban bajo su control directo o sometidas a ellas. La tecnología pertinente era como un juguete nuevo para los que acababan de llegar a la gran mesa de los involucrados de la metacivilización galáctica, y tenían tendencia a utilizarla con entusiasmo durante un tiempo.

Las sociedades que solo en los últimos tiempos habían renunciado al uso crónico de la fuerza y a recurrir a la guerra (con frecuencia de mala gana) eran por lo general los más aficionados a vigilar a aquellos para los que ese tipo de comportamiento seguía siendo rutinario. Uno de los métodos desesperados para ocuparse de los que hacían alarde de semejante voyerismo era volver sus propios mecanismos contra ellos, se recogían los mecanismos de vigilancia de donde quiera que estuvieran repartidos, se manipulaban los programas y después se infestaban con ellos los mundos de sus creadores. Se concentraban sobre todo en los hogares y las instalaciones recreativas favoritas de los poderosos. Con eso, por lo general, bastaba.

Los pueblos que vivían en Sursamen, sobre todo aquellos como los sarlos, que no habrían sospechado de la presencia de semejante supervisión oculta y además estarían indefensos contra ella, se encontraban entre los que se suponía que estaban protegidos contra ese tipo de depredadores. Pero solo porque algo no era público, eso no significa que no estuviera ocurriendo. La Cultura tenía uno de los dataversos más abiertos y globales de la galaxia, pero incluso así no lo veía ni lo sabía todo. Seguían pasando muchas cosas en los planos más ocultos y privados. Como regla general siempre se terminaba sabiendo todo, pero para entonces, el daño casi siempre estaba hecho.

Pero, de momento, del Octavo no se sabía nada. O bien no había nadie espíando o si lo había no estaba soltando prenda. Los morthanveld podrían hacerlo sin dificultad, pero eran demasiado orgullosos y cumplidores y además desdeñaban ese tipo de cosas (de forma muy similar a la Cultura, por cierto); los nariscenos seguramente se consideraban también muy por encima de esa clase de comportamiento y los oct, bueno, a los oct en realidad no parecía importarles nada que no fuera hacer valer su reivindicación de que eran los herederos auténticos del legado de los velo.

Incluso para acceder de forma rutinaria a las partes oct del dataverso había que soportar una charla grabada sobre la historia de la galaxia según los oct, cuyo argumento principal era poner de relieve las semejanzas entre los velo y los oct y enfatizar que los oct tenían todo el derecho a reclamar la herencia de los involucra. Para los oct ese legado incluía, como era obvio, tanto los mundos concha en sí como el respeto que pensaban que debía acompañarlos, un respeto que les parecía, con bastante razón, que nadie les otorgaba. Los programas de interfaz de la Cultura filtraban de forma igual de rutinaria todas esas tonterías (las reivindicaciones de los oct eran sólidas solo según ellos mismos; la inmensa mayoría de estudiosos de probada confianza, que contaban con el respaldo de pruebas bastante irreprochables, sostenían que los oct eran una especie relativamente reciente, sin demasiada relación con los velo), pero siempre estaba allí.

Los oct sí que vigilaban a los sarlos, pero de una forma muy desigual, infrecuente y (tal y como se había acordado) con mecanismos de más de un centímetro. Aparatos lo bastante grandes como para que los viera un ser humano. Por lo general iban acoplados a máquinas tripuladas por los oct: ascensonaves, naves aéreas, vehículos de tierra y los trajes medioambientales que llevaban.

No había mucho material público disponible de los últimos cientos de días, pero alguno había. Djan Seriy vio las grabaciones de la gran batalla que había decidido el destino de los deldeynos en las tierras que rodeaban la torre Xiliskine. Los comentarios y los datos que los acompañaban, los que había, sugerían que los aultridia se habían apoderado de las secciones pertinentes de la torre y habían transportado a las fuerzas deldeynas hasta una posición desde la que habían podido llevar a cabo su ataque furtivo contra el corazón de los sarlos. Un apéndice final añadido a la grabación y marcado con las siglas de CE sugería que la implicación de los aultridia era mentira; habían sido los oct los que se habían encargado de todo.

Todas las imágenes eran de la última parte de la batalla y tomadas desde posiciones estáticas situadas muy por encima de la acción, seguramente desde la torre en sí. Anaplian se preguntó si por alguna parte de lo que estaba mirando habría detalles de las heridas que había sufrido su padre y del destino que había sorprendido a Ferbin. Intentó enfocar mejor con el zoom y pensó que podía darle instrucciones a un agente para que buscara cualquier cosa relevante, pero la grabación era demasiado burda y se perdían los detalles mucho antes de que se pudieran reconocer a los individuos en el campo de batalla.

Vio (una vez más desde arriba, aunque en esa ocasión las cámaras estaban montadas en algo que volaba) que las fuerzas sarlas, en esa ocasión bajo el mando de Mertis tyl Loesp, cruzaban un canal en el desierto, cerca de las Hyeng-zhar, con sus altas brumas en la calinosa distancia, y observó su último y corto asedio seguido de un ataque todavía más corto contra Rasselle, la capital deldeyna.

No parecía haber más, un noticiario o un documental normal y corriente habría incluido las celebraciones de la victoria en Pouri, a Tyl Loesp aceptando la rendición del comandante deldeyno, montones de cadáveres sepultados en pozos, estandartes estallando en llamas o las lágrimas de los inconsolables familiares de los difuntos, pero a los oct no se les había ocurrido hacer algo remotamente artístico o crítico.

Solo ese tipo de guerra cautivadora, primitiva, barbárica pero llena de gallardía que a la gente que vivía con desahogo le gustaba ver, pensó Anaplian. Era casi una pena que a nadie se le hubiera ocurrido documentarlo en todos sus sangrientos detalles.

Una nube de comentarios, análisis, especulaciones y explotación, una nube que se extendía a toda prisa pero de una insipidez supina, se había adjuntado a la grabación oct a través de las organizaciones de noticias y temas de actualidad que se interesaban por ese tipo de acontecimientos. Muchos estudiosos de Sursamen y de los mundos concha (incluso había personas que se consideraban estudiosos del Octavo, o estudiosos de los sarlos) lamentaban la falta de datos decentes que dejaba tanto a la especulación. Para otros, esa falta de detalles parecía una simple oportunidad y se añadían ofrecimientos para participar en juegos de guerra basados en los recientes acontecimientos. También se estaba preparando entretenimientos inspirados en los recientes y emocionantes acontecimientos, o bien ya estaban disponibles en el mercado.

Djan Seriy se estremeció en su hamaca, junto a una piscina fragante (chapoteos, carcajadas, la calidez de la luz en su piel) mientras yacía allí con los ojos cerrados, observando, experimentándolo todo. De repente se sintió igual que al principio de su relación con la Cultura, allá por aquellos primeros días tan confusos, cuando todo parecía una locura y un choque constante. Era demasiado lo que tenía que asumir, demasiado cercano y a la vez tan horriblemente lejano, invasivo y extraño.

Dejaría que sus agentes recorrieran el dataverso por si había algo que se hubiera observado de una forma más directa y solo estuviera bien escondido.

Bienvenidos al futuro, pensó Anaplian mientras observaba toda aquella palabrería y tanta basura. Todas nuestras tragedias y triunfos, nuestras vidas y muertes, nuestras vergüenzas y alegrías, no son más que el relleno de vuestro vacío.

Decidió que se estaba poniendo melodramática. Comprobó que no había nada más que ver que le pusiera ser de utilidad, se desconectó, se levantó y fue a unirse a un ruidoso juego de pilla-pilla junto a la piscina.

Una nave, otra nave. De la *Sembradora* la pasaron al UCG *Monstruitos traviesos*. Otro traslado, como si fuera un simple testigo en una carrera, la llevó al *Xenoglosicista*, un Vehículo de Sistemas Limitados de clase Aire. La última noche que pasó a bordo hubo un baile para todas las tripulaciones. Anaplian se sumió con

abandono en aquella música salvaje y en los bailes más salvajes todavía.

La última nave de la Cultura que la transportó antes de entrar en el dominio morthanveld se llamaba *Vas a limpiar eso antes de irte*, un Piquete Muy Rápido de clase Gángster y ex Unidad de Ofensiva Rápida.

Seguía odiando aquellos estúpidos nombres.

17. Partidas

Oramen despertó con el sonido de un millar de campanas, el ruido de las trompas de los templos, las sirenas de las fábricas, los cláxones de los carruajes y los vítores apenas audibles de las masas y supo de inmediato que la guerra se había terminado, y que además debían de haber ganado. Miró a su alrededor. Estaba en una casa de juego y de putas conocida como Botrey's, en el distrito Schtip de la ciudad. Entre las mantas, a su lado, había una forma que pertenecía a la chica cuyo nombre no tardaría en recordar.

Droffo, su nuevo caballerizo, que estaba recién casado y decidido a serle fiel a su esposa, optaba por hacer la vista gorda cuando Oramen se llevaba una ramera a la cama, pero solo si la diversión se llevaba a cabo en casas de juego y tabernas, en un burdel normal ni siquiera se planteaba entrar. Su nuevo criado, Neguste Puibive, antes de dejar la granja le había prometido a su madre que jamás pagaría por sexo y, como buen hijo que era, estaba cumpliendo su palabra al pie de la letra, aunque no más allá; había tenido cierto éxito a la hora de convencer a algunas de las chicas más generosas para que le entregaran sus favores por pura amabilidad, además de simpatía por alguien que había hecho una promesa tan bienintencionada, aunque desesperadamente ingenua.

Las ausencias de Oramen de la corte no habían pasado desapercibidas ni se habían dejado de comentar. Justo la mañana anterior, en un desayuno tardío de gala ofrecido por Harne, lady Aelsh, para darle la bienvenida a su último astrólogo (Oramen ya había logrado olvidar el nombre del tipo), lo había reñido Renneque, que iba del brazo de Ramile, aquella cosita tan joven y bonita a la que Oramen recordaba de la anterior fiesta de Harne, la de los varios actores y filósofos.

–¡Vaya, pero si es ese tipo joven! –había exclamado al verlo–. ¡Mira, Ramile! Recuerdo esa cara bonita, aunque no el nombre después de tanto tiempo. ¿Cómo os halláis, señor? Yo me llamo Renneque, ¿y vos?

Oramen había sonreído.

–Lady Renneque, lady Ramile. Me alegro mucho de verlas. ¿He sido muy descuidado?

Renneque sorbió por la nariz.

–Vaya si lo habéis sido. De un modo insondable. Permitidme deciros que hay quienes se han ausentado a causa de la guerra que pasan por la corte con más frecuencia que vos, Oramen. ¿Tan aburridas somos que nos evitáis, príncipe?

–Por supuesto que no. Al contrario. Determiné que yo era tan indescriptiblemente tedioso que decidí abandonar nuestros lances más cotidianos con la esperanza de pareceres, por contraste, más interesante cuando nos encontráramos.

Mientras Renneque seguía examinando con detalle el comentario, Ramile le dedicó una sonrisa astuta a Oramen, pero a Renneque le dijo:

–Creo que el príncipe halla en otras partes damas más de su gusto.

–¿Ah, sí? –preguntó Renneque fingiendo inocencia.

Oramen esbozó una sonrisa vacía.

–Es posible que nuestra presencia no sea bienvenida –sugirió Ramile.

Renneque alzó la delicada barbilla.

–Cierto. Quizá no seamos lo bastante buenas para el príncipe.

–O puede que seamos demasiado buenas para él –meditó Ramile.

–¿Cómo sería eso posible? –preguntó Oramen a falta de algo mejor.

–Es cierto –asintió Renneque, que se había aferrado con más fuerza al brazo de su compañera–. Algunos aprecian más la disponibilidad que la virtud, según he oído.

–Y una lengua que ha soltado el dinero aunque no la haya conmovido el ingenio –sugirió Ramile.

Oramen sintió que enrojecía.

–Mientras que otros –dijo– confían más en una ramera honesta que aquella que parece la más virtuosa y elegante de las mujeres.

–Quizá algunos confíen, por pura perversidad –dijo Renneque, que había abierto mucho los ojos al oír la palabra «ramera»–. Aunque el que un hombre de honor y con buen criterio denomine «honesto» a una de esas mujeres podría dar lugar a cierta controversia.

–Los valores de una persona, como tantas otras cosas, podrían infectarse con semejantes compañías –sugirió Ramile y echó hacia atrás su bonita cabeza y la larga melena de apretados rizos rubios.

–A lo que me refería, señoras –dijo Oramen– es a que una puta coge su recompensa en el momento y no busca progresar de otros modos. –Esa vez, cuando dijo «puta», tanto Renneque como Ramile lo miraron sorprendidas–. Ama por dinero y no lo oculta. Eso es ser honesto. Hay quienes, sin embargo, son capaces de ofrecer cualquier favor, al parecer sin pedir nada a cambio, pero más tarde lo esperan todo del joven que tiene ciertas perspectivas de futuro.

Renneque se lo quedó mirando como si hubiera perdido el juicio. Abrió la boca, quizá para decir algo. La expresión de Ramile cambió mucho más, pasó a toda prisa de algo parecido a la furia a la mirada pícaro de antes y después asumió una ligera sonrisa de complicidad.

–Vámonos, Rennesque –dijo mientras tiraba de la otra mujer–. El príncipe está muy confundido con nosotras, como si tuviera fiebre. Será mejor que nos retiremos para dejar que le baje la calentura, no vaya a ser que la cojamos nosotras también.

Las damas se volvieron como una sola, con las narices en el aire.

Oramen se arrepintió de su grosería casi de inmediato, pero tuvo la sensación de

que ya era demasiado tarde para hacer las paces. Suponía que ya estaba un poco disgustado. El correo de esa mañana le había llevado una carta de su madre, llegada desde la remota Kheretesuhr, en la que le decía que se encontraba en avanzado estado de gestación de su nuevo marido y sus médicos le habían aconsejado que no hiciera viajes muy largos, era impensable que se desplazara en esos momentos hasta la corte, en Poursl. *¿Se ha casado otra vez?* había pensado Oramen. *¿Embarazada? De hecho, ¿en avanzado estado de gestación?* ¿Así que no era nada reciente? Pero si él no sabía nada. A su madre no se le había ocurrido decirle nada. La fecha de la carta era de varias semanas atrás, había sufrido un serio retraso para encontrarlo o bien había quedado tirada por alguna parte, sin enviar.

Se sentía herido, como si lo hubieran engañado, además de celoso y quizá un poco rechazado. Todavía no sabía muy bien cómo responder. Incluso había pensado que quizá fuera mejor no responder en absoluto. Eso era lo que quería hacer una parte de él, dejar que su madre se preguntara por qué no la mantenía informada, que se sintiera abandonada, como lo había hecho sentirse a él.

Mientras permanecía allí echado, escuchando los sonidos lejanos del triunfo e intentando averiguar qué sentía con exactitud sobre la victoriosa conclusión de la guerra y mientras le daba vueltas al hecho de que su reacción inmediata no terminaba de ser de total e ilimitada alegría, Neguste Puibive, su criado, entró corriendo en la habitación y se detuvo, sin aliento, a los pies de la cama. Luzehl, la chica con la que Oramen había pasado la noche, también empezaba a despertarse, se frotaba los ojos y miraba con recelo a Puibive, un muchacho alto, de ojos grandes y dientes de conejo recién llegado del campo. Estaba lleno de habilidad y buena voluntad y tenía el insólito talento de parecer desgarbado hasta cuando dormía.

—¡Señor! —gritó. Notó entonces la presencia de Luzehl y se sonrojó—. ¡Les ruego que me disculpen, señor, señorita! —El muchacho tragó una bocanada de aire—. ¡Señor! ¡Os ruego otra vez que me perdonéis, señor, pero la guerra ha terminado, señor, y hemos ganado! ¡Acaba de llegar la noticia! ¡Tyl Loesp, el gran Werreber, Sarl entero ha triunfado! ¡Qué gran día! ¡Siento haberme inmiscuido, señor! ¡Ya dejo de inmiscuirme, señor!

—Neguste, espera —dijo Oramen cuando el joven (que era un año mayor que Oramen pero muchas veces parecía más joven) se dio la vuelta e hizo amago de irse, con el gesto se enredó con sus propios pies y volvió a tropezar al girar otra vez cuando oyó la orden de Oramen. Se recompuso y se puso en posición de firmes mientras miraba a Oramen con un parpadeo.

—¿Hay algún otro detalle, Neguste? —preguntó el príncipe.

—Yo he sabido la gran noticia por un policía parlamentario manco encargado de gritarlo a los cuatro vientos, señor, y llevaba un sombrero de tres picos. La señora del bar de infusiones de enfrente estuvo a punto de desmayarse cuando lo oyó y deseó

que sus hijos regresaran pronto y sanos y salvos, señor.

Oramen ahogó una carcajada.

–Detalles del informe de la victoria en sí, Neguste.

–¡Nada más, señor! ¡Solo que la victoria es nuestra, han tomado la capital de los deldeynos, su rey se ha suicidado y nuestros valientes muchachos han triunfado, señor! ¡Y Tyl Loesp y el poderoso Werreber están a salvo, señor! Las bajas han sido pocas. ¡Ah! ¡Y a la capital deldeyna se le va a cambiar el nombre, será Ciudad Hausk, señor! –Neguste esbozó una sonrisa radiante–. Eso es magnífico, ¿eh, señor?

–Sí que lo es –dijo Oramen, y después se recostó con una sonrisa. Mientras escuchaba el discurso sin aliento de Neguste sintió que iba recuperando el humor, que poco a poco empezaba a parecerse a lo que suponía que tendría que haber sido desde el principio–. Gracias, Neguste –le dijo al muchacho–. Puedes irte.

–¡Será un placer, señor! –dijo Neguste. Todavía tenía que encontrar una frase fiable y consecuente, adecuada para momentos como aquel. Se dio la vuelta sin tropezar, consiguió encontrar la puerta a la primera y la cerró tras él. Un segundo después volvió a entrar como una tromba–. ¡Ah! –exclamó–. ¡Una carta telegráfica, señor! Acaban de traerla. –Se sacó el sobre sellado del delantal, se lo entregó a Oramen y se retiró.

Luzehl bostezó.

–¿Entonces ha terminado de verdad? –preguntó mientras Oramen rompía el sello y abría la hoja doblada.

Oramen asintió poco a poco.

–Eso parece. –Le sonrió a la chica y empezó a sacar las piernas de la cama mientras leía–. Será mejor que me vaya al palacio.

Luzehl se estiró, sacudió su largo cabello negro, rizado y enmarañado y lo miró ofendida.

–¿Y tiene que ser de inmediato, príncipe?

El telegrama traía la noticia de que tenía un nuevo hermanastro. Lo había escrito no la propia Aclyn, sino su dama de compañía principal. El parto había sido prolongado y difícil, cosa nada sorprendente, según afirmaba la misiva, dada la edad relativamente madura de lady Blisk, pero madre e hijo se estaba recuperando de forma satisfactoria. Eso era todo.

–Sí, de inmediato –dijo Oramen mientras se zafaba de la mano de la chica con un encogimiento de hombros.

El calor alrededor de las Hyeng-zhar se había hecho opresivo. Dos soles (las estrellas rodantes Clissens y Natherley) se alzaban en el cielo y competían por ver cuál hacía sudar más a un hombre. Pronto, en aquella punta purgada por el agua, si se podía creer a los observadores de estrellas y a los sabios del tiempo, la tierra se

sumiría en una oscuridad casi absoluta durante casi cincuenta días cortos, y se produciría un invierno repentino que convertiría en hielo el río y las cataratas.

Tyl Loesp observó la inmensa catarata Hyeng-zhar, con sus varios niveles y segmentos, mientras parpadeaba para ahuyentar el sudor y se preguntaba cómo era posible que semejante energía atronadora y colosal, semejante calor furioso, pudiera quietarse, inmovilizarse y enfriarse tan pronto y solo por la ausencia de unas estrellas pasajeras. Y sin embargo los científicos decían que iba a pasar, de hecho, parecían muy emocionados con el acontecimiento, y los archivos hablaban de sucesos parecidos en el pasado, así que debía de ser verdad. Se secó la frente. Qué calor. Ojalá pudiera estar bajo el agua.

Rasselle, la capital deldeyna, al final había caído con facilidad. Después de muchos gimoteos por parte de Werreber y algunos de los otros militares de mayor graduación (más alguna que otra prueba de que las tropas rasas se mostraban inexplicablemente reticentes a la hora de dar muerte a los deldeynos capturados) Tyl Loesp había rescindido la orden general respecto a la toma de prisioneros y el saqueo de las ciudades.

Si volvía la vista atrás, pensaba que debería haber presionado a Hausk para que hubiera demonizado a los deldeynos un poco más. Chasque se había mostrado entusiasmado y juntos habían intentado convencer a Hausk de que la actitud de la soldadesca y el populacho mejoraría si se podía lograr que odiaran a los deldeynos con una convicción visceral, pero el rey, como siempre, se había mostrado demasiado cauto. Hausk distinguía entre los deldeynos como pueblo por un lado y sus altos mandos y su nobleza corrupta por otro, e incluso admitía que podían constituir un enemigo honorable. En cualquier caso, él tendría que gobernarlos una vez derrotados y el pueblo que alimentaba un resentimiento justificado contra un ocupante con tendencias asesinas hacía imposible un gobierno pacífico y productivo. Por una cuestión puramente práctica, le parecía que las masacres eran un desperdicio e incluso contraproducentes como método de control. El miedo duraba una semana, la furia un año y el resentimiento toda una vida, sostenía. Pero no si se continuaba alimentando ese miedo con cada día que pasaba, había respondido Tyl Loesp, de todos modos, el rey había desestimado su propuesta.

–Mejor un respeto reticente que una sumisión aterrada –le había dicho Hausk mientras le daba una palmada en el hombro tras el debate que había decidido al fin el tema. Tyl Loesp se había tragado la respuesta.

Tras la muerte de Hausk no había habido tiempo suficiente para convertir a los deldeynos en esos objetos de miedo y desdén, odiados e inhumanos, que, según Tyl Loesp, deberían haber sido desde el principio, aunque él había hecho todo lo posible por dar comienzo al proceso.

En cualquier caso, después no le habían dejado más alternativa que volverse atrás y retirar la adamantina dureza de sus primeros decretos sobre la toma de prisioneros y ciudades, pero se consoló pensando que un buen comandante siempre estaba listo para modificar tácticas y estrategia a medida que cambiaban las circunstancias, siempre que cada paso del llevara al objetivo definitivo.

En cualquier caso, consideró que había sabido sacarle partido a la situación al hacer saber que tanta magnanimidad era el regalo que les hacía a los soldados del Octavo y el pueblo del Noveno, una forma de revocar de forma gentil y misericordiosa la severidad de las acciones exigidas por Hausk en su lecho de muerte para vengar su fin.

Savidius Savide, el enviado especial itinerante oct de Objetivos Extraordinarios Entre Aborígenes Útiles, observaba al humano llamado Tyl Loesp que llegaba nadando y al que acompañaban al lugar que habían preparado para él en la cámara de recepción de la ascensonave itinerante.

La ascensonave pertenecía a una clase poco común capaz tanto de volar por el aire como de viajar bajo el agua, además de realizar los desplazamientos verticales más habituales por el vacío de las torres. Se encontraba apostada en las aguas relativamente profundas del canal principal del Sulpitine, dos kilómetros por encima del borde de la catarata Hyeng-zhar. Al humano Tyl Loesp lo habían trasladado a la nave sumergida en un pequeño cúter submarino. Iba vestido con un traje de aire y era obvio que no estaba acostumbrado a semejante atavío y que estaba incómodo. Lo llevaron flotando a un sillón especial que habían situado al otro lado de la cámara de recepción, enfrente de donde flotaba Savide y le mostraron cómo debía anclarse a las abrazaderas del respaldo del sillón usando el sistema hidráulico. Después, la guardia oct se retiró. Savide hizo que se formara entre él y el humano un canal de aire protegido por una membrana para poder hablar con algo parecido a sus propias voces.

–Tyl Loesp. Y, bienvenido.

–Enviado Savide –respondió el humano después de abrir con cierta vacilación la máscara conectada con el túnel de aire que vibraba entre ellos. Esperó unos segundos y dijo–: Queríais verme. –Tyl Loesp sonrió aunque siempre se había preguntado si esa expresión significaba algo en realidad para los oct. Encontraba raro e incómodo el traje que tenía que llevar, el aire del interior olía a algo vagamente desagradable, como a quemado. Aquel tubo raro que se parecía a un gusano y que se había extendido de la boca del enviado hasta su cara traía con él un olor adicional a pescado que empezaba a pudrirse. Al menos hacía un fresquito agradable dentro de la nave oct.

Le echó un vistazo a la cámara mientras esperaba la respuesta del oct. Era un espacio esférico o casi esférico, el único muro estaba tachonado de espiráculos

plateados y clavos ornamentados con varias gradas. Aquella especie de sillón orejero al revés al que estaba atado era una de las piezas decorativas más sencillas de la cámara.

Seguía molestándole tener que estar allí, convocado como un vasallo cuando acababa de apoderarse de un nivel entero. Savidius Savide podría haber ido a verlo a él y haber rendido tributo a su éxito en el Gran Palacio de Rasselle (que era magnífico, hacía que hasta el palacio de Pourl pareciera aburrido). Pero en lugar de eso había tenido que ir él a ver al oct. Hasta el momento la orden había sido mantener el secreto y era obvio que Savidius Savide no tenía intención de cambiar las cosas a corto plazo, fueran cuales fueran sus razones. Tyl Loesp tenía que admitir que los oct sabían mucho más que él de lo que estaba pasando allí en realidad, así que había que darles el gusto.

Ojalá pudiera pensar que le habían llamado para contarle al fin lo que habían ocultado los últimos años, pero no se hacía ilusiones vista la capacidad de los oct para ocultar, prevaricar y confundir. Con todo, todavía tenía la leve sospecha de que los oct habían supervisado toda aquella empresa por un simple capricho, o por alguna razón secundaria que después habían olvidado, aunque seguro que hasta ellos dudarían antes de organizar el traslado de todo un nivel de un mundo concha de un grupo a otro sin permiso del exterior y sin tener una buena razón, ¿verdad? Pero, oye, mira: esas pequeñas partes azules de la boca del enviado estaban funcionando y un par de los brazos/patas naranjas se estaban moviendo, ¡estaba a punto de hablar!

–Las tierras deldeynas están controladas ya –dijo Savidius Savide, su voz era un borboteo profundo.

–Así es. En Rasselle reina ya la estabilidad. Apenas se alteró el orden, pero donde se alteró, ya está restablecido. Todos los demás territorios del reino deldeyno, incluyendo los principados, las provincias, las tierras restringidas y las satrapías imperiales periféricas, están bajo nuestro control, ya sea mediante la ocupación física por parte de nuestras fuerzas o (en el caso de las colonias más lejanas y menos importantes) con la aquiescencia incondicional de sus funcionarios de más rango.

–Entonces todos pueden regocijarse en lo dicho. Los sarlos pueden unirse a los oct, herederos del manto de aquellos que hicieron los mundos concha, en justificada celebración.

Tyl Loesp decidió suponer que lo acababan de felicitar.

–Gracias –dijo.

–Todos están complacidos.

–Estoy seguro. Y me gustaría agradecer a los oct la ayuda que nos han prestado en esto. Ha sido inestimable. Inescrutable también, pero inestimable, sin duda alguna. Incluso de nuestro querido y fallecido rey Hausk era sabido que admitía que quizá hubiéramos tenido que esforzarnos mucho más para vencer a los deldeynos si los oct

no hubieran estado, de hecho, de nuestro lado. –Tyl Loesp hizo una pausa–. Me he preguntado con frecuencia cuál podría ser la razón para que vuestro pueblo haya sido tan comunicativo con sus consejos y ayuda. Hasta el momento me ha sido imposible llegar a una conclusión satisfactoria.

–En la celebración se encuentra algo de naturaleza explicativa, solo pocas veces. La naturaleza de la celebración es extática, misteriosa y vehemente, independiente de toda razón, de ahí que presagie cierta confusión. –El oct cogió aire, o el líquido equivalente que cogieran los oct–. La explicación no debe convertirse en obstrucción, desviación –añadió Savidius Savide–. Que comprensión final siga siendo incentivo es el uso más fructífero disponible.

Pasó un cierto tiempo durante el cual el largo tubo de aire de aspecto plateado que los unía se meció con suavidad y se retorció poco a poco, unas burbujitas perezosas subieron tambaleándose desde la base de la cámara esférica, una secuencia de zumbidos apagados, profundos y distantes resonaron por el agua que los envolvía y al fin Tyl Loesp desentrañó lo que había querido decir el enviado especial itinerante.

–Estoy seguro de que es tal y como decís –asintió por fin.

–¡Y, vea! –dijo el enviado mientras señalaba con dos patas una semiesfera agrupada de pantallas que cobraron vida con un destello, cada una proyectada por una de las agujas brillantes que sobresalían de la pared de la cámara. Las escenas que aparecían en las pantallas (por lo que Tyl Loesp podía discernir a través del agua) mostraban varias partes famosas e importantes del reino deldeyno. Tyl Loesp creyó distinguir a los soldados sarlos que patrullaban el borde de las cataratas Hyeng-zhar y los estandartes sarlos que ondeaban sobre las grandes torres de Rasselle. Había más banderas apareciendo junto al cráter provocado por la estrella caída Heurimo y perfiladas contra la inmensa columna de vapor que se alzaba de forma constante sobre el mar Hirviente de Yakid.

–¡Es como dice! –Savidius Savide parecía muy contento–. ¡Regocíjese en tal confianza! ¡Todos están complacidos! –repitió el enviado oct.

–Espléndido –dijo Tyl Loesp cuando las pantallas se apagaron con un parpadeo.

–El acuerdo es agradable, acordado –le informó Savide. Se había alzado un poco por encima de la posición que había estado manteniendo hasta el momento. Un diminuto eructo o pedo expulsado por alguna parte de la sección central del torso del oct envió un banco de diminutas burbujas plateadas temblando a las alturas y contribuyó a restablecer la posición del enviado en las aguas de la cámara.

Tyl Loesp tomó una bocanada de aire profunda y vacilante.

–¿Me permitís hablar con franqueza?

–No se conoce mejor forma. Respectiva, específicamente.

–Sí, bueno –dijo Tyl Loesp–. Enviado, ¿por qué nos habéis ayudado?

–¿Ayudaros, a los sarlos, a derrotar a ellos, los deldeynos?

–Sí. ¿Y por qué tanto énfasis en las Cataratas?

Durante unos momentos se hizo el silencio.

–Por razones –dijo entonces el oct.

–¿Qué razones?

–Razones excelentes.

Tyl Loesp estuvo a punto de sonreír.

–Que no queréis contarme.

–No queremos, así es. Del mismo modo, no podemos. Con el tiempo, tales restricciones cambian, como con todas las cosas que cambian. El poder sobre otros es el menor y el mayor de los poderes, en verdad. Equilibrar tan gran éxito con una carencia transitoria del mismo es lo más conveniente. La conveniencia quizá no sea apreciada por el sujeto, pero, como objeto, es necesario invocar confianza. En esto: confiar para esperar.

Tyl Loesp contempló durante un momento al oct que flotaba en el agua a pocos metros de él. Tanto que se había hecho y, sin embargo, tanto que quedaba por hacer. Ese mismo día había recibido un informe codificado de Vollird hablándole del valiente y osado atentado que habían llevado a cabo Baerth y él contra la vida de «nuestro fugitivo» en la superficie, y solo para que lo frustrara en el último momento una maquinaria alienígena diabólica. Habían tenido resignarse a aceptar la solución que quedaba, asegurarse de que la dicha persona abandonaba el planeta con toda prontitud, que se adentraba en la noche entre las estrellas eternas, aterrado y sintiéndose afortunado de seguir vivo.

A Tyl Loesp no le quedaba duda de que Vollird exageraba el valor de sus acciones y las de Baerth, pero siempre había sabido que matar a Ferbin entre los óptimos, o incluso entre los inferiores inmediatos de los óptimos, era mucho pedir y tampoco podía censurar demasiado a los dos caballeros. Hubiera preferido a Ferbin muerto, pero ausente serviría. Con todo, ¿qué complicaciones podría despertar el príncipe entre las razas alienígenas? ¿Se proclamaría a gritos el legítimo y agraviado heredero ante todo aquel que quisiera escucharlo o bien se escabulliría a buscar a su supuestamente influyente hermana?

Tyl Loesp tenía la sensación de que las cosas nunca terminaban de arreglarse. Por mucho que se actuase de la forma más decisiva posible, por muy despiadado que se fuese, siempre quedaban cabos sueltos y hasta la más concluyente de las acciones dejaba una mezcla confusa de ramificaciones, cualquiera de las cuales (daba a veces la sensación, sobre todo cuando uno se despertaba inquieto en plena noche y tales problemas en potencia parecían magnificarse) podría presagiar el desastre. Suspiró entonces antes de hablar.

–Tengo intención de que nos deshagamos de los monjes de la misión. Estorban y restringen más de lo que ayudan y contribuyen. En la capital seguiré el curso

contrario. Necesitamos los restos del ejército y la milicia. Sin embargo, creo que será mejor que se equilibren con alguna otra facción, y propongo la Hueste Celestial como contrapeso. Tienen entre sus enseñanzas una cualidad que los invita a autolesionarse y que debería encontrar su eco en el humor que reina en estos momentos entre los deldeynos, que se culpan a sí mismos de su derrota. Como es obvio, rodarán algunas cabezas.

–A eso que se debe atender, dedíquese. Conviene, y gusta.

–Solo para que lo sepáis. Regreso a Pournl, para celebrar el triunfo y trasladar tesoros y rehenes. Después es posible que permanezca un tiempo en Rasselle. Y hay personas que me gustaría tener cerca. Necesitaré una línea de suministros y de comunicación fiable y siempre disponible entre el Noveno y el Octavo. ¿Puedo contar con eso?

–Las ascensonaves y los autoascensores a ello dedicados así continúan. Como en el pasado reciente, así en el futuro próximo y, con toda la contextualización apropiada, en los ulteriores tiempos.

–¿Tengo ya asignadas las ascensonaves? ¿Son más para disponer de ellas como quiera?

–A solicitar. Todo favorece su uso probable o posible. Cuando sea necesario, allí estará su presencia.

–Siempre que pueda subir y bajar por esta torre, volver al Octavo o regresar aquí, en cualquier momento, y de prisa.

–Eso no es cuestión de disputa. No determino nada menos, personalmente. Así pedido, así concedido, permitido y con gran placer se da realidad a ello.

Tyl Loesp lo pensó un momento.

–Sí –dijo–. Bueno, me alegro de que haya quedado claro.

Unas barcazas remolcadoras de vapor sacaron a todo el continente de monjes (la misión entera Hyeng-zhar, desde el más humilde de los pequeños limpiadores de letrinas hasta el propio archipontino) del trabajo de toda su vida. Tyl Loesp, recién regresado de su frustrante audiencia con el enviado, contempló el embarque y fue con el primer remolcador, que arrastraba a las tres barcazas que contenían al archipontino y a todos los miembros de más rango de la orden. Cruzaron el Sulpitine, a un kilómetro más o menos del inmenso semicírculo de las Cataratas. Habían exonerado a los monjes de sus obligaciones y los estaban trasladando a todos al otro lado del río, al pequeño pueblo de Amerizaje Opuesto, un puerto móvil que siempre se mantenía a unos cuatro o cinco kilómetros de las Cataratas, río arriba.

Tyl Loesp se quedó a la sombra del toldo de popa del primer remolcador, y a pesar de todo tuvo que usar un pañuelo para secarse la frente y las sienes de vez en cuando. Los soles se cernían en el cielo, un yunque y un martillo de calor que

golpeaban juntos, ineludibles. La zona de sombra auténtica, oculta de ambas estrellas rodantes, era mínima, incluso bajo el amplio toldo. A su alrededor, los hombres de la Guardia del Regente observaban el remolino de aguas pardas del río, y a veces levantaban las cabezas sudorosas para mirar la espuma vaporosa de nubes blanquecinas que se acumulaban en el cielo más allá del borde de las Cataratas. El sonido de la cascada llegaba apagado y siempre estaba tan presente que la mayor parte del tiempo era fácil dejar de advertirlo, aunque llenaba el aire lánguido y asfixiante con un rumor extraño y subacuático que se oía con las tripas, los pulmones y los huesos tanto como con los oídos.

Los seis remolcadores y las veinte barcazas comenzaron a atravesar la rápida corriente, salvaron un par de kilómetros hacia la lejana orilla aunque solo aumentaron la distancia con las Cataratas en unos doscientos metros mientras luchaban contra la rápida sección central del río. Los motores de los remolcadores resoplaban y gruñían. Sus altas chimeneas eructaban humo y vapor y flotaban sobre el río pardo en sombras dobles de aspecto desvaído, apenas más oscuras que el color arenoso del propio río. Los navíos olían a vapor y aceite de roasoaril. Sus maquinistas subían a cubierta siempre que podían para cambiar el calor agobiante de las calderas por el horno más fresco de la brisa del río.

El agua se enturbiaba, estallaba y tropezaba alrededor de los barcos como si estuviera viva, como bancos enteros de criaturas vivas que remontaban y se hundían sin parar para volver a resurgir con una especie de insolencia perezosa. En las barcazas, a unos cien pasos de distancia, bajo toldos y sombras improvisadas, los monjes se sentaban, se echaban o se quedaban de pie, y la visión de su multitud de túnicas blancas hacía daño a los ojos.

Cuando la pequeña flota de barquitos se colocó justo en medio del río y cada orilla parecía tan lejana como la contraria (apenas se podían ver en medio de la calima, un simple horizonte presentido de algo más oscuro que el río con unos cuantos árboles altos y agujas que rielaban con el calor), el propio Tyl Loesp aplicó una maza al perno que aseguraba la cuerda que arrastraba los botes a las trabas principales del estribo del remolcador. El perno cayó con un gran estrépito por la cubierta de gruesas maderas. La maroma se fue deslizando con sequedad por la cubierta (al principio bastante despacio, pero después fue cogiendo velocidad) hasta que el último cubo saltó de repente por el yugo de popa y desapareció sin apenas un solo sonido entre las agitadas olas marrones del río.

El remolcador sufrió un tirón apreciable y alteró el rumbo para dirigirse directamente río arriba. Tyl Loesp se asomó para mirar a los otros remolcadores y asegurarse de que también estaban soltando las maromas de remolque. Observó las cuerdas que saltaban por las popas de todos los remolcadores hasta que todos y cada uno se alejaron río arriba propulsados por sus motores, liberados, con las olas

hinchándose y salpicando las abruptas proas.

Los monjes de las barcazas todavía tardaron un tiempo en darse cuenta de lo que estaba pasando. Tyl Loesp nunca estuvo del todo seguro si los oyó en realidad empezar a gemir, llorar y gritar o si solo se lo había imaginado.

Pensó que deberían alegrarse. Las Cataratas habían sido su vida, que fueran también su muerte. ¿Qué más querían aquellos desgraciados que a todo ponían objeciones?

Había apostado hombres de confianza río abajo, no lejos de los recodos en los que caían las cataratas. Ellos se ocuparían de los monjes que sobrevivieran a la caída, aunque si podía uno basarse en los archivos históricos, aunque se arrojara a un millar de monjes a las cataratas, no era muy probable que llegara a sobrevivir ninguno.

Todas las barcazas salvo una se desvanecieron entre la calima y se perdieron de vista con la caída, una decepción. Pero una debió de chocar con una roca o un afloramiento justo delante del borde de las cataratas y su proa se alzó en el aire de una forma de lo más dramática y satisfactoria antes de deslizarse y precipitarse al fin al vacío.

De regreso al puerto, uno de los remolcadores se estropeó, su motor se rindió con un alto estallido de vapor que brotó por la chimenea. Dos de sus compañeros le tiraron unas cuerdas y rescataron al navío y a la tripulación superviviente antes de que ellos también fueran víctimas de las Cataratas.

Tyl Loesp se encontraba en un almacén, una especie de puente a medio terminar que sobresalía sobre el borde del acantilado orientado al polo cercano que se asomaba a las Hyeng-zhar, la mayor parte de las cuales estaban ocultas por la bruma y las nubes, lo que resultaba de lo más frustrante. A su lado estaba un hombre llamado Jerfin Poatas (anciano, encorvado, vestido de oscuro y apoyado en un bastón). Poatas era un erudito y arqueólogo sarlo que había dedicado su vida al estudio de las Cataratas y que había vivido allí (en aquella gran ciudad, eterna y temporal a la vez, y siempre adelantada, del asentamiento Hyeng-zhar) durante veinte de sus treinta años largos. Se sabía desde siempre que su lealtad era para con el estudio y el conocimiento más que para con un país o un Estado, aunque eso no había evitado que los deldeynos lo encarcelaran durante un breve periodo de tiempo en el momento culminante de la guerra contra los sarlos. Una vez desaparecidos los monjes de la misión Hyeng-zhar y por decreto de Tyl Loesp, él era el que se había quedado al cargo de las excavaciones.

—Los hermanos eran cautos y conservadores, como cualquier buen arqueólogo en una excavación —le dijo Poatas a Tyl Loesp. Tuvo que levantar la voz para que lo oyeran por encima del rugido atronador de las cataratas. De vez en cuando la espuma subía en grandes espirales brumosas que depositaban gotitas de agua en los rostros de

los dos hombres—. Pero llevaron esa cautela demasiado lejos. Una excavación normal espera, uno se puede permitir tener cuidado. Se puede proceder con toda la debida deliberación, anotándolo todo, investigándolo todo, conservando y documentando el lugar y la secuencia de todos los hallazgos. Pero esta no es una excavación normal y no espera a nada ni a nadie. Se va a congelar pronto y nos pondrá las cosas más fáciles durante un tiempo, aunque haga más frío, pero incluso entonces los hermanos estaban decididos a hacer lo que habían hecho en el pasado y suspender todas las excavaciones mientras las cataratas estaban congeladas, por culpa de un exceso de piedad. Hasta el rey se negó a intervenir. —Poatas se echó a reír—. ¿Os lo imagináis? ¡El único momento del ciclo solar meteorológico (en toda una vida) en el que las Cataratas van a permitir que se hagan exploraciones y que se excave y ellos pretendían detenerlo todo! —Poatas sacudió la cabeza—. Cretinos.

—Desde luego —dijo Tyl Loesp—. Bueno, aquí ya no gobiernan ellos. Espero grandes cosas de este sitio, Poatas —le dijo al otro hombre, al tiempo que se volvía un instante hacia él—. Según vuestros informes, esto es una mina de tesoros a cuyo potencial los monjes le quitaron siempre importancia y que no explotaron como debían.

—Una mina de tesoros que se negaron en redondo a explorar como es debido —dijo Poatas, asintiendo—. Una mina cuyos mayores rincones quedaron sin abrir, o se dejaron a merced de corsarios, poco más que bandidos con licencia, para que los abrieran ellos. Con un número suficiente de hombres, todo eso se puede cambiar. Serán muchos los exploradores mercantes de las Cataratas que aullarán de rabia cuando se les niegue la continuidad de su fácil estipendio, pero es lo mejor. Hasta ellos terminan haciéndose arrogantes y perezosos y, en los últimos tiempos, que yo haya presenciado, estaban más preocupados por evitar que los demás entraran en sus concesiones que por explotarlas ellos. —Poatas miró con intención a Tyl Loesp cuando empezó a cambiar el viento—. No hay ninguna garantía de que vayamos a encontrar los tesoros en los que quizá estéis pensando, Tyl Loesp. Las armas milagrosas del pasado capaces de dominar el futuro son un mito. Sofocad ese pensamiento si eso es lo que buscáis. —Hizo una pausa. Tyl Loesp no dijo nada. El viento había cambiado de dirección y les lanzaba una corriente de aire caliente y seca del desierto en la cara, las nubes y la bruma estaban empezando a cambiar y a despejarse en aquella gran garganta, todavía oculta en su mayor parte—. Pero sea lo que sea lo que se pueda encontrar, lo encontraremos, y si hace falta arrancarlo de algún edificio que los hermanos de la misión habrían dejado intacto, así se hará. Se puede hacer todo eso. Si tengo hombres suficientes.

—Tendréis hombres —le dijo Tyl Loesp—. Medio ejército. Mi ejército. Y otros. Algunos serán poco más que esclavos pero trabajarán para llenar la barriga.

Las nubes que cubrían la inmensa complejidad que tenían delante se iban

apartando, empujadas por los nuevos vientos, alzándose y disipándose a la vez.

–Los esclavos no son los mejores trabajadores del mundo. Y ¿quién va a ponerse al mando de ese ejército, un ejército que lo más probable es que espere regresar a casa, con sus seres queridos, ahora que cree que aquí ha terminado su trabajo? ¿Vos? Pero vos regresáis al Octavo, ¿no?

–Los ejércitos están acostumbrados a los destinos en el extranjero y a permanecer lejos de sus casas. Sin embargo, les concederé (en cierta medida, sin dejar ningún lugar desprotegido) tales derechos de saqueo y posibilidades de conseguir ganancias fáciles que o bien rogarán que les permita regresar el Noveno o cada uno será el oficial de reclutamiento más entusiasta de sus hermanos menores. En cuanto a mí, regreso a Pourl pero por muy poco tiempo. Tengo intención de pasar la mitad de cada año o más en Rasselle.

–Es la sede tradicional del poder, y de una elegancia infinita si se compara con nuestro pobre pueblo, siempre en movimiento, pero ya sea en tren o en caude, está a dos días de distancia. Más si el tiempo es malo.

–Bueno, pronto tendremos una línea telegráfica y cuando yo no esté aquí, vos, Poatas, seréis la autoridad. Os ofrezco un poder absoluto sobre todas las Cataratas, en mi nombre. –Tyl Loesp agitó una mano con gesto desdeñoso–. Según las leyes literales, quizá sea en nombre del príncipe regente, pero es poco más que un chiquillo todavía. De momento (y es posible que, con el tiempo, parezca un momento muy largo) el futuro poder del príncipe es mío, todo él. ¿Me entendéis?

Poatas esbozó una sonrisa parca.

–Toda mi vida y cada uno de mis trabajos me han enseñado que hay un orden natural en las cosas, una estratificación legítima de la autoridad y el poder. Yo trabajo con ella, señor, jamás intento derrocarla.

–Bien –dijo Tyl Loesp–. Me alegro de oírlo. He pensado, además, proporcionaros un director titular de la excavación, alguien a quien me gustaría tener cerca pero no a mi lado cuando esté en Rasselle. De hecho, su presencia en la excavación podría ayudar a reclutar a muchos sarlos.

–¿Pero estaría por encima de mí?

–En teoría. No en la práctica. Y lo recalco, su superioridad y rango serán solo honorarios.

–¿Y quién sería esa persona? –preguntó Poatas.

–Pues la misma de la que acabamos de hablar. Mi pupilo, el príncipe regente, Oramen.

–¿Es eso prudente? Vos decís que es un chiquillo. Las Cataratas pueden ser un lugar lleno de pestilencias y el asentamiento un lugar anárquico, peligroso, sobre todo una vez desaparecidos los hermanos.

Tyl Loesp se encogió de hombros.

–Debemos rezar para que el Dios del Mundo lo mantenga a salvo. Y tengo en mente a un par de caballeros que pretendo convertir en la esencia de su guardia personal. Ellos se ocuparán de él.

Poatas lo pensó un momento, asintió y secó un poco de humedad que mojaba el bastón en el que se apoyaba.

–¿Querrá venir? –preguntó, no muy convencido, mientras miraba aquellos inmensos espacios de las Hyeng-zhar que se iban revelando poco a poco, asombrosos y complicados, en un cañón en retroceso de veinte kilómetros de ancho.

Tyl Loesp observó el complejo del cañón y sonrió. Nunca había estado allí hasta que lo habían invadido sus ejércitos y, tras haber oído a tantos hablar sobre su belleza sin igual y esa grandeza fabulosa que te empequeñecía, había decidido no dejarse impresionar cuando al fin lo viera. Pero las Hyeng-zhar parecían tener otras ideas y él se había quedado sin palabras, pasmado, maravillado sin remedio.

Las había visto desde varios ángulos diferentes en la última semana, incluyendo desde el aire, en un lyge (aunque solo desde cierta altura y solo en compañía de aviadores experimentados y especialistas en las Cataratas, y, con todo, comprendía por qué era un lugar tan peligroso para los aviadores; la necesidad de explorar, de descender y ver mejor era casi irresistible y hasta parecía irrelevante saber que tantos habían muerto haciendo precisamente eso, atrapados en las tremendas corrientes de aire y vapor que surgían de las cataratas y los arrojaban al vacío sin poder hacer nada).

El propio Poatas expresaba cierto asombro ante la última demostración de las Cataratas. Lo cierto era que jamás habían estado más espectaculares, desde luego no desde que él las conocía, y por todo lo que había podido ver en los archivos, tampoco en ningún momento del pasado.

Una meseta (quizá lo que en un principio había sido una especie de plaza alta e inmensa de varios kilómetros de anchura en medio de la Ciudad Sin Nombre,) comenzaba a revelarse poco a poco por la acción del torrente furioso de agua que caía y exponía lo que era (según había acordado la mayor parte de expertos y estudiosos) el centro de la ciudad enterrada. Las cataratas, en su sección central de cuatro o cinco kilómetros de anchura, se encontraban divididas en dos etapas: la primera caída era de unos ciento veinte metros y arrastraba las aguas que se estrellaban, levantaban espuma y estallaban en medio de la meseta recién descubierta y se precipitaban entre el laberinto de edificios que sobresalían de aquella inmensa superficie plana.

Los agujeros de la meseta (muchos pequeños, varios de cien metros de anchura o más) desaguaban en el oscuro nivel inferior, dejando caer el torrente de agua en el lecho del barranco a través de un tortuoso complejo de edificios extraños, rampas y carreteras, estructuras intactas, otras volcadas, algunas socavadas, algunas perforadas y desplazadas, derrumbadas y barridas hasta quedar encajadas y atrapadas contra

estructuras más grandes todavía y los cimientos tenebrosos de la masa de edificios que descollaban por encima de ellas.

A esas alturas, la bruma ya casi había abandonado la mitad de las cataratas y había revelado la última maravilla de la excavación: el edificio Fuente. Era una gran torre cuya base estaba al nivel del cañón, situada junto a la nueva meseta. Todavía permanecía en pie, intacta; parecía estar hecha completamente de cristal, medía ciento cincuenta metros y tenía la forma de una especie de esfera alargada. Alguna configuración aleatoria de túneles y espacios ocultos de las cataratas, río arriba, se las había arreglado para enviar el agua al interior de aquella estructura, pero por debajo, y con una presión tan extrema que salía a chorros en grandes abanicos y surtidores blancos embarrados por todas las ventanas, surtidores que se alzaban con forma de espiral y estallaban con una fuerza ilimitada incluso en la propia cima, empapando los edificios más pequeños, los tubos, las rampas y las corrientes de agua inferiores que lo rodeaban, con una lluvia incesante e inmisericorde.

—¿Y bien, señor? —preguntó Poatas—. ¿Lo hará? ¿Ese principito vuestro, querrá venir?

Tyl Loesp había enviado la orden al marido de Aclyn solo dos días antes; le informaba de que él iba a ser el nuevo alcalde de la ciudad de Rasselle. Puesto que era un cargo permanente, debía abandonar la lejana Kheretesuhr con la mayor celeridad y trasladarse al Noveno con toda su familia y criados, bajo pena de perder tanto un ascenso que era una oportunidad única en la vida como la estima del regente.

—Oh, me parece que sí —dijo Tyl Loesp con una leve sonrisa.

18. La emergencia actual

–**B**ilpier, cuarto del sistema de colonias nariscenas Heisp, es pequeño, sólido, con un núcleo duro y habiformado según las especificaciones nariscenas durante el último centieón, con una atmósfera dinámica de O₂, cien por cien narisceno y setenta y cuatro por ciento de superficie colmenada con burbujas.

Holse y Ferbin ganduleaban en el salón de su suite, de proporciones más que generosas, del *Centésimo Idiota*; una amplia variedad de máquinas sumisas los mantenían alimentados e hidratados y las imágenes de las pantallas de la pared los entretenían. Sabían que iban a Bilpier y la ciudad colmena de Ischuer y que el viaje duraría diez días, aunque eso era todo lo que les habían dicho desde que la directora general Shoum les había conseguido los pasajes en una nave que salía solo un día después de que hablaran Ferbin y ella.

A Ferbin se le había ocurrido pedirle más información a la nave.

–*Hmm* –dijo el príncipe, que se había quedado como estaba–. Busco a un hombre llamado Xide Hyrlis –continuó–. ¿Sabes si está allí, en ese tal Bilpier?

–Lo desconozco –respondió *El centésimo idiota*–. No es probable que esté allí. Ustedes tienen autorización especial para que los acompañen hasta el lugar donde se encuentra esa persona, como ha solicitado, con énfasis, la directora general del Espinazo Terciario Huliano morthanveld. Puedo confirmarles ya que tienen reservas para continuar el viaje desde Ischuer, Bilpier, a bordo del navío morthanveld *Fasilyce, al despertar*, un Casco Hinchado de cat.5. Su destino no se incluye en los archivos públicos.

Ferbin y Holse se miraron. Aquello era nuevo.

–¿No tienes ni idea de cuánto va a durar el viaje cuando dejemos Bilpier? –preguntó Ferbin.

–Dado que van a viajar a bordo de un Casco Hinchado de cat.5, no es probable que su destino se encuentre en el sistema Heisp –respondió la nave–. El Casco Hinchado de cat.5 es una clase interestelar de largo alcance.

Ferbin asintió con gesto pensativo.

–¡Ah! –dijo, como si se le acabara de ocurrir algo–. ¿Y puedes enviarle un mensaje a un tipo llamado Oramen, casa de Hausk, ciudad de Pourl, el Octavo, Sursamen...?

–Eso se encuentra bajo el mandato de un protectorado narisceno –lo interrumpió la nave sin inmutarse– y por tanto sometido a provisiones de autorización especial cuando se trata del contacto directo entre individuos. Las instrucciones concretas que forman parte de los detalles vinculados a su viaje indican que ni siquiera puedo dar comienzo al proceso relevante de envío de mensajes. Lo siento.

Ferbin suspiró. Volvió a centrar su atención en las imágenes de unos alienígenas con aspecto de murciélagos que cazaban volando unas cosas sinuosas y finas como gasas en un lugar sin torres y con altísimos cañones de color rosa amarillento bajo unas nubes de color pastel.

–Merecía la pena intentarlo, señor –le dijo Holve, y después volvió a su propia pantalla, en la que se veía una especie de mapa en profundidad llamado holograma que mostraba los rumbos de las naves espaciales nariscenas y sus asociados.

La galaxia estaba unida como una malla, pensó el criado. Era todo bucles, círculos y largas hebras entrelazadas, parecía esa cosa pasada de moda que algunos caballeros viejos de los condados y valles más profundos y oscuros se ponían todavía cuando se aventuraban a acercarse a la corte, aunque casi nunca la limpiaban por si se gastaba.

El centésimo idiota se posó con suavidad en un valle entre dos enormes burbujas oscuras de varios kilómetros de anchura, en un paisaje que solo era más de lo mismo; la espuma de unas gigantescas ampollas cubrían tres cuartas partes de la superficie de Biltier y envolvía continentes, asfixiaba océanos, se arqueaba sobre cordilleras y solo dejaba expuestas las junglas y pantanos originales del planeta como consideraba conveniente el sentido estético de los nariscenos.

A Ferbin y a Holve los acompañaron hasta unas cúpulas impresionantes que cubrían unas cosas naranjas y bulbosas que parecían ser mitad árboles y mitad edificios. Allí se reunieron con un zamerín narisceno y tuvieron que escuchar música nariscena durante casi una hora.

En menos de un día local se encontraban encima de unas cinchas abiertas, a una altura preocupante y por encima de más árboles edificio naranjas gigantes, en la elevada costura que unía dos inmensas burbujas, en el medio kilómetro de sombra que arrojaba un nido de naves radiante y bulboso en el espacio abierto del valle formado por dos ampollas gigantes.

Los recibió una morthanveld que se presentó como la oficial de enlace Chilgitheri.

Los trasladaron durante casi treinta días en el *Fasilyce, al despertar*. Fue un viaje menos agradable que el de la nave nariscena. Tuvieron que ponerse unos trajes para investigar la amplia mayoría de la nave, casi toda llena de agua; su alojamiento era más pequeño y, lo peor de todo, la nave no dejó de incrementar el campo de gravedad para prepararlos para lo que fuera que los esperaba. Los morthanveld, que eran criaturas acuáticas, parecían desdeñar la gravedad, pero decidieron aumentar poco a poco el efecto aparente de esa fuerza sobre la nave para aclimatar a sus invitados

humanos. Eran los únicos no morthanveld que había a bordo y, como dijo Holse, deberían sentirse halagados de que los complacieran así, pero era difícil sentir mucha gratitud cuando te dolían tanto los pies, la espalda y casi todo lo demás.

El *Fasilyce*, al despertar llevaba una docena de naves más pequeñas dispuestas como voluminosas semillas alrededor de la cintura y la parte posterior. Una de ellas era el Casco Delgado de cat.3 *Ahora, para volver a la razón y su justa dulzura*; fue esa nave la que trasladó a Ferbin y Holse en el último tramo de su viaje. Amo y criado compartieron dos camarotes más bien pequeños, y se habrían pasado casi todo el tiempo tirados en los catres si Chilgitheri no les hubiera dado la lata para que se levantaran, dieran paseos e incluso hicieran algún que otro ejercicio poco exigente en la imitación de gravedad de la nave, que seguía aumentando poco a poco.

–Pues no está aumentando con suficiente lentitud, que conste –comentó Holse con un gemido.

El *Ahora, para volver a la razón y su justa dulzura* entró de panza en una tierra fracturada y rota de rocas y cenizas. Eso, según les informó la oficial de enlace Chilgitheri, era lo que quedaba del país de Prille, en el continente de Sketevi, en el planeta Bulthmaas, en el sistema Chyme.

Cuando la nave se acercó a aquel yermo de color gris y marrón, se levantó el incremento final de gravedad que sé había posado como charreteras de plomo sobre los dos sarlos. Las naves morthanveld les habían hecho experimentar de forma deliberada un campo de gravedad un poco mayor al que advertirían al salir en aquel planeta para que la sensación real no fuera tan desagradable.

–Una bendición tan pequeña que es microscópica –murmuró Holse.

–Es mejor que nada –les informó Chilgitheri–. Y den gracias, caballeros. Vamos.

Los dos hombres se encontraron en la base plana y fundida de un gran cráter de aspecto reciente. Fuera del bulto inferior rotado de la nave que daba acceso a esta, el aire olía a quemado. Un viento frío y cortante giraba en la base circular de la depresión y levantaba columnas y velos de cenizas y polvo. La atmósfera les irritó la garganta y el aire se agitaba con lo que parecía un trueno continuo que se oía muy lejos.

Un cacharro pequeño y bulboso que parecía el compartimento de un carruaje hecho en su mayor parte de cristal había subido al bulto de acceso con ellos tras acercarse rodando para presentarles aquel espeluznante lugar. Ferbin se había preguntado si aquel trasto era una especie de mecanismo guardián. Por suerte no era más que su medio de transporte, no tendrían que caminar con aquel horrendo agobio que los estaba aplastando.

–Huelan ese aire –les dijo Chilgitheri cuando se acomodaron en los acogedores sofás del vehículo transparente. El aparato cerró las puertas y los sonidos del exterior cesaron–. No olerán nada sin filtrar durante un rato, pero ese es el auténtico aroma de Bulthmaas.

–Pues apesta –dijo Holse.

–Sí. Puede que todavía haya unos cuantos de los patógenos posteriores de amplio espectro, pero no deberían afectarles en absoluto.

Ferbin y Holse se miraron. Ninguno de los dos tenía ni idea de lo que eran unos patógenos, pero no les gustó cómo sonaba aquello.

El pequeño vehículo burbuja se alzó sin ruido y cruzaron la superficie vítrea del cráter hasta una construcción hecha de placas de metal grueso que sobresalían de entre los escombros amontonados de la pared inferior del cráter, como una monstruosa flor de hierro que creciera en aquella geografía hendida y cenicienta. Unas puertas inmensas y pesadísimas se abrieron de repente y los tragaron unos túneles oscuros.

Vieron unas máquinas bélicas esperando con aire amenazante en varios nichos, filas de luces tenues que se extendían por túneles secundarios envueltos en sombras y, por delante, la primera de una sucesión de enormes contraventanas de metal que se abrían ante ellos y se cerraban detrás. Unas cuantas veces vieron unas criaturas pálidas que tenían un vago parecido con hombres, pero que eran demasiado pequeñas, achaparradas y atrofiadas para ser seres humanos tal y como ellos entendían el término. Pasaron junto a un narisceno que flotaba en un arnés metálico muy complejo y con unos apéndices extra erizados que podrían haber sido armas, y después comenzaron a descender por una rampa con forma de espiral, como un muelle hueco que se abriera camino dando vueltas hasta las entrañas del mundo.

Al fin se detuvieron en una gran cámara sombría entrecruzada de gruesas vigas. Estaba casi llena de vehículos aparcados: unos trastos aplastados, nudosos, de aspecto deforme. Su cochecito, hecho de casi nada, se posó entre ellos como una humilde semilla arrastrada entre enormes escombros.

–¡Hora de utilizar esas piernas! –exclamó con tono alegre Chilgitheri.

Se abrieron las puertas del coche y los dos hombres se desdoblaron y salieron del vehículo transparente. Holse levantó las dos pequeñas bolsas de ropa que tenían y gimió cuando se dirigieron a otra puerta que se abría y empezaron a subir (¡tenían que subir!) por una rampa corta y estrecha hasta una cámara más pequeña y tenuemente iluminada que olía a rancio pero con algún toque picante medicinal. El techo era tan bajo que tuvieron que caminar y después esperar un poco encorvados, lo que solo empeoraba los efectos de la alta gravedad. Holse dejó caer las dos bolsas en el suelo, a sus pies.

En una silla, tras un escritorio de metal, estaba sentado uno de aquellos hombres

bajos y achaparrados, vestido con un uniforme gris oscuro. Un narisceno con uno de aquellos arneses complicados flotaba a un lado, detrás y por encima del hombre, y parecía mirarlos.

Aquella especie de criatura aplastada dudosamente humana emitió una serie de ruidos.

–Sean bienvenidos –tradujo el narisceno.

–Mi responsabilidad y la de los morthanveld termina aquí –les dijo Chilgirheri a los dos sarlos–. Ahora se encuentran bajo la jurisdicción nariscena y la de sus satélites, la especie llamada xolpe. Que tengan buena suerte. Cuídense. Adiós.

Ferbin y Holse se despidieron de ella y la morthanveld se giró y se alejó flotando por la estrecha rampa.

Ferbin buscó algún sitio donde sentarse, pero el único que había en la cámara estaba ocupado por el hombre que estaba detrás del escritorio de metal. De una ranura que había en él salieron unos papeles. El hombre los sacó, los comprobó y los dobló; después los golpeó con unos trocitos de metal y los empujó por el escritorio hacia los dos sarlos.

–Estos son sus papeles –les dijo el narisceno–. Los llevarán con ustedes en todo momento.

Sus papeles estaban cubiertos de unos diminutos símbolos alienígenas. Lo único que los dos hombres fueron capaces de reconocer fue una pequeña representación monocroma de su propia cara. Más sonidos del hombrecito achaparrado.

–Esperarán –les dijo el narisceno–. Aquí. Pasen por aquí para esperar. Síganme.

Más pasillos estrechos e incómodos los llevaron a una habitación pequeña y apenas iluminada con cuatro literas y nada más. El narisceno cerró la puerta y se oyeron unos enérgicos cerrojos. Holse lo comprobó, estaba cerrada con llave. Una puerta más pequeña al otro lado de la celda daba acceso a un diminuto compartimento para el aseo. Cogieron las dos literas inferiores y se echaron allí, respirando con dificultad, agradecidos de poder descansar del peso que les atormentaba las piernas y la espalda. Tenían que echarse encogidos, porque las literas eran demasiado pequeñas para que se estiraran. En el extremo de cada litera había un conjunto de ropa de color azul grisáceo. Eran sus uniformes, les había dicho el narisceno. Tenían que llevarlos en todo momento.

–¿Qué clase de sitio es este, señor?

–Un sitio terrible, Holse.

–Yo también me había formado esa impresión, señor.

–Intenta dormir, Holse. Es todo lo que podemos hacer.

–Puede que sea nuestra única ruta de escape de este agujero de mierda –dijo Holse antes de volverse de cara a la pared.

Chilgitheri no había sido muy comunicativa con respecto a lo que ocurriría una

vez que llegaran allí. Allí era donde debía estar Xide Hyrlis y su solicitud para verlo se había remitido a las autoridades correspondientes, pero, según les había confesado la oficial de enlace, no sabía si se les permitiría verlo ni cómo abandonarían ese mundo, si es que lo abandonaban.

Ferbin cerró los ojos y pensó que ojalá estuviera en casi cualquier otro sitio.

–¿Por qué están aquí? –tradujo el narisceno. La criatura que hablaba con ellos podría haber sido el que los había acompañado a su estrecha habitación pero no tenían ni idea. Quizá hubiera sido procedente hacer las presentaciones, pensó Ferbin, pero era obvio que allí las cosas se hacían de otra manera. Holse y él iban vestidos con los uniformes que les habían dado (los uniformes eran demasiado cortos y anchos para los sarlos, lo que les daba un aspecto ridículo) y se encontraban en otra cámara pequeña, delante de otro hombre diminuto y achaparrado que estaba detrás de otro escritorio de metal, aunque al menos esa vez tenían sillas para sentarse.

–Estamos aquí para ver a un hombre llamado Xide Hyrlis –les dijo Ferbin al narisceno y a aquella especie de hombre pequeño y pálido.

–Aquí no hay nadie con ese nombre.

–¿Qué?

–Aquí no hay nadie con ese nombre.

–¡Pero eso no puede ser! –protestó Ferbin–. ¡Los morthanveld que nos trajeron aquí nos aseguraron que aquí es donde está Hyrlis!

–Podrían estar equivocados –sugirió el narisceno sin esperar a que respondiera el hombre.

–Sospecho que no –dijo Ferbin con tono gélido–. Tengan la amabilidad de decirle al señor Hyrlis que un príncipe de los sarlos, el hijo superviviente de su buen amigo, el fallecido rey Nerieth Hausk, del Octavo, Sursamen, desea verlo tras haber viajado entre las estrellas desde ese gran mundo por gentileza expresa, con énfasis, de nuestros amigos los morthanveld, con la misión concreta de reunirme con él, como afirmó la propia directora general Shoum. Ocúpense de ello, si tienen la bondad.

El narisceno pareció traducir al menos una parte. El hombre habló, seguido por el narisceno.

–Denos el nombre completo de la persona que desea ver.

El nombre completo. Ferbin había tenido tiempo para pensar en eso en muchas ocasiones desde que había elaborado su plan en el Octavo. El nombre completo de Xide Hyrlis había sido un sonsonete que canturreaban algunos de los niños de la corte, casi un mantra para ellos, y a él no se le había olvidado.

–Stafl-Lepoortsa Xide Ozoal Hyrlis dam Pappens –dijo.

El hombre achaparrado gruñó y después estudió una pantalla empotrada en su escritorio. El brillo verde apagado del aparato le iluminó la cara. Dijo algo y el

narisceno tradujo.

–Su solicitud será transmitida por los canales correspondientes. Regresarán a su alojamiento a esperar.

–Informaré al señor Hyrlis de esta falta de respeto, formalidad y diligencia cuando lo vea –le dijo Ferbin al narisceno cuando se levantó con gran esfuerzo. Se sentía absurdo con aquel uniforme que tan mal le quedaba, pero intentó reunir toda la dignidad que pudo–. Decidme vuestro nombre.

–No. No hay ningún señor Hyrlis. Regresarán a su alojamiento a esperar.

–¿Que no hay ningún señor Hyrlis? No seáis ridículo.

–Podría ser una cuestión de rango, señor –dijo Holse al tiempo que también se ponía en pie con una mueca.

–Regresarán a su alojamiento a esperar.

–Muy bien, informaré al general Hyrlis –dijo el príncipe haciendo énfasis en la palabra «general».

–Regresarán a su alojamiento a esperar.

–O al mariscal de campo Hyrlis o el rango que sea que haya obtenido.

–Regresarán a su alojamiento a esperar.

Los despertaron en plena noche, ambos estaban soñando con pesos, aplastamientos y enterramientos. Les habían dado la comida a través de una ventanita que había en la puerta no mucho antes de que la luz de su habitación se atenuara. La sopa había sido casi incomible.

–Vendrán con nosotros –dijo el narisceno. Dos de los hombres uniformados, pálidos y achaparrados aguardaban detrás con rifles en las manos. Ferbin y Holse se pusieron sus ridículos uniformes–. Traigan posesiones –les dijo el narisceno. Holse cogió las dos bolsas.

Un pequeño vehículo con ruedas los subió por otra corta rampa con forma de espiral. Más puertas y túneles mal iluminados los llevaron a un espacio mayor, todavía oscuro, donde se movían varias personas y máquinas y un tren esperaba con un zumbido, quieto entre dos agujeros oscuros a ambos lados de la cámara.

Antes de que pudieran subir, el suelo tembló bajo sus pies y un estremecimiento recorrió la enorme cámara, lo que hizo que la gente mirara al techo oscuro. Las luces se bambolearon y cayó un poco de polvo. Ferbin se preguntó qué clase de cataclismo podría sentirse bajo tanta roca.

–Embarquen aquí –les dijo el narisceno mientras señalaba una entrada cerrada que había en uno de los vagones cilíndricos del tren. Treparon por una rampa y entraron en un compartimento estrecho y sin ventanas. El narisceno entró flotando con ellos y la puerta volvió a bajar. Solo había el espacio justo para que se sentaran en el suelo entre cajas altas y cajones de embalaje. Una única bola redonda en el

techo, protegida por una pequeña jaula de metal, emitía una luz amarilla débil y uniforme. El narisceno flotó por encima de uno de los cajones.

–¿Adónde vamos? –preguntó Ferbin–. ¿Vamos a ver a Xide Hyrlis?

–No lo sé –dijo el narisceno.

Se quedaron allí sentados, respirando el aire rancio y sin vida durante un rato. Después hubo una sacudida y se oyeron unos ruidos apagados y metálicos cuando el tren se puso en marcha.

–¿Cuánto tiempo vamos a tardar? –le preguntó Ferbin al narisceno.

–No lo sabemos –repitió la criatura.

El tren traqueteó y zumbó a su alrededor y los dos hombres no tardaron en quedarse dormidos, solo para que los despertaran una vez más de las profundidades del sueño, confusos y desorientados. Los sacaron a toda prisa (con las rodillas y las espaldas doloridas) por una rampa y los metieron en otro vehículo achaparrado que los llevó a ellos y al narisceno que los acompañaba por unos cuantos túneles más y por otra espiral hasta una gran cámara donde unos cien tanques de líquido o más, cada uno el doble de altos que ellos, emitían un fulgor azul y verde entre la oscuridad general.

Cada tanque contenía los cuerpos de una media docena de aquellos hombres bajos y achaparrados, todos ellos desnudos. Parecían dormidos y tenían una máscara sobre la cara con unos tubos que serpenteaban hasta la superficie de los tanques. Los cuerpos carecían de vello y muchos habían sufrido graves heridas, a algunos les faltaba algún miembro, otros tenían heridas punzantes obvias y otros mostraban amplias zonas de piel quemada.

Ferbin y Holse se quedaron tan fascinados contemplando aquel inquietante y macabro despliegue que tardaron en darse cuenta de que al parecer estaban solos. El pequeño vehículo con ruedas había desaparecido y parecía haberse llevado al narisceno con él.

Ferbin se acercó al tanque más cercano. De cerca se podía ver que había una suave corriente en aquel líquido pálido un poco turbio. Unas burbujas diminutas subían del lecho del tanque y se dirigían a las tapas selladas de los cilindros.

–¿Crees que están muertos? –dijo Ferbin sin aliento.

–No con esas máscaras puestas –respondió Holse–. Se parece un poco a como estabais vos, señor, mientras os curaban los oct.

–Quizá los están conservando para algo –dijo Ferbin.

–O los están tratando –sugirió Holse–. No hay ni uno solo que yo haya visto sin alguna herida, aunque muchos parecen estar curándose.

–Se podría decir que los estamos curando nosotros –dijo alguien tras ellos.

Los dos se volvieron a la vez. Ferbin reconoció a Xide Hyrlis de inmediato, apenas había cambiado. Dado que habían pasado casi media docena de años largos,

debería haberle parecido extraño, aunque Ferbin no se dio cuenta de eso hasta más tarde.

Xide Hyrlis era un hombre alto para lo que imperaba entre las gentes medio enanas de aquellos pagos, aunque seguía siendo más bajo que Ferbin o Holse. Por alguna razón parecía denso, y moreno, con una cara ancha, la boca grande con dientes que además de escasear eran demasiado anchos, y unos ojos penetrantes de color violeta azulado y brillantes. Eran unos ojos que siempre habían fascinado a Ferbin de niño, tenían una membrana transparente extra que los cubría, lo que significaba que nunca tenía que parpadear, nunca tenía que dejar de ver el mundo, por breve que fuera el instante, desde el momento que despertaba hasta que se iba a dormir (y no es que empleara mucho tiempo en eso). Tenía el pelo negro y largo y se lo sujetaba con una cuidada cola de caballo. Lucía mucho vello facial, pero bien recortado. Vestía una versión mejor cortada del uniforme gris que llevaba la mayor parte de la gente que los sarlos habían visto hasta entonces.

–Xide Hyrlis –dijo Ferbin con un asentimiento–. Me alegro de veros de nuevo. Soy el príncipe Ferbin, hijo del rey Hausk.

–Me alegro de veros otra vez, príncipe –dijo Hyrlis, que después miró a un lado y pareció dirigirse a alguien que ellos no veían–. El hijo de mi viejo amigo el rey Hausk de Sarl, del Octavo, Sursamen. –Hyrlis volvió a mirar a Ferbin y dijo:– Habéis crecido mucho, príncipe. ¿Cómo van las cosas por el Octavo? –Holse observó a Ferbin, que se había quedado mirando a Hyrlis–. Ferbin me llegaba a la cadera la última vez que lo vi –añadió Hyrlis dirigiéndose al ser imaginario que estuviera a su lado. Lo cierto era que no había nadie más por allí cerca, ni nada obvio a lo que pudiera estar dirigiéndose.

–Tengo mucho que contaros, Hyrlis –dijo Ferbin–, y pocas cosas buenas. Pero primero decidme cómo debería dirigirme a vos. ¿Qué rango ostentáis?

Hyrlis sonrió y miró hacia un lado.

–Una buena pregunta, ¿no os parece? –Después miró a Ferbin–. Consejero, podríais decir. O comandante supremo. Es difícil de saber.

–Elegid uno, señor –sugirió Holse–. Venga, sed bueno.

–Permitidme –dijo Ferbin con frialdad al tiempo que miraba a Holse, que sonreía con aire inocente– presentaros a mi criado, Choubris Holse.

–Señor Holse –dijo Hyrlis con un asentimiento.

–Señor.

–Y «señor» servirá –dijo Hyrlis con aire pensativo–. Es como me llama todo el mundo. –Captó entonces una tensión repentina en la expresión de Ferbin–. Príncipe, sé que vos solo habéis llamado «señor» a vuestro padre desde que cumplisteis la mayoría de edad; sin embargo, complacedme en esto. Soy una especie de rey por estos pagos y ostento más poder del que tuvo jamás vuestro padre. –Entonces esbozó

una amplia sonrisa—. A menos que se haya apoderado de todo el mundo concha, claro. –Volvió a girar la cabeza—. Pues sí, eso es Sursamen, para aquellos de vosotros que tardéis en encontrar las referencias –le dijo a su compañero invisible al tiempo que Ferbin (que a Holse le parecía que todavía tenía la mirada un poco perdida) se dirigía a él.

–Como ya he dicho, señor, tengo mucho que relataros.

Hyrlis señaló con la cabeza los cuerpos que se mecían con suavidad a sus espaldas.

–Enemigos capturados –dijo—. A los que se mantiene con vida y se repara en parte. Les hacemos un lavado de cerebro y se convierten en espías, asesinos o bombas humanas para nosotros, o bien en vectores de enfermedades. Vengan. Les buscaremos un lugar para que se dejen caer. Y mejores ropas. Con eso parecen insectos palo.

Lo siguieron hasta un coche pequeño abierto y en ese momento varias figuras oscuras dejaron las sombras a su alrededor y se disociaron de la oscuridad como si formaran parte de ella. Eran humanos con unos trajes de camuflaje casi negros y armados con unas pistolas de aspecto temible. Ferbin y Holse se detuvieron en seco cuando vieron las cuatro figuras misteriosas que los cercaban a toda prisa, sin ruido, pero Hyrlis, sin ni siquiera darse la vuelta, se limitó a agitar una mano y sentarse en el asiento del conductor del pequeño vehículo con ruedas.

–Mi guardia –dijo—. No se preocupen. Suban.

Una vez que supo que las figuras oscuras no representaban ninguna amenaza, Ferbin se puso muy contento de tenerlas allí. Hyrlis debía de haber estado hablando con ellos por alguna razón. Era todo un alivio.

Xide Hyrlis ofrecía una cocina excelente bajo todos aquellos kilómetros de roca montañosa. La cámara tenía forma de cúpula y los sirvientes (hombres y mujeres muy jóvenes) se deslizaban por ella sin ruido. La mesa de piedra alrededor de la que se sentaban estaba cargada de alimentos exóticos de colores muy vivos y de una variedad desconcertante de botellas. La comida era deliciosa, a pesar de su naturaleza alienígena, y la bebida copiosa. Ferbin espero hasta haber terminado de comer para contar su historia.

Hyrlis escuchó a Ferbin e hizo una o dos preguntas durante el relato. Al final, asintió.

–Recibid mi más sincero pésame, príncipe. Siento más el modo en que falleció vuestro padre que el hecho en sí. Nerieth era un guerrero y esperaba y merecía la muerte de un guerrero. Lo que habéis descrito es un asesinato tan cobarde como cruel.

–Gracias, Hyrlis –dijo Ferbin. El príncipe bajó la cabeza y sorbió con estrépito

por la nariz.

Hyrlis no pareció notarlo. Había clavado los ojos en su copa de vino.

–Recuerdo a Tyl Loesp –dijo. Se quedó en silencio durante unos instantes y después sacudió la cabeza–. Si albergaba semejante traición en su seno, entonces también me engañó a mí. –Miró de nuevo aun lado–. ¿Y están vigilando aquello? –preguntó en voz baja. Esa vez estaba claro que no había nadie con el que pudiera hablar. A los cuatro guardias que se camuflaban entre las sombras los había despedido en cuanto habían entrado en los aposentos privados de Hyrlis y a los criados se les había dicho, solo minutos antes, que permanecieran fuera del comedor hasta que se les llamara–. ¿Forma parte del entretenimiento? –dijo Hyrlis con el mismo tono de voz–. ¿Han grabado el asesinato del rey? –Volvió a mirar a Ferbin y Holve. Choubris intentó intercambiar una mirada con Ferbin, pero el otro hombre había vuelto a clavar los ojos vidriados en su anfitrión.

Holve no pensaba pasar por ahí.

–Disculpad, señor –le dijo a Hyrlis. Por el rabillo del ojo vio que Ferbin intentaba llamar su atención. Bueno, pues al diablo con todo–. ¿Me permitís preguntaros con quién estáis hablando cuando hacéis eso?

–¡Holve! –siseó Ferbin, que después le dedicó una sonrisa poco sincera a Hyrlis–. Mi criado es un impertinente, señor.

–No, solo es inquisitivo, príncipe –dijo Hyrlis con una débil sonrisa–. En cierto sentido, Holve, no lo sé –dijo con tono dulce–. Y es incluso posible que no me esté dirigiendo a nadie. Sin embargo, tengo la fundada sospecha de que me estoy dirigiendo a un buen número de personas.

Holve frunció el ceño y miró con atención en la dirección que Hyrlis había hecho su último aparte.

Hyrlis sonrió y agitó una mano en el aire como si quisiera disipar algo de humo.

–No están físicamente presentes, Holve. Están, o supongo que debería decir que podrían estar vigilando a una distancia más que considerable, a través de robots espía, polvo electrónico, nanoprogramas... como queráis llamarlo.

–Podría llamarlo todo o nada, señor, porque con esas palabras me quedo como estaba.

–Holve, si no puedes comportarte como un caballero –dijo Ferbin con firmeza–, comerás con los otros criados. –Ferbin miró a Hyrlis–. Es posible que haya sido demasiado indulgente con él, señor. Aceptad mis disculpas en su nombre y en el mío propio.

–No es necesario que os disculpéis, príncipe –dijo Hyrlis sin inmutarse–. Y es mi mesa, no la vuestra. Sería un placer contar con Holve en ella en cualquier ocasión, a pesar de lo que vos llamáis su impertinencia. Me rodean demasiadas personas poco dispuestas a desafiarme en nada. Una voz disidente siempre es bienvenida.

Ferbin se echó hacia atrás, insultado.

»Creo que me vigilan, Holse –añadió Hyrlis– mecanismos demasiado pequeños para que los vea el ojo humano, aunque sean los míos, que son bastante perspicaces, aunque ya no tan perspicaces como en otros tiempos.

–¿Espías enemigos, señor? –preguntó Holse. El criado miró a Ferbin, que apartó los ojos con gesto ostentoso.

–No, Holse –dijo Hyrlis–. Espías enviados por mi propio pueblo.

Holse asintió, aunque con un profundo ceño.

Hyrlis miró a Ferbin.

–Príncipe, vuestro problema es, por supuesto, muchísimo más importante; sin embargo, creo que debería hacer una pequeña digresión en este momento para explicar mi persona y mi situación.

Ferbin asintió gesto brusco.

»Cuando estaba... con vos, entre vuestro pueblo, en el Octavo, asesorando a vuestro padre, Ferbin... –dijo Hyrlis, que miraba al príncipe pero en general se dirigía a los dos hombres–. Trabajaba (a petición de los nariscenos) para la Cultura, esa civilización mestiza, un cruce entre panhumanos y máquinas, que pertenece a lo que vosotros denomináis los óptimos, las civilizaciones que se encuentran en el primer grupo de los no sublimados y que no han llegado al nivel de ancianos. Era un agente para la parte de la Cultura que llaman Contacto y que se ocupa de... podríamos decir que de asuntos extranjeros. Contacto se encarga de descubrir e interactuar con otras civilizaciones que no forman parte todavía de la comunidad galáctica. Por aquel entonces yo no estaba con la parte más enrarecida de Contacto, el departamento de inteligencia y espionaje que recibe el evasivo nombre de Circunstancias Especiales, aunque sé que CE pensaba en aquel momento que la parte concreta de Contacto que yo representaba estaba, con cierta razón, invadiendo su territorio. –Hyrlis esbozó una leve sonrisa–. Hasta en las utopías anarquistas de civilizaciones que se extienden por toda la galaxia con un poder pasmoso que cubre todo el espectro se libran guerras territoriales, y sus departamentos militares suelen ser los protagonistas.

Hyrlis suspiró.

»Es cierto que más tarde me convertí en parte de Circunstancias Especiales, una decisión que ahora, al mirar atrás, contemplo con más pesar que orgullo. –La sonrisa que esbozó parecía triste–. Cuando se abandona la Cultura, y la gente la abandona todo el tiempo, hay que ser consciente de ciertas responsabilidades que consideran que tienes, por si por azar te aventuras en ese tipo de civilizaciones que podrían interesarle a Contacto.

»Me encargó Contacto que hiciera lo que hice, lo que modeló la situación en el Octavo de forma exhaustiva, de modo que, cuando le pasé al rey Hausk algún plan estratégico o les sugerí armas y rifles a los armeros reales, fue con una idea muy

concreta y fiable de cuales serían los efectos. En teoría, un ciudadano de la Cultura razonablemente culto podría hacer lo mismo sin control alguno, sin respaldo y sin tener mucha idea de lo que está haciendo en realidad. O, por supuesto, con una idea muy clara. Porque querría ser rey, emperador o lo que fuera y sus conocimientos le darían la oportunidad de conseguirlo. –Hyrlis agitó una mano–. Es una preocupación exagerada, en mi opinión. El conocimiento en la Cultura no puede ser más barato; sin embargo, la crueldad requerida para usar ese conocimiento de forma competente en una sociedad menos compasiva es casi inédita.

»No obstante, el resultado es que cuando dejas la Cultura para venir a un sitio como este, o como el Octavo, te vigilan. Envían mecanismos para espiarte y asegurarse de que no estás haciendo ningún daño.

–¿Y si una persona hace algo malo, señor? –preguntó Holse.

–Bueno, pues te detienen, señor Holse. Utilizan los mecanismos que han enviado para espiarte o bien envían personas u otros mecanismos para deshacer lo que has hecho y, como último recurso, te secuestran y te llevan de regreso, para reñirte. –Hyrlis se encogió de hombros–. Cuando dejas CE, como hice yo, también se toman otras precauciones: te quitan algunos de los regalos que te hicieron en un principio. Se reducen ciertas habilidades o bien las eliminan por completo para que tengas menos ventajas sobre los lugareños. Y la vigilancia es más intensa, aunque menos perceptible incluso. –Hyrlis volvió la cabeza a un lado una vez más–. Confío en que estén apreciando mi ecuanimidad. Estoy siendo excesivamente generoso. –Volvió a mirar a los dos hombres–. Comprendo que a la mayoría les gusta fingir que no existe esa supervisión, que no les está pasando a ellos. Yo he adoptado una perspectiva diferente. Yo me dirijo a esos que sé que deben de estar vigilándome. Así que ya lo saben. Y espero que lo entiendan. ¿Les preocupaba que pudiera estar loco?

–¡En absoluto! –protestó Ferbin de inmediato.

–Era una idea, señor, como cabía esperar –dijo Holse a la vez.

Hyrlis sonrió. Hizo girar el vino en su copa y se observó haciéndolo.

–Oh, bien puede que esté loco, loco por estar aquí, loco por seguir implicado en el negocio de la guerra, pero al menos en esto no estoy loco. Sé que me vigilan y pienso decirles a los que me vigilan que lo sé.

–Por supuesto –dijo Ferbin lanzándole una mirada a Holse– lo entendemos.

–Me alegro –dijo Hyrlis con tono casual. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos entrelazadas–. Bueno, volvamos a lo nuestro. Habéis hecho un largo viaje, príncipe. ¿He de suponer que para verme?

–Así es.

–Y con alguna otra intención que solo traerme la noticia de que mi viejo amigo Nerieth ha sido asesinado, por muy honrado que me sienta de saber la noticia por una persona de verdad en lugar de por un servicio de noticias.

–Así es –dijo Ferbin y se irguió en su silla todo lo que pudo–. Busco vuestra ayuda, mi buen Hyrlis.

–Ya veo. –Hyrlis asintió con aire pensativo.

–¿Querréis, podréis ayudar? –dijo Ferbin.

–¿En qué sentido?

–¿Querréis regresar al Octavo conmigo para ayudarme a vengar el asesinato de mi padre?

Hyrlis se echó hacia atrás en su silla y sacudió la cabeza.

–No puedo, príncipe. Me necesitan aquí, me he comprometido con este lugar. Trabajo para los nariscenos e incluso si quisiera, no podría regresar a Sursamen a corto o medio plazo.

–¿Estáis diciendo que ni siquiera queréis? –preguntó Ferbin sin molestarse en ocultar su desagrado.

–Príncipe, siento enterarme de que vuestro padre está muerto, y siento más todavía saber cómo murió.

–Ya lo habéis dicho, señor –le dijo Ferbin.

–Y lo vuelvo a decir. Vuestro padre fue amigo mío durante un breve espacio de tiempo y yo lo respetaba mucho. Sin embargo, no es asunto mío enderezar entuertos ocurridos en las profundidades de un mundo concha remoto.

Ferbin se levantó.

–Ya veo que me he confundido con vos, señor –dijo–. Me dijeron que erais un hombre bueno y honorable y me encuentro con que me han informado mal.

Holse también se levantó, aunque sin demasiadas prisas, se le ocurrió que si Ferbin iba a salir hecho un basilisco (aunque solo Dios sabría hacia dónde) sería mejor que lo acompañara.

–Escuchadme, príncipe –dijo Hyrlis con tono razonable–. Os deseo a vos lo mejor y a Tyl Loesp y sus compañeros de conspiración un final indigno, pero no puedo ayudaros.

–Y no queréis –dijo Ferbin, casi escupiendo.

–La vuestra no es mi lucha, príncipe.

–¡Debería ser la lucha de todos los que creen en la justicia!

–Ah, eso creéis, príncipe –dijo Hyrlis, divertido–. Escuchaos, por favor.

–¡Mejor que escucharos a vos y vuestra insultante complacencia!

Hyrlis lo miró desconcertado.

–¿Qué esperabais que hiciera, con exactitud?

–¡Algo! ¡Lo que fuera! ¡No nada, no limitaros a sentaros ahí con aire satisfecho!

–¿Y por qué no estáis haciendo algo vos, Ferbin? –preguntó Hyrlis, todavía sin alterarse–. ¿No habría sido vuestra actitud mucho más eficaz si os hubierais quedado en el Octavo en lugar de venir hasta aquí para verme?

–No soy guerrero, soy consciente de ello –dijo Ferbin con amargura–. No tengo las habilidades necesarias ni la disposición. Y no tengo la astucia necesaria para regresar a la corte, enfrentarme a Tyl Loesp y fingir que no vi lo que vi, para maquinar y planear tras una sonrisa. Desenfundaría mi espada o le echaría las manos a la garganta en el momento en que le viera y terminaría peor. Sé que necesito ayuda y vine aquí a pedíroslo. Si no queréis ayudarme, tened la bondad de dejarnos ir y haced lo que podáis y queráis para acelerar mi viaje y que pueda reunirme con mi hermana Djan Seriy. Solo puedo rezar para que de algún modo ella haya escapado de la infección de esa enfermedad cultural, la falta de compasión.

–Príncipe –suspiró Hyrlis–; ¿tendréis la amabilidad de sentaros? Hay más temas que debemos discutir. Quizá pueda ayudaros en otros sentidos. Además, deberíamos hablar de vuestra hermana. –Hyrlis agitó una mano y señaló la silla de Ferbin–. Por favor.

–Me sentaré, señor –le dijo Ferbin mientras lo hacía–, pero he de decir que estoy muy decepcionado.

Holse también se sentó. Cosa de la que se alegró, el vino era muy bueno y sería un crimen tener que abandonarlo.

Hyrlis reanudó su pose anterior, con las manos bajo la barbilla. Un pequeño ceño le arrugó la frente.

–¿Por qué haría Tyl Loesp lo que ha hecho?

–¡No es algo que me preocupe! –dijo Ferbin, furioso–. ¡Que lo hizo es lo único que importa!

Hyrlis sacudió la cabeza.

–Debo llevaros la contraria, príncipe. Si queréis tener la oportunidad de enderezar este entuerto, sería conveniente que supierais lo que motiva a vuestro enemigo.

–¡El poder, por supuesto! –exclamó Ferbin–. Quería el trono y lo tendrá, en cuanto haga matar a mi hermano menor.

–¿Pero por qué ahora?

–¡Por qué no! –dijo Ferbin, los puños apretados golpeaban la inmisericorde piedra de la gran mesa–. Mi padre ya había hecho todo el trabajo, ya estaban todas las batallas ganadas, o prácticamente ganadas. Es entonces cuando golpea el cobarde, cuando puede robar la gloria sin tener que mostrar la valentía que la conquistó.

–Con todo, suele ser más fácil ser el segundo al mando, príncipe –dijo Hyrlis–. El trono es un lugar solitario y cuanto más cerca se está de él, con más claridad se ve. Son muchas las ventajas de tener un gran poder sin tener que hacer frente a las responsabilidades últimas que lo acompañan. Sobre todo cuando sabes que ni siquiera el rey tiene el poder último, que siempre hay poderes por encima. Decís que Tyl Loesp era un vasallo en el que se confiaba, al que se premiaba, valoraba, respetaba... ¿Por qué arriesgaría todo eso por el último vestigio de poder que sabe que sigue

encadenado a grandes limitaciones?

Ferbin permaneció sentado, hirviendo de frustración, pero había resuelto no decir nada. Lo que solo dio ocasión para que Hyrlis mirara hacia un lado y hablara en voz baja.

»¿Lo sabéis vosotros? ¿Veis aquello? ¿Se os permit...?

Ferbin no pudo soportarlo más.

–¡Queréis dejar de hablar con esos fantasmas! –gritó al tiempo que se levantaba otra vez de un salto, y esa vez tan rápido que volcó la silla. Holve, que había aprovechado la oportunidad para tomar un sorbo de su copa en lo que parecía un momento de tranquilidad muy oportuno, tuvo que acabarse el licor de un trago y levantarse otra vez a toda prisa mientras se limpiaba la boca con la manga–. ¡Esos demonios imaginados os han robado el ingenio que en otro tiempo tuvierais, señor!

Hyrlis sacudió la cabeza.

–Ojalá fueran imaginarios, príncipe. Y si hay sistemas parecidos de observación en Sursamen, quizá tengan una clave de vuestras dificultades.

–¿De qué diablos estáis hablando? –siseó Ferbin con los dientes apretados.

Hyrlis volvió a suspirar.

–Por favor, príncipe, sentaos otra vez... No, no, me levantaré yo –dijo, cambiando de opinión–. Levantémonos todos. Y permítanme mostrarles algo. Por favor, acompañenme. Hay más que explicar.

La aeronave era una ampolla oscura gigantesca que cabalgaba por el aire envenenado sobre un campo de batalla todavía resplandeciente. Los habían llevado allí en el vehículo aéreo de Hyrlis, pequeño y esbelto, que se había alzado sin ruido del fondo de otro cráter gigantesco y había atravesado volando como un susurro las nubes y el humo, y después, con mejor tiempo, había perseguido un amanecer rojizo hasta adentrarse en una noche cuyo lejano horizonte estaba bordeado de diminutos destellos esporádicos de luz blanca amarillenta. Bajo ellos, anillos y círculos de rojo apagado y medio desvaído cubrían una tierra oscura y ondulada. La aeronave era brillante, perfilada de luces, iluminada por cada lado y cubierta de señales reflectantes. Flotaba sobre la tierra amoratada y lívida como una advertencia.

La pequeña nave atracó en una amplia cubierta suspendida bajo el cuerpo principal de la enorme nave. Había muchas otras naves llegando y partiendo en todo momento, llegaban llenas de soldados heridos acompañados por unos cuantos sanitarios y partían vacías, salvo por los médicos que regresaban. Unos gemidos quedos llenaban el aire cálido con olor a humo. Hyrlis los guió por unos escalones en forma de espiral hasta una sala llena de camas que parecían ataúdes; cada una contenía una figura pálida, achaparrada e inconsciente. Holve miró a aquellas personas que parecían sin vida y sintió envidia. Al menos ellos no tenían que

levantarse, andar y subir escaleras con aquella horrible gravedad.

–¿Saben que hay una teoría –dijo Hyrlis en voz baja mientras pasaba entre aquellas camas parecidas a ataúdes que resplandecían con suavidad con Ferbin y Holve detrás y los cuatro guardias vestidos de negro por allí cerca, invisibles– que dice que todo lo que experimentamos como realidad no es más que una simulación, una especie de alucinación que nos han impuesto?

Ferbin no dijo nada.

Holve supuso que Hyrlis se estaba dirigiendo a ellos en lugar de a sus demonios o lo que fueran, así que le contestó:

–En casa tenemos una secta que tiene un punto de vista más o menos similar, señor.

–No es una postura insólita –dijo Hyrlis. Después señaló con un gesto los cuerpos inconscientes que los rodeaban–. Estos duermen y les imponen sueños, por varias razones. Creerán, mientras sueñan, que el sueño es la realidad. Nosotros sabemos que no lo es, ¿pero cómo podemos saber que nuestra propia realidad es la última y definitiva? ¿Cómo sabemos que no hay una realidad superior, externa a la nuestra, a la que quizá despertemos algún día?

–Con todo –dijo Holve–. ¿Qué va a hacer un tipo como yo, eh, señor? La vida hay que vivirla sea cual sea nuestra condición en ella.

–Así es. Pero pensar en esas cosas afecta cómo vivimos esa vida. Hay personas que sostienen que, estadísticamente hablando, debemos de vivir en una simulación; las posibilidades son demasiado extremas para que no sea verdad.

–Me parece, señor, que siempre hay personas que pueden convencerse de casi cualquier cosa –dijo Holve.

–Pues yo creo que se equivocan, en cualquier caso –dijo Hyrlis.

–¿Debo entender entonces que habéis estado pensando en esto? –preguntó Ferbin, que quiso adoptar un tono de superioridad.

–Así es, príncipe –dijo Hyrlis mientras continuaba guiándolos entre la multitud de heridos dormidos–. Y baso mi argumento en la moralidad.

–¿Ah, sí? –dijo Ferbin. Y no le hizo falta fingir desdén.

Hyrlis asintió.

–Si asumimos que todo lo que nos han contado es tan real como lo que experimentamos por nosotros mismos, en otras palabras, que la historia, con todas sus torturas, masacres y genocidios, es verdad, entonces, si todo ello está de algún modo bajo el control de alguien o algo, ¿aquellos que dirigen esa simulación no deben de ser monstruos? ¿Hasta qué punto tendrían que estar desprovistos de decencia, piedad y compasión para permitir que ocurra esto, y que siga ocurriendo bajo su control explícito? Porque eso precisamente es buena parte de la historia, caballeros.

Se habían acercado al borde de un espacio enorme donde unos ventanales

inclinados permitían ver el paisaje acribillado de la superficie. Hyrlis barrió el espacio con el brazo e indicó tanto los cuerpos en sus camas ataúd como los trozos de tierra que brillaban más abajo.

–Guerras, hambrunas, enfermedades, genocidio. Muerte en un millón de formas diferentes, con frecuencia dolorosas y prolongadas para los pobres desgraciados que se ven implicados. ¿Qué dios dispondría así el universo para predisponer a sus creaciones a experimentar semejante sufrimiento o que fueran la causa del sufrimiento de otros? ¿Qué maestro de las simulaciones o arbitro de un juego establecería las condiciones iniciales para lograr ese mismo efecto despiadado? Dios o programador, los cargos serían los mismos: una crueldad y un sadismo casi infinitos; una barbarie premeditada a una escala horrenda e indescriptible.

Hyrlis los miró expectante.

»¿Lo ven? –dijo–. Según este razonamiento, debemos estar, después de todo, en el nivel más básico de la realidad, o en el más exaltado, como se quiera verlo. Del mismo modo que la realidad puede exhibir tan contenta las coincidencias más absurdas de las que ninguna ficción podría convencernos, de igual modo solo la realidad (producida, en último caso, por la materia en su estado más puro) puede ser tan irreflexivamente cruel. Nada capaz de pensar, nada capaz de comprender la culpabilidad, la justicia o la moralidad, podría poner en práctica un salvajismo tan resuelto sin representar la definición absoluta del mal. Es esa falta de reflexión lo que nos salva. Y lo que nos condena también, por supuesto. Somos el resultado de nuestros propios agentes morales y no hay forma de escapar de esa responsabilidad, no se puede apelar a un poder superior del que se pudiera decir que nos ha obligado o dirigido de forma artificial.

Hyrlis dio unos golpecitos en el material que los separaba de la visión del campo de batalla oscuro.

»Somos información, caballeros, como todas las criaturas vivas. Sin embargo, tenemos la fortuna de estar codificados en forma de materia y no dando vueltas en algún sistema abstraído en forma de patrones de partículas u ondas constantes de probabilidad.

Holse lo había estado pensando un poco.

–Claro, señor, que vuestro dios también podría ser un malnacido –sugirió–. O esos simuladores, si es que son ellos los responsables.

–Es posible –dijo Hyrlis, cuya sonrisa se iba desvaneciendo–. Aquellos que están por encima de nosotros podrían ser el mal personificado, sin duda. Pero es un punto de vista un tanto desesperado.

–¿Y todo esto nos concierne cómo, con exactitud? –preguntó Ferbin. Le dolían los pies y empezaba a cansarse de lo que a él le parecía una especulación sin sentido, por no mencionar algo peligrosamente parecido a la filosofía, un campo del saber

humano que él se había encontrado solo de forma fugaz a través de varios exasperados tutores, aunque el tiempo suficiente para haberse formado la inquebrantable impresión de que su propósito principal era demostrar que uno era igual a cero, el negro era blanco y los hombres cultos podían hablar con el culo.

–A mí me vigilan –dijo Hyrlis–. Quizá vigilen vuestro hogar, príncipe. Es posible que máquinas diminutas parecidas a las que me observan a mí espíen también a vuestro pueblo. La muerte de vuestro padre podrían haber sido vista por más ojos de los que pensabais que estaban presentes. Y si se observó una vez, puede observarse de nuevo porque solo la realidad más básica no se puede volver a poner. Cualquier cosa que se transmita puede grabarse y por lo general ese es el caso.

Ferbin se lo quedó mirando.

–¿Grabado? –dijo, horrorizado–. ¿El asesinato de mi padre?

–Es posible, no más –le dijo Hyrlis.

–¿Grabado por quién?

–¿Los oct, los nariscenos, los morthanveld? –sugirió Hyrlis–. Quizá la Cultura. Quizá cualquier otro con los medios necesarios, lo que incluiría por lo menos varias docenas de civilizaciones involucradas.

–¿Y eso lo habrían hecho –sugirió Holse– los mismos agentes invisibles a los que vos os dirigís de vez en cuando, señor?

–Cosas muy parecidas –asintió Hyrlis.

–Invisibles –dijo Ferbin con desdén–. No se oyen, no se tocan, no se huelen, no se saborean, no se detectan. En una palabra, imaginaciones.

–Oh, hay cosas pequeñas e invisibles que con frecuencia nos afectan de la forma más profunda, príncipe. –Hyrlis sonrió con tristeza–. He aconsejado a gobernantes para quienes los mayores servicios bélicos que yo podía ofrecerles no tenían nada que ver con estrategias, tácticas o tecnología armamentística. Solo tenía que limitarme a informarles y convencerles para que aceptaran la teoría de los gérmenes de la enfermedad y la infección. Creer que estamos rodeados por entidades microscópicas que afectan de una forma profunda y directa a los destinos de los individuos y a través de ellos a las naciones ha sido el primer paso en el ascenso al poder de muchos grandes gobernantes. He perdido la cuenta de las guerras que he visto ganar a médicos e ingenieros más que a los simples soldados. Esas criaturas infecciosas, demasiado pequeñas para verlas, os aseguro que existen, príncipe, y creedme que también existen las diseñadas, fabricadas y controladas por poderes que están más allá de vuestro entendimiento. –Ferbin abrió la boca para decir algo pero Hyrlis continuó:– Vuestra propia fe sostiene la misma idea en el fondo, príncipe. ¿No creéis que el Dios del Mundo lo ve todo? ¿Cómo creéis que lo hace?

Ferbin se sintió atacado y se precipitó.

–¡Es un dios! –dijo, fanfarrón.

–Si lo tratáis como tal, entonces tal es –dijo Hyrlis con tono lógico–. Sin embargo, no cabe la menor duda de que es un miembro de una especie en franca decadencia desde hace mucho tiempo, con un linaje galáctico y una línea evolutiva que no cuesta nada rastrear. Es otro ser corpóreo, príncipe, y el hecho de que vuestro pueblo haya decidido llamarlo dios no significa que tenga un poder especial ni que lo vea todo ni siquiera dentro de los límites de Sursamen, ni siquiera que esté cuerdo. – Ferbin quiso hablar, pero Hyrlis levantó una mano–. Nadie sabe por qué los xinthianos habitan los núcleos de los mundos concha, príncipe. Entre las teorías se incluye la de que fueron enviados allí por los de su propia especie para castigarlos, o para aislarlos porque han contraído una enfermedad infecciosa o se han vuelto locos. Algunos especulan que están ahí porque a los xinthianos en cuestión les fascinan los mundos concha, sin más. Según otras suposiciones cada uno de ellos pretende defender su mundo concha elegido, aunque de qué nadie lo sabe y lo cierto es que los aeronatauros tensilos no son en realidad unas criaturas especialmente poderosas y además parecen desdeñar ese tipo de armas de alto nivel que podrían compensar sus carencias. Visto lo visto, como dios no da para mucho, príncipe.

–Lo reconocemos como nuestro Dios, señor –dijo Ferbin con tono gélido–. No como una especie de creador universal mítico. –Después miró a Holse en busca de apoyo, o, al menos, de cierta comprensión.

Holse no estaba por la labor de involucrarse en ninguna discusión teológica. Los miró muy serio y asintió, con la esperanza de que con eso bastase.

Hyrlis se limitó a sonreír.

–¿Así que me estáis diciendo que no tenemos privacidad? –dijo Ferbin, que estaba enfadado y consternado.

–Oh, es posible que la tengáis. –Hyrlis se encogió de hombros–. Quizá nadie os vigile, incluyendo a vuestro dios. Pero si otros lo hacen, y podéis convencerlos para que compartan esa grabación, entonces tendréis un arma que podéis utilizar contra Tyl Loesp.

–Pero señor –dijo Holse–, dado ese fantástico despliegue, ¿no se podrían falsificar todas y cada una de las cosas?

–Se podría, pero a la gente se le da bastante bien distinguir lo que se ha falseado. Y el efecto sobre la gente que no sabe que se puede falsear cualquier cosa suele ser profundo. Si se revela en el momento adecuado, una grabación así, si existe, puede sacudir de un modo tan visible a Tyl Loesp y los demás conspiradores que su reacción inmediata no deje ninguna duda a cualquier mente imparcial de que son culpables.

–¿Y cómo podríamos descubrir si existe tal grabación? –preguntó Ferbin. Todo le seguía sonando inverosímil y absurdo, incluso en aquel reino jerárquico de mundo inverosímil más allá de cualquier mundo inverosímil.

–Puede ser tan sencillo como pedírsela a las personas adecuadas –dijo Hyrlis. Seguía de pie junto a los ventanales inclinados. Algo blanco destelló a lo lejos, en la llanura oscura, algo que le iluminó durante un instante un lado de la cara. Una parte de la iluminación inicial permaneció encendida y después se fue desvaneciendo poco a poco con un tono amarillo–. Encontrad a alguien comprensivo en la Cultura y preguntádselo. Vuestra hermana, príncipe, parecería la elección obvia y, dado que está en Circunstancias Especiales, tendría una buena posibilidad de poder averiguar la verdad, incluso si está oculta e incluso si no es la propia Cultura la que está haciendo las observaciones. Recurrid a vuestra hermana, príncipe. Puede que ella tenga la respuesta que buscáis.

–Dado que vos os negáis a ayudarme, no me quedan muchas más opciones, señor. Hyrlis se encogió de hombros.

–Bueno, la familia debería permanecer unida –dijo con tono casual. Otro destello le iluminó la cara y (allá, a lo lejos) una gran nube resplandeciente de amarillo ondulada y creciente surgió con una lentitud imparable en medio del aire nocturno. La luz rojiza y anaranjada de la enorme nube progresiva iluminó las colinas y montañas del horizonte y las tiñó de un color sanguinolento.

–Podríais haber compartido esa información en vuestros propios aposentos –le dijo Ferbin al hombre–. ¿Para qué traernos aquí, entre estos pobres desgraciados y sobre este salvajismo, para contarnos algo que podríais habernos dicho mientras cenábamos?

–Para que pudiéramos observarlo como corresponde, príncipe –dijo Hyrlis. Después señaló con la cabeza el paisaje que se veía–. Estamos contemplando todo esto desde las alturas, y quizá nos contemplan a su vez a nosotros desde otras alturas. Es muy posible que todo lo que veamos aquí solo esté teniendo lugar para que se pueda observar.

–¿Y eso significa qué, señor? –preguntó Holse cuando Ferbin no lo hizo. Y también porque su anfitrión parecía no tener intención de añadir nada más. Se limitaba a mirar con aire lánguido por los ventanales inclinados y contemplar las nubes rojas mal iluminadas y la oscuridad infestada de chispas del paisaje lleno de cráteres que veían.

Hyrlis se volvió hacia Holse.

–Significa que todo este conflicto, esta guerra entera, es un producto manufacturado. Se procede con ella para provecho visual de los nariscenos, que siempre han considerado la guerra como una de las artes más nobles y elevadas. El lugar que ocupan entre los involucrados de la comunidad galáctica les impide por desgracia seguir tomando parte en conflictos significativos, pero tienen la autorización, los medios y la voluntad de hacer que otros civilizaciones, estados satélites de los que son mentores, guerreen entre ellos a petición suya. El conflicto

que observamos aquí, y en el que estoy orgulloso de tomar parte, es una de esas disputas artificiales, instigada y mantenida por y para los nariscenos sin más motivos que el de que ellos puedan observar el proceso y obtener una satisfacción indirecta de él.

Ferbin emitió una especie de bufido.

Holse lo miró escéptico.

–¿Es eso cierto, señor? –preguntó–. Es decir, ¿admitido por todos los implicados?

Hylris sonrió. Un estruendo sordo y lejano pareció estremecer en el aire a la aeronave.

–Oh, encontraréis muchas excusas en un principio convincentes, muchos *casus belli*, y se han dado y al parecer aceptado justificaciones varias, todo inspirado para proporcionar pretextos y evitar que pueblos como la Cultura intervengan para impedir la diversión, pero no son más que aliños, disfraces, fintas. La verdad es lo que les he dicho. Créanme.

–¿Y estáis orgulloso de tomar parte en lo que de hecho describís como una farsa, una guerra de feria, una charada deshonrosa y cruel para provecho de unos poderes alienígenas insensibles y decadentes? –dijo Ferbin, que pretendía parecer (y hasta cierto punto lo conseguía) desdeñoso.

–Sí, príncipe –dijo Hylris con tono razonable–. Hago lo que puedo para hacer que esta guerra sea tan humana en su inhumanidad como sea posible, y en cualquier caso, siempre sé que por muy perversa que sea, esa misma cualidad de puro horror innecesario al menos ayuda a garantizar que no estamos hundidos en un universo diseñado y supervisado, y por tanto hemos escapado a ese destino degradante y desmoralizador de existir solo dentro de algún tipo de simulación.

Ferbin lo miró unos instantes.

–Eso es absurdo.

–No obstante... –dijo Hylris con tono casual, después estiró los brazos y echó atrás la cabeza, como si estuviera cansado–. Volvamos, ¿quieren?

La nave nariscena *De ahí la fortaleza*, un venerable crucero estelar de clase Cometa se alzó de un profundo barranco donde un arroyo envenenado de agua negra se movía como una sombra licuada. El aparato se elevó sobre el borde de la fisura y se adentró en los aires ligeros que se movían sin ruido por un paisaje de arenas lívidas bajo un cielo encapotado de un color gris suave. Aceleró por los cielos más oscuros y encontró el espacio en pocos minutos. La nave transportaba un cargamento de varios millones de almas humanas petrificadas en el interior de una amplia variedad de matrices de almacenamiento a nanoescala, y también dos varones humanos. La gravedad volvía a ser lo que los nariscenos consideraban normal y por tanto mucho más aceptable para ambos hombres.

Tenían que compartir un pequeño camarote que habían improvisado para alojar a los humanos en un pequeño almacén, pero no se quejaban. Para ellos era un alivio poder alejarse de la opresiva gravedad de Bulthmaas y de la inquietante presencia de Xide Hyrlis.

Se habían quedado solo dos días más, con sus noches, si es que tales términos significaban algo en el laberinto de cavernas y túneles enterrados en las profundidades de la roca donde los habían alojado. Hyrlis no había parecido excesivamente molesto cuando sus invitados habían manifestado su deseo de irse lo antes posible después de que él le dijera a Ferbin que no podía ayudarlo.

A la mañana siguiente de haberlos llevado a la gran aeronave llena de heridos, Hyrlis solicitó su presencia en una cámara semiesférica de unos veinte metros de diámetro, donde se desplegaba un mapa enorme de lo que parecía casi la mitad del planeta y que mostraba lo que se podía considerar un único continente inmenso puntuado por algo así como una docena de pequeños mares alimentados por ríos cortos que surgían de irregulares cordilleras montañosas. El mapa se abombaba hacia el techo, invisible como un inmenso globo iluminado por dentro por cientos de colores y decenas de miles de diminutos símbolos relucientes, algunos reunidos en grupos grandes y pequeños y otros colocados en hileras moteadas, y había más esparcidos de forma individual.

Hyrlis bajó la vista y contempló aquel inmenso despliegue desde un amplio balcón que había a media altura de la pared al tiempo que hablaba en voz baja con una docena de figuras humanas uniformadas que respondían en tonos incluso más bajos. A medida que murmuraban, el mapa mismo iba cambiando, rotaba y se ladeaba para destacar partes diferentes del paisaje y se movían diversas colecciones de símbolos relucientes que, con frecuencia, desarrollaban patrones muy distintos y después se detenían mientras Hyrlis y los otros hombres hacían corrillos y se consultaban, antes de que el mapa regresara a su anterior configuración.

–Hay una nave nariscena que tiene programado parar por aquí dentro de un par de días –les dijo a Ferbin y Holse, aunque su mirada seguía clavada en la enorme forma de aquel visualizador que brillaba con tono apagado y por el que se movían varios grupos de símbolos relucientes, Ferbin supuso que representaban unidades militares. Estaba claro que algunas de las unidades, de color azul grisáceo y mostradas de forma borrosa y menos detallada que el resto, debían de representar al enemigo–. Les llevará a Syaung-un –dijo Hyrlis–. Es un mundo nido morthanveld, uno de los puertos de tránsito principales entre los morthanveld y la Cultura. –Su mirada recorrió el enorme globo sin descanso–. Deberían encontrar una nave allí que les llevará a la Cultura.

–Os lo agradezco –dijo Ferbin con rigidez. Le resultaba difícil mostrar otra cosa que no fuera una formalidad cortés con Hyrlis después de que este lo hubiese

rechazado, aunque el propio Hyrlis apenas parecía notarlo, o importarle siquiera.

El despliegue se detuvo y después parpadeó y mostró varios patrones finales en rápida sucesión. Hyrlis sacudió la cabeza y agitó un brazo. El gran mapa redondo volvió a parpadear y asumió de nuevo su estado original, tras lo cual hubo muchos suspiros y estiramientos entre los asesores uniformados o generales que se apiñaban a su alrededor.

Holse señaló el mapa con la cabeza.

–Todo esto, señor. ¿Es un juego?

Hyrlis sonrió sin dejar de mina la gran burbuja reluciente del despliegue.

–Sí –dijo–. Es todo un juego.

–¿Pero parte de lo que se podría llamar realidad? –preguntó Holse mientras se acercaba al borde del balcón, era obvio que fascinado, con el rostro iluminado por la gran semiesfera reluciente. Ferbin no dijo nada. Había renunciado a intentar que su criado fuera más discreto.

–De lo que nosotros llamamos realidad, que nosotros sepamos, sí –dijo Hyrlis. Se volvió para mirar a Holse–. Lo usamos para probar posibles disposiciones, estrategias prometedoras y tácticas varias. Buscamos las que ofrezcan mejores resultados, suponiendo que el enemigo actúe y reaccione según nuestras predicciones.

–¿Y ellos estarán haciendo lo mismo con respecto a ustedes?

–No cabe duda.

–¿No podrían sencillamente jugar la partida unos contra otros, señor? –sugirió Holse con tono alegre–. ¿Y prescindir de toda esa matanza, mutilaciones, destrucción, desolación y demás? Como en los viejos tiempos, cuando se encontraban dos grandes ejércitos y al considerarse iguales, llamaban a sus paladines, uno de cada ejército, y, por acuerdo previo, se consideraba que su combate individual determinaba todo el resultado. Así podían enviar a muchos soldados aterrados de regreso a sus granjas, con sus seres queridos.

Hyrlis se echó a reír. El sonido fue obviamente tan sorprendente e inusual para los generales y asesores del balcón como para Ferbin y Holse.

–¡Yo jugaría si ellos lo hicieran también! –dijo Hyrlis–. Y aceptaría de buena gana el veredicto fuera cual fuera. –Le sonrió a Ferbin y después se dirigió a Holse–. Pero da igual si estamos todos en una partida todavía mayor, lo que tenemos ante nosotros sigue siendo una representación más cruda y tosca que aquello de lo que es una maqueta. Batallas enteras y, a veces y por tanto, guerras, pueden depender de un arma encasquillada, una batería averiada, un único proyectil que no estalle o un simple soldado que de repente se dé la vuelta y eche a correr o se arroje sobre una granada.

Hyrlis sacudió la cabeza.

»Eso no se puede simular, al menos de forma fiable y consistente. Eso hay que llevarlo a cabo en la realidad, o en la simulación más detallada que se tenga

disponible, que es, a todo los efectos, lo mismo.

Holse esbozó una sonrisa triste.

–La materia, ¿eh, señor?

–La materia –asintió Hyrlis–. Y, además, ¿dónde estaría la gracia si solo fuera un juego? Nuestros anfitriones podrían hacerlo ellos solos, sin ayuda de nadie. No. Nos necesitan para llevar a cabo el gran resultado definitivo. Nada más serviría. Deberíamos sentirnos privilegiados de ser tan valiosos, tan irremplazables. ¿Es posible que todos seamos simples partículas, pero cada una de ellas es fundamental!

Hyrlis parecía a punto de echarse a reír otra vez, después su tono y su expresión entera cambiaron cuando miró a un lado, donde no había nadie.

–Y no creáis que vosotros sois mucho mejores –dijo sin alzar la voz. Ferbin chasqueó los labios de forma ruidosa y apartó la cabeza mientras Hyrlis continuaba–. ¿Qué es la dulce y fácil continuación de todo lo que pertenece a la Cultura si no se basa en la acogedora certeza de que se está haciendo un buen trabajo en tu nombre en tierras lejanas? ¿Eh? –Señaló con la cabeza algo o alguien que nadie veía–. ¿Qué decís, mis leales espectadores? ¿Que sí? Contacto y CE, ellos juegan vuestras propias partidas reales y permiten que los trillones de durmientes mimados que habitan todas esas grandes cunas que los mecen y que llamamos orbitales recorran sin incidentes lo que de otro modo sería una noche aterradora, sin que nadie los moleste.

–Es obvio que estáis muy ocupado –le dijo Ferbin con tono práctico a Hyrlis–. ¿Nos permitís abandonaros ya?

Hyrlis sonrió.

–Sí, príncipe. Regresad con vuestros propios sueños y dejadnos a nosotros con los nuestros. Por supuesto, id ya.

Ferbin y Holse se dieron la vuelta para irse.

–¡Holse! –lo llamó Hyrlis.

Choubri y Ferbin se dieron la vuelta a la vez para mirarlo.

–¿Señor? –dijo Holse.

–Holse, si le ofreciera la oportunidad de quedarte aquí y ser general, jugar en esta gran partida, ¿la aprovecharía? Sería a cambio de riquezas y poder, tanto aquí y ahora como en otros sitios y momentos, en lugares mejores, menos explotados que este lamentable montón de cenizas. ¿La acepta, dígame?

Holse se echó a reír.

–¡Pues claro que no, señor! ¡Os burláis de mí, estoy convencido!

–Claro –dijo Hyrlis con una gran sonrisa. Después miró a Ferbin, que seguía allí, confuso y enfadado, al lado de su criado–. Vuestro hombre no tiene un pelo de tonto, príncipe –le dijo Hyrlis.

Ferbin se irguió en aquella gravedad que lo aplastaba.

–Nunca pensé que lo tuviera.

Hyrlis asintió.

–Como es natural. Bueno, yo también debo emprender pronto un viaje. Si no les veo antes de que se vayan, permítanme desearles a los dos un buen viaje y una llegada propicia.

–Vuestros deseos nos halagan, señor –dijo Ferbin con tono poco sincero.

Lo cierto fue que Hyrlis no estuvo allí para despedirlos cuando partieron.

Tras trece días largos, durante los cuales la nave y su tripulación dejaron en paz a Ferbin y Holse, que se pasaron buena parte del tiempo durmiendo o jugando a juegos diferentes, el crucero estelar *De ahí la fortaleza* los dejó en el Centro de Tránsito Globular narisceno de Sterut.

Allí, una nave vagabunda morthanveld sin nombre, solo con un largo número de serie que ambos olvidaron de inmediato, los recogió en una de sus rutas semicirculares y semiregulares y continuó viaje con ellos hacia el gran mundo nido morthanveld de Syaung-un.

19. Comunicados

Oramen se encontraba junto a la ventana, contemplando la ciudad desde sus aposentos del palacio de Pourl. La mañana era brillante y brumosa y Neguste, que cantaba con ganas pero desafinando bastante, estaba en la habitación de al lado, preparándole un baño, cuando Fanthile llamó a la puerta. Neguste, que era obvio que creía que el volumen era la compensación ideal para los que carecían de oído, no oyó la puerta, así que respondió Oramen en persona.

Fanthile y él permanecieron en el balcón del apartamento mientras Oramen leía una nota que le había llevado el secretario de palacio.

–¿Rasselle? –dijo–. ¿La capital deldeyna?

Fanthile asintió.

–Al marido de vuestra madre le han ordenado que acuda allí, como alcalde. Llegarán en los próximos días.

Oramen dejó escapar un profundo suspiro y miró primero a Fanthile y después la ciudad. Los canales destellaban a lo lejos y unos estandartes de vapor y humo se elevaban de un bosque disperso de chimeneas de fábricas.

–¿Sabéis que Tyl Loesp ha sugerido que yo vaya a las cataratas Hyeng-zhar? –dijo el príncipe sin mirar al secretario de palacio.

–Lo he oído, señor. Se encuentran a unos días de Rasselle, según me han dicho.

–Estaría a cargo de las excavaciones –suspiró Oramen–. Tyl Loesp cree que eso contribuiría a unir los pueblos y las instituciones del Noveno y el Octavo, que mi presencia contribuiría al esfuerzo de reclutar más sarlos para el gran proyecto de investigación de las misteriosas ruinas que hay allí. Y también me proporcionaría un propósito serio en la vida, algo como es debido que mejoraría mi reputación entre el pueblo llano.

–Sois el príncipe regente, señor –dijo el secretario de palacio–. Algunos pensarían que eso ya proporciona reputación suficiente.

–Algunos, quizá, pero los tiempos han cambiado, Fanthile. Quizá incluso sea la nueva era de la que hablaba mi padre en la que las hazañas prácticas importan más que las bélicas.

–Hay informes de que ciertas dependencias lejanas ponen en duda varios de los decretos de Tyl Loesp, señor. Werreber ya quiere formar un nuevo ejercito para contribuir a infundir cierta disciplina en las provincias. El caballero del que hablamos haría bien en no dismantelar todas las fuerzas.

El clamoroso triunfo de Tyl Loesp se había conmemorado apenas unos días antes y partes de la ciudad seguían recuperándose. Había sido una celebración a una escala y con una intensidad que Pourl jamás había visto, desde luego no bajo el gobierno de

su difunto rey. Tyl Loesp se había ocupado de que se ofrecieran banquetes en cada calle, una semana entera de bebida gratis en todas las tabernas y una recompensa para cada habitante del interior de las murallas. Se habían celebrado juegos, deportes, competiciones y conciertos de todo tipo, todos abiertos al público en general, y había estallado un mosaico de pequeños motines en varias partes de la ciudad que habían requerido la actuación de agentes de policía y milicia.

Se había organizado un enorme desfile que había consistido en el ejército victorioso, todo brillante y pulido, sonriente y completo bajo un mar de estandartes al viento, con sus bestias de guerra engalanadas con ricas gualdrapas y una multitud de soldados deldeynos capturados, además de piezas de artillería, vehículos militares y máquinas de guerra. Se habían ensanchado calles, derribado edificios y cubierto ríos y hondonadas para disponer de una avenida lo bastante larga y ancha como para dar cabida al gran desfile.

Tyl Loesp había cabalgado a la cabeza de todos, con Werreber y sus generales un poco más atrás. En el campo de desfiles, donde aquella procesión de varios kilómetros había terminado, el regente había anunciado un año sin impuestos (lo que más tarde resultó que era un año corto sin ciertos impuestos, en su mayor parte bastante vagos), una amnistía para pequeños delincuentes, la disolución de varios regimientos auxiliares, con la subsiguiente licencia (con pensiones) de casi cien mil hombres, y la ampliación de la misión en el Noveno, lo que significaría que tanto él como el príncipe regente se pasarían un periodo de tiempo considerable en Rasselle y las provincias deldeynas, para llevar los beneficios del gobierno y la sabiduría sarla a esas reducidas pero muy fructíferas y prometedoras tierras.

A Oramen, sentado en la tribuna, a la sombra de las banderas y estandartes, junto con el resto de la nobleza, le habían advertido sobre esta última provisión solo una hora antes, para que no pareciera demasiado sorprendido.

Había sentido una oleada inicial de furia al ver que se limitaban a decírselo en lugar de consultárselo, o al menos preguntárselo, pero eso había pasado pronto. No había tardado en preguntarse si tal traslado, tal alejamiento de Pourl quizá no fuera una buena idea. Con todo, que se lo ordenaran así...

–Podrías negaros a ir –señaló Fanthile.

Oramen le dio la espalda a la vista de la ciudad.

–Podría, en teoría, supongo –dijo.

–¡Ya está listo el baño, señor! ¡Ah, hola, señor secretario de palacio, mi señor! – exclamó Neguste al entrar en la habitación, a sus espaldas, con paso firme.

–Gracias, Neguste –dijo Oramen, su criado le guiñó un ojo y se retiró.

Fanthile señaló con la cabeza la nota que tenía Oramen en la mano.

–¿Toma eso la decisión por vos, señor?

–Ya había decidido que podría ir –dijo Oramen. Después sonrió–. La idea de

Hyeng-zhar me fascina, Fanthile. –Se echó a reír–. ¡No estaría mal controlar todo ese poder, en cierto sentido!

Fanthile no quiso dejarse impresionar.

–¿Me permitís hablar con franqueza, señor?

–Sí, por supuesto.

–A Tyl Loesp quizá le preocupe que si os deja a vos aquí mientras él refuerza su dominio sobre Rasselle, os permita construir una estima demasiado independiente entre los nobles, el pueblo e incluso el parlamento. El hecho de llevaros a un sitio tan remoto, por muy impresionante que pudiera ser la atracción de ese lugar, podría parecerles a algunos casi una especie de exilio. Podríais negaros a ir, señor. Estaríais en vuestro derecho. Según algunos argumentos, vuestro lugar está aquí, entre el pueblo que podría llegar a amaros más si os conoce mejor. He oído quién estará allí, a vuestro alrededor. Ese tal general Foise, para empezar, que es uno de los hombres devotos de Tyl Loesp. Como todos los demás. Quiero decir que son todos hombres suyos. Son leales a él más que a Sarl, a la memoria de vuestro padre o incluso a vos.

Oramen sintió un gran alivio. Esperaba una riña o algo igual de desagradable.

–¿Esa es toda vuestra franqueza, mi querido Fanthile? –le preguntó con una sonrisa.

–Es como veo las cosas, señor.

–Bueno, Tyl Loesp puede disponer de mí como crea conveniente, por ahora. Le seguiré el juego. Que disfrute de su momento. Esos hombres que mencionáis quizá crean que su lealtad es para con él, pero siempre que él sea leal a su vez, cosa de la que no cabe la menor duda, entonces ni cambian las cosas ni se hace daño alguno. Seré rey a su debido tiempo y (aun teniendo en cuenta todo eso que se habla sobre la supervisión parlamentaria de la nueva era) me tocará entonces disfrutar a mí de mi momento.

–Ese caballero quizá se acostumbre a disponer las cosas a su gusto. Es posible que desee prolongar su momento.

–Quizá, pero una vez que me convierta en rey, sus alternativas se limitan mucho, ¿no os parece?

Fanthile frunció el ceño.

–Lo que sé desde luego es que me gustaría creerlo, señor. Si puedo, con toda honestidad, permitirme sostener ese mismo punto de vista es otra historia. –Señaló de nuevo la nota que todavía sostenía Oramen–. Creo que ese tipo podría estar forzando vuestras acciones, señor y pienso que quizá termine disfrutando de esa costumbre, si es que no la disfruta ya.

Oramen respiró hondo. El aire olía tan bien y tan fresco allí arriba. Al contrario que en las profundidades de la ciudad donde, por molesto que fuera, era donde uno podía divertirse más. El príncipe dejó escapar el aire de los pulmones.

–Oh, dejad que Tyl Loesp disfrute de su triunfo, Fanthile. Ha continuado la labor de mi padre como él hubiera deseado y yo sería un patán (y también lo parecería a los ojos de vuestro precioso pueblo) si me pusiera a patalear ahora, cuando todavía soy, ante tantos ojos, un jovencito bisoño. –Le dedicó una sonrisa alentadora al rostro inquieto del anciano–. Me someteré a la corriente de Tyl Loesp mientras sea así de fuerte; podría magullarme si no lo hiciera. Me enfrentaré a su resaca cuando crea conveniente. –Agitó la carta que le había dado Fanthile–. Iré, Fanthile. Creo que debo hacerlo. Pero os agradezco toda vuestra ayuda y vuestros consejos. –Después le devolvió la nota al secretario de palacio–. Y ahora, viejo amigo, debo irme de una vez a darme ese baño.

–Abrid los ojos, príncipe –dijo Fanthile y por un momento (¡asombroso!) no se apartó para dejar pasar al príncipe regente–. No sé qué mal se cierne sobre nosotros desde la muerte de vuestro padre pero hay un olor que flota sobre demasiado de lo que ha ocurrido. Todos tenemos que tener cuidado para que no nos infecte su nocividad. Podría demostrar que todos y cada uno de nosotros somos demasiado mortales. –Esperó otro momento, como si quisiera ver si habían penetrado sus palabras, después asintió con una reverencia y, con la cabeza todavía baja, se hizo a un lado.

Oramen no sabía qué decir que no avergonzara al tipo todavía más tras semejante estallido, así que se limitó a pasar a su lado de camino a su aseo.

Una semana después había emprendido el viaje hacia las Hyeng-zhar.

Con los preparativos y todo el jaleo general del traslado, no había vuelto a ver a Fanthile antes de dejar Pours. La mañana del día que debía irse, poco después de enterarse de que iba a tener su propia guardia personal, dos robustos y fieles caballeros, Oramen había recibido una nota de Fanthile pidiéndole que fuera a verlo, pero no había habido tiempo.

Jerle Batra recibió la señal durante un descanso en las negociaciones de paz, que estaban resultando demasiado largas. Él no se había implicado directamente en las discusiones (cualquiera se atrevía a imaginar lo que los indigentes podrían pensar de un cruce entre un arbusto parlante y una verja dilatable) pero las supervisaba mientras algunos de los otros componentes de la misión hacían lo que podían para mantener a la gente centrada. Al final, tenían que ser los propios nativos los que lo hicieran funcionar pero de vez en cuando ayudaban unos cuantos empujoncitos juiciosos.

Se alzó un par de kilómetros en el aire desde la carpa que había en medio de la gran ciudad de tiendas de campaña que se había instalado en la gran llanura de hierba y que era donde se estaban llevando a cabo las negociaciones. Allí arriba el aire olía dulce y limpio. Y también deliciosamente fresco. Con aquella forma se experimentaban los cambios de temperatura muy rápido, y es que se podía sentir el

viento atravesándote. No había nada parecido.

~ *Mi querido y viejo amigo*, comunicó. La señal iba y venía de la plataforma de recreo *Quonber*, que en esos instantes estaba casi justo encima de ellos pero en los límites del espacio. *¿A qué... etcétera?*

~ *Jerle Ruule Batra*, dijo una voz conocida. *Buen día.*

El *Es mi fiesta y canto si quiero* era un UCG de clase *Escarpa* que llevaba asociado de forma muy estrecha a *Circunstancias Especiales* casi tanto tiempo como el propio *Jerle Batra*. *Batra* no tenía ni idea de dónde estaba en realidad la nave en el sentido más físico de la palabra pero el viejo aparato se había tomado la molestia de enviarle un constructo de personalidad de escala funcional para hablar con él allí, en *Prasadal*. Lo que implicaba que el asunto era de una importancia más que notable.

~ *Te lo deseo a ti también*, envió, *estés donde estés.*

~ *Gracias. ¿Cómo va tu conferencia de paz?*

~ *Poco a poco. Tras agotar las posibilidades de asesinato en masa que podían emplear unos contra otros, parece que ahora los nativos intentan matarse de aburrimento. Es posible que al fin hayan descubierto su auténtica vocación.*

~ *Con todo, hay motivos para ser optimistas. Mis felicitaciones a todos. ¡Y me han dicho que tienes un hijo!*

~ *Por supuesto que no tengo ningún hijo. Estoy cuidando de un niño para hacerle un favor a una colega. Eso es todo.*

~ *No obstante, eso es más de lo que se podría haber esperado de ti.*

~ *Me lo pidió. No podía negarme.*

~ *Qué interesante. Con todo, al grano.*

~ *Desde luego.*

~ *Escucha esto.*

A continuación se oyó una versión comprimida del mensaje enviado por el *Ahora probamos a mi manera* a su viejo *VSM*, el *Clasificado*, describiendo un extraño encuentro con lo que parecía (pero no era) una nave oct sobre el planeta *Zaranche*.

~ *Muy bien.* El interés de aquello era mínimo y *Batra* no entendía qué relación podía tener con él. *¿Y?*

~ *Se cree que toda la flota oct que hay sobre Zaranche, salvo una nave de clase Primaria, suponemos que la primera en llegar, no estaba en realidad allí. Era una flota fantasma.*

~ *Pero los oct están en esa etapa, ¿no?*, envió *Batra*. *Siguen intentando darse bombo, siguen intentando ponerse los zapatos de mamá y parecer más grandes.*

Batra supo de inmediato que en *CE* alguien iba a leer todo tipo de tonterías paranoides en algo como aquello. Naves fantasma, flotas de pega. ¡Qué miedo! Salvo que no había nada de eso, no podía ser. Los oct eran una especie irrelevante. Mejor aún, eran la especie irrelevante de los *morthanveld*, o la especie irrelevante de los

nariscenos, dependiendo de dónde prefirieras trazar la línea. Que unos involucrados con una tecnología equivalente montaran semejante operación de desinformación podía significar algo. Que los oct hicieran lo mismo era una tontería de marca mayor. Seguramente solo estaban intentando impresionar a sus mentores nariscenos, o habían dejado conectado un interruptor que no deberían o algo parecido.

Pero CE se tomaba ese tipo de bobadas aleatorias muy en serio. Las mejores mentes de la Cultura tenían una necesidad casi crónica de temas serios en los que involucrarse y era obvio que esa era su última dosis. *«Nos creamos nuestros propios problemas, pensó Batra. Hemos sembrado toda la puta galaxia de viajeros, vagabundos, estudiantes, reporteros, etnólogos prácticos, filósofos ambulantes, ex sociólogos en busca de experiencias, jubilados libres como el aire, embajadores que actúan por cuenta propia o como quiera que se hagan llamar esta temporada y cien categorías más de aficionados que se asombran con demasiada facilidad y que no dejan jamás de informar de cosas que a ellos les parecen una mierda extrañísima, pero que ni siquiera pasarían ni el primer filtro del sistema de recepción de datos menos experimentado de la Unidad de Contacto.»*

»Hemos llenado el universo conocido de idiotas crédulos y creemos que hemos contribuido con soplonos a nuestra propia seguridad, haciendo que a cualquier cosa impropia le resulte difícil colarse bajo nuestra cobertura de sensores, cuando en realidad solo nos hemos asegurado de que cosechamos tropecientos millones de falsos positivos y con toda probabilidad hemos hecho que la mierda realmente seria sea mucho más difícil de distinguir cuando termine volando de verdad por ahí.»

~ *No, envió el constructo de la UCG. No creemos que los oct estén intentando parecer más impresionantes de lo que ya lo son, no en este caso.*

El viento se coló entre el cuerpo esponjoso de Batra como un suspiro.

~ *¿Qué ocurrió después de ese encuentro en la tercera fase?* preguntó como un buen chico.

~ *No lo sabemos. No hemos podido ponernos en contacto con el Errático desde entonces. Podría haber sido capturado. Es posible incluso que destruido. Se ha enviado una nave (una nave de guerra, nada menos) a investigar, aunque todavía está a ocho días de distancia.*

~ *¿Destruído?* Batra contuvo una carcajada. *¿En serio? ¿Tenemos capacidad para tanto?*

~ *La clase Primaria oct tiene las armas necesarias y otros sistemas para aplastar a un mestizo ex NTG improvisado, sí.*

~ *¿Pero hay alguna probabilidad de que haya sido eso?* preguntó Batra. *¿Estamos siquiera dentro de una esfera diferente a la de la simple locura paranoide? ¿Qué motivo tendrían para hacer lo que fuera que se haya hecho con ese Errático?*

~ *Evitar que esto saliera a la luz.*

~ *¿Pero por qué? ¿Con qué fin? ¿Por qué es tan importante ese tal Zaranche para que intenten secuestrar una nave de la Cultura, ya sea un viejo cacharro extravagante o no?*

~ *No es Zaranche, es más bien a lo que nos ha llevado eso.*

~ *¿Y qué sería eso, exactamente?*

~ *Una investigación sutil pero concienzuda de los movimientos y emplazamientos de las naves oct en los últimos cincuenta días, más o menos. Lo que ha implicado que unas cuantas naves de guerra de Contacto, CE e incluso PMR hayan tenido que dejar todo lo que estaban haciendo para salir pitando hacia regiones recónditas varias, muchas de las cuales se encuentran dentro de la esfera morthanveld.*

~ *Estoy todo lo impresionado que requieren las circunstancias. Se debe considerar que la situación es gravísima para arriesgarnos a irritar a nuestros sensibles compañeros involucrados en un momento tan supuestamente delicado. ¿Y cuál fue el resultado de tanto husmeo de alta velocidad con bienes de tan alto valor?*

~ *Hay montones de flotas fantasma.*

~ *¿Qué? Por primera vez, Batra sintió algo que no tenía nada que ver con una especie de desdén estudiado y divertido. Algún legado de su forma humana enterrado en los sistemas transcritos que contenían su personalidad le hizo sentir de repente la frialdad del aire a aquella altura. Solo por un instante fue consciente de que a un humano desnudo expuesto a aquella temperatura ya se le habría puesto el vello de punta.*

~ *La flota fantasma que hay sobre Zaranche es solo una de once, continuó la nave. Las otras están aquí.*

Un glifo de una parte de la galaxia de quizá unos tres mil años luz de diámetro se desplegó en la mente de Batra. El arbusto se zambulló en la imagen, miró a su alrededor, se retiró y jugó con unos cuantos ajustes.

~ *Es una parte bastante grande de lo que podríamos llamar espacio oct, envió.*

~ *Así es. Podríamos decir que alrededor de un setenta y tres por ciento de toda la flota principal oct no está donde parece estar. ¿Por qué están así agrupados? ¿Por qué en esos lugares? Todas las ubicaciones, todos los lugares donde se habían emplazado las flotas fantasma eran sitios retirados: planetas aislados, hábitats remotos y estructuras del espacio profundo que muy pocos frecuentaban.*

~ *»Se cree que se han agrupado donde están para evitar que los detecten.*

~ *Pero no están ocultando nada, les están diciendo a todos dónde están.*

~ *Me refiero a que se detecte que son fantasmas. La tapadera, por así decirlo, de que se está llevando a cabo una serie de asambleas especiales, lo que llevará a una nueva y significativa partida para los oct; quizá con rumbo a algún nuevo objetivo en el que implantar su civilización. Es posible que sea algo vinculado con sus continuos intentos de mejora y progreso en el escenario galáctico. Sospechamos, sin embargo,*

que eso solo es verdad en parte. Las asambleas son un ardid para disculpar la partida de tantas naves de primera línea.

»Si tuvieran una tecnología mejor, continuó el constructo de personalidad del UCG, uno se imaginaría que los oct habrían continuado haciendo aparecer sus naves fantasma para llevar a cabo sus tareas normales mientras las reales partían rumbo adonde fuera que hayan partido en realidad. Pero su capacidad de engaño es limitada. Cualquier nave de los involucrados de alto nivel (desde luego una de las nuestras o una nave morthanveld, por ejemplo, y es posible que la mayor parte de los aparatos nariscenos) sería capaz de distinguir que lo que está viendo no es una nave oct de verdad. Así que los aparatos auténticos dejaron la vida naval galáctica normal y estas representaciones, más bien toscas, se reunieron en ubicaciones escogidas muy concretas de modo que la falta de autenticidad de las naves pudiera pasar más desapercibida.

Si todavía hubiera habitado una forma humana, Batra, en ese punto, habría fruncido el ceño y se habría rascado la cabeza.

~ ¿Pero por qué? ¿Con qué fin? ¿Es que esos maníacos se van a meter en una guerra?

~ No lo sabemos. Tienen unas disputas excepcionales con unas cuantas especies y desde no hace mucho que se está dando una riña concreta y exacerbada con los aultridia, pero, en general, la sociedad oct no parece configurada en estos momentos para un desencadenamiento de las hostilidades. Está configurada para algo inusual, desde luego (Batra notó el desconcierto en la voz de la nave), y es posible que incluya algún tipo de acción hostil o al menos dinámica, pero no una guerra total. Se supone que los aultridia son sus adversarios potenciales más importantes, pero no cabe duda de que derrotarían a los oct tal y como están las cosas en estos momentos. Las simulaciones muestran un noventa y pico por ciento de probabilidad, y son muy consistentes.

~ Entonces, ¿dónde están las verdaderas naves?

~ Pues esa, viejo amigo, es la verdadera pregunta.

Batra había estado pensando.

~ ¿Y por qué se me incluye a mí en esto?

~ Más simulaciones. Hemos utilizado el patrón de las naves afectadas que se han escabullido y un perfil preexistente de los intereses de los oct y hemos elaborado una lista de destinos probables de los verdaderos aparatos.

En la mente de Batra surgió otro diaglifo de varias capas. Ajá, pensó.

»La disposición más probable, aunque sea de forma marginal, es una distribuida, o, más bien, una de dos alternativas no muy distintas. En cada una, las Primarias y otros aparatos estratégicos ocupan varias posiciones diferentes, ya sean defensivas u ofensivas, depende. El modelo defensivo implica un despliegue de las fuerzas más

uniforme que el ofensivo, que prefiere una concentración mayor. Aquí se representan las opciones una y dos, respectivamente, en la clasificación de verosimilitud simulada. Hay, sin embargo, una tercera opción, que se muestra aquí.

Cayeron las otras capas pero Batra ya había visto el patrón y el lugar en el que se centraba.

~ *Podrían estar reuniéndose alrededor de Sursamen*, envió.

La Unidad General de Contacto *Es mi fiesta y canto si quiero* seguía pareciendo desconcertada.

~ *Bueno, sí.*

Tercera parte: la integridad de los objetos

20. Inspiración, fusión, punto final

El interior de la Gran Nave morthanveld *Inspiración, fusión, punto final* se experimentaba por lo general de forma virtual, incluso aquellos para los que fue diseñada y que la habían construido. Por fuera, la nave era una esfera aplastada de cincuenta kilómetros de diámetro. Parecía una inmensa gota de hielo azul cuya superficie se hubiera bombardeado con varios millones de joyas, alrededor de la mitad de las cuales se habían caído luego y había dejado a su paso pequeños cráteres.

Su espacio interno principal era enorme, más grande que cualquier cosa que hubiera en un VSG de la Cultura. La mejor forma de imaginárselo, como le había dicho a Anaplian Skalppta, su oficial de enlace morthanveld, era pensar que tenías diecinueve globos llenos de agua y cada uno de casi diez kilómetros de diámetro, los disponías en algo parecido a un hexágono para que formaran algo tan parecido a un círculo como fuera posible y después los aplastabas todos juntos para que las paredes intermedias se nivelaran. A continuación añadías otras dos capas de siete esferas, una encima y una debajo, con el mismo principio. Para finalizar, quitabas todas esas paredes planas intermedias.

El espacio entero estaba atravesado por ramales y cables que sostenían cientos de millones de alojamientos que parecían pólipos y una multitud de tubos de desplazamientos, muchos de ellos con un vacío dentro para acelerar los tiempos de tránsito.

Como en la mayor parte de las naves morthanveld, el agua se mantenía por lo general tan limpia como era deseable gracias a unidades de limpieza fijas y estáticas. No obstante, lo cierto era que a las especies cebo y la flora excrecente con la que a los morthanveld les gustaba alimentarse necesitaban agua con nutrientes, y los propios morthanveld consideraban que tener que acudir a un lugar especial para deshacerse de deshechos personales era señal de que, como especie, no se estaba muy cómodo con uno mismo. O que se respiraba gas, lo que era casi igual de embarazoso.

El agua en la que vivían, nadaban, trabajaban y jugaban, por tanto, no estaba del todo limpia. Sin embargo, siempre era agradable tener la vista despejada, sobre todo en un espacio tan inmenso.

Los morthanveld estaban encantados consigo mismos y cuantos más miembros de su especie hubiera presentes, más encantados estaban. Poder ver a los cientos de millones de compañeros que solía transportar una Gran Nave se consideraba por lo común algo extraordinario, así que en lugar de confiar solo en sus ojos para ver en un espacio tan inmenso como el interior de una Gran Nave, utilizaban unos filtros de película fina que les cubrían los ojos y les presentaban la imagen que podrían ver si el agua estuviera totalmente limpia.

Djan Seriy había decidido adoptar la misma estrategia, así que nadaba con un filtro de película fina modificada sobre los ojos. Se movía por el agua con un traje oscuro que era como una segunda piel. Alrededor del cuello llevaba lo que parecía un collar hecho de unas frondas verdes que aleteaban: unas branquias artificiales que le llevaban el oxígeno a la nariz a través de dos pequeños tubos transparentes. Una ayuda que le resultaba un tanto ignominiosa, ya que con sus antiguas mejoras su piel se habría plegado y fruncido por la zona que se requiriese para absorber directamente del agua los gases que necesitara.

La fina película se le pegaba a los ojos como una leve venda transparente y había desconectado el reflejo del parpadeo. La alternativa era permitir que la pantalla se abombara lo suficiente como para poder parpadear con normalidad, pero el hueco de aire que quedaba introducía distorsiones indeseadas. La pantalla le proporcionaba la visión virtual del espacio real y le mostraba los espacios semiesféricos de la Gran Nave como si fueran un sistema de cavernas de una inmensidad pasmosa.

Podría haberse conectado directamente con la visión sensorial interna de la nave para lograr el mismo efecto o limitarse a nadar con sus propios sentidos, sin molestarse con la visión mayor y al parecer despejada, pero estaba siendo educada. Al utilizar la película fina, la nave podía echarle un ojo y ver, sin duda, lo que podía ver ella y saber, por tanto, que no se estaba metiendo en ningún problema típico de Circunstancias Especiales.

También podía haber utilizado cualquiera de los varios medios diferentes de transporte público para llegar a su destino, pero había optado por una pequeña unidad personal de propulsión a la que se sujetaba con una mano mientras atravesaba el agua con un zumbido. El juguete sexual que era en realidad un misil cuchillo había querido hacerse pasar por tal unidad de propulsión para así permanecer cerca de ella, pero a Djan Seriy le había parecido que la máquina solo estaba sacando las cosas de quicio y le había dicho que permaneciera en su alojamiento.

Djan Seriy aceleró y giró a la izquierda para evitar una corriente de proa, encontró una corriente de popa muy útil, rodeó una serie de hábitats largos y bulbosos como enormes frutos colgantes y después se dirigió sin dudar hacia un alto racimo de esferas de color negro verdoso de entre diez y treinta metros de anchura que colgaban en el aire como hebras enormes de algas. Desconectó la unidad de propulsión y entró nadando en una de las esferas más grandes a través de un círculo plateado de un par de metros de diámetro, después dejó que el agua que salía la posara en el suelo suave y húmedo. Había regresado a la gravedad. A medida que exploraba aquella inmensa nave espacial pasaba más tiempo en un medio acuático que en cualquier otro, incluso cuando dormía. Era el quinto día que pasaba a bordo y solo le quedaban otros cuatro. Y había tantas cosas que ver.

El traje, que hasta ese momento le ceñía el cuerpo casi como una capa de pintura,

se encrespó de inmediato, obligó al agua a desprenderse y asumió el aspecto de algo que cualquier joven dama de la buena sociedad decidiría ponerse en un entorno no acuático. Djan se metió el collar de agallas en un bolsillo y (cuando la parte de la cabeza del traje bajó con un movimiento fluido para adoptar la forma de un atractivo cuello de volantes) conectó un pendiente para activar un campo estático temporal. Con eso se arregló el pelo que era, ese día, rubio. Se dejó puesta la fina película ocular. Le parecía que le quedaba bien, que le daba un aspecto vagamente pirata.

Djan Seriy atravesó el campo adherente y entró en el Salón 303 para Alienígenas, donde la música se ponía muy alta y el aire estaba lleno de incienso y del humo de las drogas.

La fue a recibir enseguida una pequeña nube de criaturas diminutas de colores brillantes, como pajaritos, arrojados cada uno por alguno de los clientes del bar. Algunos cantaban canciones de bienvenida, otros batían mensajes estroboscópicos en sus alas calinosas y unos cuantos le lanzaron mensajes de aromas. Esa parecía ser la última moda para recibir a los recién llegados al Salón 303 para Alienígenas. A veces aquellas criaturitas voladoras llevaban notas o pequeños paquetes de narcóticos o declaraciones de amor, o quizá empezaban a declamar insultos, frases ingeniosas, epigramas filosóficos u otros mensajes. Por lo que había entendido Djan Seriy, se suponía que era divertido.

Esperó hasta que la nube de criaturitas revoloteadoras comenzó a disiparse sin dejar de pensar un instante en lo fácil que habría sido aplastar, coger y espachurrar a todas y cada una de las veintiocho formitas que piaban a su alrededor si hubiera contado con todas sus capacidades. Cogió del aire a la última en llegar de aquellas criaturas y miró con severidad al humanoide de aspecto anciano y piel violeta que la había lanzado.

–Esto es suyo, señor –dijo al pasar junto a su mesa. El hombre murmuró una respuesta. Había otros cerca que la llamaban. Los parroquianos del 303 eran sociables y no tardaban en hacer amigos. A ella ya la consideraban una cliente habitual después de solo tres visitas. Rechazó varios ofrecimientos de compañía y alejó con un movimiento de la mano el humo especialmente denso y acre de alguna droga; el 303 era una especie de garito para colgados humanoides de amplio espectro.

Saludó a unas cuantas personas mientras se acercaba a la barra circular que había en medio del salón y que resplandecía en aquel espacio oscurecido como un halo gigante.

–¡Shjan! ¡Esyás aquí! –gritó Tulya Puonvangi, que era lo que se podría llamar el embajador de la Cultura en el *Inspiración, fusión, punto final*. A Djan Seriy aquel hombre le parecía lo mismo que aquella moda de las criaturitas voladoras: inmaduro y un tanto molesto. Se había presentado poco después de la llegada de Djan y desde entonces había hecho todo lo posible por convertirse en una molestia. Puonvangi era

un hombre obeso, rosado, calvo y de aspecto básicamente humano salvo por dos incisivos largos y con aspecto de colmillos que le distorsionaban el lenguaje (por ejemplo, era incapaz de pronunciar el sonido duro de la «d» de su nombre). Además tenía un ojo en la nuca que afirmaba poder utilizar pero que, al parecer, en realidad no era más que una afectación. Con frecuencia, como en ese momento, lo llevaba cubierto por un parche, aunque el susodicho parche (una vez más, como en ese momento) solía ser transparente. También tenía (como le había contado a Djan Seriy en su primer encuentro tras un periodo de tiempo sorprendentemente corto) unos genitales alterados con exquisitez que se había ofrecido a mostrarle y a lo que Djan había objetado.

–¡Hola, queyida! –le dijo Puonvangi mientras la sujetaba por los codos y la acercaba para darle un beso en las mejillas. Djan se lo permitió, aunque permaneció rígida e insensible. El hombre olía a mar, a fruta acre y a un aroma dulce y desvergonzadamente psicotrópico. Llevaba una ropa suelta, voluminosa, que ondeaba con suavidad y mostraba escenas de pornografía humanoide a cámara lenta. Llevaba las mangas subidas y Djan pudo ver por las finas líneas grabadas que resplandecían con fiereza en sus antebrazos que había estado usando unas drogas tatuaje. El embajador la soltó—. ¿Cómo esyás? ¡Esyás yan yayiante como siempre! ¡Aquí yienes al joven que queyía que conocieras! –Señaló al joven de miembros largos que estaba sentado a su lado—. Shjan Sheree Ayapian, esye es Kra'syi Kruike. ¡Kra'syi, yi hola!

El joven parecía avergonzado.

–Encantado –dijo con una voz queda y profunda y un acento delicioso. Tenía una piel que resplandecía con suavidad, de un color que estaba entre el bronce profundo y un verde muy oscuro y una mata de cabello negro brillante y lleno de rizos. Vestía unos pantalones de un corte perfecto, totalmente negros y ceñidos y una americana corta. Su rostro era bastante largo, con una nariz más bien plana y unos dientes normales pero muy blancos y su expresión, bajo los ojos entornados, era insegura, divertida, quizá un poco cauta aunque modulada por lo que parecía una sonrisa permanente. Tenía arrugas de reírse, lo que hacía que alguien de aspecto por otro lado tan joven pareciera extrañamente vulnerable. Lucía unas cejas cortadas con forma de galón y un bigote que parecía una novedad reciente y que no estaba muy seguro que funcionara. Tenía los ojos oscuros, moteados de pintas doradas.

Era tan atractivo que resultaba casi insoportable y por tanto, Djan Seriy había adoptado de forma natural lo que ella consideraba su nivel más alto de alerta.

–Yo soy Djan Seriy Anaplian –le dijo—. ¿Cuál es la pronunciación correcta de su nombre?

El joven sonrió y miró con gesto de disculpa a Puonvangi, que esbozaba una sonrisa radiante y agitaba las cejas.

–Klatsli Quike –le dijo.

Djan asintió.

–Es un placer conocerle Klatsli Quike –dijo. Después se sentó en el taburete que había en el lado contrario del joven, con lo que este quedó entre ella y Puonvangi, que pareció decepcionarse, aunque solo por un momento. El embajador dio una fuerte palmada en la barra con una mano que llevó a una unidad de servicio a su lado con un zumbido rápido sobre los brillantes raíles tendidos por el otro lado de la barra.

–¡Bebiyas! ¡Cigayos! ¡Yragos! ¡Incisiones!

Djan Seriy accedió a tomar algo para hacerle compañía a Puonvangi. Quike encendió una pequeña pipa de una hierba de aroma fabuloso, pero solo por el aroma, ya que no tenía ningún efecto narcótico conocido, aunque el olor era casi tan embriagador como cualquier droga. Puonvangi pidió un par de agujas de drogas tatuaje y (cuando tanto Djan Seriy como Quike rechazaron acompañarlo) se raspó cada brazo con una, desde la muñeca al codo. Las líneas de la droga brillaron con tanta fuerza al principio que le colorearon de verde la cara rosada. El embajador suspiró, se recostó en su alto sillón, exhaló y cerró los ojos antes de quedarse inerte.

–¿Es usted de Sursamen? –dijo Quike mientras su anfitrión disfrutaba de su primer subidón. Era casi como si se disculpara, como si no debiera saberlo.

–Así es –dijo Djan–. ¿Lo conoce?

–Más o menos. Los mundos concha son uno de mis temas favoritos. Los estudio. Me parecen fascinantes.

–No es el único.

–Lo sé. De hecho, me parece desconcertante que no todo el mundo los encuentre fascinantes.

Djan Seriy se encogió de hombros.

–Hay muchos sitios fascinantes.

–Sí, pero los mundos concha son algo especial. –El joven se llevó la mano a la boca. Dedos largos. Quizá se estuviera ruborizando–. Lo siento. Usted ha vivido allí. No hace falta que le diga lo fabulosos que son.

–Bueno, para mí es, era, mi casa. Cuando se crece en un sitio, por muy exótico que les pueda parecer a los demás, sigue siendo donde ocurren todas las banalidades e indignidades de la infancia. La norma siempre es tu casa. Es lo demás lo que es maravilloso.

Djan bebió un poco y el joven fumó de su pipa por un momento. Puonvangi exhaló un profundo suspiro sin abrir los ojos.

–¿Y usted? –dijo Djan al recordar que debía ser educada–. ¿De dónde es usted? ¿Me permite preguntarle su nombre completo?

–Astle-Chulinisa Klatsli P. C. Quike dam Uast.

–¿«P. C»? –preguntó Djan–. ¿Las letras «p» y «c»?

–Las letras «p» y «c» –confirmó Quike con un pequeño asentimiento y una sonrisa traviesa.

–¿Significan algo?

–Así es. Pero es un secreto.

Djan lo miró con aire incierto.

El joven se echó a reír y abrió los brazos.

–He viajado mucho, señorita Seriy, soy un nómada. Soy mayor de lo que parezco, he conocido a mucha gente y dado, compartido y recibido muchas cosas. He estado en la mayor parte de los sitios, a cierta escala. He pasado tiempo con todos los involucrados importantes, he hablado con dioses, compartido pensamientos con los sublimados y saboreado, hasta el punto en que puede hacerlo un humano, parte de la alegría de lo que las mentes llaman el espacio de diversión infinita. No soy la persona que era cuando adopté mi nombre completo y ya no se me puede definir solo por eso. Un misterio acurrucado en el centro de mi nombre no es más de lo que merezco. Confíe en mí.

Djan Seriy lo pensó un momento. Aquel hombre se había denominado nómada (estaban hablando en maraino, el idioma de la Cultura; tenía un fonema para indicar que se refería a un pueblo concreto). Siempre había habido una proporción de personas en la Cultura, o al menos de personas que procedían de la Cultura en un principio, que se hacían llamar así. A Djan le resultaba difícil no considerarlos una clase en sí. Era cierto que se limitaban a vagar como los nómadas. La mayoría lo hacían dentro de la Cultura, iban de orbital en orbital, de un sitio a otro; por lo general viajaban en naves cruceros y vapores y en naves de Contacto cuando podían.

Otros viajaban entre el resto de las especies involucradas y aspirantes y se mantenían (cuando se encontraban con sociedades tan poco iluminadas, por espeluznante que pareciera, como para no haberse desprendido de los últimos grilletes del intercambio monetario) gracias a acuerdos de apoyo mutuo entre civilizaciones o bien utilizando una fracción microscópica y casi invisible de los supuestos recursos infinitos de los que disponía la Cultura para pagar sus gastos.

Algunos emprendían aventuras más amplias todavía, que era cuando se producían problemas en ocasiones. La simple presencia de una persona así en una sociedad que todavía no se había desarrollado lo suficiente podía cambiar la susodicha sociedad, a veces de forma profunda, si esa persona era ciega a lo que su presencia allí podría producir entre aquellos con quienes había ido a vivir o, al menos, a los que había ido a observar. No todas esas personas accedían a que Contacto los monitorizara durante sus viajes y, si bien Contacto no tenía ningún problema en espiar, quisieran ellos o no, a viajeros que se descarriaban por sociedades vulnerables, lo cierto era que en ocasiones perdían de vista a algunos individuos. Había toda una sección de la organización dedicada a observar a civilizaciones en vías de desarrollo para vigilar

que alguno de los que se hacían llamar nómadas (de forma premeditada, oportunista o incluso accidental) no se convirtiera en el profesor loco, el déspota, el profeta o el dios de turno de la zona. Había otras categorías, pero esas cuatro formaban los caminos más populares y predecibles por los que las fantasías de la gente los llevaban cuando perdían sus principios morales entre los primitivos.

Sin embargo, la mayor parte de los nómadas no causaban ese tipo de problemas y tales itinerantes por lo general encontraban con el tiempo un sitio al que podían llamar hogar, en la mayor parte de los casos de vuelta en la Cultura. Algunos, por otro lado, jamás llegaban a asentarse en ningún sitio y vagaban toda su vida y de estos, unos pocos (una proporción sorprendentemente grande comparada con el resto de la población de la Cultura) vivían, de hecho, para siempre. O al menos vivían hasta que encontraban un final, de forma casi inevitable, violento e irrecuperable. Había rumores (por lo general en forma de alardes personales) sobre individuos que llevaban en el mundo desde la formación de la propia Cultura, vagabundos que llevaban miles y miles de años recorriendo la galaxia y su casi infinitud de pueblos, sociedades, civilizaciones y lugares.

Confíe en mí, había dicho el joven.

–Creo que no –le dijo Djan al fin al tiempo que entrecerraba un poco los ojos.

–¿De veras? –preguntó él, que parecía herido–. Le estoy diciendo la verdad –dijo sin alzar la voz. Parecía en parte un niño pequeño y en parte un hombre tranquilo y anciano, dueño de una serenidad oscura.

–Estoy segura de que a usted se lo parece –dijo Djan con una ceja arqueada. Después tomó otro sorbo de su bebida, había pedido una venganza de za, pero la máquina del bar no conocía dicho brebaje y había hecho su propia especialidad. Le servía. Quike tomó otra pipa de hierbas de incienso.

–¿Y usted es del Octavo? –dijo Quike, que tosió un poco, aunque con una amplia sonrisa envuelta en un humo violeta.

–Sí –dijo Djan. El joven esbozó una sonrisa tímida y se ocultó tras el humo–. Está muy bien informado.

–Gracias. –De repente puso una expresión de lo que podría haber sido miedo fingido–. Y además agente de CE, ¿sí?

–Yo no me emocionaría demasiado –le dijo Djan–. Me han desmilitarizado.

El joven volvió a sonreír. Casi con descaro.

–De todos modos.

Djan Seriy habría suspirado si se hubiera sentido capaz. Tenía la sensación de que le estaban tendiendo una trampa, (el señor Quike era tan guapo y atractivo que resultaba de lo más sospechoso) pero no estaba segura de quién se la estaba tendiendo.

Dejaron a Puonvangi en el 303 en compañía de un alborotado grupo de birilisi que habían acudido a un congreso. Los birilisi eran una especie aviar y muy dados a los excesos narcóticos. Estaba garantizado que Puonvangi y ellos se iban a llevar bien. Los revoloteos eran constantes.

Se pusieron los trajes y fueron a un sitio que conocía Quike donde se reunían los acuatizados, que eran humanoides adaptados por completo a los hábitats acuáticos. El espacio estaba lleno de lo que parecía todo tipo de especie acuática, o, al menos, aquellos por debajo de cierto tamaño. El agua cálida y brumosa estaba llena de aromas a piel, sonidos incomprensibles de todo tipo de frecuencias apreciables y curiosas pulsaciones musicales. No podían quitarse los trajes y hacían burbujas al reírse cuando intentaban beber debajo del agua con copas inteligentes y pajitas que se autosellaban. Hablaban a través de lo que era básicamente un tubo acústico de antes de que hubiera electricidad.

Se terminaron las copas a la vez.

Djan no miraba a Quike sino a dos criaturas delgadas con unos volantes fabulosos de colores extravagantes que medían tres metros y tenían unas cabezas y unas caras grandes, largas y carentes de expresión, pero de algún modo dignas a la vez. Flotaban a poca distancia de ella y permanecían una enfrente de la otra, justo fuera del alcance de los respectivos volantes, que se agitaban tan rápido que parpadeaban. Djan se preguntó si estaban hablando, discutiendo o flirteando.

Quike le tocó un brazo para llamar su atención.

—¿Nos vamos? —le preguntó—. Hay algo que quiero que vea.

Djan bajó la cabeza y miró la mano masculina que permanecía en su brazo.

Cogieron un coche burbuja para atravesar la galaxia cerrada del gran espacio interno principal de la Gran Nave hasta el alojamiento de Quike. Seguían con los trajes puestos, sentados uno al lado del otro en el coche, que aceleraba por el espacio interior, y se comunicaban por el encaje mientras las desconcertantes y llamativas extensiones del interior de la nave pasaban a su alrededor a toda velocidad.

De verdad que tiene que ver esto, le dijo él con una mirada.

Tampoco hace falta exagerar, le dijo ella. *Ya estoy aquí, voy con usted.* A Djan nunca se le había dado muy bien lo de ser romántica. El cortejo y la seducción, incluso cuando se trataba de una especie de juego, le parecía algo deshonesto. Una vez más, le echaba la culpa a su educación, aunque tampoco habría insistido demasiado si la hubieran presionado. En último caso estaba dispuesta a admitir que, quizá, a cierto nivel que estaba más allá incluso del adoctrinamiento infantil, era cosa suya y nada más.

El espacio vital de Quike era un trío de esferas de cuatro metros agrupadas con miles de otras en una sarta de kilómetros de largo de hábitats alienígenas situados

cerca del inmenso muro curvado de la periferia exterior del espacio principal. A la habitación se entraba por la esclusa de gel más pegajosa y lenta que Djan se hubiera encontrado jamás. El interior era bastante pequeño y estaba muy iluminado. El aire sabía a limpio, casi ácido. No había nada que pareciera personal. Había muebles o mobiliario de utilidad discutible esparcidos por el suelo y las paredes. La mezcla de colores era de componentes verdes sobre fondos de color cereza. Lo que, para el gusto de Djan Seriy, no era la mejor combinación. Muchas de las superficies parecían brillar, como si lo hubieran envuelto todo con una película o una membrana muy ceñida.

–¿Otra copa? –sugirió Quike.

–Oh, supongo.

–Tengo algo de licor de Chapantlic –dijo él mientras revolvía en un pequeño cofre que tenía en el suelo. Después la vio pasar un dedo por el borde de lo que parecía un asiento cubierto de esponja. Como la vio fruncir el ceño cuando su piel se topó con algo resbaladizo y suave que lo cubría, dijo–: Lo siento. Es que está todo sellado, recubierto. Es todo un poco antiséptico. Le pido disculpas. –Parecía avergonzado mientras agitaba un par de copas relucientes con forma de campanas invertidas y una botella pequeña–. He cogido una especie de alergia rara en alguno de mis viajes y solo pueden arreglarla en la Cultura. Allá donde viva tiene que estar muy limpio. Ya me ocuparé de ello, pero por el momento, bueno...

Djan Seriy no estaba convencida en absoluto.

–¿Es infeccioso, de alguna manera? –preguntó. Su sistema inmune, todavía completamente funcional y situado desde luego en el extremo integral del espectro de la protección congénita de la Cultura, no había señalado que hubiera nada raro. Después de un par de horas en contacto tan cercano con el señor Quike, habría habido al menos alguna insinuación de algún virus o espora adverso o algún otro tipo de síntoma desagradable.

–¡No! –dijo Quike mientras le hacía un gesto para que se sentase. Se sentaron en lados opuestos de la estrecha mesa. El joven sirvió un poco del licor, que era de color marrón y muy viscoso.

El asiento que ocupaba Djan Seriy era resbaladizo. En la cabeza de la agente había entrado una nueva y diminuta sospecha. ¿A aquel tipo se le había ocurrido llevarla allí para otra cosa que no fuera sexo? La naturaleza del envoltorio del mobiliario del alojamiento de aquel hombre le parecía inquietante. ¿Qué estaba pasando allí en realidad? ¿Debería preocuparse? Era casi inimaginable que a un civil en su sano juicio se le ocurriera intentar dañar o maltratar a un agente de CE aunque ya le hubieran quitado los colmillos, claro que las personas no eran nada sino variadas y extrañas. ¿Quién sabía las cosas extrañas que se les pasaban por la cabeza?

Solo para prevenir, Djan monitorizó los sistemas disponibles en la Gran Nave a

través de su encaje neuronal. El alojamiento estaba protegido en parte, pero eso era bastante normal. Vio dónde estaba en la nave y la nave sabía dónde estaba ella. Un alivio, supuso.

El joven señor Quike le ofreció una copa de campana de cristal que resonó un poco en cuanto la tocó.

–Se supone que tienen que hacer eso –le explicó él–. Se supone que las vibraciones hacen que sepa mejor.

Djan cogió la copa y se inclinó hacia delante.

–P. C. Quike –dijo–, con exactitud, ¿cuáles son sus intenciones? –Podía oler el licor, aunque solo un poco.

El joven pareció incluso acalorado.

–Primero, un brindis –dijo mientras levantaba la copa.

–No –dijo Djan, que había bajado un poco la cabeza y había entrecerrado los ojos–. Primero, la verdad. –Su nariz no informaba de nada inesperado en los vapores que se alzaban de la copa de licor que tenía en la mano, pero quería estar segura, darle a varios trozos de su cerebro tiempo suficiente para hacer un procesamiento como era debido de los elementos químicos que percibían sus membranas nasales–. Dígame qué era lo que quería enseñarme aquí.

Quike suspiró y posó la copa. Después clavó los ojos en ella.

–Durante mis viajes adquiriré el talento de leer la mente –dijo muy rápido, quizá un poco molesto–. Solo quería presumir, supongo.

–¿Leer la mente? –dijo Djan Seriy con tono escéptico. Las mentes de las naves podían leer las mentes humanas, aunque se suponía que no debían hacerlo. Había equipo especializado que podía leer la mente humana y la agente se imaginaba que se podía fabricar una especie de máquina andrógina que encarnara la misma tecnología y que podría hacerlo también, ¿pero un ser humano normal? No parecía muy probable.

Aquello era deprimente. Si Klatsli Quike era un fantasioso o aunque solo estuviera loco, desde luego que ella no pensaba tener relaciones sexuales con él.

–¡Es cierto! –le dijo Quike. Después se inclinó hacia delante. Tenían las narices separadas por solo unos centímetros–. Míreme a los ojos.

–¿Habla en serio? –preguntó Djan Seriy. Oh, vaya, aquello no estaba resultando como ella hubiera deseado, en absoluto.

–Hablo muy en serio, Djan Seriy –dijo Quike en voz baja y hubo algo en su voz que la convenció para seguirle la corriente solo un poco más. Suspiró otra vez y dejó la copa de licor en la estrecha mesa. A esas alturas, estaba claro que la bebida tenía un contenido de alcohol muy alto aunque de otro modo era inofensiva.

La agente lo miró a los ojos.

A los pocos instantes hubo la insinuación de que allí había algo. Una chispa roja y

diminuta. Djan se echó hacia atrás y parpadeó. El hombre que tenía delante de ella y que esbozaba una ligera sonrisa (con un aspecto bastante serio y en absoluto satisfecho de sí mismo) se llevó un dedo a los labios.

¿Qué estaba pasando? La agente hizo lo que básicamente era una comprobación de sistemas internos para asegurarse de que no había estado inconsciente ni siquiera por un momento ni había realizado algún movimiento o función de la que no tuviera conciencia, ni tampoco había pasado menos tiempo del que ella suponía. No había nada raro, no pasaba nada. Parecía estar bien.

Djan Seriy frunció el ceño y se inclinó otra vez hacia delante.

La chispa roja seguía allí, en los ojos masculinos, tan leve que casi había desaparecido. Djan se dio cuenta de que era una luz coherente, una única frecuencia, pura y restringida. Parpadeaba. Muy rápido.

Algo que se aproximaba...

¿Pero qué se aproximaba? ¿De dónde había salido aquel pensamiento? ¿Qué estaba pasando allí?

Volvió a echarse atrás, parpadeó muy rápido y frunció el ceño mientras volvía a comprobar sus sistemas. Seguía sin haber nada extraño. Se inclinó hacia delante de nuevo. Ah. Empezaba a adivinar lo que estaba pasando.

Volvió la chispa roja que parpadeaba y ella se dio cuenta que le estaba haciendo señales. Una sección de la retina de Quike debía de ser un láser capaz de enviar un haz de luz coherente a través del ojo, hasta ella. La señal se expresaba en maraino nonario, la base binaria de nueve partes del lenguaje de la Cultura. Djan había oído hablar de ese talento durante el adiestramiento de CE, aunque solo como un aparte. Era una enmienda que tenía varios milenios de antigüedad aunque ya casi nunca se usaba, hacía mucho tiempo que la había dejado obsoleta la tecnología que había tras el encaje neuronal. Era algo que incluso ella misma podría haber adquirido en solo unos pocos días, antes de que le quitaran las garras. Se concentró.

¿PPA?

Quike estaba enviando una ráfaga de «Permiso para aproximarse». En un principio había sido la señal de una nave. La habían adoptado como una especie de acrónimo las persona de la Cultura que querían entrar en contacto más personal con otras personas cuando no estaban muy seguras si las iban a recibir bien.

¿PPA?

Djan asintió apenas.

Djan Seriy, dijo la señal. Creo que me está recibiendo pero por favor rásquese la mejilla derecha con la mano izquierda si entiende todo esto. Rásquese una vez si el ritmo de transmisión es demasiado lento, dos si es aceptable y tres veces si es demasiado rápido.

La información entraba más rápido de lo que se podría haber pronunciado de

forma inteligible pero no tan rápido como para que fuera incomprensible. Djan se rascó la mejilla derecha con la mano izquierda con suavidad, dos veces.

¡Maravilloso! Permítame presentarme como es debido. El «P. C.» por el que me preguntó antes significa «Problema candente». No soy un ser humano normal propiamente dicho. Soy un avatoide del 'Problema candente', un Supercarguero de clase Arroyo, un UCG de clase Delta modificado, un Nómada de la clase nave y técnicamente fugado.

Ah, pensó Djan. Un avatoide. El avatar de una nave de un biomimetismo tan exquisito que podía hacerse pasar por un humano normal. Un nómada nave. Y un fugado. Los fugados eran naves que habían decidido desprenderse del peso de la disciplina de la Cultura e irse por su cuenta.

Aun así, de una parte se sabía, o al menos había muchos motivos para sospechar, que estaban utilizando ese estado de exilio autoimpuesto como simple disfraz y seguían totalmente comprometidos con la Cultura. Se suponía que adoptaban el estatus de fugado como tapadera para poder llevar a cabo acciones con las que la mayor parte de la Cultura no se atrevería. El abuelo, la figura heroica ejemplar, el dios de tales navíos, era el VSG *Servicio latente*, que había fingido de forma desinteresada ese tipo de indiferencia excéntrica hacia la Cultura durante cuatro décadas y después, unos veintitantos años atrás, se había revelado de repente como una nave leal a la Cultura dominante y además (lo que resultaba muy conveniente) albergaba una flota de guerra fabricada en secreto y disponible al instante, justo cuando la Cultura más la necesitaba. Después había vuelto a desaparecer.

Djan permitió que sus ojos se entrecerraran un poco. Era muy consciente de que esa era su firma: la sospecha, la desconfianza.

Disculpe tanto subterfugio. El aire de esta habitación se mantiene estéril para evitar la posibilidad de que haya nanomecanismos vigilando este tipo de comunicaciones visuales y las cubiertas de la habitación están envueltas en una película por la misma razón. Hasta el humo que inhalé en el bar contiene un aditivo que elimina de mis pulmones cualquier posible contaminación de ese tipo. Solo he podido acercarme lo suficiente para ponerme en contacto con usted después de que llegara a bordo del Inspiración, fusión, punto final, y, por supuesto, todo el mundo está teniendo mucho cuidado para no disgustar a los morthanveld. ¡Me pareció mejor adoptar los jaeces de la ultraprecaución! Soy consciente, por supuesto, de que no puede responderme del mismo modo, así que permítame decirle por qué estoy aquí y por qué me pongo en con tacto con usted de este modo.

Djan alzó las cejas apenas unos milímetros.

Soy, como ya le he dicho, un fugado, aunque solo a nivel técnico. Me pasé tres mil quinientos años remolcando sin quejarme naves más pequeñas por los Vehículos de Sistemas de toda la galaxia mayor y tomé parte en el servicio activo durante la

guerra idirana, en la que serví, si me permite decirle, con cierta distinción, sobre todo durante los primeros años desesperados. Después de lo cual decidí que se me debían unas vacaciones prolongadas, quizá la jubilación, para ser sincero, ¡aunque me reservo el derecho a cambiar de opinión!

He vagado por la galaxia los últimos ochocientos años y he visto todo lo que he podido de otras civilizaciones y pueblos. Siempre hay más que ver, por supuesto, la galaxia se renueva y reforma más rápido de lo que uno puede recorrerla. En cualquier caso, es cierto que me fascinan los mundos concha y tengo un interés especial en Sursamen, un interés que se concentra en no poca medida en su nivel, el Octavo. Cuando oí rumores respecto a la muerte de su padre (y, por favor, acepte mi más sentido pésame) y los acontecimientos que rodearon tan triste desenlace, incluyendo la muerte de su hermano Ferbin, pensé de inmediato en ponerme a disposición de los sarlos para ayudarlos, en particular a los hijos del difunto rey.

Supuse que usted regresaría con muchas de sus competencias eliminadas o reducidas. Se que regresa sin nave ni dron, ni cualquier otro tipo de ayuda y por tanto me gustaría ofrecerle mis servicios. No como sirviente diario, mensajero o cosa similar (nuestros anfitriones morthanveld no lo tolerarían) sino como último recurso, si quiere. Desde luego como amigo en caso de necesidad. Sursamen, y sobre todo el Octavo, parecen sitios peligrosos en estos tiempos, y una persona que viaje sola, por muy capaz que sea, quizá necesite todos los amigos que pueda reunir.

Yo, es decir, la nave, se encuentra en estos momentos a cierta distancia pero mantiene el mismo ritmo que el Inspiración, fusión, punto final para permanecer a una distancia razonable de este avatoide y facilitar su recuperación inmediata en caso de necesidad. Sin embargo, es mi intención, en breve, dirigirme a Sursamen directamente y este avatoide, u otro (ya que tengo varios), estará allí. El avatoide y yo mismo estamos listos para proporcionarle la ayuda que pueda necesitar.

No es necesario que responda ahora. Por favor, piénselo el tiempo que necesite y tome una decisión cuando esté preparada. Cuando se encuentre con mi avatoide en Sursamen puede decirme lo que piensa a través de él. Desde luego que lo entenderé si no quiere saber nada de mí. Está usted en todo su derecho. Sin embargo, puede tener la certeza absoluta de contar con mi continuado respeto y ha de saber, estimada dama, que estoy por completo a su servicio.

En breve pondré fin a esta señal; por favor, decida si desea fingir que he leído de algún modo sus pensamientos, solo por si se da el caso de que nos están observando.

La señal finaliza en el cero implícito: cuatro, tres, dos, uno...

Djan Seriy se quedó mirando a los ojos al joven que tenía enfrente. Vaya, por el Dios del Mundo del pozo, pensaba, todos mis compañeros de cama en potencia son máquinas. Es deprimente.

Solo había pasado medio minuto desde que habían empezado a mirarse fijamente

a los ojos. Djan se echó hacia atrás sin prisas, con una sonrisa, y sacudió la cabeza.

–Creo que su truco no funciona conmigo, señor.

Quike sonrió.

–Bueno, no funciona con todo el mundo –dijo. Alzó la copa, que emitió un tono resonante agudo y agradable–. ¿Quizá me permita volver a intentarlo en algún otro momento?

–Quizá. –Entrechocaron las copas y el sonido gemelo resultó sorprendentemente melifluo. Djan ya había descartado la idea de tomarse en serio la oferta que había hecho el joven antes de que las copas dejaran de sonar.

Continuó conversando con él durante un tiempo y escuchó el relato de varias de sus exploraciones y aventuras durante el curso de sus muchos viajes. No era una situación desagradable, la agente no tenía que fingir interés y era divertido intentar averiguar en las historias de Quike qué partes tenían visos de realidad y las había experimentando la nave en cuestión directamente (suponiendo que hubiera de verdad una nave), qué partes las había vivido el avataroide mientras la nave miraba y cuáles se habían inventado para intentar engañar a cualquiera que estuviera escuchando y convencerlo de que todo se refería a un humano de verdad y no a una nave más avatar en forma humana.

A cambio, Djan le contó algo de su vida en Sursamen cuando era niña y adolescente y respondió a la mayor parte de las entusiastas preguntas que le planteó Quike, aunque esquivó ciertas áreas e intentó no dar ninguna indicación de cómo reaccionaría con el tiempo a su ofrecimiento.

Pero por supuesto que iba a rechazar su ayuda, la ayuda de la nave. Si el *Problema candente* estaba trabajando solo y sin ayuda de nadie, entonces es que era un auténtico ingenuo o estaba chiflado; y ninguna de las dos cosas inspiraba mucha confianza. En caso contrario era de suponer que representaba a una parte de CE o a algo incluso más enrarecido y solo fingía ser un auténtico ingenuo o estar chiflado, lo que era todavía más preocupante. Y si Quike y el *Problema candente* pertenecían a CE, ¿entonces por qué no la habían informado sobre su aparición antes de que dejara Prasadal, o al menos antes de abandonar el último vestigio de la Cultura en sí y de que se la fueran pasando de una nave a otra hasta Morthanveld?

¿Qué estaba pasando allí? Lo único que ella quería era volver a casa y presentarle sus respetos a su difunto padre y a su hermano, se suponía que también muerto, volver a encontrarse un poco con su pasado y poner fin a algo (no estaba muy segura de a qué pero quizá eso se le ocurriría más tarde). Dudaba que pudiera serle de mucha ayuda a su hermano superviviente, Oramen, pero si podía ofrecerle algún pequeño servicio, lo haría. Pero más o menos eso era todo. Después se iría, regresaría a la Cultura y, si la readmitían, volvería a CE y a un trabajo que, a pesar de todas sus frustraciones, dilemas y congojas, le encantaba.

¿Por qué una nave de la Cultura estaba intentando implicarse en su regreso a Sursamen, ya para empezar? En el mejor de los casos, todo aquello seguía siendo por un asunto bastante ínfimo: una mugrosa disputa por la sucesión dentro de una tribu de muy escasa importancia y embarzosamente violenta y antidemocrática cuyo principal interés a ojos de otros era que resultaba que vivían dentro de un tipo de mundo hasta cierto punto escaso y exótico. ¿Se esperaba de ella que hiciera algo en Sursamen? Y en ese caso, ¿qué? ¿Qué podría esperarse que hiciera ella, sin informe alguno, carente de misión concreta y sin colmillos, por así decirlo?

Bueno, no lo sabía, pero sospechaba con sobrados motivos que estaría loca si hacía otra cosa que no fuese intentar pasar desapercibida, hacer lo que había dicho que iba a hacer y nada más. Ya estaba metida en un lío bastante grande solo por abandonar la misión de Prasadal e irse a casa con un permiso por motivos familiares sin tener que añadir algo más al pliego de cargos. El adiestramiento de CE estaba lleno de historias de agentes que se habían salido de repente de madre y habían emprendido misiones extrañas inventadas por ellos. Por lo general no terminaban muy bien.

Solo había unas cuantas historias que se inclinaban en la dirección contraria, sobre agentes que habían renunciado a oportunidades obvias de hacer alguna intervención beneficiosa sin informe alguno y sin una orden o instrucción concreta. La implicación era, como siempre, ceñirse al plan pero estar listo para improvisar. (Y también, escuchar a tu dron u otro compañero, se esperaba de ellos que fueran más sensatos y menos emotivos que tú, esa era una de las razones principales de que estuvieran ahí.)

Ceñirse al plan. No solo obedecer órdenes. Si te pedían que hicieras algo según un plan, entonces tal y como lo veía la Cultura, al menos deberías haber tenido la oportunidad de dar tu opinión sobre ese plan. Y si las circunstancias cambiaban durante el curso del proceso, entonces se esperaba que tuvieras la iniciativa y el criterio necesario para alterar el plan y actuar en consecuencia. No seguías obedeciendo órdenes de forma ciega cuando, debido a una alteración en el contexto, las órdenes contradecían de modo obvio el logro del objetivo que perseguías, o bien cuando violaban ya fuera el sentido común o el sentido del decoro. En otras palabras, el responsable seguías siendo tú.

A los reclutas de CE, y sobre todo a los reclutas de CE que llegaban a la organización tras criarse en otras sociedades, a veces les parecía que aquellas personas que habían jurado solo obedecer órdenes lo tenían muy fácil, se les permitía mantenerse en el propósito que persiguieran sin desviarse ni un ápice en lugar de tener que hacer eso y además luchar con las implicaciones éticas. Sin embargo, dado que esta diferencia de acercamiento resultaba ser una de las razones principales para que la Cultura en general y CE en particular fueran moralmente superiores a todos los

demás, por lo general se consideraba que era un pequeño precio operativo a pagar por la supuesta gratificación mayor de ser capaz de estar muy por delante en las apuestas éticas si te comparabas con tus iguales en términos de civilización.

Así que Djan iba a ceñirse al plan. Y el plan era: volver a casa, comportarse, regresar y aplicarse. Lo cual debería ser bastante sencillo, ¿no?

Se unió a las carcajadas del señor Quike cuando este llegó al final de una historia que Djan apenas había escuchado. Bebieron un poco más del licor en las delicadas copitas cantarinas y la agente sintió que se iba emborrachando un poco, una sensación agradable en la que su cabeza resonaba al ritmo del cristal con una especie de complicidad algodonosa.

–Bueno –dijo al fin–. Será mejor que me vaya. Ha sido muy interesante hablar con usted.

Quike se levantó al mismo tiempo que ella.

–¿De veras? –dijo. De repente parecía angustiado, incluso ofendido–. Ojalá se quedara.

–¿Ah, sí? –preguntó Djan con frialdad.

–En cierto modo esperaba que se quedase –confesó el joven. Lanzó una carcajada nerviosa–. Creía que lo estábamos pasando bien. –Quike observó la expresión desconcertada del rostro femenino–. Creía que estábamos coqueteando.

–¿Sí? –dijo Djan. Le apetecía poner los ojos en blanco, no era la primera vez que le pasaba. Debía de ser culpa suya.

–Bueno, sí –dijo él, casi con una carcajada. Después agitó una mano para señalar una puerta interna–. Mi dormitorio es más, bueno, acogedor que este espacio más bien austero. –El joven esbozó su sonrisa de niño pequeño.

–No me cabe duda –dijo Djan.

La agente observó que las luces se estaban atenuando. Un poco tarde, pensó.

Bueno, otro giro de tuerca. Examinó sus sentimientos y supo que, a pesar de la brusquedad y de que estaba cansada, lo cierto era que estaba un poco interesada.

El joven se acercó a ella y le cogió una mano.

–Djan Seriy –le dijo en voz baja–, no importa la imagen de nosotros mismos que intentemos proyectar al mundo, a los demás, incluso ante nosotros mismos, seguimos siendo todos humanos, ¿no es cierto?

La agente frunció el ceño.

–¿Lo seguimos siendo?

–Lo somos. Y ser un ser humano, ser algo parecido a un ser humano, es ser consciente de lo que uno carece, saber lo que uno necesita, saber lo que uno debe buscar para encontrar algo parecido a la plena satisfacción entre extraños, todos solos en la oscuridad.

Djan se miró en aquellos hermosos y lánguidos ojos y vio en ellos (bueno, si hay

que ser fríos, y con más precisión, en la disposición exacta de sus rasgos faciales y estado muscular) una insinuación de necesidad real, incluso de auténtica avidez.

¿Hasta qué punto tenía que parecerse un avatoide a un auténtico humano, enrevesado e imperfecto como solían ser, para poder pasar la minuciosa inspección que permitía una civilización de tecnología equivalente como la de los morthanveld? Quizá lo suficiente como para tener todos los defectos habituales de la metahumanidad y su cuota completa de necesidades y deseos. Ya fuera un sofisticado avatar construido desde el nivel celular, un clon alterado de forma sutil a partir de un ser humano original o cualquier otra cosa, el señor Quike seguía siendo, al parecer, un hombre y al mirarse en sus ojos y ver esa desesperación anhelante, ese deseo ávido (con su trasfondo de hosquedad lista para todo y de ansia dolorida dispuesta a convertirse en desdén ofendido en el mismo instante del rechazo) Djan solo estaba experimentando lo que infinidad de generaciones de mujeres habían experimentado a lo largo de todas las épocas. Y, ah, esa sonrisa, esos ojos, esa piel, esa voz cálida y envolvente.

En este punto, pensó la agente, seguro que una auténtica chica de la Cultura diría que sí.

Suspiró con pesar. Sin embargo yo sigo siendo (en el fondo y a pesar de mis pecados) hija de mi padre y sarla.

–Quizá en otra ocasión –le dijo.

Se fue en un taxi cápsula adaptado a todas las especies. Se quedó allí sentada, en medio de aquel aire de olor extraño, cerró los ojos y se conectó con su encaje neuronal a los sistemas de información pública de la Gran Nave para revisar los días siguientes. No había habido ningún cambio en el programa, seguían rumbo al mundo nido de Syaung-un, al que debían llegar en dos días y medio.

Se planteó mirar las páginas de citas o contactos rápidos humanoides (había más de trescientos mil humanoides a bordo, se decía que habría alguien...) pero seguía sintiéndose demasiado cansada e inquieta, y no en el buen sentido de la palabra.

Regresó a su alojamiento, donde el dron doblemente disfrazado le dio las buenas noches con un susurro.

Djan le deseó las buenas noches a su vez con el pensamiento y después se acostó con los ojos cerrados pero, incapaz de dormir y tampoco muy dispuesta a ello, continuó usando su encaje neuronal para interrogar al dataverso de la nave. Hizo comprobaciones (de lejos, a través de distancias y traducciones de sistemas que introducían demoras de cinco o seis segundos) con los agentes que había dejado introducidos en el dataverso de la Cultura. Le desilusionó un poco y a la vez fue un auténtico alivio ver que no había ninguna grabación indiscreta y demasiado íntima del Octavo, ni, de hecho, de ninguno de los niveles interiores de Sursamen. Lo que

hubiera ocurrido allí, había ocurrido una vez y nunca más se había visto.

Se desconectó del interfaz de la Cultura. Un último sistema ambulante de agentes esperaba para informarla desde el dataverso local. Le decía que su hermano Ferbin no estaba muerto después de todo. Estaba vivo y se encontraba en un vapor morthanveld cuya llegada al mundo nido de Syaung-un estaba programada para algo menos de un día después que ella.

¡Ferbin! En la oscuridad silenciosa de su camarote, la agente parpadeó y abrió los ojos de repente.

21. Muchos mundos

A Choubris Holse le había pasado una cosa rara. Había empezado a interesarle algo que no estaba, si es que había entendido bien ese tipo de cosas, ni a un millón de pasos de ser filosofía. Y dadas las opiniones nada contenidas expresadas por Ferbin sobre ese tema, aquello equivalía casi a una traición.

Había empezado con los juegos a los que habían estado jugando los dos en la nave nariscena *De ahí la fortaleza* para pasar el rato de camino al mundo nido de Syaung-un. Las partidas se jugaban flotando dentro de pantallas esféricas que estaban conectadas al cerebro de la propia nave. Holse se había dado cuenta de que esas naves no eran simples navíos, es decir, aparatos vacíos en los que se metían cosas, sino que eran cosas, seres por derecho propio, al menos del mismo modo que era un ser un mersicor, un lyge o cualquier otra montura, y quizá con mucho más motivo.

Disponían incluso de diversiones más realistas, juegos en los que de verdad te parecía que estabas despierto y te movías físicamente, hablabas, caminabas, luchabas y todo lo demás (aunque no meabas ni cagabas, Holse se había sentido obligado a preguntar) pero esos juegos les parecieron abrumadores a los dos hombres, demasiado extraños, además de desagradablemente parecidos a parte de los inquietantes descubrimientos con los que Xide Hyrlis los había estado mareando en aquel disputado y quemado cascarón que era Bulthmaas.

La nave les había aconsejado qué juegos podían ser más gratificantes y ellos habían terminado jugando a aquellos cuyos mundos fingidos no se diferenciaban demasiado del que habían dejado atrás en Sursamen. Juegos de guerra de estrategia y táctica, de connivencia y osadía.

Holse había optado por jugar algunas de las partidas, primero con sensación culpable pero después con un placer sin límites, desde el punto de vista de un príncipe. Más tarde había descubierto obras, análisis y comentarios relacionados con tales partidas e, intrigado, había empezado a leerlas o verlas también.

Que era como había terminado por interesarse por la idea de que toda la realidad podría ser al fin y al cabo una simple partida, sobre todo cuando el concepto se relacionaba con la teoría de los mundos infinitos, que sostenía que todas las cosas posibles ya habían ocurrido o estaban ocurriendo en ese momento, todas a la vez.

La teoría alegaba que la vida se parecía mucho a una partida o simulación en la que cada posible curso y resultado ya se había producido, anotado y elaborado, como si fuera en un mapa enorme, con el comienzo de la partida (antes de que se hubiera movido una pieza o se hubiera hecho algún movimiento) en el centro y todos y cada uno de los estados finales posibles dispuestos por el margen exterior de ese inverosímil y extraordinario gráfico. Según esa comparación, lo único que hace uno

al trazar el curso de una partida concreta es seguir un sendero desde el comienzo central de las cosas, ese sendero te va llevando a través de una rama tras otra de oportunidades y posibilidades hasta uno de la casi infinitud de finales que se encuentran en la periferia.

Y así estaban las cosas. Otra hipótesis que se estaba elaborando allí, a menos que Holve hubiera confundido el culo con las témporas, era lo que sostenía lo siguiente: «Así como ocurre en la partida, así ocurre en la vida». Y también, «Así como ocurre en la partida, así ocurre en toda la historia del universo entero, sin excepciones para nada ni nadie».

Ya había ocurrido todo, y además de todas las formas posibles. Y no solo había pasado ya todo lo que había pasado, sino que todo lo que iba a pasar ya había pasado. Y no solo eso, todo lo que iba a pasar ya había pasado de todas las formas posibles que podía pasar.

Así que si, por decir algo, él jugara una partida de cartas con Ferbin, por dinero, entonces había un curso, una línea, un camino a través de ese universo de posibilidades ya ocurridas y escritas que llevaba a un resultado en el que él lo perdía todo a manos de Ferbin, o Ferbin lo perdía todo a manos de él, incluyendo el hecho de que Ferbin sufriera un ataque de locura y apostara y perdiera toda su fortuna y herencia a manos de su sirviente... ¡ja! Había líneas del universo en las que él mataría a Ferbin en esa disputada partida de cartas, y otras en las que Ferbin lo mataría a él. De hecho, había caminos que llevaban a todo lo que se pudiera imaginar y a todo lo que nunca sería imaginado por nadie, pero era de algún modo todavía posible.

A primera vista parecía una auténtica locura, y sin embargo también parecía, cuando se pensaba en ello, no menos inverosímil que cualquier otra explicación de cómo eran las cosas en realidad, y ofrecía una especie de satisfacción plena que sofocaba cualquier discusión. Suponiendo que se tomara al azar cada bifurcación del mapa universal, todo terminaría bien de algún modo: las cosas probables siempre superarían en número a las improbables y de una forma infinita a las ridículas, así que por regla general las cosas ocurrirían como era de esperar, con alguna que otra sorpresa y algún momento muy escaso de absoluta incredulidad.

En otras palabras, algo muy parecido a cómo era la vida en general, en su experiencia. Un descubrimiento que a Holve le pareció a la vez extrañamente satisfactorio, un poco decepcionante y hasta cierto punto tranquilizador: el destino era lo que era y no había más que hablar.

Y de inmediato se preguntó cómo se podían hacer trampas.

[[

SEÑAL

A: Utaltifuhl, gran zamerín de Sursamen-Nariscene: Khatach

Solus {ubicación supuesta; tengan la bondad de enviar}.

De: Shoum morthanveld (Meast, Zuevelous, T'leish, Gavantille Primo, Pliyr), directora general de la misión estratégica Morthanveld del Espinazo Huliano Terciario: Peregrinatoria de Misión Interna.

Detalles de la señal {ocultos; comprobar para facilitar: O}

Apreciado amigo, espero que al recibo de la presente te encuentres bien y que el 3044 Gran Desove de la Imperecedera Reina continúe a buen ritmo y de forma favorable para ti, tu familia inmediata, subsept, sept, subclan, clan y demás parientes. Yo me encuentro bien.

En primer lugar, no has de preocuparte. Esta señal se envía bajo las provisiones y de acuerdo con los términos del acuerdo morthanveld-narisceno de coprosperidad y gestión de mundos concha (subsección de Sursamen). Me comunico desde tan lejos para informarte solo del despliegue de un destacamento para mayor beneficio y seguridad del mundo que ambos amamos y que se encuentra a nuestro cargo.

Se trata de una entidad defensiva no tripulada, con una IA de alto nivel, similar en forma a un Casco Comprimido cat.2, acompañado por una docena de entidades codefensivas menores y dependientes de la entidad mayor, que nosotros mismos emplazaremos dentro del espacio del núcleo superior de Sursamen, (también conocido como el espacio de la Máquina o núcleo de la Máquina), bajo los auspicios del acuerdo morthanveld-xinthiano de coseguridad y gestión de mundos concha (subsección de Sursamen) con el conocimiento y cooperación del xinthiano de Sursamen, probablemente en fecha no posterior a los próximos tres a cinco petaciclos.

Aunque no lo requieren así los términos de nuestro acuerdo, tan satisfactorio como beneficioso para ambos, ni desde luego el Marco de Tratados Generales existente entre nuestros dos excelentísimos pueblos, es un placer para mí, como profunda admiradora que soy de nuestros amigos y aliados nariscenos y como expresión personal del amor y respeto que hay entre tú y yo (cualquiera de ambas consideraciones constituiría de forma natural y absoluta una razón indiscutible para lo dicho) informarte de que esta insignificante reubicación de activos, y desde luego que por consentimiento mutuo intrínsecamente nada inquietante, se ha hecho necesaria debido ni

deterioro de la relación entre las especies satélites de los nariscenos: los oct/herederos y los aultridia (dicha disputa permanece por el momento, y por fortuna, limitada al ya mencionado mundo concha).

Si bien, por supuesto, no se desea de ningún modo anticipar cualquier tipo de medida o precaución que nuestros estimadísimos y sabios colegas nariscenos pudieran desear tomar, y con el absoluto conocimiento, dichoso y encantado, de que cualquier acción que podamos emprender, como en estos momentos, para garantizar la viabilidad continuada y la seguridad de Sursamen no será más que una pieza que acompañe y complemente las medidas que los propios nariscenos sin lugar a duda desearán considerar, se pensó que llegados a este punto la inacción por nuestra parte podría de forma concebible verse (si se sometiese a un escrutinio esmerado y riguroso, ¡un escrutinio que casi se podría llamar oficioso!) como constituyente de una negligencia en nuestro deber y sería por tanto, por supuesto, tan inadmisibile para nosotros como lo sería para tu pueblo.

Sé (y, para mí, es un placer reconocerlo) que tal es la diligencia y la seriedad con la que el obediente y admirable pueblo narisceno se toma su administración de Sursamen (¡y de tantos otros mundos concha!) que no esperarían una menor presteza en sus amigos y aliados morthanveld. Tal diligencia y cautela preventiva es vuestro lema, ¡y nosotros lo hemos hecho nuestro con toda alegría! ¡Nuestro agradecimiento inagotable y perpetuo por proporcionarnos tal inspiración y ejemplo resplandeciente!

Este ajuste, insignificante y exclusivamente preventivo, de ubicación de recursos podría perder parte de su eficacia si el conocimiento de su existencia se extendiera de forma excesiva por nuestra gran sociedad de socios de la galaxia involucrada, y por tanto te ruego que restrinjas la revelación de la misma a un mínimo absoluto de iniciados. También me permito pedir de forma expresa y encarecida que te asegures de que si bien se elaboran las órdenes y se toman las disposiciones requeridas para garantizar la transición fluida de nuestro navíos y sus unidades acompañantes con toda la corrección debida y la meticulosidad estudiada que han dado justa fama a los nariscenos, que no permanezca en ningún lugar de vuestro sistema de datos específico del propio Sursamen ningún registro de las dichas órdenes y disposiciones.

La notificación formal de tales asuntos se compartirá, por

supuesto, se reconocerá y registrará por parte de morthanveld y nariscenos, respectivamente, en el Consejo Ejemplar y en el Alto Mando, obviando de forma absoluta, como estoy segura de que aprobarás, cualquier requisito de que los detalles menores y no críticos para la operación tengan que fijarse en las matrices informativas del magnífico y eficiente Mando de Nexo Operativo Narisceno en el propio Sursamen.

Eso es todo, ¡nada más!

¡Te suplico que me permitas compartir contigo el hecho indiscutible de que para mí es una dicha absoluta que algo tan nimio y poco importante me permita el alborozado privilegio de dirigirme a ti, mi buen y fiel amigo!

¡Júbilo por siempre!

Atentamente, tu mecenas y más obediente colega,
(sigilos)
Shoum

{Traducido. Original en morthanveld.}

{Añadido por el gran zamerín Utaltifuhl.}

¡Lejano sobrino por matrimonio! Ya ves. Ya estamos notificados. A mi regreso será para mí fascinante enterarme con cierto detalle de cuál es tu versión de los acontecimientos que han obligado a nuestros dominadores en esta civilización a llevar a cabo esta intervención sin precedentes. Para que tengas una cosa menos que explicarme deberás hacer exactamente lo que exige Shoum. Te ocuparás en persona de que se lleve a cabo todo lo necesario. A tu servicio, Utaltifuhl.

]]

El vicezamerín en funciones Yariem Girgetioni (vicezamerín en funciones de todo Sursamen, el estimado Yariem Girgetioni, como le gustaba que le conocieran; el añadido no era nomenclatura oficial nariscena aunque Yariem era de la firme opinión de que debería serlo) contempló la señal reenviada con cierto desagrado y no poco nerviosismo, aunque tuvo buen cuidado de ocultarle esto último al teniente de servicio que le había entregado la copia que contenía la señal.

Estaba en su navenube personal, flotando sobre el follaje verde y azul con forma de ocho del Cráter Gemelo de Sursamen. Pasaba el rato en una cuna de micromasajes

integrales mientras veía entretenimientos eróticos y le daban unos confites exquisitos unas cachorritas del placer atractivas e idénticas. Le volvió a tender el ofensivo papel al teniente de servicio con gesto brusco.

–Muy bien. Ocúpese de ello.

–Bueno, señor, es que dice que vos en persona...

–Exacto. Nos, en persona, le estamos ordenando que todo lo que se detalla ahí se lleve a cabo al pie de la letra o nos, en persona, le arrancaremos del exoesqueleto y le arrojaremos a las lagunas hidroclóricas. ¿Es lo bastante personal para usted?

–Sin lugar a dudas, señor.

–Espléndido. Ahora, váyase.

El mundo nido de Syaung-un estaba ubicado en la región del espacio conocida como el Flósculo Colgante 34 y a Ferbin le pareció de una enormidad casi absurda. Él podía entender algo del tamaño de un mundo concha, porque aunque su formación fuera en cierto modo primitiva comparada con la de otros dentro de la jerarquía de la gran galaxia, tampoco era ningún salvaje. Quizá no entendiera cómo funcionaban las naves espaciales de los óptimos (ni siquiera tenía el privilegio de saber cómo operaban las ascensonaves de los oct, mucho más toscas y limitadas) pero sabía que lo hacían y lo aceptaba.

Sabía que había niveles de ciencia y tecnología, y de entendimiento y sabiduría, que estaban muy por encima de los que él conocía y él no estaba entre aquellos que, sencillamente, se limitaban a no creer en su existencia. No obstante, la medida de la ingeniería que había tras los mundos nido morthanveld (estructuras construidas a tal escala que la ingeniería y la física empezaban a convertirse en lo mismo) se le escapaba.

El mundo nido era una maraña ordenada de tubos inmensos colocados en el interior de trenzas gigantescas que formaban maromas colosales que componían cables de un tamaño pasmoso que constituían bucles casi inimaginables y (a pesar de que el revestimiento exterior transparente de cada componente tubular tenía metros de grosor) todo se retorció, giraba y revolvía con la facilidad de un trozo de hilo.

Los componentes principales del mundo nido eran tubos gigantes llenos de agua. Su diámetro variaba entre los diez metros y varias decenas de kilómetros y cualquier tubo individual podía variar en longitud desde el calibre más estrecho al más grande. Se apiñaban sin tocarse en trenzas más grandes que estaban contenidas dentro de tuberías mayores que los abarcaban y que medían unos cien kilómetros de anchura; estas también giraban de forma independiente y también estaban apiñadas dentro de cilindros más grandes todavía (en ese punto a una escala de decenas de miles de kilómetros y más) y con frecuencia estaban cubiertas de diseños y dibujos grabados de miles de kilómetros de anchura.

El mundo nido medio era una gran corona fruncida de tubos enmarañados dentro de tubos que iban dentro de tubos que estaban dentro de tubos; un halomundo de decenas de miles de años, de millones de kilómetros de anchura y situado en la circunferencia de su estrella local, su hebra de millones de kilómetros de longitud se retorció y giraba para proporcionar a decenas de miles de millones de morthanveld que vivían dentro de la inmensa construcción ese leve y agradable tirón de gravedad al que estaban acostumbrados.

Syaung-un no era un mundo común, tenía medio millón de años y era el mundo más grande de la Commonwealth morthanveld. Entre las especies involucradas que medían con metros, era uno de los asentamientos más poblados de toda la galaxia. Tenía trescientos mil kilómetros de diámetro, en ningún lugar tenía menos de un millón de kilómetros de grosor, contenía más de cuarenta trillones de almas y el montaje entero rotaba alrededor de una pequeña estrella que tenía en el centro.

La última trenza abierta de cilindros constituía por sí sola y con toda facilidad materia suficiente para producir un pozo de gravedad dentro del que se había creado una atmósfera oportunista enrarecida pero significativa a lo largo de varios decieones de existencia, una atmósfera que llenaba la pulsera abierta de hebras de hábitats retorcidos de una especie de pelusa calinosa de gas de desechos y escombros esparcidos. Los morthnnveld podrían haberlo limpiado todo, por supuesto, pero decidieron no hacerlo. El consenso era que dotaba la zona de unos efectos de luz de lo más agradables.

El *De ahí la fortaleza* los dejó en un satélite narisceno del tamaño de una luna pequeña (un grano de arena al lado de un mar que rodeaba el globo) y una pequeña lanzadera los llevó a toda velocidad a la trenza abierta del inmenso mundo encordado en sí; la estela susurraba contra el casco de la nave y la estrella del centro del mundo resplandecía entre una neblina a través de la filigrana de cables de Syaung-un, cada cable lo bastante sólido, parecía, para anclar todo un planeta.

A Ferbin le pareció el equivalente de toda una civilización, casi una galaxia entera, contenida dentro de lo que sería, en un sistema solar normal, la órbita de un solo planeta. ¿Qué vidas sin cuenta se vivían dentro de esas trenzas oscuras e interminables? ¿Cuántas almas nacían, vivían y morían dentro de esos monstruosos torzales rizados de tubos, sin ver (quizá sin sentir nunca la necesidad de ver) ningún otro mundo, paralizados para siempre en la vastedad de aquel prodigioso hábitat que los rodeaba y que era imposible explorar? ¿Qué vidas, qué destinos, qué historias debían de haber tenido lugar dentro de aquel aro que rodeaba a la estrella, aquel aro que se retorció, plegaba y desplegab sin cesar jamás?

Los depositaron en una zona portuaria y caótica llena de muros transparentes tanto cóncavos como convexos, cajones hidráulicos curvados y tubos; toda la disposición era como una burbuja de gas metida dentro de un enorme cilindro lleno

de agua y todo dispuesto para cubrir las necesidades de los pueblos que necesitan oxígeno para respirar, como los nariscenos y ellos. Una máquina de un tamaño parecido a un torso humano se acercó flotando a ellos y se anunció como Nuthe 3887b, un mecanismo de recibimiento morthanveld acreditado que pertenecía al Fondo Benevolente de los Primeros y Originales Viajeros Indigentes del Espacio Profundo Alienígena y que les dijo que sería su guía. Parecía servicial y era de colores alegres y brillantes, pero Ferbin jamás se había sentido más lejos de casa, ni más pequeño e insignificante.

Aquí estamos perdidos, pensó mientras Holse charlaba con la máquina y le pasaba sus escasas y patéticas posesiones. *Podríamos desaparecer en esta selva de civilización y progreso y nunca más nos verían. Podríamos disolvernarnos en su interior para siempre, comprimidos, reducidos a la nada por esta pura escala incomprensible. ¿Qué es la vida de un hombre si tal inmensidad casual puede existir siquiera?*

Los óptimos contaban en magnitudes, medían en años luz y hacían censos de su población por trillones, mientras que más allá de ellos los sublimados y los ancianos, a los que bien podrían unirse un día, pensaban no en años ni décadas, ni siquiera en siglos y milenios, sino en centieones y decieones como poco, y en centiaeones y deciaeones por lo general. La galaxia, entretanto, el propio universo, envejecía en eones, unidades de tiempo tan lejos de la comprensión humana como un año luz de un simple paso.

Estaban perdidos de verdad, pensó Ferbin con una especie de terror que le encogía el corazón y le provocaba un temblor por todo el cuerpo; olvidados, minimizados hasta la nada, colocados y clasificados como seres que están muy por debajo del más ínfimo nivel de relevancia solo por entrar en ese lugar espectacular, atronador y pasmoso, quizá incluso solo por llegar a comprender toda su inmensidad.

Así que fue una pequeña sorpresa tanto para Ferbin como para Holse que los saludara, antes de que Holse hubiera terminado de charlar con la máquina morthanveld, un caballero bajito, grueso y sonriente con unos tirabuzones largos y rubios que los llamó por su nombre en un sarlo excelente y bien articulado y con un tono de voz que podría ser el de un viejo amigo.

—No, para un morthanveld un mundo nido es un símbolo de sencillez, de intimidad —les informó su nuevo amigo mientras viajaban en un pequeño coche tubo por un túnel transparente y vaporoso que serpenteaba por uno de los tubos de hábitats de varios kilómetros de grosor—. ¡Por extraño que parezca! —añadió. El hombre les había dicho que se llamaba Pone Hippinse y él también estaba acreditado para recibir a los recién llegados, dijo, aunque solo había conseguido tal distinción poco tiempo antes. Para ser una máquina, Nuthe 3887b dio una impresión bastante clara de

sentirse molesta por la llegada de Hippinse—. El nido que un morthanveld macho teje cuando está intentando atraer a una consorte es una especie de torés de leña menuda de algas –continuó Hippinse—. Una especie de gran círculo. –Les mostró cómo era un círculo usando las dos manos.

Iban de camino a otra zona portuaria para lo que Hippinse describió como un «vuelo corto» en una nave espacial alrededor de una pequeña parte del inmenso aro que los llevaría a una instalación para invitados humanos más apropiada. La instalación (la Quinta Hebra de Grado 512, la 512/5 para la mayor parte de la gente) contaba con todas las recomendaciones de Hippinse.

–Estrictamente hablando... –empezó a decir Nuthe 3887b.

–Bueno, para un morthanveld una de estas cosas –dijo Hippinse, que sin hacer ningún caso de la maquinita agitaba los brazos para indicar todo el mundo nido– es una especie de símbolo de su matrimonio con el cosmos, ¿entienden? Hacen su emparrado conyugal en el espacio en sí y expresan así su conexión con la galaxia o lo que sea. En realidad es bastante romántico. Pero es un sitio inmenso; a ver, inmenso de verdad, de los que te deja patidifuso. Hay más morthanveld solo en este mundo nido que ciudadanos de la Cultura en cualquier otra parte, ¿sabían eso? –Dio la impresión de quedarse pasmado en nombre de sus invitados—. Y quiero decir incluyendo la Facción de Paz, los ulteriores, los elench y todos los demás grupos escindidos, categorías asociadas de modo informal, y grupos de parásitos afiliados casi por casualidad a los que resulta que les gusta el nombre de la Cultura. ¡Asombroso! Bueno, menos mal que he venido yo. –Les hizo una extraña mueca a Ferbin y a Holse que podría haber sido cordial, consoladora, conspirativa o cualquier otra cosa distinta.

Holse miraba a Pone Hippinse e intentaba adivinar qué era lo que pretendía.

»Quiero decir, chicos, que es mejor alejarlos de las atenciones de los medios de comunicación, los yonquis de las noticias y los aborinistas, gente así. –Hippinse eructó y se quedó callado.

Ferbin aprovechó la oportunidad para hacer una pregunta.

–¿Adónde vamos, con exactitud?

–A la instalación –dijo Hippinse mientras le echaba una mirada a Nuthe 3887b—. Hay alguien que quiere verlos. –Les guiñó un ojo.

–¿Alguien? –preguntó Ferbin.

–No puedo decirles nada; estropearía la sorpresa.

Ferbin y Holse intercambiaron una mirada.

Holse frunció el ceño y se volvió con gesto deliberado hacia la máquina morthanveld, que flotaba en el aire a un lado de los tres humanos sentados.

–Esa instalación a la que nos dirigimos... –empezó a decir.

–Es un lugar perfecto para... –comenzó a decir Hippinse pero Holse, que se había

sentado de costado en ese momento, levantó una mano para acallarlo, de hecho, la levantó casi delante de la cara del guía.

–Si no os importa, señor, estoy hablando con esta máquina.

–Bueno, yo solo iba a decir... –dijo Hippinse.

–Habládnos de ella –le dijo Holse en voz muy alta a la máquina–. Habládnos de esa instalación a la que se supone que vamos.

–... Que pueden encerrarse allí sin que nadie les moleste... –continuó Hippinse.

–La Quinta Hebra de Grado 512, o 512/5, es una instalación de procesamiento y traslado de humanoides –les dijo la máquina cuando Hippinse se calló por fin.

Holse frunció el ceño.

–¿Qué clase de procesamiento?

–Establecimiento de identidad, elaboración de acuerdos legales sobre comportamientos alienígenas en el mundo, puesta en común de conocimientos...

–¿Qué significa eso de puesta en común de conocimientos? –Holse había ayudado una vez a un policía municipal con sus investigaciones sobre el robo de una vajilla del ayuntamiento del condado local. Había sido una experiencia bastante más violenta y dolorosa de lo que implicaba la frase «ayudar con las investigaciones». Le preocupaba que la «puesta en común de conocimientos» fuera una mentira parecida vestida con palabras bonitas.

–Cualquier dato que se tenga se ruega que se comparta con las reservas de conocimientos del mundo nido –dijo Nuthe 3887b–, una cuestión filantrópica o caritativa, por regla general.

Holse seguía sin parecer muy contento.

–¿Y ese proceso duele? –preguntó.

–¡Por supuesto que no! –dijo la máquina, que parecía escandalizada.

Holse asintió.

–Continuad.

–La instalación de la Quinta Hebra de Grado 512 es una instalación patrocinada por la Cultura –les dijo la máquina. Tanto Ferbin como Holse se echaron hacia atrás e intercambiaron una mirada.

–¡Estaba llegando a eso! –exclamó Hippinse en un estallido repentino de exasperación contenida mientras agitaba los brazos.

Se trasladaron a la instalación en una nave pequeña y gruesa que se tragó entero el vehículo en el que viajaban. La nave dio una sacudida y partieron.

Una pantalla les mostró la vista que tenían delante durante los veinte minutos de viaje; Hippinse parloteaba sin cesar, señalaba lugares especiales, sobre todo patrones de cables famosos o bien ejecutados o diseños grabados en los cables, naves espaciales notables que llegaban o partían, efectos de la atmósfera estelar y unas

cuantas de las estructuras de favelas que no formaban parte oficial del mundo pero que se habían construido dentro de la red de cilindros que rodeaban Syaung-un y en el interior de la protección parcial, tanto física como simbólica, que ofrecía el enrejado de tan poderosos cilindros y su consiguiente envoltura de gases.

La Quinta Hebra de Grado 512 era una especie de miniorbital cercado por completo, construido de forma que se pareciese al mundo nido lo más posible. Solo tenía ochocientos kilómetros de anchura y (hasta que estabas justo encima) parecía bastante insignificante en medio de los bucles y giros de los cilindros principales del gigantesco mundo: apenas un anillo diminuto entre la inmensidad abierta de los supercables entretejidos y sumergidos en su calima accidental de atmósfera encontrada.

Más de cerca, la instalación se parecía un poco a la rueda de una bicicleta. Atracaron en el eje y Nuthe 3887b se quedó a bordo de la nave después de desearles lo mejor. El largo cabello rubio de Hippinse flotó alrededor de su cabeza como una nebulosa de rizos, se lo apartó de la cara y se lo sujetó en un moño con una pequeña redcilla. La achaparrada nave liberó el coche de los humanos y este se metió flotando por un radio curvado y hueco, como una torre fina y retorcida, por la que luego bajó.

—Les gusta poder ver a través de las cosas, ¿no? —dijo Holse mientras observaba a través del suelo transparente del coche, el lado transparente del radio hueco y el aparentemente inexistente techo del hábitat en miniatura que tenían debajo.

—Los morthanveld tienen la manía de la claridad —les dijo Hippinse—. A la Cultura no se le ocurriría ser tan grosera como para trazar sus lugares de modo diferente. —Bufó y después sacudió la cabeza.

Por dentro, la instalación era un pequeño mundo cinta propio, un bucle de paisaje que rotaba y estaba salpicado de parques, ríos, lagos y pequeñas colinas, con el aire lleno de máquinas voladoras de aspecto delicado. Tanto Ferbin como Holse sintieron que la gravedad iba aumentando a medida que descendían.

A medio camino, al acercarse a un conglomerado de lo que parecían enormes cuentas de cristal medio plateado pegadas al radio como una especie de excrecencia acuática, el coche empezó a perder velocidad. Se precipitó de la luz brillante y calinosa a la oscuridad y se detuvo con suavidad en el fondo del racimo de globos plateados.

—¡Caballeros! —anunció Hippinse mientras aplaudía con las manos regordetas—. ¡Nuestro destino!

Entraron en el interior iluminado con un brillo tenue y perfumado con un aroma agradable que se abría ante ellos y siguieron un pasillo curvo que se iba ensanchando (la gravedad era un poco superior a lo que ellos estaban acostumbrados, pero perfectamente tolerable) hasta un espacio abierto dominado por rocas enormes,

pequeños arroyos y amplios estanques, todo ello supervisado por una serie de plantas gigantescas de color verde amarillento y marrón azulado unidas por redes de follaje. Varios pájaros plateados revoloteaban sin ruido por la escena. Encima de ellos, el enrejado retorcido del mundo nido giraba con una elegancia silenciosa, firme y monumental.

Entre las plantas, arroyos y estanques había repartidos humanos de una amplia variedad de tipos corporales y colores de piel. Uno o dos miraron con despreocupación en su dirección y después volvieron a apartar la vista. Unos cuantos estaban totalmente desnudos, muchos casi por completo. Parecían estar, hasta el último hombre y mujer, en perfectas condiciones físicas, hasta los de aspecto más alienígena conseguían dar una sensación de lustrosa salud, y su porte era tan relajado que la visión de su desnudez no era tan escandalosa como podrían haber esperado los dos sarlos. Con todo, Ferbin y Holse se miraron. Holse se encogió de hombros. Un hombre y una mujer pasaron junto a ellos con una sonrisa, ninguno de los dos llevaba más que unas joyas.

Ferbin miró a Holse otra vez y carraspeó.

–Se diría que está permitido –dijo.

–Siempre que no sea obligatorio, señor –respondió Holse.

Una máquina pequeña con la forma de una especie de rombo casi cuadrículado se acercó a ellos flotando y se dirigió a ellos en un sarlo perfecto.

–Príncipe Ferbin, Choubris Holse, P. C. Hippinse, bienvenidos.

Los tres saludaron a la maquinita.

Una mujer (de una elegancia compacta, morena, ataviada con una combinación larga y lisa de color azul que solo dejaba al descubierto los brazos y la cabeza) se acercaba a ellos. Ferbin se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. ¿Era ella de verdad? Más mayor, muy diferente...

La mujer se acercó a él. Los que lo rodeaban se quedaron callados, hasta Hippinse, como si supieran algo que él desconocía. La mujer asintió una vez y esbozó una sonrisa cauta pero no hostil.

Ferbin se dio cuenta de que era Djan Seriy un instante antes de que la mujer abriera la boca para hablar.

22. Las Cataratas

—En estos momentos esta es nuestra vista más impresionante —dijo Jerfin Poatas al tiempo que agitaba el bastón y señalaba el extraño edificio que surgía entre las tenues brumas bronceínas. El tipo tenía que levantar la voz para que lo oyeran por encima de la estruendosa cacofonía de la cascada, aunque lo hacía con una especie de facilidad que implicaba que ni siquiera sabía que lo hacía, pensó Oramen.

El edificio Fuente era desde luego impresionante. Se acercaban a él en un pequeño vagón cubierto que traqueteaba por una de las muchas vías que serpenteaban dibujando caminos precarios y con frecuencia peligrosos entre islotes, bancos de arena, partes de edificios caídos y torretas ancladas colocadas en las propias aguas espumosas. El techo y los lados del vagón estaban hechos de material reutilizable recogido en la ciudad sin nombre, una sustancia parecida al vidrio pero más ligera, más flexible y mucho más transparente que cualquier cristal que Oramen hubiera visto fuera de un telescopio o un microscopio, y sin defecto alguno. Pasó la yema de un dedo por la superficie interior del material. Ni siquiera estaba frío como el vidrio. Se volvió a poner el guante.

El tiempo era fresco. En el cielo, en dirección anterior, casi justo debajo del barranco del Sulpitine después de que el río cayera por las cataratas, las estrellas rodantes Clissens y Natherley habían caído hacia el horizonte (Clissens parecía rozarlo, Natherley ya medio oculta por él) y solo quedaba la debilitada estrella rodante Kiesestraal para arrojar algo de luz sobre las Hyeng-zhar al salir por la dirección en la que se ocultaban Clissens y Natherley.

Kiesestraal arrojaba una luz débil, de color blanco azulado y aspecto acuoso, pero apenas proporcionaba calor alguno. Las estrellas rodantes tenían una vida de menos de mil millones de años y la de Kiesestraal ya casi había acabado. A punto de agotarse, seguramente solo le quedaban unos cuantos miles de años antes de extinguirse por completo, después de lo cual caería del techo situado a mil cuatrocientos kilómetros, atravesaría la atmósfera a toda velocidad (produciría un último, breve y horrendo estallido de luz y calor) y se estrellaría contra la superficie del Noveno en algún punto de su curso y, si los sabios de las estrellas, los catastrofistas, los astrólogos y científicos se habían equivocado en sus cálculos, o si sus advertencias eran desatendidas, provocaría una auténtica catástrofe allí donde cayera y podría matar a millones de personas.

Incluso si no había nadie presente justo debajo, la caída de una estrella muerta, sobre todo en un nivel en el que se daba una mayoría de suelo sólido, era un acontecimiento apocalíptico que pulverizaba tierra y roca y las convertía en polvo y fuego, que levantaba proyectiles del tamaño de montañas como si fueran metralla que

se extendía a su alrededor y producía todavía más impactos terribles que a su vez provocaban el nacimiento de sucesiones de cráteres cada vez más pequeños, piedras despedidas y rocalla hasta que al fin lo único que quedaba era un erial (con el centro barrido y convertido en un terreno baldío, en un mundo reducido al mínimo) y nubes de polvo y gas, años de inviernos cada vez más largos que todo lo agotaban, lluvias terribles, cosechas frustradas y vientos que aullaban llenos de polvo. El mundo entero resonaba con tales impactos. Incluso justo debajo del techo de un suelo que recibía ese impacto, a un ser humano le costaría notar algún efecto, así de sólida era la estructura de un mundo concha, pero las máquinas de todos los niveles, desde el núcleo a la superficie, registraban el golpe y oían al mundo resonar como una inmensa campana durante varios días. El Dios del Mundo, se decía, oía la caída de la estrella y lloraba.

Por suerte tales catástrofes no abundaban, la última sufrida por Sursamen había ocurrido decieones antes. Al parecer también formaban parte de la vida natural de un mundo concha modificado. O eso afirmaban los oct, los aultridia y otras especies conductoras de mundos concha. Y todas esas destrucciones llevaban a formas de creación, aseguraban, que producían nuevas rocas, paisajes y minerales. Y las estrellas podían reemplazarse, se podía colocar y encender otras nuevas, aunque era una tecnología que al parecer estaba fuera del alcance de especies como los oct y los aultridia, que confiaban en la buena voluntad de los óptimos para eso.

Ese destino era el que aguardaba a Kiesestraal y a la parte del Noveno sobre la que cayera; pero de momento, como si fuera una gran ola que retiraba las aguas antes de volver a cargar con furia, la estrella emitía un chorro fino y atenuado de luz, y por todo el curso del Sulpitine y mucho más allá, incluyendo los grandes mares interiores a ambos extremos del río, comenzaba a dejarse sentir un invierno parcial, primero con el enfriamiento del aire y después el de la tierra y las aguas también a medida que irradiaban su calor hacia la oscuridad que los envolvía. Muy pronto comenzaría a congelarse el Sulpitine y hasta el caos inmenso e incesante de las cataratas se detendría. Parecía imposible, increíble, pensó Oramen mientras observaba las visiones repentinas y esporádicas de la danza loca de las aguas, las olas que provocaban las excentricidades del viento creado por las cataratas y los atronadores muros de espuma que se levantaban, y sin embargo había pasado en siglos anteriores y seguramente ocurriría de nuevo.

El vagón comenzaba a detenerse. Traqueteaba por una sección elevada de vía estrecha y desigual sujeta sobre un arenal poco profundo por unas altas torretas. El arenal estaba rodeado de elipses y curvas de aguas veloces y estridentes que daba la sensación de que podían cambiar de rumbo en cualquier momento y llevarse las arenas y las torretas. Un vendaval parecía sacudir el pequeño vagón y apartar por un instante parte de la bruma y la espuma que lo rodeaba.

El edificio Fuente se alzaba sobre ellos y estallaba en surtidores curvos de agua que se convertían en espuma y lluvia que caía a su alrededor en un torrente incesante que comenzaba a tamborilear y golpear el techo del vagón y a sacudirlo a pulso. Un viento gélido gemía en los intersticios del vagón y Oramen sintió la corriente fría en la cara. Se preguntó si los aluviones y velos de agua que golpeaban el vagón se convertirían en nieve cuando llegara el invierno, pero antes de que se congelaran todas las cataratas. Intentó imaginárselo. ¡Qué magnífico sería!

Esos inviernos parciales eran casi desconocidos en el Octavo. En ese nivel, el techo era casi liso por completo, así que una estrella, ya fuera rodante o fija, arrojaba su luz con libertad y lanzaba sus rayos en todas direcciones salvo allí donde intervenía el propio horizonte. En el Noveno, por razones que solo los velo sabían y que daban a entender las ecuaciones de los fluidos cálculos físicos que hubieran empleado, el techo (y en ciertos sitios, también el suelo) estaba interrumpido de forma casi constante por las grandes aspas, palas y canales requeridos para hacer que los mundos concha funcionasen de acuerdo con su misterioso propósito original.

Unos elementos que por lo general se extendían a lo largo de kilómetros o decenas de kilómetros desde el suelo o el techo y con frecuencia atravesaban directamente el horizonte. Se sabía que algunas ristras del techo se extendían casi por medio mundo.

El resultado era que la luz de una estrella estaba con frecuencia mucho más localizada en el Noveno que en el Octavo, de modo que la luz del sol brillaba a lo largo de una línea del paisaje mientras que justo a un lado el resto se mantenía en una sombra profunda y solo recibía la luz reflejada de la extensión general del cielo brillante en sí. Algunas tierras malditas, por lo general las atrapadas entre altas aspas superficiales, no recibían ningún tipo de luz directa en ningún momento y eran auténticos yermos.

El vagoncito siguió lanzando resoplidos y nubes de vapor hasta que se detuvo con una sacudida y un chirrido de frenos a solo unos metros de una serie de topes que parecían dañados, el agua se estrellaba y estallaba por el techo y los costados del vagón y lo mecía como si estuviera en una cuna de locos. Un haz de vapor se alzó en espiral desde las ruedas.

Oramen miró al suelo. Se encontraban en equilibrio sobre el costado de un gran edificio ladeado y caído hecho, o al menos revestido, de un material muy parecido al que le había proporcionado al vagón los costados y el techo. Las vías del tren reposaban en unos caballetes como cuñas acopladas al costado del edificio en sí, lo que parecía más seguro que las torretas de aspecto endeble que acababan de atravesar.

Unos metros más allá de los topes, el borde del edificio caía de golpe para revelar (entre ese edificio tirado y el edificio Fuente, todavía erguido) un caldera con un remolino salvaje de bruma y espuma de cincuenta metros o más de profundidad, en

cuya base (en las pocas ocasiones en las que las nubes de vapor se hendían lo suficiente como para que se abriera la perspectiva) se podía vislumbrar por un instante un oleaje gigante de espuma teñida de marrón.

Una gran plataforma de madera y metal se extendía desde las vías, en el lado de la ladera inclinada, bañada por los torrentes casi sólidos de agua que caían del edificio Fuente. En la superficie de la plataforma había tiradas una o dos máquinas, aunque resultaba difícil imaginar cómo podía trabajar nadie en la plataforma con aquel impresionante y demoledor diluvio. Algunas partes de los bordes de la plataforma parecían haberse roto, era de suponer que se los había llevado la fuerza del agua que caía.

–Esta era una plataforma del andamiaje de las obras del edificio que tenemos debajo –dijo Poatas– hasta que el hundimiento de tierras o derrumbamiento del túnel río arriba provocó que el edificio que tenemos delante se convirtiera en el edificio Fuente.

Poatas se había sentado junto a Oramen, detrás del conductor del vagón. Los asientos posteriores los habían ocupado Droffo, el caballero de Oramen, y su sirviente, Neguste Puibive. Oramen sentía las rodillas huesudas del tipo presionándole la espalda a través del fino respaldo del asiento cada vez que Neguste cambiaba de postura sus largas piernas. En la última fila estaban los caballeros Vollird y Baerth. Eran su guardia personal, escogidos a propósito por Tyl Loesp y muy recomendables y capaces, según le habían dicho, pero Oramen los encontraba dados al mal humor y su presencia un tanto desagradable. Habría preferido dejarlos en casa (encontraba excusas para ello siempre que podía) pero había espacio en el vagón y Poatas había hablado con tono sombrío de que necesitaban todo el peso que pudieran reunir en el pequeño vehículo para contribuir a mantenerlo anclado a las vías.

–Esta plataforma parece correr cierto peligro de que se la lleven las aguas –le gritó Oramen a Poatas, quizá con un tono demasiado alto.

–No cabe duda –admitió el hombrecito encorvado–. Pero es de esperar que no ocurra todavía. De momento, es la que ofrece la mejor vista del edificio Fuente. –Clavó el bastón en el aire y señaló aquella estructura alta e improbable coronada de espuma.

–Que es toda una visión –admitió Oramen mientras asentía. Levantó la cabeza y miró el edificio bajo la luz broncea de la penumbra de la puesta de sol. Los pliegues y las olas de agua caían y se estrellaban contra el techo del vagón, un golpe especialmente pesado rebotó de repente sobre el material casi invisible que los protegía e hizo que el coche entero se estremeciera, como si estuviera a punto de verse arrojado de las vías y lanzado por la superficie empapada de la plataforma sin vías, sin duda para estrellarse y romperse en mil pedazos en el fondo.

–¡Por los tres huevos del Dios! –soltó de repente Neguste Puibive–. Perdón, señor –murmuró.

Oramen sonrió y levantó una mano para perdonarlo. Los golpeó otra ola de agua sólida que hizo que crujiera algo en un lado más bajo de los asientos.

–Chire –dijo Poatas al tiempo que le daba al conductor unos golpecitos en el hombro con la punta del bastón–. Creo que podríamos dar marcha atrás.

Oramen levantó una mano.

–Pensé que podría intentar salir un poco –le dijo a Poatas.

Los ojos de Poatas se abrieron de par en par.

–E intentarlo es todo lo que vais a hacer, señor. Las aguas os derribarían y os llevarían antes de que pudierais respirar una sola vez.

–Y, señor, además quedaríais empapado –señaló Neguste.

Oramen sonrió y contempló el torbellino de agua que se estrellaba y el viento que giraba en el aire.

–Bueno, solo sería un momento, únicamente para experimentar algo de un poder tan fabuloso y una energía tan poderosa. –Se estremeció de anticipación.

–Según esa lógica, señor –dijo Droffo, que se había adelantado un poco para hablarle en voz muy alta a Oramen al oído–, se podría experimentar algo de la potencia y energía de un proyectil colocando la cabeza sobre el cañón justo cuando alguien tirase de la cuerda y el gancho de disparo. Sin embargo, me aventuraría a sugerir que la sensación resultante no permanecería mucho tiempo en el cerebro.

Oramen esbozó una gran sonrisa, se dio la vuelta para mirar a Droffo y después miró otra vez a Poatas.

–Mi padre advirtió a todos sus hijos que habría momentos en los que hasta los reyes deben admitir que les han ganado la partida. Supongo que debo prepararme para esos momentos. Acepto el criterio del parlamento aquí reunido. –Estiró una mano y la agitó entre Poatas y el conductor, que se había dado la vuelta para mirarlos–. Chire, ¿ese era tu nombre?

–Sí, señor.

–Por favor, haz lo que dice el señor Poatas y retirémonos un poco.

Chire miró a Poatas, que asintió. El tren hizo un cambio de marchas y después comenzó a dar marcha atrás, entre resoplidos, nubes de vapor y el olor a aceite caliente.

Droffo se dio la vuelta para mirar a Vollird y Baerth.

–¿Se encuentran bien, caballeros?

–Nunca mejor, Droffo –respondió Vollird. Baerth se limitó a gruñir.

–Están muy callados –dijo Droffo–. No se habrán puesto enfermos con tanto movimiento, ¿verdad?

–Hace falta algo más –le dijo Vollird con una sonrisa muy poco sincera–. Aunque

puedo ponerme enfermo con la provocación suficiente.

–De eso estoy seguro –contestó Droffo al tiempo que volvía a darles la espalda.

–Las Cataratas miden, ¿qué? ¿Diez mil pasos de anchura? –le preguntó Oramen a Poatas cuando se retiraron.

Poatas asintió.

–De orilla a orilla, en línea recta. Y hay que añadir otros dos mil si se sigue la curva de la caída.

–Y unos mil pasos de eso no tienen agua, ¿no es eso? Allí donde las islas del arroyo, río arriba, bloquean el flujo.

–Más bien dos mil pasos –dijo Poatas–. La cifra cambia de forma constante, son muchas las cosas que cambian aquí. En un momento dado podría haber trescientas o cuatrocientas cascadas independientes dentro de la gran catarata.

–¿Tantas? ¡Yo había leído que solo había doscientas!

Poatas sonrió.

–Hace un puñado de años largos era verdad. –Su sonrisa quizá pareciera un poco crispada–. Es obvio que nuestro joven señor ha investigado en sus libros, pero debe ceder la autoridad a lo que en realidad es pertinente.

–¡Por supuesto! –chilló Oramen cuando el aullido de una ráfaga de viento llena de lluvia sacudió el vagón–. ¡Qué rápido cambia todo, eh!

–Como ya os he dicho, señor, son muchas las cosas que cambian aquí.

La residencia del alcalde de Rasselle había sido saqueada y quemada durante la toma de la ciudad. La madre de Oramen y su nueva familia se alojaban en el antiguo palacio ducal de Hemerje mientras se efectuaban las reparaciones y renovaciones.

Construida sobre una amplia y fértil planicie, la capital deldeyna había crecido según un plan bastante diferente al de Pours, sobre su colina, con amplios bulevares bordeados de árboles que separaban una gran variedad de extensos enclaves: haciendas de nobles, palacios, monasterios, patios de comercio de los gremios y las ligas y la Cámara de los Comunes. En lugar de murallas, el interior de la ciudad estaba rodeado por un conjunto doble de canales vigilados por seis grandes torres: altas fortalezas que eran los edificios más altos de la ciudad y seguirían siéndolo por ley. La ciudadela, cerca del Gran Palacio, era un barracón gigante con forma de barril, un lugar al que se acudía como último recurso y sin pretensión alguna de lujo, del mismo modo que el Gran Palacio era una simple gran casa real con poca posibilidades intrínsecas de ser defendida.

Todos los elementos de la ciudad estaban unidos por los bulevares y, en un principio, por canales y después vías. Antes de ese cambio y después de la Revuelta de los Mercaderes, se había construido sobre parte de los bulevares, lo que había dejado simples calles entre las murallas del enclave y los nuevos edificios y una

avenida central muy reducida en lo que había sido el centro de cada bulevar. Tres generaciones después, algunos nobles seguían quejándose.

El palacio ducal de Hemerje era un edificio imponente de techos altos y sensación de solidez, con suelos oscuros y gruesos de madera pesada y sonora. Las altas murallas del complejo encerraban un jardín antiguo lleno de céspedes bien cuidados, árboles umbrosos, riachuelos cantarines, estanques tranquilos y una huerta generosa.

Aclyn, lady Blisk, la madre de Oramen, lo recibió en el vestíbulo, se acercó a él corriendo y lo cogió por los hombros.

–¡Oramen! ¡Minino! ¿Eres tú de verdad? ¡Pero mírate! ¡Cómo has crecido! ¡Te pareces tanto a tu padre! Entra, entra. ¡A mi Masyen le habría encantado verte, pero está tan ocupado! Pero debes venir a cenar. Quizá mañana o pasado mañana. ¡Mi Masyen se muere por conocerte! ¡Y es el alcalde! ¡Alcalde! ¡De veras! ¡De esta gran ciudad! Oh, dime, ¿quién lo habría pensado?

–Madre –dijo Oramen mientras la rodeaba con los brazos–. Ansiaba tanto verte... ¿Cómo te encuentras?

–Estoy bien, estoy bien. Suéltame, tonto, que me vas a arrugar el vestido –le dijo la dama con una carcajada mientras lo apartaba con las dos manos.

Aclyn era mayor y más gruesa de lo que Oramen se había imaginado. Suponía que era inevitable. Su rostro, aunque más arrugado e hinchado de lo que se veía tanto en los retratos como en la imaginación de su hijo, parecía resplandecer. Iba vestida como si fuese a un baile, aunque con un delantal sobre el vestido. El cabello cobrizo lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza y empolvado según la última moda.

–Por supuesto –dijo– todavía me estoy recuperando del pequeño Mertis, eso fue horrible. Ah, los hombres, no tenéis ni idea. ¡Le dije a mi Masyen que no me iba a volver a tocar jamás! Aunque solo era una broma, por supuesto. Y el viaje hasta aquí fue horrendo, no se acababa nunca, pero... ¡esto es Rasselle! ¡Tantas cosas que ver y hacer! ¡Tantas galerías, tiendas, recepciones y bailes! ¿Quién podría estar bajo de ánimo aquí? ¿Vas a comer con nosotros? –dijo la dama–. ¡Aquí el ritmo de los días es tan raro! Seguimos comiendo a horas extrañas, ¿qué pensara la gente de nosotros? Estábamos a punto de sentarnos a almorzar en el jardín, el tiempo es tan agradable... Acompáñanos, ¿quieres?

–Será un placer –le dijo Oramen mientras se quitaba los guantes y se los daba junto con la capa de viaje a Neguste. Recorrieron un vestíbulo bien iluminado, con los suelos oscuros envueltos en gruesas alfombras. Oramen ajustó su paso al de su madre y frenó un poco. Varios sirvientes sacaban cajas de aspecto pesado de otra habitación y se retiraron un poco para dejar pasar a Oramen y su madre.

–Libros –dijo Aclyn con lo que parecía desagrado–. Todos totalmente incomprensibles, por supuesto, aunque alguien quisiera leerlos. Estamos convirtiendo la biblioteca en otro salón de recepción. Intentaremos vender todas esas antiguallas,

pero el resto tendremos que quemarlos. ¿Has visto a Tyl Loesp?

–Creí que lo vería –dijo Oramen mientras se asomaba al borde de una de las cajas llenas de libros–. Pero me han dicho que acaba de dejar Rasselle para visitar una provincia remota. Se diría que las comunicaciones de este nivel siguen siendo erráticas.

–¿No es una maravilla de hombre? ¡Tyl Loesp es un hombre extraordinario! Tan valiente y gallardo, qué autoridad. A mí me impresionó mucho. Con él estás en buenas manos, Oramen, mi pequeño príncipe regente, te quiere mucho. ¿Te alojas en el Gran Palacio?

–Así es, aunque hasta el momento solo ha llegado allí mi equipaje.

–¡Así que has venido aquí primero! ¡Qué encanto! Por aquí, ven a conocer a tu nuevo hermanito.

Los dos bajaron hasta las terrazas perfumadas.

Oramen se encontraba en una alta torre dentro de la inmensa garganta del retroceso formado por las Hyeng-zhar, se asomaba a otro gran edificio que, si los ingenieros y excavadores no se habían equivocado, había sido socavado de forma fatal y definitiva por el oleaje que levantaba espuma alrededor de su base, buena parte del cual descendía del cercano edificio Fuente; esa sería la segunda construcción cuyo destino el extraño edificio había precipitado. La construcción en la que se encontraba el príncipe era estrecha y con forma de daga, y se suponía que todavía contaba con cimientos sólidos. La pequeña plataforma circular que tenía debajo se asentaba en la cima como un anillo que se hubiera colocado en la punta de la daga. El edificio al que miraba también era alto y delgado, pero plano como la hoja de una espada, sus bordes resplandecían bajo la luz tenue de color azul grisáceo de Kiesestraal.

La debilitada estrella era ya casi la única luz que quedaba, una cinta fina en el cielo, una simple línea en el horizonte que brillaba hacia polo lejano, en la dirección de Rasselle. Enfrente, por donde Clissens y Natherley habían desaparecido unos días antes, solo el ojo más imaginativo podía detectar algún resto de su paso. Unas cuantas personas, quizá con una vista algo diferente a la norma, afirmaban que todavía podían vislumbrar una insinuación de rojo que quedaba por allí, pero nadie más lo veía.

Con todo, pensó Oramen, los ojos se acostumbraban, o quizá lo hacía la mente. La vista carecía de brillo bajo la escasa luz de Kiesestraal pero la mayor parte de las cosas seguían siendo visibles. El efecto conjunto de la presencia de Clissens y Natherley en el cielo había conseguido solo que el tiempo fuera opresivo, demasiado cálido cuando alcanzaban el cenit, según había oído, y la luz había sido excesiva para muchos ojos. Quizá estuvieran mejor bajo esa luz más racionada. Oramen se estremeció y se levantó el cuello cuando una ráfaga de viento cortante envolvió la

fin a cima de la torre.

Había nevado, aunque no había cuajado. El río estaba frío y se empezaba a formar hielo corriente arriba, en los estanques tranquilos que había junto a las orillas. Más arriba, junto al nacimiento, los informes decían que el mar Sulpine Superior (la primera parte del sistema fluvial que experimentaba la desaparición completa de las dos estrellas rodantes de los cielos) estaba empezando a congelarse.

El aire pocas veces se quedaba quieto, incluso lejos de las Cataratas en sí, donde el extraordinario peso del agua que caía creaba su propio torbellino enloquecido de ráfagas y remolinos eternos. Estas ráfagas podían concentrarse, y de hecho lo hacían, en tornados laterales capaces de llevarse en volandas hombres y equipo, secciones enteras de la vía del tren y trenes enteros sin apenas aviso previo.

En ese momento, cuando la amplia franja de tierra del Noveno a la que se le negaba toda luz salvo la de Kiesestraal se iba enfriando poco a poco mientras el resto del continente que la rodeaba permanecía templado, los vientos soplaban casi de forma constante, haciendo gemir los engranajes del inmenso motor de la atmósfera que intentaba equilibrar los paquetes fríos y calientes de aire, se creaban vendavales que duraban varios días y grandes tormentas que levantaban paisajes enteros de arena, sedimentos y polvo a varios cientos de kilómetros de distancia y los arrojaban por todo el cielo, le robaban a la tierra la poca luz que había y entorpecían el trabajo en las excavaciones de las Cataratas cuando los generadores, los cables de alta tensión, las máquinas y las luces luchaban por penetrar en la penumbra que lo envolvía todo, todo se detenía con una sacudida, con los mecanismos bloqueados por el polvo. Las grandes ventiscas de arena eran capaces de dejar tanto material en el río, corriente arriba, que (según la dirección de la última tormenta y el color del desierto del que hubiera levantado su cargamento de granos arremolinados) las aguas de la catarata se ponían de color pardo, gris, amarillo, rosa o rojo oscuro, del mismo color que la sangre.

Ese día no había velos de arena, ni siquiera una nube normal, el día podría haber estado tan oscuro como la noche. El río seguía precipitándose por las rocas que coronaban las cataratas y caía a un océano de saltos, el rugido hacía estremecerse las rocas y el aire, aunque Oramen había notado que, en cierto sentido, él ya apenas si oía el ruido y se había acostumbrado enseguida a modular la voz al nivel adecuado sin ni siquiera pensar en ello. Incluso en su alojamiento, un pequeño complejo del asentamiento a un kilómetro del barranco, podía oír la voz de la catarata.

Sus dependencias, que en otro tiempo habían sido las del archipontino de la misión Hyeng-zhar (el hombre que estaba al mando de los monjes que habían elegido morir antes que abandonar sus puestos) estaban formadas por varios vagones lujosamente amueblados y rodeados por una serie de muros de alambres muy sólidos pero móviles que se podían trasladar por las arenas y matorrales para mantenerse a la

altura de los vagones según se fuera necesitando. Junto al barranco se había tendido todo un sistema de vías anchas que formaban el distrito más organizado y disciplinado de la ciudad móvil. A medida que el barranco se retiraba y las cataratas subían corriente arriba, se iban tendiendo más vías y cada cincuenta días, más o menos, la parte oficial del asentamiento, casi toda metida en vagones de viajeros y mercancías, se trasladaba para seguir el progreso imparable de la cascada río arriba. El resto de la ciudad (los distritos no oficiales de mercaderes, mineros y peones y todo el personal asociado de apoyo: empleados de bares, banqueros, proveedores, prostitutas, hospitales, predicadores, artistas y guardias) se trasladaban con sacudidas espasmódicas, más o menos al ritmo que imponía el corazón burocrático del asentamiento.

El complejo de Oramen siempre se encontraba cerca del canal que no se dejaba de cavar ni un instante en la orilla paralela al río, por delante de la retirada de las cataratas, al ritmo del progreso de las vías del tren. El canal proporcionaba agua potable y de aseo para el asentamiento y energía para los varios sistemas hidráulicos que bajaban y subían a los hombres y el equipo que entraban y salían del barranco, además de sacar el botín saqueado. Por la noche, en las extrañas ocasiones en las que los vientos se callaban, a Oramen le parecía oír, incluso por encima del lejano estruendo de las cataratas, los quedos gorgoteos del canal.

Qué rápido se había acostumbrado a ese extraño lugar, siempre temporal. Por extraño que pareciera, lo había echado de menos los cinco días que había pasado en Rasselle y los cuatro días que le había llevado ir y volver. Era algo parecido al efecto de la extraordinaria voz de la catarata, ese rugido inmenso e incesante. Te acostumbrabas tan pronto a él que cuando te ibas, su ausencia parecía un vacío interior.

Entendía a la perfección por qué tantas de las personas que llegaban no se iban, no durante mucho tiempo, no sin querer siempre regresar otra vez. Se preguntó si no debería irse antes de que él también se habituara demasiado a las Hyeng-zhar, como a alguna droga temible. Se preguntó si eso era lo que quería en realidad.

La bruma seguía trepando y adentrándose en los cielos de color pizarra. Los vapores se enroscaban y retorcían alrededor de las torres expuestas (la mayor parte totalmente erguidas, muchas inclinadas y varias más caídas) de la Ciudad Sin Nombre. Más allá de la altura condenada del edificio de los filos planos, el edificio Fuente seguía irguiéndose como uno especie de adorno perturbado del jardín de un dios, sembrando de lentas oleadas de agua todo lo que lo rodeaba. Al otro lado de ese edificio, visible de vez en cuando entre la espuma y la bruma, se podía ver el borde horizontal ribeteado de negro que marcaba el comienzo de la gran meseta situada a media altura de los edificios más altos y que muchos de los estudiosos y expertos de las Cataratas pensaban que correspondía al centro de la extraña ciudad, largo tiempo

enterrada. Un muro de agua se precipitaba por ese borde y caía como una cortina plisada de crema oscura hasta la base del barranco, levantando al mismo tiempo más espuma y más brumas.

Mientras Oramen miraba, algo destelló con un tono azul apagado tras las aguas y las iluminó desde dentro. El príncipe se sobresaltó durante un segundo. Las explosiones de los canteros y los especialistas en explosivos por lo general solo se oían, no se veían. Cuando resultaban visibles en la oscuridad, el destello era de un color blanco amarillento, a veces naranja si la carga no explotaba del todo. Entonces se dio cuenta de que seguramente era el personal encargado de los cortes. Uno de los descubrimientos más recientes que habían hecho los deldeynos era el modo de atravesar ciertos metales utilizando arcos eléctricos. Un método que podía producir unos destellos azules fantasmales como el que acababa de ver.

Por otro lado, los mineros y saqueadores (una panda muy supersticiosa que se inquietaba con facilidad en el mejor de los casos, según lo que todos decían) habían comentado que habían visto más cosas extrañas e inusuales de lo habitual. En esos días la única luz externa procedía de Kiesestraal y buena parte de su trabajo y su atención se concentraba en los edificios situados bajo aquella plaza de varios kilómetros de anchura, donde habría estado bastante oscuro incluso si los días hubieran disfrutado de una luz normal.

Con la perspectiva de trabajar en aquella oscuridad redoblada, al amparo de unas luces toscas y poco fiables y en un entorno que podía cambiar en cualquier momento y matarte de tantas y tan repentinas maneras, rodeado por los restos fantasmales de edificios de una antigüedad casi inimaginable, lo extraño era que los hombres se aventuraran siquiera a bajar allí, no que experimentaran o imaginaran cosas fuera de lo normal. Aquel era un lugar fuera de lo normal, pensó Oramen. Pocos lugares de los que él hubiera oído hablar lo eran más.

Se llevó los pesados binoculares a los ojos y registró el paisaje en busca de gente. Siempre que mirabas y adonde quiera que miraras con la atención necesaria, las Cataratas (tan inmensas, tan impersonales, con una magnitud tan furiosa e indiferente a la de la humanidad) resultaban estar plagadas de figuras humanas, animales y actividad. Pero el príncipe buscó en vano. Los gemelos eran los mejores que había disponibles, con unas lentes grandes y amplias para acumular tanta luz como fuera posible de modo que, si acaso, mostraban un paisaje más iluminado de lo que lo estaba en realidad, pero incluso así todavía había muy poca luz para ver con suficiente detalle y distinguir a los individuos.

—¡Aquí estáis! Señor, nos dais esquinazo y un buen susto en igual medida cuando os escabullís así. —Neguste Puibive llegó al mirador con varias bolsas y un gran paraguas. Después se inclinó hacia atrás en la puerta—. ¡Está aquí! —gritó escaleras abajo—. El conde Droffo también nos acompaña —le dijo a Oramen—. Pero por suerte

no los señores V y B. –Oramen sonrió. A Neguste no le caían mejor que a él Vollird y Baerth.

Oramen les había dicho a los dos caballeros que su presencia no era necesaria. Lo cierto era que no veía la necesidad de que contar con una guardia personal tan dedicada, los peligros principales que encerraba el barranco en sí no estaban provocados por las personas y él no se adentraba en las partes del asentamiento donde ocurrían actos violentos. Con todo, los dos hombres lo acompañaban, con gesto hosco, siempre que el príncipe no tenía un cuidado especial en perderlos. Ponían como excusa que si algo le llegaba a ocurrir a Oramen, Tyl Loesp les partiría el cráneo como si fueran un par de huevos.

Oramen se pasaba buena parte de su tiempo evitando a personas que le parecían desagradables. El general Foise, que estaba al cargo de la seguridad y protección del asentamiento y las Cataratas, era una de esas personas. El hombre al que Fanthile había descrito como alguien dedicado casi de forma exclusiva a Tyl Loesp no era en absoluto siniestro y no daba la menor indicación de ser otra cosa que un funcionario leal del Ejército y el Estado. Era, sin embargo, una persona muy aburrida. Era un hombre delgado y miope tras unos gruesos cristales, tenía un rostro delgado que nunca sonreía y una voz serena y monótona. Era una persona anodina en la mayor parte de los sentidos y se parecía más al secretario de un mercader que a un auténtico general. Su historial en las últimas guerras era encomiable, si bien no espectacular. Los suboficiales que lo rodeaban eran parecidos: eficientes pero poco inspiradores, más gestores que intrépidos espadachines. Pasaban mucho tiempo trabajando en planes y contingencias y determinando el mejor modo de proteger el mayor número de lugares posibles con el menor número de hombres. Oramen estaba encantado de dejarlos trabajar a su modo y no solía intentar meterse.

–Debéis dejar de salir corriendo así, señor –dijo Neguste mientras abría el gran paraguas y lo sostenía sobre la cabeza de Oramen. El príncipe supuso que sí se podía decir que había algo de espuma flotando–. Cada vez que os pierdo de vista, creo que os habéis caído de un edificio o algo parecido, señor.

–Quería ver esto –dijo Oramen, al tiempo que señalaba el gran edificio plano que se alzaba al otro lado del yermo salpicado de brumas de las aguas espumosas–. Los ingenieros dicen que podría caer en cualquier momento.

Neguste se asomó un poco.

–Pero no caerá hacia aquí, ¿verdad, señor?

–Al parecer, no.

–Esperemos que no, señor.

Entre el edificio con aspecto de hoja y el edificio Fuente, otro destello azul iluminó la cortina de agua que caía de la inmensa plaza situada al otro lado de los edificios de enfrente.

–¿Habéis visto eso, señor?

–Sí. El segundo desde que estoy aquí.

–Fantasmas, señor –dijo Neguste con énfasis–. Ahí está la prueba.

Oramen giró la cabeza por un momento.

–Fantasmas –dijo–. ¿De veras?

–Tan cierto como el destino, señor. He estado hablando con los caldereros, los cinturones apretados, los dinamiteros y demás, señor. –Oramen sabía que Neguste era de los que frecuentaba los bares infames y peligrosos, las tiendas donde se fumaba y los salones de baile de las zonas menos salubres del asentamiento, hasta el momento sin recibir daño alguno–. Dicen que hay todo tipo de cosas terribles, extrañas y misteriosas ahí dentro, bajo esa especie de plaza.

–¿Qué clase de cosas? –preguntó Oramen. Siempre le gustaba oír los detalles concretos de tales cargos.

–Oh –dijo Neguste, al tiempo que sacudía la cabeza y encogía las mejillas succionándolas–, cosas terribles, extrañas y raras, señor. Cosas que no deberían ver la luz del día. Ni siquiera de la noche –dijo mirando el cielo oscurecido–. Es un hecho, señor.

–¿Ah, sí? –dijo Oramen. Saludó a Droffo con la cabeza cuando apareció. El conde se mantuvo en la parte interna de la plataforma, junto al muro. No era muy aficionado a las alturas–. Droff. Bien hecho. Te toca a ti esconderte. Cuento hasta cincuenta.

–Señor –dijo el conde con una sonrisa débil, se acercó al príncipe y se detuvo tras él. Droffo era un tipo estupendo en muchos sentidos, dueño también de un sentido del humor seco, pero pocas veces les encontraba la gracia a los chistes de Oramen.

Oramen se inclinó sobre el parapeto de la plataforma y miró por el borde.

–No está tan alto, Droff.

–Lo suficiente, príncipe –dijo Droffo, que levantó la cabeza y miró hacia otro sitio cuando Oramen se inclinó un poco más–. Preferiría que no hicierais eso, señor.

–Yo también, que conste, señores –dijo Neguste al tiempo que miraba a un hombre y después al otro. Una ráfaga de viento amenazó con tirarlo.

–Neguste –dijo Oramen–, baja ese artilugio antes de que el viento te tire de este maldito edificio. De todos modos, la espuma viene sobre todo de abajo así que no sirve de nada.

–De acuerdo, señor –contestó Neguste, bajó el paraguas y lo plegó–. ¿Habéis oído hablar de todos esos sucesos extraños, señor? –le preguntó a Droffo.

–¿Qué sucesos extraños? –preguntó el conde.

Neguste se inclinó hacia él.

–Grandes monstruos marinos que se mueven por las aguas corriente arriba, se alejan de las cataratas, señores, vuelcan botes y arrancan anclas. Se ven también

corriente abajo, se mueven allí por donde ningún barco se atrevería a ir. Espíritus, fantasmas y apariciones extrañas, personas a las que encuentran congeladas en piedra o convertidas en polvo, no más polvo del que se podría sostener en la palma de una mano, señor, y otras que pierden el juicio de modo que no reconocen a nadie, ni siquiera a sus seres más queridos y cercanos y vagan por las ruinas hasta que caen por un barranco. Personas que ven algo en las ruinas y las excavaciones, algo que los hace acercarse a la luz eléctrica más cercana y clavan la vista en ella hasta que sus ojos se quedan ciegos, o bien meten las manos para tocar la chispa y mueren entre sacudidas, humeando y llameando.

No era la primera vez que Oramen oía todo eso. Se dio cuenta de que él también podría haber contribuido con su propio suceso extraño.

Solo diez horas antes lo había despertado en plena noche un ruidito extraño e insistente. Había abierto la lámpara de vela y había mirado por el vagón bajo la luz creciente para intentar encontrar la fuente del gorjeo. Jamás había oído un sonido parecido. Parecía un trino curioso, metálico.

Notó una luz verde y suave que se encendía y apagaba, como un parpadeo, no en el compartimento que servía de dormitorio sino a través de la puerta abierta, en el estudio y cámara de recepción del vagón. Xessice, la chica cuya presencia prefería desde que había llegado al asentamiento, se agitó un poco pero no despertó. El príncipe salió de la cama sin ruido, se puso una bata y sacó la pistola de debajo del cabecero.

La luz y el sonido procedían de una bella maqueta del mundo, labrada y ornamentada con delicadeza, que se encontraba en la mesa del estudio. Era uno de los pocos adornos que Oramen había conservado de cuando el carruaje había pertenecido al archipontino. Lo admiraba por su elaboración, de una ejecución exquisita, y había sido casi físicamente incapaz de tirarlo, aunque sospechaba que era en cierto sentido un artefacto religioso foráneo y por tanto no demasiado adecuado para un buen sarlo que respetaba al Dios del Mundo.

En ese momento el objeto emitía ese trino extraño y alienígena y en su interior palpitaba una luz verde. La forma también había cambiado, había sido reconfigurada o bien se había reconfigurado sola de modo que las partes medio abiertas y separadas de las conchas se habían alineado y habían creado una especie de hemisferio erizado con la luz verde pulsando en su interior. El príncipe miró por el estudio (la luz verde iluminaba el espacio lo suficiente como para poder ver), después cerró sin ruido la puerta que llevaba al dormitorio y se sentó en la silla que había delante del escritorio. Se estaba planteando sondear la luz verde central con el cañón del arma cuando la luz se apagó con un parpadeo y quedó sustituida por un círculo suave de colores que iban cambiando despacio y que a él le pareció una especie de pantalla. Se había echado hacia atrás al ocurrir eso pero después se inclinó de nuevo hacia delante con gesto

vacilante, y entonces se oyó una voz suave y andrógina.

–¿Hola? ¿Con quién hablo? ¿Es usted sarlo, sí? El príncipe Oramen, se me advierte, ¿es así?

–¿Quién habla? –contestó Oramen–. ¿Quién desea saberlo?

–Un camarada. O, para ser más precisos, alguien que querría ser un camarada, si así se lo permitieran.

–He conocido a muchos camaradas. No todos eran lo que podrían parecer en un primer momento.

–¿Y quién de nosotros lo es? Con todos nos equivocamos. Hay tantas barreras a nuestro alrededor. Estamos demasiado separados. Yo pretendo eliminar algunas de esas barreras.

–Si quiere ser mi camarada, ayudaría saber su nombre. Por su voz, no estoy muy seguro de que sea varón.

–Llámeme camarada, entonces. Mi identidad es complicada y solo serviría para confundir. Usted es el príncipe de Sarl llamado Oramen, ¿verdad?

–Llámeme oyente –sugirió Oramen–. Títulos, nombres; pueden confundir, como al parecer ya hemos acordado.

–Ya veo. Bueno, oyente, quiero expresarle mis mejores deseos y la mayor benevolencia posible por mi parte, con la esperanza de que haya entendimiento y un interés mutuo. Le ruego que acepte estos ofrecimientos.

Oramen llenó la pausa que se produjo.

–Gracias. Le agradezco sus buenos deseos.

–Bueno, una vez aclarado eso, con el ancla clavada, por así decirlo, me gustaría hablar con usted para advertirle de algo.

–¿No me diga?

–Le digo. En este tema concreto: hay que ejercer la cautela en las horadaciones que están haciendo.

–¿Horadaciones? –preguntó Oramen, que miraba con el ceño fruncido la pantalla que brillaba con luz suave. Los colores seguían variando y cambiando.

–Sí, sus excavaciones en la gran ciudad. A ellos deben acercarse con cautela. Les pedimos con humildad que nos permitan asesorarlos en ese tema. No todo lo que está oculto a sus ojos está de igual forma oculto a los nuestros.

–Creo que aquí hay demasiado oculto. ¿Quiénes son ustedes? ¿De qué «nosotros» estamos hablando? Si quieren asesorarnos, empiecen por asesorarnos en cuanto a su identidad.

–Aquellos que querrían ser sus amigos, oyente –dijo la voz asexuada con suavidad–. Me acerco a usted porque creo que es ilimitado. De usted, oyente, se cree que es capaz de labrarse su propio camino, sin las restricciones de los surcos de otros. Tiene la libertad de moverse, de dar la espalda a las creencias incorrectas y las

calumnias desafortunadas dirigidas contra aquellos que solo quieren ayudar, no entorpecer. Se engañan aquellos que aceptan la calumnia de otros, calumnias lanzadas por aquellos que solo tienen presentes sus propios y limitados intereses. A veces, aquellos que parecen más encauzados son los más libres y aquellos que son los más...

–Espere un momento, déjeme adivinar; usted es oct, ¿me equivoco?

–¡Ja! –dijo la voz, y después se produjo una pausa–. Eso sería un error, mi buen oyente. Sin duda cree que soy de esa especie porque quizá parezca que pretendo engañarlo. Es un error comprensible, pero un error, no obstante. Oh, sus mentiras llegan hondo, al mismo núcleo, y están cavadas a toda prisa. Tenemos mucho que desentrañar aquí.

–Muestre su rostro, criatura –dijo Oramen. Cada vez estaba más seguro de la clase de ser con el que estaba hablando.

–A veces debemos prepararnos para encuentros importantes. Se deben allanar caminos, negociar gradientes. Un acercamiento brusco y frontal podría producir rechazo mientras que un camino más curvado y suave, aunque pareciera menos directo y honesto, logrará al fin el éxito, el entendimiento mutuo y la satisfacción.

–Muestre su rostro, criatura –dijo Oramen–, o creeré que es un monstruo que no osa hacerlo.

–Hay muchos niveles de traducción, oyente. ¿Podemos decir en realidad que es necesaria una cara para ser una criatura moral? ¿El bien o el mal debe configurarse alrededor de órganos alimenticios? ¿Es esa una regla que persiste a lo largo de todo el vacío que nos rodea? Muchos son los...

–Dígame de una vez quién es o le juro que atravieso ese mecanismo con una bala.

–¡Oyente! Yo también juro. Soy su camarada. ¡Lo somos! Pretendemos solo advertirle de los peligros...

–¡Niegue que es un aultridia! –dijo Oramen al tiempo que se levantaba de un salto de la silla.

–¿Por qué negaría nadie pertenecer a esa raza malentendida y calumniada? ¡Difamada de forma tan cruel...

Oramen apuntó con el arma a la maqueta del mundo y después la volvió a levantar. El disparo aterrorizaría a Xessice y sin duda traería a Neguste corriendo de sus aposentos, el bueno de su criado tropezaría consigo mismo y seguramente despertaría o sacaría de su ensimismamiento a cualquier guardia que hubiera cerca.

–... por aquellos que se apropian de nuestros propósitos! ¡Oyente! ¡Príncipe! ¡No recurra a la violencia! ¡Se lo ruego! Esto prefigura aquello de lo que deseamos advertirlo, talismán de nuestras preocupaciones que...

El príncipe puso el seguro del arma, sujetó la pistola por el cañón y golpeó con la culata el centro expuesto de la maqueta del mundo. Esta se desmoronó y soltó varias chispas, algunos trocitos diminutos salieron volando y se esparcieron por la superficie

de la mesa aunque la pantalla turbia seguía palpitando con colores lentos y extraños y la voz, si bien ya debilitada, continuaba farfullando, incomprensible. Oramen le dio otro fuerte golpe. No le parecía bien golpear una maqueta de cualquier mundo concha, no estaba bien destruir algo tan bonito, pero era peor permitir que se dirigiera a él un aultridia. Se estremeció con solo pensarlo y volvió a aporrear la todavía reluciente maqueta con la pistola. Una llamarada de chispas diminutas y una ráfaga de humo y al fin quedó en silencio y oscura. Esperó a que aparecieran Xessice o Neguste, o que hicieran algún ruido, pero no se oyó nada. Después de unos momentos encendió una vela y buscó una papelera, tiró la maqueta destrozada al interior y vertió una jarra de agua sobre los restos.

Regresó a la cama junto a Xessice, que roncaba con suavidad. Yació allí, despierto, sin poder dormir, esperando que llegara la hora de desayunar, con los ojos clavados en la oscuridad. Por Dios, aquello demostraba lo bien que habían hecho al aplastar a los deldeynos. Y ya no le extrañaba el suicidio en masa de los hermanos que se habían tirado por las Cataratas. Por el asentamiento corrían rumores de que no había sido un suicidio, algunas personas incluso hablaban de unos cuantos monjes supervivientes que habían llegado a la orilla, corriente abajo, con relatos de traición y asesinato. Oramen había empezado a dudar del relato de Tyl Loesp sobre un suicidio en masa, pero ya no se le ocurría dudar.

Lo extraño era que los desgraciados hubieran vivido consigo mismos y no que hubieran elegido la muerte si eso era lo que habían tenido enterrado en sus conciencias todo el tiempo. ¡Una alianza con los aultridia! Como mínimo algún tipo de contacto con ellos. ¡Con la pestilencia que conspiraba contra el propio Dios del Mundo! Se preguntó qué clase de conspiraciones, mentiras y secretos se habían transmitido entre el archipontino de la misión Hyeng-zhar y el gran señor aultridia que hubiera estado al otro extremo del canal de comunicación que terminaba en la maqueta del mundo que él acababa de destruir.

¿Aquella raza repugnante había dirigido alguna vez las cosas en las Cataratas? Los monjes de la misión habían controlado los trabajos, habían supervisado y autorizado las excavaciones y habían vigilado la mayor parte. Y, desde luego, habían mantenido un control estricto de las excavaciones principales oficiales. ¿Cabía la posibilidad de que fueran los aultridia los que habían controlado la misión en realidad? Bueno, pues ya no eran los que controlaban nada y así continuarían, sin ningún tipo de poder, mientras él tuviera algo que decir en el asunto. Se preguntó con quién podría comentar lo que había pasado entre él y el aultridia sin nombre (y sin duda sin cara) con el que había hablado. Solo con pensarlo se le revolvió el estómago. ¿Debería decírselo a Poatas o al general Foise? Poatas seguramente encontraría un modo de echarle la culpa a Oramen por lo que había pasado. Se quedaría horrorizado al saber que había roto el mecanismo de comunicación. Oramen dudaba que el

general Foise lo entendiese siquiera.

De momento no se lo diría a nadie.

Se planteó llevar la maqueta del mundo al acantilado que había sobre el barranco y tirarlo allí, pero le preocupaba que algún coleccionista terminara rescatándolo otra vez. Al final hizo que Neguste llevara el trasto a la fundición más cercana e hizo que lo fundieran mientras él miraba. Los trabajadores de la fundición se asombraron de la temperatura que hizo falta para reducirlo a escoria, e incluso entonces todavía quedaba algún resto sin fundir, tanto flotando sobre el líquido resultante como hundido en la base. Oramen ordenó que se partiera todo en una docena de lingotes diferentes y se los llevaran en cuanto se enfriaran.

Esa mañana, de camino a la plataforma desde la que contemplaría la desaparición del edificio de las hojas, había tirado algunos al barranco y el resto los consignó a las letrinas.

–Bueno, todo eso parece de lo más desagradable –dijo Droffo. Sacudió la cabeza–. Se oyen todo tipo de historias ridículas, los trabajadores no hablan de otra cosa. Demasiado alcohol y muy poca cultura.

–No, es más que eso, señor –le dijo Neguste–. Son hechos.

–Creo que eso se puede poner en duda –dijo Droffo.

–Con todo, señor, los hechos son los hechos. Y eso, en sí mismo, ya es un hecho.

–Muy bien, vamos a verlo por nosotros mismos, ¿os parece? –dijo Oramen mientras miraba a los otros dos–. Mañana. Cogemos la vía estrecha, los teleféricos y las boyas o lo que tengamos que coger e iremos a echar un vistazo bajo esa espeluznante gran plaza fantasmal. ¿Sí? Mañana. Lo haremos mañana.

–Bueno –dijo Droffo mientras volvía a mirar el cielo–. Si creéis que tenéis que hacerlo, príncipe. Sin embargo...

–Disculpadme, señor –dijo Neguste al tiempo que hacía un gesto con la cabeza detrás de Oramen–. El edificio se está cayendo.

–¿Qué? –dijo Oramen y se dio la vuelta de nuevo.

Era cierto que la gran hoja de edificio se estaba derrumbando. Pivotó, se giró unos milímetros hacia ellos sin dejar de moverse con lentitud al principio y luego se revolvió poco a poco en el aire; el borde de su cima hendía las brumas y las nubes de espuma y las hacía dibujar una espiral alrededor de sus superficies y lados cortantes al tiempo que se inclinaba en diagonal y caía alejándose de la plaza y la cara principal de la catarata que tenía detrás, iba cogiendo velocidad y girando todavía más como un hombre que empezaba a caer de cara pero después se retorció para desmoronarse sobre un hombro. Un largo borde se derrumbó y golpeó la espuma y los arenales como una hoja que partiera el dique de un niño en la playa, el resto del edificio lo siguió y varias partes al fin comenzaron a venirse abajo al tiempo que toda la estructura se estrellaba contra las olas y levantaba enormes abanicos pálidos de agua

turbia casi hasta media altura de la atalaya desde la que los tres hombres contemplaban el hundimiento.

Al fin se oyó algún sonido: un crujido terrible, un desgarramiento, un chillido que salió como pudo de entre el rugido de las cataratas que todo lo envolvía, coronado por un estruendo sordo que palpitó en el aire y pareció sacudir el edificio bajo sus pies y por un momento superó el bramido de las propias Hyeng-zhar. El edificio quieto, medio derrumbado, dio una última vuelta y se acomodó de espaldas antes de desmoronarse en el caótico yermo de olas amontonadas con otro gran oleaje de aguas espumosas y veloces.

Oramen lo observó todo, fascinado. Una vez que el primer oleaje conmocionado cayó de las alturas que rodeaban el lugar del impacto, las aguas comenzaron a disponerse de nuevo para acomodar el nuevo obstáculo, se apilaron tras el destrozado cascarón del edificio caído y se precipitaron por sus bordes mientras las olas coronadas de espuma cremosa volvían atrás bailando y se golpeaban contra otras que todavía intentaban adelantarse; sus formas combinadas trepaban y estallaban como si celebraran una fiesta salvaje de destrucción. Los arenales cercanos que habían estado cinco metros por encima de las olas más altas se habían hundido bajo ellas; esos diez metros que quedaban sobre las aguas se estaban erosionando a toda velocidad y el torbellino de corrientes comenzaba a tallarlos, sus vidas ya solo se podían contar en escasos minutos. Al mirar abajo, Oramen vio que la base del edificio en el que estaban estaba rodeada del oleaje suplementario de espuma y agua.

Se volvió hacia los otros. Neguste seguía con los ojos clavados en el lugar en el que había caído el edificio. Hasta Droffo parecía cautivado por la visión, alejado de la pared y con el vértigo olvidado por el momento.

Oramen le echó otro vistazo a las aguas que se precipitaban alrededor de su torre.

—Caballeros —dijo—. Será mejor que nos vayamos.

23. Problema candente

–¿Hermana? –dijo Ferbin cuando la mujer de la combinación azul y lisa se acercó a él. Sí, era Djan Seriy. Hacía quince de sus años que no la veía, pero sabía que era ella. ¡Aunque estaba tan cambiada...! Era una mujer, no una jovencita, y además una mujer sabia, serena y sosegada. Ferbin sabía lo suficiente sobre la autoridad y el carisma para reconocerlos cuando los veía. La pequeña Djan Seriy no era una simple princesa, sino toda una reina entre ellos.

–Ferbin –dijo su hermana, que se detuvo a un paso de distancia y le sonrió con calidez. La princesa asintió–. Me alegro mucho de volver a verte. ¿Te encuentras bien? Estás diferente.

Ferbin sacudió la cabeza.

–Hermana, estoy bien. –Sentía que se le estaba haciendo un nudo en la garganta–. ¡Hermana! –dijo y se lanzó hacia ella, la envolvió en sus brazos y apoyó la barbilla en el hombro derecho de la princesa. Sintió que los brazos femeninos se cerraban sobre su espalda. Era como abrazar una capa de cuero suave sobre una figura hecha de madera noble; era asombroso el poder que sentía en aquella mujer, era inquebrantable. Djan le dio unos golpecitos en la espalda con una mano y le cubrió la nuca con la otra. La barbilla femenina se apoyó en el hombro de su hermano.

–Ferbin, Ferbin, Ferbin –susurró.

–¿Exactamente, dónde estamos? –preguntó Ferbin.

–En medio de la unidad de motores del eje –le dijo Hippinse. Desde que se habían encontrado con Djan Seriy, la actitud de Hippinse había cambiado un poco, parecía mucho menos maníaco y voluble, más sosegado y comedido.

–¿Vamos a subir a una nave, entonces, señor? –preguntó Holve.

–No, esto es un hábitat –dijo Hippinse–. Todos los hábitats de la Cultura, aparte de los planetas, tienen motores. Ya casi hace un milenio que los tienen. Así podemos moverlos. Por si acaso.

Habían ido allí directamente después del reencuentro, por uno de los tubos que los había llevado al mismo centro del pequeño hábitat con forma de rueda. Volvían a flotar (al parecer, ingravidos) dentro de aquellos espacios estrechos pero tranquilos en los que reinaba una luz suave y un aroma agradable del repleto centro del hábitat.

Otro pasillo, unas puertas rodantes y otras que se deslizaban los habían llevado hasta ese lugar, donde no había ventanas ni pantallas y el muro circular tenía un aspecto extraño, como aceite derramado sobre agua, con colores siempre cambiantes. Parecía incluso suave, pero (cuando Ferbin tocó la superficie) era tan duro como el

hierro, aunque extrañamente cálido. Un pequeño objeto cilíndrico flotante acompañaba a Djan Seriy. Se parecía mucho al mango de una espada pero sin espada. Había producido cinco cositas flotantes más, no mayores que una de las articulaciones de los dedos meñiques de Ferbin. Estas pequeñas piezas habían empezado a brillar en cuanto entraron en el pasillo y eran sus únicas fuentes de luz en ese momento.

La sección del pasillo en la que flotaban (él, Holse, HIPPINSE y Djan Seriy) tenía unos veinte metros de longitud y era lisa por un extremo. Ferbin observó que la puerta por la que habían entrado se cerraba y se deslizaba hacia ellos.

–¿Dentro de un motor? –dijo Ferbin, y miró a Djan Seriy. El inmenso tapón de la puerta seguía deslizándose por el pasillo hacia ellos. Una esfera plateada y reluciente del tamaño de la cabeza de un hombre apareció al otro extremo de aquel tubo cada vez más corto. La esfera empezó a parpadear.

Djan Seriy le cogió una mano.

–No es un motor que dependa de ningún tipo de compresión –le dijo. La agente señaló con la cabeza el extremo del pasillo que seguía avanzando poco a poco–. Eso no es un pistón. Forma parte de la unidad del motor que se abrió para permitirnos entrar aquí y ahora se está volviendo a colocar en su sitio para darnos intimidad. Esa cosa del otro extremo –e indicó la esfera plateada que palpitaba– está extrayendo parte del aire al mismo tiempo para que la presión de aquí dentro siga siendo aceptable. Todo con el propósito de permitirnos hablar sin que nadie nos oiga. –Djan le apretó la mano y miró a su alrededor–. Es difícil de explicar, pero el lugar en el que nos encontramos ahora existe de un modo que hace imposible que los morthanveld escuchen lo que estamos diciendo.

–El motor existe en cuatro dimensiones –le dijo HIPPINSE a Ferbin–. Como un mundo concha. Cerrado, incluso para una nave.

Ferbin y Holse intercambiaron una mirada.

–Como ya he dicho –les dijo Djan Seriy–, es difícil de explicar. –La pared había dejado de moverse hacia ellos. En ese momento estaban flotando en un espacio de unos dos metros de diámetro y cinco de longitud. La esfera plateada había dejado de palpar.

–Ferbin, señor Holse –dijo Djan Seriy con tono formal–. Ya conocen al señor HIPPINSE. Este objeto de aquí es el dron Turminder Xuss. –Señaló con un gesto de la cabeza el mango de espada flotante.

–Es un placer conocerlos –dijo el objeto.

Holse se lo quedó mirando. Bueno, suponía que no era más extraño que algunas de las cosas oct y nariscenas que habían estado tratando como si fueran personas racionales y capaces de hablar desde antes incluso de dejar Sursamen.

–Buen día –dijo. Ferbin lanzó un gruñido, una especie de carraspeo que podría

tomarse como un saludo.

–Pensad en él como si fuera mi familiar –dijo Djan Seriy al ver la expresión de la cara de Ferbin.

–¿Sois entonces una especie de maga, señora? –preguntó Holse.

–Podría decirse así, señor Holse. Bueno. –Djan Seriy miró la esfera plateada y esta desapareció. Después miró al mango de espada flotante–. Estamos totalmente aislados y libres de cualquier mecanismo que pudiera informar de lo que ocurra aquí. De momento, existimos en el aire que nos rodea así que no malgastemos palabras. Ferbin –dijo su hermana mientras lo miraba–. En pocas palabras, si tienes la bondad, ¿qué te trae aquí?

La esfera plateada volvió cuando Ferbin terminó. Incluso a pesar de haber mantenido el relato tan conciso como le había sido posible, a Ferbin le había llevado un rato contarle todo. Holse también había completado algunas partes. El aire había empezado a cargarse y hacía calor. Ferbin había tenido que aflojarse la ropa mientras contaba su historia y Holse estaba sudando. Hippinse y Djan Seriy no parecían molestos por nada.

Djan Seriy levantó una mano para hacer callar a Ferbin un momento antes de que apareciera la esfera. Ferbin había supuesto que su hermana podía invocarla a voluntad aunque más tarde descubrió que solo se le daba muy bien calcular el tiempo en su cabeza y sabía cuándo volvería a aparecer. El aire se enfrió y refrescó y la esfera volvió a desaparecer. Su hermana asintió y Ferbin terminó su relato.

–Lo último que supe fue que Oramen seguía vivo –dijo Djan una vez que su hermano terminó. Tenía una mirada severa, pensó Ferbin; la sonrisa sabia y astuta que jugaba en su rostro había desaparecido, había tensado la mandíbula y apretado los labios. Su reacción al modo en que había muerto el padre de ambos se había expresado al principio no en palabras sino en un breve gesto de los ojos, que se habían abierto mucho y después se habían entrecerrado. En cierto sentido fue un gesto pequeño, pero Ferbin tuvo la impresión de que acababa de ver algo incontenible, algo implacable que se acababa de poner en movimiento. Comprendió que su hermana se había convertido en un ser formidable. Recordó lo sólida y fuerte que le había parecido al abrazarla y se alegró de que estuviera de su lado.

»¿De veras hizo eso Tyl Loesp? –dijo Djan de repente y lo miró a los ojos, casi con fiereza.

Ferbin sintió una presión terrible en esos ojos despejados y sorprendentemente oscuros. Sintió que tragaba saliva al contestar.

–Sí. Por mi vida.

Su hermana siguió estudiándolo un momento más, después se relajó un poco, bajó la cabeza y asintió. Miró al objeto que había llamado dron y frunció el ceño por unos

instantes, después volvió a bajar los ojos. Djan Seriy se sentó con las piernas cruzadas bajo su larga combinación azul; flotaba sin esfuerzo en aquel espacio cerrado, igual que Hippinse, que iba de negro. Ferbin y Holse se limitaban a flotar sin mucho garbo, con los miembros estirados para que cuando chocaran con algo pudieran rebotar otra vez. Ferbin se sentía raro en aquella ausencia de gravedad, hinchado, como si se le hubiera acalorado la cara.

Estudió a su hermana mientras esta (suponía él) pensaba. Había una quietud casi antinatural en ella, una sensación de solidez incommovible casi sobrehumana.

Djan Seriy levantó la cabeza.

–Muy bien. –Señaló con un gesto a Hippinse–. Aquí el señor Hippinse representa a una nave que debería poder llevarnos a Sursamen con cierta premura. –Ferbin y Holse miraron al otro hombre.

Hippinse les dio la espalda a los dos hombres y sonrió a Djan Seriy.

–A su disposición, mi querida señora –dijo. Un poco empalagoso, pensó Ferbin. Había decidido que el tipo no le caía bien, aunque aquella nueva calma era un alivio.

–Creo que no nos queda más alternativa que aceptar la ayuda que nos ofrece, y la nave –dijo Djan Seriy–. Las urgencias se multiplican.

–Será un placer servirla –dijo Hippinse sin dejar de esbozar una sonrisa irritante.

–Ferbin –dijo Djan Seriy al tiempo que se inclinaba hacia él–, señor Holse. Volvía a casa de todos modos tras haberme enterado de la muerte de nuestro padre, aunque, por supuesto, no de lo ocurrido. Sin embargo, el señor Hippinse me ha traído ciertas noticias sobre los oct que han hecho que me hayan pedido que mi visita se convierta en lo que se podría llamar una visita oficial autorizada. Uno de los colegas del señor Hippinse se puso en contacto conmigo hace poco tiempo y se ofreció a ayudarme. Rechacé ese primer ofrecimiento, pero al llegar aquí descubrí un mensaje de los que podríamos denominar mis jefes: me pedían que me tomara un interés profesional en los acontecimientos de Sursamen, así que he tenido que cambiar de opinión. –Le echó un vistazo a Hippinse, que sonrió, primero a ella y después a los dos sarlos–. A mis jefes les ha parecido conveniente enviar a una representación de mi superior inmediato a la nave para ayudarme en la planificación de la misión –añadió.

Un constructo de la personalidad de Jerle Batra se había colocado en la mente del *Problema candente*. Si eso no era señal de que la nave era uno de los activos secretos de CE, Djan no sabía qué podía serlo, aunque ellos siguieran negándolo de forma oficial.

–Puede que haya algo extraño en Sursamen –dijo Djan Seriy–. Algo cuya importancia podría ser mucho mayor que la muerte del rey Hausk, por muy terrible que esta pueda ser para nosotros. Algo que implica a los oct. No sabemos lo que es. –Djan señaló a Ferbin–. Tampoco sabemos si está vinculado de algún modo con la muerte de nuestro padre. –Miró primero a Ferbin y luego a Holse–. Regresar a

Sursamen podría ser peligroso para vosotros dos, en cualquier caso. Regresar conmigo puede que sea mucho más peligroso. Es posible que yo atraiga más problemas de los que habríais descubierto vosotros solos y no podré garantizar vuestra seguridad, ni siquiera puedo garantizar que pueda convertirlo en una prioridad. Ahora mismo vuelvo por cuestiones de trabajo y tendré obligaciones que atender. ¿Lo entendéis? No tenéis que acompañarme. Podéis quedaros aquí o pedir que os lleven a otra parte de la Cultura. No sería ninguna deshonra.

–Hermana –dijo Ferbin–, vamos contigo. –El príncipe miró a Holse, que asintió con brusquedad.

Anaplian asintió y se volvió hacia Hippinse.

–¿En cuánto tiempo puede llevarnos a Sursamen?

–Cinco horas en lanzadera interna para salir de Syaung-un y sincronizar la recogida. Después de eso, setenta y ocho horas hasta detenernos sobre la superficie de Sursamen.

Djan Seriy frunció el ceño.

–¿Qué puede recortar?

Hippinse la miró, alarmado.

–Nada. A esa velocidad ya dañamos los motores. Necesitan un repaso.

–Dáñelos un poco más. Reserve un repaso mayor.

–Si los daño más, me arriesgo a estropearlos del todo y a dejarnos reducidos a un simple alabeo, o a seguir adelante cojeando solo con las unidades de aceleración.

–¿Qué hay de una parada forzosa?

–Cinco horas menos de tiempo de viaje. Pero ya puede despedirse de su acercamiento discreto. Todo el mundo sabrá que estamos ahí. Para eso podríamos deletrearlo con manchas solares.

–Con todo, considérela una opción. –Djan frunció el ceño–. Traiga la nave *tarp* y sáquenlos de la lanzadera. ¿Qué nos ahorra eso?

–Tres horas en la primera parte. Pero añada una al tiempo de viaje; iríamos en dirección contraria. Pero a toda velocidad, con un despl...

–Hágalo, por favor. –La agente asintió con viveza. La esfera plateada volvió a aparecer. La puerta que se había deslizado hacia ellos empezó a retirarse de nuevo casi de inmediato. Djan Seriy se estiró con calma y miró a los tres hombres–. No volvemos a hablar de nada de esto hasta que estemos en la nave, ¿de acuerdo? – Todos asintieron. Djan Seriy se alejó con un empujón hacia el tapón de puerta que se retiraba–. Vamos.

Les dieron exactamente diez minutos para prepararse. Ferbin y Holse encontraron un sitio no muy lejos, en la sección del eje que tenía una cantidad diminuta de gravedad, las ventanas se asomaban a los inmensos anillos que se iban retorciendo

poco a poco, los anillos del gran mundo nido de Syaung-un que los rodeaba; también había un pequeño bar con unas máquinas que dispensaban comida y bebida. El dron de Djan Seriy fue con ellos y les enseñó cómo funcionaba todo. Cuando vacilaban, la maquinita elegía por ellos. Los dos hombres seguían expresando su asombro ante lo bien que sabía todo cuando llegó la hora de irse.

~ *El desplazamiento puede que se note. Una parada forzosa se notará con toda seguridad*, le dijo a Anaplian el constructo de la personalidad de Jerle Batra cuando la agente vio en la pantalla principal del módulo primero el pequeño microorbital Quinta Hebra de Grado 512, que se iba encogiendo y luego el propio Syaung-un. Las dos estructuras se encogían a ritmos muy diferentes, ya que la pequeña nave de doce plazas en la que se encontraban, una lanzadera del *Problema candente*, estaba acelerando tan rápido como permitían los estatutos de Morthanveld. La Quinta Hebra de Grado 512 desapareció casi de inmediato, un engranaje diminuto en una máquina inmensa. El mundo nido siguió siendo visible durante mucho tiempo. Al principio parecía casi que iba aumentando de tamaño, cada vez se veía más a medida que se alejaba la lanzadera, antes de que, junto con su estrella central, Syaung-un al fin comenzara a encogerse.

~ *Mala suerte*, respondió Djan Seriy. *Si nuestros amigos morthanveld se ofenden, qué se le va a hacer. Ya hemos ido bailado bastante al son de los morthanveld. Estoy harta.*

~ *Asume una gran autoridad en este caso*, Seriy Anaplian, le dijo el constructo (que en esos momentos se encontraba en la matriz de la IA de la lanzadera). *No es usted la que debe hacer o rehacer la política de asuntos exteriores de la Cultura.*

Djan Seriy se acomodó en su asiento en la parte posterior de la lanzadera. Desde allí podía ver a todo el mundo.

~ *Soy ciudadana de la Cultura*, respondió. *Pensé que era mi derecho y mi obligación.*

~ *No es más que una ciudadana de la Cultura, no la Cultura entera.*

~ *Bueno, en cualquier caso, Jerle Batra, si se ha de creer a mi hermano mayor, la vida de mi otro hermano corre grave peligro. El hombre que asesinó a sangre fría a mi padre (un tirano en potencia) es el señor no de uno sino de dos de los niveles de Sursamen y, por supuesto, la mayor parte de la flota de vanguardia de los oct podría estar reuniéndose en mi planeta natal por razones que todavía no están claras. Creo que tengo derecho a tener un poco de margen. Y hablando de eso, ¿qué es lo último que se sabe sobre las naves oct? Las que puede que se estén dirigiendo hacia Sursamen o no.*

~ *Hasta el momento no estamos captando nada extraño, que yo sepa. Le sugiero que se ponga al día cuando esté en el Problema candente.*

~ *¿Usted no viene con nosotros?*

~ *Mi presencia, incluso en forma de constructo, podría hacer que esto pareciera demasiado oficial. No voy a ir con ustedes.*

~ *Oh. Lo que seguramente significaba que iban a eliminar al constructo también de la matriz de la lanzadera. Sería una especie de muerte. El constructo no parecía demasiado disgustado por ello.*

~ *¿Supongo que confía en el Problema candente?, envió Djan.*

~ *No tenemos alternativa, respondió Batra. Es todo lo que tenemos disponible.*

~ *¿Sigue negando que pertenezca de forma oficial a CE?*

~ *La nave es lo que dice que es, le dijo Batra. Sin embargo, para volver al tema que nos ocupa: el problema es que no tenemos ninguna nave en los volúmenes relevantes para poder comprobarlo que están haciendo los oct en realidad. Los morthanveld y los nariscenos tienen las naves y no parecen haber captado nada tampoco, claro que no están buscando nada.*

~ *Quizá haya llegado el momento de decirles que empiecen a mirar.*

~ *Quizá sí. Se está discutiendo.*

~ *Estoy convencida. ¿Lo que implicaría un montón de mentes dándole a la lengua sin parar?*

~ *Eso implicaría.*

~ *Sugiera que le den a la lengua más rápido. Ah, otra cosa.*

~ *¿Sí, Djan Seriy?*

~ *Voy a conectar otra vez todos mis sistemas. Al menos todos los que pueda. Le pediré al Problema candente que me ayude con los que no pueda volver a instigar. Suponiendo siempre, por supuesto, que esté familiarizado con los procedimientos de CE.*

~ *No se le está ordenando que lo haga, respondió Batra, que al parecer pasó por alto lo que podría haber sido un sarcasmo.*

~ *Sí, lo sé.*

~ *Personalmente, creo que es un paso muy inteligente.*

~ *Yo también.*

—¿No lo notasteis, señor? No respiraba, ni una sola vez en todo el tiempo que estuvimos allí dentro, salvo cuando esa cosa resplandeciente estaba allí. Cuando no estaba, vuestra hermana no respiraba en absoluto. Asombroso. —Holse hablaba en voz muy baja, consciente de que la dama en cuestión estaba solo un par de filas por detrás de ellos en la lanzadera. Hippinse estaba una fila por delante y parecía dormido como un tronco. Holse frunció el ceño—. ¿Estáis seguro de que es de verdad vuestra hermana, señor?

Ferbin solo recordaba que había pensado lo quieta que le había parecido Djan

Seriy en el extraño tubo del pasillo, en el pequeño hábitat con forma de rueda.

–Oh, es mi hermana, Holse. –Volvió la cabeza y se preguntó por qué Djan había elegido sentarse allí, lejos de él. Su hermana lo saludó con la cabeza con gesto distraído. Ferbin le sonrió y se dio la vuelta–. En cualquier caso, debo asumir que es ella –le dijo a Holse–. Como ella, a su vez, debe aceptar mi palabra sobre el destino de nuestro padre.

~ *Oh, sí, ya lo noto*, envió el dron. Djan acababa de decirle a la máquina que estaba recuperando sus «colmillos» y conectando de nuevo todos los sistemas que podía. *¿A Batra le parece bien?*

~ *Bastante bien.*

~ *Me pregunto si el Problema candente tiene sus propios «colmillos» escondidos*, envió el dron. Se había incrustado entre el cuello de Anaplian y el asiento. Había vuelto a cambiar de aspecto. Cuando llegaron a las instalaciones de la Quinta Hebra de Grado 512 había modificado su superficie y se había hinchado un poco para parecer una especie de dron bastón.

~ *Oh, me da en la nariz que sí, y bastantes*, envió Djan Seriy. *Cuanto más lo pienso, más extraño me parece que la nave se describiera a sí misma como «fugada».*

~ *A mí también me pareció raro en su momento*, envió Turminder Xuss. *Sin embargo, lo achaqué a una excentricidad de nave vieja.*

~ *Es una nave vieja*, asintió Anaplian. *Pero no creo que esté demente. Pero sí que es lo bastante antigua como para haberse ganado la jubilación. Es una veterana. Al comienzo de la guerra idirana los Supercargueros eran las naves más rápidas que tenía la Cultura y los que más se parecía a naves de guerra sin llegar a ser naves de guerra. Contuvieron a las fuerzas enemigas y sufrieron muchos daños. Pocas sobrevivieron. Debería ser un ciudadano condecorado. Debería tener el equivalente de medallas, una pensión, viajes gratis. Sin embargo se describe a sí misma como «fugada», así que quizá se negó a hacer algo que se suponía que debía hacer. Como dejar que la desarmaran.*

~ *Hmm*, respondió el dron, era obvio que no estaba muy convencido. *¿Y Jerle Batra no ha clarificado su estatus?*

~ *Exacto*. Los ojos de Anaplian se entrecerraron cuando los pocos sistemas de los que podía disponer de inmediato y que podía controlar con solo pensarlo se conectaron y empezaron a comprobar su estado. *Así que tiene que ser una vieja máquina de CE. O algo muy parecido.*

~ *Esperemos, supongo.*

~ *Sí, esperemos*, asintió la agente. *¿Tienes algo más que añadir?*

~ *Por ahora no. ¿Por qué?*

~ *Voy a dejarte un momento, Turminder. Debería ir a hablar con mi hermano.*

24. Vapor, agua, hielo, fuego

A Tyl Loesp el mar Hirviente de Yakid lo decepcionó. Sí, era cierto, hervía en el centro del gran cráter que lo albergaba, pero tampoco era tan impresionante, aunque los vapores y brumas resultantes «asaltaran las bóvedas del cielo», (palabras de algún antiguo poeta de cuyo nombre se alegraba no acordarse, cada lección olvidada era una victoria sobre los tutores que tanto se habían esforzado, bajo las instrucciones expresas de su padre, por meterle a golpes el conocimiento). Con el viento soplando en dirección contraria, lo único que tenía que ofrecer el mar Hirviente era la sensación de encontrarse en un denso banco de niebla; lo que no se podía decir que fuera un fenómeno por el que mereciera la pena salir y mucho menos viajar durante días enteros por un paisaje que, con franqueza, carecía por completo de cualquier cosa fuera de lo común.

Las Hyeng-zhar eran mucho más imponentes y magníficas.

Tyl Loesp había visto el mar Hirviente desde la costa, desde el agua en un vapor de placer (como en ese momento) y desde el aire, en un lyge. En cada caso a nadie se le permitía acercarse demasiado, pero él sospechaba que, incluso situándose tan cerca como para que hubiera un peligro real, no se llegaría a vivir una experiencia demasiado interesante.

Se había llevado lo que a todos los efectos era su corte itinerante y había establecido una capital temporal en Yakid para pasar alrededor de un mes disfrutando de un tiempo más fresco que el que afectaba a Rasselle. La estancia le permitiría también visitar otros lugares famosos (se podía decir que Yakid estaba en el centro de todo) y poner cierta distancia entre él y tanto Rasselle como las Hyeng-zhar. En realidad, para ser sinceros, lo que le permitiría sería poner distancia entre él y Oramen.

Había adelantado su partida de Rasselle solo un día para evitar encontrarse con el príncipe regente. Con eso el tipo ya sabría quién era el jefe y así había sido como lo había justificado ante sí mismo en un primer momento, pero sabía que el motivo real era más complicado. Había desarrollado cierta antipatía por el jovencito (por el joven príncipe o como se quisiera llamar). No quería verlo, así de simple. Se encontraba incómodo en su compañía, por raro que fuera, y experimentaba una extraña dificultad para mirarlo a los ojos. Lo había notado por primera vez el día de su triunfo en Pours, cuando nada debería haber nublado su humor, y sin embargo, aquel insólito fenómeno lo había conseguido.

No podía ser la sensación de culpabilidad ni la incapacidad de disimular, Tyl Loesp estaba convencido de haber hecho lo correcto (¿acaso no lo atestiguaba el hecho de que pudiera viajar por aquel nivel recién conquistado como si fuera su rey

en todo salvo el nombre?) y le había mentido con soltura a Hausk durante veinte años al decirle lo mucho que lo admiraba, lo respetaba y lo reverenciaba, que siempre estaría en deuda con él y siempre sería la espada de su mano derecha, etcétera, etcétera, así que solo podía ser que había terminado por despreciar al príncipe regente. No había otra explicación razonable.

Era todo de lo más desagradable y no podía continuar así. En parte por esa razón lo había dispuesto todo para que se pusiera fin a la situación en las Hyeng-zhar mientras él estaba fuera.

Así que allí estaba, a una distancia más que respetable de cualquier suceso desagradable, había visto el maldito mar Hirviente con sus propios ojos y, de hecho, también había visto algunos otros lugares espectaculares y encantadores.

Seguía sin estar muy seguro de por qué lo había hecho. Una vez más, no podía ser solo porque deseara evitar al príncipe regente.

Además, tampoco hacía ningún daño que un nuevo gobernante inspeccionara sus posesiones recién conquistadas. Era una forma de imponerse sobre su nuevo dominio y de que sus súbditos lo vieran una vez que tenía la certeza de que la capital era segura y las cosas funcionaban sin contratiempos (tenía la impresión de que a los funcionarios deldeynos les daba completamente igual quién gobernase; lo único que les preocupaba era que alguien lo hiciera y que a ellos se les permitiera gestionar los asuntos del reino en nombre de esa persona).

También había visitado varias ciudades más, por supuesto, y le había impresionado (aunque había tenido cuidado de que no se le notara) lo que había visto. Las ciudades deldeynas eran por lo general más grandes y más limpias que las sarlas, estaban mejor organizadas y sus fábricas también parecían estar organizadas con mayor eficiencia. De hecho, los deldeynos superaban a los sarlos en muchas áreas, por desesperante que fuese, salvo en aquellas vitales del poder militar y la habilidad marcial. Lo extraño era que hubieran podido dominarlos.

Pero, una vez más, el pueblo del Noveno (o al menos aquellos que él había conocido en las recepciones de la casa ducal, las comidas en el ayuntamiento y las cenas en los salones de los gremios) parecía poner un gran interés, bastante patético por cierto, en demostrar que se alegraban de que la guerra hubiera terminado y que agradecían que se hubiera restaurado el orden. ¡Y pensar que en otro tiempo se había planteado arrasar casi todo el nivel, hacer que los cielos se llenaran de llamas y llantos y las alcantarillas y ríos de sangre! Y todo para mancillar el buen nombre de Hausk. Qué limitado e inmaduro parecía ese deseo a aquellas alturas.

Aquellas personas apenas sabían, ni les importaba, quién había sido Hausk. Habían estado en guerra y al fin había llegado la paz. Tyl Loesp tenía la inquietante y a la vez también perversamente alentadora sensación de que los deldeynos se iban a adaptar mejor al estado de paz como derrotados que los sarlos como vencedores.

Había empezado a vestirse al estilo deldeyno, suponía que con eso se ganaría sus simpatías. Con aquella ropa suelta, casi afeminada (unas trusas ondulantes y una levita) al principio se sentía raro, pero no había tardado en acostumbrarse. El gremio de relojeros de Rasselle le había regalado un magnífico reloj incrustado de joyas y se había aficionado a llevarlo en el bolsillo que se había cortado en la levita para tales instrumentos concretos. En esa tierra de ferrocarriles y horarios, era un avío sensato, incluso para alguien que podía ordenar que trenes y vapores partieran o no según dictara su capricho.

Su palacio temporal estaba en la casa ducal de Dillser, en la costa. El vapor de placer (las paletas chapoteaban en el agua, la chimenea expulsaba humo y vapor) se dirigía al muelle repleto de banderas, se abría camino por las aguas apenas templadas y cubiertas de una suave bruma bajo un cielo despejado por los vientos. Unas montañas lejanas bordeaban el horizonte, unas cuantas de las cimas redondeadas y ondulantes estaban coronadas de nieve. Las esbeltas torres y las estrechas agujas de la ciudad se alzaban más allá de la casa ducal y las varias carpas y pabellones que cubrían los céspedes.

Tyl Loesp se empapó del aire fresco y limpio e intentó no pensar en Oramen (¿Sería ese mismo día? ¿Habría ocurrido ya? ¿Hasta qué punto tendría que hacerse el sorprendido cuando le llegara la noticia? ¿Cómo lo llevarían a cabo?) Se puso a pensar en su lugar en la cena de esa noche y en la chica que escogería para esa velada.

–Vamos muy bien de tiempo, señor –dijo el capitán del vapor cuando se reunió con él en el puente volante. Saludó con un gesto de la cabeza a la guardia personal de Tyl Loesp y a los oficiales que se habían reunido cerca.

–¿Las corrientes son favorables? –preguntó Tyl Loesp.

–Más bien la falta de naves submarinas de los oct –dijo el capitán. Se apoyó sobre la barandilla y se subió la gorra. Era un tipo pequeño y alegre sin pelo alguno.

–¿Suelen ser un peligro? –preguntó Tyl Loesp.

–Bancos de arena móviles –dijo el capitán con una carcajada–. Y encima no demasiado rápidos cuando toca quitarse de en medio. Nos han abollado unos cuantos navíos y han hundido un par. No es que los embistan, es que las naves oct suben por debajo del vapor y lo vuelcan. Se han ahogado unas cuantas personas. Nada intencionado, por supuesto. Solo que no saben navegar muy bien. Se diría que deberían ser capaces de hacerlo algo mejor con lo avanzados que están. –El capitán se encogió de hombros–. Quizá sea que les da igual.

–¿Pero hoy no es un peligro para la navegación? –dijo Tyl Loesp.

El capitán sacudió la cabeza.

–Hace ya veinte días que no lo es. No hemos visto ni uno solo.

Tyl Loesp frunció el ceño y miró el muelle al que se acercaban.

–¿Por lo general, qué es lo que los trae aquí? –inquirió.

–¿Quién puede decirlo? –dijo el capitán con tono alegre–. Siempre hemos supuesto que es el Hirviente, quizá sea incluso más impresionante en el fondo del mar, si se tiene una nave que puede llevarte ahí abajo y después volver a subir y así puedes ver lo que está pasando por ahí. Los oct nunca salen de sus submarinos, así que no podemos preguntarles. –El capitán señaló el muelle con la cabeza–. Bueno, será mejor que atraquemos. Disculpadme, señor. –Regresó bajo el puente cubierto, a la cámara del timonel, sin dejar de dar órdenes a gritos. El vapor empezó a girar y el motor agotó un penacho de humo y vapor por la alta chimenea antes de replegarse y terminar el viaje con un *puf, puf, puf* constante y ocioso.

Tyl Loesp contempló las olas de su estela, que se curvaban y alejaban del barco, y los últimos y extensos jirones de vapor que salían de la chimenea y se acomodaban sobre la arruga cremosa de agua chispeante para hacer sombras sobre ella.

–Unos veinte días –dijo para si en voz baja. Después le hizo una seña al ayudante que tenía más cerca–. Levantad el campamento –le dijo–. Regresamos a Rasselle.

Una quietud extraordinaria se había adueñado de las Hyeng-zhar. Aliada con la oscuridad, parecía una especie de muerte.

El río se había congelado en toda su anchura, el canal del medio había sido lo último en helarse. Con todo, el agua había seguido cayendo por la Ciudad Sin Nombre al barranco, aunque fuera a un ritmo mucho más reducido, y aparecía bajo la corona de hielo y se precipitaba, envuelta en bruma, sobre el paisaje de torres, rampas, plazas y canales de agua del fondo. El rugido seguía allí, aunque muy disminuido, parecía un compañero ideal para el brillo trémulo que era la luz débil y miserable de la lenta estrella rodante Kiesestraal.

Poco después, Oramen se había despertado una noche y se había dado cuenta de que algo iba mal. Se había quedado echado en la oscuridad, escuchando, incapaz de decir qué era lo que le parecía tan inquietante. Lo afligió una especie de terror cuando pensó que podría ser otro mecanismo abandonado de los tiempos del archipontino, un artefacto que también hubiera cobrado vida y lo llamara. Pero no había sonido alguno. Escuchó con atención pero no oyó nada y tampoco había luces que parpadearan, ni verdes ni de ningún otro color, por ninguna parte.

Le dio la vuelta a la cubierta que escondía la gruesa vela de noche e iluminó el compartimento. Hacía mucho frío; tosió (un resto apagado más de la típica aflicción del asentamiento que lo había tenido en cama durante unos días) y observó los jirones de aliento que se escapaban de su boca.

Le había llevado un rato descubrir qué era lo que iba mal: era el silencio. No se oía el ruido de las cataratas.

Salió al comienzo del siguiente periodo laborable y se adentró en aquella

semipenumbra que parecía perpetua. Lo acompañaban Droffo, Neguste y los dos hoscos caballeros. A su alrededor, las multitudes habituales y los equipos de trabajadores se iban preparando, listos para descender al barranco. Unos cuantos más ese día que el día anterior, como había ocurrido cada día desde la llegada de Oramen.

Arrastraban los pies, daban patadas en el suelo y gritaban, así se abrían camino los hombres, despacio, rumbo a los ascensores y las grúas que salpicaban el borde del precipicio a lo largo de kilómetros hasta el mismo borde del barranco. Un ejército dejándose caer al abismo.

Los cielos estaban despejados. La única bruma que había se alzaba de los amplios lomos de algunos bestias de carga que tiraban de carros pesados y de la maquinaria más grande. Eran chunsel, uoxantch y ossesy; Oramen ni siquiera sabía que se podía domar a esas grandes bestias de guerra, al menos lo suficiente como para tirar de carros y cargar pesos. Se alegraba de no tener que compartir un montacargas con ninguna de esas bestias inmensas e impresionantes, pero también aterradoras.

Desde el barranco, las Cataratas ofrecían una visión fabulosa e inquietante. No corría el agua. Ninguna nube oscurecía parte alguna del monumental abismo que habían formado las aguas en la tierra. La vista no se interrumpía y estaba sorprendentemente despejada. Unas cortinas congeladas y varias capas de agua solidificada envolvían cada precipicio. Los canales del fondo del barranco (cada uno de los cuales habría sido un gran río por derecho propio en cualquier parte) eran eriales negros y sinuosos, medio cubiertos por charcos de escarcha y nieve.

Oramen tenía la sensación de que estaba contemplando el lugar donde se había producido una inmensa carnicería, un paisaje carcomido (masticado por un animal de una escala inimaginable) que después había sufrido daños menores pero a pesar de todo gigantescos cuando las crías del primer monstruo se habían acercado y se habían llevado cada una varios mordiscos del semicírculo mayor, después de lo cual unos cuantos monstruos más pequeños todavía también habían arrancado varios bocaditos de los perímetros de esos mordiscos secundarios, lo que había dejado un mordisco tras otro y otro, todos arrancados del paisaje y todos devorados y arrastrados por las aguas.

Y después, entre toda esa desolación estructurada, entre ese avance escalonado de caos fracturado, se revelaba una ciudad que estaba más allá de las habilidades y el trabajo de cualquier porción de humanidad que Oramen hubiera encontrado jamás. Una ciudad a una escala que resultaba inverosímil, una ciudad de torres negras y espejadas, agujas blancas como huesos, hojas como filos retorcidos de obsidiana, estructuras de curvas escandalosas y patrones extraños, con un propósito indescifrable y unas vistas enormes que todo lo abarcaban y llevaban a cañones, estratos y filas enteras de edificios resplandecientes, brillantes, uno tras otro hasta que solo se interponía la pared vertical del barranco al otro lado de las silenciosas

Cataratas, a diez kilómetros de distancia.

La mitad del paisaje se veía rebanado por la plaza, los espacios inferiores también encerrados por las paredes congeladas de agua que envolvían, inmóviles, sus bordes.

–Bueno, ahora pueden llegar a cualquier parte –dijo Droffo.

Oramen miró hacia el lugar en el que las grúas, poleas y montacargas trasladaban ya plataformas enteras de hombres, animales y equipo al fondo de la sima. Unos cuantos volvían a salir al terminar sus turnos de trabajo.

–Sí, así es –dijo. Miró a Vollird y Baerth, que se habían apoyado en la barandilla y se habían quedado mirando el barranco. Hasta ellos parecían impresionados. Vollird tosió un poco, un ruido áspero, seco y asfixiante, después reunió la flema en la boca y la escupió al barranco.

–¿Te encuentras bien, Vollird? –exclamó Oramen.

–Nunca mejor, señor –respondió el tipo, después volvió a carraspear y escupir.

–Por Dios que son una pareja nada fácil de apreciar –murmuró Droffo.

–Ese hombre no está bien –dijo Oramen con tono tolerante.

Droffo sorbió un poco por la nariz.

–Aun así.

Ese último resfriado los estaba afectando a todos, uno por uno. Los hospitales de campaña estaban llenos de aquellos a los que había golpeado con más fiereza y el terreno cubierto de maleza de las afueras del asentamiento, parte de lo que se afirmaba que era, y seguramente fuera, el cementerio más largo del mundo, se estaba llenando de aquellos que la enfermedad no había respetado.

–Pero sí, pueden llegar al centro –dijo Oramen con los ojos clavados en la ciudad que se revelaba–. Ya no se lo impide nada.

–Sí que parece ser el foco de todos los trabajos –dijo Droffo.

Oramen asintió.

–Sea lo que sea lo que haya.

La última sesión informativa de los eruditos de las Cataratas y los caballeros ingenieros había sido fascinante. Oramen jamás los había visto tan animados, aunque, por supuesto, no llevaba allí mucho tiempo. Había hablado con Poatas, que sí había estado más tiempo; este le había dicho que por supuesto que estaban locos de emoción. ¿Qué esperaba el joven príncipe? Se estaban acercando al centro de la Ciudad sin Nombre, ¿cómo no iban a estar nerviosos? Esa era su cima, su clímax, el apogeo de su trabajo. De allí en adelante, la ciudad seguramente sería más de lo mismo y poco a poco habría menos a medida que dejaban atrás el centro, una lenta agonía, una reducción continua. Y mientras tanto, ¡qué tesoro!

Había estructuras en el centro de la ciudad, muy por debajo de la plaza superior, de un tipo que no se habían encontrado jamás. Se estaban haciendo todos los esfuerzos posibles para investigar y penetrar en ese corazón oscuro y congelado y por

una vez disponían del lujo del tiempo y cierta certeza de que el suelo no iba a moverse bajo sus pies en solo un instante. Las Cataratas no volverían a cobrar vida en otros cuarenta días o más, así que las aguas tardarían ese tiempo al menos en empezar a llevárselo todo. Era un buen augurio; una suerte que había que coger con las dos manos y explotar al máximo. Entre tanto, con cada tren que llegaba arribaban los refuerzos de Tyl Loesp, sus nuevos y voluntariosos trabajadores, impacientes por comenzar. Jamás habría un momento mejor. Aquella era la cumbre y el centro de toda la historia de la excavación de la Ciudad Sin Nombre, de las Cataratas en sí, en realidad. Y merecía todas y cada una de sus energías y recursos.

Poatas mismo cumplió su palabra, se hizo un nuevo cuartel general en el fondo del propio barranco y se instaló allí con su personal, en una parte de las construcciones que había bajo la plaza, cerca de uno de los artefactos recién descubiertos que parecían, por su tamaño y su ubicación central, que tenían una importancia especial. A Oramen se le había dado la clara impresión de que no se requería su presencia en el centro de toda aquella furiosa actividad y, de hecho, incluso podría entorpecer los trabajos dado que cuando él estaba por allí había que desplegar guardias adicionales para garantizar su protección y una parte de los obreros siempre dejaba de trabajar para quedarse mirando al príncipe con la boca abierta, con lo que se inhibía el progreso expeditivo y eficiente de la gran obra que se estaba llevando a cabo.

No obstante, Oramen estaba decidido a ver lo que estaba pasando y ya había visitado varias partes de las excavaciones incluso mientras el hielo se iba extendiendo y las aguas se retiraban. Había ido sin anunciarse y con tan pocas personas en su séquito como había podido, con la intención de que su presencia causara las menores alteraciones posibles. Y desde luego, no le iban a impedir que viera de cerca lo que estaba pasando una vez que las aguas se habían congelado del todo. Sobre todo quería ver esa nueva clase de artefacto que estaba apareciendo; tenía la sensación de que Poatas le había ocultado su importancia, como si esa última revelación no fuera asunto suyo. No pensaba tolerar, no podía tolerar, semejante falta de respeto.

Bajarían volando en caudes. Los animales se quejaban por el frío y por los bajos niveles de luz pero sus cuidadores les aseguraron a Oramen y su séquito que se había dado de comer a las criaturas un par de horas antes y estaban calientes y listos para volar. Montaron todos, Vollird maldiciendo porque el primer intento lo estropeó un ataque de tos.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Oramen había volado que se planteó pedir un vuelo de práctica en el suelo, hacer que el animal corriera por la pista y se alzara un poco, lo que le daría tiempo para recordar sus viejas lecciones de vuelo en una relativa seguridad, pero eso habría sido degradante, una señal de

debilidad. Él tenía el caude más grande y se había ofrecido a llevar a Neguste con él, en una silla de montar detrás de él, pero el muchacho había rogado que lo excusaran. Tenía tendencia a vomitar. Oramen había sonreído y le había dado la mañana libre.

Se lanzaron al aire más allá del precipicio, Oramen en cabeza. Había olvidado lo alarmante que era aquella bajada que revolvía el estómago al comienzo del vuelo, cuando la bestia aérea se dejaba caer un poco antes de ganar altura.

Cuando el caude se dejó caer y extendió las alas, el viento frío mordió las partes expuestas de la cara de Oramen; incluso con una bufanda sobre la boca y la nariz y con gafas de vuelo, el príncipe sintió que se le metía el frío gélido en el cuerpo. Tiró de las riendas del caude, le preocupaba lo perezoso que parecía y la lentitud de su respuesta. La bestia se alzó poco a poco y cambió de postura bajo el cuerpo del príncipe con gesto fastidioso, como si no se hubiera despertado del todo. Seguían cayendo demasiado rápido. Oramen levantó la cabeza y vio a Droffo, que se lo había quedado mirando desde casi diez metros más arriba. Vollird y Baerth estaban incluso más arriba que el conde.

El caude se sacudió y empezó a cruzar el abismo batiendo las alas, por fin cogió aire y se equilibró. Oramen lo vio levantar su gran cara alargada y girar la mirada a ambos lados al tiempo que levantaba la cabeza para mirar a sus compañeros como si estuviera mareado. El rumbo de la bestia cambiaba unos milímetros con cada gesto ya que la cabeza del animal actuaba como una especie de timón delantero y no cabía duda de que la cola se crispaba como compensación instintiva con cada movimiento. La bestia lanzó un profundo bramido y aleteó con más fuerza, poco a poco se fue elevando para reunirse con los otros y después volaron todos juntos durante unos minutos.

Oramen aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor todo el tiempo que pudo, quería empaparse de la vista e intentar grabársela en la mente. Sabía que ver la Ciudad Sin Nombre tan de cerca desde una bestia voladora era un privilegio muy escaso. Después bajaron todos planeando juntos hacia la pista de aterrizaje temporal instalada cerca de los pies obstinadamente helados de la catarata secundaria, que formaba un gran muro oscuro que trepaba hasta el borde del nivel de la plaza, bastante más arriba.

Había pasado junto a los restos del edificio Fuente, el peso del hielo acumulado en sus superficies lo había derrumbado y se había desmoronado poco antes de que la congelación fuera completa.

—Esta es una de las diez estructuras parecidas menores que se han observado alrededor de la grande del medio, la que llaman el sarcófago, donde se concentra la mayor atención, como es de esperar —les dijo el capataz mientras bajaban por un túnel poco inclinado hacia una de las últimas excavaciones.

–¿Se sabe algo más sobre el sarcófago? –preguntó Oramen.

Broft (una figura erguida, calva y delgada con un peto bien planchado que dejaba ver un llamativo bolígrafo de bolsillo) sacudió la cabeza.

–En realidad no se sabe nada de ninguno de ellos, señor, que yo sepa.

La bocamina iba bajando poco a poco hacia las entrañas de un edificio derrumbado mucho tiempo atrás y seguía un pasaje que se había obstruido cuando la ciudad había quedado enterrada. Una sarta de bombillas eléctricas que no dejaban de parpadear hacían lo que podían por iluminar el camino, aunque un par de los hombres del capataz también llevaban faroles protegidos por unas mallas. Los utilizaban casi más porque los faroles (a veces) los advertían sobre los gases nocivos que por la luz que arrojaban, aunque esta también se agradecía. El aire que rodeaba al pequeño grupo había pasado de gélido a suave a medida que bajaban.

Oramen y el capataz Broft abrían la marcha flanqueados por los dos hombres con faroles. Droffo y una pequeña panda de trabajadores, algunos de camino a sus turnos, iban detrás, seguidos por Vollird y Baerth, Oramen oía la tos sofocada de Vollird de vez en cuando. El pasaje era liso salvo por una especie de costillas a la altura de las rodillas que cruzaban el suelo cada quince pasos más o menos. En otro tiempo habían formado parte de las paredes del pasaje. El edificio había caído de espaldas y estaban caminando por lo que había sido un pozo vertical. Se habían colocado unas tablas sólidas de madera sobre esas costillas para proporcionar un sendero nivelado, una esquina del cual se había cedido a cables y cañerías.

–Este es el más profundo tras haber caído desde el nivel de la plaza, señor –dijo Broft–. Estamos investigando todas esas estructuras anómalas por una cuestión de orden estratigráfico, por una vez prestamos poca atención a la integridad y al orden secuencial de todos los objetos descubiertos. El señor Poatas suele ser muy estricto con la integridad de los objetos pero no aquí. –Se estaban acercando al pozo donde habían descubierto el artefacto. En las paredes chorreaba la humedad y el aire estaba caliente. El agua gorgoteaba bajo las tablas del suelo. Algo más adelante se oían unas bombas de agua, compañeras de las que habían pasado en la entrada de la bocamina. Para Oramen, las máquinas eran como los hombres a ambos lados de una de esas sierras que van de un lado a otro para cortar un gran tronco.

–Son muchas las teorías, como podréis imaginar, mi príncipe y señor, respecto a los objetos. Sobre todo respecto al grande del centro. Lo que yo pienso...

Oramen solo escuchaba a medias. Estaba pensando en cómo se había sentido cuando el caude había caído bajo él al abandonar la cima del acantilado. Se había quedado aterrorizado. Primero había pensado que se había olvidado de volar y después que la criatura no estaba bien despierta (con desayuno copioso o sin él), o quizá enfermo. Los caudes tenían achaques igual que los hombres y había enfermedades suficientes por el asentamiento. Incluso se había preguntado, solo por

un instante, si cabía la posibilidad de que la bestia estuviera drogada.

¿Estaba siendo ridículo? No lo sabía. Desde la conversación que había tenido con Fanthile el día que habían asesinado a Tove y él les había disparado a los dos asesinos, había estado pensando mucho. Pues claro que había personas que lo querían muerto, era un príncipe, el príncipe regente, futuro líder del pueblo que había conquistado aquella tierra. Y su muerte, por supuesto, convendría a algunos. Incluso a Tyl Loesp. «¿Quién se beneficiaría más de su muerte?», había preguntado Fanthile. Seguía sin poder creer que Tyl Loesp lo quisiera muerto; había sido un amigo demasiado bueno e íntimo de su padre durante demasiado tiempo, pero un hombre con semejante poder estaba rodeado por otros que podrían actuar en su nombre pensando que cumplían deseos a los que el poderoso no se atrevía a dar voz.

Incluso esos horribles momentos en el patio de la posada, cuando había muerto Tove, habían quedado envenenados para él. Si lo pensaba, la pelea había empezado con demasiada facilidad y Tove lo había sacado de allí y recuperado la sobriedad muy rápido. (Bueno, era cierto que las peleas de borrachos empezaban por nada y la perspectiva de la violencia podía quitarle la borrachera a un hombre en un santiamén). Pero después Tove había intentado hacerlo pasar por aquella puerta el primero y había parecido sorprendido, incluso alarmado, cuando Oramen lo había empujado fuera. (Claro que querría que su amigo se pusiera a salvo antes que él, creía que el peligro estaba detrás de ellos, en el bar). Y luego sus palabras: «A mí no», o algo muy parecido.

¿Por qué eso? ¿Por qué esas palabras exactas, con la implicación (quizá) de que el asalto en sí se esperaba pero debería haberle ocurrido a quienquiera que estuviera con él, no al propio Tove? (Le acababan de meter un cuchillo en las tripas y se lo habían clavado casi hasta el corazón, ¿iba a sospechar porque no había gritado «¡Diablos, asesino!» o «¡Oh, señor, me habéis matado!» como un mimo en una obra?)

Y el Dr. Gillews, que al parecer había muerto por su propia mano.

Pero ¿por qué Gillews? Y si Gillews...

Sacudió la cabeza, el capataz Broft lo miró y el príncipe tuvo que esbozar una sonrisa alentadora durante un momento antes de resumir sus pensamientos. No, eso era llevar las suposiciones demasiado lejos.

Fuera como fuera, Oramen estaba seguro de que esa mañana debería haber probado al caude. Había sido una tontería no hacerlo. Admitir que sus lecciones de vuelo estaban un poco oxidadas no habría sido ninguna deshonra. La próxima vez haría lo más sensato, aunque eso significara correr el riesgo de quedar en ridículo.

Salieron a una plataforma que estaba sobre el pozo y se asomaba desde media altura del muro curvado al centro de toda la atención: un cubo negro como la noche, de diez metros de lado, que yacía inclinado en un foso de agua sucia al fondo de una gran cámara apuntalada de al menos treinta metros de diámetro. El cubo parecía

tragarse la luz. Estaba rodeado de andamios y personas que escalaban por él, muchas usando lo que parecía equipamiento minero. Unos destellos azules y naranjas iluminaban la escena y se oían los siseos y el estruendo metálico de los martillos de vapor, uno de los muchos métodos que se estaban probando para intentar acceder al interior del cubo (si es que se podía entrar), o al menos para intentar desprenderle alguna astilla. Pero entre todo aquel ruido y barahúnda, era el objeto en sí el que siempre atraía todas las miradas. Algunos de los trabajadores a los que habían acompañado se metieron en un montacargas acoplado a la plataforma principal y esperaron a que los bajaran al pozo.

–¡Sigue resistiendo! –dijo Broft mientras sacudía la cabeza. Después se apoyó en la barandilla improvisada. Se calló una de las bombas y Oramen oyó unas maldiciones. Como si se solidarizara, la luz que tenían más cerca, en la pared de la cámara del lado de la bocamina, parpadeó y también se apagó–. No se puede entrar en esas cosas –dijo Broft al tiempo que se daba la vuelta y chasqueaba la lengua al mirar la luz apagada. Miró a uno de los hombres de los faroles y señaló la lámpara con un gesto. El tipo se acercó a inspeccionarla–. Aunque quizá se juzgue que merece la pena levantar el objeto –continuó Broft–. Los hermanos habrían dejado que se pudriera ahí (o que no se pudriera, seguramente, ya que todavía no lo ha hecho) pero bajo nuestras nuevas y si me permite decirlo mucho más ilustradas reglas, señor, quizá le ofrezcamos el objeto a un tercer interesado, es decir... ¿Qué?

El hombre del farol le había murmurado algo a Broft al oído. Este chasqueó la lengua y fue a mirar la luz muerta.

Por un momento reinó un silencio relativo en la cámara. Los chirridos de las poleas que bajaban al primer grupo de trabajadores hacia el fondo del pozo era el ruido más grande. Hasta Vollird parecía haber dejado de toser.

Ya hacía un rato que Oramen no oía la tos del caballero. El príncipe sintió un súbito escalofrío.

–Bueno –oyó decir a Broft– parece un cable de una voladura ¿pero cómo puede ser un cable de una voladura cuando hoy no ha habido ninguna voladura? Es ridículo.

Oramen se volvió para ver al capataz tirando de un cable enroscado con algunos cables más en el muro, entre las luces. El cable bajaba por el muro y desaparecía detrás de los tablones, a sus pies. En dirección contraria, desaparecía por el túnel por el que acababan de bajar. Vollird y Baerth no estaban en la plataforma.

Oramen sintió de repente que empezaba a sudar y que se moría de frío a la vez. Pero no, era una tontería, algo absurdo. Reaccionar como de repente quería reaccionar sería parecer temeroso y estúpido delante de aquellos hombres. Un príncipe tenía que comportarse con decoro, con calma, con valentía...

Claro que, ¿en qué estaba pensando? ¿Estaba loco?; ¿Qué había decidido solo unos minutos antes?

Tener la valentía de arriesgarse a hacer el ridículo...

Oramen se dio la vuelta, cogió a Droffo por los hombros, lo obligó a girar con él y dio un paso hacia la bocamina.

–Ven –dijo y empujó a Droffo. Empezó a abrirse camino entre algunos de los trabajadores que esperaban para bajar–. Disculpen, disculpen, si tienen la bondad, perdón, gracias, disculpen –dijo con calma.

–¿Señor? –oyó decir a Broft.

Droffo se hacía el remolón.

–Príncipe –dijo cuando se acercaron a la entrada de la bocamina. Una mirada al pasaje descubrió que no había ni rastro de Vollird y Baerth.

–Corre –dijo Oramen, aunque sin gritar–. Te ordeno que corras. Sal de aquí. –Se volvió hacia los hombres que quedaban en la plataforma y bramó–: ¡Corred! ¡Salid de aquí! –Después empujó al confuso Droffo, pasó junto a él como una flecha y empezó a correr tan rápido como pudo, colina arriba, como una bala, mientras las tablas se golpeaban y temblaban bajo sus pies. A los pocos momentos oyó que Droffo lo seguía, con los pies golpeando también las tablas, ya fuera porque también pensaba que podría haber algún peligro o porque veía a Oramen huyendo y pensaba que debía quedarse con él pasara lo que pasara, eso Oramen no lo sabía.

Con qué lentitud se corría, pensó el príncipe, cuando la mente se dispara a tal velocidad. No le parecía que pudiera correr mucho más rápido, las piernas eran como pistones bajo él, balanceaba los brazos y el pecho metía el aire en los pulmones con una eficacia instintiva que ninguna mentalización podría mejorar, pero se sentía engañado al ver que ese cerebro que trabajaba con tanta furia no podía contribuir de ningún modo al esfuerzo. Quizá fuera un esfuerzo condenado de antemano, por supuesto. Si lo miraba de forma lógica y racional, seguramente lo era.

Había sido demasiado confiado. Incluso ingenuo. Por lo general se pagaba por semejante laxitud. A veces te salía bien y escapabas de un castigo justo (como había escapado él y había pagado Tove aquel día en el patio del Lamento del Orfebre, y quizá Tove no había pagado injustamente) pero no te podías escapar siempre. Nadie podía. Y había llegado el momento, no le cabía duda, de que le tocara pagar a él.

Vergüenza. Le había preocupado hacer el ridículo, haber reaccionado de forma exagerada a una amenaza posible, quizá mal entendida. Pero era mucho más vergonzoso no haber visto ni uno solo de los indicios, haberse paseado por ese mundo violento y cinético con la inocencia y la confianza de un bebé de ojos grandes, haber atribuido inocencia y decencia cuando debería haber visto duplicidad y desmanes.

Debería haberme limitado a tirar de cable de la voladura, pensó. Podría haber intentado soltarlo. Qué idiota, qué idiota egoísta. Juntos podríamos...

La explosión fue un estallido de luz sucia y amarilla seguido casi de inmediato por lo que pareció una bestia de guerra dándole una fuerte coz en la espalda con las

dos patas traseras. El golpe lo levantó por los aires y lo empujó por la bocamina de modo que pareció un pozo vertical en el que fuera a caer. Durante varios largos instantes se vio erguido y agitando los brazos y luego, de repente, se cayó. Miembros, hombros, trasero, cabeza y cadera, todo se estrelló contra las superficies que lo rodeaban en una cacofonía instantánea de dolor, como si le hubieran arreado una docena de coces precisas a la vez.

Parpadeó y miró el techo: madera tosca, justo encima de él. Tenía la nariz apretada contra él. Quizá estuviera aplastado. Quizá estaba en un ataúd. Le zumbaban los oídos. ¿Dónde acababa de estar? No se acordaba. Tenía un pitido demente en la cabeza y en el aire había un olor raro.

Se dio la vuelta con un pequeño ruidito cuando las partes magulladas y rotas de su cuerpo protestaron. El techo real se hizo visible. Estaba echado de espaldas con el suelo debajo. Debía de ser una parte del palacio que no había encontrado hasta entonces. ¿Dónde estaba Fanthile?

Unas tenues luces amarillas parpadearon en la pared, unidas por bucles de cable. Los bucles de cable significaban algo, estaba seguro. Había estado haciendo algo. Algo que debería seguir haciendo. ¿Qué era? Notó el sabor de la sangre. Se llevó una mano a la cara y sintió algo pegajoso. Entrecerró los ojos y se miró la mano, después levantó la cabeza del suelo con unos músculos estremecidos y quejosos. Tenía la mano muy negra. La usó para apoyarse y miró por el corredor. Todo estaba muy negro por allí también. Humo o vapor o algo así se arrastraba por el techo inclinado e iba oscureciendo poco a poco las luces del fondo.

Había alguien echado de lado allí abajo. Parecía ese tal cómo se llame...

Droffo. Era el conde Droffo. ¿Qué estaba haciendo allí? Esa nube de humo se arrastraba por el techo sobre él. Droff había perdido parte de la ropa. Parecía un poco desaliñado en general. Y no se movía.

La comprensión de lo ocurrido, el recuerdo, cayó como una losa sobre él, como si el techo hubiera cedido, cosa que, pensó, podría ser exactamente lo que estaba a punto de pasar. Se puso de rodillas como pudo y después se levantó tosiendo. Esa tos, pensó, esa tos. La oía en su cabeza pero no con los oídos, que le seguían pitando.

Se tambaleó por el túnel hasta donde estaba Droffo tirado. Él tampoco parecía mucho mejor vestido que el joven conde: solo con jirones de ropa rasgados y hechos trizas. Tenía que mantener la cabeza baja, lejos de la oscura nube de humo que seguía subiendo por la bocamina. Sacudió a Droffo, pero el hombre no se movió. Tenía la cara muy pálida y sangraba por la nariz. El humo no hacía más que bajar. Oramen se agachó, cogió a Droffo por las axilas y empezó a tirar de él a pulso por las tablas.

No le resultó nada fácil. Le dolía todo el cuerpo, hasta toser le dolía. Pensó que ojalá se despertara Droffo y pudiera recuperar el oído. El humo que subía sin ruido,

oscuro, desde abajo, parecía estar alcanzándolo otra vez. Se preguntó si tendría que soltar a Droffo y salir corriendo para salvarse. Si lo hacía y los dos hubieran muerto de otro modo, sería lo más sensato. Si lo hacía, y los dos hubieran sobrevivido, sería un error. Qué sencillo parecía. Decidió seguir arrastrando a Droffo de momento. Ya se plantearía dejarlo allí si de verdad no podía ver ni respirar. Le dolía la espalda.

Creyó sentir algo a través de los pies pero le decepcionó el pitido de los oídos. Para cuando se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo con los pies quizá fueran pasos, ya era demasiado tarde. Siempre se paga, tuvo tiempo de pensar.

Lo siguiente que supo era que tenía una mano áspera alrededor de la nariz, la boca y la barbilla y una terrorífica sensación en la espalda, como un golpe seco. Quizá alguien había gritado una maldición.

Se dio cuenta de que había soltado a Droffo. Se liberó con una sacudida de quien quiera que lo hubiera cogido; el que fuera parecía haber aflojado las manos. Se dio la vuelta y vio a Baerth allí de pie con expresión estupefacta y un cuchillo largo y roto en la mano. La hoja yacía entre los dos, en las tablas de madera, en dos trozos. Qué descuido por su parte, pensó Oramen. Se palpó los riñones a través de los restos de la ropa hecha trizas, encontró la pistola que había detenido el golpe y la sacó de un tirón.

–¡Se te rompió con esto! –le gritó a Baerth mientras empuñaba la pistola y le disparaba al tipo con ella. Tres veces, solo para estar seguro y después, cuando el caballero se derrumbó sobre los tablones, una vez más, a través de un párpado tembloroso, solo para estar más seguro todavía. Baerth también tenía una pistola. Se había llevado una mano a ella, a la cintura; debería haberla usado antes. Oramen se alegró de que ya le estuvieran pitando los oídos, eso significaba que no tenía que sufrir el sonido de la pistola disparándose cuatro veces en un espacio tan reducido. Eso sí que habría dolido.

Regresó con Droffo, que empezaba a moverse solo.

–¡Vas a tener que levantarte, Droff! –gritó, después levantó al hombre con un brazo cogiéndolo por la axila y decidió arrastrarlo a su lado para poder ver por dónde iban y que no los sorprendiera ningún cabrón asesino con cuchillos largos. Droffo parecía estar intentando decir algo, pero Oramen seguía sin poder oír nada. El túnel que tenían delante parecía largo y lleno de bruma, pero, aparte de eso, vacío. De todos modos no soltó el arma en ningún momento.

Al final empezó a bajar gente por el túnel y él no les disparó: trabajadores normales y un par de guardias. Los ayudaron a salir a él y a Droffo.

De vuelta en la entrada de la bocamina, en la oscuridad amenazadora de la parte inferior de la plaza, tachonada de pequeñas luces, pudieron sentarse y echarse en el pequeño campamento que rodeaba la boca del túnel. El príncipe creyó oír (un sonido apagado, como si tuviera los oídos llenos de agua) que alguien había huido.

–¡Mi pobre señor! ¡Pero miraos! ¡Oh, mi pobre señor! ¡Un auténtico papel secante! –Neguste Puibive estaba ayudando a la enfermera de Oramen a vestirlo. El joven criado estaba escandalizado por la extensión de las magulladuras de su señor—. Como si estuvierais camuflado, señor, lo juro; ¡he visto camiones y cosas tiradas por ahí con churretes y manchones de pintura con menos mezcla de colores que vuestra pobre piel!

–No más pintoresca que tus comparaciones, Neguste –dijo Oramen con un siseo de dolor cuando la enfermera le levantó el brazo y su sirviente le puso la camiseta.

A Oramen todavía le pitaban los oídos. Ya oía bastante mejor, pero el zumbido, si bien se había reducido mucho, permanecía y los médicos no podían garantizar que llegara a detenerse alguna vez. Esa podría ser la única secuela duradera, así que podía darse por afortunado. Droffo había sufrido una fractura muy grave en un brazo así como una perforación de tímpano que lo había dejado medio sordo para siempre. Los médicos suponían que podrían repararle bien el brazo; tenían mucha experiencia con toda forma de lesiones humanas en las enfermerías del asentamiento.

Oramen había estado rodeado casi por completo de médicos buena parte del tiempo. En un momento dado le había parecido que un grupo de médicos sarlos iba a terminar a mamporros con otra panda de médicos deldeynos sobre un abstruso punto referido a cómo tratar los cardenales extensos. Se preguntó si lo que pasaba era que estaban impacientes por poder decir que habían tratado en una ocasión a un príncipe.

El general Foise había ido a verlo. Le había expresado sus buenos deseos con la mayor cortesía aunque Oramen tenía la clara impresión de que el tipo lo miraba como podría mirar a una pieza de algún equipo militar que funcionara mal y que se estaba planteando mandar al desguace. Poatas había enviado saludos con una nota, menos mal, en la que afirmaba estar ocupadísimo con asuntos urgentes provocado en no poca medida por la necesaria reexcavación de la cámara parcialmente derrumbada en la explosión.

Oramen despidió a la enfermera, una mujer estirada y cuarentona bastante formidable, y, con muchos gruñidos y muecas, dejó que Neguste lo ayudara solo a terminar de vestirse.

Cuando ya casi habían acabado y Oramen, vestido de gala, estaba listo para hacer su primera aparición pública desde la explosión de tres días antes, sacó la espada de ceremonia, le pidió a Neguste que inspeccionara la punta y la sostuvo a la altura de los ojos del tipo, casi delante de su nariz. El esfuerzo requerido provocó más dolores en el brazo de Oramen.

Neguste lo miró confuso y también con una expresión un poco cómica, con los ojos bizcos y concentrados en la punta de la espada que tenía tan cerca de la cara.

–¿Qué he de buscar, señor?

–Esa es mi pregunta, Neguste –dijo Oramen en voz baja–. ¿Qué buscas?

–¿Señor? –Neguste parecía muy confuso y empezó a subir la mano derecha para tocar la punta de la espada.

–Déjala –dijo Oramen con tono áspero. Neguste dejó caer la mano–. ¿De veras te mareas tanto si viajas por aire, Neguste?

–¿Señor? –Las cejas de Neguste tenían tantos surcos como un campo, unas arrugas lo bastante profundas como para arrojar sombras.

–Fue una ausencia muy astuta la tuya, muchacho, justo cuando todos los más cercanos a mí estaban destinados a morir.

–¿Señor? –dijo otra vez Neguste, daba la sensación de que estaba a punto de ponerse a llorar.

–Deja de decir «¿Señor?» –le dijo Oramen con suavidad–, o te juro que te atravieso con esto uno de esos ojos de idiota. Y ahora contéstame.

–¡Señor! ¡Echo la última comida casi con solo ver una bestia aérea! ¡Os lo juro! ¡Preguntádselo a quien queráis! ¡No os deseo ningún mal, señor! ¡Yo no! ¿No creeréis que he tenido porte alguna en esto, verdad? ¿Señor? –Neguste parecía horrorizado, escandalizado. Su rostro había perdido todo el color y se le habían llenado los ojos de lágrimas–. ¡Oh! –dijo con tono débil y se derrumbó, resbaló con la espalda apoyada en la pared y el trasero chocó con un golpe seco contra el suelo del vagón, con las rodillas abiertas a cada lado. Oramen dejó que la punta de la espada lo siguiera al suelo, de modo que seguía apuntándole a la nariz–. ¡Oh, señor! –dijo el criado mientras ocultaba la cara en las manos y empezaba a sollozar–. ¡Oh, señor! Señor, matadme si os complace, preferiría que me matarais y luego me hallarais inocente que vivir separado de vos, acusado, aunque solo fuera en vuestro corazón, y ser un hombre libre. Un brazo por un solo pelo, señor; se lo juré al señor Fanthile cuando me ordenó que fuera vuestro último escudo además de vuestro más fiel sirviente. ¡Antes perdería un brazo o una pierna que ver un simple cabello de un dedo de vuestro pie arrancado con malicia!

Oramen miró al jovencito que lloraba a sus pies. La cara del príncipe regente era firme, la expresión neutral mientras escuchaba (entre el zumbido de los oídos) los sollozos que ahogaba el joven con la mano.

Enfundó la espada (cosa que también le dolió un poco) y después se agachó para coger la mano de Neguste, resbaladiza y caliente por las lágrimas, y levantar al muchacho. Le sonrió. La cara de Neguste también tenía un poco de sangre y estaba enrojecida de llanto, con los ojos ya hinchados. Se limpió la nariz en una manga y sorbió con intensidad. Cuando parpadeó, varias gotas diminutas de humedad se alzaron en sus párpados.

–Tranquilízate, Neguste –dijo Oramen al tiempo que le daba una suave palmada en el hombro–. Eres mi escudo y también mi conciencia. Me ha envenenado esta

conspiración contra mí que he tardado tanto tiempo en ver. He tardado en vacunarme contra ella y sufro de una fiebre de sospecha que hace que todas las caras que me rodean me parezcan desagradables y todas las manos, incluso aquellas que pretenden ayudar, parece que se vuelven contra mí. Pero mira, toma la mía. Quiero disculparme. Atribuye el mal que te hago a la parte que te corresponde de mi aflicción. Infectamos a los que más cerca tenemos cuando intentan cuidarnos, pero no tenemos mala intención.

Neguste tragó saliva y volvió a sorber por la nariz, después se limpió la mano en los calzones y cogió la mano que le tendía Oramen.

–Señor, os juro...

–*Chss*, Neguste –le dijo Oramen–. No hay más que decir. Compláceme y que reine el silencio. Créeme, lo ansío. –El príncipe se irguió y todos sus huesos protestaron contra el movimiento, así que apretó los dientes–. Y ahora, dime qué aspecto tengo.

Neguste sorbió otro poco por la nariz y una pequeña sonrisa se abrió camino por su rostro.

–Muy bueno, señor. De lo más elegante, diría yo.

–Vamos entonces, tengo que enseñarle esta pobre cara al pueblo.

Vollird también había empezado a bajar por la bocamina con la carabina en la mano, pero después se dio la vuelta. Uno de los oficiales de la superficie le había dado el alto, pero Vollird había disparado y había matado al tipo y después había huido por el paisaje oscuro de la parte inferior de la plaza, seguido por, o llevándose con él (los relatos variaban) al jefe de explosivos de las excavaciones. A ese hombre lo encontraron más tarde a poca distancia de allí, también con un disparo.

Solo un puñado de hombres había sobrevivido a la explosión y al incendio subsiguiente que se produjo en la cámara del fondo de la bocamina, que había quedado muy dañada y se había derrumbado en parte. Las excavaciones en el cubo negro (que por suerte seguramente no había sufrido daño alguno) se habían retrasado varios días. Poatas, al parecer, consideraba que todo aquello era culpa de Oramen.

Oramen estaba recibiendo en audiencia a todos en la carpa más grande que había disponible. Había convocado a todos los que se le ocurrieron. Poatas estaba allí, inquieto e irritado por aquella ausencia forzada de la excavación, pero había recibido la orden de asistir junto con el resto, y era obvio que no le había parecido buena idea resistirse a la autoridad de un príncipe que tan poco tiempo antes había escapado de un asesinato seguro.

–Debéis entender que no acuso a Tyl Loesp –les dijo Oramen a los reunidos ya

casi al final de su discurso—. Acuso a aquellos que le asesoran y creen que defienden sus intereses. Si Mertis Tyl Loesp es culpable de algo, es posible que solo sea de no ver que algunos de los que le rodean no son del todo honrados y son menos devotos que él del imperio de la ley y del bien de todos. Me han convertido en víctima de la forma más injusta y he tenido que matar no a uno sino a tres hombres solo para proteger mi propia existencia y si bien he sido afortunado, o he tenido la dicha, de escapar del destino que esos desgraciados deseaban para mí, muchos de los que me rodean han sufrido en mi nombre sin falta alguna por su parte.

Oramen hizo una pausa y bajó la cabeza. Respiró hondo un par de veces y se mordió el labio antes de volver a levantar los ojos. Si los presentes querían interpretar eso como una emoción próxima a las lágrimas, que así fuera.

—Hace una estación perdí a mi mejor amigo bajo el sol de un patio, en Pourl. Esta compañía perdió a cincuenta buenos hombres en la oscuridad de un pozo, en la parte inferior de la plaza no hace ni cuatro días. Les pido perdón a sus fantasmas y supervivientes por permitir que mi juventud me cegara al odio que me amenazaba.

Oramen levantó la voz. Estaba cansado y dolorido y le seguían zumbando los oídos pero estaba decidido a no permitir que se le notara.

—Lo único que puedo ofrecer a cambio del perdón que espero es la promesa de que no volveré a bajar la guardia y no pondré en peligro a los más cercanos a mí. — Hizo una pausa y miró a su alrededor, a todos los reunidos. Vio al general Foise y a las otras personas que Tyl Loesp había puesto al mando de la seguridad y organización del asentamiento, era obvio que estaban preocupados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos—. Así que ahora os pido a todos que seáis mis centinelas. Voy a constituir una guardia formal con algunos de los veteranos más probados que hay entre vosotros para que me protejan de todo mal y conserven la continuación legítima de nuestro legado, pero os pido a todos que cumpláis el papel que podáis para garantizar la seguridad de mi persona y nuestros propósitos. También he enviado un mensajero al mariscal de campo Werreber para informarle del ataque que he sufrido aquí y solicitarle tanto la promesa de su continuada e indudable lealtad como un contingente de sus mejores tropas para protegernos a todos.

»Lo que aquí os ocupa es un trabajo magnífico. He llegado en el último momento a esta imponente empresa pero se ha convertido en parte de quien soy al igual que se ha convertido en parte de lo que sois vosotros, y sé bien que es un privilegio estar aquí cuando se aproxima a su cénit el descubrimiento de la Ciudad. No se me ocurriría deciros cómo tenéis que hacer lo que hacéis. Jerfin Poatas sabe mejor que yo lo que hay que hacer y vosotros sabéis mejor que nadie cómo hacerlo. Lo único que pido es que permanezcáis vigilantes mientras hacéis vuestro trabajo, para beneficio de todos. Por el Dios del Mundo, ¡juro que hacemos un trabajo aquí como nunca se volverá a ver en toda la historia de Sursamen!

Asintió con gesto solemne, como si les dedicara un saludo militar y después, antes de que pudiera sentarse y mientras apenas un indicio vago de sonido, todavía inidentificable en su trascendencia, comenzaba a formarse en las gargantas de los presentes, Neguste Puibive (sentado al lado del estrado) se levantó de un salto y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Que el Dios del Mundo proteja al buen príncipe regente Oramen!

–¡Príncipe regente Oramen! –gritaron con un gran vítor desigual todos los presentes (o casi todos los presentes).

Oramen, que se esperaba un respeto reticente y silencioso en el mejor de los casos y una alarma quejumbrosa y preguntas hostiles en el peor, se sorprendió de verdad. Tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

Se quedó de pie y, antes que cualquiera de los demás, fue el primero en ver al mensajero que se metió como una flecha tras la carpa antes de vacilar un instante y detenerse (era obvio que se había quedado desconcertado por el tumulto). El joven no tardó en recuperar la compostura y precipitarse hacia Jerfin Poatas, que ladeó la cabeza para escuchar el mensaje a pesar del sonido continuo de los vítores antes de cojear con el bastón hasta el estrado. Los guardias que había delante (veteranos del ejército sarlo) le bloquearon el camino, pero después miraron a Oramen, que asintió para que dejaran pasar a Poatas y bajó a encontrarse con él para oír la noticia.

Al poco tiempo regresó y alzó los dos brazos en el aire.

–¡Caballeros, os aguardan vuestras obligaciones! ¡El objeto que hay en el centro de la parte inferior de la plaza, el eje de todas nuestras energías, un artefacto que creemos que lleva deciaeones enterrado, ha mostrado signos de vida! Os lo ordeno y os lo ruego: ¡a trabajar!

25. Los niveles

El *Problema Candente* había empezado su vida como un delta en 3D relativamente delgado, una especie de pirámide puntiaguda y elegante. Después de convertirse en Supercarguero (un simple remolcador con ínfulas, en realidad) adoptó la brutalidad de un bloque de cemento. Trescientos metros de longitud, cuadrulado, con los lados como losas, solo quedaba la implicación más vaga de su antigua y esbelta forma.

En aquel entonces no le habían importado semejantes consideraciones estéticas y seguían sin importarle pasados los años. El entorno de pétalos de su complejo de campos, abundante como cualquier vestido de fiesta envuelto en docenas de capas de gasa, podía infundirle una especie de belleza si el que lo contemplaba optaba por buscársela y la superficie del casco podía adoptar cualquier diseño, matiz o patrón que deseara su dueño.

En cualquier caso, todo eso era irrelevante. La transformación lo había hecho potente, la transformación lo había hecho rápido.

Y eso había sido antes de que Circunstancias Especiales fuera a llamar a su puerta.

Se desplazó por el espacio con lo que era a todos los efectos un rumbo de ataque casi directo hacia la estrella Meseriphine y solo se desvió para reducir las probabilidades de detección. Había sacado a los humanos y a su propio avatoide de la lanzadera sin incidentes y giró en redondo para dirigirse hacia Sursamen a un ritmo incómodamente superior a la velocidad máxima sostenible que permitían sus parámetros de diseño. Sentía los daños que se iban acumulando en sus motores del mismo modo que un atleta humano sentiría un calambre o un tirón en la pantorrilla, pero sabía que podía llevar a su pequeño cargamento de almas a Sursamen con tanta rapidez como le permitiera la sensatez.

Después de alguna que otra negociación con Anaplian, habían acordado que forzaría los motores hasta un perfil consistente con un uno por ciento de posibilidades de fallo general, con lo que se reduciría otra hora de la hora estimada de llegada, aunque hasta una posibilidad entre ciento veintiocho a la nave le parecía un riesgo escandaloso. Con eso en mente, había maquillado sus propios parámetros de rendimiento y había mentido. El ahorro de tiempo era auténtico pero el perfil de fallo superaba el uno entre doscientos cincuenta. Tenía ciertas ventajas eso de ser un ejemplar aislado y hecho a medida basado en un antiguo Modificado.

En uno de los dos pequeños salones, que era todo lo que se podía permitir su asignación más bien miserable de alojamiento, el avatoide de la nave le estaba explicando a la agente del CE Anaplian hasta qué punto estaría limitado el *Problema*

candente en su campo de operaciones si tenía que llegar a entrar en Sursamen. Todavía esperaba, con bastante fervor, que no fuera necesario.

–Es una hiperesfera. De hecho, es una serie de dieciséis hiperesferas –le decía el avatoide Hippinse a la mujer–. Cuatro dimensiones; no puedo saltar a eso con más facilidad que una nave normal sin capacidad de alta velocidad. Ni siquiera puedo ganar tracción en la red porque también me va a desconectar de eso. ¿No lo sabía? –El avatoide parecía desconcertado–. Es su punto fuerte, así es como se administra el calor, como se produce la opacidad.

–Sabía que los mundos concha tenían cuatro dimensiones –admitió Anaplian frunciendo el ceño.

Era una de esas cosas de las que se había enterado mucho después de irse de allí. En cierto modo, saberlo antes de irse no habría tenido mucho sentido. ¿Y *qué?*, habría pensado. Cuando vivías en un mundo concha, lo aceptabas por lo que parecía ser, igual que si vivías en la superficie de un planeta rocoso normal o en las aguas o los gases de un mundo acuático o un gigante gaseoso. Que los mundos concha tuvieran un componente de cuatro dimensiones tan profundo y extenso solo importaba una vez que sabías lo que implicaban y permitían esas cuatro dimensiones: acceso al hiperespacio en dos direcciones de lo más prácticas, contacto con las redes de energía que separaban los universos de modo que las naves podían explotar sus muchas y fascinantes propiedades, además de la sencilla habilidad de que cualquier cosa con el talento apropiado metiera algo en el hiperespacio y después lo hiciera reaparecer en el espacio tridimensional a través de cualquier cantidad de solidez convencional como si fuera magia.

Te acostumbrabas a ese tipo de capacidad. En cierto sentido, cuanto más inexplicables y sobrenaturales parecían esas habilidades antes de que supieras cómo se conseguía, menos pensabas en ellas después. Pasaban de ser desechables debido a lo absurdas que eran a ser aceptadas sin pensar porque pensar de modo convincente en ellas exigía demasiado esfuerzo.

–De lo que no me había dado cuenta –dijo Anaplian– es que eso significa que están cerrados a las naves.

–No están cerrados –dijo Hippinse–. Puedo moverme dentro de ellos con tanta libertad como cualquier otra entidad tridimensional de mi tamaño, es solo que no puedo moverme en la cuarta dimensión extra a la que estoy acostumbrado y para la que estoy diseñado. Y no puedo usar mis motores principales.

–¿Así que preferiría no entrar?

–Exacto.

–¿Qué hay de desplazarse?

–El mismo problema. Desde fuera puedo desplazarme y bajar a los extremos de las torres abiertas. También sería posible una línea de visión dentro de un nivel,

aunque solo si puedo meterme dentro de algún modo, pero eso sería todo. Y, por supuesto, una vez dentro, no podría volver a desplazarme al exterior.

–¿Pero puede desplazar objetos a corta distancia?

–Sí.

Anaplian frunció el ceño.

–¿Qué pasaría si intentara desplazarse al interior de materia 4D?

–Algo muy parecido a una explosión de antimateria.

–¿En serio?

–Para el caso como si lo fuera. No es muy recomendable. No me gustaría romper un mundo concha.

–No es tan fácil romperlos.

–No con toda esa estructura 4D. Lo que a todos los efectos es el manual de instrucciones de un mundo concha dice que se pueden disparar armas termonucleares en su interior sin anular la garantía siempre y cuando no te acerques a la estructura secundaria y, en cualquier caso, las estrellas internas son básicamente bombas termonucleares y un puñado de materia exótica, las más antiguas de las cuales llevan deciaeones intentando abrirse camino en el techo de su concha quemando un agujero por él. Da igual, las armas antimateria están prohibidas dentro y un desplazamiento mal hecho tendría un perfil muy parecido. Si y cuando tenga que hacer algún desplazamiento, tendrá que ser con mucho, mucho cuidado.

–¿La antimateria está prohibida por completo? –preguntó Anaplian, que parecía preocupada–. La mayor parte del equipo sofisticado con el que trabajo usa reactores y baterías de antimateria. –La agente se rascó la nuca con una mueca–. Incluso tengo una dentro de la cabeza.

–En teoría, siempre que no sean armas, está permitido –le dijo la nave–. En la práctica... yo no lo mencionaría.

–Muy bien –dijo Anaplian con un suspiro–. Sus campos, ¿van a funcionar?

–Sí. Funcionan con potencia interna. Muy limitada.

–Y puede entrar si no le queda más remedio.

–Puedo entrar –confirmó la nave a través de Hippinse, que no parecía muy contento–. Estoy preparándome para reconfigurar motores y otra materia para dejarlos listos para la masa reactiva.

–¿Masa reactiva? –Djan Seriy no parecía muy convencida.

–Para poder utilizarla en un motor de retrofusión profundo que también estoy montando –dijo Hippinse con un suspiro que parecía avergonzado. Él mismo parecía estar sufriendo una reconfiguración: con cada día que pasaba estaba más alto y menos rotundo.

–Ay, madre –dijo Anaplian, le parecía lo único aceptable.

–Sí –dijo el avatoide de la nave con un desagrado evidente–. Me estoy preparando

para convertirme en un cohete.

–Están diciendo cosas terribles sobre vos, señor, donde os mencionan, que no es en todas partes.

–Gracias, Holse. Sin embargo, ya apenas me preocupa hasta qué punto ha difamado mi reputación ese aspirante a tirano de Tyl Loesp –mintió Ferbin–. El estado de nuestro hogar y el destino de mi hermano es lo único que me importa.

–Pues menos mal, señor –dijo Holse con los ojos clavados en la pantalla que flotaba en pleno aire delante de él. Ferbin se había sentado cerca e inspeccionaba otra holopantalla. Holse sacudió la cabeza–. Os han pintado como un auténtico bribón. –Silbó con algo que apareció en la pantalla–. Eso sí que sé que no lo habéis hecho nunca.

–¡Holse! –dijo Ferbin con aspereza–. Mi hermano vive, Tyl Loesp permanece sin castigo y se recrea por todo el Noveno. Los deldeynos están derrotados por completo, parte del ejército se ha disuelto, más de la mitad de la Ciudad Sin Nombre ha salido a la luz y, según nos han dicho, los oct se están reuniendo alrededor de Sursamen. Todas esas cosas tienen mucha más trascendencia, ¿no te parece?

–Por supuesto que sí, señor –asintió Holse.

–Entonces presta atención a esas cosas, no a los chismorreos engendrados por mis enemigos.

–Como digáis, señor.

Estaban leyendo material sobre Sursamen y el Octavo (y también el Noveno) en los servicios de noticias dirigidos por los oct, los nariscenos y los morthanveld, tal y como lo comentaban personas, mentes artificiales y lo que parecían organizaciones no oficiales pero de todos modos respetadas dentro de la Cultura, todo ello expresado en un sarlo claro y sucinto merecedor de todo tipo de parabienes. Ferbin no había sabido si sentirse halagado, dada toda la atención que les prestaban, o insultado, dado que, en realidad, los estaban espionando. Había buscado en vano (o al menos le había pedido a la nave que lo buscara, sin mucho éxito) cualquier tipo de grabaciones textuales del tipo que Xide Hyrlis había sugerido que podían existir de lo que le había pasado a su padre, pero no había encontrado nada. Djan Seriy ya le había dicho que al parecer no existían esas grabaciones, pero él había querido comprobarlo.

–Todo muy interesante –asintió Ferbin mientras se recostaba en su sillón, complaciente casi hasta el exceso. Estaban en el otro pequeño salón de la nave, un corto sueño y medio día después de comenzar su viaje–. Me pregunto cuál es la última información sobre las naves oct... –La voz de Ferbin se fue perdiendo cuando leyó sin querer otra brutal exageración de su comportamiento pasado.

–¿Qué quiere saber? –preguntó la voz de la nave, que hizo sobresaltarse a Holse. Ferbin recuperó la compostura.

–Las naves oct –dijo–. ¿Están allí de verdad, alrededor de Sursamen?

–No lo sabemos –admitió la nave.

–¿Se ha informado a los morthanveld que es posible que los oct se estén reuniendo allí? –preguntó Ferbin.

–Se ha decidido que se les comunicará muy poco después de que llegemos –dijo la nave.

–Ya veo. –Ferbin asintió con buen criterio.

–¿Muy poco después? –preguntó Holve.

La nave dudó, como si lo estuviera pensando.

–Muy, muy poco después –dijo.

–¿Sería una coincidencia? –inquirió Holve.

–No del todo.

–Murió con la armadura puesta; en ese sentido murió bien.

Ferbin sacudió la cabeza.

–Murió encima de una mesa como un perro castrado, Djan Seriy –le dijo su hermano–. Como un traidor de otros tiempos, deshecho y martirizado, con el que se divertieron de la forma más indigna. No habría deseado para sí lo que vi que le ocurrió, créeme.

Su hermana bajó la cabeza durante unos momentos.

Los habían dejado solos después de la primera comida de peso que tomaban a bordo del *Problema candente* y estaban sentados en el salón pequeño, en un sofá con forma de onda senoidal. La agente levantó la cabeza otra vez.

–¿Y fue el propio Tyl Loesp? Quiero decir que si al...

–Fue su mano, hermana. –Ferbin miró a Djan Seriy a los ojos–. Arrancó la vida del corazón de nuestro padre y angustió todo lo que pudo también su mente, por si lo que hacía en su pecho no fuera por alguna razón suficiente. Le dijo que ordenaría una masacre en su nombre, tanto ese día en el campo de batalla alrededor de la Xiliskine como después, cuando el ejército invadiera el nivel deldeyno. Afirmaría que nuestro padre lo había exigido a pesar de los consejos de Tyl Loesp, todo para mancillar su nombre. Lo menospreció en esos últimos momentos, hermana. Le dijo que el juego siempre había sido más grande de lo que él había creído, como si mi padre no fuera siempre el que más visión tenía.

Djan Seriy frunció el ceño por un momento.

–¿A qué crees que se refería con eso? –preguntó–. ¿Al decir que el juego siempre había sido más grande de lo que él había creído?

Ferbin chasqueó la lengua, exasperado.

–Creo que quería mofarse de nuestro padre, se agarraba a lo que fuese para poder herirlo.

–*Hmm* –dijo Djan Seriy.

Ferbin se acercó un poco más a su hermana.

–Él querría que lo vengáramos, de eso estoy seguro, Djan Seriy.

–Estoy segura de que eso querría.

–No me hago ilusiones con esto, hermana. Sé que eres tú la que, de los dos, tienes el poder. Pero ¿puedes hacerlo? ¿Querrás hacerlo?

–¿Qué? ¿Matar a Mertis Tyl Loesp?

Ferbin se aferró a la mano de su hermana.

–¡Sí!

–No. –La agente sacudió la cabeza y quitó la mano–. Puedo encontrarlo, capturarlo y entregarlo, pero esto no es asunto para una justicia sumaria, Ferbin. Ese hombre debería sufrir la ignominia de un juicio y el desprecio de aquellos que en su momento tuvo a sus órdenes; entonces puedes encarcelarlo para siempre o matarlo si es que es así como todavía se hacen las cosas, pero no soy yo la que debe asesinarlo. Este es un asunto de Estado y yo estaré presente, a ese nivel, de forma exclusivamente personal. Las órdenes que tengo ahora no tienen nada que ver con él. –Anaplian estiró el brazo y apretó la mano de su hermano–. Hausk era rey antes que padre, Ferbin. Nunca fue cruel con nosotros y, a su modo, nos quería, estoy segura, pero nunca fuimos su prioridad. No te agradecería que pusieras tu animosidad personal y tu sed de venganza por encima de las necesidades del Estado que él hizo grande y que esperaba que sus hijos varones hicieran más grande todavía.

–¿Intentarías detenerme –preguntó Ferbin con tono amargo– si yo apuntara a Tyl Loesp?

Djan Seriy le dio unos golpecitos en la mano.

–Solo de forma verbal –dijo–. Pero voy a empezar ahora: no uses la muerte de ese hombre para sentirte mejor. Usa su destino, sea el que sea, para que tu reino sea mejor.

–Nunca quise que fuera mi reino –dijo Ferbin, y apartó la mirada con un gran suspiro.

Anaplian lo observó, estudió la postura del cuerpo de su hermano y lo que todavía podía ver de su expresión y pensó en lo mucho y lo poco que había cambiado. Era, por supuesto, mucho más maduro que quince años antes, pero había cambiado de formas que quizá ella no se hubiera esperado, y era probable que hubiera cambiado en los últimos tiempos y solo debido a todo lo que había ocurrido desde el asesinato del padre de ambos. Parecía más serio, menos pagado de sí mismo y mucho menos egoísta en sus placeres y objetivos. Djan tenía la impresión, sobre todo después de unas cuantas conversaciones breves con el propio Choubris, de que Holse jamás habría seguido al viejo Ferbin hasta allí ni le habría sido tan fiel. Lo que no había cambiado era su falta de deseo de ser rey.

Se preguntó cuánto pensaba su hermano que había cambiado ella, pero sabía que casi no había comparación posible. Ella todavía conservaba todos sus recuerdos de la niñez y primera adolescencia, tenía un aspecto vagamente parecido al que había tenido cuando se había ido y podía tratar de parecerse a su antiguo yo al hablar, pero en cualquier otro aspecto era una persona muy distinta.

Djan Seriy utilizó el encaje neuronal para escuchar los sistemas del *Problema candente* que estaban hablando entre sí, asimiló a toda prisa una vista compensada del abismo de espacio que se extendía delante de la veloz nave, se puso al día de las últimas noticias sobre Sursamen y otros lugares, compartió un apretón de manos informal con Turminder Xuss, inactivo en la cabina de Djan y después monitorizó a su hermano con atención: escuchó su corazón, comprobó la conductividad de su piel, su tensión arterial, la temperatura implicada del núcleo y la distribución de la temperatura así como el estado de sus músculos, tirantes y un poco tensos. Ferbin estaba apretando los dientes, aunque seguramente ni él mismo era consciente de ello.

Tuvo la sensación de que debería animar a Ferbin y sacarlo de lo que podría ser un momento de dolor, pero no estaba muy segura de estar de humor ella tampoco para hacerlo. Activó la glándula de beneficios adicionales y no tardó en estarlo.

–¿La directora general Shoum sigue en Sursamen? –preguntó Anaplian.

–No –dijo Hippinse–. Se fue hace cuarenta y tantos días. Continúa su viaje por las posesiones y protectorados morthanveld del Espinazo Menor.

–¿Pero podemos ponernos en contacto con ella una vez que hayamos bajado?

–Desde luego. En estos momentos está aquí, en tránsito entre Asulious IV y Grahly, en el Casco Partido cat.4 *La primera vez que vi Jhiriit*. Su llegada a Grahly está programada para catorce horas después de que llegemos a Sursamen. Sin la parada forzosa –añadió Hippinse. El avatoide había cambiado todavía más en el último día y tenía un aspecto mucho más musculoso. Si se comparaba con los dos sarlos, seguía estando más grueso, pero parecía mucho más en forma y atlético que cuando se habían conocido unos días antes. Hasta se había cortado el pelo al cero, de un modo profesional parecido al de Djan Seriy.

La holopantalla central alrededor de la que estaban sentados giró para mostrar la ubicación de la nave de Shoum y después rotó con suavidad para regresar a su posición (Holse recordó la pantalla del horrible planeta Bulthmaas y la cara de Xide Hyrlis, iluminada desde abajo). Los colores que mostraba la pantalla eran falsos, todas las estrellas eran blancas. Sursamen era un punto rojo que parpadeaba con suavidad junto a su estrella, Meseriphine. El *Problema candente* era un punto azul incluso más diminuto que palpitaba y dejaba una estela de color aguamarina. Las posiciones de otras naves importantes, siempre que se conocieran, también aparecían con un código de diferentes colores: las naves morthanveld eran verdes. El color de

las oct era azul y su posible presencia se insinuaba con un leve matiz que rodeaba Sursamen.

Djan Seriy miró a Ferbin.

–¿Crees que Shoum nos facilitará el viaje al Octavo si tenemos algún problema con los nariscenos o los oct?

–Mostró un interés considerable por nuestra grave situación –dijo Ferbin–. Fue ella la que organizó nuestro traslado para que pudiéramos ver a Xide Hyrlis, a pesar de que resultó ser una expedición fútil. –Ferbin ni siquiera intentó suprimir su desdén–. Mi búsqueda de justicia le pareció «romántica», creo recordar. –Miró a su hermana y sacudió la cabeza–. Se la podría llamar comprensiva, pero podría ser solo una comprensión pasajera. No sabría decirlo.

Djan Seriy se encogió de hombros.

–Con todo, merece la pena tenerlo en cuenta, creo.

–No debería ser problema –dijo Hippinse–. Con un poco de suerte los sistemas oct serán pan comido y nadie alertará a los nariscenos. Debería poder dejaros caer directamente en un ascensor. Quizá incluso en una ascensonave.

–Eso, como dice, con un poco de suerte –dijo Anaplían–. Estoy pensando en qué pasa si no tenemos la suerte de nuestro lado. –Miró con expresión pensativa a Hippinse–. Oramen sigue en las Cataratas, ¿no?

–Según lo último que sabemos, sí –dijo la nave a través de su avatoide–. Aunque la información tiene como mínimo ocho días. Las peleas que libran oct y aultridia entre los niveles están haciendo que las comunicaciones no sean muy fiables.

–¿Son muy graves esas supuestas «peleas»? –preguntó Anaplían.

–Todo lo graves que pueden ser antes de que los nariscenos se vean obligados a intervenir. –El avatoide hizo una pequeña pausa–. Me sorprende un poco que no lo hayan hecho ya.

Anaplían frunció el ceño.

–¿Se están disparando?

–No –dijo Hippinse–. Se supone que no pueden dentro de las torres o cerca de cualquier estructura secundaria. Por lo general la disputa implica la toma de torres usando ascensonaves que las bloquean y la reconfiguración a distancia de las fidelidades que controlan las puertas.

–¿Y eso va a ayudarnos o a entorpecer nuestra misión?

–No se sabe muy bien. Es un factor de multiplicación más que de evaluación.

Djan Seriy se apoyó en el respaldo del asiento.

–Muy bien –dijo–. Esto es lo que va a ocurrir: descendemos los cuatro juntos a la superficie de Sursamen. Tenemos que intentar atravesar los niveles antes de que alguien se dé cuenta de que no deberíamos haber llegado al sistema Meseriphine tan rápido y empieza a preguntar qué nave nos trajo. –Señaló con un gesto a Hippinse–.

El *Problema candente* cree que puede llevarnos abajo e insertarnos en el sistema de administración de viajes narisceno sin que nadie lo note, pero excepto si intentara tomar toda la matriz de IA nariscena de Sursamen (cosa que se podría llamar un acto de guerra) no puede evitar que terminen detectándonos como una anomalía. Así pues, debemos llegar al nivel de las Hyeng-zhar con la mayor premura. Encontramos a Oramen, en las Cataratas, esperemos. Le decimos que corre peligro si es que no lo sabe todavía. También le enviamos un mensaje mientras vamos de camino, si es posible. Hacemos lo que podemos para ponerlo a salvo, o al menos más a salvo, si es necesario, y después nos ocupamos de Tyl Loesp.

–¿«Ocuparnos»? –preguntó la nave a través de Hippinse.

Anaplian miró sin titubear al avatoide.

–Ocuparnos en el sentido de aprehender. Capturar. Retener o asegurarnos de que se le retiene hasta que un tribunal reunido con todas las garantías pueda decidir su destino.

–Yo no anticiparía un perdón real –dijo Ferbin con tono gélido.

–Entre tanto –continuó Djan Seriy–, la nave intentará averiguar qué están tramando los oct, intentará ver si todas esas naves desaparecidas están apareciendo de verdad alrededor de Sursamen. Aunque, por supuesto, a esas alturas ya se habrá informado a los morthanveld y los nariscenos de las sospechas que tenemos con respecto a la concentración de naves oct y sin duda ya estarán formulando sus propias respuestas. Solo podemos esperar que estas complementen a las del *Problema candente*, aunque no es imposible que resulten antagónicas. –Anaplian miró a Ferbin y Holse–. Si los oct están allí desplegados, es muy posible que Hippinse y yo tengamos que dejaros solos sin apenas aviso previo. Lo siento hermano, pero así es como tiene que ser. Debemos esperar todos que no se llegue a ese extremo pero si llega, os dejaremos con las ventajas que podamos.

–¿Y cuáles serían? –preguntó Ferbin mientras miraba primero a Anaplian y después a Hippinse.

–Información –dijo Djan Seriy.

–Mejores armas –les dijo la nave.

Aparecieron de repente dentro de una ascensonave oct vacía, sus puertas se acababan de cerrar, de forma inesperada en lo que respectaba al cerebro nublado del Control de Tráfico de la torre. Después lo volvió a comprobar y se dio cuenta de que el cierre de la puerta no era inesperado, después de todo. Una orden que exigía precisamente eso llevaba ya algún tiempo pendiente. Así que todo iba bien. Muy poco tiempo después ya no había recuerdo o registro alguno de que hubiera encontrado algo inesperado en primer lugar. Mucho mejor todavía.

La ascensonave era una de más de veinte acopladas a un gran carrusel que pendía

justo sobre la boca abierta de mil cuatrocientos metros de diámetro que coronaba la torre Pandil-fwa. El carrusel estaba diseñado para cargar la ascensonave seleccionada, como si fuera el cartucho en un arma inmensa, y meterla en uno de los tubos secundarios apiñados dentro de la torre principal, lo que permitiría que la nave bajara hasta cualquiera de los niveles disponibles.

El ordenador del Control de Tráfico de la torre de los oct ejecutó una amplia variedad de instrucciones para las que tenía la impresión totalmente errónea de que contaba con la adecuada autorización, el carrusel que tenía noventa metros más abajo bajó la ascensonave como debía desde el anillo de acceso a otro anillo inferior. El movimiento colocó la nave sobre uno de los tubos. La cápsula bajó, encajó en el tubo y después la sujetaron lo que básicamente eran dos arandelas gigantes, aunque sofisticadas. Se drenaron y bombearon al exterior los fluidos. Se abrieron y cerraron esclusas y la nave fue bajando hasta que quedó flotando en el vacío, chorreando, justo encima de un pozo oscuro de mil cuatrocientos kilómetros de profundidad y lleno de casi nada en absoluto. La nave anunció que estaba lista para viajar. La máquina del Control de Tráfico de la torre le dio permiso. La ascensonave se soltó de la pared del tubo y empezó a caer, impulsada solo por la propia gravedad de Sursamen.

Esa había sido la parte fácil, como les había advertido Anaplian a Ferbin y Holse. El cráter Oerten de la superficie de Sursamen se encontraba justo encima de la boca acanalada de la torre Pandil-fwa y estaba separado de ella solo por la estructura secundaria; la nave no había tenido ninguna dificultad (una vez que había comprobado las coordenadas varios miles de veces y había desplazado unos cuantos cientos de motas de reconocimiento microscópicas) para colocarlos directamente en la ascensonave. Compartir las matrices de los ordenadores de los oct (apenas merecían el término de IA) había sido, para la mente del *Problema candente*, peccata minuta.

Menos de media hora antes habían optado por acercarse con sigilo y habían llegado sin fanfarrias y (al menos que ellos supieran) sin que los detectaran sobre Sursamen. El *Problema candente* se había pasado los días necesarios para el acercamiento modelando y ensayando las tácticas, usando para ello el detalladísimo conocimiento de los sistemas nariscenos y oct que ya tenía. Cada vez estaba más seguro de que podía meterlos directamente en una ascensonave y eliminar así la necesidad de exponerse a la superficie en sí. Al llegar, se encontró con lo que esperaba, en general, y los metió directamente.

Djan Seriy había pasado el mismo tiempo dándoles a Ferbin y Holse un curso acelerado en el uso de ciertas tecnologías defensivas y ofensivas de la Cultura, hasta el nivel que le pareció que podían manejar. Era una verdad universalmente conocida

que algunos de los sistemas armamentísticos personales más insólitos que poseía la Cultura tenían muchas más probabilidades de matar a un usuario sin formación que a cualquier persona a la que se estuviera apuntando, pero incluso los sistemas defensivos, si bien nunca iban a matarte (eso era, como es obvio, lo que estaban diseñados para evitar sobre todo) sí que podían darte también un susto de muerte debido a la velocidad y aparente violencia con la que podían reaccionar cuando se sentían amenazados.

Los dos hombres se acostumbraron pronto a los trajes que iban a ponerse. Los trajes eran, por defecto, negros como el hollín, con una superficie más bien lisa una vez que se ponían, pero llenos de ristas y bultos con unidades, equipos y subsistemas, sobre muchos de los cuales a Ferbin y a Holse ni siquiera se les permitía tener información. Las secciones de la cara se podían dividir en una máscara inferior y un visor superior y por defecto eran transparentes, de modo que las expresiones faciales resultaban legibles.

—¿Y si nos pica algo? —le había preguntado Holse a Hippinse—. A mí me dio un picor cuando nos pusimos un traje de baño morthanveld, mientras nos estaban enseñando una de sus naves y fue de lo más molesto. —Estaban en la cubierta del hangar. Estaba atestada incluso para lo que solían ser las cubiertas de los hangares pero, con todo, seguía siendo el espacio abierto más grande que tenía la nave para que se reunieran.

—No les picará nada —les dijo el avatoide a Ferbin y a él—. El traje embota ese tipo de sensación o contacto interior. Pueden sentir, tocar, percibir la temperatura y demás pero no hasta el punto de sufrir algún dolor. En parte es para mitigar picores que puedan distraerlos y en parte para prevenir y controlar daños de primer nivel.

—Qué inteligente.

—Son trajes muy inteligentes —dijo Hippinse con una sonrisa.

—No estoy muy seguro de que me guste que me ciñan así, señor —dijo Holse.

Hippinse se encogió de hombros.

—Se convierte en una nueva entidad híbrida con un traje así. Hay una cierta pérdida del control absoluto, o al menos de una exposición absoluta, pero la recompensa es una capacidad operativa y un índice de supervivencia inmensamente mayores.

Anaplian, que observaba desde cerca, los miró pensativa.

Ferbin y Holse habían sido alumnos atentos y bien dispuestos, aunque Ferbin se había mostrado un poco quejoso por algo que no quiso especificar y que su hermana no pudo determinar hasta que la nave sugirió que lo equipara con un arma más, o quizá con un arma más grande, que a su criado. Djan le pidió a Ferbin que llevara el más pequeño de los dos rifles cinéticos hiperveloces que resultaba que tenía la nave entre su arsenal (ella se quedó con el grande). Después de eso, todo fue bien.

Anaplian se había quedado impresionada con la calidad de los trajes.

–Muy avanzados –comentó con el ceño fruncido.

Hippinse le lanzó una sonrisa radiante.

–Muchas gracias.

–Me parece –dijo Anaplian con lentitud mientras examinaba los trajes con los sentidos optimizados de nuevo– que una nave tendría que tener estos trajes físicamente a bordo o, si iba a hacerlos ella desde cero, tendría que tener acceso a unos patrones muy sofisticados y me atrevería a decir que increíblemente restringidos que solo conocen unas partes muy pequeñas y muy poco habituales de la Cultura. Ya sabes, esas partes a las que se les suele llamar Circunstancias Especiales.

–¿En serio? –dijo Hippinse con tono alegre–. Qué interesante.

Flotaban sobre el suelo de la ascensonave. El agua empezó a bajar de nivel a su alrededor a medida que la nave descendía, iba filtrándose a unos tanques que había bajo el suelo. En un par de minutos se encontraron en un espacio seco, aunque todavía olierá a húmedo, y casi semiesférico de quince metros de diámetro. Ferbin y Holse se quitaron la máscara y el visor de los trajes.

–Bueno, señor –dijo Holse muy contento–, estamos en casa. –Miró a su alrededor, al interior de la ascensonave–. En cierto sentido.

Djan Seriy y Hippinse no se habían molestado en ponerse máscaras. Iban vestidos, al igual que los dos sarlos, con los mismos trajes oscuros y ceñidos, cada uno de los cuales, había afirmado Djan Seriy con toda seriedad, era varias veces más inteligente que toda la matriz informática oct de Sursamen. Además de lucir todos esos bultos y protuberancias extrañas, cada traje llevaba unos saquitos en el pecho y la espalda, unos saquitos pequeños y aerodinámicos; los trajes de Hippinse y Djan Seriy contenían también unas protuberancias largas y acanaladas en la espalda que se convertían en unas armas largas y oscuras que era difícil identificar incluso como armas. Tanto Ferbin como Holse tenían unas cosas de la mitad del tamaño de un rifle que se llamaban AERC y que disparaban luz, también disponían de un pequeño revolver de un tamaño que los decepcionó. Ferbin se esperaba algo un poco más impresionante, pero se apaciguó cuando le dieron el rifle hiperveloz, que tenía un volumen bastante más satisfactorio.

Los trajes también tenían sus propias armas incrustadas y otros sistemas defensivos, que al parecer eran demasiado complicados para dejar a los caprichos de simples hombres. A Ferbin eso lo inquietó un poco, pero se le informó de que era por su propio bien. Eso tampoco había sido lo más tranquilizador que le habían dicho en su vida.

–En el poco probable caso de que nos veamos implicados en un tiroteo importante y los trajes piensen que estáis ante una amenaza real –les había dicho Djan Seriy a los

dos sarlos—, ellos se harán cargo de la situación. Los intercambios de alta velocidad ocurren demasiado rápido para las reacciones humanas, así que serán los trajes los que apunten, disparen y esquiven los disparos por vosotros. —La agente vio las expresiones de desolación en los rostros de los hombres y se encogió de hombros—. Es como todo en la guerra: meses de aburrimiento absoluto interrumpidos por momentos de puro terror. Es solo que los momentos a veces se miden en milisegundos y el enfrentamiento muchas veces termina incluso antes de que seáis conscientes de que ha empezado.

Holse había mirado a Ferbin y había suspirado.

—Bienvenido al futuro, señor.

El familiar de Djan Seriy, el dron aquel que se llamaba Turminder Xuss, había sido desplazado acoplado a un muslo del traje de la agente, otro bulto alargado. Se había alejado flotando en cuanto los habían desplazado y seguía flotando sobre ellos una vez desaparecida todo el agua; al parecer estaba inspeccionando el interior empapado de la ascensonave. Holse vigilaba a la maquinita de cerca, la seguía por la nave y la miraba con los ojos entrecerrados.

El dron descendió hasta quedar delante del hombre.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor Holse? —le preguntó.

—Siempre he querido preguntarlo —dijo el criado—. ¿Cómo flotan en el aire las cosas como vos?

—Bueno, pues con facilidad —dijo el dron al tiempo que ascendía y se alejaba del hombre. Holse se encogió de hombros y mascó un poco de hoja de crile que había convencido al *Problema candente* para que le hiciera.

Djan Seriy se sentó con las piernas cruzadas cerca del centro del suelo, con los ojos cerrados. Encerrada en el ceñido traje negro, solo con la cara expuesta, tenía un aspecto extrañamente infantil, aunque sus formas, desde luego, eran las de una mujer, como hasta Ferbin notó.

—¿Mi hermana está dormida? —le preguntó Ferbin a Hippinse en voz baja.

El avatoide (una figura compacta y de aspecto poderoso) sonrió.

—Solo está comprobando los sistemas de la ascensonave. Ya lo he hecho yo pero nunca viene mal verificar las cosas.

—¿Así que se puede decir que lo hemos conseguido y vamos de camino? —preguntó Ferbin. Notó que el avatoide había enrollado la parte del traje que envolvía la cabeza y había formado un cuello que le había liberado la cabeza entera. El príncipe hizo lo mismo.

—Sí, hasta el momento lo hemos logrado.

—¿Vos seguís siendo la nave o ya funcionáis de forma independiente?

—Puede seguir hablándole directamente a la nave a través de mí hasta que hagamos la transferencia —le dijo Hippinse.

Djan Seriy había abierto los ojos y ya estaba mirando al avatoide.

–Están aquí, ¿verdad? –dijo.

Hippinse asintió con gesto pensativo.

–Las naves desaparecidas de los oct –dijo–. Sí. Tres recién descubiertas a la vez, alineadas sobre el extremo de la torre abierta que tengo más cerca. Fuertes sospechas de que el resto estará aquí o también está de camino.

–Pero seguimos adelante –dijo Djan Seriy con el ceño fruncido.

Hippinse asintió.

–Están aquí, eso es todo. De momento no ha cambiado nada más. Ahora estoy enviando una señal. Me imagino que los morthanveld y los nariscenos sabrán en breve algo de las disposiciones de los oct. –El avatoide miró a su alrededor, a todos–. Seguimos adelante.

La transferencia tuvo lugar a medio camino de la primera sección de la torre, a setecientos kilómetros de la superficie. La ascensonave frenó y se detuvo. Los pasajeros habían vuelto a ponerse todo el traje y el dron se había acoplado de nuevo al muslo de Anaplian. Se extrajo el aire del interior de la ascensonave y la puerta se abrió sin ruido, una última bocanada de atmósfera se disipó en el vacío y los pasajeros la siguieron por un amplio pasillo. Sus sombras los precedían, enormes. Cuando se cerró la puerta de la ascensonave, se cortó toda la luz normal y se quedaron con una imagen fantasmal creada por las leves radiaciones emitidas por los muros y superficies frías que los rodeaban. Ese era el punto en el que la nave dejaba de controlar directamente a Hippinse y el avatoide se quedaba de repente tan solo en su cabeza como cualquier ser humano normal. Ferbin lo observó a la espera de un tropezón o de que le cambiara la expresión, pero no vio nada.

Se abrieron de forma sucesiva dos series de gruesas puertas dobles que los llevaron a una gran apertura semicircular que se abría a un amplio balcón ovalado de unos cuarenta metros o más de anchura; regresó entonces una luz dura y acerada que destacó varias naves pequeñas y lustrosas que reposaban en unos soportes en el suelo de la plataforma.

No había muro ni barandilla. La vista caía otros setecientos kilómetros, aparentemente a una nada oscura. Encima de ellos, unas estrellas diminutas y brillantes flotaban en el aire sin parpadear.

El nivel Uno era un criadero de velas de simientes. Las velas de simientes eran algunas de las entidades biológicas más antiguas de la galaxia. Dependiendo de a qué autoridad se escuchase, llevaban en la galaxia una media docena de eones, o casi diez. El debate sobre si habían evolucionado de forma natural o las había creado una civilización anterior tampoco se había resuelto. Con una conciencia de sí mismas solo discutible, eran algunas de las mayores nómadas de verdad de la galaxia, migraban

por toda la lente a lo largo de los eones, centiaeones y deciaeones que las llevaba a enfilarse, recorrer y navegar el camino que las guiaba de una estrella a otra, impulsadas solo por la luz del sol.

Venían de todos modos con sus propios depredadores, apenas más inteligentes que ellas, pero, además, a lo largo del tiempo las habían explotado, cazado y masacrado aquellos que menos deberían, aunque también había habido otros que las habían seguido, venerado y apreciado. Corrían buenos tiempos para estas criaturas, se las veía como parte de una ecología galáctica natural mayor y por lo general se las consideraba algo bueno, así que dentro de las civilizaciones estaba bien visto portarse bien con ellas. Con el apoyo en este caso de los nariscenos, el primer nivel o el ático de muchos mundos concha se destinaba a criadero de velas de simientes, un espacio en el que las criaturas podían crecer y medrar en su fase de crecimiento en el suelo, en el vacío, bajo la luz relativamente suave de las estrellas fijas o rodantes antes de que sus raíces enroscadas magnéticas las catapultaran hacia los cielos.

Después todavía había que ayudarlas para que prosiguieran su camino; capturadas y retenidas antes de que tropezaran contra el techo del nivel, una nave especializada las llevaba a una de las pocas torres abiertas y después las lanzaba desde allí al duro entorno de su verdadero hogar: el espacio exterior.

Ferbin y Holse se quedaron allí, a un par de metros del escarpado filo, mirando el paisaje mientras Djan Seriy y Hippinse se afanaban con un par de navecitas delgadas que esperaban en el amplio balcón. Holse le tendió una mano a Ferbin, que se aferró a ella. Estaban respetando el silencio impuesto en las comunicaciones, pero cuando los trajes se tocaban, podían hablar sin que los detectaran.

–No hay mucho que ver en realidad, ¿eh, señor?

–Solo las estrellas –asintió Ferbin. Los dos hombres se quedaron contemplando el vacío antes de que los llamaran a las dos pequeñas naves en las que habían estado trabajando Djan Seriy y Hippinse. Las cubiertas oscuras y curvadas de las naves, como secciones cortadas de una inmensa concha, estaban levantadas. Les hicieron un gesto para que se metieran dentro. Las naves estaban diseñadas para llevar a seis nariscenos en lugar de a dos humanos pero con los trajes podían ponerse bastante cómodos, ya que imitaban a asientos. Djan Seriy y Hippinse pilotaban una cada uno. Las naves se elevaron en silencio del balcón y salieron disparadas a la Oscuridad, acelerando al principio lo suficiente como para que Ferbin se quedara sin aliento.

Djan Seriy estiró el brazo hacia atrás y le tocó el tobillo con un dedo.

–¿Te encuentras bien, Ferbin? –preguntó.

–Perfectamente, gracias –le dijo su hermano.

–Hasta ahora todo va bien, hermano. Todavía estamos dentro de la secuencia principal de nuestro plan.

–Es un placer oírlo.

Las dos navecitas atravesaron como rayos el paisaje oscuro que se escondía debajo y rodearon con pereza las torres intermedias. Media hora y un doceavo del mundo después frenaron y se dejaron caer al acercarse a la base de una torre. Ferbin estaba listo para salir, pero las dos navecitas permanecieron flotando a un metro de la superficie del terreno baldío, delante de una gran elipse oscura inscrita en la base acanalada de los pies de la torre. Se quedaron allí un tiempo. Ferbin se inclinó hacia delante para tocar a Djan Seriy en el hombro y preguntarle qué estaban esperando, pero su hermana levantó una mano estirada sin darse la vuelta y justo cuando lo hizo, la forma oscura que tenían delante cayó y reveló un túnel incluso más oscuro.

Las naves gemelas empezaron a bajar con lentitud, vacilando un poco.

–Esta parte ofrece un mínimo peligro –le dijo Djan Seriy a su hermano; había estirado el brazo para tocar el traje del príncipe con el suyo mientras las dos navecitas caían por uno de los tubos menores que había dentro de la torre—. La nave va a trabajar con los sistemas de la superficie para evitar que nos detecten, pero no todo se maneja desde allí. Hay matrices más abajo o incluso ascensonaves individuales a los que se les puede meter en los circuitos hacer subir o bajar algo por aquí. –La agente hizo una pausa—. Pero nada hasta ahora –añadió.

Las dos naves pasaron de una torre a otra a lo largo de los dos niveles subsecuentes. El siguiente por el que bajaron era el territorio de los asoleados del vacío, el hogar de criaturas de varios tipos de especies diferentes que, como las velas de simientes, absorbían la luz del sol sin intermediarios. Al contrario que las velas, estos se conformaban con quedarse donde estaban más o menos toda su vida en lugar de irse a navegar entre las estrellas. Aparte de algún destello superficial que otro, tampoco había mucho que ver allí. Otra transición oscura los llevó a otra torre y cruzaron el nivel de vacío negro y yermo que había bajo los asoleados.

–¿Todo bien, hermano? –preguntó Djan Seriy. El roce de la mano de su hermana en su tobillo resultaba extrañamente consolador en aquella oscuridad absoluta y en medio de un silencio casi total.

–Un poco aburrido –le dijo Ferbin.

–Habla con el traje. Que te ponga un poco de música o te proyecte algo.

El príncipe le susurró al traje y este le puso música relajante.

Terminaron en otro balcón, en un nivel medio de una torre, un balcón parecido al que habían dejado poco antes. Allí abandonaron las dos navecitas inclinadas en el suelo, al lado de unos soportes ya ocupados. Un pasillo, varias puertas y muchas imágenes fantasmales después se encontraron junto a la pared curva de un tubo de ascensonaves; Djan Seriy y Hippinse colocaron las palmas de las manos con cuidado en un lugar tras otro del amplio muro, como si buscaran algo. Djan Seriy levantó una mano. Hippinse se apartó del muro. Muy poco después Anaplian también se apartó

del muro y un instante más tarde el muro reveló una puerta que fue subiendo y liberando una luz violeta y cremosa que salió por debajo, como una riada que lamió pies, pantorrillas, muslos y torsos hasta alcanzar los rostros enmascarados y al fin pudieron ver que estaban delante del interior de una ascensonave llena de lo que parecía una especie de nube violeta que resplandecía, apenas solidificada. Entraron en ese interior.

Era como atravesar una cortina de jarabe para entrar en una habitación llena de aire denso, aunque las máscaras del traje les permitían ver. La nube medio solidificada y la luz violeta que lo invadía todo hacia que fuera imposible ver más allá de tu nariz a simple vista. Djan Seriy les hizo un gesto para que se juntaran todos y apoyaran las manos en el hombro del de al lado.

–Alegraos de no poder oler esto, caballeros –les dijo a los dos sarlos–. Es una ascensonave aultridia.

Holse se puso rígido.

Ferbin estuvo a punto de desmayarse.

Ni siquiera iba a ser un viaje corto, aunque podría ser relativamente rápido. La ascensonave bajó a toda velocidad por la torre y atravesó el nivel de las cumuloformas, donde Ferbin y Holse habían sido transportados sobre el interminable océano por Versión Expandida Cinco, Zourd, meses antes. Pasaron también el nivel inferior donde las cometas pelágicas y los aviarios recorrían los aires sobre un océano poco profundo salpicado de islas iluminadas por el sol. Pasaron junto al nivel inferior, donde los zarcillos naiantos plagaban un nivel presurizado hasta el techo con una atmósfera de los niveles superiores de un gigante gaseoso, y después pasaron el nivel inferior, que era donde los vesiculares (megaballenas monthianas) atravesaban cantando un océano de metano rico en metales que no llegaba a tocar del todo el techo de su nivel.

Estaban pasando a toda velocidad junto al Octavo.

Estaban sentados en el suelo junto a Djan Seriy, que permanecía de pie. Todos se tocaban con las manos o los pies de los trajes.

–Nuestra casa; estamos pasando junto a ella, señor –le dijo Holse a Ferbin cuando Djan Seriy les transmitió la información.

Ferbin lo oyó por encima de una música muy alta pero todavía relajante que estaba haciendo que le pusiera el traje. Había cerrado los ojos poco antes pero seguía sin poder evitar ver aquel incalificable fulgor violeta. Después se le ocurrió que podía pedirle al traje que lo bloqueara, cosa que el traje hizo. El príncipe se estremecía de asco cada vez que pensaba en esa horrenda y empalagosa masa violeta de cosa aultridia que se pegaba y los envolvía, infundiéndoles su asqueroso olor. No contestó al comentario de Holse.

Siguieron bajando, como un destello que pasó junto a su nivel natal.

La nave aultridia ni siquiera empezó a frenar hasta que cayó a un nivel concreto en el que la cima de la atmósfera cubría lo que habían sido las tierras deldeynas.

Siguió frenando poco a poco y pasó también junto al suelo de ese nivel, después se detuvo junto a la matriz de la filigrana que había justo debajo. La nave se sacudió de lado, el suelo se inclinó y el recinto entero se estremeció. Djan Seriy, con una mano acoplada a un trozo de la pared de la ascensonave, cerca de la puerta, estaba controlando sus acciones. Flexionó las rodillas y todo su cuerpo se movió con lo que parecía una facilidad fruto de una práctica intensa cuando la nave se sacudió y tembló bajo ella. Entonces sintieron que la nave se equilibraba antes de empezar a moverse a toda prisa de lado y hacia arriba, para luego estabilizarse poco a poco.

–Estamos entrando en la filigrana –les dijo Hippinse a Ferbin y Holse.

–Los aultridia se han dado cuenta de que no todo va bien con una de sus ascensonaves –les dijo Djan Seriy, parecía distraída.

–¿Os referís a esta, señora? –preguntó Holse.

–Hmmm.

–Nos están siguiendo –confirmó Hippinse.

–¿Qué? –chilló Ferbin. Ya se estaba imaginando que lo capturaban los aultridia y lo despellejaban del traje.

–Medidas de precaución –dijo Hippinse sin alterarse–. También intentarán bloquearnos más adelante, una vez que hayamos restringido nuestras opciones un poco, pero para entonces ya nos habremos ido. No se preocupen.

–Si vos lo decís, señor –dijo Holse, aunque él sí que parecía alterado.

–Esta clase de cosas pasan todo el tiempo –los tranquilizó Hippinse–. Las ascensonaves tienen unos cerebros solo lo bastante listos como para engañarse a sí mismos. A veces despegan solas, o la gente se mete dentro y las toma prestadas para hacer excursiones no autorizadas. Hay sistemas de seguridad independientes que siguen previniendo las colisiones así que no es ninguna catástrofe cuando una ascensonave se mueve sin órdenes concretas, es más bien una simple molestia.

–¿Oh, en serio? –dijo Ferbin con aspereza–. ¿Y ahora resulta que sois un experto en nuestro mundo natal?

–Desde luego –dijo Hippinse muy contento–. La nave y yo tenemos la mejor visión de conjunto de las especificaciones originales, planos de estructuras secundarias, mapas de morfología acumulada, maquetas completas tanto geológicas como hidrológicas, aéreas y biológicas así como sistemas de datos y las últimas actualizaciones disponibles del espectro completo. Ahora mismo sé más sobre Sursamen que los nariscenos, y ellos lo saben casi todo.

–¿Y qué sabéis vos que ellos no sepan? –preguntó Holse.

–Unos cuantos detalles que los oct y los aultridia no les han contado. –Hippinse

se echó a reír—. Al final los descubrirán, pero no lo saben todavía. Yo sí.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ferbin.

—Bueno, el lugar al que vamos —dijo Hippinse—. Esas cataratas han despertado un interés desmesurado entre los oct. Y a los aultridia también les está picando la curiosidad. Un alto grado de convergencia, intrigante. —El avatoide parecía confuso y fascinado a la vez—. Bueno, eso sí que es un patrón, ¿no les parece? Fuera hay naves oct que se reúnen alrededor de Sursamen y dentro los oct se concentran en las Hyeng-zhar. *Hmmm*. Muy interesante. —Ferbin tuvo la sensación de que (ya fuera o no un avatar inhumano de una supernave espacial óptima con ínfulas divinas) aquel ser, llegados a ese punto, básicamente estaba hablando para sí.

—Por cierto, señor Hippinse —dijo Holse—, ¿de verdad se puede uno mear encima con estas cosas?

—¡Desde luego! —dijo Hippinse como si Holse hubiera propuesto un brindis—. Todo tiene su utilidad. No se detenga.

Ferbin puso los ojos en blanco aunque se alegró de que Holse, era de suponer, no pudiera verlo.

—Ah, qué gusto...

—Hemos llegado —dijo Djan Seriy.

Ferbin se había quedado dormido. El traje parecía haber bajado el volumen de la música y lo volvió a subir cuando despertó. El príncipe le dijo que la guitarra. Seguían rodeados por aquel horrible fulgor violeta.

—Se orienta muy bien —dijo Hippinse.

—Gracias —respondió Djan Seriy.

—¿Caemos, entonces?

—Eso parece —asintió Anaplian—. Hermano, señor Holse: no hemos podido hacer el aterrizaje que queríamos. Demasiadas ascensonaves aultridia intentando bloquearnos y demasiadas puertas cerradas. —La agente miró a Hippinse, que tenía una expresión vacía en la cara y parecía haber perdido su buen humor anterior—. Además hay algo con una capacidad alarmante para corromper procedimientos y manipular instrucciones que parece estar suelto en los sistemas de datos de esta parte del mundo —añadió. Después sonrió con lo que seguramente quería ser un gesto alentador—. Así que hemos preferido hacer una transición a otra torre, hemos subido por ella y después nos hemos colado en su filigrana y llegado a un punto muerto; estamos en un nivel sobrecuadrado así que no hay conexiones para seguir adelante.

—¿Un punto muerto? —dijo Ferbin. ¿Es que nunca iban a poder librarse de esa mugre empalagosa y violeta?

—Sí. Así que tenemos que dejarnos caer.

—¿Caer?

–Por aquí –dijo Djan Seriy al tiempo que se giraba. La puerta de la ascensonave subió y reveló la oscuridad. Se levantaron todos, se abrieron camino entre la densa cortina de la entrada y de repente se vieron libres de la sustancia glutinosa violeta que llenaba el interior de la ascensonave. Ferbin bajó la cabeza y se miró los brazos, el pecho y las piernas, esperaba ver parte de aquella espantosa cosa todavía adherida a él, pero, por suerte, no había ni rastro. Dudaba que hubieran podido deshacerse del infame olor con tanta facilidad.

Se encontraban de pie sobre una estrecha plataforma iluminada solo por el fulgor violeta que habían dejado atrás. La pared superior se curvaba hacia arriba, por encima de ellos, siguiendo la forma del casco de la ascensonave. Djan Seriy miró el bulto que llevaba en el muslo. El dron Turminder Xuss se separó y subió flotando hacia la línea oscura por donde la puerta se había enterrado en el casco de la nave.

El dron se fue metiendo poco a poco en el material como si no tuviera más sustancia que la resplandeciente masa violeta que tenía debajo. Unas largas hebras de casco y otro material se fueron abriendo camino por el cuerpo de la maquinita, se dejaron caer y quedaron colgando. El dron (varios pliegues de fulgor rosado de luz palpitaban alrededor de su cuerpo) terminó de colocarse entre el casco de la ascensonave y la pared de la cámara y se quedó flotando allí por un momento. Se oyó un gruñido alarmante y el casco de la nave que rodeaba el agujero se abombó hacia dentro como una mano, justo como si una esfera invisible de un metro de anchura se estuviera metiendo dentro. El muro que tenía enfrente también empezó a crujir y emitir pequeños estallidos.

–Y ahora intenta cerrar eso –dijo Turminder Xuss con lo que parecía cierto gusto.

Djan Seriy asintió.

–Por aquí.

Pasaron por una pequeña puerta y entraron en el extremo cerrado del canal por el que viajaba la ascensonave: una concavidad de veinte metros de diámetro en cuyo centro, tras subir unos complicados escalones que se parecían más a barandillas, había otra puerta redonda y pequeña. Entraron y se encontraron dentro de un espacio esférico de unos tres metros de anchura, casi peleándose por meterse todos a la vez en el suelo combado. Djan Seriy cerró la puerta por la que habían entrado y señaló otra parecida que había justo al otro lado.

–Esa lleva al exterior. Por ahí es por donde caemos. De uno en uno. Yo primero, Hippinse el último.

–Esa «caída», señora... –dijo Holve.

–Estamos a mil cuatrocientos kilómetros de la provincia deldeyna de Sull –le dijo Anaplian–. Solo tenemos que dejarnos caer, sin usar antigravedad, por casi mil kilómetros de vacío casi absoluto y después chocamos con la atmósfera. Tras eso hay que hacer un planeo asistido hasta las Hyeng-zhar, una vez más dejando

desconectada la función antigraavedad del traje, podría notarse. –Anaplian miró a Ferbin y Holse—. No tenéis que hacer nada, los trajes se ocupan de todo. Solo disfrutad del paisaje. Seguimos con el bloqueo comunicativo, pero no olvidéis que siempre podéis hablar con el traje si tenéis alguna pregunta sobre lo que está pasando. ¿De acuerdo? Vamos.

En realidad, no había habido tiempo suficiente para que nadie dijera nada (reflexionó Ferbin cuando su hermana abrió la puerta circular) entre el «¿De acuerdo?» y el «Vamos» de la última frase.

Fuera estaba oscuro hasta que mirabas hacia abajo, entonces el paisaje brillaba en grandes franjas separadas por una banda central de casi oscuridad gris. No se veía ninguna estrella, ocultas por aspas y las estructuras del techo. Djan Seriy se agachó en el alféizar y se sujetó con una mano al borde superior de la puerta, que se abría hacia dentro. Después se volvió hacia Ferbin y lo tocó con la otra mano.

–Sal justo detrás de mí, ¿de acuerdo, hermano? No te retrases.

–Sí, claro –dijo el príncipe. Se le había desbocado el corazón.

Djan Seriy lo miró un momento más.

–O podrías dejarte ir y el traje puede hacerlo todo por ti, me refiero a subirte aquí y salir. Con los ojos cerrados...

–Lo haré solo, no temas –dijo Ferbin, intentaba parecer más valiente y más convencido de lo que lo estaba.

Su hermana le apretó el hombro.

–Te veo abajo.

Después se lanzó por la puerta.

Ferbin se subió al alféizar y se agachó en el mismo sitio que su hermana, sintió las manos de Holse, que lo ayudaba a mantener el equilibrio. Después tragó saliva y miró abajo, aquella caída imposible que tenía debajo. Cerró los ojos, después de todo, pero flexionó piernas y brazos y se lanzó antes de encogerse como una bola.

La vista caía en picado a su alrededor cuando volvió a abrir los ojos: luz, oscuridad, luz, oscuridad, luz... después, el parpadeo empezó a ralentizarse cuando el traje comenzó a zumbiar y poco a poco le fue estirando con suavidad piernas y brazos. Tenía la sensación de que hacía demasiado ruido al respirar. A los pocos momentos estaba cayendo en forma de «x» y se sentía casi relajado mientras yacía contemplando la masa sombreada de la filigrana y las aspas que colgaban del techo, sobre él. Intentó ver de dónde se había tirado pero no pudo. Creyó vislumbrar otro punto oscuro y diminuto encima de él, un punto que también caía, pero no estaba seguro.

–¿Puedo darme la vuelta y mirar abajo? –le preguntó al traje.

–Sí. Sería aconsejable volver a tomar esta orientación para entrar en la atmósfera –le dijo el traje con su voz nítida y asexuada—. O es posible transmitirles a sus ojos la

vista que hay hacia abajo sin perder su orientación actual.

–¿Es eso mejor?

–Sí.

–Hazlo, entonces.

De repente fue como si estuviera cayendo sobre el lejano paisaje que tenía debajo en lugar de alejarse de la vista que tenía encima. Por un instante se sintió desorientado y mareado, pero se adaptó pronto. Buscó en vano a Djan Seriy, que caía por algún sitio debajo de él, pero no vio ni rastro de ella.

–¿Ves tú a mi hermana? –preguntó.

–Seguramente está dentro de esta zona –dijo el traje al tiempo que creaba un fino círculo rojo sobre parte de la vista–. Está camuflada –le explicó.

–¿Cuánto hemos caído hasta ahora?

–Seis kilómetros.

–Ah. ¿Y cuánto tiempo nos ha llevado?

–Cincuenta segundos. En los próximos cincuenta segundos descenderemos otros veinte kilómetros. Seguimos acelerando y continuaremos así hasta que nos encontremos con la atmósfera.

–¿Cuándo ocurre eso?

–Dentro de unos diez minutos.

Ferbin se acomodó mejor y disfrutó de la vista revuelta, intentó ver las cataratas Hyeng-zhar y después quiso rastrear el curso del río Sulpitine antes de conformarse con averiguar dónde podrían estar los mares Sulpine Superior e Inferior. Se preguntó si seguía todo congelado. Le habían dicho que lo estaría, aunque le había costado creerlo.

El paisaje se fue expandiendo poco a poco delante de él. Ahí, ¿era uno de los mares? Parecía demasiado pequeño. ¿Ese era el otro? Demasiado pequeño y demasiado cerca del anterior. Era muy difícil de saber. El fulgor inferior iba llenado poco a poco su campo de visión y dejaba las tierras brillantes iluminadas por el sol en los bordes del paisaje que veía.

Para cuando estuvo seguro de que aquellos eran en realidad los dos mares, comenzó a darse cuenta de la altura de la que habían partido al empezar a caer, lo pequeños que podían parecer desde tanta altura dos mares más que considerables y un río poderoso y lo enorme que era en realidad el mundo en el que había vivido toda su vida.

El paisaje que tenía debajo comenzaba a abombarse hacia él. ¿Cómo iban a parar?

El traje empezó a crecer a su alrededor, extendió una masa de burbujas por todas partes salvo por la que él debía de estar mirando. Las burbujas se agrandaron y algunas se rompieron poco a poco y siguieron extendiéndose y convirtiéndose en una tracería de aspecto delicado de lo que parecían las alas casi transparentes de un

insecto o la estructura del fragilísimo esqueleto que quedaba cuando la hoja de un árbol perdía todo rastro de la superficie que acumulaba luz y solo quedaba la filigrana de las venas que transportaban la savia y la sustentaban.

La parte superior de la atmósfera se imponía como una sensación muy lenta y creciente de un peso que regresaba y le apretaba la espalda, de modo que, a medida que continuaba mirando hacia abajo aunque en realidad estaba echado de espaldas, experimentaba la vertiginosa sensación de que cada vez lo empujaban más rápido hacia el suelo. Un leve susurro se transmitió por el traje. La presión aumentó todavía más y el susurro se convirtió en un rugido.

El príncipe esperó ver el fulgor rojo, amarillo y blanco que había oído que producían a su alrededor las cosas que entraban con la atmósfera, pero el fulgor no apareció.

El traje se retorció y rotó de modo que Ferbin se encontró de repente boca abajo. La tracería y las burbujas volvieron a retrotraerse hacia el traje y se convirtieron en unas alas con forma de medialuna y en unas finas aletas que le sobresalían de los brazos, los costados y los muslos. El traje había estado reconfigurando su cuerpo con suavidad, así que tenía los brazos estirados por delante, como si estuviera a punto de zambullirse en un río. Tenía las piernas abiertas y la sensación de que estaban conectadas por una especie de sogas o membrana.

El paisaje estaba mucho más cerca (podía ver ríos oscuros y diminutos e insinuaciones de otros elementos de la superficie destacados en color negro y gris pálido bajo la oscuridad del fondo); sin embargo, el suelo ya no se precipitaba hacia él, sino que pasaba deslizándose por debajo. La sensación de pesadez también había cambiado y el aire susurraba a su alrededor.

Estaba volando.

Anaplian se retrasó para tocar a Hippiense mientras volaban.

—¿Ha averiguado lo que está interfiriendo con los sistemas locales? —le preguntó.

Hippiense estaba monitorizando las alteraciones en los complejos de datos del nivel que los rodeaba y analizando los datos que habían recogido antes, todavía en la ascensonave aultridia.

—La verdad es que no —confesó el avatoide, parecía avergonzado y preocupado a la vez—. No sé lo que lo está corrompiendo, pero es casi intocable, demasiado exótico. Extraño de verdad, desconocido. De hecho, ahora mismo, no podría conocerse. Necesitaría la mente entera de la nave para empezar a atacar esta mierda.

Anaplian se quedó callada un momento.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó en voz baja. Hippiense tampoco tenía respuesta. Anaplian lo soltó y se adelantó volando.

Ferbin y el traje se hundieron y pasaron lo bastante cerca del suelo como para ver cada peñasco, arbusto y pequeños árboles achaparrados, todos seguidos por deltas estrechos del mismo color gris pálido, como si arrojaran extrañas sombras. Los barrancos y las quebradas también brillaban con un tono pálido, como si estuvieran llenos de una bruma suave y resplandeciente.

–¿Eso es nieve? –preguntó el príncipe.

–Sí –dijo el traje.

Algo ligero rozó el tobillo de Ferbin.

–¿Te encuentras bien, Ferbin? –dijo la voz de Djan Seriy.

–Sí –contestó el príncipe, y empezó a girar para mirar hacia atrás, pero después se detuvo cuando oyó la voz de su hermana.

–No tiene sentido que mires atrás, hermano. No podrás verme.

–Oh. ¿Entonces estás detrás de mí?

–Ahora sí. Llevo dos minutos volando por delante de ti. Hemos hecho una formación de diamante, tú estás en la posición de la derecha. Turminder Xuss vuela a un kilómetro de nosotros.

–Ah.

–Escucha, hermano. Mientras estábamos en el tubo, justo antes de que nos dejáramos caer, captamos señales repetidas de un servicio de noticias oct que hablaba de las Cataratas y de Oramen. Dicen que Oramen está vivo y bien pero que hubo una especie de atentado contra su vida hace nueve días: una explosión en las excavaciones y un intento de acuchillarlo. Es posible que tampoco sea el primer atentado contra su vida. Es consciente de que corre peligro y puede que ya haya acusado a personas del entorno de Tyl Loesp, si no al propio Tyl Loesp, de ser los responsables.

–¿Pero está bien?

–Sufre heridas leves pero está bastante bien. Tyl Loesp a su vez acusa a Oramen de impaciencia y de intentar arrebatarse la corona al regente nombrado según los procesos legítimos antes de tener la edad legal para hacerlo. Regresa de su viaje por otros lugares de este nivel y ha enviado señales a las fuerzas leales a él para que se reúnan corriente arriba, a cierta distancia de las Cataratas. Werreber (que está al mando de la mayor parte del ejército) ha recibido mensajes tanto de Oramen como de Tyl Loesp y todavía no se ha posicionado a favor de ninguno de los dos bandos. Pero se encuentra en el Octavo y está a diez días o más de distancia, aunque acuda volando. Sus fuerzas terrestres llegarían muchas semanas después.

Ferbin sintió un escalofrío.

–Entonces no hemos llegado demasiado tarde. –Intentaba parecer esperanzado.

–No lo sé. Hay más: un artefacto enterrado desde la antigüedad en la Ciudad Sin Nombre al parecer comienza a dar señales de vida y toda la atención se concentra en

él. Pero eso fue hace cinco días. Desde entonces no ha habido nada. No solo no ha habido ningún servicio de noticias, sino que no se ha recibido ninguna nueva señal del entorno de las Cataratas, del asentamiento, ni de ningún otro lugar en esa sección. Las redes de datos de toda esa zona están en un estado de caos bloqueado. Lo cual resulta extraño y preocupante. Además, estamos captando unos indicadores curiosos y bastante anómalos en la propia Ciudad Sin Nombre.

–¿Eso es malo?

Djan Seriy dudó un momento. Cosa que preocupó a Ferbin todavía más.

–Es posible. –Anaplian añadió después:– Vamos a posarnos a las afueras de la ciudad, corriente abajo, en unos veinte minutos. Díselo al traje si necesitas hablar conmigo entretanto. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–No te preocupes. Nos vemos pronto. –El príncipe sintió un pequeño golpecito en el tobillo y después desapareció la presión.

Ferbin supuso que su hermana había regresado a su posición por delante de él en la formación de diamante, pero no la vio pasar junto a él ni tampoco consiguió distinguirla volando por delante.

Se precipitaron hacia una pequeña colina sin perder velocidad. Ferbin se dio cuenta de que estaban haciendo algo más que planear, algo los impulsaba. Dijo que quería mirar hacia atrás y se le proporcionó una vista desde la parte posterior de su cabeza. Había una membrana que llenaba la «v» que quedaba entre sus piernas y dos pequeños y gruesos cilindros que le salían de los tobillos. La visión que quedaba entre ellos era borrosa.

Volvió a mirar hacia delante justo cuando pasaban a toda velocidad sobre lo que parecía una carretera, unas antiguas vías de tren y un canal seco. Después, el suelo cayó de repente y se encontró mirando un paisaje plano y helado otros doscientos metros más abajo, un erial cubierto de sombras de corrientes de agua amplias y congeladas, canales sinuosos y delgados, orillas redondeadas y montículos de arena y nieve; toda la planicie lineal, envuelta por el invierno e interrumpida al azar por una amplia variedad de fragmentos deformes, tocones de cascotes arbitrarios y restos desiguales de lo que parecían edificios en ruinas o barcos hundidos, todos sobresaliendo en un caos oblicuo, rotos y solos en la superficie helada y agujereada.

Se lanzaron en picado y cayeron hacia el centro de ese nuevo paisaje despiadado que contenían y encerraban los abruptos y lejanos acantilados de cada lado.

Cuando alcanzaron la Ciudad Sin Nombre, se encontraron sobre montones crecientes de detritus fracturados y mezclados al azar, atrapados por el hielo y los yermos congelados de arena, nieve y barro. Vieron entonces estelas finas de humo que se alzaban hacia el cielo y salían de su izquierda, sobre los acantilados de ese lado. Duras contra los acantilados, visibles con un aumento modesto, distinguieron

tracerías zigzagueantes de escaleras y celosías abiertas de huecos para ascensores. No se movía nada salvo el humo, que flotaba poco a poco hacia el cielo entre aquella luz tenue y sin viento.

Delante de ellos se alzaba la ciudad; las agujas y torres más altas seguían a unos kilómetros de distancia. Todavía a las afueras, cruzaron el primer revoltijo de edificios pequeños de pocas plantas y empezaron a frenar. El traje soltó a Ferbin de su suave presa y le liberó los brazos y las piernas.

Momentos después, el príncipe sintió que lo inclinaban hacia delante y seguía frenando al tiempo que las piernas iban descendiendo, bajaban y se colocaba en posición, como si fuera a empezar a caminar. Un pequeño espacio abierto que tenía delante parecía ser el objetivo de los cuatro. Se dio cuenta de que el edificio de pocas plantas era en realidad mucho más alto, pero los pisos inferiores estaban enterrados en el hielo y el barro congelado.

Su hermana, Holse y HIPPINSE parpadearon y se hicieron relativamente visibles, unas formas calinosas y mal definidas, cada una a unos diez metros de distancia, que se iban posando en el pequeño claro helado. Al fin, aunque quizá fuera en un lugar extraño bajo un sol invisible, en el nivel equivocado y a través de unas suelas que sin duda lo aislarían de cualquier cosa incluido el cero absoluto, los pies de Ferbin volvieron a tocar el suelo de su hogar.

26. El sarcófago

El objeto que ya empezaba a llamarse el sarcófago se encontraba casi justo en el centro de la Ciudad Sin Nombre. Estaba ubicado en lo más profundo, bajo la plaza inferior y dentro de un edificio tan grande, alto e impresionante como cualquiera de los de aquella antigua metrópolis enterrada durante tanto tiempo. Al corazón de la ciudad se accedía al fin por una vía recién instalada. Los ingenieros habían aprovechado la helada para construir vías donde no las había podido haber hasta entonces, sobre extensiones congeladas de río que se habrían llevado cualquier caballete o torreta en un instante si todavía llevaran agua en lugar de hielo, y sobre bancos de arena y barro que habrían cambiado, se habrían hundido y habrían reaparecido en otro sitio en el curso de un solo turno si hubieran seguido rugiendo los rápidos.

Desde el nutrido caos de la cabeza de línea (una estación iluminada por arcos situada en lo más profundo de la plaza cuyo volumen de tráfico habría hecho justicia a la terminal de cualquier ciudad importante) el camino pisoteado llevaba, tras dejar atrás máquinas que silbaban, rugían y bramaban y pilas de rollos de tuberías y cables, por una avenida de veinte metros de anchura atestada de criaturas de carga, bestias de guerra obligadas a prestar servicio como animales de transporte, locomotoras de tracción a vapor y de gasolina, trenes de vía estrecha y (sobre todo), fila tras fila, hilera tras hilera, grupos, compañías, destacamentos, turnos y pandillas de trabajadores, peones, ingenieros, guardias, especialistas y profesionales de cien tipos diferentes.

En una inmensa estructura redonda elevada que se encontraba en el centro de una docena de rampas y carreteras originales de la Ciudad Sin Nombre, la gran calle atestada se dividía en una veintena de direcciones diferentes. Cintas transportadoras, tranvías y vías aéreas partían con las carreteras, todas salpicadas de tenues lámparas de aceite, instalaciones de gas que siseaban y luces eléctricas que parpadeaban. Lo que había sido la rampa más ajetreada (atendida por tranvías, cintas transportadoras y funiculares, como vías de tren demasiado escarpadas con escaleras desiguales en el centro) cruzaba un lago relleno y una amplia carretera de gruesos tablones y bajaba al gran edificio bulboso que albergaba el sarcófago.

El torrente de hombres, máquinas, animales y material había penetrado a raudales a través de lo que había sido una entrada gigante, alargada y formal de cien metros de anchura y cuarenta de alto, flanqueada por una docena de esculturas vertiginosas de mundos concha tallados que llevaba a un atrio todavía más alto con forma de boca.

Ese torrente se había ido reduciendo hasta convertirse en un simple chorro una vez que Oramen y el séquito que abandonó la reunión que el príncipe había celebrado

en la gran carpa descendieron al centro de la ciudad y las excavaciones. Los esfuerzos se concentraban ya en otra parte, sobre todo en los diez artefactos más pequeños y parecidos al que Oramen había ido a inspeccionar cuando se había atentado contra su vida. Ese cubo negro concreto era el objetivo de los esfuerzos más intensos debido al derrumbamiento parcial de la cámara que se había excavado a su alrededor.

La cámara central que albergaba el sarcófago era parecida (pero mucho más grande) a la que albergaba el cubo negro que había visto Oramen. Las excavaciones habían vaciado una enorme cavidad dentro del edificio, habían extraído barro, sedimentos, arena y restos variados que se habían recogido allí a lo largo de incontables siglos para revelar lo que siempre había sido una enorme pista central de más de cien metros de anchura en lugar de un vacío improvisado abierto con una explosión y arrancado a habitaciones y espacios más pequeños.

En el centro, bien iluminado por arcos voltaicos y atestado de capas, niveles y plataformas de andamios y salpicado por las sombras resultantes, se encontraba el sarcófago en sí: un cubo de color gris pálido de veinte metros de lado con las esquinas y los bordes sutilmente redondeados. Durante casi veinte días, mientras se excavaba el artefacto en su totalidad, alrededor del artefacto se había producido un caos controlado, una tormenta de hombres, máquinas y movimientos ayudados por gritos, golpes, chispas, rugidos de animales, brotes y estallidos de vapor y gases. Pero en ese momento, cuando al fin podía contemplarlo Oramen, la cámara que rodeaba el objeto estaba tranquila y silenciosa y el ambiente era casi reverencial, aunque imbuido, a menos que Oramen se lo estuviera imaginando, por cierta tensión.

–No parece muy vivo desde aquí –dijo Oramen. Poatas y él se encontraban, rodeados de guardias, en la entrada principal de la cámara central, una puerta amplia situada diez metros por encima de la base de la cuenca poco profunda en cuyo centro reposaba el sarcófago, sobre un plinto redondo, elevado unos cinco metros sobre el suelo.

–Bueno, deberíais acercaros más –dijo Poatas.

Oramen le sonrió al hombre.

–Eso es exactamente lo que vamos a hacer, señor Poatas.

Se acercaron al objeto. A Oramen le pareció en muchos sentidos menos intimidante que aquel cubo de color negro puro que le había interesado antes. La cámara era mucho más grande y parecía menos opresiva (en parte, sin duda, porque se agradecía la falta de alboroto) y el objeto en sí, aunque mucho más grande que el que había visto solo unos días antes, parecía menos intimidante solo porque era de un tono gris relativamente poco amenazador en lugar de aquel negro que desafiaba a la luz y que tanto lo había repelido y fascinado en el otro objeto. No obstante, era muy grande y él lo estaba viendo desde abajo en lugar de desde arriba, así que parecía incluso más gigantesco.

El príncipe se preguntó hasta qué punto seguía sufriendo las secuelas de sus heridas. Podría haberse quedado otro día en la cama, sus médicos se lo habían recomendado pero a él le había preocupado más perder la confianza del pueblo y sobre todo la de los ex soldados del asentamiento. Había tenido que levantarse, había tenido que mostrarse ante ellos, había tenido que dirigirse a ellos y luego (cuando había entrado el mensajero con la noticia de que el sarcófago había dado señales de vida) no le había quedado más alternativa que acompañar a Poatas y a sus ayudantes más próximos al centro de la excavación. Tenía la sensación de que le faltaba el aliento, le dolían demasiados lugares como para contarlos y le martilleaba la cabeza; además, todavía le zumbaban los oídos y a veces le costaba oír lo que decía la gente, como si ya fuera un anciano, pero estaba haciendo todo lo que podía por parecer sano, campechano y despreocupado.

El sarcófago emitía, o eso le parecía a él mientras se acercaba, un aura de absoluta solidez, de contención e imperturbabilidad asentada, impasible, casi aplastante, incluso de intemporalidad, como si aquel objeto hubiera sido testigo del paso de años y eras que los hombres jamás podrían comprender y, sin embargo, de algún modo, seguía siendo un objeto más del futuro que del pasado.

Oramen le aseguró a la guardia improvisada de temibles ex soldados de aspecto preocupado que se había ido acumulando a su alrededor desde su discurso una hora antes que podía subir a los andamios con solo uno o dos de ellos para cuidarlo. Dubrile, un veterano canoso, tuerto y de aspecto hosco que había participado en muchas de las campañas de Hausk y que parecía haber sido aclamado como líder por muchos de los ex soldados que se habían concentrado a su alrededor, destacó a otros dos para que lo acompañaran en el cuidado de Oramen.

–No es necesario, ¿sabéis? –le dijo Poatas a Oramen mientras los guardias negociaban todo aquello entre ellos–. Aquí no corréis ningún peligro.

–Eso mismo pensé hace tres días, Poatas –dijo Oramen con una sonrisa–, cuando fui a ver el otro objeto. –Contuvo la sonrisa y bajó la voz–. Y tratad de recordar, Poatas, que debéis dirigiros a mí como «señor» tanto delante de los hombres como cuando estamos solos. –Volvió a sonreír otra vez–. Hay que mantener las formas, después de todo.

Dio la sensación de que Poatas acababa de descubrir de repente que tenía un zurullo congelado en los calzones. Se irguió y el bastón le tembló en la mano, como si estuviera apoyando en él más peso del que estaba acostumbrado, después asintió y contestó con voz estrangulada.

–Bueno, sí, desde luego, señor.

Cuando los guardias se organizaron, Oramen señaló con un gesto el gran objeto gris que tenían delante.

–Bueno, ¿vamos?

Subieron por las rampas hasta un punto situado en el centro de una de las caras del cubo, donde una docena de hombres con pulcras batas blancas se movían, ocultos del resto de la cámara por unas sábanas grises que envolvían los andamios que tenían detrás. Agrupadas al rededor de la plataforma había varias máquinas delicadas de aspecto misterioso e instrumentos de una sofisticación que era evidente que estaba más allá de la capacidad tanto de sarlos como de deldeynos. Todos parecían estar conectados unos a otros por unos alambres finos y cables de una amplia variedad de colores. Hasta esos parecían de algún modo avanzados, casi alienígenas.

–¿De dónde ha salido esto? –preguntó Oramen mientras señalaba con un gesto el equipo.

–Se ha adquirido a los oct –dijo Poatas con una satisfacción evidente–. Señor –añadió junto con un pequeño tic facial. Después se colocó de modo que se encontró entre Oramen y el resto de las personas que había en la plataforma. Oramen vio que Dubrile cambiaba de postura tras él, quizá para prevenir la poco probable posibilidad de que Poatas intentara tirar al príncipe regente del andamio. Poatas frunció el ceño pero continuó en voz baja, casi hasta el punto del susurro–. Los oct han comenzado a fijarse en nuestras excavaciones y mostraron un gran interés por ayudarnos cuando se dieron cuenta de que habíamos descubierto objetos tan avanzados. Señor.

Oramen frunció el ceño.

–Hemos de suponer que sus mentores nariscenos han dado su aprobación.

–Se puede suponer lo que se desee, me atrevería a decir, señor –dijo Poatas en voz baja–. Los oct, según tengo entendido por algunos de los mercaderes que tratan con ellos, nos ofrecerían mucha más ayuda si se lo permitiéramos. Señor.

–¿Ah, sí? –dijo Oramen.

–Una ayuda que los deldeynos despreciaron cuando dirigían las excavaciones. Como en el Octavo, la licencia de los oct no se adentra más que lo que desean aquellos que dirigen el nivel y los deldeynos, dirigidos por los desaparecidos monjes de la misión, rechazaron dicha ayuda citando el orgullo y una lectura demasiado puntillosa de los Artículos de Ocupación que alguien, quizá con el deseo de limitarse a sí mismo y su pueblo en su deseo natural y su derecho de progresar tanto en el plano técnico como moral, un derecho que con toda seguridad cualquiera...

–Ya es suficiente, Poatas, ya es suficiente –dijo Oramen en voz baja mientras le daba una ligera palmada al tipo en el hombro. El encorvado y canoso señor, cuya voz y gestos se habían ido haciendo cada vez más maníacos y enfebrecidos en el curso de esa única e inacabada frase, dejó de hablar y adoptó una expresión dolorida y acongojada.

»Bueno, Poatas –dijo Oramen ya en voz más alta para que todos pudieran oírlo otra vez–. Mostradme lo que puso fin de forma tan abrupta a mi pequeña reunión.

–Por supuesto, señor –susurró Poatas y se alejó cojeando, con el bastón

despertando ecos en las tablas, para hablar con un par de técnicos.

–Señor, si tenéis la bondad –le dijo uno de los hombres de blanco a Oramen. El tipo era de mediana edad, pálido y de aspecto nervioso, aunque también parecía emocionado y lleno de energía. Le indicó a Oramen que se colocara en un punto concreto de la plataforma, delante de un panel del sarcófago que parecía de un tono más claro que el resto de la estructura visible.

–Señor –dijo Poatas–, ¿me permitís presentaros al técnico superior Leratiy? –Otro hombre se inclinó ante Oramen. Este era más fornido aunque igual de pálido. Vestía una bata que parecía mejor cortada y de más calidad que las de sus colegas.

–Príncipe regente. Es un honor, señor. Debería advertiros, sin embargo –dijo el técnico– que el efecto es de... ser leído, de algún modo y después se experimentan imágenes de, bueno... –El tipo sonrió–. Debería dejar que lo vierais por vos mismo. No puedo deciros lo que podéis esperar porque todos los que han experimentado este fenómeno hasta el momento se han encontrado con algo diferente, aunque es cierto que varios temas parecen predominar en los resultados. En cualquier caso, sería un error por mi parte predisponer vuestras impresiones. Si tenéis la bondad de intentar recordar lo que habéis experimentando y estáis luego dispuesto a comunicar lo que fuera a uno de nuestros técnicos en grabaciones, os estaría extremadamente agradecido. Tened la bondad de adelantaros, el centro parece estar más o menos aquí.

Había un tosco cuadrado marcado en las tablas, bajo los pies de Oramen y el príncipe se colocó allí. Uno de los técnicos se acercó con lo que parecía una caja pequeña y plana, pero el técnico superior Leratiy lo mandó irse con un gesto imperioso de la mano.

–El príncipe regente tiene altura más que suficiente –murmuró. Después, tras comprobar que los pies de Oramen estaban en el cuadrado, dijo–: Por favor, señor, solo tenéis que quedaros ahí unos minutos, si tenéis la bondad. –El técnico superior sacó un gran reloj de bolsillo y lo miró–. El proceso suele comenzar por lo general tras medio minuto, aproximadamente. Con vuestro permiso, señor, voy a cronometrar los acontecimientos.

Oramen asintió y después miró con escepticismo el trozo de color gris claro que tenía delante.

Durante unos momentos no pasó nada. No pasó nada en absoluto salvo que empezó a preguntarse si todo aquello no era una especie de broma muy elaborada o incluso otro atentado más, enrevesado y demasiado organizado, para acabar con su vida. Se encontraba en un punto muy concreto de la cámara, un punto que era obvio que se había pensado muy bien. ¿Podría ser el lugar al que apuntaba el rifle de un magnicida, quizá incluso a través de las cortinas grises que ocultaban esa parte de la plataforma del resto de la cámara?

La experiencia comenzó como un pequeño mareo. Durante un instante sintió un

extraño desequilibrio; después, el propio mareo pareció estabilizarlo, como si quisiera compensar sus propios y perjudiciales efectos. Oramen sintió una extraña sensación de ingravidez y despreocupación, todo a la vez, y durante un instante no supo dónde estaba ni cuándo, ni cuánto tiempo llevaba donde quiera que estuviese. Y después fue plenamente consciente una vez más, pero también sintió una especie de aceleración en la cabeza y una mezcla cacofónica de todo lo que había oído, sentido, visto o sabido en su vida pareció atravesarlo como un rayo.

Se sentía como un hombre sentado en una habitación llena de luz que observara un desfile extravagante que representara con cierto detalle cada aspecto de su vida desde su nacimiento, todo pasando a toda prisa por la calle, tomándose solo unos segundos para pasar y sin embargo permitiéndole ver y reconocer cada estallido y fragmento de esa vida que llevaba tanto tiempo almacenada y ya casi había olvidado.

Y entonces desapareció, ¡qué rápido se había acabado!

Después el anhelo. El anhelo de una madre perdida, una corona y todo un reino. Ansiaba el amor de todos y el regreso de una hermana que había partido mucho tiempo atrás, el dolor por un hermano muerto y la añoranza del amor, el respeto y la aprobación irrecuperables del padre desaparecido...

Oramen salió del cuadrado y rompió el hechizo.

Respiró hondo un par de veces, se volvió y miró al técnico superior Leratiy.

–Podéis decirle a vuestro técnico en grabaciones –dijo después de unos momentos– que he experimentado una sensación de pérdida y una sensación de anhelo, ambas expresadas en términos de experiencias personales. –El príncipe miró a los presentes en la plataforma, todos ellos lo observaban. Hubo una o dos sonrisas que parecían nerviosas. Oramen señaló con la cabeza al técnico superior Leratiy–. Una experiencia interesante. ¿He de entender que lo que sentí se puede equiparar con las sensaciones que tuvieron otros?

–Pérdida, anhelo –confirmó Leratiy–. Esas son, sí, las emociones comunes, señor.

–¿Creen que eso permite calificarlo de algún modo como un ente vivo? –preguntó Oramen mientras miraba la superficie gris con el ceño fruncido.

–El caso es que está haciendo algo, señor –dijo Poatas–. Que esté haciendo algo después de llevar tanto tiempo enterrado es, sin duda, asombroso. Ningún otro objeto de las excavaciones se ha comportado jamás de este modo.

–Podría estar comportándose como podría comportarse un molino de agua o de viento, una vez extraído de un lodazal parecido de barro o polvo –sugirió Oramen.

–Creemos que es algo más que eso, señor –dijo Leratiy.

–Bueno, en ese caso, ¿cuál sería el siguiente paso?

Leratiy y Poatas intercambiaron una mirada.

–Creemos, señor –dijo el técnico superior Leratiy–, que el objeto está intentando comunicarse, pero solo puede hacerlo de momento a través de imágenes toscas, las

más fuertes que experimenta el alma humana, entre ellas las de pérdida y anhelo. Creemos que es posible conseguir que el objeto se comuniquen con más detalle si, sencillamente, lo enseñamos a hablar un idioma.

–¿Qué? ¿Le vamos a hablar como si fuera un bebé? –preguntó Oramen.

–Si pudiera oír y hablar, señor –dijo Leratiy–, es probable que a estas alturas ya hubiera intentando hablar con nosotros. Ha habido cientos de peones, incluso más, además de ingenieros, técnicos y otros expertos hablando en las intermediaciones desde mucho antes de que descubriéramos la curiosa propiedad que acabáis de experimentar.

–¿Entonces, qué? –preguntó Oramen.

Leratiy carraspeó.

–El problema al que nos enfrentamos, señor, es único en nuestra historia pero no en la de otros. Ya se ha experimentado muchas veces a lo largo de muchos eones y lo han hecho múltiples pueblos que se han enfrentado a un sinfín de reliquias y artefactos parecidos. Hay técnicas establecidas y muy eficaces que han empleado muchos pueblos, desde los óptimos hasta nosotros y que se pueden emplear para establecer una comunicación con un objeto como este.

–Vaya –dijo Oramen. Miró primero a Leratiy y después a Poatas–. ¿Tenemos acceso nosotros a esas técnicas?

–De forma indirecta, señor, pero sí –dijo Poatas–. Puede ponerse a nuestra disposición una máquina capacitadora.

–¿Una máquina capacitadora? –preguntó Oramen.

–Podríamos contar con los oct para que proporcionen y manejen el equipo implicado, señor –dijo Leratiy–. Aunque sería, por supuesto –añadió a toda prisa– bajo nuestra supervisión más diligente e intensa. Se tomaría nota de todo y todo se registraría, tabularía y archivaría. En ocasiones subsiguientes bien podríamos emplear nosotros las mismas técnicas de forma directa, sin ayuda de nadie. Así, el beneficio que tendríamos sería doble, o incluso de algún orden mayor.

–Los dos pensamos –empezó a decir Poatas tras mirar al técnico superior– que es de la mayor importancia...

–Una vez más –lo interrumpió Oramen–, ¿no está prohibido este tipo de transferencia de tecnología, esta clase de ayuda? –Miró a los dos hombres, uno por uno. Los dos parecían incómodos y se miraban entre sí.

Leratiy volvió a carraspear.

–Los oct afirman que si la manejan ellos, señor, entonces (y dado que se dirige a algo que, a todos los efectos, ya les pertenece) la respuesta es no, no está prohibido.

–Así es –dijo Poatas, que había levantado la barbilla con gesto desafiante.

–¿Afirman que esto es suyo? –preguntó Oramen mientras miraba el cubo. Eso era una novedad.

–No de modo formal, señor –respondió Leratiy–. Aceptan nuestra reivindicación. Sin embargo, creen que puede formar parte de su antiguo legado, así que se han tomado un interés especial y profundo por este objeto.

Oramen miró a su alrededor.

–No veo ningún oct por aquí. ¿Cómo saben todo eso sobre ellos?

–Se han puesto en contacto a través de un emisario especial de nombre Savide, señor –dijo Poatas–. Ha aparecido por esta cámara en un par de ocasiones y nos ha prestado cierta ayuda en calidad de asesor.

–No se me informó de ello –señaló Oramen.

–Estabais herido, confinado en vuestro lecho, señor –dijo Poatas, que había optado por estudiar las tablas del suelo por un instante.

–Ya veo, todo muy reciente –dijo Oramen.

Tanto Poatas como Leratiy le sonrieron.

–Caballeros –dijo Oramen entonces mientras les devolvía la sonrisa–, si su criterio es que deberíamos permitir que nos ayuden los oct, dejen entonces que lo hagan. Que traigan sus maravillosas técnicas y sus máquinas capacitadoras. Pero hagan lo posible para averiguar cómo funcionan. ¿Les parece bien? –preguntó el príncipe.

Los dos hombres se miraron, sorprendidos y encantados.

–¡Desde luego, señor! –dijo el técnico superior Leratiy.

–¡Señor! –dijo Poatas al tiempo que bajaba la cabeza.

Oramen se pasó el resto del día organizando lo que era a todos los efectos el boato de un Estado pequeño, o al menos mirando mientras otros se ocupaban de la verdadera organización. Aparte de todo lo demás, tenían que resucitar un ejército disuelto y convertir en soldados otra vez a hombres que habían sido soldados y después se habían metido a excavar. No había escasez de hombres, solo de armas. La mayor parte de las armas que habían equipado al ejército estaban almacenadas en arsenales de Pours. Tendrían que hacerlo lo mejor que pudieran con lo que tenían. La situación debería mejorar un poco, algunos de los talleres del asentamiento ya estaban destinando forjas y tornos a la producción de armas, aunque no serían de una gran calidad.

Las personas a las que Oramen confió la supervisión de todo ello eran de los estamentos relativamente inferiores del ejército. La primera medida del príncipe había sido reunir a los estamentos superiores, personas que había puesto allí Tyl Loesp, incluyendo el general Foise, y enviarlos a Rasselle, en principio como delegación para explicar las acciones de Oramen pero en realidad solo para deshacerse de personas de las que ya no sabía si podía fiarse. Algunos de sus nuevos asesores le habían advertido que estaba enviando a manos del enemigo a oficiales

muy capaces con una idea muy clara de los puntos fuertes y débiles del ejército con el que contaba Oramen, pero el príncipe no estaba convencido de que esa fuera razón suficiente para permitirles quedarse, y se mostraba reticente a intentar internarlos o encarcelarlos.

Foise y los demás habían partido, de mala gana pero obedientes, en un tren solo unas horas antes. Otro tren los había seguido solo media hora después. Iba lleno de soldados leales a Oramen que llevaban suministros de sobra de materiales explosivos con instrucciones de minar y vigilar cada puente entre las Cataratas y Rasselle que se pudiera conquistar sin entablar combate.

Oramen se excusó de la reunión de planificación en cuanto pudo hacerlo con cierto decoro y se retiró a su vagón para echar una siesta muy necesaria. Los médicos todavía querían que se tomara más días libres, pero el príncipe no pensaba o no podía hacerlo. Durmió una hora y después fue a visitar a Droffo, que se recuperaba en el tren hospital principal.

—Os habéis movido rápido, entonces —dijo Droffo. Seguía lleno de vendas y parecía aturdido. Le habían limpiado varios cortes que tenía en la cara y los habían dejado al aire para que se curaran solos, aunque tenía un par en la mejilla que habían necesitado unos puntos—. ¿Foise se fue sin decir nada? —El conde sacudió la cabeza y después hizo una mueca—. Seguramente se ha ido a tramar algo con Tyl Loesp.

—¿Crees que nos van a atacar? —preguntó Oramen. Se sentó en una silla de lona que había junto a la cama de Droffo, en el compartimento privado.

—No lo sé, príncipe —dijo Droffo—. ¿Se sabe algo ya de Tyl Loesp?

—Nada. Ni siquiera está en Rasselle. Puede que no se haya enterado todavía.

—Yo desconfiaría de ir a reunirme con él, eso seguro.

—¿Crees que está detrás de todo esto?

—¿Quién si no?

—Pensé que quizá... la gente que lo rodea.

—¿Por ejemplo? —dijo Droffo.

—¿Bleye? ¿Tohonlo? Gente así.

Droffo sacudió la cabeza.

—No tienen bastante cerebro.

Oramen no se le ocurría el nombre de nadie más, con la posible excepción del general Foise. Desde luego, no Werreber. De Chasque no estaba seguro, claro que el eminente no tenía conexiones entre Tyl Loesp y las demás capas de subordinados; estaba, por así decirlo, a un lado. Oramen estaba acostumbrado a ver a Tyl Loesp rodeado de otras personas, sobre todo oficiales del ejército y funcionarios, pero no, ahora que lo mencionaba Droffo, había pocos habituales, pocas personas identificables que lo rodearan. Tenía funcionarios, lacayos, los que cumplían sus órdenes, pero ningún amigo o confidente de verdad que Oramen conociese. El

príncipe había supuesto que existían y que él no los conocía, pero quizá ni siquiera existiesen.

Oramen se encogió de hombros.

–Pero ¿Tyl Loesp? –dijo frunciendo mucho las cejas–. No puedo...

–Vollird y Baerth eran hombres suyos, Oramen.

–Lo sé.

–¿Se sabe algo de Vollird?

–Nada. Sigue desaparecido, otro fantasma que ronda las excavaciones.

–Y Tyl Loesp fue también el que os recomendó a Tove Lomma, ¿no es cierto?

–Tove era un viejo amigo –dijo Oramen.

–Pero un amigo que le debía a Tyl Loesp todos sus ascensos. Solo tened cuidado.

–Lo tengo, con retraso –le dijo Oramen.

–Esa cosa, el sarcófago. ¿Es de verdad todo lo que dicen?

–Parece comunicarse. Los oct quieren intentar enseñarlo a hablar –dijo Oramen–. Tienen una cosa llamada máquina capacitadora que los óptimos usan para hablar con curiosidades excavadas parecidas.

–Quizá sea un oráculo –dijo Droffo con una sonrisa sesgada que le estiró los puntos de los cortes y le hizo hacer otra mueca–. Preguntadle qué es lo que va a pasar.

Lo que pasó después fue que, dos turnos más tarde, en lo que era en realidad el día siguiente, Tyl Loesp envió recado por telégrafo desde Rasselle diciendo que debía de haber algún terrible malentendido. Vollird y Baerth debían de haber sido víctimas de una conspiración y era obvio que personas desconocidas pretendían abrir un abismo entre el regente y el príncipe regente para llevar a cabo sus propios e innobles fines. Tyl Loesp pensaba que lo mejor sería que Oramen y él se encontraran en Rasselle para discutir el asunto, tranquilizarse, confirmar el amor y respeto mutuo que se tenían y disponer todas las medidas subsiguientes de modo que no se produjese ninguna acción precipitada más ni acusaciones o insinuaciones no comprobadas.

Oramen, tras comentar el telegrama con Droffo, Dubrile y la media docena de suboficiales que se habían convertido en sus asesores (todos aclamados por sus propios hombres y que no le debían sus ascensos a Tyl Loesp) respondió que se encontraría con Tyl Loesp en las Cataratas y que el regente no debía traer consigo más de una docena de hombres, todos ellos casi desarmados.

Seguían esperando una respuesta.

Y entonces, en plena noche, o lo que la mayor parte de la gente trataba como tal, llegó la noticia de que el sarcófago estaba hablando y que los oct habían aparecido en masa a su alrededor. Habían llegado en navíos submarinos que habían encontrado o creado canales en el río Sulpitine y que seguían en estado líquido en lugar de ser una

masa de hielo. Se produjo cierta confusión sobre si se habían apoderado de la cámara o no (los trabajos al parecer continuaban) pero estaban allí en un número sin precedentes y exigían ver a Tyl Loesp o a la persona que estuviera al mando.

–Creí que solo venían para usar ese mecanismo de enseñanza del lenguaje –dijo Oramen mientras se ponía la ropa y hacía una mueca cada vez que estiraba un brazo o una pierna. Neguste le tendió la chaqueta y lo ayudó a ponérsela.

Droffo, que ya podía andar aunque estaba muy lejos de estar totalmente recuperado y que había interceptado al mensajero que había llevado la noticia, sostenía el cinturón con la espada ceremonial de Oramen en la mano buena. El otro brazo lo llevaba en cabestrillo.

–Quizá, cuando la cosa habló, dijo algo inconveniente –sugirió.

–Desde luego, sí que podría haber elegido un momento más conveniente –dijo Oramen al coger el cinturón de la espada.

–Por el Dios del Mundo –dijo Oramen cuando vio el interior de la gran cámara en el corazón de la Ciudad Sin Nombre. Droffo y él se pararon en seco. Neguste, que los seguía (decidido a ir donde fuera su amo para asegurarse de que compartía el destino que le aguardara y que no volvían a pensar de él que estaba asustado o que era desleal) no se detuvo a tiempo y chocó con ellos.

–Han de disculparme, mis señores –dijo y después miró entre los dos y vio la cámara–. Pero bueno, que me follen del revés –susurró.

Había cientos y cientos de oct en la cámara. Los cuerpos azules resplandecían bajo las luces, miles de miembros rojos brillaban como si los hubieran pulido. Habían rodeado por completo el sarcófago y se habían dispuesto en el suelo despejado del gran espacio en círculos concéntricos de lo que parecía una devoción postrada, incluso adoración. Todas las criaturas parecían inmóviles y podrían haberse tomado por muertas si no se hubieran dispuesto de forma tan pulcra e idéntica. Todos iban equipados con el mismo tipo de traje envolvente que había llevado el embajador Kiu. Oramen percibió el mismo aroma extraño que había olido tantos meses atrás, el día que se había enterado que habían matado a su padre. Recordó que se había encontrado con el embajador Kiu de camino al patio de caballos y ese curioso olor. Leve entonces pero fuerte en la cámara de la Ciudad Sin Nombre.

Alrededor de Oramen, su guardia personal, comandada por Dubrile, se puso en posición con unos cuantos empujones para intentar no dejar ninguna brecha. *Ellos me rodean a mí*, pensó Oramen, *mientras los oct rodean eso. ¿Pero por qué?* Los guardias también estaban distraídos por la presencia de tantos oct y echaban miradas nerviosas al tiempo que tomaban posiciones alrededor de Oramen.

Varios técnicos de batas blancas seguían moviéndose por la cámara y los andamios, no parecía alterarlos demasiado la presencia de los oct. En la plataforma

donde se había colocado antes Oramen para experimentar lo que parecía el intento del sarcófago de comunicarse con él se habían retirado las cubiertas y ya era posible ver lo que estaba pasando. Había dos oct allí, junto con unas figuras humanas ataviadas de blanco. A Oramen le pareció reconocer a Leratiy y Poatas.

Un guardia estaba informando de algo a Dubrile, que le dedicó a Oramen un saludo militar antes de hablar.

–Señor, los oct aparecieron sin más; sus naves están en algún lugar tras el hielo de las cataratas y se han abierto camino fundiéndolo. Algunos entraron por aquí y otros llegaron flotando procedentes de varios lugares de los muros. Los guardias no sabían qué hacer. Nunca se nos ocurrió dar órdenes para cubrir esa eventualidad. Los oct no parecen estar armados, así que supongo que todavía mantenemos el control nosotros, pero se niegan a moverse.

–Gracias, Dubrile –dijo Oramen. Poatas le estaba haciendo señas como un loco desde la plataforma–. Vamos a ver qué está pasando, ¿les parece?

–Oramen-hombre, príncipe –dijo uno de los oct cuando Oramen llegó a la plataforma. Su voz era como el crujido de unas hojas secas–. Una vez más. Como los encuentros se hallan en el tiempo y los espacios. Igual que nuestros ancestros, los benditos involucra, que ya no eran, para nosotros siempre eran y ahora son de nuevo sin negación posible, así nos encontramos una vez más. ¿Os parece que no?

–¿Embajador Kiu? –preguntó Oramen. El embajador y otro oct flotaban sin ayuda delante del trozo iluminado de color gris de la superficie del cubo. Poatas y el técnico superior Leratiy se encontraban cerca, observando con expresiones de emoción apenas contenida. Parecía, pensó Oramen, como si no pudieran esperar para decirle algo.

–Tengo ese privilegio –dijo el embajador Kiu, embajador en Pours–. Y a él yo os presento: Savidius Savide, enviado especial itinerante en Sursamen.

El otro oct se dio la vuelta solo una fracción para mirar a Oramen.

–Oramen-hombre, príncipe de Hausk, Pours–dijo.

Oramen asintió. Dubrile y tres de los guardias se estaban colocando en las esquinas de la plataforma, atestándola casi por completo.

–Es un placer conoceros, enviado Savidius Savide. Sean bienvenidos, amigos –dijo–. ¿Me permiten preguntar qué los trae aquí? –Se giró para mirar a su alrededor y al suelo, a los cientos de oct colocados en círculos relucientes alrededor del sarcófago–. ¿Y en tal número?

–La grandeza, príncipe –dijo Kiu, que se acercó más a Oramen. Dubrile fue a interponerse entre los dos, pero Oramen levantó una mano–. ¡Una grandeza sin par!

–¡Una ocasión de tal importancia como si nada fuéramos! –dijo el otro oct–. Estos, aquí, nuestros camaradas, nosotros dos. No somos nada, ni testigos adecuados,

ni acólitos dignos, totalmente insuficientes. No obstante.

–Merecedores o no, aquí estamos –dijo Kiu–. De incomprensible privilegio es esto para todos los presentes. Os lo agradecemos sin límites por tal privilegio. Por siempre en deuda con vos estamos. Ni aunque sus vidas vivieran hasta el fin billones, trillones de oct podrían corresponder la oportunidad de ser testigos de esto.

–¿Ser testigos? –dijo Oramen con suavidad, con una sonrisa indulgente y al tiempo que miraba a los dos oct y después a Poatas y Leratyi–. ¿Ser testigos de qué? ¿De que el sarcófago ha hablado?

–¡Lo ha hecho, señor! –dijo Poatas, que dio un paso adelante, blandió el bastón, lo agitó y señaló el trozo de color gris pálido que había en la superficie del objeto. Después señaló con un gesto uno de los equipos de un carrito que había al lado–. Este mecanismo se limitó a proyectar imágenes, sonidos y una secuencia de frentes de ondas invisibles a través del éter hacia la superficie de lo que hemos llamado el sarcófago, ¡y habló! En sarlo, en deldeyno, en oct, en varios idiomas óptimos. Al principio solo eran repeticiones, así que nos decepcionamos un poco, pensamos que solo grababa y regurgitaba, que no tenía mente alguna, pero luego... luego, príncipe, ¡habló con su propia voz! –Poatas se volvió hacia el cuadrado gris pálido y se inclinó–. ¿Querréis complacernos una vez más, señor? Nuestra autoridad más importante está aquí, un príncipe de la casa real que domina dos niveles, el que está al mando aquí.

–¿Ver? –dijo una voz desde el cuadrado gris. Era una voz que era como un largo suspiro, como algo que se expelía, que transcendía con cada sílaba.

–¡Venid, venid, señor! –dijo Poatas mientras le hacía un gesto a Oramen para que se acercara–. Le gustaría veros. Aquí, señor, en el centro, como antes.

Oramen se contuvo.

–¿Solo para que me vea? ¿Por qué en el centro otra vez? –Le preocupaba que, aunque aquella cosa pareciera haber encontrado una voz propia, todavía pudiera necesitar ver la mente de las personas.

–¿Sois el príncipe? –dijo la voz sin alterarse.

Oramen se adelantó y rodeó el objeto de modo que, si el trozo gris fuera una especie de ventana, pudiera quedar visible para lo que hubiera dentro, pero no se colocó en el punto focal en el que se había puesto antes.

–Así es –dijo–. Me llamo Oramen. Hijo del difunto rey Hausk.

–¿Desconfiáis de mí, príncipe?

–Decirlo así sería demasiado fuerte –dijo Oramen–. Me maravilláis. Debéis de ser algo notable y extraño para estar enterrado durante tanto tiempo y sin embargo estar vivo. ¿Cuál sería vuestro nombre?

–Tan pronto empezamos a lamentar. Mi nombre, junto con muchas otras cosas, se ha perdido para mí. Intento recuperarlo, con muchas cosas más.

–¿Cómo podríais hacerlo? –le preguntó Oramen.

–Hay otras partes. Partes de mí que me pertenecen. Repartidas. Juntas, aquí, podría volver a ser un ente completo. Es todo lo que valoro ahora, todo lo que añoro, todo lo que ansío.

El técnico superior Leratiy se adelantó.

–Creemos, señor, que algunos de los otros cubos, los más pequeños, son depósitos de los recuerdos de este ser y es posible que también de otras facultades.

–Los habrían situado cerca pero no junto a este ser, señor, ya veis –dijo Poatas–. Para garantizar que sobreviviera alguno.

–¿Todos los cubos? –preguntó Oramen.

–No todos, creo, aunque no puedo saberlo todavía –dijeron los suspiros–. Tres o cuatro, quizá.

–Algunos otros puede que sean solo simbólicos –añadió Poatas.

–¿Qué sois vos, entonces? –le preguntó Oramen al sarcófago.

–¿Qué soy, príncipe?

–¿A qué pueblo pertenecéis? ¿A qué especie?

–Bueno, amable príncipe, soy involucra. Soy lo que entiendo que a veces vos llamáis «velo».

–¡Nuestro ancestro sobrevive! –exclamó Savidius Savide–. Los velo, aquellos que son los que nos crearon a nosotros además de todos los mundos concha han, en un ser, regresado, para bendecirnos, para bendecirnos a todos pero para bendecirnos a nosotros, los oct, ¡los herederos, los herederos de verdad y ya de forma innegable!

Mertis tyl Loesp se paseaba inquieto por los aposentos imperiales, se sentía perseguido por el hatajo de asesores y militares de alta graduación que querían ofrecerle consejos y lecciones. Había vuelto a ponerse las ropas sarlas y había recuperado la malla, el tabardo y el cinturón de la espada; había dejado el atuendo civil deldeyno, mucho más delicado, pero se sentía mal, fuera de lugar, casi ridículo. Se suponía que aquello era la nueva era, se suponía que habían acabado las luchas y las disputas. ¿Se iba a ver obligado a volver a coger las armas por culpa de un malentendido, por culpa de un par de idiotas chapuceros? ¿Por qué no podía haber nadie que hiciera bien su trabajo?

–Sigue siendo un hombre joven, apenas más que un niño. No puede ser un problema, señor. Debemos buscar e identificar a quién sea que el príncipe escucha y guía así sus acciones. Saberlo es la clave.

–Solo insistid en que os visite, señor. Vendrá. Los jóvenes ofrecen con frecuencia una resistencia ferviente, al menos en palabras, y después, una vez claro su argumento, una vez establecida su independencia lo suficiente ante su propios ojos, recuperan, con todo el mal humor debido, el sentido común, y adoptan una visión

más adulta. Renovad vuestra invitación, pero como una orden. Meted al jovencito en cintura. Una vez en Rasselle, cuando se enfrente a vuestra obvia autoridad y buena voluntad, todo quedará resuelto del modo más satisfactorio.

–También se siente herido en su orgullo, señor. Tiene la impaciencia de la juventud y sabe que con el tiempo será rey pero, con tal edad, con frecuencia no vemos el sentido que tiene esperar. Por tanto debemos llegar a un compromiso.

Reuníos con él entre este lugar y las Cataratas, en el límite de la zona donde caen en estos momentos las sombras. Que eso simbolice el nuevo amanecer de las buenas relaciones entre ambos.

–Id a verlo vos, señor. Mostradle la paciencia del poder. Id a verlo no con una docena de hombres sino solo. Dejad a vuestro ejército acampado a las afueras, por supuesto, pero id a verlo solo, con la sencillez y la humildad de la justicia y el derecho que está de vuestro lado.

–Se está comportando como un niño. Castigadlo, señor. Los príncipes requieren disciplina tanto como cualquier otro niño. Es más, se les complace con demasiada frecuencia y requieren correctivos regulares para mantener el equilibrio entre la indulgencia y la disciplina. Apresuraos a ir a las Hyeng-zhar con todas vuestras fuerzas dispuestas en orden de batalla, no saldrá contra vos e incluso si lo pensara, tiene que haber cabezas pensantes a su alrededor que sabrán asesorarle de otro modo. Una muestra de fuerza suele solucionar este tipo de asuntos, señor. Todo plan absurdo y capricho se evapora cuando se enfrenta al poder. No tenéis más que hacerlo y vuestros problemas cesarán.

–Tienen hombres pero no armas, señor. Vos tenéis ambas cosas. Limitaos solo a hacer gala de ellas y todo quedará solucionado. No habrá lucha alguna. Imponed vuestra voluntad, que no os tomen por alguien que se toma tales insinuaciones a la ligera. Os sentís ofendido con toda justicia ante semejante acusación injusta. Demostrad que no vais a tolerar semejante insulto.

Tyl Loesp salió a un balcón que se asomaba por encima de los árboles del recinto real que rodeaba el Gran Palacio de Rasselle, se aferró a la barandilla y empezó a frotarla sin parar mientras tras él clamaban todos los que ansiaban decirle lo que tenía que hacer. Se sentía acorralado. Se giró y los miró.

–Foise. –El regente eligió al general que había llegado unas horas antes de las Hyeng-zhar. Ya habían hablado, pero solo para que Foise le diera un breve informe—. ¿Qué pensáis vos?

–Señor –dijo Foise al tiempo que miraba a los presentes: militares y nobles sarlos en su mayoría, aunque con unos cuantos funcionarios y nobles deldeynos de confianza que siempre se habían solidarizado con los sarlos, incluso cuando sus pueblos estaban en guerra—. No he oído hasta el momento ningún consejo insensato. –Hubo muchos asentimientos graves y expresiones de modestia fingida. Solo los que

no habían llegado a hablar no parecían demasiado impresionados por aquella última contribución—. Sin embargo, es tan cierto hoy como siempre lo ha sido que no podemos seguir todos los consejos. Por tanto, yo sugeriría que, teniendo en cuenta la información más reciente que tenemos a mano, y de la que yo soy solo un humilde portador, analicemos lo que sabemos que es lo más reciente respecto al objeto de nuestras deliberaciones. —Hubo unos cuantos asentimientos más.

Tyl Loesp seguía esperando escuchar algo de cierta trascendencia, o algo nuevo al menos, pero con solo escuchar la voz de Foise tuvo la sensación de que algo se había calmado en él. Por fin podía volver a respirar.

—¿Qué sugeriríais vos que hiciéramos, Foise? —preguntó.

—Lo que no espera, señor —dijo Foise.

Tyl Loesp sintió que volvía o recuperar el mando. Les dedicó una sonrisa a todos los presentes y se encogió de hombros.

—General —dijo—, no espera que me rinda y admita que me equivoqué, que soy una especie de traidor perverso. Eso os puedo asegurar que no lo haremos. —Hubo carcajadas al oír aquello.

Foise también sonrió, como un breve eco de la expresión de su superior.

—Por supuesto, señor. Quiero decir, señor, que no esperamos, que no reunimos nuestras fuerzas. Golpeamos ya. Lo que acabamos de oír sobre que el príncipe y los que lo rodean recuperarán el sentido común cuando se encuentren ante fuerzas superiores a las suyas no será menos verdad.

—¿Golpeamos ya? —repitió Tyl Loesp al tiempo que miraba a los otros. Echó un vistazo teatral por el balcón—. No me parece que tenga al príncipe regente muy a mano para llevar a cabo esa estrategia. —Más risas.

—Claro que no, señor —dijo Foise sin inmutarse—. Me refiero a que deberíais reunir una fuerza aérea. Tomar tantos hombres y armas como permitan todos los lyges y caudes disponibles en la ciudad y volar a las Cataratas. No lo esperan, señor. No tienen las armas necesarias para rechazar un ataque aéreo. Su...

—¡La región está a oscuras! —señaló uno de los otros militares—. ¡Las bestias no querrán volar!

—Lo harán —dijo Foise con calma—. He visto al propio Oramen confiarles su vida hace solo unos días. Preguntad a los cuidadores de las bestias. Puede que tengan que acostumbrarse un poco, pero se puede hacer.

—¡Los vientos son demasiado fuertes!

—Han amainado en los últimos días —dijo Foise— y, de todos modos, por lo general no persisten más de un día corto sin aplacarse lo suficiente. —Foise miró a Tyl Loesp, abrió los brazos desde los codos y se limitó a decir:— Se puede hacer, señor.

—Veremos —dijo Tyl Loesp—. Lemitte, Uliast. —El regente llamó a dos de sus generales más prácticos—. Vean si se puede hacer.

–Señor.

–Señor.

–Toma el nombre de Sin Nombre, entonces –dijo Savidius Savide–. Nuestro querido ancestro, este recordatorio santificado, eco superviviente de un coro poderoso y glorioso del alba de todo lo que es bueno asume la carga de esta ciudad siempre consagrada como nosotros asumimos la carga de una larga ausencia. ¡Pérdida siempre presente! ¡Qué cruel! Sobre nosotros cayó una noche que duró decieones, la mitad posterior de las sombras eternas. Una noche que ahora empieza a brillar con el alba, ¡al fin! ¡Oh! ¡Cuánto tiempo hemos esperado! ¡Todos nos regocijamos! Se completa otra parte de la gran comunidad. Quienes penaron pueden ahora (no, deben), por muy buenas razones y con abundantes deseos, regocijarse, ¡regocijarse y volverse a regocijar por nosotros, que nos hemos reunido con nuestro pasado!

–¡Es nuestro progenitor! –añadió Kiu–. Que todo lo produjo, en sí mismo producido por este nacimiento de toda una ciudad, una vez barrida la escoria, descubierto el pasado, abandonadas todas las burlas, extinguida toda incredulidad.

Oramen nunca había visto al embajador tan emocionado, ni hablando tan claro.

»¡Solidaridad de nuevo! –exclamó Kiu–. Con aquellos que dudaron de los oct, que nos despreciaron solo por nuestro nombre, herederos. ¡Cómo lamentarán ahora su falta de fe en nosotros cuando esta noticia se transmita, con alegría, con verdad absoluta, inquebrantable, innegable, a cada estrella y planeta, hábitat y nave de la gran lente! ¡Se silencian las Cataratas, congeladas en trémula expectación, en calma, con la pausa lógica y apropiada ante los grandes acordes culminantes de absoluta satisfacción, comprensión y celebración!

–¿Tan seguros están de que es lo que dice ser? –preguntó Oramen.

Seguían en la plataforma, alrededor del trozo gris claro del frente del sarcófago, que podría ser o no una especie de ventana al interior del objeto. Oramen habría querido seguir hablando en otro sitio pero los dos embajadores oct no estaban dispuestos a dejar la presencia de lo que hubiera en el sarcófago. El príncipe había tenido que conformarse con llevar a los otros dos al otro extremo de la plataforma (quizá fuera del alcance de la ventana o quizá no) y pedirles a todos los demás que se fueran. Poatas y Leratiy se habían apartado, pero solo hasta el siguiente nivel de andamios, y hasta eso de mala gana. Oramen hablaba en voz baja, con la vana esperanza de que eso animara a los dos oct a hacer lo mismo, pero las criaturas no estaban dispuestas. Los dos parecían entusiasmados, agitados, casi locos.

Ambos embajadores se habían turnado para ponerse delante de la ventana y experimentarlo por sí mismos. Otros lo habían hecho también, incluyendo a Poatas y Leratiy. Informaron que la nueva experiencia era de alegría y esperanza, no de pérdida y anhelo. Una sensación de liberación eufórica llenaba a quien se colocara o

flotara allí delante, junto con un deseo impaciente, dolorido, de poder sentirse completo pronto.

–¡Por supuesto que seguro que es lo que dice! ¿Por qué otra cosa? –preguntó Savidius Savide. La voz alienígena parecía escandalizada de que se entretuviera alguna duda–. Es lo que dice que es. Era presagio, era esperable. ¿Quién duda de tal profundidad?

–¿Esperaban esto? –dijo Oramen, que miraba primero a un oct y luego al otro–. ¿Hace cuánto tiempo?

–¡Todas nuestras vidas antes de vivir, en verdad! –dijo Kiu agitando los miembros superiores.

–Todo esto resonará por toda la eternidad en el tiempo, así que la expectativa ha durado la eternidad de no solo los individuos sino de nosotros mismos como uno, nuestro ser, nuestra especie, nuestra clase –añadió Savidius Savide.

–¿Pero cuánto tiempo llevan pensando que la respuesta estaba aquí, en las Cataratas en concreto? –preguntó Oramen.

–Tiempo que se desconoce –le dijo Kiu.

–Parte de ello, no lo somos –asintió Savidius Savide–. ¿Quién sabe qué lecciones aprendidas, qué futuros presagiados, qué información reunida, qué plazos impuestos, plazos más antiguos que nosotros, estamos seguros, se aplicaron para producir planes, rumbos, medidas? Yo no.

–Tampoco –asintió Kiu.

Oramen se dio cuenta de que incluso si los oct estaban intentando darle una respuesta directa, no era muy probable que la entendiese. Tenía que asumir la frustración.

–La información que transfirieron de la máquina capacitadora al Sin Nombre –dijo; había decidido intentarlo por otro lado–. ¿Era... lo que se podría llamar neutral con respecto a lo que esperaban descubrir aquí?

–¡Mejor que eso! –exclamó Kiu.

–Vacilación innecesaria –dijo Savide–. Cobardía de reprochable falta de voluntad, carácter. Expulsarse ha todo ello.

–Caballeros –dijo Oramen, que seguía intentando no alzar la voz–. ¿Le dijeron al ser que hay aquí dentro lo que buscaban? ¿Que esperaban que fuese un involucra?

–¿Cómo puede ocultarse su verdadera naturaleza de sí mismo? –dijo Savide con desdén.

–Pedís imposibles –añadió Kiu.

–Es como es. Nada puede alterar eso –añadió Savide–. Para todos sería aconsejable lecciones parecidas aprender por partida doble, tomar como tales, esas plantillas.

Oramen suspiró.

–Un momento, por favor.

–Sin dueño, sin que nadie otorgue. Todos comparten el único momento actual – dijo Kiu.

–Exacto –dijo Oramen, se apartó de los dos oct e indicó con la mano estirada que prefería que ellos se quedaran donde estaban. El príncipe se colocó delante del trozo gris pálido, aunque no en la marca sino más cerca.

–¿Qué sois? –preguntó en voz baja.

–Sin Nombre –fue la respuesta igual de queda–. He tomado ese nombre. Me complace, hasta que se me devuelva el mío.

–¿Pero de qué clase sois? En verdad.

–Velo –le contestó la voz con un susurro–. Soy un velo, soy un involucra. Creamos eso en lo que siempre habéis vivido, príncipe.

–¿Creasteis Sursamen?

–Sí, e hicimos todos aquellos a los que llamáis mundos concha.

–¿Por qué razón?

–Para arrojar un campo sobre la galaxia. Para proteger. Todos lo saben, príncipe.

–¿Para proteger de qué?

–¿Qué es lo que vos suponéis?

–Yo no supongo nada. ¿Querriais contestar a mi pregunta? ¿De qué deseabais proteger a la galaxia?

–Entendéis mal.

–Entonces decídmelo para que yo lo entienda.

–Requiero mis otras piezas, mis fragmentos esparcidos. Quisiera estar entero otra vez, entonces podría responder a vuestras preguntas. Los años han sido largos, príncipe, y crueles conmigo. Tanto ha desaparecido, tanto se han llevado. Me avergüenza cuánto ha sido, me ruborizo al informar de lo poco que sé que no salió de ese mecanismo que me permitió aprender a hablar con vos.

–¿Os ruborizáis? ¿Es que os ruborizáis? ¿Podéis? ¿Qué sois, qué hay ahí dentro?

–Soy menos que un ser entero. Por supuesto que no me ruborizo. Traduzco. Hablo con vos y en vuestro idioma; para los oct es igual y también muy diferente. Todo es traducción. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Oramen lanzó un fuerte suspiro y se despidió del sarcófago. Después dejó a los dos oct y estos regresaron a su posición delante del objeto.

En el suelo de la cámara, algo alejado del círculo externo de oct postrados, Oramen habló con Poatas y Leratiy. Habían llegado otro par de hombres que eran expertos en los oct, bostezando también, y unos cuantos más de sus nuevos asesores.

–Señor. –Poatas se inclinó hacia delante en su asiento y cogió el bastón con las dos manos–. ¡Es un momento histórico único! ¡Estamos presentes en uno de los descubrimientos más importantes de la historia reciente de cualquier lugar de la

galaxia!

–¿Creen que hay un velo ahí dentro? –preguntó Oramen.

Poatas agitó una mano con gesto impaciente.

–No un involucra real, no es muy probable.

–Pero no imposible –añadió Leratiy.

–No imposible –asintió Poatas.

–Podría haber una especie de mecanismo de estasis o algún efecto relacionado –sugirió uno de los expertos más jóvenes–. Un bucle en el tiempo en sí. –Se encogió de hombros–. Hemos oído hablar de tales cosas. Se dice que los óptimos son capaces de hazañas comparables.

–Importa poco si es un involucra real o no, aunque repito que es muy poco probable –exclamó Poatas–. ¡Tiene que ser una máquina despertada de una sofisticación digna de los óptimos para que haya sobrevivido tanto tiempo! ¡Lleva enterrada centieones, quizá deciaeones! ¡Entidades racionales, entidades de esa antigüedad que se puedan interrogar, no aparecen en la galaxia mayor ni en toda una vida, no para ninguno de nosotros! ¡No debemos vacilar! Los nariscenos o los morthanveld nos lo arrebatarán si vacilamos. Incluso si no se lo llevan, ¡las aguas no tardarán en regresar y se llevarán quién sabe qué! ¿Es que no ven lo importante que es esto? –Poatas tenía un aspecto febril, el cuerpo entero se le crispaba y lucía una expresión atormentada–. ¡Estamos al borde de algo que resonará por todo el espacio civilizado! ¡Debemos golpear ya! Debemos afanarnos con todas las aplicaciones posibles o perderemos una oportunidad única! ¡Si actuamos, viviremos para siempre! Todos los óptimos conocerán el nombre de Sursamen, de las Hyeng-zhar, de esta Ciudad Sin Nombre, de su único habitante Sin Nombre y de los aquí presentes!

–No hacemos más que hablar de los óptimos –dijo Oramen con la esperanza de calmar a Poatas si se mostraba sobrio y práctico–. ¿No deberíamos implicarlos? Yo diría que los morthanveld son el pueblo obvio al que debemos pedir ayuda.

–¡Se lo quedarán ellos! –dijo Poatas, angustiado–. ¡Lo perderemos!

–Los oct ya se han quedado con la mitad –dijo Droffo.

–Están aquí pero no controlan nada –dijo Poatas, que parecía estar a la defensiva.

–Creo que podrían tener el control si quisieran –insistió Droffo.

–¡Bueno, pues no lo tienen! –siseó Poatas–. Trabajamos con ellos. Se ofrecieron ellos.

–No tienen mucha alternativa –le dijo Leratiy a Oramen–. Temen lo que podrían pensar los nariscenos de sus acciones. ¿Qué juicio temerían los morthanveld?

–El de sus iguales entre los óptimos, me imagino –dijo Oramen.

–Que no pueden hacer nada, solo dejar constancia de su civilizada desaprobación –dijo Leratiy con desdén–. Eso carece de sentido.

–Pero quizá sabrían a qué nos estamos enfrentando –sugirió Oramen.

–¡Lo sabemos nosotros! –dijo Poatas, casi con un gemido.

–Quizá no nos quede mucho tiempo –dijo Leratiy–. Los oct no tienen ningún interés en decirle a nadie más lo que está pasando aquí; sin embargo, la noticia no tardará en conocerse y entonces es posible que los nariscenos e incluso los morthanveld vengan de visita. Entretanto –dijo el técnico superior mientras miraba a Poatas, que parecía a punto de ponerse fuera de sí–, estoy de acuerdo con mi colega, señor. Debemos movernos con la mayor premura.

–¡Debemos hacerlo así! –gritó Poatas.

–Calmaos, Poatas –dijo Leratiy–. No podemos mandar más hombres a los otros tres cubos sin que los recién llegados se interpongan en el camino de los que ya saben lo que hacen.

–¿Tres cubos? –preguntó Oramen.

–Nuestro Sin Nombre insiste en que sus recuerdos y quizá unas cuantas facultades más se encuentran en tres cubos concretos de los diez objetos negros que conocemos, señor –dijo Leratiy–. Los ha identificado. Nos estamos preparando para traerlos aquí, a su presencia.

–¡Se debe hacer, y rápido! –insistió Poatas–. ¡Mientras todavía tenemos tiempo! Oramen miró a los demás.

–¿Es buena idea? –preguntó. Hubo unas cuantas miradas preocupadas, pero nadie parecía dispuesto a llamar poco sensatas a tales acciones. El príncipe volvió a mirar a Leratiy–. No se me informó de esto.

–Cuestión de tiempo, una vez más, señor –dijo el técnico superior Leratiy con una sonrisa; parecía a la vez pesaroso y razonable–. Por supuesto que se os informará de todo, pero esto era, en mi opinión, una cuestión científica que debía disponerse con toda premura. Además, tras conocer la situación del exterior (me refiero en realidad a la situación entre Tyl Loesp y vos) no queríamos añadir más carga a vuestras preocupaciones antes de que se hubiera llevado a cabo un movimiento físico de los cubos. En todo momento, no hace falta ni decirlo, señor, se os iba a informar de nuestras intenciones una vez que estuviéramos listos para llevar a cabo los traslados.

–¿Y cuándo va a ocurrir? –preguntó Oramen–. ¿Cuándo estarán listos?

Leratiy sacó su reloj.

–El primero en unas seis horas, señor. El segundo en dieciocho o veinte horas, el último pocas horas después.

–Los oct nos presionan para que lo hagamos, señor –dijo Poatas, que se dirigía a Oramen pero que miraba con expresión hosca al técnico superior–. Se han ofrecido a ayudarnos con las maniobras. Podríamos movernos más rápido todavía si se lo permitiéramos.

–No estoy de acuerdo –dijo Leratiy–. Deberíamos mover los cubos nosotros.

–Si nos equivocamos, insistirán –dijo Poatas.

Leratiy frunció el ceño.

–No nos equivocaremos.

Llegó un mensajero y le pasó una nota a Droffo, que se la entregó a Oramen.

–Las patrullas de reconocimiento aéreo más distantes informan sobre un ejército que se acerca en nuestra dirección, caballeros, procedente de Rasselle –les dijo Oramen–. Viajando por tierra, tardarán en llegar aquí una semana o más. Así que ese es el tiempo que tenemos.

–Bueno, ya sea el ejército o la nieve fundida, debemos tener resultados antes de que nos inunden –dijo Poatas.

–Dubrile –le dijo Oramen al capitán de su guardia–, ¿sería más fácil defender este lugar que mis vagones del asentamiento? –El príncipe señaló con la cabeza la gran cámara en la que se encontraban.

–Desde luego, señor –respondió Dubrile. Después miró a la masa de oct–. Sin embargo...

–Entonces instalaré mi tienda con nuestros aliados, los oct –dijo Oramen dirigiéndose a todos–. Me quedo aquí. –Le sonrió a Neguste:– Señor Puibive, ocupaos de que traigan todo lo necesario, si sois tan amable.

Neguste parecía encantado. Quizá porque lo habían llamado «señor».

–¡Desde luego, señor!

Reinaba la tranquilidad en la cámara al final de otro largo turno. Se habían apagado casi todas las luces y aquel espacio inmenso parecía incluso más grande que cuando estaba iluminado. Los oct se iban turnando para regresar a sus naves por las razones que los ocuparan, pero, con todo, más de nueve de cada diez permanecían en los lugares en los que se encontraban cuando Oramen los había visto por primera vez, dispuestos en pulcros círculos concéntricos de cuerpos azules y miembros rojos, todos muy quietos, alrededor del sarcófago rodeado de andamios.

–¿Creéis que se revelará y será como vos, es decir, un ejemplo real y vivo de vuestros ancestros? –le preguntó Oramen a Savidius Savide. Estaban solos en la plataforma. Los otros se habían ausentado para cumplir con otras tareas o estaban durmiendo. Oramen se había despertado en su tienda improvisada a toda prisa (elaborada con parte del mismo material que había envuelto partes del andamiaje que rodeaba el sarcófago) y había subido para hablar con el ser que se hacía llamar Sin Nombre. Había descubierto a Savide flotando allí, delante del trozo gris pálido.

–Es como somos nosotros. La mera forma es irrelevante.

–¿Le habéis preguntado si vuestro pueblo es en verdad descendiente suyo?

–No es necesario.

Oramen se levantó.

–Se lo preguntaré yo.

–No puede ser relevante –dijo Savide cuando Oramen fue a colocarse delante del sarcófago.

–Sin Nombre –dijo Oramen, que se había colocado una vez más cerca de lo que estaba el punto focal.

–Oramen –susurró la voz.

–¿Son los oct vuestros descendientes?

–Todos son nuestros descendientes.

Bueno, esa sí que era una noticia, pensó Oramen.

–¿Los oct más que los otros? –preguntó.

–Todos. No preguntéis quién es más que otros. En cuanto a este momento, sin mis recuerdos ni mis habilidades, ni siquiera puedo saberlo. Aquellos que se hacen llamar los herederos creen lo que creen. Los respeto, y respeto esa creencia. Dice muchísimo a su favor. La exactitud de la misma, eso es otra cosa. Soy involucra. Si son lo que dicen, entonces son también de mi clase, sea cual sea la distancia que nos separa. No puedo juzgar lo que no sé. Solo habéis de restaurar mi antigua capacidad y es posible que lo sepa. Incluso entonces, ¿quién puede decirlo? He estado aquí dentro tanto tiempo que imperios enteros, especies, ecosistemas panplanetarios y soles de secuencia corta han llegado y se han ido mientras yo dormía. ¿Cómo habría de saber yo quién creció a nuestra sombra? Me preguntáis cuando lo ignoro. Preguntadme otra vez cuando mi estado de conocimientos sea el debido.

–Cuando estéis restaurado, ¿qué haréis?

–Entonces seré quién soy, veré lo que hay que ver y haré lo que hay que hacer. Si soy involucra y como entiendo las cosas soy el último y todo lo que siempre pensamos hacer está ya hecho o ya no merece la pena hacerlo, entonces tendré que determinar cuáles deberían ser mis acciones. Solo puedo ser lo que siempre fui. Esperaría ver lo que resta de nuestra gran obra, los mundos concha, y ver lo que hay que ver en la galaxia y más allá mientras admito que la necesidad de los mundos concha en sí ya ha pasado. Debo aceptar que todo ha cambiado y que no puedo ser más que una curiosidad, un salto atrás, un artefacto. Quizá un ejemplo, una advertencia.

–¿Por qué una advertencia?

–¿Dónde está ahora el resto de mi pueblo?

–Desaparecido. A menos que estemos totalmente equivocados, ese pueblo ha desaparecido.

–Entonces, una advertencia.

–Pero todos los pueblos desaparecen –dijo Oramen con suavidad, como si le explicara algo a un niño–. Nadie permanece para siempre, ni tomando la vida de una estrella o un mundo como medida. La vida persiste porque cambia siempre de forma y es antinatural, y nocivo, conservar el patrón de una especie o pueblo concreto. Los

pueblos, las civilizaciones, siguen una trayectoria normal y natural que termina donde empieza, de regreso al suelo. Incluso nosotros, los sarlos, lo sabemos, y no somos más que bárbaros para la mayoría.

—Entonces necesito saber más sobre el modo en que desaparecimos, en que desaparecí yo. ¿Fue nuestro fin natural, fue normal, fue (si es que no fue normal) merecido? Ni siquiera sé todavía por qué estoy aquí dentro. ¿Por qué se me preservó así? ¿Era especial y por tanto un ser glorificado? ¿O excesivamente ordinario y por tanto elegido para representar a todos debido a esa misma mediocridad? No recuerdo vicio ni gloria propios, así que no creo que se me distinguiera por un gran logro o que se me encerrara por una depravación. Y sin embargo, aquí estoy. Me gustaría saber por qué. Espero descubrirlo en breve.

—¿Y si descubris que no sois lo que creéis que sois?

—¿Por qué no habría de serlo?

—No sé. Si son tantas las dudas...

—Permitidme mostraros lo que sí sé —murmuró la queda voz—. ¿Puedo?

—¿Mostrarme qué?

—Colocaos de nuevo en el lugar desde donde mejor podemos comunicarnos, si tenéis la bondad.

Oramen vaciló.

—Muy bien —dijo. Dio unos pasos atrás y encontró el cuadrado marcado en las tablas. Miró atrás, vio a Savidius Savide flotando cerca y después se dio la vuelta y miró otra vez el trozo gris claro que había en la superficie del sarcófago.

El efecto pareció llevar menos tiempo que antes. Muy pronto, le pareció, experimentó otra vez ese curioso mareo. Tras la sensación momentánea de desequilibrio llegó la sensación de ingravidez y despreocupación, luego la de dislocación, el preguntarse dónde o cuándo estaba.

Entonces supo quién era, dónde y cuándo.

Sintió que estaba otra vez en aquella extraña habitación iluminada por el sol, la misma donde había tenido la sensación de estar antes, cuando le había parecido que todos sus recuerdos pasaban por fuera como un torbellino. Creyó estar sentado en una silla de madera, pequeña y tosca, mientras el sol trillaba fuera con fuerza, con demasiada fuerza como para que él pudiera distinguir detalles del paisaje que había tras la puerta.

Lo invadió una extraña lasitud. Le pareció que debería ser capaz de levantarse de aquella sillita pero al mismo tiempo no tenía ningún deseo de hacerlo. Era mucho más agradable quedarse allí sentado, sin hacer nada.

Había alguien más en la habitación, tras él. A Oramen eso no le preocupaba, la persona parecía una presencia benigna. Estaba curioseando en los libros de las estanterías que tenía detrás. Entonces miró con atención por la habitación, o solo la

recordó mejor y se dio cuenta de que estaba totalmente forrada de libros. Era como una biblioteca en miniatura y con él en el medio. Quiso darse la vuelta y ver quién era en realidad su invitado, pero por alguna razón no se sintió con fuerzas de hacerlo. Fuera quien fuera, dejaba caer los libros al suelo cuando terminaba con ellos. Eso le preocupó. No se podía ser tan desordenado. Era una falta de respeto. ¿Cómo iba a encontrar esa persona, u otra cualquiera, los libros otra vez si los dejaban allí, en el suelo?

Intentó con todas sus fuerzas darse la vuelta, pero no pudo. Puso cada parte de su ser en el esfuerzo de mover solo la cabeza, pero resultó imposible. Lo que había parecido una especie de pereza, la sensación de que todo lo daba igual que le había parecido perfectamente aceptable solo unos momentos antes porque era algo que procedía de su interior, se estaba revelando como una imposición, algo forzado desde fuera. No le permitían moverse. Lo estaba paralizando quienquiera que estuviese buscando algo entre los libros que tenía detrás.

Se dio cuenta de que era una imagen. La habitación estaba en su mente, la biblioteca era su memoria y los libros evocaciones concretas.

¡La persona que estaba detrás de él estaba hojeando entre sus recuerdos!

¿Podría ser porque...?

Había tenido una idea poco antes. Apenas se había dado cuenta, casi ni había merecido la pena pensar más en ella porque le había parecido irracional y a la vez horrenda y alarmante sin motivo alguno. ¿Estaba ese pensamiento, esa palabra, relacionada de algún modo con lo que estaba pasando?

Lo habían engañado, lo habían atrapado. Quienquiera que estuviera buscando en la habitación, en la biblioteca, entre los estantes, en los libros, los capítulos, las frases y las palabras que formaban lo que era él y lo que eran sus recuerdos, debía de haber sospechado algo. Oramen casi no sabía lo que era y desde luego no quería saber lo que era; sentía una compulsión, cómica en otro contexto, aterradora en ese instante, de no pensar en...

Entonces lo recordó, y el ser que tenía detrás y que estaba buscando entre sus pensamientos y recuerdos lo encontró a la vez.

Ya solo el acto de recordar ese pensamiento fugaz, de exponer esa simple palabra enterrada, confirmó el horror de lo que podría ser.

No eres, pensó, no...

Sintió que algo detonaba en su cabeza, un destello de luz más deslumbrante y cegador que la luz que había fuera de la puerta de la pequeña habitación, más incandescente que cualquier estrella rodante pasajera, más brillante que cualquier otra cosa que hubiera visto o conocido.

Cayó volando hacia atrás como si se hubiera tirado él mismo. Una criatura extraña pasó a toda velocidad a su lado, Oramen solo pudo echarle un vistazo. Era un

oct, por supuesto, con el cuerpo azul y los miembros rojos, con sus vaporosas superficies todas resplandecientes. Entonces algo lo golpeó en los riñones y se puso a girar, a dar volteretas, a caer por el espacio rodando, rodando...

Se golpeó con algo muy duro y algunas cosas se rompieron y dolieron, la luz volvió a irse otra vez y esa vez se lo llevó con ella.

No se podía decir que despertara, no al menos de repente, en plan «Aquí estoy». En su lugar, la vida (si se podía llamar vida) pareció filtrarse de nuevo en su cuerpo, poco a poco, con pereza, en aditamentos diminutos, como la lluvia de silse que chorreara de un árbol, todo acompañado por el dolor y un peso terrible, aplastante, que le impedía moverse.

Volvía a estar en aquella habitación forrada de libros, golpeado, inmóvil en aquella sillita. Se había imaginado que se había librado de ella, que podía levantarse, pero después de una sensación muy breve y vivido de movimiento repentino y no buscado, allí estaba de nuevo, paralizado, echado, tirado boca abajo en el suelo, indefenso. Volvía a ser un bebé. No tenía control alguno, no podía moverse, ni siquiera podía sujetarse la cabeza. Sabía que había personas a su alrededor, y fue consciente de algún movimiento y de más dolor todavía, pero nada se mostraba en su verdadera forma, nada tenía sentido. Abrió la boca para decir algo, aunque fuera solo para suplicar ayuda, para que alguien pusiera fin a aquel dolor fracturado que lo pulverizaba, pero solo se le escapó un aullido.

Volvía a estar despierto. Debía de haberse quedado dormido. Seguía sufriendo un dolor terrible, aunque parecía más apagado. ¡No podía moverse! Intentó incorporarse, intentó mover un miembro, estirar un dedo, abrir los ojos... pero nada.

Le llegaban sonidos como si estuviera dentro del agua. Estaba echado en algo blando, no duro. No era más cómodo. ¿En qué estaba pensando? Algo importante.

Volvió a subir nadando entre los sonidos acuosos que lo rodeaban, indefenso y consciente de los ruidos que hacía: resollaba, gimoteaba y gorjeaba.

¿En qué había pensado?

Se dividieron las aguas como una cortina de calima que se separara. Creyó ver a su amigo Droffo. Tenía que decirle algo. Quería aferrarse a la ropa de Droffo, incorporarse como pudiera, gritarle a la cara, ¡lanzar una advertencia terrible!

Y luego llegó Neguste. Tenía lágrimas en la cara. Había muchas otras caras, preocupadas, formales, neutrales, aterradas, espantosas.

Estaba despierto otra vez. Se estaba aferrando al cuello de Droffo, solo que no era Droffo en realidad. *¡No se lo permitáis! ¡Destruídlo! ¡Minadla cámara, derribadlo! No permitáis...*

Estaba dormido en su asiento, un anciano quizá, perdido al final de sus días, días revueltos en esa lenta desaparición de su luz. Confusiones suaves, confiaba en otros

para que se ocuparan de él. Había alguien detrás de él, buscaba algo. Siempre le robaban. ¿Era eso lo que siempre había querido? Entonces es que no era hijo de su padre. Intentó darse la vuelta para enfrentarse a quienquiera que estuviese intentando robarle los recuerdos, pero no pudo moverse. A menos que esa sensación también fuera un recuerdo. Tuvo la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar. La voz seguía susurrándole al oído, en su cabeza. No sabía lo que estaba diciendo. La vejez llegaba con un gran dolor, cosa que no parecía justa. Todos los demás sentidos se apagaban, pero el dolor seguía brillando. No, eso no era verdad, el dolor también se apagaba. Ya se estaba apagando otra vez.

–¿Qué está intentando decir?

–No sabemos. No lo entendemos.

Despierto otra vez. Parpadeó y levantó los ojos a un techo que ya había visto antes. Intentó recordar quién era. Decidió que debía de ser Droffo, tirado allí, en el tren hospital. No, mira, allí estaba Droffo. Entonces debía de ser otra persona. Tenía que decirle algo a Droffo. ¿Quiénes eran todas esas personas? Quería que se fueran. ¡Tenían que entenderlo! Pero tenían que irse. Entenderlo y luego irse. Había que hacer cosas. Un trabajo urgente. Lo sabía y tenía que decirles que lo sabía. Tenían que hacer lo que él no podía hacer. ¡Enseguida!

–*Estruir* –se oyó decir entre las ruinas–. *Erribalo* todo. Es... –Y entonces se le fue la voz, y la luz también. Esa oscuridad que lo envolvía todo. Qué rápido se movían las estrellas rodantes, qué poco iluminaban. Necesitaba decírselo a Droffo, necesitaba hacerle entender y a través de él a todos los demás...

Volvió a parpadear. La misma habitación. Compartimento médico. Pero había algo diferente. Oyó lo que parecían disparos. ¿Olía a humo, a quemado?

Levantó la vista. Droffo. Pero no era Droffo. Parecía Mertis tyl Loesp. ¿Qué estaba haciendo allí?

–Socorro... –se oyó decir.

–No –dijo Tyl Loesp con una débil sonrisa–. No hay forma de socorrerte, príncipe. –Y un puño con cota de malla cayó sobre su rostro y borró la luz.

Tyl Loesp bajó a grandes zancadas por la rampa que llevaba a la cámara que albergaba el sarcófago; tras él, hombres fuertemente armados. El cubo gris estaba rodeado por círculos concéntricos de oct. Apenas parecían haber notado que por la cámara yacían esparcidos hombres muertos y moribundos. A los moribundos los ayudaban a continuar su camino los encargados de despachar a los heridos. A Tyl Loesp le habían dicho que unos cuantos de los defensores quizá todavía fueran capaces de resistirse; tal vez no se hubiera dado cuenta de todos los heridos, la cámara seguía siendo peligrosa. Pero él estaba impaciente por ver aquello con sus propios ojos y había volando directamente hasta allí después de tomar el centro del

asentamiento y descubrir al príncipe regente moribundo y echado en su cama de hospital.

–Poatas, Savide –dijo cuando se acercaron a él entre la masa de oct. El regente volvió a mirar la entrada de la cámara, donde se estaba manipulando un gran cubo negro de diez metros de lado para llevarlo a la cima de la rampa del túnel que había más allá. Resonaron un par de disparos lejanos que levantaron ecos en la cámara. Tyl Loesp sonrió al ver que Poatas se estremecía como si hubiera recibido él el tiro–. Habéis estado muy ocupados –le dijo al anciano–. Nuestro príncipe no retrasó las cosas, ¿no?

–No, señor –dijo Poatas con la vista baja–. El progreso ha sido todo el que hubiéramos deseado. Es un placer veros una vez más, señor y saber que la victoria es vuestra...

–Sí, sí, Poatas. Todos muy leales. Savide, ¿aprobáis todo lo que está pasando aquí?

–Todo es aprobación. Nos gustaría ayudar más. Permitidnos ayudar.

–Háganlo, desde luego.

Despierto otra vez. Pero con más dolor. Oyó su propia respiración. Emitía un extraño gorgoteo. Alguien le estaba limpiando la cara y le hacía daño. Intentó gritar, pero no pudo.

–¿Señor?

No podía emitir ningún sonido. Vio a su sirviente con un ojo, otra vez como si fuera a través de una cortina de bruma. ¿Dónde estaba Droffo? Tenía que decirle algo.

–¡Oh, señor! –dijo Neguste sorbiendo por la nariz.

–¿Todavía vivo, príncipe?

Consiguió abrir el único ojo bueno que tenía. Ni siquiera esa acción le ahorró dolores. Era Mertis tyl Loesp. Neguste se había quedado un poco más atrás, con la cabeza baja, sollozando.

Intentó mirar a Tyl Loesp. Intentó hablar. Oyó un borboteo.

–Oh, vamos, vamos. *Chss*, calladito –dijo Tyl Loesp como si hablara con un bebé, frunció los labios y se llevó un dedo a la boca–. No te demores, querido príncipe. No dejes que te entretengamos. Parte, no te apures. Por favor, señor, a tu padre no le costó tanto morir. Deprisa. Eh, tú.

–¿Señor? –dijo Neguste.

–¿Puede hablar?

–No, señor. No dice nada. Lo intenta, creo... El conde Droffo, pregunta por el conde Droffo. No estoy seguro.

–¿Y Droffo?

–Muerto, señor. Vuestros hombres lo mataron. Estaba intentando...

–Ah, sí. Bueno, pregunta todo lo que quieras, príncipe. Droffo no puede venir a ayudarte, aunque no tardarás en acudir tú a su lado.

–¡Oh, por favor, no le hagáis daño, señor, por favor!

–Cállate o al que haré daño será a ti. Capitán, dos guardias. Tú, tú vas a... ¿y ahora qué?

–¡Señor, señor! –Una nueva voz, joven y urgente.

–¿Qué?

–¡La cosa, señor, el objeto, el sarcófago! Está... está haciendo... Es que... ¡No puedo, es...!

No es lo que creéis, tuvo tiempo de pensar Oramen, después las cosas salieron volando otra vez y sintió que volvía a deslizarse bajo las aguas.

–¡Señor!

–¿Qué? –dijo Tyl Loesp sin detenerse. Estaban en el túnel recién agrandado, a un minuto de la entrada de la gran cámara semiesférica que contenía el sarcófago.

–Señor, este hombre insiste en que es un caballero que está a vuestras órdenes.

–¡Tyl Loesp! –resonó una voz angustiada por encima de la manada de asesores, guardias y soldados que rodeaban a Tyl Loesp–. ¡Soy yo, Vollird, señor!

–¿Vollird? –dijo Tyl Loesp, se detuvo y se dio la vuelta–. Dejadme verlo.

Los guardias se separaron y dos de ellos le llevaron a un hombre cogido por los brazos. Era cierto que era Vollird, aunque iba vestido con lo que parecían harapos, tenía cabello de loco y una expresión de más loco todavía, con los ojos fijos y clavados en algo.

–¡Es verdad, señor! ¡Soy yo! ¡Vuestro buen y fiel sirviente, señor! –exclamó Vollird–. ¡Hicimos todo lo que pudimos, señor! ¡Casi lo conseguimos! ¡Lo juro! ¡Pero había demasiados!

Tyl Loesp se quedó mirando al tipo y sacudió la cabeza.

–No tengo tiempo para ti...

–¡Solo salvadme de los fantasmas, Tyl Loesp, por favor! –A Vollird se le doblaron las rodillas y los guardias de cada lado tuvieron que soportar su peso. Vollird había abierto mucho los ojos y se lo había quedado mirando mientras la saliva le manchaba la boca.

–¿Fantasmas? –dijo Tyl Loesp.

–¡Fantasmas, hombre! –chilló Vollird–. Los he visto, ¡fantasmas de todos, que vienen a perseguirme!

Tyl Loesp sacudió la cabeza y miró al comandante de la guardia.

–Este hombre ha perdido el juicio. Llévadlo... –empezó a decir.

–¡Gillews es el peor! –dijo Vollird, se le quebraba la voz–. ¡Podía sentirlo! ¡Podía sentirlo todavía! El brazo, la muñeca bajo...

No pudo decir nada más. Tyl Loesp había sacado la espada y se la había hundido directamente. Dejó a Vollird borboteando y gesticulando, con los ojos todavía muy abiertos y la mirada centrada en la hoja plana que le sobresalía de la garganta, donde el aire silbaba y la sangre palpitaba, hacía burbujas y chorreaba. Movía la mandíbula con torpeza, como si estuviera intentando tragar algo demasiado grande.

Tyl Loesp clavó la espada un poco más con la intención de cortarle la espina dorsal pero la punta rebotó en el hueso y el filo rebanó la carne del lado del cuello y produjo otro chorro de sangre al cortarle una arteria. El guardia de ese lado se movió para esquivar la sangre. Vollird se quedó bizco y el último aliento lo abandonó como un suspiro lleno de burbujas.

Los dos guardias miraron a Tyl Loesp, que extrajo la espada.

–Soltadlo –les dijo.

Cuando lo dejaron, Vollird cayó hacia delante y se quedó tirado y quieto en el charco oscuro de su propia sangre, que seguía extendiéndose. Tyl Loesp limpió la espada en la túnica del tipo con dos golpes rápidos.

–Dejadlo –le dijo a los guardias.

Después se dio la vuelta y se dirigió a la cámara.

El sarcófago había insistido en que quitaran los andamios que lo rodeaban. Se encontraba sobre un plinto, y a su alrededor los tres cubos negros, en el suelo de la cámara. Uno justo delante y los otros dos cerca de las esquinas traseras. Los oct seguían dispuestos tras sus círculos concéntricos de devoción.

Tyl Loesp y los que lo rodeaban llegaron justo a tiempo para ver la transformación. Los lados de los cubos negros emitían unos chisporroteos, unos crujidos. Un cambio en la textura de su superficie los hizo parecer de repente apagados, entonces empezaron a adoptar un tono gris y una fina red de fisuras se fue extendiendo por ellos.

Poatas se acercó cojeando adonde se encontraba Tyl Loesp.

–¡Sin precedentes! –dijo mientras agitaba el bastón en el aire. Dos miembros de la guardia personal de Tyl Loesp se adelantaron pensando que aquel viejo loco y maníaco podría ponerse violento con su señor pero Poatas no pareció ciarse cuenta–. ¡Estar aquí! ¡Estar aquí, ahora! ¡Y ver esto! ¡Esto! –exclamó y se dio la vuelta agitando el bastón y señalando el centro de la cámara.

Las caras de los cubos negros mostraban grandes grietas por toda la superficie. Un vapor oscuro salía de ellas y se iba elevando poco a poco. Entonces temblaron los lados y se abrieron con una lenta nube de lo que parecía un hollín pesado, los revestimientos de los cubos parecieron convertirse en polvo todos a la vez y revelaron

los ovoides oscuros y resplandecientes del interior, cada uno de unos tres metros de largo y metro y medio de circunferencia. Subieron flotando y salieron de entre los restos de su renacimiento, que se iban asentando poco a poco.

Poatas se volvió un momento hacia Tyl Loesp.

–¿Lo veis? ¿Lo veis?

–Resulta difícil no verlo –dijo Tyl Loesp con tono ácido. El corazón todavía le martilleaba en el pecho tras el incidente de momentos antes, pero su voz era firme, controlada.

Los ovoides subieron flotando y se acercaron al cubo gris, que estaba empezando a hacer los mismos sonidos secos y a emitir los mismos zumbidos que habían hecho los cubos negros momentos antes. El ruido era mucho mayor, llenaba la cámara y resonaba en los muros. Los oct que rodeaban el centro de la cámara se removían, cambiaba de postura, como si todos hubieran levantado la cabeza y miraran al cubo gris que se estremecía y cambiaba; sus superficies se iban oscureciendo con un millón de ranuras diminutas.

–¿Es este vuestro premio, Poatas? –gritó Tyl Loesp por encima de la cacofonía.

–¡Y su ancestro! –le gritó Poatas a su vez, al tiempo que agitaba el bastón y señalaba los círculos de oct.

–¿Va todo bien por aquí, Poatas? –preguntó Tyl Loesp–. ¿Debería hacer ese ruido?

–¡Quién sabe! –chilló Poatas sacudiendo la cabeza–. ¿Por qué? ¿Querriais huir, señor? –preguntó sin darse la vuelta. El sonido del sarcófago murió sin previo aviso y dejó solo los ecos que resonaban.

Tyl Loesp abrió la boca para decir algo, pero los lados del sarcófago también se estaban desprendiendo, se deslizaban como si unos muros invisibles que encerraran un polvo gris oscuro hubieran dejado de ser de repente y su peso polvoriento pudiera salir al fin y caer en un gran torrente seco que rodeó todo el plinto y lamió los márgenes de los oct que lo rodeaban. No hubo casi ruido que lo acompañara, solo un levísimo sonido que podría haberse confundido con un suspiro. Los últimos ecos del tumulto anterior por fin murieron.

El ovoide gris revelado por el polvo caído tenía quizá cinco metros de ancho y ocho de largo. Flotaba tembloroso en el aire. Las tres formas negras más pequeñas se acercaron a él con lentitud, como si dudaran. Giraron poco a poco sobre los ejes, con los extremos señalando hacia arriba y hacia abajo. Después se deslizan con pesadez para encontrarse con la forma gris más grande en el centro del dibujo que formaban y se unieron en silencio a ella, como si la fueran penetrando.

La forma resultante flotó con firmeza en el aire. Los ecos fueron muriendo poco a poco y dejaron un silencio absoluto en la gran cámara.

Entonces la forma rugió algo en un idioma que los humanos presentes no

entendieron, sonidos que se estrellaban contra los muros como olas. Tyl Loesp maldijo el volumen desgarrador del ruido y se tapó los oídos con las manos como todos los demás. Algunos de los otros hombres cayeron de rodillas por la fuerza del sonido. Solo el orgullo evitó que Tyl Loesp hiciera lo mismo. Mientras los ecos seguían muriendo, los oct parecieron sobresaltarse y moverse, casi al unísono. Unos susurros secos, como pequeñas ramitas que comenzaran a prenderse, empezaron a llenar la cámara.

El sonido quedó ahogado cuando la forma gris oscura que flotaba en el centro volvió a bramar, en esa ocasión en sarlo.

–Gracias por su ayuda –tronó–. Ahora tengo mucho que hacer. No hay perdón posible.

Una burbuja esférica y vaporosa pareció formarse alrededor de la forma, justo lo bastante grande para envolverla por completo. La burbuja se oscureció, después se hizo negra y más tarde del color del mercurio. Mientras Tyl Loesp y los demás miraban, una segunda burbuja cobró vida con un parpadeo y encerró la primera, a unos dos metros alrededor de la plateada del interior. Un destello de luz, breve pero de un brillo casi cegador, salió del espacio que quedaba entre las dos esferas antes de que la exterior se hiciera negra. Comenzó a crecer un veloz zumbido, una vibración inmensa que salía de la esfera negra y crecía a toda prisa hasta llenar la cámara entera y embotarla con un aullido bajo y profundo que soltaba los dientes, hacía vibrar los ojos y sacudía los huesos. Los oct cayeron rodando al suelo, al parecer aplastados por la tormenta de ruido. Todos los humanos presentes volvieron a llevarse las manos a los oídos. Casi todos se dieron la vuelta, tropezaron y chocaron con sus compañeros; intentaban correr para escapar de aquel sonido aplastante que parecía pulverizarlos.

Los pocos humanos incapaces de apartar la vista (Poatas era uno de ellos, de rodillas, con el bastón caído) permanecían hipnotizados sin apartar los ojos de aquella esfera negra y vibrante. Fueron los únicos que presenciaron, durante un instante muy breve, unos cuantos agujeritos diminutos y esparcidos que moteaban la superficie de la esfera de unos rayos sueltos, finos y cegadores.

Y entonces la esfera exterior desapareció con un parpadeo.

Un tsunami de radiaciones de amplio espectro llenaron la cámara en un instante y la bola de fuego termonuclear que tenía detrás se precipitó al exterior.

La llamarada de luz y calor incineró a oct y humanos de forma indiscriminada, los volatilizó junto con el revestimiento interno de la cámara, hizo estallar el único gran muro esférico en todas direcciones, como una granada inmensa que hizo derrumbarse lo que quedaba del edificio que tenía encima y la plaza circundante sobre los restos resplandecientes.

Las primeras olas de radiación (rayos gamma, neutrones y una pulsación electromagnética titánica) ya habían desaparecido mucho tiempo atrás y el daño

estaba hecho.

La esfera plateada se elevó poco a poco y salió con calma de entre los restos humeantes, ilesa. Atravesó flotando el agujero de varios kilómetros de diámetro que había quedado al nivel de la plaza de la ciudad y se fue alejando sin prisas, dejó caer la película de escudos y alteró su forma un poco para adoptar la de un gran ovoide. Se giró en la dirección que los humanos llamaban anterior y aceleró para salir del barranco.

27. El núcleo

Se encontraban al borde del cráter de varios kilómetros de ancho que había quedado en la plaza. Los visores de los trajes hacían brillar la escena como si fuera de día. Ferbin desconectó la parte artificial de la vista por unos momentos, solo para ver cuál era el verdadero estado del lugar. Grises fríos y apagados, negros, azules y marrones oscuros. Los colores de la muerte y la decadencia. Una estrella rodante debía de estar a punto de salir pero no habría señal de ella en la profundidad del barranco durante varios días y la calidez del deshielo tardaría mucho más en devolver las cataratas a su estado original.

A través del visor del traje todavía se percibía un fulgor infrarrojo visible, en lo más profundo del cráter. El vaho se elevaba poco a poco de las profundidades oscuras, el vapor ascendía, se hacía jirones y desaparecía con los aullidos del viento frío.

Anaplian y Hippinse comprobaban lecturas y detalles en los sensores.

—Algo parecido a una pequeña bomba nuclear —dijo Djan Seriy. Se comunicaban sin tocarse, suponían que ya no les hacía falta guardar silencio. Aun así, los trajes se decantaron por el método más seguro disponible y hacían brillar una luz coherente e invisible de uno a otro, señalándolos por turnos.

—Un estallido pequeño pero intenso de pulsaciones electromagnéticas y neutrones —dijo el avatoide de la nave—. Y rayos gamma.

—Los deben de haber frito —dijo Djan Seriy en voz baja mientras se arrodillaba junto a la grieta de la superficie de la plaza. Tocó la piedra pulida y sintió la suavidad granulosa que se transmitía a través de la tela del traje.

—No me extraña que no haya nadie por aquí —dijo Hippinse. Habían visto unos cuantos cuerpos al sobrevolar la ciudad cuando habían entrado por las afueras, y un número sorprendente de lyges y caudes muertos, pero nada ni nadie que se moviera. La vida parecía tan congelada e inmóvil como las duras aguas del Sulpitine.

~ *¿Pero por qué no hay nadie más aquí?*, le envió Hippinse a Anaplian, de encaje neuronal a encaje neuronal. *¿Ningún tipo de ayuda, ningún asistente sanitario?*

~ *Estas personas no saben nada de los efectos de la radiación*, respondió la agente. *Cualquiera que escapara se habrá metido en algún refugio pensando que ya había pasado lo peor y que todo mejoraría, después habrán muerto, destrozados, delante de las personas a las que llegaran. Lo que no animaría a nadie a ir a ver lo ocurrido. Es probable que hayan enviado unos cuantas patrullas aéreas de reconocimiento, pero sobre lo único que informarán será sobre muertos y moribundos. Sobre todo muertos.*

~ *Y mientras, los oct y los aultridia están demasiado ocupados peleándose entre*

sí, envió Hippinse.

~ *Y algo con una capacidad muy seria está jodiendo a fondo los sistemas de los niveles, de arriba abajo.*

Al aterrizar, el dron Turminder Xuss se había alejado un poco y en ese momento regresaba flotando.

–Hay una especie de tecnología incrustada en el hielo vertical que hay tras una de las cataratas –anunció–. Seguramente oct. Hay mucho. ¿Le echo un vistazo?

Anaplian asintió.

–Sí, por favor. –La maquina salió disparada y desapareció por otro agujero de la plaza.

Anaplian se levantó y miró a Hippinse, Ferbin y Holse.

–Vamos a probar en el asentamiento.

Habían parado solo una vez al entrar, para echarle un vistazo a uno de los muchos cuerpos tirados en la superficie cubierta de nieve de un canal fluvial helado. Djan Seriy se había acercado al cuerpo, lo había despegado de la superficie blanca y granulosa y lo había examinado.

–Radiación –había dicho.

Ferbin y Holse se habían mirado entre sí. Holse se había encogido de hombros y se le ocurrió que podía preguntarle al traje. Este había empezado a susurrarle a toda prisa sobre las fuentes y efectos del electromagnetismo, la radiación gravitacional y de partículas, después se había concentrado de inmediato en las consecuencias físicas de la radiaciones ionizantes y el síndrome agudo por radiación según se aplicaba a las especies humanoides, sobre todo a aquellas parecidas a los sarlos.

Después, Djan Seriy se había quitado una de las acanaladuras de la pierna derecha del traje, un tubo oscuro tan largo como su muslo y un poco más fino que su muñeca. Lo había dejado en la superficie del río congelado y lo había mirado por un instante. El tubo había empezado a hundirse en el hielo y había hecho brotar vapor a medida que lo atravesaba. Se había movido como una serpiente, agitándose al principio y después se había deslizado a toda prisa por el agujero que había abierto en la superficie sólida del río. El agua había empezado a congelarse otra vez encima casi de inmediato.

–¿Qué era eso, señorita? –había preguntado Holse.

Anaplian había soltado otra pieza del traje, un objeto diminuto no mayor que un botón, y lo había tirado al aire como una moneda. El objeto había subido directamente y no había vuelto a bajar.

La agente se había encogido de hombros.

–Un seguro.

En el asentamiento, apenas una persona de cada cien seguía viva, pero todas se estaban muriendo entre grandes dolores. Los pájaros no cantaban, no se oía el resonar de los talleres ni el resoplido de las locomotoras; en el aire quieto, solo los gemidos quedos de los moribundos rompían el silencio.

Anaplian y Hippinse les dieron instrucciones a los cuatro trajes para que fabricaran unos mecanismos diminutos que podrían inyectar en cualquiera que encontraran todavía vivo solo apretándoselo contra el cuello. Los trajes hicieron crecer unas púas pequeñas en las puntas de los dedos más largos para efectuar las inyecciones.

—¿Se pueden curar estas personas, hermana? —preguntó Ferbin mientras miraba a un hombre que intentaba moverse a pesar de la debilidad, cubierto de vómito y sangre y rodeado de un pequeño charco de excrementos, intentaba hablar con ellos pero solo conseguía gorgotear. El pelo se le caía a mechones cuando sacudía la cabeza por el barro helado de uno de los caminos sin pavimentar del asentamiento. De la boca, la nariz, las orejas y los oídos le salían hilillos de sangre finos y brillantes.

—Lo decidirán los nanoorganismos —dijo Djan Seriy con tono seco mientras se agachaba para inyectar al hombre—. Si los inyectilos no pueden salvarlos, los dejarán morir sin dolor.

—Demasiado tarde para la mayoría —dijo Holse mientras miraba a su alrededor—. Esto ha sido la radiación, ¿verdad?

—Sí —dijo Hippinse.

—Aparte de los que tienen heridas de bala, claro —dijo Djan Seriy cuando se levantó tras atender al hombre que suspiraba, ya inerte. La agente miró a los soldados muertos que se aferraban a las armas y los cuerpos encogidos de un par de lyges que yacían cerca, con los jinetes armados aplastados debajo—. Hubo una batalla antes.

Los pocos jirones de humo que habían visto eran incendios que se agotaban solos y no el humo de las chimeneas de los talleres, forjas y locomotoras de vapor. En la estación principal del asentamiento, todas las locomotoras y la mayor parte de los vagones habían desaparecido. Había cientos de cuerpos esparcidos por el suelo.

Se dividieron por parejas. Djan Seriy y Ferbin comprobaron los vagones del archipontino y el resto del complejo del cuartel general pero solo encontraron más cadáveres y ninguno que reconocieran.

Entonces Hippinse los llamó desde el tren hospital.

—¡Lo siento! El tipo al que le disparé. Le diréis que lo siento, ¿verdad, quien seáis, por favor? Lo siento muchísimo.

—Hijo, me disparaste a mí y, mira, estoy bien. Solo me caí de la sorpresa, eso es todo. Ahora cálmate. —Holse levantó la cabeza del joven e intentó hacer que se

incorporara y se sentara contra la pared. Al muchacho también se le estaba cayendo el pelo y al final Holse tuvo que meterlo en una esquina para evitar que se derrumbara.

–¿Os disparé a vos, señor?

–Eso es, muchacho –le dijo Holse–. Por suerte para mí llevo una armadura mejor que un hierro del grosor de un paso. ¿Cómo te llamas, hijo?

–Neguste Puibive, señor, a vuestro servicio. Siento mucho haberos disparado.

–Choubris Holse. No hay heridos, así que aquí no ha pasado nada.

–Querían los medicamentos que teníamos, señor. Pensaban que eso los salvaría o al menos aliviaría su dolor. Entregué lo que pude, pero cuando se acabó todo, no me creyeron, señor. No nos dejaban en paz. Estaba intentando proteger a mi joven señor, señor.

–¿Y qué joven señor es ese, joven Neguste? –preguntó Holse mientras miraba con el ceño fruncido una púa pequeña que acababa de flexionarse en el dedo más largo de su mano derecha.

–Oramen, señor. El príncipe regente.

Hippinse acababa de entrar en el compartimento y se quedó mirando a Holse.

–Lo he oído –dijo–. Voy a decírselo.

Holse apretó la púa contra la piel moteada y llena de cardenales del joven. Después carraspeó un momento.

–¿El príncipe está aquí, muchacho?

–Por ahí, señor –dijo Neguste Puibive, el jovencito intentó señalar con la cabeza la puerta que llevaba al siguiente compartimento. Después empezó a llorar con lágrimas finas diluidas en sangre.

Ferbin también lloraba, se retiró la máscara del traje para poder dejar caer las lágrimas. A Oramen lo habían limpiado con cuidado, pero parecía que le habían golpeado la cara con saña. Ferbin tocó con la mano enguantada los ojos fijos y enrojecidos de su hermano para intentar cerrarle los párpados sin conseguirlo. Djan Seriy estaba en el otro lado de la estrecha cama, sujetaba con una mano la base de la cabeza de su hermano y le acunaba el cuello.

La agente dejó escapar un largo suspiro. Ella también se retiró la máscara. Inclino la cabeza y dejó la cabeza de Oramen con mucha suavidad en la almohada. Después retiró la mano.

Anaplian miró a Ferbin y sacudió la cabeza.

–No –dijo–. Hemos llegado demasiado tarde, hermano. –Sorbió por la nariz, le alisó a Oramen el cabello de la cabeza e intentó no arrancarle ningún mechón al hacerlo–. Con varios días de retraso.

El guante del traje se desprendió de la piel como un líquido negro, dejó desnudas las puntas de los dedos, después los dedos enteros y tras eso toda la mano hasta la

muñeca. Rozó con suavidad la mejilla magullada y rota de Oramen y después la frente moteada. También intentó cerrarle los ojos. Uno de los párpados se desprendió y se deslizó por el ojo inyectado en sangre como un trozo de piel de una fruta hervida.

–Joder, joder, joder –dijo Djan Seriy en voz baja.

–¡Anaplian! –gritó HIPPINSE con urgencia desde el compartimento donde Holse y él estaban intentando consolar a Neguste Puibive.

–Preguntó por el conde Droffo, pero lo habían matado, señores. Los hombres de Tyl Loesp, cuando vinieron con sus bestias voladoras. Ya lo habían matado. A él, que con solo un brazo sano intentaba volver a cargar.

–Pero ¿y después? –insistió HIPPINSE mientras sacudía al hombre herido–. ¿Qué fue lo que dijo? ¿Qué dijiste? ¡Repítele eso! ¡Repítele!

Djan Seriy y Holse estiraron la mano para tocar a HIPPINSE.

–Tranquilo –le dijo Djan Seriy al avatoide–. ¿Qué pasa? –HOLSE no entendía nada. ¿Qué era lo que disgustaba tanto a HIPPINSE? No era su hermano el que yacía muerto en la otra habitación. El tipo ni siquiera era un humano de verdad. Aquel no era su pueblo, porque él no tenía pueblo alguno.

–¡Repítele! –gimió HIPPINSE y volvió a zarandear a Puibive. Djan Seriy cogió la mano de HIPPINSE que tenía más cerca para impedirle que siguiera sacudiendo al jovencito moribundo.

–Todos los demás se fueron, señores, los que pudieron, en los trenes, cuando todos empezamos a ponernos enfermos la segunda vez –dijo Neguste Puibive, los ojos se le ponían en blanco y le temblaban los párpados–. Siento... Todos sufrimos una terrible fiebre gástrica después de la gran explosión, aunque después nos encontramos mejor, pero luego...

–En el nombre de vuestro Dios del Mundo –le rogó HIPPINSE–, ¿qué dijo Oramen?

–Fue su última palabra comprensible, creo, señores –les dijo Puibive, mareado–, aunque no son reales, ¿verdad? Solo monstruos de hace mucho tiempo.

Oh, mierda, no, pensó Anaplian.

–¿De qué se trata, muchacho? –preguntó Holse al tiempo que apartaba la otra mano de HIPPINSE.

–Esa palabra, señor. Esa fue la palabra que no dejaba de decir, al final, cuando pudo hablar otra vez por unos momentos, cuando lo trajeron de la cámara donde estaba el sarcófago. Una vez que supo que el conde Droffo estaba muerto. «Iln», no hacía más que decir. Al principio no le entendí pero lo dijo mucho, aunque cada vez que lo decía era en voz más baja y débil. «Iln», decía: «iln, iln, iln».

HIPPINSE se quedó mirando a la nada.

–Los iln –le susurró el traje a Holse–. Antiguos aeroespaciales de nivel medio de gigantes gaseosos, originarios de la Ligadura Zunzil; adoptaron un nivel de tecnología equivalente contemporánea y sofisticada, involucrados entre punto ochenta y tres y punto setenta y ocho miles de millones de años atrás, inexistentes durante varios decieones, se creían extintos, no sublimados, no se les atribuye descendencia. Recordados sobre todo por la destrucción de unos dos mil trescientos mundos concha.

Para Djan Seriy Anaplian fue como si el mundo cayese bajo sus pies y las estrellas y el vacío se precipitaran a su alrededor.

Anaplian se levantó.

–Dejadlo –dijo mientras volvía a ponerse la máscara y salía a zancadas del compartimento. Hippinse se levantó y la siguió.

~ Es la palabra que alguien le oyó decir a un moribundo transmitida por otro, le envió el avatoide a la agente de CE. Podría ser falso.

Anaplian sacudió la cabeza.

~ Algo pasó eras geológicas en una ciudad enterrada, acabó con varios cientos de miles de personas al irse solo porque le apeteció y después desapareció, respondió la agente. Vamos a suponer lo peor del muy cabrón.

~ Fuera lo que fuera, puede que no fuese la fuente de...

–¿No puedo quedarme...? –empezó a decir Holse.

–Sí, puede, pero voy a necesitar su traje –le dijo Anaplian desde el pasillo–. Puede funcionar como un dron extra. –Su voz cambió cuando el traje de Holse decidió que la voz de la mujer se estaba debilitando y cambió al sistema de comunicaciones–. Lo mismo se aplica a mi hermano –le dijo Djan Seriy.

–¿No podemos llorarlo aunque solo sea un momento? –los interrumpió la voz de Ferbin.

–No –dijo Anaplian.

Fuera, en el aire frío y desierto, Turminder Xuss bajó en picado para reunirse con Anaplian y Hippinse cuando salieron del vagón.

–Oct –les dijo–. Todavía quedan algunos en la última nave, a un kilómetro de distancia corriente arriba, bajo el hielo. Todos muriéndose. Los sistemas de la nave, reventados por pulsaciones electromagnéticas. Las grabaciones se corrompieron pero tenían imágenes en vivo y vieron un ovoide negro que surgía de un cubo gris alojado en el centro de una cámara destacada bajo el edificio central de la ciudad. Se le unieron tres ovoides más pequeños que salieron de unos objetos que sarlos y oct cooperaron para llevar junto al principal. Lo último que vieron parece una representación de contención concéntrica: vibraciones fuertes y túneles abiertos con fotones justo antes de la confirmación de la caída de contención y la liberación de la

bola de fuego.

–Gracias –le dijo Anaplian a la máquina. Después miró a Hippinse–. ¿Convencido?

Hippinse asintió con los ojos muy abiertos y la cara pálida.

–Convencido.

–Ferbin, Holse –dijo Anaplian para llamar a los dos hombres que seguían dentro del vagón–. Tenemos que irnos. Hay un iln suelto, o quizá un arma dejada por el iln. Estará en el núcleo de Sursamen o de camino hacia allí. Lo primero que hará será matar al Dios del Mundo. Después intentará destruir el mundo en sí. ¿Entendéis? Vuestros trajes deben venir con nosotros, con vosotros dentro o no. No sería una deshonra...

–Ya vamos –dijo Ferbin. Su voz sonaba hueca.

–Ya voy, señora –confirmó Holse–. Ya está muchacho, ahora descansa tranquilo, eso es –lo oyeron murmurar.

Los cuatro trajes y la forma diminuta de la máquina que los acompañaba despegaron de los restos humeantes del asentamiento Hyeng-zhar y salieron dibujando una curva rumbo a la torre abierta más cercana, a siete mil kilómetros de distancia. Turminder Xuss aceleró por delante de todos y subió antes de desvanecerse de su vista casi de inmediato. Ferbin supuso que estaban volando con la misma formación de diamante de antes, aunque los trajes iban camuflados otra vez, así que era imposible saberlo. Al menos esa vez les permitían comunicarse sin tener que tocarse.

–Pero esa cosa tiene que ser antiquísima, señora, ¿no es cierto? –protestó Holse–. Lleva una eternidad ahí abajo y todo el mundo sabe que los iln se desvanecieron hace millones de años. Sea lo que sea esa cosa, no puede ser tan peligrosa, no con poderes más modernos como los óptimos, la Cultura y demás. ¿Verdad?

–No funciona así –dijo Anaplian–. Ojalá lo hiciera.

La agente se quedó callada, se elevaron todavía más en el aire y se extendieron. Hippinse se aclaró la garganta.

–El progreso al que están acostumbrados en el Octavo no tiene la misma magnitud en este nivel de civilizaciones. Las sociedades progresan hasta que se subliman, una jubilación casi divina, si se quiere, y entonces otras empiezan de nuevo y van buscando su camino por el acantilado de la tecnología. Pero es un acantilado, no una escala tecnológica. Hay una variedad de rutas que llevan arriba y dos civilizaciones que han alcanzado la cima bien podrían haber descubierto habilidades muy diferentes por el camino. Se sabe que hace eones existían formas de mantener viable la tecnología a lo largo de periodos infinitos de tiempo y solo porque algo sea antiguo no significa que sea inferior. Con una tecnología factible de la época de esta

cosa, las estadísticas demuestran que hay una posibilidad de unos sesenta-cuarenta de que su capacidad sea inferior a lo que tenemos ahora, pero es una minoría enorme.

–Siento haberos involucrado en esto –les dijo Anaplian a los dos sarlos–. Vamos a tener que descender al nivel de la Máquina y es posible que al núcleo de Sursamen para enfrentarnos a algo de lo que sabemos muy poco. Podría tener capacidades ofensivas muy sofisticadas. Me temo que nuestras probabilidades de supervivencia no sean muy altas.

–No me importa –dijo Ferbin y parecía que hablaba en serio–. Prefiero morir haciendo lo que pueda para matar a esa cosa que mató a nuestro hermano y amenaza al Dios del Mundo.

Comenzaban a abandonar la atmósfera y el cielo se volvía negro.

–¿Qué hay de la nave, señora? –preguntó Holve.

–¿Hippinse? –preguntó Anaplian.

–Estoy emitiendo una llamada de socorro –respondió el avatoide–. A los sistemas oct, nariscenos, morth, lo que sea que nos comunique. No recibo ninguna respuesta del caos del dataverso local. Se sigue extendiendo la alteración de los sistemas y lo bloquea todo. Hay que llevar la rúbrica a otro nivel para encontrar un sistema que funcione y aun así, estará sometido al capricho de otro.

–Yo enviaré la señal –dijo Anaplian.

–Supongo que no tenemos elección –dijo Hippinse–. Con eso deberíamos contar con cierta atención.

–Armando –dijo Anaplian–. Código para encuentro en espacio de Máquina, sin restricciones.

–Modo de pánico absoluto –dijo Hippinse como si hablara consigo mismo.

–¿Cómo podéis enviar la señal a la nave, señora? –preguntó Holve–. Pensé que las señales no podían salir de los mundos concha.

–Oh, algunas señales sí –dijo Djan Seriy–. Mira el barranco de las Cataratas. Donde aterrizamos antes.

Habían subido tan rápido y se habían desviado tanto que no fue fácil. Holve todavía no había ubicado el barranco que había bajo las Hyeng-zhar y no se le había ocurrido pedirle al traje que lo hiciera por él cuando le llamó la atención un destello repentino. Le siguieron cuatro más en grupos de dos. El despliegue entero duró menos de dos segundos. Unas nubes grises semiesféricas se abrieron alrededor de los puntos de luz ya muertos, después desaparecieron a toda prisa y dejaron a su paso torres de color negro grisáceo que se elevaban a toda velocidad.

–¿Qué fue eso? –preguntó Holve.

–Cinco pequeñas explosiones de antimateria –le dijo Anaplian. Las pilas de escombros ya estaban cayendo sobre el horizonte cuando ellos salieron disparados por encima de los márgenes exteriores de la atmósfera–. El *Problema candente* y sus

controles remotos están vigilando la superficie a un nivel primario, por si hay vibraciones inusuales. Esas cinco explosiones juntas no golpearán Sursamen tanto como la caída de una sola estrella pero harán que el planeta resuene como una campana durante unos minutos, hasta la propia superficie, que es todo lo que necesitamos. Ondas de compresión de la superficie. Así es como se saca una señal de un mundo concha.

–Así que la nave... –empezó a decir Holse.

–Va camino del núcleo –dijo Anaplian– y no va a aceptar un no por respuesta.

–Ya es algo –dijo Hippinse–. Oh. Parece...

Una luz brillante, cegadora, se extendió a la izquierda de Ferbin, delante de ellos pero desviada. Miró casi sin querer, las imágenes bailaron en sus ojos y el visor del traje bloqueó toda la visión y después ofreció una representación obviamente falsa que mostraba el horizonte, las torres cercanas y no mucho más. La imagen que le quedó fue la de una figura humana iluminada como si estuviera hecha de sol.

–¿Anaplian? –gritó Hippinse.

–Sí –le respondió la voz tranquila–. Láser. Un impacto físico y fuerte. Visión óptica, no hay pulsación de alcance. Mi traje tiene una ligera ablación y yo unas cuantas magulladuras. Quiero todos los espejos alzados. Los trajes ya nos han separado. Habrá más...

Algo golpeó la espalda de Ferbin. Fue como el golpe de una espada sobre una gruesa cota de malla. Intentó escapársele el aliento con un silbido, pero el traje se quedó de repente muy rígido y daba la sensación de que el aliento no tenía dónde ir.

–Ataque de AERC, dorsal, arriba –le informó el traje–. No representa amenaza inmediata con potencia y frecuencias actuales.

–Con ese, según mis cálculos, hemos recibido un impacto cada uno, salvo yo, que he recibido dos –dijo Anaplian–. Hubo más que no nos alcanzaron. Estoy leyendo una fuente en el techo, tecnología nariscena, es de suponer... *¡tch!* Tres contra mí. Fuente probablemente comprometida.

–Ídem –dijo Hippinse–. Creo que podemos absorberlo. Fuera de alcance en veinte.

–Sí, pero puede haber otros más adelante. Voy a enviar a Xuss a ocuparse de ellos. Aunque solo sea para que practique.

–Será un placer –dijo Turminder Xuss–. ¿También puedo usar mi antimateria?

–Lo que sea –dijo Anaplian.

–Dejádmelo a mí –ronroneó Xuss–. ¿Vuelvo a adelantarme para anticipar algo parecido?

–Tú mismo –dijo Anaplian–. La cinética me preocuparía más; prioriza y advierte.

–Por supuesto.

–Pese a todo, dispara primero.

–Me mimas demasiado.

–¡Eh! –gritó Hulse un momento después–. Por mi fe, ni siquiera mi viejo me pegaba tan fuerte.

–Debería ser el último de esta ronda –dijo Xuss–. Allí; justo por el colimador. ¡Oh! Qué bonito.

–Disparar, no admirar –le dijo Anaplian.

–Ah, no me digas –dijo Xuss, entre divertido y molesto–. Voy para allá.

Sobrevolaron el paisaje a mucha altura unos minutos más sin atraer nuevamente atención hostil. El mundo parecía girar como un gran tambor bajo ellos, brillaba y se oscurecía, las estrellas rodantes y fijas iban y venían y los complejos de palas y la estructura del techo proyectaban sombras sobre ellos.

Ferbin lloró un poco más al pensar en el hermano muerto, desfigurado, atacado en aquel vagón frío y abandonado. Sin nadie que lo llorara cuando ellos se habían visto obligados a partir, sin atenciones salvo por las de un sirviente moribundo que apenas era más que un niño él mismo. No había sido una muerte ni un duelo digno de un príncipe de ninguna época.

Una furia fría y terrible comenzaba a crecerle en las tripas. ¿Cómo cojones se atrevía nadie a hacerle eso a un hombre tan joven, a su hermano, a tantos otros? Ferbin los había visto, había visto cómo habían muerto. Animado por Hulse, había hecho que su traje le contara los efectos de las dosis altas de radiación. La certeza absoluta de morir en un plazo de entre cuatro y ocho días, y eran días de una agonía atroz. Parecía que su hermano había sufrido varias heridas antes del estallido letal, aunque eso importaba poco. Quizá todavía hubiera podido sobrevivir, pero incluso esa posibilidad, por grande o pequeña que fuera, se la había arrebatado esa cosa asesina, asquerosa y despiadada.

Ferbin contuvo las lágrimas y el traje mismo pareció absorber lo que no pudo tragar. Sin duda para ser reciclado, reutilizado y purificado, se lo devolvería como agua por la diminuta espita que podía llevarse a la boca siempre que quería. Allí dentro Ferbin era un mundo en miniatura, una granja diminuta y perfecta en la que nada se desperdiciaba y a todo lo que caía o moría se le daba una nueva utilidad, para cultivar nuevos productos o alimentar a los animales, por ejemplo.

Comprendió que él tenía que hacer lo mismo. No podía permitirse no utilizar la muerte cruel e innoble de Oramen. Era muy posible que tuvieran que entregar sus vidas en aquella empresa condenada en la que se habían embarcado, pero él iba a honrar a su hermano menor del único modo que podía significar algo a partir de ese momento, iba a convertir la muerte de Oramen en un refuerzo determinante de su motivación. Lo que había dicho cuando había hablado con Djan Seriy poco antes lo había dicho en serio. No quería morir, pero estaba dispuesto a hacerlo si con ello ayudaba a destruir la cosa que había matado a su hermano y pretendía hacer lo mismo

con el Dios del Mundo.

¿El Dios del Mundo! ¿Llegaría a verlo incluso? ¿Mirarlo? Dios bendito, ¿quizá conversar con él? ¿Aunque solo fuera que el Dios se dirigiera a él? Jamás se había planteado llegar a estar en su presencia. No se lo planteaba nadie. Sabías que estaba allí, eras consciente de que era en cierto sentido otro ser, otro habitante de aquella inmensa y munífica galaxia, pero eso no reducía su divinidad manifiesta, su misterio, el que fuera digno de reverencia.

Algo parpadeó en la oscuridad, en las alturas. Tres diminutos rastros de luz que parecieron converger en un punto implícito. Un rastro se apagó con un parpadeo, otro dibujó una curva y el tercero llameó de repente y se convirtió en un punto de luz que el visor del traje bloqueó por un instante.

–Ya está –dijo Xuss–. Batería cinética. Definitivamente comprometida; acosada por un equipo de ingeniería de combate narisceno que intentaba volver a recuperar el control de la unidad.

–¿Qué les pasó?

–Reventados en mil pedazos –dijo el dron sin inmutarse–. No había alternativa, el cacharro ya estaba acelerando y girando hacia vosotros.

–Genial –murmuró Anaplian–. Así que ahora estamos en guerra con los putos nariscenos.

–Disculpadme, señora, señor –dijo Holse–. ¿Todos los niveles tienen unas armas tan temibles vigilándolos?

–Básicamente, sí –dijo Hippinse.

–Por cierto, me he quedado sin cinco micromisiles y medio de ocho que tenía –dijo el dron–. Un exceso de destrucción, cuestión de aprendizaje, pero creo que puedo ocuparme de algo parecido con solo dos, probabilidad alta de que solo haga falta uno, solo para que conste.

–¿Cinco y medio? –dijo Anaplian.

–Le di la vuelta a uno cuando vi que el tercero estaba entrando y lo guardé. Le queda media carga en el motor.

–Muy ahorrativo por tu parte –dijo Anaplian–. Hippinse, ¿hay algo?

–Sí, estoy dentro de un canal narisceno de noticias militares –dijo el avatoide–. Mierda, los oct y los aultridia están en guerra de verdad. Se captaron naves oct sobre las torres abiertas y los nariscenos las cerraron. Los oct culpan a los aultridia de la explosión en las Hyeng-zhar. Los aultridia sospechan que es una conspiración para aumentar el control oct. Después de la explosión en las Cataratas, algunas naves oct intentaron abrirse camino a la fuerza por las torres abiertas pero las destrozaron. Entre los nariscenos, los oct y los aultridia han cerrado todas las torres.

–¿Debemos seguir adelante, entonces? ¿Vamos bien por donde vamos?

–Eso parece. Doscientos cincuenta segundos para llegar.

Cuatro minutos después volvieron a precipitarse por la atmósfera. En esa ocasión los trajes permanecieron lisos y plateados y apenas frenaron cuando chocaron con los gases. Dejaron un rastro de aire reluciente e ionizado tras ellos, lo bastante brillante como para arrojar sombras desde varios kilómetros de altura. Frenaron tan rápido que dolió y llegaron a la base cubierta de hierba y acanalada de la una torre con más magulladuras todavía. Cuando aterrizaron, el recubrimiento del suelo chisporroteó y ardió bajo sus pies y a su alrededor el vapor de agua se alzó entre chispas. Los trajes continuaron espejados.

Una sección de la pendiente verde que tenían cerca se estaba levantando ya del suelo e iba derramando terrones de hierba y tierra a medida que iba saliendo un cilindro de diez metros de ancho. Cuando frenó apareció un círculo en la superficie curvada y después cayó hacia delante para formar una rampa al dejar de subir. Anaplian se adelantó para guiar a los otros. Cuando la puerta de la rampa empezó a cerrarse otra vez, Turminder Xuss bajó del cielo del golpe. Unos segundos después el cilindro empezó a descender.

–¡Identifíquense! –resonó una voz dentro del interior todavía húmedo del cilindro.

–Soy la agente de Circunstancias Especiales de la Cultura Djan Seriy Anaplian, originaria del palacio real, Pourl, en Sarl. Me acompaña mi hermano, el rey legítimo de Sarl, Ferbin, y un avatoide de la nave de la Cultura *Problema candente*. Sería prudente que supieran que hay una máquina iln destructora de mundos concha suelta. Repito: una máquina iln destructora de mundos concha está aquí, dentro de Sursamen. Se dirige al núcleo, o bien ya está allí, con la probable intención de destruir el mundo. Emitan esto y divúlguenlo lo más posible, informen a los nariscenos y a los morthanveld, es una cuestión de prioridad extrema y absoluta.

–Absténganse de controlar el cilindro.

–No. Hagan lo que les digo. Hay una máquina iln destructora de mundos concha presente en Sursamen. Ya ha matado a todo el mundo en las Hyeng-zhar y se dirige ahora al núcleo, o bien ya está allí. Pretende destruir el mundo. Díganse a todo el mundo. ¡A todo el mundo!

–¡Insisto! ¡Absténganse de controlar el cilindro de inmediato! ¡No! ¡Paren! ¡Absténganse de controlar el medioambiente del pasillo! ¡Restituyan fluidos de inmediato! ¡Advertencia! ¡Se les considerará apoderados de los aultridia! ¡Les aguarda la captura!

El cilindro empezaba a frenar y se detuvo en unos segundos.

–No –dijo Anaplian, que se adelantó como una especie de extraño sueño plateado y se colocó delante de la puerta circular–. No puedo perder el tiempo con ustedes. Si se ponen en mi camino, los mataré. Emitan todo lo que he dicho en el espacio más amplio posible y con la máxima urgencia. Insisto yo. –Anaplian despegó una pistola de la cadera izquierda de su traje. El arma era igualmente plateada. Turminder Xuss

se elevó para flotar justo encima de la puerta, también brillaba como el mercurio.

–¡Absténganse de controlar la puerta! –gimió la voz cuando empezó a abrirse la puerta, que iba bajando como un puente levadizo–. ¡Les aguarda la captura!

Anaplian se elevó a toda prisa para quedarse flotando al mismo nivel que la parte superior de la puerta y apuntó la pistola. La forma diminuta y espejada de Turminder Xuss brilló y desapareció. Unos cuantos destellos se reflejaron en el techo abovedado del pasaje exterior y después la puerta empezó a bajar con un sonido seco.

Anaplian ya estaba descendiendo y adelantándose. Volvió a meterse el arma en la cadera y posó los pies en el suelo justo tras la puerta. Pasó por encima de los cuerpos espasmódicos de una docena de oct bien armados, todos ellos partidos por la mitad o en fracciones más pequeñas. Las armas de las criaturas también habían quedado partidas. Un par de piezas de las armas yacían en el suelo todavía chisporroteando y lanzando chispas, levantando una humareda en los charcos. Los alabeos monofilamentosos de Xuss regresaron a su cuerpo con un chasquido, la maquina se dio la vuelta y salió disparada por el túnel. Más adelante, una gran puerta circular volvía a meterse en el muro. Brotaron unos fluidos de un metro de profundidad que no tardaron en rodear las piernas de Anaplian. Saltaron las alarmas y alguien empezó a gritar algo en oct.

–No os quedéis atrás –dijo Anaplian por encima del hombro reluciente. Hippinse, Ferbin y Holse salieron de inmediato del cilindro, la riada de fluidos se precipitó hacia ellos e intentaron evitar pisar partes de los cuerpos oct. Después siguieron a Anaplian por el túnel.

Un minuto después y unos cuantos oct muertos más después, se encontraron observando otra puerta circular que se abría, más fluidos que les llegaban por las rodillas pasaron a toda velocidad junto a ellos. Entraron en la cámara resultante. La puerta se cerró tras ellos y oyeron el aire que salía con un silbido.

–A partir de ahora volvemos a estar en el vacío –les dijo Anaplian al tiempo que desenganchaba su AERC de la parte de atrás de su traje y lo comprobaba a toda prisa. Hippinse la imitó. Ferbin y Holse se miraron e hicieron lo mismo. Djan Seriy volvió a colocar el arma láser donde estaba y esta se amoldó a la sección dorsal de su traje, la agente estiró una mano por encima del hombro, tiró de otra de las largas acanaladuras de la espalda y sacó otra arma negra y reluciente. Dejó que el arma se desplegara y la comprobó también. Ferbin se encontró con los ojos de su hermana y esta asintió.

–Iré yo por delante con este quemador de partículas, tú utiliza el rifle cinético, Ferbin. Holse, usted y Hippinse sigan adelante con los AERC. No queremos usar todos lo mismo. –Su máscara perdió la superficie espejada el tiempo suficiente para que pudiera dedicarles una breve sonrisa y un guiño–. Vosotros disparad a lo que disparemos nosotros. –Después el traje volvió a espejarse del todo.

Somos todos espejos, pensó Ferbin. Espejos que nos reflejamos unos a otros.

Estamos aquí y estas extrañas armaduras reflejan la luz, pero de algún modo, a pesar de todo, somos casi invisibles; la mirada se redirige y aparta de cada superficie, se desliza y aleja hasta que vemos algo de lo que nos rodea, como si solo eso fuese real.

Turminder Xuss descendió y se quedó flotando delante de Anaplian, al nivel de su esternón. Un par de formas finas, como dagas puntiagudas, salieron de las pantorrillas de Anaplian y subieron flotando también por delante de ella.

–Tenemos que volver a dejarnos caer un buen rato.

–¿Esto es una torre abierta, señora? –preguntó Holse.

–No –dijo Anaplian–. Estamos a una torre de distancia de una torre abierta, la que usará la nave. Si esa cosa dejó algo para tender una emboscada al que vaya tras él, las abiertas son donde estará esperando. La nave no tiene más alternativa que usar una abierta; nosotros sí la tenemos, pero podemos mantenernos lo bastante cerca de donde va a aparecer la nave para apoyarla. Incluso entonces no vamos a salir por el pozo principal de la torre. –Miró a los dos sarlos–. Somos la infantería, por si no lo habían adivinado, caballeros. Prescindibles. Sacrificables. La nave es el caballero, la artillería pesada, como quieran expresarlo. –Miró a Hippinse cuando la puerta que tenían delante se estremeció–. ¿Hay algo?

–Todavía no –dijo Hippinse. Dos cosas pequeñas y espejadas como dagas diminutas subieron flotando para colocarse a la altura de los hombros del avatoide. Otro par de formas que resplandecían como el mercurio se deslizaron también de los trajes de Ferbin y Holse, subieron flotando y se arremolinaron alrededor de Turminder Xuss.

–Si no les importa, caballeros –dijo el dron con tono despreocupado.

–Por supuesto que no –le dijo Ferbin.

–Ni siquiera sabía que estaban ahí –dijo Holse.

La puerta rodó sin ruido y reveló una oscuridad absoluta. El dron se volvió negro como el hollín, salió disparado y desapareció junto con los otros cuatro misiles más pequeños.

Los humanos atravesaron flotando un tubo que Hippinse dijo que solo tenía treinta metros de anchura. El pozo de una ascensonave. Más allá, una escotilla circular acababa de abrirse como un iris. La atravesaron flotando hasta el interior de la torre principal.

Cuando empezaron a caer, se fueron alejando unos de otros hasta que estuvieron a casi medio kilómetro de distancia.

La verdad es que nunca pensé que estaría haciendo esto, pensó Holse. Con franqueza, estaba aterrorizado, pero también eufórico. Estar cayendo hacia el Dios del Mundo con unos alienígenas locos para encontrarse con una nave espacial excéntrica que hablaba y que podía saltar entre las estrellas como un hombre saltaba

entre las piedras de un río para ir en busca de un iln todavía más perturbado que quería reventar en mil pedazos o derribar el mundo entero, ese era el tipo de cosas con las que ni siquiera soñaba cuando estaba en la granja, limpiando el estiércol de los establos y siguiendo a su padre por el corral ribeteado de escarcha de los castrados, con el caldero de los huevos todavía humeante y las orejas todavía escocidas de la última colleja.

Tenía la inquietante sensación de que Ferbin y él los acompañaban como poco más que señuelos, pero en cierto sentido no le importaba. Estaba empezando a cambiar de opinión sobre ese antiguo código del guerrero que invocaban caballeros y príncipes, por lo general cuando estaban borrachos y con ganas de desahogarse, o cuando intentaban justificar su pobre comportamiento en algún otro campo.

Comportarse con honor y desear una buena muerte. Siempre le había parecido una estupidez interesada, la verdad. La mayor parte de las personas que según le habían dicho eran sus superiores se comportaban de forma bastante venal y deshonrosa, y cuanto más conseguían, más querían los muy codiciosos malnacidos; mientras que los que no eran así y se comportaban mejor, al menos en parte era porque podían permitírselo.

¿Era más honroso morir de hambre que robar? Mucha gente diría que sí, aunque pocos de aquellos que experimentaban de verdad los efectos de una tripa vacía u oían a un niño gimotear de hambre. ¿Era más honroso morir de hambre que robar cuando otros tenían los medios para alimentarte pero decidían no hacerlo a menos que les pagases con un dinero que no tenías? A Holse no se lo parecía. Al elegir morirte de hambre te convertías en tu propio opresor, te mantenías a ti mismo a raya, te hacías daño a ti mismo por tener la temeridad de ser pobre cuando por derecho ese debería ser trabajo de la policía. Muestra algo de iniciativa o imaginación y te llaman vago, sospechoso, astuto, incorregible. Holse siempre había despreciado toda esa cháchara sobre el honor, no era más que un modo de hacer que los ricos y poderosos se sintieran mejor consigo mismos y que los pobres e impotentes se sintieran peor.

Pero cuando no vivías precariamente y contabas con ciertas facilidades, lo cierto era que tenías el tiempo libre necesario para reflexionar sobre qué era la vida en realidad y quién eras de verdad. Y dado que tenías que morir, tenía sentido buscar una buena muerte.

Incluso la gente de la Cultura, por incomprensible que fuera, elegía, en su mayor parte, morir, aunque no tenían que hacerlo.

Libre del miedo y de tener que preguntarte de dónde iba a salir tu próxima comida o cuántas bocas tendrías que alimentar al año siguiente o si te iba a despedir tu jefe o si te iban a meter en la cárcel por una indiscreción menor, libre de todo eso tenías la capacidad de elegir y podías optar por una vida normal, tranquila, serena y pacífica y

morir con el camisón puesto y parientes impacientes haciendo un montón de ruido a tu alrededor... O podías terminar haciendo algo como aquello y (por mucho miedo que pudiera sentir el cuerpo), el cerebro agradecía la experiencia, la verdad.

Holse pensó en su mujer y sus hijos y sintió una punzada de culpabilidad, en los últimos días habían estado ausentes de sus pensamientos durante mucho tiempo. Había tenido mucho en lo que pensar y muchas cosas nuevas y totalmente extrañas que aprender, pero lo cierto era que le parecían seres de otro mundo y si bien les deseaba solo lo mejor y podía imaginarse (si, por algún milagro, sobrevivían a todo aquello) regresando con ellos y reanudando sus antiguas obligaciones, por alguna razón le parecía que eso no iba a pasar jamás y que ya hacía mucho tiempo que los había visto por última vez.

Una buena muerte. Bueno, pensó, dado que había que morir, ¿para qué querer una mala?

Flotaron sobre una puerta gigantesca compuesta de grandes secciones curvas y oscuras, como hojas de cimitarras que componían un dibujo como los pétalos de una flor. La bajada les había llevado casi media hora y en ese tiempo habían pasado por otros cinco niveles donde, según el traje, vivían cosas llamadas zarcillos variolosos, vesiculares, nadadores de gigantes gaseosos, tubulares e hidrales. El último nivel situado encima del espacio de la Máquina carecía de vida y estaba lleno de agua oceánica bajo kilómetros de hielo. Se encontraban justo encima del nivel del espacio de la Máquina donde, según tanto la leyenda como la historia convencional, todavía reposaban los engranajes del mundo tal y como se habían concebido en un principio, sin vida pero llenos de poder.

–Esto es la estructura secundaria, ¿no? –preguntó Anaplian mientras miraba la inmensa escotilla.

–Sí –dijo Hippinse–. Se puede abrir.

Hippinse flotó sobre el centro de aquella puerta de tres kilómetros de diámetro, su perfil en los visores de los otros era borroso, apenas insinuado incluso con los sensores asombrosamente sensibles de los trajes. El avatoide desprendió algo de su traje y lo dejó colocado justo en el centro de la puerta, donde se encontraban las grandes hojas.

Siguieron a Anaplian, que había subido un kilómetro hasta un enorme agujero ovalado situado en el costado del inmenso pozo, entraron en el túnel de cien metros de diámetro al que llevaba y bajaron flotando. Detrás, por encima de ellos, algo destelló. Los trajes registraron vibraciones de ondas largas diminutas pero pesadas en el material del tubo que los rodeaba.

Anaplian les hizo señas para que se reunieran.

–La puerta principal debería haber abierto también la que hay al fondo –dijo

cuando se tocaron— así que podemos salir directamente. Xuss y los cuatro misiles van delante.

—Mirad —dijo Ferbin al volver los ojos hacia abajo—. Luz.

Un círculo gris azulado parpadeó y se fue ensanchando a toda prisa mientras ellos se dejaban caer. Abajo, apenas vislumbradas en las profundidades, acechaban unas formas inmensas, todo curvas y descensos súbitos, afiladas y bulbosas, picadas de hoyos, ribeteadas y serradas. Era como caer en una inmensa colección de hojas del tamaño de tormentas, todas iluminadas por los relámpagos.

—Despejado —anunció Turminder Xuss—. Pero sugiero que sigamos separados; enviar señales es menos arriesgado que ser una diana común.

—Recibido —dijo Anaplian con tono lacónico.

Descendieron bajo el techo del nivel de la Máquina y flotaron, separados por cientos de metros, sobre un abismo de unos cincuenta kilómetros hasta los inmensos sistemas de hojas que reposaban muy quietos en la penumbra inferior. A unas cuantas decenas de kilómetros, una especie de aspa colosal, como una enorme rueda de engranaje toroidal, llenaba todo el campo visual, los bordes superiores llegaban al techo. Parecía estar posada encima de otras esferas titánicas y engranarse con ellas y otros discos, todos unidos a figuras aún más gigantescas y, a lo lejos, a cientos de kilómetros de distancia (los límites inferiores oscurecidos por el horizonte relativamente cercano de complejos de hojas en forma de espiral, como inmensas flores abiertas) unas ruedas y globos enormes del tamaño de lunas pequeñas se abultaban en la oscuridad, y cada una parecía tocar la superficie inferior de la concha de arriba.

Los engranajes del infierno, pensó Djan Seriy cuando lo vio, pero prefirió no compartir la imagen con los demás.

La luz gris azulada que parpadeaba (esporádica, aguda, intensa) llegaba de dos direcciones opuestas, ocultas en parte por la maquinaria que había en medio.

—Eso es una batalla —dijo Hippinse.

—Estoy de acuerdo —dijo Anaplian—. ¿Alguna señal de la nave?

Hubo una pausa.

—Sí, la tengo, pero... Confusa. Dispersa. Debe de estar al otro lado, porque solo recibo reflejos —dijo Hippinse que parecía primero aliviado y después preocupado.

—¿Qué dirección tomamos? —preguntó Anaplian.

—Seguidme —dijo Hippinse al tiempo que salía disparado.

—Xuss, por delante, por favor —dijo Anaplian.

—Ya estoy —dijo el dron.

Los trajes los inclinaron de modo que cruzaron como rayos el remoto paisaje fantasmal, con los pies por delante, aunque la perspectiva se podía cambiar sin problemas para que pareciera que estaban volando de cabeza. Hulse le preguntó al

traje.

–No nos aerodinamizamos –respondió el traje–. Estamos en el vacío, así que no es necesario. Con esta orientación el objetivo presenta un perfil menor en la dirección del desplazamiento y da prioridad a la cabeza humana, lo que limita los daños.

–Ah, ya. Sí. Y también, ¿qué sostiene el mundo? –preguntó Holve–. No hay torres.

–Las grandes máquinas de este espacio conservan la integridad estructural del techo.

–Ya veo –dijo Holve–. Estupendo.

–No os acerquéis a la base de la torre abierta –les dijo Anaplian al tiempo que los alejaba de un gran disco de oscuridad que tenían encima. Unos pétalos sólidos de casi un kilómetro de largo colgaban de los bordes de la brecha y parecían tan simétricos que al principio no se dieron cuenta de que eran el resultado de algo que se había abierto paso desde arriba–. ¿La nave? –preguntó Anaplian.

–Eso parece –dijo Hippinse. Parecía confuso y preocupado otra vez–. Se suponía que tenía que dejar un dron o algo por aquí.

Siguieron volando otro minuto hasta que oyeron a Turminder Xuss.

–Hay problemas ahí delante.

–¿Qué pasa? –preguntó Anaplian.

–Un combate; AERC de alta frecuencia, rayos de partículas y lo que parece antimateria por el retroceso. Por las señales, nos superan en armamento. Acercaos aquí –les dijo el dron, y sus visores indicaron una línea que cruzaba la larga cima de una de las aspas de varios kilómetros de alto que había en el borde superior de una de las esferas gigantes. La luz destellaba justo detrás, lo bastante brillante como para activar la función de ahorro de luz de los visores. Se quedaron flotando y se detuvieron a unos metros bajo el borde del aspa, a un kilómetro unos de otros.

»¿Veis eso? –preguntó el dron, y les envió a sus visores una perspectiva del gran abismo oscuro de espacio que había detrás, entre unas cuantas más de aquellas esferas que llenaban el nivel y los torés cóncavos ladeados, iluminados por estallidos bruscos de luz.

La visión se convirtió en una forma triangulada y poco profunda, ofrecida desde tres puntos de vista diferentes, después cuatro y luego cinco a medida que los cuatro drones más pequeños iban añadiendo sus perspectivas a la de Xuss. Aparecieron tres fuentes diferentes de luz puntual y se oyeron unas detonaciones duras y bruscas a una distancia de entre sesenta y cinco y noventa kilómetros. Mucho más cerca, a solo diez kilómetros de ellos y cuatro por debajo, un único objeto intercambiaba disparos con las tres fuentes más lejanas. Los enfoques coordinados sugerían que algo de solo unos metros de anchura salía y entraba como un rayo por detrás de la protección que ofrecían las grandes hojas serradas de una inmensa rueda dentada que había debajo,

disparaba y recibía los disparos de sus tres lejanos adversarios.

–Esas tres lecturas son nuestras –dijo Hippinse con urgencia–. Van a tener que retirarse.

–¿Podemos sorprender a lo que tenemos justo debajo? –preguntó Anaplian.

–Eso parece.

–Envía una señal a uno de los remotos, asegúrate de que acertamos –dijo Anaplian–. ¿Xuss?

–Hecho –respondió el dron–. Son del *P.C.*: tres drones de combate que quedan de los cuatro que dejó aquí, bajo la torre forzada. Están dañados y se retiran.

–¿El cuarto?

–Muerto –dijo Hippinse–. Chatarra en la trinchera que hay entre nosotros y el hostil.

–Diles que sigan haciendo exactamente lo que están haciendo. Xuss, ¿esos cinco misiles y medio de antimateria? Prepáralos todos menos dos.

–Armados.

–Diles a dos de los cuchillos extra que se ensanchen y caigan (sin potencia) a mi señal, segunda ola, lista para suicidio.

–Preparados, moviéndose –dijo el dron.

–Todos los demás, dispersaos más todavía durante los próximos ocho segundos y después apareced por encima del borde y vaciadlo todo. Empezad a moveros ya. Ferbin, Holse, recordadlo: trabajad con el traje y que él os mueva si hace falta.

–Por supuesto.

–Eso haremos, señora.

Ocho segundos.

–¡Ahora, ahora, ahora! –exclamó Anaplian. Los trajes los hicieron rebotar sobre la larga cima curvada del gran borde del aspa. La luz llameó sobre ellos. Miraron de repente la sima que se abría a sus pies, los gases de escape de los misiles impulsados por antimateria del dron se convirtieron en puntos negros en sus visores cuando los trajes bloquearon las llamaradas extremas. Los visores rodearon con círculos rojos el objetivo y se dispararon las armas de los cuatro. El rifle cinético de Ferbin saltaba y martilleaba en su mano, lo mandaba por los aires con cada pulsación y los cartuchos dejaban en el ojo diminutos rastros brillantes. El príncipe se retorció cuando el retroceso intentaba girarlo y hacerlo dar una voltereta todo a la vez y el traje hacía lo que podía por compensar y mantener el arma apuntando al objetivo.

Luces por todas partes. Algo lo golpeó en la parte inferior de la pierna derecha. Hubo un estallido de dolor, como si se hubiera torcido la rodilla, pero se desvaneció casi al instante.

El objetivo quedó bañado en estallidos de luz múltiples que activaban el visor y que arrojaban sombras espinosas por todo el techo.

–¡Alto el fuego! –chilló Anaplian–. Suspende la caída de cuchillos.

–Están parados –dijo Xuss–. Te envió el enfoque.

Algo blanco y reluciente caía y se alejaba tropezando entre las hojas curvas, desencadenando chispas amarillas y dejando restos naranjas que caían a su paso con más lentitud. Todos habían dejado de disparar. El objeto abrasador que caía era lo único que iluminaba el espacio.

–¿Es eso? –preguntó Anaplian.

–Casi seguro –dijo Xuss–. ¿Sigo adelante y compruebo?

–Y examina esos restos hostiles. Vamos. ¿Hippinse?

–Me ha alcanzado un fragmento cinético –resolló el avatoide–. Casi me hace papilla, pero no pasa nada. Reparándome. Moviéndome.

–De acuerdo –dijo Djan Seriy cuando salieron todos de la oscura trinchera. Mucho más abajo, los restos fundidos seguían cayendo–. ¿Ferbin? –dijo Anaplian con suavidad–. Siento lo de tu pierna.

–¿Qué? –El príncipe bajó la cabeza. Su pierna derecha había desaparecido de la rodilla hacia abajo.

Se quedó mirando el daño. *El general Yilim*, pensó. Sintió que se le quedaba la boca seca y oyó que algo le zumbaba en los oídos.

–Todo irá bien. –Oyó la voz baja, tranquilizadora, de su hermana en los oídos–. El traje ha sellado la herida y te ha inyectado analgésicos y medicamentos contra la conmoción, y la herida quedó cauterizada por el impacto. Te pondrás bien, hermano, te doy mi palabra. Una vez que salgamos de aquí, te pondremos otra. Lo más fácil del mundo, ¿de acuerdo?

Ferbin se sentía mejor que bien. Casi feliz. Tenía la boca bien, ya no oía ningún zumbido y desde luego no sentía dolor alguno en la herida. De hecho, ahí abajo no sentía nada.

–Sí –le dijo a su hermana.

–¿Estáis seguro, señor? –dijo Holse.

–Sí –dijo el príncipe–. Estoy bien. Me siento muy bien. –Tenía que seguir mirando para asegurarse de que había ocurrido de verdad y luego se palpó, solo para confirmarlo. Pues sí, no había pierna por debajo de la rodilla. ¡Y él se encontraba bien! Extraordinario.

–Ese trasto era tecnología morth, comprometido –les dijo Hippinse cuando recibió la información del microdrón enviado a investigar lo que quedaba de la máquina contra la que habían estado combatiendo–. Uno de doce, si sus registros internos no se equivocan.

–¿Qué diablos están haciendo aquí trastos morth? –preguntó Anaplian–. No recuerdo que nadie lo mencionara.

–Yo tampoco –dijo Hippinse–. Se lo callaron. Seguramente con buena intención. Anaplian hizo un ruido como si escupiera.

Estaban volando, separados por un kilómetro, por la oscuridad ribeteada que se desplegaba en el nivel de la Máquina, serpenteaban entre los grandes componentes esféricos y con forma de anillos, entre las superficies llenas de cumbres e incisiones con dibujos enroscados como engranajes tallados y cincelados. Los tres drones dañados del *Problema candente* se mantenían por delante e intentaban reparar a toda prisa los daños que podían. Turminder Xuss abría la marcha, veinte kilómetros por delante de todos.

–¿Alguno más comprometido? –preguntó Anaplian.

–Los doce. Ahora quedan dos, nosotros nos cargamos uno y la nave desperdició el resto a la entrada.

–Bien –dijo Anaplian.

–Pero la nave sufrió algún daño por su culpa.

–¿Sí?

–En la bajada –dijo Hippinse.

–¿Fue la tecnología nariscena? –preguntó Anaplian, incrédula.

–Tenía mucho camino que recorrer y sin salida posible, ofrecía un blanco predecible perfecto y sin la potencia del cuadrante electrónico –dijo Hippinse–. Intentó negociar, pero los otros ni se lo plantearon. Le lanzaron de todo durante mucho tiempo. Sufrió bastante.

–¿Daños graves?

–Bastante graves. Está herida. Ya se habría ido cojeando si no fuera una misión desesperada.

–Oh, mierda –dijo Anaplian sin aliento.

–Y la cosa empeora –dijo Hippinse–. Hay una nave guardián.

–¿Una nave guardián?

–Se la encontró el *Problema candente*. Captó una lectura especulativa antes de tener que concentrarse en el combate.

–¿Qué nave? ¿De quién?

–También morth. Nadie a bordo. IA. Por la lectura, muy capaz. Potencia vinculada al núcleo.

–¡Nadie lo mencionó! –insistió Anaplian.

–Debe de ser algo reciente. El caso es que también la han tomado.

–¿Cómo? –dijo Djan Seriy, parecía furiosa.

–Debía de tener los mismos sistemas que las máquinas guardianas –dijo Hippinse–. Compromete una y te haces con todas, si sabes jugar tus cartas.

–¡Joder! –gritó Djan Seriy. Hubo una pausa y luego, otra vez:– ¡Joder!

–Eso de «comprometido», señor... –dijo Holse con tono vacilante.

–Sí, comprometido –le dijo Hippinse–. Significa que el otro lado se hace con el control del mecanismo. Lo persuade una especie de infección de pensamientos.

–¿Ocurre mucho, señor?

–Ocurre –suspiró Hippinse–. Por lo general no a las naves de la Cultura. Escriben sus propios sistemas operativos al crecer, así que es como cualquier humano que es un poco diferente en una población normal, casi una especie individual a pesar de las apariencias; los virus no pueden extenderse. A los morthanveld les gusta ejercer un control más centralizado y predecible sobre sus máquinas inteligentes. Cosa que también tiene sus ventajas, pero sigue siendo un posible punto débil. Esta máquina iln parece haberlo explotado. –Hippinse lanzó un silbido–. Debe de haber aprendido mucho y muy rápido de alguna parte.

–Un capacitador –dijo Anaplian con amargura–. Apuesto lo que quieras. Los oct sometieron a esa cosa a una máquina capacitadora.

–Eso encajaría –asintió Hippinse.

–¿Qué hay de la nave? –preguntó Anaplian.

Ferbin y Holse registraron la información que procedía de uno de los tres drones pero no habrían sabido interpretarla.

–¿Lo estáis viendo? –dijo Anaplian. Su voz parecía apagada y sin vida. Holse sintió de repente un terror ciego. Hasta la euforia de Ferbin se pinchó un poco.

–Sí –dijo Hippinse con tono lúgubre–. Lo vemos.

La luz parpadeó y llameó por delante de ellos, tenía cierto parecido con el despliegue del tiroteo con el que se habían encontrado por casualidad antes, entre los drones de la nave y la máquina morthanveld comprometida, pero mucho más lejos. La luz procedía de algún lugar por encima del horizonte y se reflejaba en la superficie inferior que tenían por encima, una luz estroboscópica que destellaba en las estructuras del techo con una lentitud distante que parecía insinuar un conflicto de un peso y una escala a varios órdenes de magnitud por encima de la anterior escaramuza.

–Son ellos, ¿verdad? –preguntó Anaplian.

–Son ellos –respondió Hippinse en voz muy baja.

Ferbin oyó el suspiro de su hermana.

–Esto –dijo la agente sin alzar la voz– no va a tener ninguna gracia.

Llegaron a tiempo de ver las naves que se destruían entre sí. La última acción fue la del Supercarguero de la Cultura *Problema candente*, que cayó sobre la nave guardián morthanveld no tripulada (un puño regordete que embestía una cabeza hinchada) y los dos quedaron aniquilados en parte en una explosión de radiación de espectros absolutos tan extrema que incluso a ochenta kilómetros de distancia fue suficiente para activar las alarmas de los trajes.

–¡He desaparecido! –dijo Hippinse, parecía un niño perdido.

–Ya solo quedamos nosotros –dijo Anaplian con tono seco–. ¡Hippinse! ¿Está bien?

–Sí –dijo el avatoide. Estaban todos mirando la metralla distante, los trozos enormes de nave que se agitaban, rodaban y salían disparados de la zona de la explosión. Las superficies relucientes daban volteretas iluminadas por las radiaciones debilitadas de la carnicería que salía volando y se estrellaba contra aspas, hojas y maquinaria antes de rebotar otra vez seguidas de chispas y chorros líquidos de restos secundarios y terciarios.

–¿Todavía capta a los drones? –preguntó Anaplian–. Yo los he perdido.

–Sí, sí. Los tengo –dijo Hippinse en voz baja–. Están respondiendo.

–Las dos naves han desaparecido –anunció Turminder Xuss–. Estoy cerca y esquivando megatoneladas de mierda por aquí. Y ya veo al artículo causante del conflicto. Tiene al xinthiano.

La sangre de Ferbin pareció helarse al oír la última palabra. *Xinthiano*. El otro nombre del Dios del Mundo.

–¿Y qué podría significar eso, señor? –preguntó Holse.

–El xinthiano está encerrado en lo que parece una jaula encendida –les dijo Turminder Xuss–. El causante del conflicto es muy pequeño, pero parece muy capaz. Con un perfil de energía como yo no he visto jamás. ¿Quién habría pensado que algo tan antiguo podría ser tan potente? –Se lo mostró.

Más allá de donde las naves habían librado la disputa, más allá de donde sus restos iban cayendo poco a poco (extendiéndose como locos por las grandes flores de aspas en espiral que quedaban abajo, como lluvia iluminada por el sol en un bosque en flor) a medio horizonte de distancia pero acercándose a toda prisa, se presentaba otra imagen. La perspectiva temblaba, demasiado ampliada, y después se fue estabilizando y detallando rápidamente a medida que el dron y los misiles que lo acompañaban se acercaban a gran velocidad.

El Dios del Mundo era un elipsoide de un kilómetro de ancho y dos de largo que se sacudía y retorció dentro de un recinto escindido por la luz de un fuego al rojo vivo situada a unos cientos de metros de su superficie moteada de color marrón oscuro. La máquina iln era un punto en un lado, unida a aquel caos monstruoso por una única hebra de energía de color azul brillante.

Bajo el xinthiano, justo encima de un agujero que había en el centro de una de las inmensas flores de hojas, un globo diminuto y brillante iba creciendo y emitiendo unos destellos intensos y recurrentes de luz.

–Ahí abajo –dijo Anaplian, era como si estuviera tragando saliva.

–Está generando antimateria –dijo Hippinse.

–¿Dónde están...? –empezó a decir Djan Seriy, pero entonces los golpearon a todos unos intensos estallidos de fuego láser que partían de una fuente situada encima

y por detrás de ellos. Los trajes parpadearon, giraron y salieron disparados mientras apagaban las capas. Ferbin se encontró golpeado, muerto de calor, sin aliento y con el arma casi arrancada de los brazos al girar, apuntar y disparar con un solo movimiento absurdamente rápido que ocurrió tan deprisa que le dejó los músculos y los huesos doloridos.

–Dron morth comprometido –dijo alguien.

–Mío –dijo alguien más.

–Estás...

–¡Cabronazo! –oyó sisear Ferbin a alguien. De hecho, parecía él.

Lo único que Ferbin sabía era que no hacía más que dar volteretas y sin embargo el arma apuntaba siempre en la misma dirección y no hacía más que darle patadas, lo arrojaba hacia atrás y se veía rebotando por aquellos cielos oscuros y lívidos.

Hasta que todo se detuvo.

–¿Hippinse?

No hubo respuesta.

–¡Hippinse, responde!

Era la voz de Djan Seriy.

–¿Hippinse?

Ella otra vez.

–¡Hippinse!

Ferbin se había quedado sin sentido durante un momento debido a las maniobras extremas. El traje se disculpó. Le informó que los miembros supervivientes del grupo (la agente Anaplian, el señor Holse y él) se estaban refugiando tras un aspa en el flanco de la esfera mecánica más cercana. El visor tuvo la amabilidad de rodear a su hermana y a Holse, cada uno a una distancia de unos cien metros, diez metros por debajo de la cima con forma de cimitarra del aspa que los protegía. La luz resplandecía por encima, una luz estroboscópica sobre las estructuras del techo.

Ferbin empezó a preguntarse cómo había llegado allí, a aquel refugio. Ni siquiera había articulado el pensamiento cuando el traje le dijo que había tomado el control bajo las instrucciones de la agente Anaplian.

–¿Ferbin? ¿Has vuelto con nosotros? –La voz de su hermana resonó con estrépito en sus oídos.

–Eh... sí –Intentó comprobar cómo estaba, intentó llevar a cabo un inventario mental de sus facultades y partes corporales. Por un momento le pareció que todo iba bien, pero luego recordó la pierna que le faltaba–. Bueno, no estoy peor –dijo. De hecho se sentía bien, todavía extraña, casi absurdamente eufórico, y consciente de todo. De repente se había recuperado completamente de su desmayo y al parecer estaba listo para lo que fuera. Una parte de su mente, todavía un poco mareada, se

preguntó de forma vaga hasta qué punto sutil y profundo podía afectar ese traje a sus emociones y qué control tenía su hermana sobre el proceso.

–¿Holse? –preguntó Djan Seriy.

–Estoy bien, señora. Pero el señor Hippinse...

–Lo perdimos cuando atacó a la segunda de las dos máquinas morth comprometidas. Xuss tampoco responde. Y al parecer los drones de la nave tampoco han sobrevivido al último altercado. Nuestras fuerzas se han reducido un tanto, caballeros.

–¿No había dos de esas máquinas morthanveld? –preguntó Holse.

–Las dos fuera de combate. Yo terminé con la otra –dijo Anaplian. Cada palabra que pronunciaba la agente parecía cortada, arrancada de cuajo. Holse se preguntó si también habría resultado herida, pero no quiso preguntar.

–¿Y ahora qué, señora?

–Buena pregunta, Holse –dijo Anaplian–. Tengo la firme sospecha de que si sacamos la cabeza por encima de ese aspa, también nos la van a volar. Además, debido a los ángulos, en realidad no hay ningún otro sitio al que ir. Por otro lado, tengo un arma de línea de corto alcance que puede joder vivo a lo que sea que meta la cabeza o cualquier otra parte relevante por nuestro lado del aspa. Pero ese es todo nuestro inventario. La máquina iln sabe que tengo este arma y, desde luego, no va a acercarse lo suficiente como para permitirme usarla. Por desgracia –Holse oyó que la mujer respiraba hondo–, con la acción enemiga hemos perdido mi arma de partículas, las armas cinéticas se han agotado o reventado, los AERC no surtirán ningún efecto y los misiles subsidiarios también se han agotado en el curso de la acción o han sido vaporizados. Volatilizados, debería decir. Lo siento, hermano, lo siento, señor Holse. Os pido disculpas por haberos involucrado en todo esto. Al parecer os he llevado a una situación lamentable.

Así era, pensó Ferbin. Era una situación lamentable. A veces la vida misma parecía una situación lamentable.

¿Qué iba a ser de ellos? ¿Y qué le esperaba a él? Quizá muriera allí en cuestión de minutos, pero incluso si no moría, sabía que no quería ser rey. Nunca había querido. Cuando había visto a su padre asesinado, su primer impulso había sido salir corriendo, incluso antes de racionalizar aquella decisión instintiva. En el fondo siempre había sabido que no sería un buen rey, se daba cuenta de que (en el improbable caso de que pudieran escapar de aquel lío desesperado) todo su reinado, su vida entera, no serían más que un descenso lento y seguramente ignominioso desde aquella cima llena de significado y posible gloria. Llegaba una nueva era y, en realidad, él no se veía formando parte de ella. Elime, Oramen, él...

–¿Qué hay que hacer entonces, señora? –oyó decir a Holse.

–Bueno, podríamos abalanzarnos contra el cabrón y morir de inmediato, pero en

vano –dijo Anaplian, parecía cansada–. O podemos esperar aquí hasta que la máquina iln termine de hacer toda la antimateria que quiera y destruya el mundo entero. Nosotros primero, y después se suicida ella y mata al xinthiano –añadió–. Si es que sirve de consuelo.

Holse tragó saliva.

–¿Y eso es todo, señora?

–Bueno... –empezó a decir Anaplian, y después hizo una pausa–. Ah. Quiere hablar. Total, podríamos escuchar lo que tiene que decir.

–Humanos –les dijo a todos una voz profunda y sonora– las máquinas de los mundos concha se construyeron para crear un campo con el que encerrar toda la galaxia. No para proteger sino para encarcelar, controlar, aniquilar. Soy un liberador, como todos aquellos que me precedieron, por mucho que se les haya vilipendiado. Al destruir estas abominaciones, os hemos liberado. Uníos a mí, no os opongáis.

–¿Qué? –dijo Ferbin.

–¿Está diciendo...? –empezó a decir Holse.

–No le hagáis caso –les dijo Anaplian–. Solo está siendo artero, como debe ser cualquier buen enemigo. Si es posible, siempre hay que desestabilizar a la oposición. Les estoy diciendo a vuestros trajes que hagan caso omiso de cualquier otro comentario de la máquina.

Sí, pensó Ferbin, *mi hermana controla los trajes y la máquina intenta controlarnos a nosotros. Estamos controlados. Aquí solo se trata de control.*

–¿Así que estamos atrapados, señora? –preguntó Holse–. ¿La máquina y nosotros?

–No –dijo Anaplian–. Ahora que lo pienso, a la máquina iln no le hace falta conformarse con tablas. Según el último cálculo que hicimos, la antimateria requerida va a necesitar horas para ir creciendo. Mucho antes de eso, una de las subcápsulas de la máquina iln va a aparecer por encima de esa esfera de espas, por ahí detrás, a sus buenos sesenta kilómetros de distancia y podrá liquidarnos a distancia.

Holse miró la lejana cordillera y luego miró el entorno inmediato que los rodeaba. No veía cómo podían rodearlos.

–¿Cómo va a hacer eso, señora?

–Puede volver por encima del horizonte y rodearnos por detrás –dijo Djan Seriy con pesar–. El núcleo solo tiene mil cuatrocientos kilómetros de diámetro, el horizonte está muy cerca. Podría incluso rodear el núcleo entero. En el vacío, a una máquina con la capacidad suficiente no le llevaría mucho tiempo. Yo diría que tenemos un par de minutos.

–Oh –dijo Holse otra vez.

–Sí, desde luego, oh.

Holse lo pensó un momento.

–¿Nada más que podamos hacer, señora?

–Bueno –dijo Anaplian, parecía muy cansada–, siempre hay cosas que merece la pena intentar.

–¿Por ejemplo, señora?

–Voy a necesitar que uno de los dos se sacrifique. Lo siento.

–¿Perdón, señora?

–Después yo hago lo mismo –dijo Anaplian, era como si intentara conservar la calma–. Así que uno de los tres sobrevive, al menos un poco más. El traje del superviviente lo puede llevar donde sea dentro de Sursamen o de vuelta al espacio. Y lo que es más importante, quizá podamos impedir que vuelen el mundo en mil pedazos. Lo que siempre es un objetivo razonable.

–¿Qué tenemos que hacer? –preguntó Ferbin.

–Alguien tiene que rendirse –dijo Anaplian–. Entregarse a la máquina iln. Lo matará, esperemos que rápido, pero quizá se sienta lo bastante intrigada como para inspeccionarlo primero. Porque de ese primero sospechará. El que vaya primero muere para satisfacer la cautela de la máquina. El segundo (que seré yo) podría acercarse lo suficiente. Ya lo estoy preparando todo en mi cabeza. Supongo que el programa capacitador que los oct utilizaron con la máquina iln era uno de los nuestros. Tienen unas modificaciones muy sutiles con respecto a Contacto y CE que podría ayudar a nuestra causa, aunque debo hacer énfasis en que dudo muchísimo que resulte e incluso entonces estamos contando con que el Dios del Mundo no resulte gravemente herido y pueda deshacer toda esa antimateria. Una explosión con lo que ya se ha acumulado lo mataría y le haría un daño muy significativo al núcleo. Con todo, es una opción, aunque sea desesperada. Pero no querríais apostar por nada de esto, creedme.

–Así que uno de nosotros tiene que... –comenzó Holse.

–No puedo pedirlos a ninguno... –empezó a decir Anaplian al mismo tiempo, después tragó saliva y gritó:– ¡Ferbin!

La figura enfundada en el traje ya se estaba elevando por encima del aspa que los protegía, con la parte superior del cuerpo expuesta a las radiaciones que parpadeaban más allá, ya había tirado el arma que llevaba.

El golpe debió de ser muy fuerte. Cuando despertó fue para encontrarse en poder de algo implacable y duro como el diamante. Joder, la había destripado. El traje estaba desgarrado, arrancado, y su cuerpo con él. Lo único que le quedaba era la cabeza (con la mitad desollada y la piel quemada) y un extremo corto y deshilachado de médula espinal. Esos restos ensangrentados eran lo que el iln acunaba.

Con los párpados quemados no podía parpadear, ni siquiera le respondía la lengua o la mandíbula. Djan Seriy Anaplian se sentía más indefensa que un recién nacido.

La máquina iln que tenía encima era oscura, no demasiado grande y vagamente triangular. Tenía los ojos dañados, así que la visión era borrosa. Con lo pequeña que era y los problemas que daba, pensó, se habría reído si hubiera podido. La jaula de luz que rodeaba al xinthiano iluminaba la forma resbaladiza y bulbosa por un lado y por abajo lo hacían las chispas que centelleaban en el continente que albergaba la esfera cada vez más grande de antimateria.

~ *Bestezuelas extrañas, eso sois*, dijo la gran voz dentro de su cabeza. *Qué tintineos fugaces sigue arrojando la vida, múltiples, como partículas virtuales, bioescamas, mucho tiempo después de...*

Oh.

La agente había visto todo lo que necesitaba ver, había oído todo lo que necesitaba oír.

Que...

Ya estaba lo bastante cerca.

... te...

(Era todo lo que tenía y lo peor era que, con copias de seguridad o sin ellas, nunca sabría si iba a ser suficiente).

...follen, dijo al fin Djan Seriy Anaplian.

Y entonces soltó el contenido del pequeño reactor antimateria que tenía en la cabeza.

Epílogo

Senble Holse estaba encorvada sobre una tina con una tabla de lavar, frotando con furia, cuando llegó su marido. Entró por la puerta del apartamento en compañía de un caballero rubio, con rizos, atractivo y elegante y de la mano de un niño de aspecto extraño. Su mujer lo miró con la boca abierta cuando Holse la saludó con la cabeza.

–Señora Holse –dijo Holse antes de acercarse al centro de la atestada salita, ponerse las manos en las caderas (el pequeño de aspecto extraño no se despegaba de su mano ni por un instante) y mirar a su alrededor. Iba bastante bien vestido, incluso para ser criado de un príncipe, y tenía mejor aspecto que nunca: bien alimentado y lustroso. Los gemelos le habían echado un vistazo a su padre y habían soltado un gáñido, los tenía escondidos tras sus faldas, se agarraban a ella de tal modo que estuvieron a punto de tirarla y miraban por detrás de sus caderas, uno de cada lado.

–Tienes muy buen aspecto, querida –dijo su marido. Entonces vio al más pequeño, escondido tras la puerta del dormitorio y lo saludó con la mano. Se oyó un pequeño grito y la puerta se cerró de un portazo. Holse se echó a reír y la volvió a mirar-. ¿El pequeño Choubris?

–¡En la escuela! –le dijo Senble.

–Bien. –Holse asintió–. Ah –dijo con una sonrisa. (Tenía los dientes raros, demasiado pálidos e iguales)–. ¿Dónde están mis modales, eh? –Señaló con la cabeza al hombre impecable que sonreía a su lado–. Senble, querida mía, te presento al señor Klatsli Quike.

El tipo asintió poco a poco.

–Es un honor, señora. –Llevaba un pequeño montón de cajas atadas con cintas.

–El señor Quike se va a quedar con nosotros –anunció Holse con tono despreocupado–. Y este de aquí –dijo al tiempo que agitaba la mano que sujetaba la del extraño y serio pequeño– es Toark. Toark Holse, como se le conocerá a partir de ahora. Lo vamos a adoptar. El señor Quike es un hombre de muchos y grandes talentos que se encuentra en estos momentos sin saber muy bien qué hacer y que siente un gran apego por nuestro querido mundo, mientras que aquí el pequeño Toark es un huérfano de guerra y muy necesitado de amor y una familia estable, pobrecito mío.

Para Senble aquello fue más que suficiente. Volvió a lanzar la colada mojada a la tina, se secó las manos con las faldas y se irguió todo lo que pudo (no sin antes despegar de sus faldas a los gemelos, que corrieron al dormitorio y desaparecieron con un chillido).

–Ni una palabra, ni una sola palabra en un año entero y ahora entras aquí tan

campante, con todo tu descaro, sin una sola disculpa y diciéndome que se va a quedar con nosotros un caballero y encima me traes otra boca que alimentar cuando aquí ya no tenemos espacio y eso que no estabas, que conste, y sin dinero que emplear aunque tuviéramos espacio, que no tenemos...

–Bueno, bueno, querida –dijo Holse, que había cogido al jovencito y se lo había sentado en el regazo tras acomodarse en su viejo sillón, junto a la ventana. El niño enterró la carita en el hombro de Holse–. Esta noche tendremos habitaciones más grandes y mucho mejores, según me ha informado el señor Quike, ¿no es cierto, señor Quike?

–Así es, señor –dijo Quike con un destello de una dentadura deslumbrante. El caballero dejó el montón de cajas atadas con cintas en la mesa de la cocina y se sacó de la chaqueta una carta de aspecto oficial–. Su nuevo contrato de arrendamiento, señora –dijo al tiempo que se lo enseñaba–. Por un año.

–Pagado por adelantado –dijo Holse con un asentimiento de cabeza.

–¿Y pagado con qué? –preguntó Senble en voz muy alta–. Ahora ni siquiera vas a cobrar tu pensión de sirviente, no con esta nueva panda, ciudadano. Debo... Debes medio año de alquiler. ¡Pero si cuando entraste tan tranquilo creí que erais los alguaciles, que lo sepas!

–Ya verás que a partir de ahora el dinero no va a ser problema, querida mía. –Holse señaló con la cabeza la tina de lavar–. Y tendrás criados para hacer todas esas cosas y proteger tus delicadas manos. –Holse miraba a su alrededor como si buscara algo–. ¿Has visto mi pipa, cielo?

–¡Está donde la dejaste! –le dijo Senble. No sabía si abrazar al muy pícaro o darle en la cara con el trapo mojado–. ¿Y qué es todo eso, si se puede saber? –preguntó mientras señalaba con la cabeza el montón de cajas de la mesa.

–Regalos para los niños –le explicó Holse–. Por los cumpleaños que me he perdido. Y esto –dijo metiéndose la mano en la chaqueta y sacando una caja muy fina, también atada con cintas– es para ti, querida. –Se la dio.

La señora Holse la miró con suspicacia.

–¿Qué es? –preguntó.

–Es un regalo, querida mía. Una pulsera.

Senble dijo algo así como «¡bah!» y se metió la caja en el bolsillo del delantal sin abrirla. Holse la miró, herido.

–¿Y de dónde sale todo ese dinero? –preguntó Senble. Después miró furiosa al tal Quike, que le devolvió una sonrisa digna y elegante–. ¡No me digas que al fin has ganado algo en las apuestas!

–En cierto sentido, querida –le dijo Holse–. El dinero saldrá de un fondo que reservaban para circunstancias especiales unos nuevos amigos que he hecho. –Agitó una mano con aire despreocupado–. El señor Quike se ocupará de manejar el lado

financiero de las cosas.

–¿Y qué te propones hacer tú? –quiso saber Senble–. Si lo has ganado en las apuestas, sabes de sobra que te lo vas a volver a jugar la semana que viene y tendremos que volver a escondernos de la guardia y a empeñar la cubertería, que ya está empeñada, permíteme que te diga.

–Oh, yo voy a entrar en política, querida –dijo Holse sin darle importancia. Seguía sosteniendo al tímido chiquillo y dándole golpecitos en la espalda para tranquilizarlo.

Senble echó atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

–¿En política? ¿Tú?

–En política, yo, desde luego –dijo Holse con una gran sonrisa. Su mujer seguía distraída por aquellos dientes–. Seré un hombre del pueblo pero también un hombre que ha estado en muchos sitios, visto cosas y hecho amigos, amigos que nunca creerías, querida. Tengo mejores contactos, por arriba y por abajo, alabado sea el Dios del Mundo, de lo que jamás te imaginarías. Y también, además de mi encanto campechano, mi astucia natural y otros talentos naturales, tendré un suministro inagotable de dinero –(Quike sonrió, como si quisiera confirmar tan escandalosa afirmación)–, que, según tengo entendido, es un atributo de no poca utilidad en la esfera política de la vida, y tendré además un conocimiento bastante mejor de los gustos y manías de mis compañeros políticos del que ellos tendrán de los míos. Seguramente seré un magnífico parlamentario y un primer ministro todavía mejor.

–¿Qué? –dijo Senble con tono incrédulo.

–Entretanto, aquí el señor Quike se asegurará de que siga siendo un hombre honesto y que no me convierta en un... ¿cuál era la palabra, señor Quike?

–Demagogo, señor –dijo Quike.

–Se asegurará de que no me convierta en un demagogo –continuó Holse–. Así que, ya ves, entro en política, querida. Un final ignominioso para un hombre de mis antiguas ambiciones, lo comprendo, y no el final que hubiera deseado, desde luego. Pero alguien tiene que hacerlo y bien podría ser yo, y creo que puedo decir con todo convencimiento que voy a traer una perspectiva nueva, fresca y más amplia a nuestra insignificante esfera política, una perspectiva que será provechosa para los sarlos, provechosa para Sursamen y muy provechosa desde luego para ti y para mí, querida. No me cabe duda de que las próximas generaciones me recordarán con el mayor afecto y seguramente darán mi nombre a varias calles, aunque me gustaría aspirar a una plaza o dos y quizá incluso a una estación. Por cierto, ¿dónde has dicho que estaba mi pipa, querida mía?

Senble se acercó a la repisa de la chimenea, cogió la pipa de su pequeño soporte y se la tiró.

–¡Toma! –gritó–. ¡Estás loco!

Holse se estremeció. La pipa lo golpeó en el hombro y cayó al suelo de madera, pero no se rompió. El antiguo criado la recogió con la mano libre.

–Gracias, cariño. Muy amable. –Se metió la pipa en la boca y se acomodó en su sillón con un suspiro de satisfacción y las piernas estiradas. El pequeño Toark ya no tenía la cabeza enterrada en su hombro sino que miraba la ciudad en aquel día soleado y fresco, un día precioso, sin duda.

Holse le sonrió a Senble, que seguía mirándolo atónita, y después levantó la cabeza para mirar a Quike.

–Ah, la vida en familia, ¿eh?

Apéndice

C: La Cultura.

IAN: Involucrados de alto nivel (también INM:nivel medio; INB:nivel bajo).

N1S: Nivel Uno de Sursamen (N2S:Nivel Dos de Suramen; etcétera).

S: Sursamen.

Personajes

Aclyn: Lady Blisk, madre de Elime y Oramen; desterrada.

Aiaik: Administrador de la torre D'neng-oal, Sursamen.

Alveyal Girgetioni: Zamerín craterino en funciones, Sursamen.

Archipontino: Dirigente de la misión Hyeng-zhar.

Baerth: Caballero de Charvin, Sarl (Bower o Broker para Ferbin).

Bleye: Uno de los tenientes de Tyl Loesp.

Broft: Capataz, excavaciones de la Ciudad Sin Nombre, Noveno, Sursamen.

Chasque: Eminente, sumo sacerdote de Sarl.

Chire: Conductor de tren, las Cataratas.

Choubris Holve: Sirviente de Ferbin.

Chilgitheri: Oficial de enlace (morthanveld) en el *Fasilyce, al despertar*.

Dilucherre: Antiguo maestro de la pintura, Sarl.

Djan Seriy: Anaplian; princesa, agente de CE de la C.

Droffo: Conde, de Shilda; se convierte en caballero de Oramen.

Dubrile: Ex soldado en las Cataratas; se convierte en el jefe de seguridad de Oramen.

Elime: Esk Blisk-Hausk'r; hijo mayor ya fallecido de Hausk.

Fanthile: Secretario del palacio real, Poursl.

Ferbin: Otz Aelsh-Hausk'r (Feri, de niño).

Foise: General, ejército sarlo, destinado al contingente de las Cataratas.

Geltry Skiltz: Persona de la C, a bordo del VSM *No lo intenten en casa*.

Gillews: (Doctor) Médico real de Hausk.

Girgetioni: Familia nariscena, Sursamen.

Harne: Lady Aelsh; madre de Ferbin.

Hausk: Nerieth («el Conquistador»); rey guerrero, Sarl.

Hippinse: Pone; avatoide del *Problema candente*.

Humli: Ghasartravhara; oficial de enlace del VSM *No lo intenten en casa*.

Honge: Bravucón de los antros de Poursl.

Illis: Armero, palacio real, Poursl.

Jerle Batra: Control/mentor de CE de Djan Seriy; aciculado.

Jerfin Poatas: A cargo de la excavación de las Cataratas.

Jish: Prostituta, Poursl.

Kebli: Niño en la corte al mismo tiempo que Djan Seriy.

Kiu: (En-Poursl) embajador oct en Poursl.

Klatsli Quike: Avatoide del *Problema candente*.

Koust: Empleado de una torre oct, Sursamen.

Leeb Scoperin: Otro agente de Circunstancias Especiales en Prasadal.

Leratiy: Técnico superior, excavación del sarcófago, en las Cataratas.

Luzehl: Prostituta, hermana de Paiteng.

Machasa: Señora; niñera y tutora de la pequeña Djan Seriy.

Mallarh: Dama de la corte sarla..

Masyen: Marido de Aclyn; se convierte en alcalde de Rasselle.

Munhreo: Joven erudito; erudicia Hicturean-Anjrinh.

Neguste Puibive: Se convierte en el sirviente de Oramen.

Nuthe 3887b: Mecanismo de recibimiento morthanveld, Syaung-un.

Obli: Ynt de Harne.

Omouldeo: Antiguo maestro de la pintura, Sarl.

Oramen: Lin Blisk-Hausk'r; príncipe, misma madre que Elime.

Prode el Joven: Antiguo dramaturgo sarlo.

Puisil: Sirviente del palacio real, Sarl.

Quitrilis Yurke: Viajero de la C; averigua que los oct mienten sobre los movimientos de las naves.

Ramile: Dama de la corte sarla.

Reina Imperecedera: Monarca nariscena; en la actualidad en el 3044 Gran Desove.

Renneque: Lady Silbe.

Savidius Savide: Enviado especial itinerante oct, Sursamen.

Seltis: Antiguo tutor de Ferbin, director de la euridicía.

Senble: Esposa de Holse.

Shir Rocasse: Tutor de Oramen.

Shoum: Directora general de la misión estratégica morthanveld.

Sinnel: Antiguo dramaturgo sarlo.

Skalpapta: Oficial de enlace y recibimiento de alienígenas de la GN *Inspiración, fusión, punto final*.

Sordic: Antiguo maestro de pintura, Sarl.

Tove Lomma: Amigo de la infancia de Oramen; más tarde su caballerizo.

Tulya Puonvangi: Embajador de la C en el *Inspiración, fusión, punto final*.

Tareah: Médico sarlo.

Tchilk: Mentor narisceno de relaciones con los bárbaros, cráter Baeng-yon.

Toark: Niño al que Djan Seriy rescata de una ciudad en llamas.

Tohonlo: Uno de los tenientes de Tyl Loesp (también Toho, de niño).

Truffe: Prima segunda de Ferbin.

Turminder Xuss: (Handrataler) dron de Djan Seriy.

Tyl Loesp: Mertis; segundo al mando de Hausk.

Utaltifuhl: Gran zamerín narisceno de Sursamen.

Vaime: Lady Anaplia; madre de Djan Seriy.

Vollird: De Sournier, caballero de Sarl.

Werreber: General; se convierte en mariscal de campo, jefe del ejército.

Wudyen: Duque; hermano de Hausk.

Xessice: Prostituta, asentamiento Hyeng-zhar.

Xide Hyrlis: Desterrado de la C, comandante militar de los nariscenos.

Xidia: Joven dama de la corte (llamada así por Xide Hyrlis).

Yariem Girgetioni: Vicezamerín en funciones, Sursamen.

Yilim: Oficial superior del ejército de Hausk.

Zandone: Actor y empresario sarlo.

Zeel: Joven mersicor de Djan Seriy.

Zourd: (Versión Expandida Cinco) cumuloforma, N13, Sursamen.

Nombres completos de la Cultura

Astle-Chulinisa **Klatsli** P. C. **Quike** dam Uast

Meseriphine-Sursamen/VIIIIsa **Djan Seriy Anaplian** dam Pours

Sholz-Iniassa **Jerle** Ruule **Batra** dam Ilion

Stafl-Lepoortsa **Xide** Ozoal **Hyrlis** dam Pappens

Especies

Aeronatauros: Tensilos; ver xinthianos.

Aultridia: Especie advenediza que evolucionó a partir de parásitos, que vivían bajo los caparzones de los xinthianos; felpudos/peliformes (también «retorciformes», término peyorativo); INB.

Aviarios: Especie de aves; variedad de la atmósfera de gas metano de N5S.

Birilisi: Especie aviaria muy dada al abuso de narcóticos; INM.

Bithianos: (NOS) criaturas con agallas del tamaño de ballenas, acuáticas; IAN.

Caude: Criatura alada gigante, se puede domesticar y montar; N8&9S.

Choup: Equivalente sarlo de un perro; N8&9S.

Chunsel: Bestia de guerra, más tarde de carga y tracción; N8S.

Cometas pelágicas: Criaturas acuáticas atmosféricas, navegan por el aire sobre mundos acuáticos; término también utilizado para bionaves con aspecto de cometa que suben a la superficie; N5S.

Cultura, la: Civilización humanoide mestiza; IAN.

Cumuloformas: Seres de O₂ parecidos a nubes; N4S.

Deldeynos: Misma especie que los sarlos, un nivel inferior; aliados de los aultridia, vistos como antagonistas del Dios del Mundo y por tanto enemigos de los sarlos; N9S.

Dios del Mundo, el: Ser del núcleo de Sursamen; xinthiano; N15&16S.

Hefter: Bestia de carga y tracción; N8&9S.

Herederos: Ver «Oct».

Hidrales: Especie de ahumados de agujero negro; N13S.

Il: Eones atrás, aeroespiniiformes IAN; destrozaban mundos concha y destruían tumbas de los velo; se creían extintos o desaparecidos.

Involucra/velo: Constructores de mundos concha, IAN eones atrás.

Lyge: Criatura alada gigante, se puede domesticar y montar; N8&9S.

Mersicor: Cuadrúpedo grande, se puede domesticar y montar; N8&9S.

Monthia: Panespecie de tipo de criatura oceánica muy grande.

Morthanveld: Mentores de los nariscenos; criaturas acuáticas Espiniformes; IAN.

Nadadores: Seres de los niveles inferiores de los planetas gigantes de gas; N12S.

Nariscenos: Mentores de los sarlos; insectiles, INM.

Nuersotise: Humanoides; una de las especies rivales en Prasadal.

Oct / Herederos: Afirman descender de los involucra; controlan los viajes (la mayor parte) dentro de las torres de Sursamen y muchos otros mundos concha; criaturas acuáticas octales; INB.

Ossesy: Bestias de guerra cuadrúpedas; N8S.

Rowel: Bestias de carga cuadrúpeda; N8&9S.

Ryre: Cuadrúpedo, equivalente a un gato; N8&9S.

Sarlos: Pueblo humanoide exiliado/internado en Sursamen; N8&9S.

Tendrilos: Especies alargadas de los gigantes de gas; N6&10S.

Tubulares: Especie de ahumados de agujero negro; N13S.

Tueriellian: (Mayéutico) vela de simiente investigativa.

Uoxantch: Bestias de guerra cuadrúpedas; N9S.

Velas de simientes: Portadores de semillas con velas espejadas; N1S.

Velo: Ver «Involucra».

Vesiculares: Seres acuáticos de superficie; tienen una vela/vejiga llena de gas; N10S.

Voluta de esporas: Semilla de plasma de un crucero estelar.

Xinthianos: (Aeronatauros Tensilos) ser aéreo; naves aéreas gigantes (más pequeñas que los behemotauros dirigibles); semiadaptados a entornos líquidos/gaseosos de alta presión y capaces de vivir en el espacio. Ahora escasos y por lo general seniles a nivel de desarrollo/capacidad inherente/terquedad; ver «Dios del Mundo, el».

Xolpe: Humanoides; especie cliente de los nariscenos, en guerra

Ynt: Equivalente cuadrúpedo de una nutria pequeña domesticada; N8&9S.

Zeloy: Humanoides, una de las especies rivales en Prasadal.

Glosario General

Aborigenistas: Los que tienen un interés excesivo en los «primitivos».

Aciculados: Con aspecto de arbustos.

Acuatizados: (Humanoides) adaptados por completo a un entorno acuático.

Advenedizos: (Especie) término reconocido en general, si bien un tanto peyorativo, utilizado para especies (normalmente inteligentes e incluso involucradas) que se considera que han alcanzado ese estatus explotando su relación con otra civilización ya avanzada.

Altruista: Una civilización que de modo determinado y consistente renuncia al interés egoísta.

Anjrinh: Distrito de Hicture; hogar de una euridicía.

Anterior: Dirección; de la dirección anterior de la rotación del mundo (opuesto a «Posterior»).

Aoud: Estrella/sistema, hogar del orbital Gadampth.

Árboles nube: Flora, N8&9S, Sursamen.

Árboles tropel: Flora de la C; comunes en las naves.

Aritmético: Referido a un mundo concha, término dado a uno cuyos niveles ocurren en múltiplos sencillos.

Artículos de Ocupación: Reglas que respetan los habitantes de mundos concha.

Ascensonave itinerante: Ascensonave (oct) capaz de moverse por aire y por agua.

Ascensonave: Nave que asciende o desciende por la torre de un mundo concha.

Ascensotubos: Tubos que utilizan las ascensonaves.

Asentamiento Hyeng-zhar: Ciudad siempre temporal, las Cataratas, Sursamen.

Asoleados: Tipo de especies; absorben la luz directamente.

Aspirantes: Civilizaciones que quieren ser involucradas.

Asulious IV: Planeta morthanveld, Chorro Yattliano Menor.

Amerizaje Lejano: Puerto ambulante en el lado contrario del Sulpitine con respecto al asentamiento.

Autoascensor: Transporte no tripulado dentro de las torres de los mundos concha.

Baena-yon: Cráter de la superficie, Sursamen.

Bajocuadrado: Ver «Sobrecuadrado».

Baldío: Lugares en un mundo concha con el suelo yermo.

Barón Lepessi: Obra clásica de Prode el Joven.

Bilpier: Planeta narisceno, sistema Heisp.

Bormo de lomo negro: Animal de la C.

Botrey's: Casa de juego/prostíbulo en el distrito Schtip de Pourl.

Brattle: Arbusto, N8&9S, Sursamen.

Bravucón: Tipo de hombre lujurioso, bebedor y camorrista.

Bulthmaas: Planeta en el sistema Chyme donde se encuentra Xide Hyrlis.

Caída de estrella: Fenómeno (poco común) que ocurre cuando los restos de una estrella apagada del interior de un mundo concha caen del techo de un nivel al suelo; por lo general supone una catástrofe.

Calderero: Nombre peyorativo para trabajadores de las Cataratas.

Calle del Acercamiento Anterior: Cerca del palacio real de Pours.

Cama de ondas: Cama de la C con 99% antigraedad, múltiples jirones blandos de material y «plumas» inteligentes capaces de evitar ser inhaladas.

Campo del Desfile: Pours, N8S.

Camucampo: La C, campo proyectado que camufla objetos

Capacitadora: (Máquina) mecanismo utilizado para encontrar formas de comunicarse con especies y artefactos alienígenas.

Casa de muchos tejados, la: Obra de Sinner.

Casco Partido: Tipo de nave morthanveld.

Casco Delgado: Tipo de nave morthanveld.

Casco Hinchado: Tipo de nave morthanveld.

Cataratas, las: Catarata en el río Sulpitine, N9S (también llamadas las Hyeng-zhar).

Cinturones apretados: Nombre peyorativo para los trabajadores de las Cataratas.

Ciudad de Yakid: En las costas del mar del mismo nombre, N9S.

Ciudad Sin Nombre: De N9S; metrópolis largo tiempo enterrada que están descubriendo las Hyeng-zhar.

Clissens: Estrella rodante del Noveno, Sursamen.

Colegio Procreativo Imperial: En el mundo natal narisceno; regula los Desoves.

Colocado: Puesto al cuidado de (término morthanveld)

Conductor: (Especie) aquellos que tienen por costumbre hacerse con el control y (por lo general) explotar las estructuras, artefactos y hábitats construidos por civilizaciones anteriores, desde las antiguas a las recién sublimadas.

Copa de campana: Recipiente de cristal vibrador que se utiliza cuando se bebe licor de Chapantlic.

Crackbol: Juego de la C jugado con una pelota de madera.

Cráter Gemelo: Cráter de la superficie; Sursamen.

Cráter: Referido a un mundo concha, zona habitable rodeada de altos muros en la superficie.

Cuenca marina: Cuerpo de agua que llena la depresión principal en un mundo concha.

Cuencas vitales: Ver «Moteado».

Charvin: Condado de Sarl.

Cherien: Cordillera, cerca de la ciudad de Sarl, N8S.

Chone: Estrella en el Chorro Yattliano Menor.

Chorro Yattliano Menor: Región del espacio.

Chyme: Sistema estelar, alberga a Bulthmaas.

Dengroal: Ciudad, N8S, bajo la torre D'neng-oal.

DeSept: Subclan narisceno sin un sept o clan/familia importante.

Desesperados: Grupo extremista, Syaung-un.

Dillser: Casa ducal junto al mar Hirviente de Yakid, N9S.

Director general: Alto rango de los morthanveld.

Disputado: Referido a un mundo concha, uno cuyas torres no están todas controladas por la misma especie.

Divinizado: Mundo concha con un xinthiano en el núcleo.

Domity: estrella rodante de N8S.

EHM: Evento Hegemonizante Monopático (por lo general, nanotecnología fugitiva).

Eminentados: Tropas de élite al mando de Chasque.

Eminente: Rango religioso superior de Sarl; sumo sacerdote.

Enjambres: El detrito de EHM rivales.

Enredaderas: Follaje, N8&9S.

Espinazo Huliano Terciario: Región del espacio; ubicación de Meseriphine

Espiniforme: (Mundo) un mundo concha parcialmente derrumbado.

Espiniforme: Aplicado a las especies, indica un tipo de cuerpo espinoso, puntiagudo.

Estrella interior: Soles artificiales colocados por especies de mundos concha secundarios dentro de estos mundos; antigraavitacionales, presionan contra el techo de un nivel dado; la mayor parte, móviles (estrellas rodantes), algunas no (estrellas fijas).

Estrellas fijas: Estrellas interiores de mundos concha, no se mueven.

Estrellas rodantes: Estrellas internas de mundos concha que se mueven.

Euridicía: Universidad reitutiva, como un monasterio secular dedicado a la enseñanza.

Evingreath: Ciudad en el camino de Xilisk que sale de Poul.

Exploradores Mercantes de las Cataratas: Gremio de mercaderes que explotan las Cataratas.

Exponencial: Ver «Logarítmico».

FBPVAIEP: Fondo benevolente de los primeros viajeros alienígenas indigentes

del espacio profundo (morthanveld).

Feyrla: Río, Xilisk, N8S.

Filigrana: Complejos del techo de las torres de mundos concha que soportan contrafuertes invertidos.

Flósculo Colgante 34: Región del espacio.

Flotador: Término ligeramente peyorativo que utilizan los pueblos de tierra adentro para referirse a pueblos acuáticos.

Foerlinteul: Orbital de la C.

Fruta calva: Fruta que comen los caudes, común en N8&9S.

Frutácida: Fruta de la C, comestible y panhumana.

Gadampth: Orbital de la C.

Gavantille Primo: Planeta acuático, espacio morthanveld.

Gazan-g'ya: Cráter de Sursamen.

Grahy: Planeta morthanveld, Chorro Yattliano Menor.

Gran Ejército: Ejércitos combinados reunidos por Hausk para combatir a los deldeynos e invadir su nivel.

Gran Nave: Tipo de nave morthanveld muy grande.

Gran Palacio: Rasselle, N9S.

Gran Parque: Rasselle, N9S.

Gran torre: Una de las seis fortificaciones en el interior de Rasselle.

Gran zamerín: Alto rango de los nariscenos (ver también «Zamerín»).

Guerras de unidad: Serie de guerras libradas por Hausk para unificar el Octavo.

Guime: Estrella rodante de N8S.

Habiformar: Término técnicamente correcto para lo que se solía llamar terraformar: alterar cualquier entorno ya existente para adaptarlo a las necesidades de una especie o más.

Heisp: Sistema colonial narisceno.

Hemerje: Palacio ducal cerca del Gran Parque, Rasselle.

Heurimo: Estrella caída de N9S.

Hicture: Región de N8S.

Hicturean: Torre (N8S, no lejos de Pourl).

Hoja de crile: Droga parecida al cacao, se mastica; N8&9S.

Hueste Celestial: Secta religiosa deldeyna a la que Tyl Loesp dota de poder.

Hyeng-zhar: Catarata en el río Sulpitine, N9S, también conocidas como «las Cataratas».

Ichteuen: (Guerreros divinos) luchan por Sarl; N8S.

In Loco'd: Puesto al cuidado de (término morthanveld).

Incremental: Se refiere a un mundo concha, término dado a uno cuyos niveles se dan en incrementos exponenciales (de ahí que también se los conozca como «exponenciales»).

Inyectilos: Cualquier organismo o mecanismo que se pueda inyectar (por lo general en entidades medidas por metros, en contextos sobre todo humanos).

Ischuer: Ciudad, Bilpier.

Jhouheyne: Grupo de ciudades, planeta oct de Zaranche.

Jiluce: Hogar ancestral monthiano (megaballenas).

Keande-yi: Región cerca de Pours, N8S.

Keande-yiine: Torre en una región cerca de Pours, N8S.

Khatach Solus: mundo natal narisceno.

Kheretesuhr: Provincia en un archipiélago del océano Vilamian, N8S.

Kiesestraal: Estrella rodante desvanecida del N9S.

Klusse: Ciudad, Placa Lesuus.

Lagos Quoluk: De N8S, cerca de Pours.

Lalance: Continente, Prasadal.

Lamento del Orfebre, el: Taberna, Pours.

Lemitte: General, ejército sarlo.

Lepoort: Placa, orbital Stafl.

Lesuus: Placa, Gadampth.

Licor Chapantlic: Tipo de bebida alcohólica (ver «Copa de campana»).

Ligadura Zunzil: Región del espacio; ubicación del mundo o los mundos iln.

Logarítmico: Hace referencia a un mundo concha, término dado a uno cuyos niveles se dan en incrementos exponenciales (de ahí que también se les llame «exponenciales»).

Luz pétrea: Carburo.

Meast: Ciudad de nidos acuáticos, Gavantille Primo.

Meseriphine: Estrella en el Espinazo Huliano Terciario.

Misión Hyeng-zhar: Orden religiosa; controlaba la excavación de las Cataratas.

Moiliou: Propiedad familiar de los Hausk, N8S.

Moteado: Se refiere a un mundo concha, término dado a uno cuya superficie está parcialmente (en buena parte) libre de atmósfera, con zonas significativas (dentro de elementos de superficie con altos muros, por lo general originales) de entornos pseudoplanetarios habitables nominalmente llamados «cuencas vitales».

Multihabitado: Se refiere a un mundo concha, uno con más de una especie inteligente en residencia.

Mundo asesino: Ver «Mundo concha».

Mundo concha: Planeta artificial, parte de una antigua megaestructura, también conocido como mundo hueco y mundo asesino (arcaico).

Mundo escudo: Ver «Mundo concha».

Mundo hueco: Ver «Mundo concha».

Mundo nido: Por lo general, y siempre en el contexto de Morthanveld, un tipo de hábitat artificial compuesto por múltiples tubos retorcidos entrelazados de forma compleja y por lo general llenos de agua.

Mundo Velo: Ver «Mundo concha».

Nanoorganismos: Organismos a nanoescala; llamados con frecuencia inyectilos (aunque esto también cubra material no biológico).

Natherley: Estrella rodante de N9S.

Nivel: Referido a un mundo concha, una de las conchas esféricas del mundo.

Noche: Referido a un mundo concha, lugares dentro de un nivel que están oscuros por completo o casi por completo por encima del horizonte tanto con respecto a la luz directa o reflejada como a la bloqueada por las aspas.

Núcleo de la Máquina/nivel: Nivel que rodea el núcleo de un mundo concha.

Núcleo: Centro sólido de un mundo concha.

Nueces krisk: Estimulante para caudes, N8&9S.

Oausillac: Estrella fija de N9S, Sursamen.

Obor: Estrella rodante de N8S, Sursamen.

Océano Vilamian: En N8S.

Oerten: Cráter de la superficie, Sursamen.

OML: Objeto Misterioso Lejano.

Óptimos: Nombre que dan a la Cultura, morthanveld, etcétera civilizaciones más humildes, equivalen más o menos a IAN.

Película fina: Filtro; se pone sobre los ojos para mostrar una realidad virtual (término morthanveld).

Pellizco Kuertile: Región del espacio.

Pentrl: Estrella rodante de N8S.

Perforada: Referido a un mundo concha, una torre accesible desde varios niveles.

Pliyr: Estrella, espacio morthanveld.

Podredumbre: Gangrena (término sarlo).

Polo cercano: Dirección (opuesto a «Polo lejano»).

Polo lejano: En dirección al polo del mundo más alejado del interior de sari (contrario a «Polo cercano»).

Posterior: Dirección (contrario a «Anterior»).

Pourl: Región y capital de Sarl, N8S.

Prasadal: Planeta, sistema Zoveli.

Prille: País de Sketevi.

Primaria: Tipo de Gran Nave oct.

Primeralba: Luz que precede al amanecer arrojada por una estrella fija.

Primo: Referido a un mundo concha, término dado a la estructura de un mundo tal como fue originalmente construido por los velo.

Puerta de Polo Cercano: Una de las puertas principales de la ciudad de Pourl, N8S.

Quinta Hebra de grado 512: Instalaciones para invitados humanoides; Syaung-un.

Quinto deSept: Subclan menor y no alineado, narisceno/Sursamen.

Quoline: Río, desemboca en los lagos Quoluk.

Quonber: Plataforma de módulos, Prasadal.

Rasselle: Capital deldeyna, N9S.

Reshigue: Ciudad, N8S.

Roasoaril: Planta frutal, N8&9S (refinable).

Sarl/sarlos: Pueblo y reino, N8S, Sursamen (también planeta).

Schtip: Distrito de Pourl, N8S.

Secundario: Referido a un mundo concha, término dado a estructuras añadidas a un mundo introducidas por dueños posteriores.

Seguro: (Multimillones de años) se refiere a un mundo concha, término dado a uno sin historia reciente de gigamuertes causadas por un mundo.

Shilda: Provincia de Sarl, N8S.

Silse: Término colectivo para una clase de criaturas de mundos concha que transportan partículas de silicio desde lechos marinos y otros entornos acuáticos hasta la tierra por medio de sacos de hidrógeno, evaporación, nubes y lluvia.

Silla de viaje: Mecanismo antigraavedad esquelético de la C; transporte personal.

Sketevi: Continente de Bulthmaas.

Sobrecuadrado: Referido a mundos concha, niveles más allá de los cuales la separación creciente de los filamentos de apoyo secundarios que parten de las torres ya no permiten el viaje entre filamentos ni entre torres (por lo general en la mitad superior de los niveles); contrario a «Bajocuadrado».

Sombra: Zonas de un nivel de un mundo concha sin luz directa (la intensidad real varía según el diámetro de la concha, la geometría de las aspas, etcétera).

Sournier: Condado de Sarl, N8S.

Staff: Orbital de la C.

Sterut: Instalación nariscena de Traslado Globular

Sulpitine: río, N9S.

Sull: Región deldeyna, N9S.

Sullir: Capital regional deldeyna, N9S.

Superintendente: Rango judicial, superficie de Sursamen.

Sursamen: Mundo concha aritmético, orbita alrededor de Meseriphine.

Syaung-un: Mundo nido morthanveld en el Flósculo Colgante 34.

T'leish: Subgrupo de morthanveld, en el Gavantille Primo Taciturno de una especie, uno que es especialmente poco comunicativo.

Tallos: Término ligeramente peyorativo con el que los pueblos acuáticos se refieren a los pueblos terrestres.

Tarp: Tan rápido como sea posible (Cultura).

Terraf: Diminutivo de terraformado; un planeta así enmendado, o cualquier otro entorno construido a gran escala (ver «Habiformar»),

Tierpe Ancestral: Puerto, Syaung-un.

Tierras Dominadas: Tipo de provincia (originalmente deldeyna).

Torre D'neng-oal: Torre de transporte oct, Sursamen.

Torre Illsipine: Sursamen.

Torre Pandil-fwa: Torre de transporte oct, Sursamen.

Torre Perementhine: Torre de transporte oct, Sursamen.

Torre Xiliskina: La torre más cercana a Poursl, N8S.

Torre: Relativo a un mundo concha, columna o tronco hueco, por lo general el interior es un vado, utilizado también como tubo de transporte.

Tresker: Estrella rodante de N9S.

Uliast: General, ejército sarlo.

Unge: Droga, se fuma; N8&9S.

Urletine: (Mercenarios) luchan por Sarl, N8S.

Uzrethan: Estrella rodante de N9S.

Vaw-yei: Torre, Sursamen.

Venganza de za: Cóctel de la C.

Voette: País, N8S.

Vruise: Ubicación de las Cataratas, N9S.

Wiriniti: Capital de Voette, N8S.

Xilisk: Región cerca de Poursl, N8S.

Xirce: Cultivo, común en N8&9S.

Yakid: Mar Hirviente de, N9S.

Yattle: Planeta, Chorro Yattliano Menor.

Zamerín: Alto rango de los nariscenos (ver también «Gran zamerín»).

Zaranche: Planeta, Zarcillo Caferliticiano Interior.

Zarcillo Caferliticiano Interior: Región del espacio.

Zoveli: Estrella y sistema, ubicación de Prasadal.

Zuevelous: Familia morthanveld, Gavantille Primo.

Naves

Cultura

Ahora probamos a mi manera: Clase Errática (ex nave de transporte general clase Interestelar)

Clasificado: VSM clase Trinchera

Es mi fiesta y canto si quiero: UCG clase Escarpa

Experimentando una significativa caída de la gravedad: UCG

Fenómeno atmosférico transitorio: UCG

Ligeramente chamuscado en la parrilla de la realidad: UCG

Monstruitos traviosos: UCG

No lo intenten en casa: VSM clase Estepa

Ocho descargan rápidas: PR y ex UOG clase Delincuente

Problema candente: Supercarguero clase Arroyo (clase Delta modificada, fugado)

Qué barco tan grande, tío: UCG

Sembradora: VSG clase Océano

Sutil cambio en el énfasis: VCG clase Llanura

Vas a limpiar eso antes de irte: Ex UOR PMR clase Gángster

Xenoglosicista: VSL clase Aire

Nariscenas

De ahí la fortaleza: Crucero estelar clase Cometa

El centesimo idiota: Clase Enana Blanca

Morthanveld

Ahora, para volver a la razón y su justa dulzura: Casco Delgado cat.3

Fasilyce, al despertar: Casco Hinchado cat.5

Inspiración, Fusión, Punto final: Gran Nave
La primera vez que vi Jhiriit: Casco Partido cat.4

Niveles de Sursamen: Habitantes

(Nivel / Habitantes)

- 0** Superficie; vacío/habiformado ... Nariscenos/asoleados/otros
- 1** Vacío ... Criadero de velas de simientes
- 2** Vacío ... Asoleados
- 3** Vacío ... Oscuros
- 4** Océano O₂ ... Cumuloformas
- 5** Bajíos de metano ... Cometas/aviarios
- 6** Gigante de gas superior ... Zarcillos / naiantos
- 7** Océano de metano ... Vesiculares / megaballenas monthian
- 8** Tierra O₂ ... Sarlos
- 9** Tierra O₂ ... Deldeynos/sarlos (División sobre/bajo cuadrado)
- 10** Gigante gaseoso medio ... Zarcillos / variolosos
- 11** Océano de metano ... Vesiculares / megaballenas monthian
- 12** Gigante gaseoso inferior... Nadadores
- 13** Matrices de fango/agua ... Tubulares/hidrales
- 14** Hielo/agua ... Oscuros
- 15** Maquinaria ... El Dios del Mundo (un xinthiano)
- 16** Núcleo / sólido ... El Dios del Mundo (un xinthiano)

Intervalos de tiempo

(Años ~ Término)

- 1 ~ año
- 10 ~ década
- 100 ~ siglo
- 1.000 ~ milenio
- 10.000 ~ centieón
- 100.000 ~ decieón
- 1.000.000 ~ eón
- 10.000.000 ~ centiaeón
- 100.000.000 ~ deciaeón
- 1.000.000.000 ~ aeón